This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

UC-NRLF
$B 65 666

YC 55590

MAY 1 190

REESE LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY OF CALIFORNIA.
Class 787
G492

MANUAL

DE

LITERATURA

NACIONAL Y EXTRANJERA

ANTIGUA Y MODERNA

POR

HERMENEGILDO GINER DE LOS RÍOS

Ex Catedrático de «Literatura» de la Universidad de Santiago, numerario actualmente de «Filosofía» en el Instituto de Barcelona.

PRIMERA PARTE

MADRID
VICTORIANO SUÁREZ, EDITOR
Calle de Preciados, 48.

Manual de literatura, nacional y extranjera, antigua y moderna.—Primera parte: Literatura española, desde el nacimiento de la Lengua castellana hasta fin del siglo XIX.

Del mismo autor.

(VÉASE EL CATÁLOGO AL FINAL DE ESTE VOLUMEN)

Principios de Literatura para texto de los alumnos de «Retórica y Poética» en los Institutos de segunda enseñanza.—Segunda edición corregida, propiedad de la Viuda de Hernando y Compañía.—Madrid, 1892.—Obra informada favorablemente por el Real Consejo de Instrucción pública y declarada de mérito para los ascensos en la carrera del autor.—Un volumen de 258 páginas en 4.° menor.—(Con su programa correspondiente).—Encuadernado 7 pesetas.

Programa de dicha obra.—Un folleto de 48 páginas en 4.° menor.—Madrid, 1892.—Una peseta.

Manual de Estética y Teoría del Arte, é Historia de las artes principales hasta el Cristianismo.—Nueva edición, con 168 grabados intercalados en el texto.—Obra informada favorablemente por la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, premiada con «Medalla de oro» en la Exposición Regional de Lugo de 1896.—Un volumen de XII + 196 paginas en 4.° menor.—Madrid, 1894.—(Con su programa correspondiente), 4 pesetas.

Programa de dicha obra.—Un folleto de 24 páginas en 4.° menor, 0,50 peseta.

MANUAL

DE

LITERATURA

NACIONAL Y EXTRANJERA

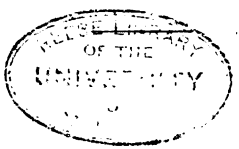
ANTIGUA Y MODERNA

POR

H. GINER DE LOS RÍOS

CATEDRÁTICO EN EL INSTITUTO DE BARCELONA

PRIMERA PARTE



MADRID
VICTORIANO SUÁREZ, EDITOR

1899

PRESERVATION
COPY ADDED
MF 9/91

REESE

ES PROPIEDAD

Imprenta y fotograbado de Enrique Rojas, Pizarro, 16.

Al Instituto provincial de 2.ª Enseñanza

de Alicante,

Centro modelo bajo muchos respectos, y donde por espacio de tantos años desempeñé la cátedra de «Retórica y Poética», dedico este libro, con la expresión de sincero afecto para su distinguido claustro de Profesores, y la de viva simpatía hácia la culta capital.

H. Giner de los Ríos.

Barcelona y Octubre de 1899.

«La obra que anunciamos hoy y nos proponemos editar en breve, ofrece, aparte del mérito intrínseco que pueda encerrar, la novedad de ser la primera en su género que se publica, no sólo en España, sino fuera de ella. Recopilar, con efecto, en un solo volumen, que no pasará de 600 á 700 páginas toda la historia de la literatura, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, es un empeño extraordinario, y que estamos seguros apreciarán debidamente los amantes de la cultura general. No sólo se trata en este volumen de una mera historia, sino que acompaña á la exposición en serie de las obras literarias, un somero juicio crítico acerca de las mismas y de los autores; se da en extracto el argumento de las producciones, y uno ó más trozos, para servir de modelo, al propio tiempo que para confirmación de aquel juicio sumario.

»Se encontrará, por consiguiente, resumido en el tomo que hoy anunciamos, notas críticas, apuntes biográficos, asuntos de los monumentos literarios y ejemplos de las obras más importantes de los principales autores nacionales y extranjeros.

»Cumple este libro una doble misión, además, que debe señalarse: y es, que no sólo viene á llenar un vacío universalmente sentido, si que también á servir de antología general, no sólo de la literatura española, castellana, regional y americana, sino de las literaturas de todos los países y de todas las edades. Basta pasar la vista por el cuadro del índice que va al frente de estas líneas para formar una idea del contexto del volumen que anunciamos. Así, pues, las personas que sólo busquen en una obra como la que nos ocupa la adquisición de una idea general sobre todas las manifestaciones literarias de todos los pueblos y de todos los tiempos, encontrarán en este Manual la síntesis de la poesía y la filosofía, la crónica y la novela, la leyenda y la historia, la oratoria y las ciencias, la epopeya y el teatro, tal y como han ido apareciendo estos géneros á través de los siglos, y conforme con el genio de cada raza.

»Pocas han sido las tentativas dentro y fuera de nuestra nación en que se ha pretendido ofrecer un compendio de la índole del que tratamos; y nunca se ha llevado á cabo otra cosa que trabajos parciales

de pura historia ó colecciones de autores selectos, ora extranjeros, ora nacionales; y aun así, reducida es la biografía de esta clase; mas inútil es buscar en ningún idioma y menos en español, una obra que comprenda el contenido indicado.

»Si para la cultura general humana viene este libro á desempeñar papel tan reclamado como no cumplido hasta el día, desde el punto de vista docente, puede llenar un fin deseado por el profesorado público, tanto en la enseñanza secundaria como en la superior, y buscado y solicitado con verdadera ansia por la juventud estudiosa. Buena prueba de esta necesidad y aspiración es el hecho de hallarse agotados hace muchos años todos cuantos libros de trozos escogidos han visto la luz en nuestro país, desde las ediciones oficiales hasta muchas de las formadas por doctos compiladores.

»He aquí el contenido de la obra: 1.º Literatura Ibero-americana; – 2.º Literatura extranjera. – En la primera parte, Literatura española (castellana y regional; judáica y árabe). – Idem hispano-americana, Idem portuguesa y luso-americana. – En la segunda, Literaturas orientales (Egipto, Caldea, India, Persia, Fenicia, los Hebreos, los Árabes, China, Japón, América pre-colombina, etc., etc.) – y Literatura clásica griega, latina. – Literaturas de la edad media; – moderna francesa, italiana, inglesa y anglo-americana, alemana, escandinava y holandesa, eslava y húngara; y en fin, cuadro general, con resumen de otras literaturas, y apéndices á la literatura ibero-americana, y á las extranjeras.»

He ahí sobre poco más ó menos lo que decía en el prospecto del presente libro, su editor D. Victoriano Suárez.

Pensada la obra con el doble objeto mencionado, se dispuso para llenar los fines de los estudios literarios, tal como fueron ideados en la reforma de la Segunda Enseñanza.

Las vicisitudes por que ha pasado ésta, han suspendido primero, la publicación algún tiempo, y han modificado después en algo la distribución de su plan. Por estas razones, nos decidimos hoy á dar separadamente la Primera Parte de la Literatura Española, á la cual seguirá en otro tomo la Extranjera, así como las literaturas regionales y especiales de que se hace mención más arriba.

Una indicación para terminar: acaso el lector eche de menos aquí ó allá tales ó cuales nombres de escritores; pero después de mucho vacilar, resolvimos llevarlos al sitio donde deben figurar más bien, en nuestra opinión, desde el momento en que vamos á dedicar á aquellas literaturas regionales y especiales tratado aparte. – En cuanto al orden dentro de cada siglo, hemos preferido agrupar los autores por géneros, sacrificando á veces la serie meramente cronológica.

UNIVERSITY

LITERATURA CASTELLANA

Antes del siglo XIII.

Poema histórico. El del Cid es uno de los monumentos más antiguos de la literatura española, aunque acaso posterior á la *Crónica del Cid* y á algunos de carácter religioso. Se supone escrito hacia mediados del siglo XII. — Su asunto lo constituyen los actos más culminantes del protagonista D. Rodrigo Díaz de Vivar, llamado Cid Campeador, por el nombre que le pusieron los sarracenos. — Consta de 4.000 versos, viniendo á ser por su estilo una sencilla narración rimada. Su autor, desconocido, sin duda alguna fué poeta nada vulgar, como lo prueba algún indicio de imitación de los autores antiguos. El manuscrito está incompleto, faltando lo relativo á las mocedades del Cid, empezando lo que se conserva, con su salida de Vivar (Burgos), su pueblo natal, y terminando con su muerte (Valencia, 1049). Todo lo descrito en el poema es relativo á los actos más salientes llevados á cabo por el héroe durante el segundo destierro á que lo condenó Alfonso VI; tales como la conquista de Valencia, la venganza del protagonista con respecto á sus yernos los infantes de Carrión por la conducta de los mismos con doña Elvira y doña Sol, y las segundas nupcias de éstas con los infantes de Aragón y Navarra. La forma del poema, enteramente descriptiva, no está sometida á norma fija en punto á la metrificación. Contiene versos desde diez y ocho sílabas hasta diez, á veces asonantados, á veces rimados, en consonante. — Ejemplo en que se pinta la despedida del Cid y Jimena

Tú eres rey de los reyes e de tod' el mundo padre,
á tí adoro e creo de toda voluntad,
e ruego á San Peydro que me ayude á rogar
por mio Cid el Campeador que Dios le curie de mal,
quando hoy nos partimos, en vida nos faz iuntar.
La oración fecha, la missa acabada la an.
Salieron de la eglesia, ya quieren caualgar.
El Cid á donna Ximena ybala á abraçar,
donna Ximena al Cid la manol' va á besar,
lorando de los oios que non sabe que se far,
e él á las ninnas tornolas á catar:
á Dios uos acomiendo, fijas
e á la mugier e al Padre spiritual.
Agora nos partimos, Dios sabe el aiuntar:
lorando de los oios que non viestes á tal;
asis' parten unos d'otros como la uña de la carne.
Mio Cid con los sos vasallos pensó de caualgar,
á todos esperando la cabeça tornando va.
A tan grand sabor fabló Minaya Alvar Fañez:
Cid, do son vuesos esfuerços?
En buen ora nasquiestes de madre:
pensemos de yr nuestra via, esto sea de vagar:
aún todos estos duelos en goço se tornaran.
Dios que nos dió las almas conseio nos dará.

Para completar el estudio de lo que falta al *Poema del Cid* en lo referente á la juventud del héroe, puede servir la *Crónica del Cid*, que no ofrece otra novedad sino que el estilo es más rudo; razón por la cual se ha defendido que es anterior, acaso en un cuarto de siglo, al primero de dichos poemas. Esta es también de autor desconocido y alcanza su asunto, como indica su título, á las cosas de España desde la muerte del Rey D. Pelayo hasta don Fernando el Magnánimo.

Poema heroico. Queremos dar á entender con esta denominación otra clase de trabajos poéticos en los comienzos de la literatura nacional, cuyo asunto no esté tomado de la historia misma que se vive alrededor del poeta, sino de la que se finge y crea por la imaginación artística, ora echando mano á re-

miniscencias de tradición clásica latina, ora de pura invención. A las dos clases de creación pertenece el *Libro de Apolonio*, donde se cuentan las aventuras de este Rey de Tiro y su encuentro con Tarciana, descubriendo que es su hija. Y aunque parece que primitivamente fué escrita esta obra en griego, sólo se conoce la traducción latina. El imitador castellano (anónimo) ha dado al original un aspecto y forma que tiene carácter muy español. — Consta de 2.600 versos alejandrinos, divididos en estrofas de á cuatro. Calcúlase que fué escrito hacia la mitad del siglo XIII como el poema de Alejandro, de que más adelante se hablará.

En el nombre de Dios e de Santa María,
si ellos me guiassen estudiar querría,
conponer hun romance de meua maestría,
del buen Rey Apolonio e de su maestría;
el Rey Apolonio de Tiro natural
que por las auenturas vistó grant temporal,
commo perdió la fija, e la muger capdal,
commo las cobró amas, ca les fué muy leyal.

Poema religioso. La otra clase de poesías de autores desconocidos en estos primeros momentos del nacimiento de la lengua castellana, es el poema sagrado, en donde se cuenta la vida real ó legendaria de un santo ó sus milagros. Tres importantes monumentos hay en nuestra literatura de esta primera época anterior al siglo XIII: *La Vida de Santa María Egipciaca*, *La Adoración de los Santos Reyes* y *Los Reyes Magos*. Se cree por algunos que los tres son anteriores al del Cid; en opinión de otros, de igual época, y probablemente en lo único que no hay duda, es en que todos pertenecen al mismo siglo XII.

Vida de Santa María Egipciaca. Es la obra literaria de mayor importancia que se conserva de la época, tanto por su extensión como por su pensamiento. Su asunto es la historia de la Santa y su conversión, habiendo algunos pasajes (como es natural, dada la época), que hoy se tendrían por libres y hasta obscenos. Consta de 1.400 versos desde cinco sílabas hasta doce. El estilo es sencillo y á veces no exento de pasión.

Oit varones huna razon
en que non ha ssi verdatnon:
escuchat de coraçon
si ayades de Dios perdon.
Toda es ffecha de uerdat,
non ay ren de falssedat.
Todos aquellos que á Dios amaran
estas palabras escucharan;
e los que de Dios non an cura
esta palabra mucho les es dura.

La Adoración de los Santos Reyes. El asunto de este poema no es la adoración misma de los tres Reyes de Oriente, sino la detención de la Sacra Familia por unos malhechores al huir á Egipto. — Consta de 250 versos, sin medida fija, desde siete sílabas hasta once.

En cuanto á los *Reyes Magos,* es un poema más limitado á su nombre y que no ofrece ninguna singularidad para dedicarle mayor espacio. Entre los pasajes más interesantes, ha de nombrarse aquel en que uno de los Reyes descubre la estrella que los guía anunciándoles el nacimiento del Niño-Dios.

Para que se pueda apreciar la transformación lenta que se va gradualmente operando al convertirse la lengua latina en el romance castellano, copiamos algunos modelos á continuación:

Año 780. Per illo rio qui vadit... Damus... duas ecuas, et uno rocino, et una mulla, et tres asinos, et viginti duæ capræ. *(Escritura de fundación del Monasterio de Obona,* Asturias).

» 909. Eclesia que est fundata in ripa de flúmine Durio, de termino Autero de Sellas.

» 922. Cimeteriolo meo que habeo de abolorum meorum.

» 949. Duas capras cum suos filios et duos carneros.

» 973. Mullum, Kavallum, sella, equas, bobes, jugos 6, bakas 20, obes 120, karros 4, sábanas 2.

» 1007. Inter rio de calaveras et rio de...

» 1056. Accepimos de vos in precio 5 eminas de ceuera et uno carnero.

Año 1074. Una mula pro colore amarella, et una asina maurisca, et una kapa vermella.

» 1099. Ovelias, una porca cun suos lectones... una pelle delgata.

» 1110. Hereditet pater ad filium et filium ad pater.

» 1180. Que soltedes elas debdas que devemos dare et isla tertia de la medietate del que morire.

» 1222. E de dos archas doiel la menor... metamos istos ninos en poder del pispo de Palencia e de D. Alfonso que los defendant e amparen...

» 1229. Del entroydo ata la pascua, hi el dia que la feriaren, hayan su moravedí.

» 1233. El pan que avie Monio Rodriguiz, ye las tierras, ye otorgoles ela tertia parte de las debdas que trobamos, fora todas aquelas...

» 1239. Que pertenece al almosna, así que el pan de los pobres que muele hy...

» 1248. «La ley... es dada á los varones como á los moyeres, á los grandes como á los pequennos, á los sabios como á los non sabios, á los fiosdalgo como á los vilanos... e reluz como el sol en defendendo á todos.» *(Traducción del Fuero Juzgo.*

» 1272. D. Esidro nuestro juyz... nuestro Alcalle... que todos sean quitos de todo pecho e facendera.

» 1800. É por rrazon de la guerra... ponemos con vusco que nos dedes... de escudiellas...

Siglo XIII.

Gonzalo de Berceo. El primer nombre de importancia que se encuentra en nuestra literatura á mediados del siglo XIII según unos, y según otros en el primer tercio de esta centuria, es Berceo, clérigo, natural del pueblo de su apellido. — Sus obras pueden considerarse como histórico-religiosas, porque todas ellas revisten ambos caracteres. Las principales son nueve, y todas vienen á constar de unos 13.000 versos. La rima que usa en sus composiciones es la antigua *quadernavia,* ó sea coplas de cuatro versos generalmente de catorce sílabas. — Como ejemplo de su obra *Los Milagros de Nuestra Señora,* copiaremos los siguientes:

Yo maestro Gonzalo de Berceo nomnado
iendo en romería caeci en un prado
verde e bien sencido, de flores bien poblado,
gozar cobdiciaduero para ome cansado.

Daban olor sobeio las flores bien olientes,
refrescaban en ome las caras e las mientes,
manaban cada canto fuentes claras corrientes,
en verano bien frías, en yvierno calientes.

Avie hy grand abondo de buenas arboledas,
milgranos e figueras, peros e manzanedas
e muchas otras fructtas de diversas monedas;
mas non avie ningunas podridas nin acedas.

La verdura del prado, la olor de las flores,
las sombras de los arboles de temprados sabores,
refrescáronme todo e perdí los sudores;
podríe vevir un ome con aquellos olores.

Segura de Astorga. También este poeta, clérigo, es de igual tiempo, y entre otras obras compuso el poema *Alexandro,* que

consta de unos 10.000 versos; y hay quien defiende que de esta composición procede el nombre de «alejandrinos», dado á los versos de catorce sílabas y de dos hemistiquios. — Su asunto es la vida de Alejandro Magno. El autor se inspiró para escribirla en un poema latino compuesto el siglo anterior por cierto prelado flamenco. Todo ello indica que Juan Lorenzo Segura era hombre de vasta instrucción para su tiempo, y erudito conocedor de la Historia y de las literaturas. — Su estilo, aunque menos correcto que el de Berceo, no deja de ser estimable dada la época. Dicho se está que el poema de Alejandro, aunque mezclada la leyenda y desfigurada por la fábula la verdad, pertenece al género épico-histórico. — Ejemplo que puede citarse:

El mes era de mayo, un tiempo glorioso.
cuando facen las aves un solaz deleytoso,
son vestidos los prados de vestido fermoso,
da suspiros la duenna la que non ha esposo.
Tiempo dolce e sabroso por bastir casamientos,
ca lo tempran las flores e los sabrosos vientos:
cantan las doncellas, son muchas á convientos,
facen unas á otras buenos pronunciamientos.
Andan mozas e vieias cobiertas en amores,
van coger por la siesta á los prados las flores:
dicen unas á otras: bonos son los amores;
e aquellos plus tiernos tienense por meiores.

Otros poemas. Otros dos de autores desconocidos pero de igual tiempo, aunque algunos los creen del siglo anterior, son los denominados *de Fernán Gonzalez* ó *Lehendas del conde D. Fernando de Castylla* y el *Poema de Iusuf* ó *de José.* — El asunto del primero, como su nombre indica, son los hechos más ó menos de tradición atribuídos al famoso conde, á cuyo heroismo se debe la independencia castellana contra la dominación sarracena. Es una crónica rimada semejante en todo á las que acabamos de citar, y como ejemplo, transcribiremos el pasaje en que el Diablo, bajo figura de serpiente, viene á sembrar el terror en el campo cristiano:

Vyeron aquella noche una muy fiera cosa;
venye por el aire una sierpe rabyosa,
dando muy fuertes gruytos la fantasma astrosa;
toda venye sangrienta, vermeya como rosa.
Facia ella semblante que ferida venya,
semejaba en los gruytos que el cielo partya,
todos ovyeron miedo que quemarlos venya.
Non ovo ende ninguno asaz tan esforzado
que grant miedo non ovo e non fuese espantado:
cayeron muchos omes en tierra del espanto,
ovyeron muy grand miedo todo el pueblo cruzado.

El segundo de dichos poemas consta de unos 1.200 versos, y como el anterior, se halla incompleto el manucristo; debiendo notarse en él la particularidad de estar escrito en caracteres árabes y lengua castellana, ó lo que es lo mismo, en *aljamía*. — Su estilo, al propio tiempo, es más sencillo y tierno que los anteriores.

Alfonso el Sabio. El mismo poema que acabamos de nombrar viene á ser como el primer indicio del influjo oriental que ha de experimentar nuestra poesía. Esta influencia se muestra, en primer término, en D. Alfonso X (1221-1284), monarca castellano muy superior á su tiempo y aun á siglos posteriores, que supo resumir en su cultura todos los conocimientos artísticos, literarios y científicos que la civilización había producido. — Puede decirse también, además, que sus antecesores cultivaron predominantemente una poesía erudita, mientras que D. Alfonso desarrolló en sus obras una lengua literaria esencialmente popular. — Es el primer autor, por otra parte, que en nuestra literatura cultiva la prosa á la vez que el verso, y como en todos los ramos del saber, rayó á grande altura, á él se deben numerosas obras que se han agrupado en siete clases: poéticas, orientales, de recreación, histórico-filosóficas, históricas, científicas y jurídicas. Las tres más importantes de la primera sección, son: *Las Cántigas*, el *Libro de las Querellas* y el *Tesoro* ó *Candado*.

Las Cántigas. Su importancia estriba en que es el primer monumento de la literatura regional hispano-galaica. Escribió

esta obra el sabio soberano en 1263. Su asunto es la alabanza de la Virgen Milagrosa. Consta de 401 estrofas de versos exasílabos y de arte mayor, con rimas correctas. Ya en ella se nota el influjo provenzal de los trovadores, que en gran número vienen á nuestro país huyendo de las persecuciones de que eran objeto en el suyo.

Libro de las Querellas. En las siguientes estrofas que se conservan de esta obra se lamenta el autor de las desdichas de su existencia y de la ingratitud de su propio hijo D. Sancho. El ejemplo que más abajo copiamos da claramente á entender qué paso tan extraordinario supone en nuestra literatura la personalidad de D. Alonso, pues las dos estrofas siguientes, escritas en coplas de arte mayor, más parecen del siglo XV que del XIII.

Á ti, Diego Perez Sarmiento, leal
cormano e amigo e firme vasallo
lo que á mios omes por cuita les callo
entiendo dezir plannendo mi mal:
Á ti, que quitaste la tierra e cabdal
por las mias faciendas en Roma e allende,
mi pendola vuela, escocha la dende,
ca grita doliente con fabla mortal.
Cómmo yaz solo el Rey de Castiella
emperador de Alemanna que foé,
aquel que los Reyes besauan el pié
e Reynas pedían limosna e manciella;
aquel que de hueste mantouo en Seviella
diez mil de á cauallo e dobles peones,
aquel que acatado en lejanas naciones
foé por sus *Tablas*, e por su cochiella.

El *Tesoro* ó el *Candado* trata de la piedra filosofal, careciendo del mérito del anterior. Hay quien duda de si efectivamente este libro pertenece á D. Alonso; pero el interés del mismo está, más que en el estilo, en que da en cifra, al final de la composición, el método de hacer aquella preciosa piedra: enigma, sin embargo, que hasta ahora no ha podido aclararse. He aquí algunos versos de dicho poema:

Llegó pues la fama á los mis oidos
quen tierra de Egipto un sabio vivía,
e con su saber oi que facia
natos los casos ca non son venidos;
los astros juzgaba, e aquestos movidos
por disposición del cielo, fallaba
los casos quel tiempo futuro ocultaba,
bien fuesen antes por éste entendidos.

El primer monumento de la prosa castellana creen algunos críticos que es la *Carta de Avilés*, escrita en 1155, pero otros escritores han negado la autenticidad de dicha Carta-Puebla.

En cambio, es á todas luces uno de los primeros trabajos redactados en el habla castellana la traducción del Código visigodo, hecha en tiempos de Fernando III «el Santo», y dado con el nombre de *Fuero Juzgo* á los reinos de Córdoba, Sevilla y Murcia. Si falta originalidad en el pensamiento, en cambio nada más hermoso de expresión por la precisión de los conceptos y por lo levantado de la idea, y porque hay frases dignas de tiempos muy posteriores á los que reseñamos. Como muestra de la estructura de las oraciones y del orden del razonamiento, copiamos las siguientes líneas de la ley 3.ª, título II, libro IV:

Assi cuemo la verdat non es precedida por la mintira, assi se sigue que la mintira non viene de la verdat; ca toda verdat viene de Dios e la mintira viene del diablo, ca el diablo fué siempre mentirero. Et porque cada una destas há su prencipio ¿cuémo deve omme pesquerir la verdat por la mintira?

También de tiempo de dicho rey son las obras tituladas *Flores de Filosofía* y el *Libro de los doce sabios*. El primero se compone de treinta y siete leyes en forma simbólica, como si hablasen otros tantos filósofos como los capítulos que contiene. Su sentido es enteramente español y cristiano, y está dedicado á la educación de los hijos del Santo rey. — La segunda de dichas obras es otro catecismo político y moral del siglo XIII, destinado á servir para enseñanza de los soberanos; y como si doce sabios reunidos en asamblea discutiesen acerca de las cualidades hu-

manas más preeminentes, y especialmente sobre la Nobleza y la Lealtad, nombres que también sirven de título á este libro. — Véanse las siguientes líneas por vía de ejemplo:

Sennor conqueridor, si quieres ganar otras tierras ó comarcas, et las conquerir es tu deseo, et amochiguar la ley de Dios, et de seguir et faser plaser, et dexar al mundo alguna buena memoria et nombradia, primeramente conquiere et soiudga los altos et poderosos; et la tu voz empavoresca al tu pueblo et sea el tu nombre temido; et con esto empavoresceran los tus enemigos...

Volviendo á Alfonso el Sabio, diremos que entre sus principales obras en prosa se cuenta la traducción de *El libro de Calilá* y *Dinna*, acaso del árabe, hebreo ó latín, colección de fábulas recomendando consejos prácticos para la vida, en forma de diálogos, mantenidos por un rey y un filósofo. — El apólogo de Samaniego «La lechera», está tomado de la siguiente fábula de don Alonso, que comienza así:

Disen que un religioso auia cada dia limosna de casa de un mercador rico, pan et miel et manteca et otras cosas de comer, et comia el pan et los otros comeres, et guardaua la miel et la manteca una jarra. Et acaesció que encaresció la miel et la manteca. Et estando una vegada asentado en su cama, començo de fablar entre sy, et dixo assy: «Venderé lo que está en esta jarra por tantos maravedís et compraré »por ellos diez cabras...» etcétera.

Otra traducción también es el *Libro de los engaños*, vertido del árabe al castellano á mediados de este mismo siglo XIII por el infante D. Fadrique, bajo la dirección de D. Alfonso; y tomando éste mas ó menos parte, también se trasladaron á nuestro idioma varios trabajos orientales. — Muchos son los libros de astrología que compuso D. Alonso, así como otros sobre los juegos de su tiempo, algunos de cuyos recreos han llegado hasta nuestros días; y, por último, varios relativos á química, matemáticas y mineralogía; pero de éstos, preciso es prescindir para no hacer interminable el análisis de las obras de este autor. — En cuanto á las jurídicas, además de haber concluído la unificación de las legis-

laciones de León y Castilla, comenzada por San Fernando, compuso además el *Fuero Real*, y, por último, el *Libro de las Leyes*, vulgo *Las Siete Partidas*. En el fondo, es una compilación de todo el derecho antiguo romano y aun del *Fuero Juzgo*, con reminiscencias de la legislación extranjera conocida hasta entonces; y en cuanto á la forma, convienen todos los críticos en que es superior á cuanto se escribió desde los comienzos de nuestra literatura hasta la terminación de la primera época, ó sea hasta el siglo XV. — Para modelo, citaremos las siguientes líneas:

Mucho se deben los Reyes guardar de la saña de la ira e de la malquerencia, porque estas son contra las buenas costumbres. E la guarda que deben tomar en si contra la saña es que sean sofridos, de guisa que non les venza, nin se muevan por ella á facer cosa que sea contra derecho; ca lo que con ella ficiesen desta guisa, mas semeiaria venganza, que justicia. E por ende dixeron los sabios, que la saña embarga el corazon del home de manera quel non dexa escojer la verdad. E tanto tuvo el rey David por fuerte cosa la saña, que á Dios mismo dijo en su corazón: Señor cuando fueres sañudo non me quieras reprender, nin seyendo irado, castigar .. La ira del rey es mas fuerte e mas dañosa que la de otros homes, porque la puede mas aina complir; por ende debe ser más apercebido quando la oviere en saberla sofrir.

Por lo que hace referencia á las obras históricas, la de mayor importancia, por ser también la más completa hasta su tiempo, es la *Crónica general de España*, desde las primeras tradiciones cristianas hasta la muerte de San Fernando en 1225. Su estilo es sobrio como cuadra á un trabajo de esta índole, elevado de miras, por las reflexiones morales con que va entrelazado, y bello bajo el punto de vista literario, por el carácter épico que tiene toda esta parte de la vida de nuestra patria, y, en fin, muy digno de notar el sentido verdaderamente tolerante é imparcial del historiador, que, por cierto, no siempre ha sido imitado por sus continuadores en siglos recientes. — Frases en que Bernardo del Carpio, luego de descubrir á su padre encarcelado, pide al rey su libertad:

E Bernaldo cuando supo que su padre era preso, pesol mucho de corazon: e bolvióselе la sangre en el cuerpo, e fuese para su posada faziendo el mayor duelo del mundo, e vistióse paños de duelo: e fuese para el rey D. Alfonso. E el Rey cuando lo vido, dixol: «Bernaldo, »¿por aventura cobdiciades la muerte mia?» Por que Bernaldo siempre tuvo fasta aquí que era fijo del rey D. Alfonso. E Bernaldo le dixo: «Señor, non querie yo vuestra muerte, mas he muy grande pesar, por»que mi padre, el conde D. Sandias, yace en prisión, e pidovos por »merced que me lo mandedes dar...»

Basta considerar en conjunto la obra de Alfonso X para comprender hasta qué punto debe estimarse al sabio monarca, no sólo como uno de los escritores más fecundos de la literatura nacional, si que también como acaso el principal de nuestros enciclopedistas.

No haremos mención sino muy de pasada de las obras de **don Sancho el Bravo,** ó á él atribuídas, porque las más importantes no son suyas, sino hechas bajo su dirección; como, por ejemplo, la que tradujo el Maestre Alfonso de Paredes con el nombre de *Libro del Tesoro* original del afamado maestro del Dante.—En cuanto al *Libro de los Castigos,* escrito por D. Sancho en 1292, tres años antes de su muerte, está dedicado á la educación de su hijo Fernando. En él le da consejos ora tomados de los apólogos orientales, ora de los refranes populares, ora de las máximas del Evangelio. He aquí una muestra:

Sanan las cuchilladas, mas non las malas palabras.—«Contescio a un ome con con un leon que criara de pequenno en su casa, que un dia por sanna que ovo del, sacó su espada et dióle una gran ferida en la cabeza, et en dandole, denostole desiendole: Ve, mala bestia fiera, enponzoñada, que muy mal te fiede el fuelgo que te ssale por la boca...», etc. (La conclusión del apólogo se refiere á que el león se fué al oir esto al monte, y que al cabo de mucho tiempo su dueño, estando en dicho monte, se lo encontró y le dijo que por qué se había ido, que volviese con él; á lo cual replicó el león:) «Ya non puede sser: que de la espadada que me diste yo ero bien sano; mas de las palabras que me dixieste nunca jamás sannaré...», etc. *Por ende fijo mio, para mientes et comide bien sobre la palabra que dixieres ante que la digas...»* etc.

Siglo XIV.

Debe empezarse el estudio de este siglo por el infante **D. Juan Manuel,** nieto de San Fernando y sobrino de Alfonso X, que sirvió á Fernando IV y á Alonso XI. Su mérito extraordinario consiste en que enmedio de la ruda barbarie de que alardeaban los soldados de su tiempo, él, sin desdeñar las glorias de la espada, consagró á las excelsitudes de la pluma gran parte de su existencia. La obra más conocida y tal vez más notable, entre las catorce suyas que se citan, es el *Conde de Lucanor*, ingeniosa filosofía al estilo de los escritos de su tiempo, en que se supone que careciendo el protagonista de las luces y dotes adecuadas para el gobierno propio y ajeno, coloca á su lado á Patronio, que le aconseja la sana doctrina práctica para la vida, mediante 49 apólogos ó ejemplos. Las cualidades del Infante pueden notarse en la manera de exornar las antedichas fábulas con ejemplos en verso, como el que sigue, y de prosa como la que también se copia.

Por falso dicho de ome mentiroso
non pierdas el amigo provechoso.
Non aventures mucho tu riqueza
por consejo del home que ha pobreza.

—

I cuando Ferrán-González era en Búrgos, e habia pasado muchos trabajos por defender su tierra; e una vez que habia ya más en sosiego, e en paz díjole Nuño Laínez: que seria bien que de ahí en adelante, que non se metiese en tantos ruidos, e que folgase él e que dejase folgar á la gente; á lo que repuso, que á hombre del mundo no placería más que á él, folgar e estar vicioso, si pudiese, mas que bien sabia que habia guerra con los moros e con los leoneses e con los navarros; e que si quisiese mucho folgar, los sus contrarios luego serían contra ellos. E que si quisiese andar á caza e con buenas aves por Arlanza,

ayuso e arriba e en buenas mulas gordas e dejar de defender la tierra, que bien lo podian facer; mas que le conteceria, como diceel proverbio antiguo: *murió el hombre e murió su nombre.* Mas si quisiesemos olvidar los vicios, e facer mucho por nos defender e llevar nuestro honor adelante, dirán por nos después que muriesemos, *murió el hombre, mas non su nombre.*

Su perdido *Libro de los Cantares* hubiera confirmado la nota de poeta que se le reconoce en las pocas muestras que de él quedan.

Juan Ruíz. Comúnmente llamado «el Arcipreste de Hita», floreció hacia mediados del siglo XIV, en el reinado de Alonso XI. Su genio, verdaderamente singular, le llevó al cultivo de todas las formas hasta él empleadas en la literatura; y entre otras obras, compuso su famoso *Libro de los cantares*, que consta de 7.000 versos, y en donde se mezclan alegorías, asuntos eróticos, sátiras, cuentos, proverbios y hasta devociones. Su trabajo le valió ser encarcelado de orden del Arzobispo de Toledo por espacio de tres años, á causa de lo que dijo del poder del dinero, con el cual suponía se pudiese comprar hasta la salvación eterna. El estilo del Arcipreste recorre todas las formas, empleando gran número de combinaciones métricas y de versos de distinta medida; y entre otras cualidades notables, puede atribuírsele la de ser el introductor en nuestra patria del género satírico y del pastoril. — Para muestra de su lenguaje y modo de discurrir, que llega hasta lo cáustico, transcribiremos los los siguientes trozos. En el primero se implora el favor de Venus para con una dama, y en el segundo, responde Venus:

Señora doña Venus, muger de don Amor,
noble dueña, omillome yo vuestro servidor:
de todas cosas sodes vos el Amor señor,
todos os obedescen como á su facedor.
Reyes, duques e condes, e toda criatura
vos temen e vos sirven como á vuestra fechura,
cumplid los mios deseos, e dadme dicha e ventura;
non me seades escasa, nin esquiva, nin dura:
só ferido e llagado, de un dardo só perdido,

en el corazón lo trayo encerrado e escondido;
non oso mostrar la laga, matarme há si la olvido,
e aun desir non oso el nombre de quien me ha ferido, etc.

—

Toda muger que mucho otea, ó es risueña,
dil' sin miedo tus cuitas, non te embargue vergüeña,
apenas de mil una te desprecio...
Si la primera onda de la mar ayrada
espantase al marinero cuando viene turbada,
nunca en la mar entrarie con su nave ferrada;
non te espante la dueña la primera vegada.
Con arte se quebrantan los corazones duros,
tomanse las cibdades, derribanse los muros,
caen las torres altas, alzanse pesos duros,
por arte juran muchos, por arte son perjuros.

Pero López de Ayala (1332-1407). Ejerció cargos importantes en tiempo de cuatro monarcas, siendo cronista sucesivamente de Pedro I, Enrique II, Juan I y Enrique III. Como poeta, escribió su famoso *Rimado de Palacio*, hizo traducir á Tito Livio, y aunque no puede compararse á los otros autores mencionados de su tiempo, no carece de personalidad bastante saliente para dejar de ser citado aquí. Es el *Rimado* un poema didáctico-moral donde se dan instrucciones á los soberanos sobre sus deberes. — Consta de 1.609 estrofas en diversidad de metros, cruzando á veces los consonantes. — He aquí algunos versos de los que él llama *cantares:*

Sennora, estrella lusiente
que á todo el mundo guia,
guia á este tu seruiente
que su alma en ti fia.
A canela bien oliente
eres sennora comparada,
de la tierra del oriente
es olor muy apreciada.
A ti fas clamor la gente,
en sus cuytas todavia
quien por pecador se siente,
llamando Santa María.

Por último, el poema histórico titulado *de Alfonso XI*, llamado *Crónica en coplas ó redondillas*, que canta la vida y hazañas de este monarca, consta de 2.455 estrofas (incompleto) de arte.

menor; parece indudable que es original de Rodrigo Yáñez. — A continuación damos la muestra en que se comprueba esta aseveración.

La profecía conté — Yo Rodrigo Yannes la noté
e tomé en decir llano: — en lenguaje castellano.

El *Poema de Fernan-Gonzalez ó Crónica de los reinos antiguos*, es de autor desconocido, y cuenta los hechos heroicos que el pueblo atribuía á su primer Conde. Esta composición no ha de confundirse con la antes citada, aunque su asunto sea el mismo. Copiaremos, para ver la estructura de su versificación, una quintilla:

Almançor, rey poderoso
príncipe de aquendel mar
con yra fuerte, furioso
et gente mucha, acucioso
vino á Castiella estragar.

Para terminar el resumen del siglo XIV, se debe hacer mención, aunque sea ligerísima, de los influjos que aparecen en nuestras letras, á saber: la influencia provenzal y la italiana. Entre los representantes de la primera, debe citarse el nombre de **Pedro Ferrús,** trovador que florece en la época de Pedro I, alcanzando también á Enrique II, y que es elogiado por el marqués de Santillana. Y entre los representantes de la segunda, debe asimismo nombrarse á Micer **Francisco Imperial,** imitador á su vez de la poesía del Dante, de quien se declara discípulo. En realidad, es acaso el primero en introducir en nuestra métrica la forma del endecasílabo italiano, así como más adelante introduce el verso esdrújulo italiano también Cairasco de Figueroa.—El influjo de la poesía del maestro florentino, y más tarde de otros poetas italianos, se debe en parte muy principal á la creación española del Colegio de Bolonia, fundado en este siglo, y á donde acuden escolares españoles que van á perfeccionar sus estudios en aquella famosa universidad.

D. Gil Carrillo de Albornoz (1300-1367). Acabamos de hablar del Colegio de Bolonia, y su fundador es precisamente este célebre Cardenal, hijo de Cuenca, y descendiente de las ilustres familias de los reyes de León y de Aragón, tan sabio jurisperito como hombre de Estado y valeroso capitán. Sirvió á D. Alonso XI, y huyó á Italia por la enemistad de D. Pedro «el Cruel», que le confiscó sus bienes. Si en Tarifa mostró su valor, lo confirmó cien veces en Italia guerreando por el Papa. — Para educación de la juventud de España y Portugal, fundó el Colegio de San Clemente (que aún hoy existe), donde estudiaron, á través de los tiempos, hombres insignes. — Escribió D. Gil, entre otros trabajos, las *Constituciones* de la Marca Anconetana y las Pandectas, que llevan su nombre *(Pandectas Egidianas)*, muy estimadas en España, y citadas como modelo de Derecho en su género por distinguidos publicistas.

Por último, las *Crónicas* más renombradas de este siglo, son las de **Juan Sánchez de Tovar,** que las escribe de tres distintos reinados, y que alcanzan desde 1252 á 1312. La mejor de todas las suyas, ó que pasan por serlo, es la *Crónica de Alfonso XI,* de la cual tomamos estos renglones:

Contando las cosas de esta batalla que fué cerca de Tarifa, como este rrey D. Alfonso de Castiella et de Leon que la venció, non ovo tiempo para se apercibir, nin para poder llamar algunas gentes de otros regnos, nin fuesen a esta batalla con él sinon los de su señorio et aquellas pocas gentes que la estoria ha contado que traxo el rrey de Portugal; ca magüer que el Papa le auia otorgado la cruzada para esta guerra en los rregnos de Aragon et de Catalueña et en el regno de Mallorca, non venieron del regno de Aragon, sinon un cauallero quel'dixceron Gonçalo Garcia, fijo de D. Gonçalo Garcia, et del regno de Mallorca, dos escuderos que murieron en la batalla.

UNIVERSITY OF

Siglo XV.

En realidad, en esta centuria comienza el verdadero desarrollo de nuestra literatura, pudiéndose decir que es el momento culminante en que llega á la plenitud de sus fuerzas, en una juventud lozana y vigorosa. — El cultivo de las musas, lo mismo que el desenvolvimiento de la prosa, se debe en gran parte á los influjos citados. Y la corte de **D. Juan II** ofrece el aspecto de una universidad, en donde todos estudian, componen y trabajan. — El mismo Rey da muestras de su ingenio, sobre todo en poesías amorosas, como se prueba con las siguientes:

Si quieres por despedida
darme muerte dolorida,
bastará que la mi vida
reciba cuytas asaz.

Pues que tú matas á mí
por tant como te serví,
en tomar muerte por tí
non sabes cuanto me plaz.

D. Alvaro de Luna, como poeta, llega en sus atrevidas figuras á decir, hablando de una dama:

Si Dios, nuestro Salvador,
ovier de tomar amiga,
fuera mi competidor.

Como prosista, muestra dotes excepcionales en su tratado de las *Virtuosas mugeres,* donde se analizan, en primer término, las de la Biblia; en segundo, las gentílicas, y en tercer lugar, las más renombradas de la cristiandad.

Alonso de Cartagena, prosista y poeta afamado, á pesar de su carácter de prelado, cultiva la musa erótica en la forma siguiente:

Que alumbra, que ciega, | que ciega, que alumbra,
al triste constante | que amar le es forçoso;
que agora lo abaxa | e luego lo encumbra
e agora lo alegra | e fase lloroso, etc.

Escribe en latín algunas de sus obras, y las vierte después al romance; y siguiendo el ejemplo de otros autores de su siglo, traduce á Cicerón y Séneca; y por no dejar de cultivar ningún género literario, también en la Historia tiene un resumen general que titula *Anacephalosis*. Para juzgar de su estilo en prosa, copiaremos las siguientes palabras del *Oracional* de Fernán Pérez:

Por ende, noble et discreto varon, sy en algunas otras qüestiones os respondi en lengua latina flaca, e rústicamente compuesta, aún agora más llano quiero ser respondiéndovos en nuestro romance, en que fablan así caballeros como omes de pié et assy científicos como los que nada ó poco sabemos.

Si los primeros albores del teatro ó por lo menos de las formas propias de la dramática, se encuentran en *La danza de la muerte*, antes nombrada, en la corte de D. Juan II, y organizadas por don Alvaro de Luna, se celebran fiestas en Tordesillas con representaciones teatrales; y si en la *Comedieta de Ponza*, de que se habla más adelante, están los primeros alientos de la escena, en los entremeses, misterios, farsas y momos que se ejecutan en esta corte de poetas, salva el arte dramático los primeros pasos para salir de su infancia. Es el siglo XV, como antes hemos indicado, de carácter sintético, bajo el punto de vista literario, pues se cultivan en él todos y cada uno de los géneros, además de nacer dos manifestaciones altísimas de la Literatura nacional, cuales son los Romances y los Libros de Caballería.

El Marqués de Villena (1384-1434). Personalidad más saliente D. Enrique de Aragón que las anteriores, basta conocer el nombre de sus obras para comprender que cultivó todos las letras y formas del saber acumulado hasta su tiempo; y la Historia y la Filosofía, la Medicina y la Química, las Ciencias naturales, las Matemáticas y la Poesía, todo entró á formar parte de su obra

colosal (incluso la oratoria), que, como es sabido, se perdió, porque la ignorancia de su tiempo, personificada en el fanatismo de Fr. Lope Barrientos, hizo que se quemaran todas sus obras á poco de morir. — Emparentado con las dos casas reinantes á la sazón en Aragón y Castilla, influyó en una y otra corte, creando en Zaragoza el *Consistorio de la Gaya Ciencia*, que se disponía poco antes de su muerte á reproducir en Castilla; de modo que, por sus dotes excepcionales y el cultivo de todas las ciencias y artes, puede comparársele con el Rey Sabio. También escribió, lo mismo que dicho soberano, en otra lengua que la suya, pues su novela *Los doce trabajos de Hércules* estaba primero en catalán y traducida luego al romance castellano. — Para indicar someramente algo de su estilo, trasladaremos aquí la traducción, en prosa castellana, de la *Eneida*, de Virgilio, que principia así:

Yo, Virgilio, en versos cuento los fechos de armas y las virtudes de aquel varon, que partido de la troyana region y ciudat, fuidizo vino primero por fatal influencia á las de Italia partes, á los puertos, si quier riberas ó fines del reino de Lavinia; por muchas tierras y mares aquel trabajado, siquier traido, afanosamente por la fuerza de los Dioses, mayormente por la ira recordante de la cruel Juno, el cual pasó muchos peligros, y padeció muchas afrentas en batallas, en tanto que se disponía la edificación de la romana ciudat, y se introducía la religion de los Dioses en Italia.

La forma afectada de este trabajo, copia precisamente el mal gusto que en los traductores empezó á manifestarse por querer reproducir en nuestra lengua los giros de la latina. Tal era la pasión por el conocimiento de los clásicos en este renacimiento español, que únicamente puede compararse con el número verdaderamente fabuloso de escritores que encierra el siglo XV, y buena prueba son de ello las recopilaciones hechas en el promedio del siglo actual y en el XVI, con lo que parece que no había persona medianamente instruída que dejase de ser poeta.

Pero las personalidades verdaderamente salientes y dignas de la posteridad son contadas, y de ellas seguiremos hablando ligerísimamente, citando ante todo al **Marqués de Santillana**

(1398-1458). Discípulo y admirador del de Villena, siguió cultivando también distintas ramas de la literatura (la oratoria inclusive), y dedicó un canto fúnebre á su maestro, al propio tiempo que escribía una Historia de la poesía muy completa. Picado D. Iñigo López de Mendoza del defecto de la ingeniosidad y la agudeza, desluce su estilo con esta manera de escribir. El influjo de la poesía provenzal é italiana en sus obras es manifiesto, y lo demuestra el haber sido precisamente él quien trajo el soneto á nuestra métrica que, como es sabido, es forma completamente italiana. En la misma *Comedieta de Ponza*, escrita en 120 octavas de arte mayor, imita al Dante, y aunque no se pueda considerar este poema como propiamente dramático, ya contiene elementos escénicos. En él se canta el desastre de la armada aragonesa en Gaeta, y la prisión de Alfonso V con sus hermanos.—Como muestra de su lenguaje sonoro y sencillo, damos dos estrofas, así como parte de la tan conocida *Vaquera de la Finojosa*:

Mas yo á ti sola me place llamar,
oh cítara dulce mas que la de Orfeo;
que tu sola ayuda, no dudo, mas creo,
mi rústica mano podrá ministrar!
Oh biblioteca de moral cantar,
fuente melíflua de magna eloquencia.
infunde tu grande y sacra prudencia
en mí, porque pueda tu planto esplicar!
A tiempo á la hora suso memorado,
así como niño que sacan de cuna,
no sé falsamente ó si por fortuna
me ví todo solo al pié de un collado
selvático, espeso, lexano á poblado,
agreste, desierto e tan espantable,
que temo vergüenza, no siendo culpable,
cuando por estenso lo abré recontado.

—

Moza tan fermosa
non vi en la frontera.
como una vaquera
de la Finojosa.
Faciendo la via
de Calataveño
á Santa Maria,
vencido del sueño
por tierra fragosa,
perdí la carrera
do vi la vaquera
de la Finojosa.
En un verde prado
de rosas e flores,
guardando ganado
con otros pastores,
la vi tan fermosa
que apenas creyera
que fuese vaquera
de la Finojosa.
Non creo las rosas
de la primavera
sean tan fermosas
nin de tal manera,
fablando sin glosa,
si antes supiera
daquella vaquera
de la Finojosa.
Non tanto mirara
su mucha beldad
porque me dexara
en mi libertad;
mas dixe: donosa,
por saber quien era
aquella vaquera
de la Finojosa.

También como prosista, el Marqués de Santillana figura entre los más distinguidos de su tiempo, como se prueba por su *Lamentación profética de la segunda destrucción de España.*

Es famoso en el siglo XV como prosista **Alfonso de Madrigal,** obispo de Ávila, gloria y prez de la universidad salmantina y escritor de asombrosa fecundidad, con una erudición tan vasta para su tiempo, que causó maravilla, no sólo entonces, sino en el porvenir. Es conocido en la Historia y en la tradición popular por su sobrenombre de «El Tostado». Gran número de sus trabajos los escribió en latín, y otros muchos en romance; tradujo de los clásicos, singularmente Aristóteles y nuestro Séneca. — Para tener una idea de su estilo, transcribiremos algunas líneas de la *Suma de confesión:*

Yerran los que adoran las ymágenes, que no tienen en sy virtud alguna mas que las piedras e maderas del campo como sean fechas de manos de ombres. Mas son puestas por remenbrança de las cosas passadas, porque los simples, los cuales non cognocen las cosas passadas, cognoscanlas por ymágenes pintadas.

Juan de Mena (1411-1454). Hijo de Córdoba é influído como el anterior por la poesía italiana, toma como modelo á Dante, á quien estudió lo mismo que á los grandes maestros italianos durante su estancia en Roma, en donde completó su educación, comenzada en Salamanca. Cronista del rey y de gran imaginación, compuso, entre otras obras importantes, *El Laberinto*, en el cual se traza en forma alegórica la vida humana á través de los siglos, ensalzando las grandes hazañas y anatematizando el crimen. Este poema alegórico, con todos sus defectos, no se halla exento de bellezas, aunque la monotonía de sus 300 coplas haga penosa su lectura. El rey quiso que completase su trabajo añadiendo otras 65 estrofas, una para cada día del año, pero el autor no llegó á escribir sino 24 más. — Además de *El Laberinto*, compuso otros dos poemas titulados *La Coronación* y *El diálogo de los siete pecados mortales*. — El trozo que se cita como uno de los más hermosos del poema, es el en que se pinta el dolor de la madre de Lorenzo Dávalos ante el cadáver de su hijo:

Bien se mostraba ser madre en el duelo
que fizo la triste despues que ya vido
el cuerpo en las andas sangriento, tendido,
de aquel que criara con tanto desvelo:
ofende con dichos crueles al cielo,
con nuevos dolores su flaca salud,
y tantas angustias roban su virtud
que cae la triste muerta por el suelo.
Rasga con uñas crueles su cara,
hiere sus pechos con mesura poca;
besando á su fijo la su fria boca
maldice las manos de quien lo matara;
maldice la guerra do se comenzara,
busca con ira crueles querellas,
niega á si misma reparo de aquellas,
y tal como muerta, viviendo, se para.
Decia llorando con lengua rabiosa:
ó matador de mi fijo cruel,
mataras á mi, dexaras á él,

que fuera enemiga no tan porfiosa:
fuera á la madre muy mas digna cosa,
para quien mata llevar menos cargo
y no te mostraras á él tan amargo,
ni triste dexaras á mi querellosa.
Si antes la muerte me fuera ya dada,
cerrara mi fijo con estas sus manos
mis ojos delante de los sus hermanos,
e yo no muriera mas de una vegada;
moriré asi muchas desaventurada,
que solo padezco lavar las feridas
con lágrimas tristes e non grad escidas,
magüer que lloradas por madre cuitada.

Siguen varios poetas y escritores de segundo orden las escuelas alegórica-italiana, provenzal-cortesana ó erudita, y la didáctica, genuínamente española, á los cuales no hemos de citar, no por carecer de importancia, sino porque se haría interminable nuestro trabajo. En cambio, como de primer orden, á pesar de que la crítica alguna vez lo ha desdeñado, ha de nombrarse á

Jorge Manrique (1440-1479). De la familia distinguida del Marqués de Santillana, soldado y escritor como otros magnates de su tiempo, debió indudablemente conocer las manifestaciones poéticas, no sólo clásicas en que se educara, si que también las de la literatura oriental. No habría pasado ciertamente á la posteridad á pesar de esto su nombre, si entre sus obras no hubiese figurado la famosa *Elegía* conocida vulgarmente con el nombre de «coplas de pie quebrado», que escribió «á la muerte de su padre». En nuestra opinión, creemos que no son enteramente originales, inclinándonos á asegurar que se las inspiró cierta composición análoga del poeta rondeño Abul-Beka. — He aquí algunas de sus estrofas que, por la galanura del lenguaje y el gran progreso que supone en la lengua, son dignas de figurar entre las joyas de la literatura pátria. — Estos versos fueron traducidos al latín, cosa rara en aquella época, y además se glosaron é imitaron por varios contemporáneos del autor:

Recuerde el alma adormida
avive el seso y despierte
contemplando
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando.
Cuán presto se va el placer,
cómo despues de acordado
da dolor:
cómo, á nuestro parecer,
cualquiera tiempo pasado
fué mejor.

Los placeres y dulzores
desta vida trabajada
que tenemos,
¿qué son sino corredores,
y la muerte es la celada
en que caemos?
No mirando á nuestro daño,
corremos á rienda suelta
sin parar:
desque vemos el engaño
y queremos dar la vuelta,
no hay lugar.

. . . . . .

Nuestras vidas son los ríos
que van á dar en la mar,
que es el morir:
allí van los señoríos
derechos á se acabar
y consumir;
allí los ríos caudales,
allí los otros medianos
y más chicos,
allegados son iguales
los que viven de sus manos
y los ricos.

¿Qué se fizo el rey don Juan?
¿los infantes de Aragon,
qué se fizieron?
¿Qué fué de tanto galán?
¿qué fué de tanta invención
como trujeron?
Las justas y los torneos,
paramentos, bordaduras
y cimeras,
¿fueron sino devaneos?
¿qué fueron, sino verduras
de las eras?

En el mismo estilo alegórico que cultivó Juan de Mena, é influído por tanto de la literatura italiano-dantesca, aparece **Juan de Padilla,** llamado vulgarmente «El Cartujano», que nació en 1468. Mezcla el sentido pagano con el cristiano, y sus obras son una reminiscencia de la *Eneida* y de la *Divina Comedia* á la vez. — Su más notable trabajo en el género mismo que nos ocupa, es *Los doce triunfos de los Apóstoles;* y copiaremos de él algunos versos en que se describe una tempestad, donde se nota cómo enriquece el hasta entonces pobre diccionario de la lengua:

En partes diversas | las ondas infladas
se quiebran, luchando | los rígidos vientos;
conmoven las aguas | los hondos cimientos

y con las arenas | se muestran mezcladas;
rotas las velas | y más desplegadas
del coz y boneta | con sombra de viento,
corría la nave | por el sota-vento;
las placas enteras | del todo quebradas
y más el timón | por mayor detrimento.

Juan de la Encina (1468-1534), que nació y estudió en Salamanca, escribió muchas obras poéticas, entre las que deben citarse el *Triunfo de la Fama* y *Glorias de Castilla*, donde constan las hazañas de los Reyes Católicos hasta la conquista de Granada.— Vivió en Roma, haciéndose allí sacerdote, protegido por León X; fué maestro de la capilla pontificia, y habiendo visitado los Santos Lugares de Jerusalén, escribió á la vuelta de su peregrinación bajo el nombre de *Tribajia*. Además, compuso doce obras, que él mismo llamó *representaciones*, y que pueden ser tenidas como los primeros pasos del teatro profano, aunque en otras sigue el corte de los *Misterios*, como composiciones dramáticas sagradas. — Para mostrar su estro, trasladaremos algo de lo que habla el amor en una de sus *Églogas*:

Yo pongo y quito esperanza,
yo pongo y quito cadena,
yo doy gloria, yo doy pena
sin holganza;
yo firmeza, yo mudanza,
yo deleites, yo tristuras
y amarguras,
sospechas, celos, recelos;
yo, consuelo, y desconsuelos,
yo ventura y desventuras.
Doy dichosa y triste suerte.
doy trabajo y doy descanso,
yo soy fiero y yo soy manso,
yo soy fuerte;
yo doy vida, yo doy muerte;
y cebo los corazones
de pasiones,
de suspiros y cuidados;
yo sostengo los penados,
esperando galardones.
....
Hago de dos voluntades
una mesma voluntad;
renuevo con novedad
las edades,
y ageno las libertades;
si quiero, pongo en concordia
y en discordia;
mando lo bueno y lo malo;
yo tengo el mando y el palo,
crueldad y misericordia.
.....

Excepto *Fileno y Zambardo*, todas sus *Églogas* están escritas en versos cortos; mas para ejemplo de sus coplas de arte mayor, transcribiremos una estrofa:

La sierpe y el tigre, el oso y leon
á quien la natura produjo feróces,
por uso de tiempo conocen las voces
de quien los gobierna, y humildes le son;
mas ésta, do nunca moró compasión,
aunque la sigo despues que soy hombre
y soy hecho ronco, llamando su nombre
ni me oye, ni muestra sentir compasión.

Contemporáneo del anterior es **Lucas Fernández,** llamado por un crítico moderno «el Calderón del tiempo de los Reyes Católicos». Sus principales obras son seis, que llama su autor comedias y cuasi comedias. — En una de las últimas, *El Amor* habla así:

Es Amor transformación
del que ama en lo amado,
de lo amado es transformado
al amante en afición.
Es el peso puesto en fiel;
Es nivel
que hace ser dos cosas una.....
Es dulce panal, que en él
cera y miel
se contiene sin repuna.

La poesía satírica empieza á mostrarse en la época de Enrique IV señaladamente; en la cual época, no atreviéndose la opinión pública á manifestarse en armas y revueltas, lo hacía, dada la depravación de la corte, por medio del ingenio mordaz de sus poetas. Aparece en las coplas populares un cierto sentido nuevo de poesía bucólica, como ocurre con los versos de «Mingo Revulgo», atribuídos por algunos á Fernando del Pulgar, y por otros á **Rodrigo de Cota.** El pueblo está personificado en las mismas, por Mingo Revulgo (ó Domingo Vulgo) y Gil Arribato (ó sea el adivino que está arriba), ambos pastores. Uno pregunta á otro las causas de su abatimiento, y el segundo responde que es ver cómo abandona el pastor su hato, dejando que entren lobos en el redil:

todo lo cual es una sátira sobre la vida de la corte, como se prueba por los siguientes versos que aluden á D. Enrique:

¿Sabes..... sabes?..... el modorrro
allá, donde se anda á grillos
burlan de él los mozalvillos
que andan con él en el corro.
Armanle mil guadramañas;
uno l' pela las pestañas;
otro l' pela los cabellos.....
¡Así se pierde tras ellos, etc.

En la forma dramática ya se muestran los poetas del tiempo algo más correctos, como puede notarse en los versos del *Diálago entre el amor y el viejo,* atribuídos también á Rodrigo de Cota:

Viejo.

Cerrada estaba mi puerta:
¿á qué vienes, por do entraste?
Dí, ladrón: ¿por qué saltaste
las paredes de mi huerta?
Si la edad y la razón
ya de tí me han libertado,
deja el pobre corazón
retirado en su rincón
contemplar cuál le has parado.
La beldad de este jardín
ya no temo que la halles,
ni las ordenadas calles,
ni los muros de jazmín,
ni los arroyos corrientes
de vivas aguas potables,
ni las albercas y fuentes,
ni las aves producientes
los cantos tan consolables.
Ya la casa se deshizo
de sutil labor extraña,
y tornóse esta cabaña
de cañuelas de carrizo.
De los frutos hice truecos
por escaparme de tí,
por aquellos troncos secos,
carcomidos, todos huecos,
que parescen cerca mí.

.....

Amor.

Comunmente todavía
han los viejos un vecino
enconado, muy malino,
gobernado en sangre fria:
llámase melancolía.

.....

Donde mora este maldito
no jamás hay alegría,
ni honor, ni cortesía,
ni ningún buen apetito;
pero donde yo me llego
todo mal y pena quito:
de los hielos saco fuego,
y á los viejos meto en juego,
y á los muertos resucito.

.....

Yo compongo las canciones,
yo la música suave,
yo demuestro al que no sabe
las sutiles invenciones;

yo fago volar mis llamas
por lo bueno y por lo malo:
yo fago servir las damas,
yo las perfumadas camas.
golosinas y regalo.
Visito los pobrecillos,
huello las casas reales, etc.
.....

En estos siglos XIV y XV laten los primeros vagidos del teatro nacional; y á consecuencia de los espectáculos poco piadosos que venían celebrándose en el género religioso, aunque en estilo un tanto profano, dentro de los templos, se dictan repetidos decretos contra tales representaciones, dando el golpe de gracia á la dramática «litúrgica», pero siendo altamente ventajosa la prohibición para la fundación del teatro profano. El concilio de Aranda de 1472 es uno de los que ponen coto á las demasías en las iglesias. —Rodrigo de Cota vivió hacia fines del reinado de D. Enrique IV de Castilla, y aunque no se le puede reputar como padre de nuestra dramática, es lo cierto que su obra titulada *La Celestina* pone los cimientos para nuestra escena, ya que no en la parte de representación, en la referente á la distribución del asunto y á la forma dialogada en que está escrita. —No es sólo bajo este punto de vista verdaderamente digna de consideración especial, si que también merece la justa fama en que va envuelta, la corrección de su lenguaje, la gallardía de sus locuciones, la amplitud de su estilo, las galas de la imaginación y la lozana frescura con que campea en ella el habla de Castilla.

Con razón es tenida la *Tragicomedia de Calixto y Melibea* (título también de *La Celestina*), por uno de los monumentos más importantes de la literatura nacional. Y aunque envuelto en sombras alguno de los extremos que á sus autores se refieren, parece fuera de duda que de los 21 actos de que consta, es sólo el primero original de Rodrigo de Cota, y los 20 restantes del Bachiller **Fernando de Rojas,** natural de Montalbán. — El asunto de *La Celestina,* puede resumirse en las siguientes palabras:

Calixto y Melibea son dos jóvenes de buena familia; aquél quiere ciegamente á ésta, mas no puede verla por estorbárselo la vigilancia de los padres. Aunque pudiera pedirla en matrimonio, se vale de una tercera llamada Celestina, que logra seducirla, em-

pleando conjuros y corrompiendo á los criados. Triunfa Calixto de Melibea. Síguese á esto multitud de trances cada vez más trágicos. Celestina muere á manos de los criados de Calixto por no querer partir con ellos sus ganancias. Calixto, en una de sus nocturnas visitas á Melibea, cae de una escala y muere. Melibea confiesa su culpa y se arroja desde un terrado á vista de sus padres.

Por el estudio de caracteres, además, por lo genuínamente español de todos los tipos, por la maestría con que se pintan las costumbres, y por la filosofía tan profunda como picaresca y graciosa, que después ha de seguir siendo el nervio íntimo de nuestros grandes escritores, merece figurar en realidad la obra de Cota y Rojas entre las más admirables que ha producido el ingenio nacional. Con razón calificó Cervantes de *divino* á este libro, *si ocultase más lo humano.* — He aquí ahora en extracto una ligerísima muestra de su estilo en la siguiente escena, donde la taimada vieja, que ha llegado á ser tipo clásico en nuestro lenguaje usual, comienza á seducir á Melibea:

Celestina.—Pues si tú me das licencia, diré la necesidad y causa de mi venida.

Melibea.—Dí, madre, todas tus necesidades, que si yo las pudiere remediar, de buen grado lo haré por el pasado conoscimiento y vecindad, que pone obligación á los buenos.

Celestina.—¿Mías, señora? antes ajenas, como tengo dicho; que las mías de mi puerta adentro me las paso, sin que las sienta la tierra, comiendo cuando puedo, bebiendo cuando lo tengo; que con mi pobreza jamas me faltó, gracias á Dios, una blanca para pan y cuatro para vino, despues que enviudé: que ántes no tenía yo cuidado de lo buscar, que sobrado estaba en un cuero en mi casa: uno lleno y otro vacío. Jamás me acosté sin comer una tostada en vino y dos docenas de sorbos por amor de la madre tras cada sopa. Agora, como todo cuelga de mí, en un jarrillo ¡mal pecado! me lo traen que no cabe dos azumbres; seis veces al día tengo de salir por mi pecado con mis canas á cuestas á le henchir á la taberna. Ha venido esto, señora, por lo que decia de las ajenas necesidades y no mías.

Melibea.—Pide lo que querrás, sea para quien fuere.

Celestina.—Doncella graciosa y de alto linaje, tu suave habla y alegre gesto, junto con el aparejo de liberalidad que muestras con

esta pobre vieja, me dan osadía á te lo decir. Yo dejo un enfermo á la muerte, que con sola una palabra de tu noble boca salida, que la lleve metida en mi seno, tiene por fe que sanará, segun la mucha devoción tiene en tu gentileza.

Melibea.—Vieja honrada, no te entiendo, si más no me declaras tu demanda; no cese tu petición por empacho ni temor.

Celestina.—El temor perdí, mirando, señora, tu beldad; que no puedo creer que en balde pintase Dios unos gestos más perfectos que otros, más dotados de gracias, más hermosas facciones, sino para hacerlos almacén de virtudes, de misericordia, de compasión, ministros de sus mercedes y dádivas, como á tí.

Melibea.—Por Dios, sin más dilatar, me digas quién es ese doliente.

Celestina.—Bien ternás, señora, noticia en esta ciudad de un caballero mancebo, gentil hombre, de clara sangre, que llaman Calixto.

Melibea.—¡Ya, ya, ya! Buena vieja, no me digas más; no pases adelante. ¿Es ese el doliente por quien has hecho tantas premisas en tu demanda, por quien has dado tan dañados pasos, desvergonzada, barbuda? ¿Qué, qué siente ese perdido, que con tanta pasión vienes? De locura será su mal. Quemada seas... falsa, hechicera, enemiga de la honestidad, causadora de secretos yerros. ¡Jesú, Jesú, quítamela, Lucrecia, de delante, que me fino, que no me ha dejado gota de sangre en el cuerpo!

Celestina.—(En hora mala vine acá, si me falta mi conjuro. Ea pues, bien sé á quién digo. Ce, hermano, que se va todo á perder.)

Melibea.—¿Aun hablas entre dientes delante de mí para acrescentar mi enojo y doblar tu pena? ¿Querrías condenar mi honestidad por dar vida á un loco, dejar á mí triste por alegrar á él, y llevar tú el provecho de mi perdición, el galardon de mi yerro; perder y destruir la casa y honra de mi padre, por ganar la de una vieja maldita como tú?

Celestina.—Por Dios, señora, que me dejes concluir mi dicho, que ni él quedará culpado, ni yo condenada; y verás cómo es todo más servicio de Dios, que pasos deshonestos; más para dar salud al enfermo, que para dañar la fama al médico. Si pensara, señora, que tan deligero habías de conjeturar de lo pasado nocibles sospechas, no bastara tu licencia para me dar osadía á hablar cosa que ni á Calixto ni á otro hombre tocase.

Melibea.—¡Jesú, no oiga yo mentar más ese loco, salta-paredes,

fantasma de noche, luengo como cigüeña, figura de paramento m a pintado; si no, aquí me caere muerta! Este es el que el otro día me vió, y comenzó á desvariar conmigo en razones, haciendo mucho del galan. Dirásle, buena vieja, que si se pensó que ya era todo suyo y quedaba por él el campo, porque holgué más de consentir sus necedades que castigar su yerro, quise más dejarle por loco, que publicar su atrevimiento.

Celestina.—(Mas fuerte estaba Troya y ansi otras más bravas he yo amansado: ninguna tempestad mucho dura.)

Melibea.—¿Que dices? enemiga. Habla que te pueda oir.

Mucho se ha discutido sobre la moralidad de *La Celestina*, y hasta ha sido defendido el libro como educador. Otros lo censuran duramente, pero Rojas cree de él que contiene muchas sentencias filosofales y avisos necesarios á mancebos, con lo cual parece que, por lo menos, su intención caminaba hacia ese fin «tendencioso». *La Celestina*, además, es como precursora del *Quijote*, y el ingenio de Rojas el antecesor de Quevedo. No será preciso añadir que el libro, por otra parte, pertenece á la escuela realista que después inmortalizaron, entre otros, Cervantes. Terminaremos diciendo que esta obra fué puesta en verso por Pedro Manuel de Urrea y Juan de Sedeño, é imitada por Joaquín Romero de Cepeda en su comedia titulada *Selvaje* mucho tiempo después.

Llenan también el siglo XV con sus nombres, como prosistas distinguidos, que ora escriben la historia, ora la filosofía, ora la novela, á más de los mencionados, los que pasamos á enumerar. — El bachiller **Fernan Gómez de Ciudad-Real,** que nació, según se cree, en 1386, y murió, según indicios, á poco de D. Juan II. Médico, moralista y pensador, mantuvo vasta correspondencia con todos los personajes más notables de su tiempo; y con el título de *Centón epistolario*, se han publicado 105 de sus principales cartas, que vienen á ser como la historia secreta de la corte y de su tiempo. Y así como para el conocimiento de su época es muy interesante esta colección de epístolas, bajo el punto de vista literario, también son dignas de consideración por la facilidad del estilo, esmaltado de chistes y delicadas observaciones. He aquí

cómo cuenta «al doto varón Juan de Mena», en **1434**, la quema de libros del Marqués de Villena, de que antes se ha hablado.

No le bastó á D. Enrique de Villena su saber para no morirse; ni tampoco le bastó ser tio del rey para no ser llamado por encantador. Ha venido al rey el tanto de su muerte, e la conclusión que vos puedo dar será, que asaz D. Enrique era sabio de lo que á los otros cumplia, e nada supo en lo que le cumplia á él. Dos carretas son cargadas de los libros que dexó, que al rey le han traydo; e porque diz que son mágicos e de artes non cumplidoras de leer, el rey mandó que á la posada de Fr. Lope Barrientos fuesen llevados: e Fr. Lope que mas se cura de andar del príncipe, que de ser revisor de nigromancias, fizo quemar mas de cien libros que no los vió él mas que el rey de Marruecos, ni mas los entiende que el dean de Cidá Rodrigo; ca son muchos los que en este tiempo se fan dotos, faciendo á otros insipientes e magos; e peor es que se fazan beatos, faciendo á otros nigromantes. Tan solo este denuesto no había gustado del fado este bueno e magnífico señor.

El Bachiller **Alfonso de la Torre,** que floreció en la corte de Navarra, es autor de *La Visión delectable,* escrita para la educación del príncipe de Viana, y consiste en un compendio donde se contiene lo fundamental de las ciencias todas. El autor finge que un niño se instruye sucesivamente por entidades abstractas ó personificaciones de la gramática, la lógica, la astrología y la música, interviniendo para ello la verdad, la razón, la prudencia, la justicia, etc. Bajo el punto de vista de su lenguaje, puede decirse que, aunque incorrecto, está lleno de energía y de claridad, si bien incurre con frecuencia en violentas transposiciones por el prurito de armonizar la frase.—A continuación van algunas líneas de esta obra doctrinal, escrita, según se dice, antes del año 1463:

El *Entendimiento* rogó á la *Prudencia,* que pues ella era la principal que las pasiones moderaba, que le quisiese dar algunas informaciones de la vida. La Prudencia respondió: Qualquier que quisiera ser mi amigo ha de seguir las reglas siguientes:—Ha de examinar por consejo lo que ha de facer, e si él bien entendiere, no perderá nada por demandar consejo á otros: ca muchas veces ocurre á un simple lo

que non ocurre á un sabio. — No se mover por información dubdosa ni por credulidad ligera; ca muchos facen por las semejanzas cosas que se arrepienten.....

Fernán Pérez de Guzmán. Señor de Batres, nacido en los comienzos del siglo XV, muere en 1470; mezclándose, como era inevitable, en las luchas del turbulento reinado de D. Juan II. Retirado al lugar de donde era Señor, compuso sus *setecientas coplas de bien vivir*, su *Crónica* de aquel reinado y sus *Generaciones y semblanzas:* las tres obras más notables de sus producciones. El estilo de este verdadero filósofo, es conciso y nervioso, libre de latinismos y de forzadas inversiones; y su elegancia prueba hasta qué punto se encontraba ya en el siglo XV trabajada la lengua castellana para hacerla dúctil al pensamiento. — Para apreciar la sabiduría práctica contenida en sus coplas, insertamos algunas; y para juzgar su prosa, la pintura que hace del condestable Ruy López Dávalos:

5. Del home malo e malvado
que alcanza grande poder
si es sabio e esforzado
¿quién se podrá defender?

6. Poder, saber, fortaleza,
si cayeren en mal vaso,
non vale humana sabieza
á resistir un tal caso.

7. La verdat estraña e nueva
auida por mentirosa
nunca la digas sin prueba,
pues sin culpa es vergonzosa.

8. Si la verdat que paresce
mentira, es de callar,
¡quánto non daña e empesce
pura mentira fablar!

9. Non puede mucho alcanzar
ninguno, es mi creencia,
sin el cuerpo trabajar
ó cargar la consciencia.

14. Es virtut e muy loable
la justicia executar;
mas de natura amigable
non menos el perdonar.

15. La justicia fasta el cabo
todo el mundo asolaria;
luengo perdon non alabo
que da del mal osadia.

16. Entre aquestos dos extremos
si la discrecion alcança,
¿quien dubda que fallaremos,
si la buscamos, templança?

31. El que nunca fue regido
nunca bien sabrá regir;
el que supo bien servir
él se sabrá ser servido.

32. Como de flores e rosas
es ventaja conoscida,
en las obras virtuosas
la justicia es escogida.

33. Si una de estas fallesce,
la república coxquea;
e si de ambas caresce,
dexa de andar e gatea.

41. No hay arte sin disciplina
que tanto encubra el mal
como es la medicina
e error de su oficial.

74. Más peligros e mayores
vienen de la negligencia
que vienen de los ardores
de la mucha diligencia.

78. Del ome muy dezidor
ó callado en gran estremo,
qual destos sea el peor
de determinar me temo.

—

Su comienzo fué de pequeño estado: hombre de buen cuerpo e de buen gusto, muy alegre e gracioso, e de amigable conversación: muy esforzado e de gran trabajo en las guerras; asaz cuerdo e discreto; la razón breve e corta, pero buena e atenta, muy sofrido e sin sospecha. Pero como en el mundo no hay hombre sin tacha, no fué franco, e aplaciale mucho oir astrólogos, que es yerro en que muchos grandes se engañan. Fué bien quisto del rey D. Juan; pero con el rey D. Enrique, su hijo, usó tanta gracia e alcanzó tanta privanza con él, que un tiempo todos los hechos del reino eran en su mano... Hizo en la guerra de Portugal notables autos de caballerías; pero después por mezcla de algunos que mal lo querían, e porque comunmente los reyes, desde que son hombres, desaman los que cuando niños los apoderaron, fué ansí apartado del rey, e puesto en gran indignacion suya, que fué fuerza perder el estado e la persona.

Fernando del Pulgar. Nacido en la primera mitad del siglo XV, muere á fines del mismo. Fué Secretario, Consejero y Cronista de los Reyes Católicos, y su trabajo, reseñando las vicisitudes del reinado de sus soberanos, sólo alcanza hasta la toma de Granada en 1492. Sus *Letras*, dirigidas á la Reina y á personajes de distinción, son muy importantes, no ya únicamente cómo documentos para la Historia, sino porque pertenecen á un escritor que dijo en su tiempo las cosas más serias con mayor delicadeza y las más importantes con mayor elegancia. — Copiamos uno de sus retratos:

«D. Iñigo Lopez de Mendoza, marqués de Santillana e Conde del Real de Manzanares.... fue hombre de mediana estatura, bien proporcionado en la compostura de sus miembros e fermoso en las faccio-

nes de su rostro; de linaje noble castellano e muy antiguo. Era hombre agudo e discreto, e de tan gran corazon que ni las grandes cosas le alteraban ni en las pequeñas le placía entender. En la continencia de su persona e en el razonar de su fabla mostraba ser hombre generoso e magnánimo. Fablaba muy bien e nunca le oian dezir palabra que non fuese de notar; quier para doctrina, quier para placer. Era cortés e honrador de todos los que á él venian, especialmente de los hombres de ciencia. Fue muy templado en su comer e beber e en eso ꝯnia una singular continencia... Como fué en edad que conoció ser defraudado en su patrimonio, la necesidad, que despierta el buen entendimiento, e el corazon grande, que no deja caer sus cosas, le ficieron poner tal diligencia, que veces por justicia, veces por las armas, recobró todos sus bienes. Era caballero esforzado, e ante de la facienda cuerdo e templado, e puesto en ella era ardido e osado; e ni en su osadía era sin tiento, ni en su cordura se mezcló jamas punto de cobardia.

No ha de confundirse con el anterior á **Hernán Pérez del Pulgar** «el de las hazañas», que también escribió, entre otras cosas, la *Crónica del Gran Capitán,* y fué el que en el sitio de Granada entró á clavar el tarjetón del «Ave María» con su puñal en la puerta de la Gran Mezquita.

Cronista también de los Reyes Católicos, fué el Bachiller **Andrés Bernaldez,** conocido comúnmente por «El Cura de los Palacios», y su obra alcanza hasta nueve años después de la muerte de Isabel I. Admirador de Cristóbal Colón y orgulloso de haberle hospedado en su propia casa, escribe lo siguiente:

En el nombre de Dios Todopoderoso ovo un hombre de tierra de Génova, mercader de libros de estampa, que tratava en esta tierra, que llamaban Xpval Colon, hombre de muy alto ingenio, sin saber muchas letras; muy diestro en el arte de la cosmographia, e del repartir del mundo, el qual sintió por lo que en Ptolomeo leyó e por otros libros e su delgadez, cómo y en qué manera el mundo este en que nascemos y andamos, esté fijo entre la esphera de los cielos.... etc.

Los Libros de Caballería.

Los Libros de Caballería deben analizarse en este sitio, por más que nazcan, en opinión de muchos, sus asuntos en el siglo VII ú VIII, siguiendo desarrollándose por tradición dichas leyendas hasta el XIII; pero entre nosotros, sólo alguno que otro de sus autores parece que escribe en el XIV; los demás, únicamente hasta bien entrado el siglo XV no cultivaron este género; y finalmente, hasta el XVI no se divulga en nuestra patria. — Cuatro grupos pueden formarse de estas novelas, los cuales pertenecen: 1.°, á los bretones; 2.°, á los francos; 3.°, á los celtas; y 4.°, a las imitaciones generales de los anteriores. Es decir, que los primeros Libros de Caballería tienen origen inglés; los segundos, francés; los terceros, de la Península ibérica, y el cuarto grupo, en fin, procede, ora de Italia, ora de Alemania, ora de España, y desarrolla estos asuntos mezclando unos y otros héroes. También los antecedentes de estos libros quieren reducirlos algunos á las circunstancias siguientes: 1.°, á la venida del príncipe Negro con sus virtudes caballerescas; 2.ª, á la del ejército que en auxilio del rey D. Pedro acaudillaba aquél; 3.ª, á aquél las dádivas de Enrique II á Beltrán Du-Guesclin y demás caballeros que favorecieron su causa; 4.ª, á la erección de estos aventureros en señores feudales, y 5.ª, al establecimiento de las órdenes militares de Calatrava, Santiago, Alcántara, Montesa y el Templo, cuya milicia caballeresco-religiosa acometía las mayores empresas fiada en la protección divina y en la fuerza de su brazo. — De todos los Libros de Caballería escritos, traducidos ó publicados en España, hay tres que merecen figurar como los mejores, ya que no fuera por otra cosa, porque el mismo Cervantes hace de ellos una excepción, elogiándolos por boca del cura en el *Quijote*, en la escena de la quema de la biblioteca. Estos son *Amadís de Gaula*, *Palmerín de Inglaterra* y *Tirante el Blanco*; escrito el

último en valenciano, como es sabido. El argumento de Amadís, es como sigue:

Amadis es hijo ilegítimo de Perión, rey imaginario del imaginario reino de Gaula, y de Elisena, princesa de Inglaterra. Avergonzada ésta por su falta, expone al niño á la orilla del mar, donde lo halla un caballero escocés que lo lleva primero á Inglaterra y después á Escocia. En este país se enamora Amadís de Oriana, dama de sin par hermosura y perfección, é hija de un Lisarte, rey de Inglaterra, persona tan imaginaria como los anteriores. Entre tanto, Perión cumple su promesa y se casa con Elisena, de quien tiene otro hijo, llamado Galour. Las aventuras de los dos hermanos en Francia, Inglaterra, Alemania, Turquía y otros reinos desconocidos y hasta encantados, y los combates con otros caballeros y con gigantes y mágicos, que terminan con el casamiento de Amadís con Oriana, y con los encantamientos que se habían opuesto á sus amores, forman la trama de los cuatro primeros libros del Amadís.

Ocupa el segundo lugar en mérito literario, según hemos dicho, *Palmerín de Oliva*, cuyo argumento también lo constituyen dos hermanos, Palmerín y Florián, galanteador el uno y bizarro y leal el segundo. Tiene asimismo un encantador llamado «Deliante», y una isla peligrosa en donde ocurren muchas de las aventuras. He aquí un trozo de Amadís, en que se pintan las manifestaciones de amor que dan al Rey Lisarte sus vasallos:

¡O como se deberian tener los reyes por bienaventurados, si sus vasallos con tanto amor e tan gran dolor se sintieran de sus perdidas fatigas! Y ¡cuánto asi mesmo lo serian los súbditos que con mucha causa pudiesen e debiesen facer, seyendo sus reyes todos para ellos, como lo era este noble rey para los suyos! Pero ¡mal pecado! los tiempos de agora mucho al contrario son de los passados, segund el poco amor e menos verdad que en las gentes contra sus reyes se falla; e esto debe causar la costelación del mundo ser tan envejecida, que perdida la mayor parte de la virtud, no puede llevar el fruto que debía; asi como la cansada tierra, que ni el mucho labrar ni la escogida simiente pueden defender los cardos e las espinas con las otras yerbas de poco provecho que en ella nascen. Pues roguemos á aquel Señor

poderoso, que ponga en ello remedio; si á nosotros como indignos oyr non le place, que oya á aquellos que aun dentro de las fraguas sin dellas aver salido se fallan, que los faga nascer con tanto encendimiento de caridad e amor, como en nuestros antepasados avia, e á los reyes que apartadas sus iras e sus pasiones, con justa mano e piadosa los traten e sostengan.

Contrastando con lo anterior, damos á continuación una sarta de desatinos, como aquellos de que Cervantes se reía. Pertenecen á *D. Florisel de Niquea*, donde se habla de las quejas de la Reina Sidonia:

Las exclamaciones que hacia, especialmente con la imágen de Elena y de D. Florisel, no se pueden decir, sin hacer agravio á sus razones; con la razon que su lengua mostraba para decirlas con la natural de sentirlas, que otra ninguna lo puede así decir, con la diferencia que hay de lo natural á lo contrahecho, y entre otras muchas razones decia: ¡Oh, D. Florisel de Niquea, con cuánta ventaja gozo yo del dolor de tu descanso, que tu gozaste de la cautela, para gozar de mi gloria! ¡Oh, amor, y para qué me quejo yo de tus sinrazones, pues mas fuerza en tí la sinrazon tiene que la razon, por donde no es justo quejarse de ti el que conoce en tí que no saliendo de tu naturaleza, usas de tu oficio! ¡Oh, Elena, y qué fué la razon que gozases tú de mi gloria sino la poca que en amores hay! ¡Oh, que quiero dar fin á mis razones por la sinrazon que hago de quejarme de aquel que no la guarda en sus leyes!

A la lista interminable de obras de esta índole, podrían añadirse algunos romances que todavía se cantan en calles y plazas, como la famosa historia de *Oliveros de Castilla* y *Artur de Algarbe*.—A este género pertenecen también los Libros de Caballería, religiosos, escritos en sentido de mística devoción, y en que tampoco deja de haber modelos en su disparatado gusto. Y entre ellos deben citarse los títulos al menos de los nombrados *Caballería cristiana*, *El caballero Asisio* (San Francisco de Asís), etc., etc., impresos todos ellos á mediados del siglo XVI; y, por último, acaso el más notable de los de esta clase, el titulado *Caballería celestial*, de Jerónimo de San Pedro, impreso en Valencia en 1554, y en que el autor se propone, según dice, acabar con los libros profanos de Caballería.

Los Romances.

Lo que acabamos de decir con respecto á los Libros de Caballería, debemos repetirlo ahora por lo que hace relación á los romances; y si rica es nuestra literatura en aquellas novelas, no lo es menos en este otro género poético, íntimamente ligado con aquél. Los romances son una forma popular de la tradición, la leyenda y la historia pátria, ora nacida de la musa nacional castellana, ora transportada de la inspiración de la poesía regional (catalana, gallega, valenciana, lusitana), ó bien traducida de cantos y poemas árabes ó hebreos, ó bien, por último, como derivaciones de la imaginación provenzal ó de la literatura italiana. — Puede, por consiguiente, aplicarse, como antes hemos indicado, á los romances lo que se ha escrito con respecto á los Libros de Caballería. Sólo que debemos hacer notar que si los primeros motivos para los argumentos de tales libros proceden de los siglos bárbaros medios, anteriores á la formación de las lenguas modernas, los romances, propiamente dichos, nacen con posterioridad á aquellos tiempos, y en nuestra patria no son de fijo anteriores á los siglos XIII y XIV. Y de igual modo que los poetas reunían la colección de sus trovas en lo que llamaban sus *cancioneros*, los que en el siglo XV empezaron á estimar esta manifestación de la poesía popular, comenzaron también á reunir los *romanceros*, á veces conservando los títulos de los mismos y los nombres de los autores, á veces dejando perder unos y otros.— Algunos críticos mantienen que existen tres categorías en el habla popular á la formación de nuestra lengua. Una, que se refería á la *fabla*, ó sea la sencilla narración en prosa; la segunda, á los *cantares* destinados á la música y que, cultivados por personas ilustradas, llamáronse *trovas*, que llegaron á su apogeo en todo el siglo XV que nos ocupa; y por último, los *Cantares de gesta*,

ó sean los romances propiamente tales, despreciados por nuestros primeros poetas de los siglos XIII y XIV y cultivados y estimados con posterioridad por los escritores más insignes. — Defienden también algunos historiadores de la literatura que la forma primera de los romances fué en rima perfecta ó aconsonantada; y que los versos de arte mayor, bien de 12, bien de 14 sílabas ó alejandrinos, rimados en consonante consecutivamente, todos ellos, al dividirse en hemistiquios, produjeron de modo natural el romance llano español de seis, siete y ocho sílabas; porque la primera parte de cada uno de aquellos versos mayores constituyó el verso libre, y la segunda, ó final de cada verso, constituyó el verso rimado. En cuanto á la asonancia, la misma imperfección del consonante, bien agregando ó suprimiendo letras ó haciendo que sonaran de análoga manera, produjeron esta rima imperfecta, que andando el tiempo había de ser característica y exclusiva de la poesía española, hasta el extremo de que ni aun perciban dicha asonancia los oídos más delicados de las restantes lenguas modernas. Y con efecto, toda la teoría expuesta puede comprobarse si en el mismo *Poema del Cid*, el ejemplo antes copiado, lo distribuímos en la siguiente forma:

Tu eres rey de los reyes
e de todo el mundo padre;
á ti adoro e creo
de toda voluntade;
e ruego á San Peydro
que me ayude á rogare
por mio Cid el Campeador
que Dios le curie de male, etc.

También hay quien cree que los romances son originariamente árabes; y al traducirlos los cristianos en España, hicieron la conversión del verso monorrimo oriental, dejando como se indica en el ejemplo anterior, uno sin rimar y otro asonantado. En cuanto á su división, cada uno de los fines de la actividad humana, cada uno de los sentimientos del humano corazón, da lugar á una clase, habiéndolos, por ejemplo, históricos, filosóficos, mo-

rales, caballerescos, fantásticos, religiosos, amatorios, moriscos, pastoriles, burlescos, doctrinales, etc., etc.— Alguien ha creído que precisamente porque en esta clase de composiciones se reunen elementos líricos y épicos á la vez, así como porque cantan y retratan la síntesis de toda la vida nacional, debía considerarse á nuestro *romancero* como una verdadera epopeya española. El mismo hecho de ser el romance cantado, bailado y recitado en la plaza pública, ó en la fiesta doméstica, ó en la solemnidad fúnebre de la intimidad de la familia, ya por los juglares de boca y tamborete, ya por las endecheras y danzadoras, que si bien la Iglesia anatematiza, consiente y aun admite á esta gente en sus festivales, da un carácter al romance de tan alta y profunda significación, que con razón lleva el nombre de la misma lengua vulgar en el nacimiento de los idiomas modernos. — De todos y cada uno de los héroes populares se conservan muchos romances, y enumeraremos algunos de los históricos. De Bernardo del Carpio existen unos cuarenta. Sabido es que el héroe vive hacia el año 800 y que es hijo de los amores clandestinos del conde de Saldaña con la hermana de D. Alfonso el Casto, y las hazañas de Bernardo en Roncesvalles y demás episodios de su vida son la materia ó argumento de dichos romances. — De Fernán González se guardan unos veinte. De los Siete Infantes de Lara, unas treinta leyendas; y del Cid, por último, en la colección primera de 1612, se encuentran 160. Esto en cuanto á los históricos. — En cuanto á los caballerescos, que proceden en su mayor parte de los Libros de Caballería, y tomados de ambos ciclos (el bretón y el carlovingio), comprenden 50 composiciones, y son algunos de ellos tan extensos, que cuentan más de mil versos. Por lo que toca á los moriscos, forman un grupo importante, y de los pastoriles, cultivados por poetas ya ilustrados, constituyen la clase más correcta, pero quizás al propio tiempo la que tiene menos carácter genuínamente español. — Las colecciones de romances, según se ha dicho antes, han recibido el nombre de «romanceros», y la más completa de cuantas existen es la de D. Agustín Durán. Ahora copiemos algunos de los distintos tipos reseñados anteriormente. — Del *Romancero del Cid*: «Cuidando», etc.; «Desafío del Cid»; «Contesta-

ción entre el Cid y el abad Bernardo»; de los moriscos, «Desafío de Tarfe» y «Zulema»; y de los históricos-legendarios, «La Campana de Huesca» y parte del moro «Tarfe y Garcilaso».

Coibdaba Diego Laínez
en la mengua de su casa,
fidalga, rica y antigua
antes de Iñigo y Abarca;
y viendo que le fallecen
fuerzas para la venganza,
y que por sus luengos años,
por sí no puede tomalla,
. . . . . .
no puede dormir de noche,
ni gusta de las viandas,
ni alza del suelo los ojos,
ni osa salir de la sala,
nin fablar con sus amigos;
antes les niega la fabla,
temiendo no les ofenda
el aliento de su infamia.
Estando, pues, combatiendo
con tantas honrosas bascas,
quiso hacer esta experiencia,
que non le salió contraria.
Mandó llamar sus tres hijos,
y sin decilles palabra
les fué apretando uno á uno
las fidalgas tiernas palmas:
no para mirar en ellas
las quirománticas rayas,
que este fechicero abuso
no era nacido en España;
mas prestando el honor fuerzas,
á pesar del tiempo y canas,
á la fría sangre y venas,
nervios y arterias heladas,
les apretó de manera
que dijeron: —Señor, basta;
¿qué intentas ó qué pretendes?
suéltanos ya, que nos matas.—
Mas cuando llegó á Rodrigo,
casi muerta la esperanza
del fruto que pretendía,
que á do no piensan se halla:
encarnizados los ojos,
cual furiosa tigre hircana,
con mucha furia y denuedo
le dijo aquestas palabras:
—Soltedes, padre, en mal hora
soltedes en hora mala,
que á no ser padre, no hiciera
satisfacción de palabras;
antes con la mano mesma
vos sacara las entrañas,
faciendo lugar el dedo
en vez de puñal ó daga.—
Llorando de gozo el viejo
dijo: - Fijo de mi alma:
tu enojo me desenoja,
y tu indignación me agrada.
Esos bríos, mi Rodrigo,
muéstralos en la demanda
de mi honor, que está perdido,
si en tí no se cobra y gana.—
Contóle su agravio, y dióle
su bendición, y la espada
con que dió al conde la muerte
y principio á sus fazañas.
. . . . . .

Non es de sesudos homes,
ni de infanzones de pro,
facer denuesto á un fidalgo
que es tenudo mas que vos.
Non los fuertes barraganes
del vueso ardid tan feroz
prueban en homes ancianos
el su juvenil furor.
Non son buenas fechorías
que los homes de Leon
fieran el rostro á un anciano
y no el pecho á un infanzon.
Cuidárais que era mi padre
de Lain Calvo sucesor;
y que no sufren entuertos
los que han de buenos blason.
Mas ¿cómo vos atrevisteis
á un home, que solo Dios,
siendo yo su fijo, puede
facer aquesto, otrie non?
La su noble faz fiublásteis
con nube de deshonor,
mas yo desfaré la niebla,
que es mi fuerza la del sol;
que la sangre dispercude
mancha que finca en la honor
y ha de ser, si bien me lembro,
con sangre del malhechor.
La vuesa, conde tirano,
lo será, pues su fervor
os movió á desaguisado
privándovos de razón.
Mano en mi padre pusísteis
delante el rey con furor,
cuidá que lo denostásteis,
y que soy su fijo yo.
Mal fecho fecisteis, conde,
yo vos reto de traidor,
y catad si vos atiendo
si me causaréis pavor.
Diego Laínez me fizo
bien cendrado en su crisol;
probaré en vos mi fiereza
y en vuesa falsa intención.
Non vos valdrá el arlimiento
de mañero lidiador,
pues para vos combatir
traigo mi espada y troton.—
Aquesto al conde Lozano
dijo el buen Cid Campeador,
que despues por sus fazañas
este nombre mereció.
Dióle la muerte y vengóse,
la cabeza le cortó,
y con ella ante su padre
contento se afinojó.

Fablando estaba en el claustro
de San Pedro de Cardeña
el buen rey Alfonso al Cid
despues de misa, una fiesta.
Trataban de las conquistas
de las mal perdidas tierras
por pecados de Rodrigo,
que amor diculpa y condena.
Propuso el buen rey al Cid
el ir á ganar á Cuenca;
y Rodrigo, mesurado,
le dice desta manera:
—Nuevo sois, el rey Alonso,
nuevo rey sois en la tierra;
antes que á guerra vayades
sosegad las vuesas tierras.
Muchos daños han venido
por los reyes que se ausentan,

y apénas han calentado
la corona en la cabeza;
y vos no estais muy seguro
de la calunia propuesta
de la muerte de don Sancho
sobre Zamora la vieja;
que aun hay sangre de Bellido,
magüer que en fidalgas venas,
y el que fizo aquel venablo,
si le pagan, fará treinta.—
Bernardo en lugar del Rey
dice al Cid:—Si vos aquejan
el cansancio de las lides
ó el deseo de Jimena,
idvos á Vivar, Rodrigo,
y dejadle al rey la empresa;
que homes tiene tan fidalgos
que no volverán sin ella.
—¿Quién vos mete, dijo el Cid,
en el consejo de guerra,
fraile honrado, á vos agorą,
la vuesa cogulla puesta?
Subid vos á la tribuna
y rogad á Dios que venzan,
que non venciera Josué
si Moisés non lo ficiera.
Llevad vos la capa al coro,
yo el pendon á las fronteras,
y el rey sosiegue su casa
antes que busque la ajena;
que non me farán cobarde
el mi amor ni la mi queja,
que más traigo siempre al lado
á Tizona que á Jimena.
– Home soy, dijo Bernardo,
que antes que entrára en la regla,
si no venci reyes moros,
engendré quien los venciera:
y agora, en vez de cogulla,
cuando la ocasión se ofrezca
me calaré la celada
y porné al caballo espuelas.
—¡Para fugir, dijo el Cid,
podrá ser, padre, que sea;
que más de aceite que sangre
manchado el hábito muestra!
—Callédes, le dijo el rey,
en mal hora, que no en buena,
acordársevos debia
de la jura y la ballesta.
Cosas tenedes, el Cid,
que farán fablar las piedras,
pues por cualquier niñería
faceis campaña á la Iglesia.—
Pasaba el conde de Oñate
que llevaba la su dueña,
y el rey, por facer mesura,
acompañóla á la puerta.

«Si tienes el corazon
Zaide como la arrogancia,
y á medida de las manos
dejas volar las palabras;
si en la vega escaramuzas
como entre las damas hablas,
y en el caballo revuelves
el cuerpo como en las zambras;
si el aire de los bohordos
tienes en jugar la lanza,
y como danzas la toca
con la cimitarra danzas;
si eres tan diestro en la guerra
como en pasear la plaza,
y como á fiestas te aplicas,
te aplicas á la batalla;

UNIVERSITY

si como el galan ornato
usas la lucida malla,
y oyes el son de la trompa
como el son de la dulzaina;
si como en el regocijo
tiras gallardo las cañas,
y en el campo al enemigo
le atropellas y maltratas;
si respondes en presencia
como en ausencia te alabas,
sal á ver si te defiendes
como en el Alhambra agravias;
y si no osas salir solo,
como lo está el que te aguarda,
algunos de tus amigos
para que te ayuden saca:
que los buenos caballeros,
no en palacio ni entre damas,
se aprovechan de la lengua,
que es donde las manos callan;
pero aquí que hablan las manos,
ven, y verás cómo habla
el que delante del rey,
por su respeto callaba.»

Esto el moro Tarfe escribe,
con tanta cólera y rabia,
que donde pone la pluma
el delgado papel rasga.
Y llamando á un paje suyo,
le dijo:—Vete al Alhambra,
y en secreto al moro Zaide
da de mi parte esta carta;
y dirásle que le espero
donde las corrientes aguas
del cristalino Genil
al Generalife bañan.

Aquel valeroso moro,
rayo de la quinta esfera,
aquel nuevo Apolo en paces,
y nuevo Marte en la guerra
que sus mismos enemigos
le bendicen y le tiemblan;
aquél por quien á la fama
le importa que se prevenga
para contar sus hazañas
de más alas y más lenguas:
Zulema al fin, el valiente
hijo del fuerte Zulema
fué á ver en Ávila un día
las fiestas, como de fiesta.
En viéndole, la gran plaza
toda se alegra y altera,
que ver en fiestas al moro
les parece cosa nueva.
En los andamios reales
los Adalifes le ruegan,
que se asiente, aunque se temen
que á todos les oscurezca;
pero al fin Zulema en medio
de los alcaides se sienta,
que lo fueron por entonces
de la mayor fortaleza:
cuando más breve que el viento,
y más veloz que cometa,
del celebrado Jarama
un toro en la plaza sueltan,
de aspecto bravo y feroz,
vista enojosa y soberbia,
ancha nariz, corto cuello,
cuerno ofensible, piel negra.
Desocúpale la plaza
toda la más gente de ella;
sólo algunos de á caballo
aunque le temen, le esperan:

piensan hacer suerte en él
mas fuéles la suya adversa,
pues siempre que el toro embiste
los maltrata y atropella.
Salta del andamio luégo;
mas no salta sino vuela,
cuando ve que á un hombre el toro
con pies y manos le huella,
y siendo sujeto al hombre,
ahora al hombre sujeta.
A pie se parte á librarle,
y aunque todos le voceán,
no lo deja, porque sabe
que su victoria está cierta.
Llega al toro cara á cara,
y con la indomable diestra
esgrime el agudo alfanje
haciéndole mil ofensas:
retírase el toro atrás,
líbrase el que estaba en tierra,
grita el pueblo, brama el toro,
vuelve á aguardarle Zulema.
Otra vez vuelve á embestirle,
y mejor que la primera
le acierta, y riega la plaza
con la sangre de sus venas:
brama, bufa, escarba, huele,
anda alrededor, patea,
vuelve á mirar quién le ofende
y de temerle da muestras.
Tercera vez le acomete,
echando por boca y lengua
blanca y colorada espuma
de coraje y sangre hecha;
pero ya cansado el moro
de verle durar, le acierta
un golpe, por do la muerte
le abrió una anchurosa puerta:
levanta la voz el vulgo,
cae el toro muerto en tierra,
envídianle los más fuertes
al ver rendida la fiera.
La fama toca su trompa
y rompiendo el aire vuela;
Apolo toma la pluma:
yo acabo y su gloria empieza.

Don Ramiro de Aragón
el rey monje que llamaban,
caballeros de sus reinos
asaz lo menospreciaban.
Que era muy sobrado manso
y no sabidor en armas,
por lo que no le obedecen,
por lo que le desacatan.
Enviado ha un mensajero
al monje que lo criara,
á San Ponce de Tomeras
donde el buen abad moraba,
porque él le diese consejo
en la bajeza en que estaba.
El mensajero se parte
y al abad le da una carta:
el abad no le responde,
en la huerta solo entraba,
el mensajero con él
que respuesta le demanda.
El abad lo despachó
sin hablarle una palabra;
la respuesta que le diera
fuera cifra bien cerrada,
que sacando allí un cuchillo
las ramas altas cortaba.
Despedido el mensajero
mal contento se tornaba.

Como fué llegado al rey
le dijera estas palabras:
«Mal recaudo os traigo, rey,
que el monje no vos preciaba,
ni me quiso dar respuesta,
creo que de vos burlaba;
entróse luego á una huerta
en leyendo vuestra carta,
y afilando allí un cuchillo
las ramas aparejaba.»
Oyendo aquestas razones
el rey las disimulara.
Entendió bien la respuesta
y el consejo que le daba.
Hizo llamar á las Cortes
A Cortes que celebraba.
Dice que hacer quería
una solemne campana
que se oyese por el reino
y sonase en toda España.
Viérades de esto gran risa,
los grandes de ello mofaban;
en esta ciudad de Huesca
muchas gentes se juntaban.
Llamó un día á los señores
y en su cámara les habla,
y á sus hijos herederos
hizo quedar en la sala.
En entrando todos ellos
viéronse entre gente de armas,
mandó cortar las cabezas
á los que más de él burlaban.
Quince fueron sentenciados,
á los otros perdonara;
mandó sacar las cabezas
á los mozos de la sala;
dijo que eran de sus padres
todas las que allí miraban,
porque le tenían en poco
y en su presencia burlaban:
que viesen aquel ejemplo
y ellos mojasen la barba.
Así fué temido el monje
con el són de esta campana.

... .

Con resolucion gallarda
le atajó el moro al instante.
—«¿Eres Pulgar?» le pregunta
—«No soy quien imaginaste
que si Pulgar te escuchara
vieras que entre sus pulgares
desbarataba esos miembros
que los moros tanto aplauden.
Uno soy no conocido,
que en tu vida ha de ensayarse.»

.. ..

—«Descúbrete, pues, ya ves
que descubierto me hallaste.»
Se alzó Laso la visera,
y así que lo vido Tarfe,
—«¿Eres mujer? le pregunta;
si eres dama no me engañes,
porque mi esfuerzo no llama
mujer ni niño al combate.
Vuélvete, engañado joven,
y agradece mis piedades,
que para que esto les cuentes
la vida quiero dejarte.»
Enfadado Garcilaso;
apretó los acicates.
Tal encuentro le dió al moro,
con resolución tan grande,
que previniendo defensa
la lanza llegó á enristrarle, etc.

Juan Ginés de Sepúlveda (1490-1573). Córdoba se enorgullece con ser la patria de este pensador, que después de seguir sus estudios en Alcalá, fué al Colegio de San Clemente de los españoles de Bolonia á ampliarlos en aquella célebre Universidad. Siguió al Emperador Carlos V en muchas de sus jornadas; y habiendo escrito su libro titulado *Diálogos de justis belli causis contra indos susceptis sive democrates alter*, en donde se defendía ó disculpaba al menos la esclavitud de los indios y el derecho de conquista en los países americanos, todo ello fundado en la teoría de Aristóteles, el Consejo de Indias negó su permiso para su publicación. El mismo padre Fr. Bartolomé de las Casas, así como las Universidades de Salamanca y Alcalá se opusieron de igual modo á su publicación por contener la obra teorías malsanas para el bien público. De modo que triunfó el recto sentido de justicia y de moral humana contra este libro de filosofía del derecho, en que se seguían principios establecidos por otros filósofos de Europa, según los cuales, la autoridad es la fuente de la justicia, y la fuerza y la conquista el origen de la ley. — Las obras de Sepúlveda se publicaron en 1780 por la Real Academia de la Historia.

Doña Oliva Sabuco de Nantes. Floreció á mediados del siglo XV esta ilustre dama de extraordinario talento. Fué natural de Alcaraz, y publicó entre otras su famosa obra titulada *Nueva filosofía de la Naturaleza*, en donde se dan las primeras teorías sobre la fisiología de las pasiones, y al propio tiempo se apuntan ideas y principios concernientes al influjo del sistema nervioso en el hombre, reputando al cerebro como el lugar en el cual reside el alma humana: tal y como andando el tiempo han defendido algunos sistemas filosóficos. El trabajo de esta insigne mujer, supone no sólo un mérito intrínseco por la doctrina en sí, sino también un valor en la autora, superior á todo encomio, puesto que se atrevía en aquellos tiempos idealistas á exponer teorías materialistas, ó sensualistas cuando menos. — Fué profesora de la Universidad de Salamanca.

Siglo XVI.

Acabamos de examinar la manifestación más importante en la poesía popular española, los romances, los cuales siguen escribiéndose ó perfeccionándose al ser coleccionados en todo est siglo, y aun los cultivan poetas de primer orden desde aquí en adelante hasta nuestros tiempos. En pleno XVI empieza en cambio una literatura erudita, bien diferente de la anterior, directamente influída por la poesía italiana, la cual acaba por tomar carta de naturaleza, confundiéndose con la clásica musa castellana, hasta nuestros días también.

Juan Boscán (1500-1543). Por consejo del embajador de Venecia en España (en aquel entonces Navajero), familiarizado con la lengua del Dante, y como natural que era de Barcelona, con la poesía provenzal, empezó con muy buenos auspicios á imitar y producir una forma poética que después había de desenvolverse en grande escala, según hemos apuntado. No ha provocado su gloria en verdad la importancia de sus obras, sino más bien el ser iniciador de este nuevo estilo y gusto. — Para dar una idea de ambos, reproduciremos el siguiente soneto en que se nota que, si bien no carecía de corrección, dulzura y facilidad, en cambio no le sobraba colorido poético, y abundaba en retruécanos

Aun bien no fuí salido de la cuna,
ni del ama la leche hube dejado,
cuando el amor me tuvo condenado
á ser de los que siguen su fortuna.
Dióme luego miserias de una en una,
por hacerme costumbre en su cuidado,
despues en mí de un golpe ha descargado,
cuanto mal hay debajo de la luna.

En dolor fuí criado y fuí nacido,
dando de un triste paso en otro amargo,
tanto que si hay más paso es de la muerte.
¡Oh corazón que siempre has padecido!
Dime: tan fuerte mal ¿cómo es tan largo?
Y mal tan largo, dí ¿cómo es tan fuerte?

Más importante bajo todos puntos de vista que el anterior es **Garcilaso de la Vega** (1503-1536). Siguió, lo mismo que Boscán, este ilustre toledano al Emperador Carlos V, esperándole tantas glorias como soldado que como poeta. Pocas obras pudo escribir en su corta y azarosa vida; pero así y todo, dejó canciones, elegías, una epístola, muchos sonetos y varias églogas. De éstas, la titulada *Salicio y Nemoroso*, tiene trozos tan bellos como os que siguen, y de las canciones las hay tan interesantes como la copiada más abajo, *A la flor de Gnido*.

Salicio.—El sol tiende los rayos de su lumbre
por montes y por valles, despertando
las aves, animales y la gente:
cuál por el aire claro va volando,
cuál por el verde prado ó alta cumbre
paciendo va segura y libremente,
cuál con el sol presente
va de nuevo al oficio
y al usado ejercicio
do su natura ó menester le inclina.
Siempre está en llanto esta ánima mezquina
cuando la sombra el mundo va cubriendo
ó la luz se avecina.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
. ...
Por tí el silencio de la selva umbrosa,
por tí la esquividad y apartamiento
del solitario monte me agradaba;
por tí la verde hierba, el fresco viento,
el blanco lirio y colorada rosa
y dulce primavera deseaba.

¡Ay, cuanto me engañaba!
¡Ay, cuán diferente era
y cuán de otra manera
lo que en tu falso pecho se escondía!
Bien claro con su voz me lo decía
la siniestra corneja, repitiendo
la desventura mía.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo
.....

Nemoroso.—Corrientes aguas, puras, cristalinas;
árboles que os estais mirando en ellas,
verde prado de fresca sombra lleno,
aves que aquí sembrais vuestras querellas,
hiedra que por los árboles caminas,
torciendo el paso por su verde seno;
yo me ví tan ajeno
del grave mal que siento,
que de puro contento
con vuestra soledad me recreaba,
donde con dulce sueño reposaba,
ó con el pensamiento discurría
por donde no hallaba
sino memorias llenas de alegría;
....

¿Quién me dijera, Elisa, vida mia,
cuando en aqueste valle al fresco viento
andábamos cogiendo tiernas flores,
que había de ver con largo apartamiento
venir el triste y solitario día
que diese amargo fin á mis amores?
El cielo en mis dolores
cargó la mano tanto,
que á sempiterno llanto
y á triste soledad me ha condenado;
y lo que siento más es verme atado
á la pesada vida y enojosa,
solo, desamparado,
ciego sin lumbre en cárcel tenebrosa.
.....

Si de mi baja lira
tanto pudiese el són, que en un momento
aplacase la ira
del animoso viento,
y la furia del mar y el movimiento;
Y en ásperas montañas
con el suave canto enterneciese
las fieras alimañas,
los árboles moviese
y al són confusámente los trajese:
No pienses que cantado
sería de mí, hermosa flor de Gnido,
el fiero Marte airado,
á muerte convertido,
de polvo y sangre y de sudor teñido;
Ni aquellos capitanes
en las sublimes ruedas colocados,
por quien los alemanes,
el fiero cuello atados
y los franceses son domesticados.
Mas solamente aquella
fuerza de tu beldad sería cantada,
y alguna vez con ella
tambien sería notada
el aspereza de que estás armada;
Y cómo por tí sola,
y por tu gran valor y hermosura,
convertida en viola,
llora su desventura
el miserable amante en su figura.
Hablo de aquel cautivo,
de quien tener se debe más cuidado,
que está muriendo vivo,
al remo condenado,
en la concha de Venus amarrado.
Por tí, como solia,
del áspero caballo no corrige
la furia y gallardía,
ni con freno le rige,
ni con vivas espuelas ya le aflige.

Por tí, con diestra mano
no revuelve la espada presurosa,
y en el dudoso llano
huye la polvorosa
palestra como sierpe ponzoñosa.
Por tí su blanda musa,
en lugar de la cítara sonante,
tristes querellas usa,
que con llanto abundante
hacen bañar el rostro del amante.

Imitador del anterior es **Gutierre de Cetina,** natural de Sevilla, nacido á principios del siglo XVI y muerto en 1560. Es famoso sobre todo por el madrigal *A unos ojos,* que copiamos, y que ha pasado como modelo de pensamiento tierno y delicado expresado en corto número de versos. — Sirvió Cetina en la carrera de las armas, distinguiéndose en la campaña italiana; luego fué á Méjico. — Sus composiciones, juzgadas con mucho acierto por Herrera, si tienen dulzura, les falta en cambio el nervio y fuerza tan exigidos en la lírica.

Ojos claros, serenos,
si de dulce mirar sois alabados,
¿por qué si me mirais, mirais airados?
Si cuanto más piadosos
más bellos pareceis á quien os mira,
¿por qué á mí solo me mirais con ira?
¡Ojos claros, serenos,
ya que así me mirais, miradme al ménos!

D. Diego Hurtado de Mendoza (1503-1574). También es un discípulo de la escuela italiana, aunque cultiva el verso corto propio de la tradicional española. Nació en Granada y falleció en Madrid. Estudió en Salamanca y siguió á los ejércitos de Carlos V, asistiendo, como embajador de este monarca, al Concilio de Trento. Felipe II lo desterró por envidia á sus dotes de hábil diplomático y de competente escritor. Hurtado de Mendoza es una de las figuras más salientes de la literatura nacional. Como

poeta, escribió canciones, elegías, una égloga, un diálogo y una fábula, varias composiciones en metros cortos, y epístolas en fin. De la fábula *Adonis, Hipomenes* y *Atalanta*, son las tres primeras octavas trascritas, y la última una imitación de Virgilio, pintando el estado en que Venus encontró á Adonis, muerto por las fieras:

En el Arabia es fama, que cansada
la diosa Venus por la tierra yendo,
del murmullo de un agua convidada,
que entre la verde yerba iba corriendo,
con el sol y trabajo acalorada
al fresco viento el blanco pecho abriendo,
cubierta de una gasa trasparente
se sentó á reposar cabe una fuente.

Acaso Adonis por allí venía
de correr el venado temeroso,
no de otra arte que el sol, cuando volvía
en Licia los ganados al reposo:
el polvo que en el rostro se veía
y el sudor le hacían más hermoso:
como con el rocío húmeda y cana
se vé la fresca rosa en la mañana.

. . . . . .

El dorado cabello, que es bastante
á deshacer el sol, al viento suelta,
en un hombro el carcax de oro sonante
la blanca ropa en otro trae revuelta:
en la mano arco y flecha penetrante;
un perro de traílla, otro de suelta,
halla la caza y hiere en una hora,
y pensando matalla la enamora.

Tal lo halló, cual flor de primavera,
que poco antes honraba el verde prado,
fresca, alta y en orden la primera,
mas fué al pasar tocada del arado:
cual el blanco jazmin ó adormidera
cogido en un instante y arrojado:
la tez y resplandor y hermosura
vueltas en sombra eterna y noche oscura.

Como prosista, goza también de justo renombre por su *Historia de la guerra contra los moriscos de Granada*, verdadero modelo digno de estudio por el pensamiento y por el estilo, donde quiere imitar á los clásicos, singularmente á Tácito y á Salustio; este trabajo tiene además el mérito de estar escrito durante su destierro en dicho reino, y por tanto, en vivo y enmedio de los sucesos. Para juzgar de su lenguaje en el género, insertamos el siguiente trozo de la introducción de esta obra:

Bien sé que muchas cosas de las que escribiere parecerán á algunos livianas y menudas para historia, comparadas á las grandes que en España se hallan escritas. Guerras largas de varios sucesos; tomas y desolaciones de ciudades populosas; reyes vencidos y presos; discordias entre padres é hijos, hermanas y hermanos, suegros y yernos; desposeídos, restituídos y otra vez desposeídos, muertos á hierro, acabados linages; mudadas sucesiones de reinos: libre y extendido campo y ancha salida para los escritores. Yo escogí camino más estrecho, trabajoso, estéril y sin gloria; pero provechoso y de fruto para los que adelante vinieren; comienzos bajos; rebelión de salteadores; junta de esclavos; tumulto de villanos; competencias, odios, ambiciones y pretensiones; dilacion de provisiones; falta de dineros; inconvenientes, ó no creídos, ó tenidos en poco; remision y flojedad en ánimos acostumbrados á entender, proveer y disimular mayores cosas. Y así no será cuidado perdido considerar de cuán livianos principios y causas particulares se viene á colmo de grandes trabajos, dificultades y daños públicos, y cuasi sin remedio. Verán una guerra al parecer tenida en poco y liviana dentro de casa; mas fuera estimada y de gran coyuntura: que en cuanto duró tuvo atentos y no sin esperanza los ánimos de los príncipes, amigos y enemigos, lejos y cerca; primero cubierta y sobresanada, y al fin descubierta parte con el miedo y la industria; y paret criada con el arte y la ambicion. La gente que dije pocos á pocos junta, representada en forma de ejércitos; necesitada España á mover sus fuerzas para atajar el fuego; el rey salir de su reposo y acercarse á ella; encomendar la empresa á Don Juan de Austria su hermano, hijo del emperador D. Cárlos, á quien la obligacion de las victorias del padre moviese á dar la cuenta de sí que nos muestra el súceso. En fin, pelearse cada día con enemigos: frio, calor, hambre; falta de municiones y de aparejos en todas partes; daños nuevos, muertes á la contínua; hasta que vimos á los enemigos, nacion belicosa, entera, armada

y confiada en el sitio, en el favor de los bárbaros y turcos, vencida, rendida, sacada de su tierra, y desposeída de sus casas y bienes; presos y atados hombres y mugeres; niños cautivos y vendidos en almoneda, ó llevados á habitar á tierras lejos de la suya: cautiverio y transmigracion no menor que las que de otras gentes se leen por las historias, victoria dudosa y de sucesos tan peligrosos, que alguna vez se tuvo duda si éramos nosotros ó los enemigos los á quien Dios quería castigar; hasta que al fin de ella descubrió que nosotros éramos los amenazados y ellos los castigados.

Por último, como novelista, es Mendoza una de las glorias de España: *El Lazarillo de Tormes*, publicado en 1553, tipo perfecto de la novela picaresca, fué traducido, apenas publicada, á las principales lenguas de Europa. Su protagonista cuenta las peripecias de la vida que llevó con sus avarientos amos y las trazas de que se valía para robarles vituallas con que mantenerse. El ciego ladino primero, el clerizonte miserable después y el vanidoso al par que mendigo hidalgo, son modelos admirables de personajes tomados del natural, así como el fraile de la Merced, el barbero, el capellán y el alguacil, á quienes sucesivamente sirve; terminando la novela con el casamiento del pobre lazarillo, nacido en el molino del río Tormes, y abandonado después por su desnaturalizada madre. — He aquí cómo describe la casa de su amo el hidalgo, que paseaba su holgazanería por las calles de la corte, mientras el pobre criado recogía limosnas con que darle de comer:

Cuando llegué á casa, ya el bueno de mi amo estaba en ella, doblada su capa y puesta en el poyo, y él, paseándose por el patio: como entré vínose para mi; pensé que me queria reñir la tardanza, mas mejor lo hizo Dios. Preguntóme de dónde venia, y yo le dije:—Señor hasta que dió las dos estuve aqui, y cuando ví que vuesa merced no venia, fuíme por esa ciudad, á encomendarme á las buenas gentes, y hanme dado esto que veis. Mostréle el pan y las tripas que en un cabo de la halda traia, á lo cual él mostró buen semblante, y dijo:—Pues esperado te hé á comer, y de que vi que no venias, comí; mas tu haces como hombre de bien, en eso de que más vale pedirlo por Dios, que no hurtarlo, y asi El me ayude, como ello me parece bien, y solamente te

encomiendo no sepan que vives conmigo, por lo que toca á mi honra, aunque bien creo que será secreto, segun lo poco que en este pueblo soy conocido. Nunca á él yo hubiera de venir.—De eso, pierda señor cuidado—le dije yo—que maldito aquel que ninguno tiene que pedirme esta cuenta ni yo de darla. —Ahora pues, come pecador, que si á Dios place, presto nos veremos sin necesidad, aunque te digo que después que en esta casa entré, nunca bien me ha ido... Sentéme al cabo del poyo, y porque no me tuviese por glotón callé la merienda, y mirándole comencé á cenar y á morder en mis tripas y pan, y disimuladamente miraba al desventurado señor mio, que no partía sus ojos de mis haldas que á aquella sazón servian de plato. Tanta lástima haga Dios de mí, como yo habia de él; porque senti lo que sentia y muchas veces habia por ello pasado y pasaba cada dia. Pensaba si seria bien comedirme á convidarle, mas por me haber dicho que habia comido, temíame no aceptaria el convite. Quiso Dios cumplir mi deseo, y aún pienso que el suyo, porque como comencé á comer, él se andaba paseando, y llegóse á mi y díjome:—Dígote Lázaro que tienes en comer la mejor gracia que en mi vida vi á hombre, y que nadie te lo ve hacer, que no le pongas ganas aunque no la tenga.—La muy buena que tú tienes—dije yo entre mí—te hace parecer la mía hermosa. Con todo, parecióme ayudarle, pues se ayudaba y me abría camino para ello, y díjele: — Señor el buen aparejo hace buen artífice. Este pan está sabrosísimo, y esta uña de vaca tan bien cocida y sazonada que no habrá á quien no convide con su sabor.—¿Uña de vaca es?—Si señor.—Dígote que es el mejor bocado del mundo, y que no hay faisán que así me sepa. — Pues pruebe señor y verá qué tal está. Póngole en las uñas la otra, y tres ó cuatro raciones de pan de lo más blanco. — Asentóseme al lado, y comienza á comer como aquel que lo habia en gana, royendo cada huesecillo de aquellos, mejor que un galgo suyo lo hiciera.

La Inquisición, que creyó ver en varios retratos la crítica contra algunas clases sociales influyentes á la sazón, prohibió *El Lazarillo* en España cuando más se leía y releía en el extranjero.

El movimiento de protesta contra la poesía importada entre nosotros y contra los importadores de las nuevas rimas, lo inició **Cristóbal Castillejo,** poeta de segunda fila, aunque no falto de ingenio suficientemente epigramático para hacer con fortuna su campaña. — Nació en las postrimerías del siglo XV, y murió en

San Martín de Valdeiglesias, donde fué cartujo, después de haber servido al Emperador Fernando, hermano de Carlos V, y de haberle seguido muchos años en Alemania. — En la forma siguiente ataca á los *petrarquistas*, según llama él á los innovadores:

Juan de Mena como oyó
la nueva trova pulida,
contentamiento mostró,
ca-o que se sonrió
como de cosa sabida:
y dijo: «Según la prueba,
once sílabas por pié
no hallo causa por qué
se tenga por cosa nueva,
pues yo mismo las usé».

Don Jorge dijo: «No veo
necesidad ni razon
de vestir nuestro deseo
de coplas que por rodeo
van diciendo su intención.
Nuestra lengua es muy devota
de la clara brevedad,
y esta trova, á la verdad,
por el contrario, denota
oscura prolijidad.»

También debe citarse la alabanza que hace de la mujer en la obra *Condiciones de las mujeres*, de que copiamos una estrofa:

Sin mujeres
careciera de placeres
este mundo y de alegria,
y fuera como sería
la feria sin mercaderes.
Desabrida
fuera sin ellas la vida,
un pueblo de confusión,
un cuerpo sin corazón,
un alma que anda perdida
por el viento;
razón sin entendimiento,
árbol sin fruto ni flor;
fiesta sin gobernador,
y casa sin fundamento, etc.
.....

Francisco de la Torre. A quien no debe confundirse, como hizo Quevedo, con el bachiller del mismo apellido, y de quien hemos hablado, se supone nació en 1534 en Torrelaguna. Algunos han creído que el mismo Quevedo tomó este nombre como pseudónimo, y parece probado que existió dicho literato escribiendo con finura y corrección en el estilo lírico de Garcilaso. Sus obras se componen de canciones, odas y sonetos. También imitó á Horacio y otros clásicos. En todas sus producciones se nota que las inspiraba una pasión amorosa contrariada en su juventud y que persistió hasta sus últimos años, siendo ya sacer-

dote; y después de haber seguido la carrera de las armas y de las letras, siempre escribió en ese mismo estilo erótico. Entre sus más notables poesías se cita *La Tórtola* que, aunque desaliñada, es fácil y fluída, y un hermoso soneto, que también copiamos:

Viuda sin ventura,
tórtola cuitada,
mustia y asombrada
de una muerte dura;
tú, que al valle ameno
con tu arrullo blando
serenaste, cuando
vió tu bien sereno;
quejas inmortales
hieren tus sentidos:
que á bienes perdidos
no hay medianos males.
Vuelve donde mueves
las fieras que dejas,
que no son tus quejas
para monte y cuevas.
En el valle donde
tu dolor te cela,
nadie te consuela,
nadie te responde.
Llora Filomena,
cierva herida brama,
y eco que te llama
te cuenta su pena.
Tu gloria fué tal,
que hizo ser temida;
pero tu caída
fué temido mal.
Si mi compañía
triste y desdichada
por sola te agrada,
oye mi agonía.
Cielo y hados canso,
monte y valle ofendo,
los aires enciendo
las aguas amanso.

—

Bella es mi ninfa, si los lazos de oro
al apacible viento desordena:
bella, si de sus ojos enagena
el altivo desden que siempre lloro:
Bella, si con la luz que solo adoro
la tempestad del viento y mar serena:
bella, si á la dureza de mi pena
vuelve las gracias del celeste coro:
Bella, si mansa: bella, si terrible:
bella, si cruda: bella, esquiva, y bella
si vuelve grave aquella luz del cielo:
Cuya beldad humana y apacible,
ni se puede saber lo que es sin vella,
ni, vista, entenderá lo que es el suelo.

Fray Luis de León (1527-1591). Agustino, maestro insigne por su saber y virtudes, sufrió cinco años de cárcel por la Inquisición, procesándolo sus mismos émulos, á consecuencia de haber traducido el *Cantar de los Cantares*. Fué sabio profesor de la Universidad de Salamanca y una de las glorias más grandes de la literatura española. Tradujo Virgilio y Horacio, y varios salmos bíblicos, y poetas griegos é italianos. Como muestra de su carácter, se cita su frase célebre del día siguiente de volver á la cátedra desde la prisión, comenzando la explicación de aquella clase con las palabras: «Decíamos ayer...».—Para modelo de sus odas bucólicas, en el sentido de la imitación pagana ensalzando la Naturaleza, copiamos la *Vida del campo*.

¡Qué descansada vida
la del que huye el mudanal ruído,
y sigue la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!
Que no le enturbia el pecho
de los soberbios grandes el estado,
ni del dorado techo
se admira, fabricado
del sabio moro, en jaspes sustentado.
No cura si la fama
canta con voz su nombre pregonera,
ni cura si encarama
la lengua lisonjera
lo que condena la verdad sincera.
¿Qué présta á mí contento,
si soy del vano dedo señalado,
si en busca de este viento
ando desalentado
con ánsias vivas, con mortal cuidado?
¡Oh, monte, oh fuente, oh río,
oh secreto seguro, deleitoso!
Roto casi el navío,
á vuestro almo reposo
huyo de aqueste mar tempestuoso.

Un no rompido sueño,
un día puro, alegre, libre quiero;
no quiero ver el ceño
vanamente severo
de á quien la sangre ensalza ó el dinero.
Despiértenme las aves
con su cantar sabroso no aprendido;
no los cuidados graves
de que es siempre seguido
el que al ajeno arbitrio está atenido.
Vivir quiero conmigo,
gozar quiero del bien que debo al cielo,
á solas, sin testigo,
libre de amor, de celo,
de ódio, de esperanzas, de recelo.
Del monte en la ladera
por mi mano plantado tengo un huerto,
que con la primavera,
de bella flor cubierto,
ya muestra en esperanza el fruto cierto.
Y como codiciosa,
por ver y acrecentar su hermosura,
desde la cumbre airosa
una fontana pura
hasta llegar corriendo se apresura;
Y luégo, sosegada,
el paso entre los árboles torciendo,
el suelo de pasada
de verdura vistiendo,
y con diversas flores va esparciendo.
El aire el huerto orea,
y ofrece mil olores al sentido,
los árboles menea
con un manso ruído,
que del oro y del cetro pone olvido.
Ténganse su tesoro
los que de un falso leño se confían;
no es mío ver el lloro
de los que desconfían
cuandoel cierzo y el ábrego porfían.

La combatida entena
cruje, y en ciega noche el claro día
se torna, al cielo suena
confusa vocería,
y la mar enriquecen á porfía.
A mí una pobrecilla
mesa, de amable paz bien abastada
me basta; y la vajilla
de fino oro labrada
sea de quien la mar no teme airada.
Y mientras miserablemente se están los otros abrasando
con sed insaciable
del peligroso mando,
tendido yo á la sombra esté cantando.
A la sombra tendido,
de hiedra y lauro eterno coronado,
puesto el atento oido
al són dulce, acordado,
del plectro sábiamente meneado.

De sus poesías místicas, en donde rayó á grandísima altura, únicamente trasladaremos su oda á *La Ascensión del Señor*:

¿Y dejas, Pastor santo,
tu grey en este valle hondo, oscuro,
con soledad y llanto,
y tú, rompiendo el puro
aire, te vas al inmortal seguro?
Los ántes bienhadados,
y los agora tristes y afligidos,
á tus pechos criados,
de tí desposeídos,
á dó convertirán ya sus sentidos?
¿Qué mirarán los ojos
que vieron de tu rostro la hermosura,
que no le sea enojos?
Quien oyó tu dulzura,
¿qué no tendrá por sordo y desventura?

A aqueste mar turbado,
¿quién le pondrá ya freno? ¿quién concierto
al viento fiero, airado,
estando tú cubierto?
¿Qué norte guiará la nave al puerto?
¡Ay! nube envidiosa
aun deste breve gozo, ¿qué te quejas?
¿dó vuelas presurosa?
¡cuán rica tú te alejas!
¡cuán pobres y cuán ciegos! ¡ay nos dejas!

Como prosista, tanto bajo el respecto de pensador cuanto en el de orador sagrado, así como, en fin, por su estilo sencillo y bello al propio tiempo, merece lugar preeminente. Sus dos obras más notables en estos últimos respectos, son *Los nombres de Cristo* y *La perfecta casada;* pero no nos entretendremos aquí en copiar trozos escogidos de las dos, porque tampoco en su lenguaje se diferencian grandemente entre sí ni de la forma usada generalmente por otros escritores de su tiempo. — La primera edición de sus obras fué publicada por Quevedo, cuarenta años después de la muerte del insigne maestro, dedicándola al conde-duque de Olivares. — De *Los nombres de Cristo,* es el siguiente párrafo:

En la forma del decir la razon pide que las palabras y las cosas que se dicen por ellas sean conformes, y que lo humilde se diga con llaneza, y lo grande con estilo mas levantado, y lo grave con palabras y con figuras cuales convienen; mas en lo que toca á la lengua no hay diferencia, ni son unas lenguas para decir unas cosas, sino en todas hay lugar para todas. Y esto mismo de que tratamos, no se escribiera como debia por sólo escribirse en latin si se escribiera vilmente: que las palabras no son graves por ser latinas, sino por ser dichas como á la gravedad le conviene, ó sean españolas ó sean francesas. Que si porque á nuestra lengua la llamamos vulgar se imaginan que no podemos escribir en ella si no vulgar y bajamente, es grandísimo error: que Platon escribió no vulgarmente ni cosas vulgares en su lengua vulgar. Y no menores ni menos levantadamente las escribió Ciceron en la lengua que era vulgar en su tiempo. Y

por decir lo que es mas vecino á mi hecho, los Santos Basilio, y Crisóstomo, y Gregorio Nacianceno, y Cirilo, con toda la antigüedad de los griegos, en su lengua materna griega, que cuando ellos vivian la mamaban con la leche los niños, y la hablaban en la plaza las vendederas, escribieron los misterios más divinos de nuestra fé, y no dudaron de poner en su lengua lo que sabian que no habia de ser entendido por muchos de los que entendian la lengua. Que es otra razon en que estriban los que nos contradicen, diciendo que no son para todos los que saben romance estas cosas que yo escribo en romance. Como si todos los que saben latin, cuando yo las escribiera en latin, se pudieran hacer capaces dellas, ó como si todo lo que se escribe en castellano fuese entendido de todos los que saben castellano y lo leen. Porque cierto es que en nuestra lengua, aunque poco cultivada por nuestra culpa, hay todavía cosas bien ó mal escritas que pertenescen al conoscimiento de diversas artes, que los que no tienen noticias dellas, aunque las lean en romance, no las entienden.

Francisco de Figueroa. Llamado «el Divino», nació en Alcalá de Henares en 1540. Como soldado, acudió á Italia y Flandes. Antes de morir, mandó quemar todas sus poesías, aunque pudieron salvarse. Fué el primero que cultivó con acierto el verso libre en nuestra métrica, en su égloga *Tirsi*, de la cual copiamos aquellos con que empieza. La primera edición de sus obras se publicó en 1626 en Lisboa.

Fiero dolor, que en el profundo pecho
de este tu propio antiguo usado nido
sacas tan abundante y larga vena
afloja un poco ¡oh dolor fiero! afloja
fiero dolor un poco, y de las lágrimas
que en mis ojos cuajados hacen turbia
mi debil vista, alguna parte enjuga;
porque con este hierro que algun dia
ha de dar fin á mi cansada vida,
en ese tronco escriba mi querella;
do por ventura la engañosa Dafne,
tornando de la caza calurosa
y sedienta, á buscar ó sombra ó agua,
vuelva acaso los ojos y los lea;

ó si esto no, será piadoso ejemplo
á amorosos pastores... Dafne ingrata,
que mientras vas con el sol nuevo y alegre
del espacioso mar las bravas ondas
que crecen con mis lágrimas, mirando,
ó en jardin deleitoso, al manso viento,
de cuidados de amor libre paseas.

De menor importancia, aunque también digno de ser nombrado, es **Pedro de Espinosa,** natural de Antequera. Ignórase la fecha de su nacimiento; la de su muerte fué el año de 1650. Entre sus composiciones más notables, merece citarse su idilio titulado *Fábula del Genil,* y á él se debe la publicación de una colección de poesías que dió á luz reuniendo las de muchos autores ilustres. Poco se sabe de su vida; únicamente se ha conservado, entre otras, la noticia de que fué capellán del duque de Medina Sidonia, el cual lo nombró rector del colegio de San Ildefonso, fundado en Sanlúcar de Barrameda por dicho magnate, y que á fines del siglo XVI ya tenía cierto renombre.

Vestida está mi márgen de espadaña,
y de viciosos apios y mastranto,
el agua, clara como el ámbar, baña
troncos de mirtos y de lauro santo:
no hay en mi márgen silbadora caña,
ni adelfa; mas violetas y amaranto,
de donde llevan flores en las faldas
para hacer las Hénides guirnaldas.
Hay blancos lirios, verdes mirabeles,
y azules guarnecidos alelíes,
y allí las clavellinas y claveles
parecen sementera de rubíes;
hay ricas alcatifas y alquiceles
rojos, blancos, gualdados y turquíes,
y derraman las auras con su aliento
ámbares y azahares por el viento.
Yo cuando salgo de mis grutas hondas
estoy de frescos pálios cobijado,
y entre nácares crespos de redondas

perlas, mi márgen veo estar honrado;
el sol no entibia mis cerúleas ondas,
ni las enturbia el balador ganado;
ni á las napeas que en mi orilla cantan
los pintados lagartos las espantan.

Vicente Espinel (1544-1634). Nació en Ronda; viajó por España y fuera de ella; sirvió de maestro á Lope de Vega, y á los noventa años, sumido en miseria extraordinaria, murió en Madrid. Prosista y poeta, inventó la «décima», que de él tomó el nombre de «espinela». Tradujo la epístola de Horacio á los Pisones, y, gran músico, añadió una quinta cuerda á la guitarra. Su ingenio en la novela fué tan fecundo como abundantes sus locuciones y vocabulario en el verso. — He aquí un ejemplo donde luce, además de estas cualidades, una gran valentía en el empleo de las imágenes, tomado del *Incendio y rebato de Granada*:

Un confuso alharido, ayuda, ayuda,
suena de gritos; nadie á nadie llama,
que no hay quien por salvarse al otro acuda.
Corre la sorda y tragadora llama;
traspasa Darro y de un horrible estruendo
pasó el molino y dió la nueva á Alhama.
Piedras de nuevo y leños esparciendo
que amenazaban la soberbia cumbre,
y á trechos van las torres combatiendo.
Bajan vigas de inmensa pesadumbre,
ladrillo y planchas por el aire vago,
y espesos globos de violenta lumbre;
Y en el Alhambra hacen tal estrago,
que las reales casas, cual Numancia,
de fuego y humo parecieron lago.
. . . . . .
Cruzan las calles gentes á manadas,
pasan y encuentran, sin saber por donde,
del sin vida enemigo mal guardadas;
Que al uno en las entrañas se le esconde;
tropella al uno, al otro desbarata,
dá en el primero y al de atrás responde:

Derriba, rompe, hiende, parte y mata,
trastorna, arroja, oprime, estrella, asuela,
envuelve, desparece y arrebata;
Consume, despedaza, esparce y vuela,
traga, deshace y sin piedad sepulta
á quien del daño menos se recela.

En cuanto á prosista, disputa la palma en su novela picaresca *Vida del escudero Marcos Obregón* á los primeros maestros en el género, como puede probarse por las líneas que siguen. En opinión de algún crítico, es esta novela el verdadero original del *Gil Blas*, de Lesage:

Teniendo cierto requiebro al barrio de San Ginés martes de carnestolendas por la tarde, me envió á decir la señora que le llevase algo bueno para despedirse de la carne, que en estos días hay libertad para pedirlo, y aun para negarlo; pero por usar de fineza, por ser la primera cosa que hacia en su servicio, vendí ciertas cosillas que me hicieron harta falta, y en acabándose la grita de geringas y naranjazos, y el martirio perruno causado por las mazas, dí conmigo en un tabernáculo de la gula, donde henchí un paño de manos de una empanada, un par de perdices, un conejo, y frutillas de sartén, y atándolo muy bien, caminé á darlo por una ventana á más de las once de la noche; y como el dia siguiente, por ser miércoles de ceniza, era dia de mucha recolección, aunque todo el pasado había sido alegría para los muchachos y trabajos para los perros, había silencio general; de suerte que aunque yo iba bien cargado, no me podía ver nadie: llegando á la plazuela de San Ginés, sentí que venía la ronda, y retireme debajo de aquel cobertizo donde suele haber una tumba para los aniversarios y exequias; y antes que pudiesen llegar á mí los de la ronda, metí el paño de manos, atado como estaba, por un agujero grande que tenía la tumba por la parte de abajo, y sacando un rosario que siempre traigo conmigo, comencé á fingir que rezaba... En transponiendo la ronda, torné por mi paño y cena á la negra tumba donde lo había dejado; y aunque con un poco de temor por la luna y la soledad, alargué la mano y brazo todo lo que pude alcanzar y no topé con el paño, ni con todo lo que estaba en él; de lo cual quedé temblando y helado: y es de creer que me causaría horrible miedo una cosa tan espantosa en un cementerio; pues junto con esto, sentí dentro en la

tumba un gran ruido de hierro que se me representaron mil cadenas y otras tantas ánimas, padeciendo su purgatorio en aquel mismo lugar. Fué tanta mi turbación y desaliento, que se me olvidó el amor á la cena; y quisiera hallarme mil leguas de allí; pero lo mejor que pude, ó lo menos mal que acerté, volví las espaldas, y fuime poco á poco, arrimándome á la pared, pareciéndome que iba tras mí un ejército de difuntos; pues yendo con esa turbación me sentí por detrás tirar de la capa, desanimándome de manera que dí un golpazo con mi persona en el suelo, y con los hocicos en la guarnición de la espada; volví á mirar si era algún cadáver descarnado, y no ví otra cosa sino mi capa asida al calvario que está en aquella pared: con esto respiré un poco, y fuí cobrando aliento, y descansando el temor del clavo y de la capa, pero no el de la tumba. Senteme y miré al rededor... Con esta resolucion fuime animosamente á la tumba, desembainé la espada, y ro deando la capa al brazo, dije con muy gentil determinacion:—yo te conjuro y mando de parte del cura de esta iglesia, que si eres cosa mala, te salgas de este lugar sagrado, y si eres ánima que andas en pena, que me reveles, qué quieres ó qué has menester (y el ruido del hierro con mi conjuro andaba mas agudo):—una y dos y tres veces te lo digo y vuelvo á decir; pero cuanto más lo decia, tanto más golpes de hierro sonaban en la tumba que me hacian temblar. Visto que mi conjuro no era válido, y que si dejaba enfriar la determinacion que tenía, tornaría de nuevo el temor á desanimarme, púseme la espada entre los dientes, y con ambas manos así de la tumba por el agujero de abajo, y en alzándola, salió corriendo por entre mis piernas un perrazo negro, con un cencerro atado á la cola, que huyendo de los muchachos, se había recogido á sagrado, y como despues de haber reposado, olió la comida, retirola para sí, y sacó el vientre de mal año.

También, como Espinel, vino **Mateo Alemán** á escribir una novela picaresca al estilo del *Lazarillo*. De su autor se sabe muy poco: sólo se conoce algún que otro detalle de su vida como, por ejemplo, que floreció en tiempo de Felipe II, que estuvo en Roma y en Méjico, y que había estudiado en Alcalá. Es autor de una *Ortografía castellana* y de la novela titulada *Aventuras y vida de Guzmán de Alfarache, atalaya de la vida humana*. — Su argumento se reduce á lo siguiente: Guzmán, protagonista, cuenta su vida desde que sale de su casa á probar fortuna, viajando por España y por Italia, haciéndose sucesivamente pícaro, mendigo, paje,

criado y ladrón, hasta que por sus crímenes y mal vivir le condenan á galeras. — Para neutralizar el peligro que esta novela podía presentar contra la moral, cree el autor necesario intercalar digresiones á manera de sermón. — Cierto escritor valenciano, de tercer orden, publicó en Bruselas la segunda parte de *Guzmán de Alfarache*. Entonces, el propio Mateo Alemán, escribió una segunda parte, de la cual se hicieron varias ediciones y traducciones en el extranjero. — Para que se juzgue de su estilo, trasladamos un trozo característico:

Es el pobre moneda que no corre, concejo de horno, escoria del pueblo, barreduras de la plaza, asno del rico; come mas tarde, lo peor y mas caro; su real no vale medio; su sentencia es necedad, su discrecion locura; su voto escarnio; su hacienda del comun; ultrajado de muchos y aborrecido de todos. Si en conversacion se halla, no es oído, si lo encuentran huyen del; si aconseja lo murmuran; si hace milagros que es hechicero; si virtuoso que engaña; su pecado venial es blasfemia; su pensamiento castigan por delito; su justicia no se guarda; de sus agravios apela para la otra vida; todos lo atropellan, y ninguno lo favorece. Sus necesidades no hay quien las remedie; sus trabajos quien los consuele, ni su soledad quien la acompañe. Nadie le ayuda, todos le impiden, nadie le dá, todos le quitan, á nadie debe y á todos pecha. ¡Desventurado, y pobre del pobre, que las horas de relox le venden, y compra el sol de Agosto! Y de la manera que las carnes mortecinas y desaprovechadas, vienen á ser comidas de perros, tal como inutil, el discreto pobre viene á morir comido de necios.

¡Cuán al revés corre un rico! qué viento en popa! con qué tranquilo mar navega! qué bonanza de cuidados! qué descuido de necesidades agenas! Sus alholíes llenos de trigo, sus cubas de vino, sus tinajas de aceite, sus escritorios y cofres de moneda. ¡Qué guardado en el verano del calor! qué empapelado en el invierno por el frio! De todos es bien recibido; sus locuras son caballerías; sus necedades sentencias; si es malicioso, lo llaman astuto; si pródigo, liberal; si avariento, reglado y sabio; si murmurador, gracioso; si atrevido, desenvuelto; si desvergonzado, alegre; si mordaz, cortesano; si incorregible, burlon; si hablador, conversable; si vicioso, afable; si tirano, poderoso; si porfiado, constante; si blasfemo, valiente, y si perezoso, maduro. Sus yerros cubre la tierra; todos le tiemblan, que ninguno se le atreve; todos cuelgan el oído de su lengua para satisfacer

á su gusto; y palabra no pronuncia, que con solemnidad no la tengan por oráculo. Con lo que quiere sale: es parte, juez y testigo; acreditando la mentira, su poder la hace parecer verdad, y cual si la fuese, pasa por ella. ¡Cómo lo acompañan! cómo se llegan! cómo lo festejan! cómo lo engrandecen! Ultimamente, pobreza es la del pobre, y riqueza la del rico; y así donde bulle buena sangre, y se siente de la honra, por mayor daño estiman la necesidad que la muerte; porque el dinero calienta la sangre, y la vivifica: y así el que no lo tiene, es un cuerpo muerto, que camina entre los vivos: no se puede hacer sin él alguna cosa en oportuno tiempo, ejecutar gusto, ni tener cumplido deseo.

Dejando á un lado á varios autores de segundo orden, aunque de nota, porque hemos de prescindir de muchos, citaremos á **Baltasar de Alcázar** (1530-1606). Hijo de Sevilla, sirvió á las órdenes de D. Alvaro de Bazán. Gran latinista, mostró en sus composiciones ligeras toda la gracia de Marcial, á quien imitó en ocasiones. Como Espinel, fué también músico, poniendo acompañamiento á algunos de sus madrigales; y, en fin, se mostró diestro dibujante. — Su celebrada *Cena*, manifiesta la facilidad con que dominaba la lengua:

En Jaén, donde resido,
vive Don Lope de Sosa
y direte Inés, la cosa
mas brava de él, que has oído.
Tenía este caballero,
un criado portugués...
Pero cenemos, Inés,
si te parece, primero.
La mesa tenemos puesta,
lo que se ha de cenar junto,
las tazas del vino, á punto,
falta comenzar la fiesta.
Comience el vinillo nuevo,
y échole la bendición;
yo tengo por devoción
de santiguar lo que bebo.
Franco fué, Inés, este toque;
pero arrójame la bota:
vale un florín cada gota
de aqueste vinillo aloque.
¿De qué taberna se trajo?
Mas ya... de la del Castillo;
diez y seis vale el cuartillo;
no tiene vino más bajo.
Por nuestro Señor, que es mina
la taberna de Alcocer;
grande consuelo es tener
la taberna por vecina.
Si es ó no invención moderna,
vive Dios, que no lo sé,
pero delicada fué
la invención de la taberna;

Porque allí llego sediento,
pido vino de lo nuevo,
mídenlo, dánmelo, bebo,
págolo, y vóyme contento.
Esto, Inés, ello se alaba,
no es menester alaballo;
sólo una falta le hallo,
que con la priesa se acaba.
La ensalada y salpicón
hizo fin; ¿qué viene ahora?
la morcilla, ¡gran señora,
digna de veneración!
¡Qué oronda viene y qué bella!
¡Qué través y enjundia tiene!
Paréceme, Inés, que viene
para que demos en ella.
Pues ¡sús! encójase y éntre:
que es algo estrecho el camino.
No eches agua, Inés, al vino;
no se escandalice el vientre.
Echa de lo tras añejo,
porque con más gusto comas;
¡Dios te guarde, que así tomas,
como sábia, mi consejo!
Mas dí, ¿no adoras y precias
la morcilla ilustre y rica?
¡Cómo la traidora pica:
tal debe tener especias!
¡Qué llena está de piñones!
Morcilla de cortesanos,
y asada por esas manos,
hechas á cebar lechones.
El corazón me revienta
de placer; no sé de tí,
¿cómo te va? Yo por mí
sospecho que estás contenta.
Alegre estoy, vive Dios;
mas oye un punto sutil:
¿no pusiste allí un candil?
¿Cómo me parecen dos?
Pero son preguntas viles;
ya sé lo que puede ser:
con este negro beber
se acrecientan los candiles.
Probemos lo del pichel,
alto licor celestial;
no es el aloquillo tal
ni tiene que ver con él.
¡Qué suavidad! qué clareza!
¡Qué rancio gusto y olor!
¡Qué paladar! ¡qué color!
¡Todo con tanta fineza!
Mas el queso sale á plaza,
la moradilla va entrando,
y ambos vienen preguntando
por el pichel y la taza.
Prueba el queso, que es extremo:
el de Pinto no le iguala;
pues la aceituna no es mala,
bien puede bogar su remo.
Haz pues, Inés, lo que sueles,
daca de la bota llena
seis tragos; hecha es la cena,
levántense los manteles.
Ya que, Inés, hemos cenado
tan bien y con tanto gusto,
parece que será justo
volver al cuento pasado.
Pues sabrás, Inés hermana,
que el portugués cayó enfermo...
Las once dan, yo me duermo;
quédese para mañana.

Al propio tiempo que se desenvolvían en España las escuelas castellana y aragonesa, tomó incremento en Andalucía la llamada

por algunos sevillana ú oriental, á distinción de la clásico-salmantina y de la clásico-zaragozana. Fundador de esta nueva tendencia es **Juan de Mal-Lara** (1527-1571), humanista, que estudió en Salamanca y Alcalá, y que retirado á aquella capital andaluza, abrió cátedra, teniendo por discípulos, entre otros, al insigne Herrera. Mal-Lara escribió un poema en endecasílabo suelto, titulado *La Psiche*; otro, nombrado *Hércules*, y otro, en fin, *Muerte de Orfeo*. También se dice que escribió para el teatro, pero no se conserva nada suyo.

Fernando de Herrera (1534-1597), amigo del canónigo Francisco Pacheco y de Rodrigo Caro, fué llamado «el divino» por la rotundidad de su forma, la grandilocuencia de su estilo, su fogosa imaginación é instrucción vastísima. Llámase su estilo y escuela «oriental» por la imitación hebráica que dió á su propia manera de escribir. La métrica española le debe esa innovación de pompa y galanura, llevando la sonoridad al más alto grado; pero también acaso de él arranque la altisonancia vacía que tanto ha abundado después en los poetas mediocres; en él llega esa magnificencia y hermosura, acaso á la perfección, bajo el punto de vista de la forma, y á veces de la inspiración misma. También ha de verse en la estructura de sus odas el recuerdo constante de los clásicos, singularmente de Horacio.—Sus elegías, así como sus canciones, le colocan en primera fila entre nuestros grandes líricos. Más intelectual, sin embargo, que poeta de sentimiento, mejor debe estudiarse su lenguaje que su idealidad, ternura y sinceridad de afectos. Los contemporáneos suyos y sucesores lo han elogiado extraordinariamente. Acaso la falta de sencillez y la sobra de artificio en sus poesías dependa de aquella pasión que procuró tener oculta toda su vida y que sintió desde su juventud y antes de ser sacerdote, por la condesa de Gelves, á quien llama Eliodora con frecuencia en sus eróticos arrobamientos. Fué muy fecundo, y publicó una colección de sus obras selectas. Después, Rioja, dió á luz otra colección más completa de las mismas. He aquí algunos trozos de su oda *A la victoria de Lepanto*, y las primeras estrofas de la dedicada *A don Juan de Austria, vencedor de los moriscos de Alpujarra:*

Cantemos al Señor, que en la llanura
venció del ancho mar al Trace fiero;
tú, Dios de las batallas, tú eres diestra,
salud y gloria nuestra.
Tú rompiste las fuerzas y la dura
frente de Faraón, feroz guerrero;
sus escogidos príncipes cubrieron
los abismos del mar y descendieron,
cual piedra, en el profundo, y tu ira luégo
los tragó, como arista seca el fuego.
....
Temblaron los pequeños, confundidos
del ímpio furor suyo; alzó la frente
contra tí, Señor Dios, y con semblante
y con pecho arrogante,
y los armados brazos extendidos,
movió el airado cuello aquel potente;
cercó su corazón de ardiente saña
contra las dos Hesperias, que el mar baña;
porque en tí confiadas le resisten,
y de armas de tu fe y amor se visten.
Dijo aquel insolente y desdeñoso:
¿No conocen mis iras estas tierras?
y de mis padres los ilustres hechos,
ó valieron sus pechos
contra ellos con el húngaro medróso,
y de Dalmacia y Rodas en las guerras?
¿Quién las pudo librar? ¿Quién de sus manos
pudo salvar los de Austria y los germanos?
Podrá su Dios, podrá por suerte ahora
guardallos de mi diestra vencedora?
.. . .
Cual leon á la presa apercibido,
sin recelo los ímpios esperaban
á los que tú, Señor, eras escudo;
que el corazón desnudo
de pavor, y de fe y amor vestido,
con celestial aliento confiaban.
Sus manos á la guerra compusiste,
y sus brazos fortísimos pusiste

como el arco acerado, y con la espada
vibraste en su favor la diestra armada.
Turbáronse los grandes, los robustos
rindiéronse temblando y desmayaron;
y tú entregaste, Dios, como la rueda,
como la arista queda
al ímpetu del viento, á estos injustos,
que mil huyendo de uno, se pasmaron.
Cual fuego abrasa selvas, cuya llama
en las espesas cumbres se derrama,
tal en tu ira y tempestad seguiste,
y su faz de ignominia convertiste.
Quebrantaste al cruel dragón, cortando
las alas de su cuerpo temerosas
y sus brazos terribles no vencidos;
que con hondos gemidos
se retira á su cueva, do silbando
tiembla con sus culebras venenosas,
lleno de miedo torpe en sus entrañas,
de tu leon temiendo las hazañas;
que, saliendo de España, dió un rugido
que lo dejó asombrado y aturdido.
....
Llorad, naves del mar, que es destruída
vuestra vana soberbia y pensamiento.
¿Quién ya tendrá de tí lástima alguna,
tú, que sigues la luna,
Asia adúltera, en vicios sumergida?
¿Quién mostrará un liviano sentimiento?
¿Quién rogará por tí? Que á Dios enciende
tu ira y la arrogancia que te ofende;
y tus viejos delitos y mudanza
han vuelto contra tí á pedir venganza.

—

Cuando con resonante
rayo y furor del brazo impetuoso
á Encélado arrogante
Júpiter poderoso
despeñó airado en Etna cavernoso;

Y la vencida tierra,
á su imperio rebelde quebrantada,
desamparó la guerra
por la sangrienta espada
de Marte, áun con mil muertes no domada;
En el sereno polo
con la suave cítara presente,
cantó el crinado Apolo
entónces dulcemente,
y en oro y lauro coronó su frente.
La canora armonía
suspendía de dioses el senado;
y el cielo, que movía
su curso arrebatado,
el vuelo reprimía enajenado.
Halagaba el sonido
al piélago sañudo, al raudo viento
su fragor encogido,
y con divino aliento
las musas consonaban á su intento.

Imitador de Herrera, fué **D. Juan de Arguijo,** poeta sevillano, que nació á mediados del siglo XVI y murió bien entrado el XVII, de bastante edad. Pocas son las noticias de su vida, pero no debe su nombre quedar en el olvido, porque sus sonetos son de lo mejor que tenemos en castellano, reuniendo, como cualidades de su estilo, profundidad en el pensamiento y armonía en su perfecta versificación. Arguijo también tañía la vihuela como otros de los poetas antes nombrados. Es autor de 60 sonetos, que son sus más notables poesías; entre ellos figuran, en primera línea, *A la tempestad* y *Al Guadalquivir* ;

Yo vi del rojo sol la luz serena
turbarse, y que en un punto desparece
su alegre faz, y en torno se obscurece
el cielo con tiniebla de horror llena:
El austro proceloso airado suena,
crece su furia, y la tormenta crece;
y en los hombros de Atlante se estremece
el alto Olimpo, y con espanto truena.

Mas luego vi romperse el negro velo
deshecho en agua, y á la luz primera
restituirse apriesa el claro día.
Y de nuevo esplendor ornado el cielo
miré, y dije: «¡Quién sabe si le espera
igual mudanza á la fortuna mía!»

—

Tú, á quien ofrece el apartado polo,
hasta dónde tu nombre se dilata,
preciosos dones de luciente plata
que envidia el rico Tajo y el Pactolo;
Para cuya corona, como á solo
rey de los ríos entreteje y ata
Palas su oliva con la rama ingrata
que contempla en tus márgenes Apolo;
Claro Guadalquivir, si impetuoso
con crespas ondas y mayor corriente
cubrieres nuestros campos mal seguros,
De la mayor ciudad, por quien famoso
alzas igual al mar la altiva frente,
respeta humilde los antiguos muros.

D. Luis de Góngora y Argote (1561-1627). Nació en Córdoba y, según parece, trocó sus apellidos conforme á la costumbre bastante frecuente en este siglo y en el posterior, anteponiendo el nombre de la madre al del padre, al estilo portugués. Estudió en Salamanca; después pasó á la corte, donde, dada la modestia de su fortuna, tuvo que solicitar un destino, sin lograrlo, durante once años de pretendiente; y por último, lo mismo que tantos otros vates, adoptó la carrera eclesiástica, alcanzando entonces la prebenda que no pudo conseguir en su estado seglar.—Antes hemos dicho que Herrera tal vez inicia la decadencia de nuestra poesía por la exageración altisonante; pues bien, Góngora, en realidad, la desenvuelve, llevando el pensamiento hasta el alambicamiento más intrincado y el estilo hasta los discreteos más laberínticos.—No es sólo á la verdad en nuestra patria donde se llega á tales aberraciones, sino que en Francia, Inglaterra é Italia ocurre el mismo fenómeno del «culteranismo». Góngora representa entre

nosotros el prototipo de semejante tendencia, llegando hasta lo inverosímil, y existen algunas de sus composiciones cuyo sentido es completamente inextricable.—Hay quien atribuye este conceptismo que ha dado nombre á todo un estilo «gongorino», á la enfermedad mental que empezó á padecer el poeta, y que comenzando por la pérdida gradual de la memoria, concluyó en la demencia y la imbecilidad. — Tal ha sido el influjo de Góngora en la poesía y aun en la prosa española, que la abundancia de lo florido, el rebuscamiento de la frase, la manera de retorcer la locución y el abuso de todas las galas retóricas, se ha perpetuado hasta nuestros días. — Así y todo, merece nuestro lírico uno de los sitios más señalados en la historia del arte literario, porque al lado de las extrambóticas concepciones de algunas de sus poesías, escribió otras que serán eterno modelo de perfecta belleza, y porque al mismo tiempo que la hinchada extravagancia llevada hasta el delirio, puede ofrecer ejemplos de encantadora sencillez y de sobriedad admirables. Para muestras: 1.°, de su estilo culterano y conceptuoso, trasladaremos algunos versos de sus celebérrimas *Soledades;* 2.°, como modelos de romances, íntegro *El Cautivo,* y trozos de *Angélica y Medoro;* 3.°, uno de sus más notables sonetos; 4.°, versos que pertenecen á una de las canciones más suaves que existen en el idioma castellano; y 5.° y último, una letrilla.

Era del año la estación florida
en que el mentido robador de Europa
(media luna las armas de su frente,
y el sol todos los rayos de su pelo)
luciente honor del cielo
en campos de zafiro pace estrellas;
cuando el que ministrar podía la copa
á Júpiter, mejor que el garzón de Ida,
naufragó, y desdeñado sobre ausente
y lagrimosas de amor dulces querellas,
da al mar, que condolido,
fué á las ondas, que al viento
el mísero gemido
segundo de Arión, dulce instrumento.

Amarrado al duro banco
de una galera turquesa,
ambas manos en el remo
y ambos ojos en la tierra,
Un forzado de Dragut
en la playa de Marbella
se quejaba al ronco son
del remo y de la cadena:
«¡Oh sagrado mar de España,
famosa playa y serena,
teatro donde se han hecho
cien mil navales tragedias!
»Pues eres tú el mismo mar
que con tus crecientes besas
las murallas de mi patria,
coronadas y soberbias,
»Tráeme nuevas de mi esposa
y dime si han sido ciertas
las lágrimas y suspiros
que me dice por sus letras;
»Porque si es verdad que llora
mi cautiverio en tu arena,
bien puedes al mar del Sur
vencer en lucientes perlas.
»Dame ya, sagrado mar,
á mi demanda respuesta:
que bien puedes, si es verdad
que las aguas tienen lenguas;
»Pero, pues no me respondes,
sin duda alguna que es muerta:
aunque no lo debe ser,
pues que yo vivo en su ausencia;
»Pues he vivido diez años
sin libertad y sin ella,
siempre al remo condenado,
á nadie matarán penas.»
En esto se descubrieron
de la religión seis velas,
y el cómitre mandó usar
al forzado de su fuerza.

....
Todo es gala el africano,
su vestido espira olores,
el lunado arco suspende
y el corvo alfange depone.
Tórtolas enamoradas
son sus roncos atambores
y los volantes de Venus
sus bien seguidos pendones.
Desnuda el pecho anda ella,
vuela el cabello sin orden;
si lo abrocha, es con claveles,
con jazmines si lo coge.
....
Todo sirve á los amantes,
plumas les baten veloces,
airecillos lisonjeros,
si no son murmuradores.
Los campos les dan alfombras,
los árboles pabellones,
la apacible fuente sueño,
música los ruiseñores.
Los troncos les dan corteza,
en que se guarden sus nombres
mejor que en tablas de mármol
ó que en láminas de bronce.
No hay verde fresno sin letra
ni blanco chopo sin mote;
si un valle *Angélica* suena,
otro *Angélica* responde.

Rey de los otros ríos caudaloso
que en fama claro, en ondas cristalino,
tosca guirnalda de robusto pino,
ciñe tu frente y tu cabello undoso;
Pues dejando tu nido cavernoso
de Segura en el monte más vecino,
por el suelo andaluz tu real camina
tuerces soberbio, raudo y espumoso;
A mí, que de tus fértiles orillas
piso, aunque ilustremente enamorado,
la noble arena con humilde planta,
Dime si entre las rubias pastorcillas
has visto que en tus aguas se ha mirado
beldad cual la de Clori, ó gracia tanta.

De la florida falda
que hoy de perlas bordó la alba luciente,
tejidos en guirnalda,
traslado estos jazmines á tu frente,
que piden, con ser flores,
blanco á tu seno y á tu boca olores.
Guarda de estos jazmines
de abejas era un escuadrón volante
ronco si, de clarines,
mas de puntas armado de diamante;
púselas en huída,
ycada flor me cuesta una herida.
Más, Clori, que he tegido
jazmines al cabello desatado,
y más besos te pido
que abejas tuvo el escuadron armado:
lisonjas son iguales
servir yo en flores, pagar tú en panales.

Ande yo caliente
y ríase la gente.
Traten otros del gobierno
del mundo y sus monarquías,
mientras gobiernan mis días
mantequillas y pan tierno,
y las mañanas de invierno
naranjada y aguardiente:
y ríase la gente.
Coma en dorada vajilla
el príncipe mil cuidados
como píldoras dorados;
que yo en mi pobre mesilla
quiero más una morcilla
que en el asador reviente:
y ríase la gente.
Cuando cubran las montañas
de plata y nieve el Enero,
tenga yo lleno el brasero
de bellotas y castañas,
y quien las dulces patrañas
del rey que rabió me cuente:
y ríase la gente.
Busque muy en hora buena
el mercader nuevos soles;
yo conchas y caracoles
entre la menuda arena,
escuchando á Filomena
sobre el chopo de la fuente:
y ríase la gente.
Pase á media noche el mar,
y arda en amorosa llama
Leandro por ver su dama;
que yo más quiero pasar
de Yépes y Madrigar
la regalada corriente;
y ríase la gente.
Pues amor es tan cruel,
que de Píramo y su amada
hace tálamo una espada,
do se junten ella y él;
sea mi Tisbe un pastel,
y la espada sea mi diente:
y ríase la gente.

Los Argensolas. Son tan análogos los dos hermanos (Lupercio y Bartolomé), hijos de Barbastro, que todos los tratadistas los consideran unidos como idénticos en sus aficiones y méritos. Lupercio Leonardo, el mayor (1563-1613), fué secretario de la emperatriz viuda doña María de Austria, y murió en Nápoles desempeñando también la secretaría de aquel virreinato. — Bartolomé Leonardo (1564-1633), siguió la carrera eclesiástica, sirvió de capellán á la antedicha emperatriz, acompañó á su hermano á Italia, y falleció de canónigo en Zaragoza. — No pueden figurar ciertamente los Argensolas en la categoría de astros de primera magnitud, pero por la corrección de su estilo, por el buen gusto que campea en sus escritos, y por haber sabido mantenerse correctos, huyendo de la corrupción que envenenaba las letras españolas, le es deudora nuestra literatura de gratitud por sus sanas producciones. — No se distingue ninguno de los dos

hermanos por carácter ó temperamento diferente, y como jefes ó directores de la escuela aragonesa, representan el clasicismo ora en sus sátiras, ya en sus canciones, y, por último, en sus sonetos; y á no saber que dos eran los ingenios que cultivaban las musas, bien se podría creer que era uno solo el autor de tan armoniosas composiciones. — Los «Horacios españoles», como han sido llamados, cultivaron todos los géneros. Ambos fueron poetas, historiadores ambos, aunque los trabajos que Lupercio escribió como cronista de Aragón se han perdido, lo mismo que muchos de sus versos, que él quemó, y de Bartolomé nos quedan unos *Anales de Aragón*, además de la *Historia de las Molucas*. Con más juicio y seso que ideal poético, deben brillar mejor como pensadores que como esclarecidos vates. — Para que pueda apreciarse la elegante dicción de uno y otro, trasladaremos aquí algunas muestras de sus escritos. — De Lupercio:

Lleva tras sí los pámpanos Octubre,
y con las grandes lluvias insolente,
no sufre Ibero márgenes ni puente,
mas antes los vecinos campos cubre.
Moncayo, comosuele, ya descubre
coronada de nieve la alta frente;
y el sol apenas vemos en Oriente,
cuando la opaca sombra nos lo encubre.
Sienten el mar y selvas ya la saña
del Aquilón, y encierra su bramido
gente en el puerto y gente en la cabaña.
Y Fabio, en el umbral de Táis tendido,
con vergonzosas lágrimas lo baña,
debiéndolas al tiempo que ha perdido.

—

Yo os quiero confesar, D. Juan, primero,
que aquel blanco y carmín de doña Elvira
no tiene de ella más, si bien se mira,
que el haberle costado su dinero.
Pero también que confeseis vos, quiero,
que es tanta la beldad de su mentira,

que en vano á competir con ella aspira
belleza igual de rostro verdadero.
¿Mas qué mucho que yo perdido ande
por un engaño tal, pues que sabemos
que nos engaña así naturaleza?
Porque ese cielo azul que todos vemos
ni es cielo, ni es azul. ¡Lástima grande
que no sea verdad tanta belleza!

De Bartolomé, son las siguientes líneas en que habla del llamado *Arbol triste* ó *Planta singadi de Ternate*. Como buen poeta, y siguiendo también en esto la tradición de los que dentro y fuera de España cultivaron la Historia más bien como poesía que como ciencia, hizo gala de su imaginación y estro en la obra que nos ocupa, publicada en 1609.

El sultán Aerio, Rey de Ternate, era entonces mozo de diez años —Criábalo su madre retirado en una casa de recreación de verdura, donde á la disposición agreste añadía bellezas del arte; y pudo tanto, que aquella flor admirable por su fragancia y por su nacimiento, que vulgarmente llaman *triste* y nace en Malabar y Malaca, sólamente abunda en los jardines de esta señora.

Adoraba ella en él, y criaba á su hijo en esta vanidad para que olvidase los principios que en Goa aprendió siendo niño en los colegios de la Compañía de Jesuitas. Finjen aquellos idólatras ó creen que en tiempos antiguos, una hija que tuvo, Parizataco, sátrapa, se enamoró del sol, y que habiéndole correspondido y obligado, puso su amor en otra, y no pudiendo sufrir la primera amante que la otra fuese preferida, se mató. De sus cenizas (porque en aquellas partes no ha caído aún el uso de quemar los cuerpos muertos), nació aquel árbol, cuyas flores, conservando la memoria del dueño, aborrecen al sol tanto, que no sostienen su luz...

Toda la noche dura esta fecundidad, hasta que la presencia del sol la esteriliza, y se cae con ella toda la flor y las hojas, y quedan los ramos lánguidos. Cesa súbitamente aquella fragancia que ennoblecía el aire de todos los olores de Asia, comprendidos en solo éste, hasta que, huyendo el sol del horizonte, vuelve la planta á florecer en sus tinieblas amadas como descansando con ellas del agravio que recibió

de la luz. Son los asiáticos perdidos por los olores en argumento de su lascivia.

Hemos hablado anteriormente de Fray Luis de León, que por ser maestro en todo lo fué en la poesía mística del siglo XVI. — Síguele en importancia, dentro de esa manifestación de la lírica sagrada, **Santa Teresa de Jesús** (1515-1582), que brilla asimismo como prosista. Nacida en Avila, tomó el hábito carmelita á los veinte años, siendo perseguida y denunciada al Santo Oficio por hipócrita é ilusa; pero venció á sus implacables adversarios, reformó su orden y fundó en doce años 17 conventos. A los sesenta y siete de edad murió, siendo beatificada en 1614 y canonizada en 1622. — Inspirada poetisa, no son, sin embargo, muchas sus obras en verso, y aun se duda de la autenticidad de algunas que se le atribuyen; acaso mejor supo en su prosa trasladar sus arrebatos ascéticos, sus visiones místicas y sus arrobamientos de éxtasis. Es de admirar en Santa Teresa la bella naturalidad con que produce su pensamiento y hasta la gracia elegante que manifiesta en sus *cartas*, contrastando con las exaltaciones del amor á Jesús, que inflama su alma. — Sus principales obras, son: *El camino de la perfección*, *Las Moradas* y sus *Epístolas*, entre otras. — El siguiente soneto, *A Cristo crucificado*, no sólo es una joya literaria, sino que bajo el punto de vista filosófico no ha llegado jamás á mayor altura el concepto de la más pura moral:

No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.
Tú me mueves, mi Dios: muéveme el verte
clavado en esa cruz y escarnecido;
muéveme ver tu cuerpo tan herido;
muévenme las angustias de tu muerte;
Muéveme, en fin, tu amor de tal manera
que, aunque no hubiera cielo, yo te amára,
y aunque no hubiera infierno te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera:
porque, si cuanto espero no esperára,
lo mismo que te quiero te quisiera.

Estrofas de su glosa *Al amor de Dios*:

Vivo sin vivir en mí,
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero.
Aquesta divina unión,
del amor con que yo vivo,
hace á Dios ser mi cautivo,
y libre mi corazón:
mas causa en mí tal pasión
ver á Dios mi prisionero,
que muero porque no muero.
Sólo con la confianza
vivo de que he de morir;
porque muriendo, el vivir
me asegura mi esperanza:
muerte do el vivir se alcanza,
no te tardes, que te espero,
que muero porque no muero.
Sácame de aquesta muerte,
mi Dios, y dame la vida,
no me tengas impedida
en este lazo tan fuerte:
mira que muero por verte,
y vivir sin tí no quiero,
que muero porque no muero.
Cuando me gozo, Señor,
con esperanza de verte,
viendo que puedo perderte,
se me dobla mi dolor.
Viviendo en tanto pavor,
y esperando como espero,
que muero porque no muero.
¡Ah, qué larga es esta vida,
qué duros estos destierros,
esta cárcel y estos hierros
en que el alma está metida!
Sólo esperar la salida
me causa un dolor tan fiero,
que muero porque no muero.

Del *Camino de la perfección,* donde exhorta á la humildad:

Desasiéndonos del mundo y deudos, y encerrada aquí, con las condiciones que están dichas, ya parece que lo tenemos todo hecho y que no hay que pelear con nada ¡oh, hermanas mías! no os asegureis ni os echeis á dormir, que será como el que se acuesta muy sosegado habiendo muy bien cerrado sus puertas por miedo de ladrones, y se los deja en casa. Ya sabeis que no hay peor ladrón que el de casa, pues quedamos nosotras mismas, que si no se anda con gran cuidado y cada una no mira mucho en andar contradiciendo su voluntad, hay muchas cosas para perder esta santa libertad del espíritu que buscamos, que pueda volar á su Hacedor, sin ir cargada de tierra y de plomo.

Gran remedio es para esto traer muy continuo en el pensamiento la vanidad, que es todo, y cuán presto se acaba, para quitar la

afición de las cosas que son baladíes y ponerla en lo que nunca se acaba; que aunque parece flaco medio, viene á fortalecer mucho el alma, y en las muy pequeñas cosas, traer gran cuidado; en aficionándonos á alguna, procurar apartar el pensamiento della, y volverlo á Dios, y Su Majestad ayuda; y hános hecho gran merced que en esta casa lo más está hecho. Puesto que este apartarnos de nosotras mismas y ser contra nosotras, es recia cosa porque estamos juntas y nos amamos mucho; aquí puede entrar la verdadera humildad, porque esta virtud y estotra, paréceme que andan siempre juntas, y son dos hermanas que no hay para qué las apartar...

San Juan de la Cruz (1542-1591). «El Doctor Extático», como se ha llamado al hijo preclaro de Ontiveros, á los veintiún años tomó también el hábito del Carmen, y después de estudiar en Salamanca, se asoció á Santa Teresa para la reforma de la Orden. — Muy semejante en su temperamento poético á aquélla, es más desaliñado acaso en el verso que en la prosa, sin que estos lunares quiten dulzura á sus expresiones, ni mermen en nada la bella forma de su elegante poesía. — Entre sus composiciones, la imitación del «Cantar de los cantares», titulada *Diálogo entre el alma y Cristo su esposo*, es acaso la más notable, y de ella tomamos algunas estancias:

Esposa.—¿Adonde te escondiste
amado, y me dejaste con gemido?
como ciervo huiste
habiéndome herido;
salí tras tí clamando y eras ído.
Pastores, los que fuerdes
allá por las majadas al otero,
si por ventura vierdes
aquel que yo más quiero,
decidle que adolezco, peno y muero.
Buscando mis amores
iré por esos montes y riberas,
ni cogeré las flores, ni temeré las fieras,
y pasaré los fuertes y fronteras.

En cuanto á su prosa, bien se prueba en ella la propiedad con que se le llamó con el sobrenombre antedicho, porque escribe como si estuviese embargado en deliquio constante. — En la *Llama de amor viva*, que es uno de sus mejores trabajos, alterando la significación propia de las palabras y frases, da un sentido místico á sus locuciones difícil de entender si no se penetra por completo en la intención del autor; pero aparte de esto, que puede parecer incorrección gramatical, abunda en elevación de ideas y hermosas galas imaginativas, como se comprueba en estos párrafos:

¡Oh, que será de ver aquí el alma experimentando la virtud de aquella figura que vió Ezequiel en aquel animal de cuatro formas y figuras, y en aquella rueda de cuatro ruedas, viendo su aspecto que era como de carbones encendidos, y como aspecto de lámparas! Y viendo la rueda, que es la sabiduría de Dios, llena de ojos de adentro y de fuera, que son admirables noticias de sabiduría! Y sintiendo aquel sonido que hacían en su paso, que significan muchas cosas en una! Y finalmente gustando aquel sonido del batir de sus alas, que dice era como el sonido de muchas aguas, y como sonido del altísimo Dios, que significan el ímpetu de las aguas divinas, que al caer el Espíritu Santo enviste el alma en llama de amor!

Gozando aquí la gloria de Dios en su amparo, y favor de su sombra, como allí tambien dice este profeta, que aquella visión era semejanza de la gloria del Señor! ¡Oh, cuán elevada está aquí esta dichosa alma! ¡oh, cuán engrandecida! ¡cuán admirable de lo que vé aun dentro de los límites de la fe! ¿Quién lo podrá decir? Infundida con tanta copiosidad en las aguas de estos divinos resplandores, donde el Padre Eterno da con larga mano, el regadío superior y inferior, pues estas aguas, regando el alma y cuerpo penetran.

Fray Pedro Malón de Chaide. Hijo de Cascante, y nacido en 1530, ignórase la fecha de su muerte. Fué profesor de la universidad de Zaragoza, y de los estudios de Huesca, alcanzando gran reputación como orador sagrado. Resplandece en sus escritos la sencillez del maestro Luis de León, y en su estilo bíblico parafrasea los salmos. Como tenía por pecaminosa la aplicación de las formas profanas á los asuntos religiosos, es más

sobrio que nuestros dos santos nombrados anteriormente, y tuvo á Garcilaso como autor lascivo, que no debía leerse. En su *Tratado de la Magdalena*, escrito en prosa, intercala alguna composición en verso. No siempre consigue hermanar con su sobriedad el buen gusto, y queriendo en ocasiones parecer grandilocuente y elevado, degenera en enfático é hiperbólico. A veces, por último, se nota cierto descuido en su dicción, mezclando lo familiar con lo eminente, lo trivial y rastrero con lo sublime. Pero así y todo, no desmerece de nuestros primeros escritores ascéticos en prosa y verso, como lo demuestran las siguientes octavas sobre la felicidad del pecador arrepentido (imitando el «Cantar de los Cantares»), y el párrafo que sigue de la obra nombrada:

Ven, pues, amado mío, que las flores
de mil colores pinta la ribera,
la tortolilla llama á sus amores,
y nuestras viñas dan la flor primera.
¿No sientes ya, mi amado, los olores
de las silvestres yerbas? Sal, pues, fuera,
vámonos al aldea, y cogeremos
las rosas y azucenas que queremos.

Allí cuando el jardín del rico Oriente
abra la clara aurora, y enfrenando
los caballos del sol, saque el luciente
carro, tu y yo, mi amigo, madrugando,
saldremos á la huerta, á do la ardiente
siesta en alguna fuente conversando,
la pasaremos bajo algun aliso,
y no habrá para mí más paraiso.

Y cuando el rubio Apolo ya cansado
los sudados caballos zabullere
en el hispano mar, y algun delgado
céfiro entre las ramas rebulfere,
y el dulce ruiseñor del nido amado
al aire con querellas le rompiere,
entonces mano á mano nos iremos,
cantando del amor que nos tenemos.

Allí me enseñarás, oh dulce esposo,
allí me gozaré á solas contigo,
allí en aquel silencio alto reposo
tendré, mi amado, en verte allí conmigo;
allí en fuego de amor (¡oh mas hermoso
que el sol!) me abrasaré, y serás testigo
de que te amo así, que por tí solo
el día me es escuro y negro Apolo.
Allí te alabaré, y en dulce canto
cantaré las grandezas que me has hecho,
y contaré, cómo tu brazo santo
con celestial poder rompió mi pecho,
y me libró del reino del espanto,
movido por amor de mi provecho;
y será de mi canto el fin y cabo,
Misericordia Domini cantabo.

¡Oh, sol resplandeciente, hermosura infinita, espejo purísimo de la gloria! quién podrá decir lo que sienten entre los que te gozan.—¡Oh, ricas moradas de la celestial Jerusalén, adonde no se sabe qué cosa es noche, porque el cordero es tu sol que jamás se traspone! ¡Qué hermosas son Señor vuestras moradas! ¡qué dignas de ser amadas de todos! Desmaya Señor mi alma con el deseo de verme en ellas.—Mi corazón y mi cuerpo salen de sí de contento, y se alegran en Dios vivo. Es tanta la alegría que mi alma siente con acordarse de mi Dios, que como el corazón sea su principal asiento, y el cuerpo se gobierne por el corazón, al alegrarse el alma, el corazón no cabe en el pecho de contento, y así es fuerza que se dilate la alegría por todo el cuerpo. No queda potencia en mi alma, ni sentido en mi cuerpo, en que no ande un sonido dulce de gloria—¡Oh pueblo! ¡oh alma! que deseais la causa de Dios, ensanchad ese deseo. Abrid ese corazón, que casa rica tiene Dios, para henchiros de bienes, y tan grande es, que no se cierra su término con montañas ásperas ni con el espacioso mar Océano ni confina con reinos extraños...

El **Padre Fray José de Sigüenza** (1545-1606). Poeta, é historiador de la Orden de Jerónimos, á que perteneció, nació en la ciudad de su apellido. Estudió en su país natal, y á los veinte años quiso embarcarse en la expedición que iba al socorro de

Malta; pero detenido por una enfermedad, cambió sus inclinaciones y se hizo monje. En el Parral de Segovia, y en El Escorial después, perfeccionó sus estudios, ayudando á Arias Montano en la biblioteca de este Monasterio. — Ocho meses estuvo encarcelado por un proceso de la Inquisición, y fué rector del colegio de San Lorenzo. — Asistió al Concilio de Trento; parafraseó también en verso castellano el «Cantar de los cantares», compo niendo otros muchos libros, además de la dicha historia. — Para dar idea de su dicción, publicamos un soneto suyo, aunque no merezca elogio:

De tronco y de raíz firme y segura,
tierno pimpollo y bello se levanta
tan alto, que á la más crecida planta
humilde deja, y vence con su altura.
En medio de él, y en su mayor frescura,
brota una flor, y su fragancia es tanta,
que las almas eleva y las encanta
en sueño dulce de su gracia pura.
A pesar de los cierzos rigorosos
trueca el invierno triste en primavera,
y la más larga noche en claro día.
Llegad mortales, pues, llegad dichosos;
gozad más bien que él la edad primera,
pues cuanto el cielo tiene acá os lo envía.

Aludiendo á la historia que escribía, presenta el siguiente paralelo entre la crónica profana y la sagrada:

Historia (la suya) es humilde de humildes; contra la primera ley de historias que pide siempre cosas grandes. No se ven pensamientos ni discursos largos de príncipes para conquistar nuevos reinos, ó mudar de sus asientos grandes estados, descubrir nuevas provincias, trastornar repúblicas; consejos profundos de paz y guerra, trocar la faz y deshacer las suertes de todo esto temporal y visible; cosas que se huelgan todos de leellas; y con tanto gusto (ojalá con tanto fruto), que se olvidan de la comida y aun del sueño.

A mí no me dieron á escoger, que no es pequeña disculpa: abracé

mi suerte, que á muchos parecía desgraciada, estéril y pobre; y en lo que hasta aquí ha salido á luz, se han desengañado buena parte de ellos, y mudado de parecer. Certifican personas de buen juicio, que se han hecho evidencia, no solo ser sabrosa y de fruto la historia que trata casos raros y empresas grandes, y todo eso que llaman hazañoso, sino tambien la que se humilla al yermo, al claustro, al silencio, y al cilicio, y á cuanto tiene nombre de mortificación, que suena siempre tan mal á orejas del mundo.

Vése en esta historia trocado todo: y en vez de aquellas preñadas pláticas de los consejeros de estado; de los razonamientos de los capitanes para disciplinar el ejército, ó animar los soldados á la batalla; de aquellas promesas de la victoria, ó presagios de la suerte adversa; de las conjeturas de lo que pretende el enemigo; la loa del soldado valiente; la diligencia, destreza y ánimo del capitan; los varios trances de la fortuna; la alegría del buen suceso; la riqueza del despojo y de la presa; el número de los muertos y cautivos, los premios de los que como esforzados escalaron primero el muro, ó derribaron las banderas enemigas, y otros cien particulares con que se enriquecen las historias profanas: en vez, digo, de todo esto, entran las amonestaciones santas, los consejos de una celestial prudencia, donde se descubre la sutileza y el ingenio de nuestro mortal enemigo; la perseverancia en el ejercicio santo; la fortaleza en el rigor de la penitencia; el fruto de la oracion contínua; la sumision del cuerpo; el desprecio de sí mesmo; el desengaño de las cosas visibles; la victoria contra nuestras pasiones; la lucha porfiada contra nuestros apetitos; la esperanza del premio...

D. Alonso de Ercilla (1533-1594). El noble hijo de Madrid, «menino» ó page del Príncipe D. Felipe (Felipe II), brilló en la carrera de las armas durante la campaña de Chile, donde fué muy joven para someter á los habitantes del Valle de Arauco; y las hazañas observadas dieron vida á su poema, uno de los pocos que del género épico ha producido nuestra musa. Visitó, además de América, las Cortes de Inglaterra y Alemania, y no hubiera vuelto á la Península tan pronto como lo hizo desde Ultramar, á no haber sido por destierro de un desafío. — Escrita *La Araucana* en octavas reales, y distribuída en 37 cantos, viene á ser como una crónica de aquella lucha, en donde los casos de valor y extrañas escenas excitaron la imaginación del autor.

Adolece de gran monotonía, y su asunto se reduce á narrar la expedición de los españoles contra los araucanos á las ordenes de D. García Hurtado de Mendoza. — En cuanto á su lenguaje, peca de pedestre y vulgar con frecuencia; y aunque fáciles sus rimas, ni son elegantes ni esmeradas; no obstante, por la energía de la sentencia, á veces, y lo gráfico de la expresión, hay episodios dignos de nuestros mejores vates. — Para que puedan estimarse las cualidades de esta composición, dividida en tres partes y publicadas sucesivamente con intervalo unas de otras de varios años, transcribiremos de la arenga de Colocolo:

Caciques, del estado defensores,
codicia del mandar no me convida
á pesarme de veros pretensores
de cosa que á mí tanto era debida;
porque, segun mi edad, ya veis, señores,
que estoy al otro mundo de partida;
mas el amor que siempre os he mostrado
á bien aconsejaros me ha incitado.

¿Por qué cargos honrosos pretendemos,
y ser en opinión grande tenidos,
pues que negar al mundo no podemos
haber sido sujetos y vencidos?
Y en esto averiguarnos no queremos,
estando aun de españoles oprimidos:
¡mejor fuera esa furia ejecutalla
contra el fiero enemigo en la batalla!

¿Qué furor es el vuestro ¡oh, araucanos!
que á perdición os lleva sin sentillo?
¿Contra vuestras entrañas teneis manos,
y no contra el tirano en resistillo?
¿Teniendo tan á golpe á los cristianos
volveis contra vosotros el cuchillo?
Si gana de morir os ha movido
no sea en tan bajo estado y abatido.

Volved las armas y ánimo furioso
á los pechos de aquellos que os han puesto
en dura sujeción, con afrentoso

partido, á todo el mundo manifiesto:
¡lanzad de vos el yugo vergonzoso;
mostrad vuestro valor y fuerza en esto:
no derrameis la sangre del estado
que para redimirnos ha quedado.
No me pesa de ver la lozanía
de vuestro corazón, antes me esfuerza;
mas temo que esta vuestra valentía,
por mal gobierno, el buen camino tuerza:
que, vuelta entre vosotros la porfía,
degolleis nuestra patria con su fuerza:
¡cortad, pues, si ha de ser de esa manera
esta vieja garganta la primera!

D. Bernardo de Valbuena (1568-1629). Nació en Valdepeñas, llegó en su carrera eclesiástica á obispo de Puerto-Rico, y antes á abad de Jamaica. Escribió églogas imitando á Garcilaso, y cultivó, lo mismo que el anterior, la poesía épica, género raro en España. Su obra principal es *El Bernardo*, poema en que alternan por igual las grandes bellezas y los grandes defectos, como producto de su primera juventud. Ni en la concepción del héroe (Bernardo del Carpio), ni en la distribución del plan, se puede censurar á Valbuena. — Su asunto es como sigue: Criado Bernardo por el mago Orestes, le designan las hadas enemigas de Carlo Magno como el héroe que revestido de las armas de Aquiles ha de acabar con el poder de aquel soberbio emperador. Marcha Bernardo en busca de las armas prometidas, penetra hasta el Oriente donde tiene cien encuentros y aventuras, hasta que por fin consigue hallarlas, arrebatándoselas á Ayax Telemon, que las guardaba ocultas desde el sitio de Troya. Con ellas vuelve á España, donde se une al ejército de su tío el rey Alfonso «el Casto»; el cual ejército, moviéndose contra el de Carlo Magno, lleva á cabo la grandiosa batalla de Roncesvalles, en la que Roldán queda vencido y muerto por nuestro héroe. — Es digna de ser leída la descripción de la lucha entre protagonista y antagonista:

Cual generoso león que entre el rebaño
de algún collado de Getulia estrecho,
cansado de matar y de hacer daño,
las garras lame, y el sangriento pecho,
si un dragon vé venir de bulto extraño,
la oveja que á matar iba derecho
deja, y encrespa crin y aire brioso
se arroja al enemigo poderoso;

Así el bravo español, viendo de lejos
lucir las armas del señor Anglante,
tras sus nuevos vislumbres y reflejos
feroz sale á ponérsele delante,
herida el alma de los tristes dejos
del malogrado primo y tierno amante;
bien que el Marte francés al desafío
no salió con menor aliento y brío.

Antes en fuego de honra ardiendo el pecho,
y en deseos de venganza: «Oh fiero hispano,
dijo, que el mundo á golpes has deshecho
¿quién te dará ya libre de mi mano?
Bien que la recompensa al daño hecho
será buscarle igual, cuidado vano;
mas muere, y deje ahora aquí mi espada,
si no el agravio, la honra reparada.»

Así dijo; y cual dos dragones fieros
que en los marsilios campos con la ardiente
ponzoña que vomitan, los postreros
árboles se arden, y su hervir se siente,
gimen las cotas y escamados cueros,
tiembla del grave monte la eminente
altura, y ellos la abrasada arena
de roscas tienen y de golpes llena;

Tales los dos furiosos combatientes
en su horrible batalla andan cubiertos
de espantosas heridas, y valientes
golpes, furias, coraje y desconciertos,
rotas las finas armas, los ardientes
yelmos y arneses sin piedad abiertos,
sus penachos, escudos y testeras
ya hechos rajas cubren las laderas.

Dió Orlando al de León con Durindana
á dos manos un golpe en el escudo,
que ni el temple acerado, ni la sana
pasta valerle, en su defensa, pudo:
que ya partido en dos hasta la grana
de sus venas no entrase el filo agudo,
matizando el color la malla toda
del fino rosicler de sangre goda.
....
Antes, llevando á cércen la alta cresta
del encantado yelmo sin segundo,
bajando al hombro la cruel respuesta
vivo llegó su filo á lo profundo:
corrió la primer sangre á la floresta
que del fuerte Roldán conoció el mundo,
y él de ver su arnés roto, y él herido,
quedó, más que del golpe, sin sentido.

Cultivador también del género épico, es **Fr. Diego de Hojeda,** religioso Dominico, hijo de Sevilla, de cuya vida se ignoran otros detalles que el de haber sido en Lima regente de los Estudios de predicadores. — El autor de *La Cristiada* (que se imprimió en 1611), tomó gran parte de su obra, según se dice, de un poema latino, que con el mismo título compuso Jerónimo Vida. — Empieza la obra en la Cena y concluye en la Crucifixión. — El lenguaje es desigual, no manteniéndose la dignidad propia de un poema de esta índole, máxime cuando se trata de asunto tan elevado; pero en cambio, lo sobrenatural, que constituye en esta obra la «máquina ó maravilloso», está bien concebido y desenvuelto, sin que pueda alcanzar este aplauso á la manera de trazar los caracteres. — Para juzgar del estilo de Hojeda, trasladamos unas octavas, que han sido extraordinariamente elogiadas, sin que su mérito explique semejante alabanza:

«¿Es posible, inmortal noble criatura,
que miras á tu Dios en cruz desnudo,
y ofreces luz á aquella gente dura
que sin miedo en la cruz ponerlo pudo?

Cubre tu clara faz de noche oscura,
con razón fiero y con verdad sañudo,
desate el mundo así sus gruesas nieblas,
y á su Criador conozca en tus tinieblas.»
Dijo, y el sol avergonzado luégo,
sus rayos en sí propio recogidos,
negó su bella lumbre al mundo ciego
por dejar á los hombres confundidos:
espantóse el romano, admiró al griego,
ambos en esta ciencia esclarecidos,
ver un eclipse tal, y el crudo hebreo
se quedó pertinaz en su deseo.
¡Oh, Dios! cuando tu luz no resplandece
ni la luz sirve, ni aprovecha el día,
para que el hombre ciego no tropiece,
y ciego se despeñe en su porfía,
ni el quitarle la luz más luz le ofrece,
que quien bañado en luz la luz no vía,
¿qué hará en las tinieblas sumergido?
Dormir en noche oscura y torpe olvido.
Bajó Miguel después triste al Calvario
con su escuadrón de ardientes serafines
do temblaba Luzbel, su gran contrario,
con otro que lo fué de querubines:
y estuvo allí asistiendo al santuario
de Dios, con sus trompetas y clarines,
tambores destemplados, y banderas,
y otros mil instrumentos, y armas fieras.
Mientras esto pasaba, el rey sagrado
ardiendo el corazón, secas las venas,
y por las cuatro llagas desangrado,
fuentes de nuestra gloria, y de sus penas,
con sed del cuerpo y almas abrasado,
pero con luces claras y serenas,
—«Sed tengo»—dijo; y con feroz denuedo
uno á beber le dió vinagre acedo.

De menos mérito que el anterior, es el poema titulado *Monserrate*, del capitán **Cristóbal de Virués** (1548-1616).—Este poeta

valenciano escribió, además, cinco tragedias, que no le dieron tanta fama como la leyenda de la Iglesia española del siglo IX, á que se refiere el «Monserrate».— Su asunto es el pecado y penitencia de Juan Guarín, que deshonra y mata luego á la hija del conde de Barcelona, y arrepentido de su obra, tal es su remordimiento que logra de la divinidad sea su víctima vuelta á la vida; y apareciéndosele la Virgen, funda el penitente para memoria de tan extraordinarios hechos el soberbio santuario. Consta el poema de 20 cantos, versificados con fluidez, y siempre fué muy estimado desde su publicación en 1588. — A continuación van algunas estrofas describiendo á Monserrate:

Cual famosa ciudad puesta en la raya
del enemigo reino poderoso,
donde mil torres y atalayas haya
sobre un asiento altísimo y hermoso,
y que entre el cerco, torre y atalaya,
se muestre el alto templo suntuoso,
la casa principal, los capiteles,
las almenas, las cruces y pineles;

Así parece desde lejos vista
la sierra, porque están los picos puestos
con tal concierto, que uno de otro dista
casi á nivel en el altura y puestos:
engañan al juicio y á la vista,
que parece por arte estar dispuestos,
y por entre ellos ver con varias luces
templos, almenas, capiteles, cruces.

Están las peñas como si aserradas
ó partidas á mano hubiesen sido,
ménos ó más en partes levantadas,
segun ménos ó más hayan crecido;
y de vellas la gente así cortadas,
y el monte en tantas partes dividido,
fué *Mont-Serrat* en catalán llamado,
que es lo mismo decir monte aserrado.

Pero la universal lengua de España,
de *Mont Serrat* llamóle Monserrate,

y así se ha de llamar esta montaña
por cualquier que en tal lengua della trate;
fuera otra cosa afectación extraña,
y quitar á la lengua su quilate,
pues es en ella propio ya tal nombre,
y así es razón, señor, que yo la nombre,
Aunque es mejor nombralla un paraíso,
según es la alegria y el consuelo
de que dotar del monte el aire quiso
el liberal y favorable cielo:
gozo divino, celestial aviso
lleno de clara luz, claro desvelo
influye el rico clima eternamente
del fértil y alto monte al aire ambiente.

Cultivador también del género épico, es **D. José de Villaviciosa** (1589-1658), hijo de Sigüenza, canónigo é inquisidor, publicando su *Mosquea* en 1615. — Este poema burlesco sigue el plan de la *Eneida*, de Virgilio, é imita á la *Batracomiomaquia* de Homero cantando la guerra entre las moscas y las hormigas. — En opinión de los críticos, es acaso, bajo el punto de vista del plan, el mejor de los poemas castellanos. — El argumento se reduce á que llegando á la capital de las moscas la noticia del armamento que hacen las hormigas, se preparan á la guerra, convocan sus aliados y se pone el ejército en campaña; peléase encarnizadamente, y muerto Sicoborón, Aquiles de las moscas, triunfan las hormigas.—Ejemplo:

Resuena el grito en el altivo polo
que tanta gente desde el suelo envía:
túrbase entonces la región de Eolo
con tan súbita y grande vocería;
entre nubes de polvo el claro Apolo
metió la cara, oscureciendo el día,
y al son de las trompetas y atambores
la tierra se espantó con mil temblores.
Parten á darse los primeros botes
de las lanzas los fuertes caballeros,

cercanos ya por los ligeros trotes
de sus bravos caballos y ligeros:
llegan, diciendo injuriosos motes,
y para herirse los caudillos fieros
en los estribos con furor se plantan,
y airados en las sillas se levantan.
Mézclanse con los unos los contrarios,
y todos juntos con furor se pegan
golpes tan sin piedad y temerarios,
que los ecos sin duda al cielo llegan;
los unos y otros con lamentos varios
de los adversos ímpetus reniegan,
y al cielo vuela y desde el suelo sube
de las quebradas lanzas una nube.

. . . . . .

Ya los caballos el rigor no sienten
de la dorada espuela ó acicate,
y sólo sirven de que allí revienten
cuando el hijar cansado se les bate:
ya los fieros soldados no consienten
que dure más el bélico combate,
cuando no sufre el cuerpo la acerada
malla, ni el brazo la sangrienta espada.
Como los galgos que la lengua estiran
y con la fuerza del cansancio anhelan,
que aunque la liebre por los campos miran
no la persiguen ni tras ella vuelan:
entre la sombra y matas se retiran,
y aunque en los vientos nuevo rastro huelan,
la fatiga sus miembros embaraza,
sin que se atrevan á seguir la caza...

Pablo de Céspedes (1536-1608). Natural de Córdoba, estudió en Alcalá, y como discípulo aventajado sustituyó á Ambrosio de Morales. Estuvo en Roma dos veces, y desempeñó el cargo de racionero de la catedral de Córdoba. Fué procesado como tantos otros por el Santo Oficio. Poseía á la perfección el árabe, hebreo, griego y latín, además de algunas lenguas modernas. — Consta que escribió varios discursos sobre materias filosóficas y artísticas

y multitud de poesías y gran parte de un poema sobre el *Cerco de Zamora*, pero todo esto se ha perdido. — Al igual de los genios de su tiempo, como Miguel Angel, su maestro, cultivó todas las artes, desde la pintura á la escultura y la poesía. De su poema *La Pintura*, que se cree no llegó á concluir, nos quedan algunos trozos, entre los cuales elegimos los siguientes donde se pinta al caballo:

Que parezca en el aire y movimiento
la generosa raza do ha venido,
salga con altivez y atrevimiento
vivo en la vista, en la cerviz erguido;
estribe firme el brazo en duro asiento
con el pié resonante y atrevido,
animoso, insolente, libre, ufano,
sin temer el horror de estruendo vano;

Brioso el alto cuello y enarcado,
con la cabeza descarnada y viva;
llenas las cuencas, ancho y dilatado
el bello espacio de la frente altiva;
breve el vientre rollizo, no pesado,
ni caído de lados, y que aviva
los ojos eminentes; las orejas
altas, sin derramarlas, y parejas.

Bulla hinchado el fervoroso pecho
con los músculos fuertes y carnosos;
hondo el canal dividirá derecho
los gruesos cuartos limpios y hermosos;
llena el anca y crecida, largo el trecho
de la cola, y cabellos desdeñosos,
ancho el hueso del brazo y descarnado;
el casco negro, liso y acopado.

Parezca que desdeña ser postrero
si acaso caminando ignota puente
se le pone al encuentro, y delantero
preceda á todo el escuadrón siguiente;
seguro, osado, denodado y fiero
no dude de arrojarse á la corriente
ráuda, que con las ondas retorcidas
resuena en las riberas combatidas.

Si de léjos al arma dió el aliento
ronca la trompa militar de Marte,
de repente estremece un movimiento
los miembros, sin parar en una parte;
crece el resuello, y recogido el viento,
por la abierta nariz, ardiendo, parte;
arroja por el cuello levantado
el cerdoso cabello al diestro lado.

Tal las sueltas madejas extendidas
de la fiera cerviz con fiero asalto,
cuando con los relinchos encendidas
el aire y blanca nieve á Pelio alto,
las matas más cerradas esparcidas
al vago viento igual de salto en salto,
en el encuentro de su ninfa bella,
Saturno volador delante della;

Tal el gallardo Cílaro iba en suma,
y los de Marte atroz iban iguales;
fuego espiraba la albicante espuma
de los sangrientos frenos y bozales;
tal con el tremolar de libia pluma
volaban por los campos desiguales
con ánimos y pechos varoniles
los del carro feroz del grande Aquíles.

De igual manera que en la poesía lírica, hubo la escuela erudita y la popular, sirviendo la primera al gusto italiano introducido en España, y la segunda, al desarrollo del Romancero, ocurrió en la escena la lucha entre lo que se llamó el «uso antiguo» y el «uso nuevo», ó sea la imitación de las tragedias clásicas hecha por las gentes cultas, y que no podían interesar á la masa general del pueblo, y la escuela de los que querían convertir los juegos tradicionales de las fiestas públicas que hemos visto aparecer con el nacimiento de la lengua, seguir con los misterios, y que habían de llegar con el espíritu de Lope, principalmente, á constituir nuestro verdadero teatro nacional. — A principios de este siglo XVI que nos ocupa, Vasco Díaz Tanco, Villalobos, médico de Fernando «el Católico», Simón de Abril, célebre humanista, y

otros de quienes hemos hablado, y varios de los cuales hablaremos más adelante, emprendieron la traducción de tragedias griegas y latinas para ver de aclimatarlas en nuestra escena. — El primer autor que trata en nuestro teatro de un asunto moderno, es Bermúdez, y el argumento, la venganza que tomó D. Pedro contra los matadores de doña Inés de Castro, con el título de *Nise Lastimosa*. El título de Nise no es más que el anagrama en forma pseudo-clásica de la palabra *Inés*. También es de Bermúdez *Nise Laureada*, escrita en verso libre endecasílabo, y su asunto los poéticos amores de las dos figuras antes nombradas. — **Jerónimo Bermúdez** era gallego, monje dominico y catedrático después de la Universidad de Salamanca. No se saben de él otros pormenores sino que en 1577 imprimió sus obras con el pseudónimo de Antonio de Silva. — El corte, sin embargo, de estas obras, es enteramente antiguo, de modo que pueden considerarse las de este autor como el tránsito de las traducciones griegas y latinas al teatro moderno. — Transcribiremos algunos versos que den idea de cómo se manejaba la lengua en el teatro en los primeros momentos de constituirse:

Doña Inés.— Amigos
Venid también vosotros: á tal punto
no me dejeis: pedid misericordia,
pedid misericordia por aquesta
tan inocente cuanto desdichada.
Llorad el desamparo de estos niños
tan tiernos y sin madre. —¡Mis amores!
el padre veis aquí de vuestro padre;
aquel es vuestro abuelo y señor nuestro;
la mano le besad; á su clemencia
os entregad, pedidle que la emplee
en esta vuestra madre, cuya vida
os vienen á robar.
Coro.— ¡Quién puede verte
que no se ablande y llore!

Rarísima vez en nuestra métrica se ha empleado el verso

suelto en arte menor. Bermúdez, en la *Nise lastimosa*, escribe los siguientes, fluídos y cantables.

¡Oh corazones
más que de tigres!
¡Oh manos crudas,
más que de fieras!
¡Cómo pudísteis,
tan inocente
tan apurada
sangre verter!
¡Ay! que su grito
oh! Lusitania,
oh! patria mía
Ay! que su grito
desde la tierra
rompe los cielos
rompe las nubes
rompe los aires
trae las llamas
del celo vivo,
trae los rayos
del vivo fuego
que purifica
toda la tierra
contaminada
con la crudeza
que cometísteis!
.....

En este siglo XVI, que cierra Cervantes y que se puede decir anuncia para la dramática á Lope de Vega, se inaugura el verdadero teatro nacional que habían de inmortalizar el Fénix de los ingenios y Calderón de la Barca, particularmente. — Preceden á estos colosos algunas personalidades preeminentes como, por ejemplo, **Bartolomé de Torres Naharro.** La mayor parte de los pormenores referentes á la vida de este padre de la escena española están envueltos en completa oscuridad. Nació en la Torre (Badajoz), se halló cautivo en Argel; habiendo sido rescatado, pasó á Roma, donde residió el resto de su vida; hízose sacerdote y hallóse al servicio de la famosa casa de Fabricio Colonna, general del Pontífice. Y de igual modo que se ignora la fecha de su nacimiento, tampoco se sabe la de su muerte. En Nápoles imprimió juntas, con el título de *Propaladia*, en 1517, varias comedias españolas, que se representaron en Roma. Debió conocer á Juan de la Encina, porque hacia la misma época se encontraba dicho poeta en la capital del orbe cristiano, y aun parece que lo imita; por más que el paso dado en pro de la formación del verdadero teatro moderno, no es comparable con las églogas de Encina por lo extraordinario é importantísimo.—

Naharro acompañó de un prólogo didáctico sus comedias, dando reglas y estableciendo leyes para las representaciones dramáticas. Divide éstas en dos clases: en comedia «á noticia», y comedia «á fantasía»; entendiendo por la primera la que copia escenas de la vida real, y por la segunda, el poema imaginativo fingido, que tenga color de verdad, aunque no lo sea. — Ocho son las impresas *Serafina, Himeneo, Aquilano, Calamita, Soldadesca, Tinelaria, Jacinta* y *Trofea*. Las cuatro primeras, novelescas; las tres siguientes, de costumbres, y la última, en elogio del rey de Portugal D. Manuel. — Como modelo antecedente para las confianzas entre amos y criados, que después había de repetirse constantemente en nuestro siglo de oro, señalaremos el siguiente diálogo entre Leoncio y Floristán, tomado de *Serafina:*

L.—Señor, no te desesperes:
que de todo lo que fundo,
la peor gente del mundo
somos hombres y mujeres.
F.—Por tu fé, pues que te obliga
la voluntad que te tengo,
si delante della vengo,
¿qué será bien que le diga?
L.—Si no recibes fatiga,
pues consejo me pediste,
dime qué le prometiste
el tiempo què fué tu amiga.
F.—Tú sabrás sin que te mienta,
que le vine á prometer
de tomarla por mujer,
cuando ella fuese contenta:
quiso más vivir exenta
que no servirse de mí,
lo cual yo le requerí
de una vez hasta cincuenta.
L.—Por eso no hayas temor.
. . . . . .
Escucha mi parecer:
ella te manda buscar
y buscará todavía,
yo digo que bastaría
que te dejases hallar;
y con buen disimular
llegarás á ver qué quiere,
y entonces como digere
tú le podrás replicar.
Mas vé con tal discreción
y acuérdate siempre desto:
que no te vea en el gesto
lo que vá en el corazón:
que mujeres cuantas son
son vivas como centellas;
que en ver que penan por ellas
luego toman presunción.
. . . . . .

Naharro, por lo general, escribe en verso octosílabo con pie quebrado y rimas cruzadas. Su estilo es el llano y natural que después cultivan los grandes maestros, aunque no deja de lucir en

los momentos solemnes el tono elevado de la obra dramática.— Trasladaremos, por último, para dar una idea de cómo manejaba los asuntos el padre del teatro español, los argumentos de *Himeneo* y *Tinelaria.*

Himeneo, así se llama el galán, ronda la calle de su amada, acompañado de sus criados, y en un diálogo que entabla con uno de ellos, entera al público de sus proyectos. Retírase y sale el Marqués, hermano de Felisa, que seguido de su gente guarda la casa, cuidadoso del honor de su familia. Esto forma la materia del primer acto. — En el acto segundo vuelve Himeneo. Felisa se asoma á la ventana y habla con su amante, que le pide una cita para la siguiente noche. Retírase al rayar el día, pero es descubierto por el Marqués, que intenta desde luego arrojarse sobre él y castigarle, pero desiste á instancias del criado que le indica es mejor sorprenderle al día siguiente, á la hora de la cita. — El tercer acto es episódico é inútil, y se convierte en amores de criados y de pajes. — En el cuarto, que es el de la noche de la cita, Himeneo se introduce en la casa dejando fuera á los criados, que echan á correr en cuanto llega el Marqués. Entra éste en casa furioso, resuelto á lavar con sangre su agravio. — En el quinto, el Marqués se presenta á su hermana, y le dice que va á morir, pero sale Himeneo y declara quién es, y pide la mano de Felisa, concluyendo la comedia con el casamiento y con un villancico en alabanza del amor.

El de *Tinelaria* se desarrolla en Roma, en casa de un cardenal, y se reduce á que sus criados, con lo que le hurtan, comen y gastan, y viven en la mayor disolución y abandono. Al acabar la primera jornada se van á almorzar; la segunda se gasta toda en comer; en la quinta cenan y se emborrachan también. Desde el primero al último de los personajes, que llegan á 22, todos son ladrones, glotones, borrachos, maldicientes, blasfemos, provocativos y disolutos. El autor apela al arbitrio infeliz de introducir diferentes idiomas para animar el diálogo.

Un Pedro de Altamira, entre otros, autor de segundo orden, resucita las obras dramáticas del género sagrado; Juan de Timoneda imita obras antiguas, y **Lope de Rueda** es quien continúa

con acierto el trabajo del anterior. Ignórase la fecha de su nacimiento; se calcula que fué á principios del siglo XVI, dándose á conocer á mediados del mismo. Abandonó su primitivo oficio de batidor de oro por el de hacer comedias, y á imitación del célebre Moliére y de Shakespeare en Inglaterra, es autor al mismo tiempo que cómico; Cervantes y Antonio Pérez lo elogian. Probablemente murió en Córdoba hacia 1567; pormenor que se conoce porque el cabildo catedral mandó que se le enterrase entre los dos coros del templo: muestra que indica el aprecio en que se le tuvo; pues enterramiento sagrado se le discutió en Francia al poeta nombrado más arriba, siglo y medio más tarde. — Lope de Rueda escribió en prosa todas sus obras, que consisten en cuatro comedias, siete pasos y dos coloquios (uno solo de éstos además, debe añadirse, en verso), publicadas en Valencia por Timoneda, el citado amigo suyo en la fecha últimamente escrita. — El influjo de Rueda es decisivo en adelante dentro de nuestra escena, entre otras razones, porque continúan su obra los dos poetas y actores de su compañía, Vega y Cisneros, unidos á la de Timoneda, y que determinan el gusto del público en lo sucesivo. — Entre las obras de Rueda citaremos el pasillo de *Las aceitunas*, y la comedia *Los engaños*, cuyos argumentos son los siguientes:

Las aceitunas.—El labrador Toribio dice á su mujer que ha plantado un olivo. — Ella calcula lo que aquel olivo producirá dentro de seis ó siete años y el olivar que podrá plantar con sus productos. Embebida con estas cuentas galanas, le dice al marido que llevará las aceitunas al mercado y Mencigüela las venderá á dos reales; el marido cree que sólo deben venderse á catorce ó quince cuartos, y sobre esto promueven una fuerte disputa que se resuelve en reconvenciones y golpes dados á la hija porque promete á los dos venderlas al precio que cada uno dice, en cuyo tiempo llega un vecino y pone término á aquella ridícula contienda. — El argumento de *La Comedia de los engaños* nos presenta á una joven que se disfraza de hombre para sembrar la discordia entre su amante y su nueva rival, y tiene algunas escenas divertidas. — Ahora veamos, gracias á su brevedad, el pasillo citado primero:

Torubio. ¡Válgame Dios, y qué tempestad ha hecho desde el resquebrajo del monte acá, que no parescía sino que el cielo se quería hundir y las nubes venir abajo! Pues decí agora que os terná aparejado de comer la señora de mi mujer, así mala rabia la mate! ¿Oislo? ¡mochacha! ¡Mencigüela! Si todos duermen en Zamora! ¡Agueda de Turuégano! ¿oislo?

Mencigüela. ¡Jesús, padre! y habeisnos de quebrar las puertas.

Torubio. Mira qué picò, mira qué pico, ¿y adónde está vuestra madre, señora?

Mencigüela. Allá está en casa de la vecina, que le ha ido á áyudar á cocer unas madejillas.

Torubio. Malas madejillas vengan por ella y por vos; andad y llamadla.

Agueda. Ya, ya, el de los misterios: ya viene de hacer una negra carguilla de leña; que no hay quien se averigüe con él.

Torubio. Si; carguilla de leña le paresce á la señora; pero al cielo de Dios, que éramos yo y vuestro ahijado á cargalla, y no podíamos.

Agueda. Yá, noramala sea, marido; ¡y qué mojado que venís!

Torubio. Vengo hecho una sopa de agua, mujer: por vida vuestra que me deis algo que cenar.

Agueda. ¿Yo qué diablos os tengo de dar si no tengo cosa ninguna?

Mencigüela. ¡Jesús, padre, y qué mojada que venía aquella leña.

Torubio. Sí, despues dirá tu madre que es el alba.

Agueda. Corre, mochacha, aderézale un par de huevos para que cene tu padre, y hazle luego la cama; y os aseguro, marido, que nunca se os acordó de plantar aquel renuevo de aceitunas que rogué que plantásedes.

Torubio. ¿Pues en qué me he detenido sino en plantalle, como me rogaste?

Agueda. Calla, marido, ¿y dónde le plantaste?

Torubio. Allí junto á la higuera breval, adonde si se os acuerda os dí un beso.

Mencigüela. Padre, bien puede entrar á cenar, que ya está aderezado todo.

Agueda. Marido, ¿no sabeis qué he pensado? Que aquel renuevo de aceitunas que plantastes hoy, que de aquí á seis ó siete años llevará cuatro ó cinco hanegas de aceitunas, y que poniendo plantas allá, y

plantas acullá, de aquí á veinticinco ó treinta años teneis un olivar hecho y derecho.

Torubio. Eso es la verdad, mujer, que no puede dejar de ser lucido.

Agueda. Mira, marido, ¿sabeis qué he pensado? que yo cogeré el aceituna, y vos la acarreareis con el asnillo, y Mencigüela la venderá en la plaza; y mira, mochacha, que te mando que no las dés menos el celemín de á dos reales castellanos.

Torubio. ¿Cómo á dos reales castellanos? No veis que es cargo de conciencia, y nos llevará el almotacén cad' al día la pena? que basta pedir á catorce ó quince dineros por celemín.

Agueda. Callad, marido, qu' es el vidueño de la casta de los de Córdoba.

Torubio. Pues aunque sea de la casta de los de Córdoba, basta pedir lo que tengo dicho.

Agueda. Hora no me quebreis la cabeza: mira, mochacha, que te mando que no las des menos el celemín de á dos reales castellanos.

Torubio. ¿Cómo á dos reales castellanos? Ven acá, mochacha, ¿á cómo has de pedir?

Mencigüela. A como quisiéredes, padre.

Torubio. A catorce ó quince dineros.

Mencigüela. Así lo haré, padre.

Agueda. ¿Cómo así lo haré, padre? Ven acá, mochacha, ¿á cómo has de pedir?

Mencigüela. A como mandáredes, madre.

Agueda. A dos reales castellanos.

Torubio. ¿Cómo á dos reales castellanos? Y' os prometo que si no haceis lo que y' os mando, que os tengo de dar más de doscientos correazos. ¿A cómo has de pedir?

Mencigüela. A como decís vos, padre.

Torubio. A catorce ó quince dineros.

Mencigüela. Así lo haré, padre.

Agueda. ¿Cómo así lo haré, padre? Toma, toma, hace lo que y'os mando.

Torubio. Dejad la mochacha.

Mencigüela. ¡Ay madre! ¡ay padre! que me mata.

Aloja. ¿Qué es es eso, vecinos? ¿Por qué maltratais así á la mochacha?

Agueda. ¡Ay señor! este mal hombre que me quiere dar las cosas á

menos precio, y quiere echar á perder mi casa: ¡unas aceitunas que son como nueces!

Torubio. Yo juro á los huesos de mi linage, que no son ni aun como piñones.

Agueda. Sí son.

Torubio. No son.

Aloja. Hora, señora vecina, hacéme tamaño placer que os entreis allá dentro, que yo lo averiguaré todo.

Agueda. Averigüe ó póngase todo del quebranto.

Aloja. Señor vecino, ¿qué son las aceitunas? Sacadlas acá fuera que yo las compraré aunque sean veinte hanegas.

Torubio. Qué, no señor, que no es de esa manera que vuesa merced se piensa, que no están las aceitunas aquí en casa, sino en la heredad.

Aloja. Pues traedlas aquí que y' las compraré todas al precio que justo fuere.

Mencigüela. A dos reales quiere mi madre que se venda el celemín

Aloja. Cara cosa es esa.

Torubio. ¿No le parece á vuesa merced?

Mencigüela. Y mi padre á quince dineros.

Aloja. Tenga yo una muestra dellas.

Torubio. Válgame Dios, señor, vuesa merced no me quiere entender. Hoy he y' plantado un renuevo de aceitunas, y dice mi muger que de aquí á seis ó siete años llevará cuatro ó cinco hanegas de aceituna, y que ella la cogería, y que yo la acarrease, y la mochacha la vendiese; y que á fuerza de drecho había de pedir á dos reales por cada celemín: yo que no, y ella que sí, y sobre esto ha sido la quistión.

Aloja. ¡Oh qué graciosa quistión! Nunca tal se ha visto: las aceitunas no estan plantadas, ¿y ha llevado la mochacha tarea sobre ellas?

Mencigüela. ¿Qué le parece señor?

Torubio. No llores, rapaza: la mochacha, señor, es como un oro. Hora, andad, hija, y ponedme la mesa que y'os prometo de hacer un sayuelo de las primeras aceitunas que se vendieran.

Aloja. Hora andad, vecino, entráos allá dentro, y tené paz con vuestra muger.

Torubio. Adios, señor.

Aloja. Hora por cierto, que cosas vemos en esta vida, que ponen espanto: las aceitunas no están plantadas, y ya las habemos visto reñidas.

Merced á las causas anunciadas y á Naharro, el teatro se lanza en este camino, y de tal progreso da cuenta así Cervantes: «En tiempo de este célebre autor, todos los aparatos de un autor de comedia se encerraban en un corral y se cifraban en cuatro pellicos blancos, guarnecidos de guadamecí dorado, y con cuatro barbas y cabelleras y cuatro calzados, poco más ó menos... No había figura que saliera del centro de la tierra por lo hueco del teatro, el cual lo componían cuatro bancos en cuadro y cuatro ó seis tablas encima, con que se levantaba del suelo cuatro palmos; ni menos bajabán del cielo nubes con ángeles ó con almas. El adorno del teatro era una manta vieja, tirada con dos cordeles de una parte á otra, que hacían lo que se llamaba vestuario, detrás de la cual estaban los músicos cantando sin guitarra alguna, romances antiguos... Sucedió á Lope de Rueda, Navarro, natural de Toledo, famoso en hacer la figura de rufián cobarde. Este levantó algún tanto más el adorno de las comedias, y mudó el costal de vestidos en cofres y baules. Sacó la música, que antes cantaba detrás de la manta, al teatro público, quitó las barbas de los farsantes, que hasta entonces ninguno representaba sin barba postiza, é hizo que todos representasen á cara rasa, si no era los que habían de representar los viejos ú otras figuras que pidieren mudanza de rostro. Inventó tramoyas, rayos, nubes, truenos y relámpagos, desafíos y batallas.»

Gracias también á **Juan de la Cueva** (1550-1606), el teatro español no interrumpe el camino emprendido, prosiguiendo la senda en que había de recoger los frutos, á poco, Lope de Vega. — Cueva, hijo de Sevilla, dotado de talento é instrucción, produjo sus versos con facilidad, aunque incorrectos; innovó en materia de escena, exornándola con un movimiento hasta entonces desusado; procuró levantar la comedia á nivel más decoroso; y aunque no fué autor atinado y discreto, merecen indulgencia sus errores y alabanza sus designios. — Muchas fueron sus obras: unas se refieren á la historia antigua, otras á la nacional; éstas de pura fantasía, tales como *El Infamador*, que se cree sirvió luego á Tirso para el *Burlador de Sevilla*, y el primer *D. Juan*, por consiguiente; aquéllas, en fin, pertenecen al género alegórico,

con intervención de entidades quiméricas. — A continuación damos dos modelos de su manera de versificar en distintos metros, tomados de su comedia *La constancia de Arcelina:*

¿Del dulce fuego del amor que aspira
tu firme pecho eres conmovido,
fiel Fulcino, á despreciar la ira
del reino horrible del eterno olvido?
¿Y quieres ver (que su crueldad no admira
tu excelso corazón de amor regido)
los que habitan el triste río Aqueronte
y los del encendido Flegetonte?
¿Y quieres por mi apremio poderoso
que parar haga de Ixión la rueda,
que tenga Ticio de su mal reposo,
que Sísifo en descanso verse pueda,
que deje el Can trifauce el espantoso
ladrido, y salir fuera les conceda
á las terribles furias, y á mi mando
vengan, el reino de Plutón dejando?

A.—Injusto y severo amor,
que me traes á tal extremo
que ausente la vida temo
porque vivo en tal dolor;
¿Qué puedo hacer ¡ay cuitada!
del cielo tan perseguida,
y del mundo aborrecida
y de Melancio apartada?
Huyendo la cruda muerte
que á mi hermano dí ¡ay cruel!
ausente vivo de aquel
que causó mi acerba suerte.
En estas malezas moro
sola, entre animales brutos,
comiendo silvestres frutos,
bebiendo el agua que lloro.
Paso el día suspirando,
de ansias y recelos llena,
revuelta en mi culpa y pena,
la noche en vela llorando.
Miro ¡ay! sin ventura al cielo
á quien enemiga soy,
cuéntole el mal en que estoy,
y no hallo en él consuelo.

En cuanto á la novela pastoril, de mayor mérito que la *Diana* de Montemayor es la *Diana enamorada* de **Gil Polo,** más breve que otras imitaciones de la *Arcàdia* del autor italiano Sannazaro;

teniendo además la condición de que los versos intercalados en esta linda obra son dignos de elogio, como se prueba por su conocida *Canción de Nerea*, cuyas primeras quintillas copiamos.— Gil Polo era valenciano, y floreció á mediados del siglo XVI.

En el campo venturoso,
donde con clara corriente
Guadalaviar hermoso,
dejando el suelo abundoso,
da tributo al mar potente;
Galatea desdeñosa
del dolor que á Licio daña,
iba alegre y bulliciosa
por la ribera arenosa
que el mar con sus ondas baña.

Entre el arena cogiendo
conchas y piedras pintadas,
muchos cantares diciendo
con el son del ronco estruendo
de las ondas alteradas.
Junto al agua se ponía,
y las ondas aguardaba,
y en verlas llegar huía;
pero á veces no podía,
y el blanco pié se mojaba.

Y como prueba de su prosa, trasladamos algunas líneas de su célebre novela pastoril, en las cuales el pastor Marcelio pinta los celos:

No hay en amor contento, cuando no hay esperanza, y no la habrá en tanto que los celos estén de por medio. No hay placer que dellos esté seguro, y no hay deleite que con ellos no se guste, y no hay dolor que con ellos no nos fatigue. Y llega á tanto la rabia y furor de los venenosos celos, que el corazón, donde ellos están, recibe pesadumbre en escuchar alabanzas de la cosa amada, y no querría que las perfecciones que él estima, fuesen de nadie vistas ni conocidas, haciendo en ello gran perjuicio al valor de la gentileza que le tiene cautivo. Y no solo el celoso vive en este dolor, mas á la que bien quiere le dá tan contínua y trabajosa pena, que no le diera tanta, si fuera su capital enemigo.

Según antes hemos indicado, cierra la poesía del siglo XVI, como resumen de las cualidades más preclaras de esta centuria, y como síntesis del genio español llegado á su madurez y completo esplendor **Miguel de Cervantes Saavedra** (1547-1616), el primero de nuestros escritores y el más profundo de nuestros filósofos. — De padres oriundos de Galicia y de linaje ilustre, aunque de

estrecha fortuna, nació el insigne español en Alcalá de Henares, donde estudió humanidades, y se supone que amplió sus conocimientos durante dos cursos en Salamanca. Visitó Roma, yendo al servicio del cardenal Aquaviva, alistándose después como soldado voluntario en las legiones de la Santa Liga, por lo que asistió á la batalla de Lepanto, en la cual, herido en el pecho y en el brazo izquierdo, quedó manco de éste. Al volver á España, fué hecho cautivo y tratado con dureza en Argel, obteniendo su libertad mediante rescate de 500 escudos á los cinco años y medio de cautiverio, merced á los padres Trinitarios, el año de 1580 y á la edad de treinta y tres. Alistado de nuevo para la expedición en Portugal del Marqués de Santa Cruz, abandonó luego el ejercicio de las armas para consagrarse á los trabajos literarios, dando á luz su primera producción, *La Galatea*, novela pastoril, en 1584, y á la cual se dice dió ocasión sus amores con doña Catalina Salazar y Palacios, natural de Esquivias, con quien casó por entonces. Inmediatamente después, y no habiendo tenido gran favor del público, se dedicó á escribir para el teatro, y en no más de cuatro años produjo gran número de entremeses y tres de sus comedias, que fueron muy aplaudidas: *Tratos de Argel*, *Batalla naval* y *Destrucción de Numancia* (se conservan la primera y última); pero las restantes, hasta treinta, no lograron igual éxito. Disgustado por ello, buscó medios de subsistencia en los empleos, y desde 1588, en que se trasladó á Sevilla, hasta la publicación del *Quijote*, en 1605, vivió oscurecido por completo. — Un alcance de dos mil y pico de reales, ocurrido en la administración de su destino, fué causa de que se le procesara y prendiera, sucediéndole lo que al mismo D. Diego Hurtado de Mendoza. En la cárcel andaluza parece lo más probable que comenzase á escribir su *Quijote*, y no en los pueblos de la Mancha, en donde no está probado que sufriese prisión, aunque sí disgustos por su cargo de alcabalero; y como antes se indicó, á los cincuenta y ocho años dió á luz su obra prodigiosa. El gran éxito que obtuvo *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, hasta el extremo de que en el primer año se hicieran ya dos ediciones, y que se tradujese inmediatamente á varios idiomas extranjeros, acarreó á Cervantes grandes enemistades y la envidia

le causó todo género de mordeduras, dándose el caso del atrevimiento de que un autor obscuro, ocultándose bajo el nombre de Avellaneda, escribiese el engendro en que se imitó al *Quijote*. — Entre los diez años que mediaron de la primera á la segunda parte de la obra inmortal, publicó también Cervantes algunas comedias, precedidas de interesantísimo proemio para la historia del teatro, imprimió sus *Novelas Ejemplares* y el *Viaje del Parnaso*, dejando algunas obras concluídas que se han perdido y otras que hubieron de darse á la estampa después de la muerte del genio insigne, como por ejemplo *Pérsiles y Sigismunda*. — Las novelas que denominó *Ejemplares*, son doce, y las mejores, indudablemente, originales, que hasta entonces se escribieron. Los títulos de estas novelas, son: *La Gitanilla, La fuerza de la sangre, Rinconete y Cortadillo, La española inglesa, El amante liberal, El licenciado Vidriera, El celoso extremeño, Las dos doncellas, La ilustre fregona, La señora Cornelia, El casamiento engañoso* y el *Coloquio de los perros*.

El asunto de *La Gitanilla* se reduce á la historia de una muchacha, llamada Preciosa, de familia ilustre, que robada en su niñez y criada por gitanos, se parece al carácter que andando el tiempo había de traducir en «Esmeralda» el célebre Víctor Hugo.— El argumento de *Rinconete y Cortadillo* consiste en la serie de aventuras de dos muchachos vagabundos, donde se pintan las costumbres de la truhanería de su tiempo, en el estilo de las novelas picarescas de otros autores que hemos estudiado. — En cuanto al *Viaje del Parnaso*, es un poema escrito en tercetos, que consta de ocho cantos y de unos dos mil cuatrocientos versos, y su asunto viene á representar una excursión en un bajel alegórico. Apolo pide á Cervantes lista de los vates que deben ser admitidos en dicha embarcación, y el autor da su opinión, harto benévola por cierto, calificando á todos los poetas de España, y haciendo valer sus títulos personales para ocupar él mismo un asiento también en el Parnaso. — *Los trabajos de Pérsiles y Sigismunda*, finalmente, es la última obra que produjo el peregrino ingenio que nos ocupa. Según él, debía ser la mejor de sus composiciones; pero la posteridad no ha confirmado su apreciación.

Porque si bien es cierto que merece encomio su fuerza de inventiva, en cambio cansa la lectura de tanto episodio, descrito en lenguaje afectadamente serio. Lo más interesante de esta obra se halla en su dedicatoria al conde de Lemos, protector de Cervantes, porque fué escrita en los últimos momentos de aquella existencia tan preciada. — Las rudas vicisitudes de la guerra; los apuros de la estrechez en el seno de la familia en tiempo de paz; las tristezas experimentadas en la nostalgia del cautiverio y de la prisión; los dardos envenenados de la envidia, toda la escala de los dolores humanos sufrió Cervantes en los setenta y siete años de su azarosa existencia, siendo excepcional en todo, hasta en la intensidad de sus desgracias.— Ahora copiaremos, sucesivamente, ligeros ejemplos de sus obras principales. — De la *Numancia* (de la escena entre Morandro y su amante Lira, y del discurso reconviniendo á los numantinos):

MORANDRO.— No vayáis tan de corrida,
Lira; déja megozar
del bien que me puede dar
en la muerte alegre vida;
deja que miren mis ojos
un rato tu hermosura,
pues tanto mi desventura
se entretiene en mis enojos.
¡Oh, dulce Lira, que suenas
contino en mi fantasía
con tan suave armonía,
que vuelve en gloria mis penas!
¿Qué tienes? ¿Qué estás pensando,
gloria de mi pensamiento?
LIRA.....—Pienso cómo mi contento
y el tuyo se va acabando;
y no será su homicida
el cerco de nuestra tierra,
que primero que la guerra
se me acabará la vida.

¿Qué pensáis, varones claros?
¿Resolvéis aun todavía
en la triste fantasía
de dejarnos y ausentaros?
¿Queréis dejar por ventura
á la romana arrogancia
las vírgenes de Numancia
para mayor desventura?
¿Y á los libres hijos nuestros
queréis esclavos dejallos?
¿No sería mejor ahogallos
con los propios brazos vuestros?
....
Hijos de estas tristes madres,
¿qué es esto? ¿Cómo no hablais,
y con lágrimas rogais
que no os dejen vuestros padres?
¿No basta que el hambre insana
os acabe con dolor,
sin espirar al rigor
de la aspereza romana?
Decidles que os engendraron
libres, y libres nacistes;
y que vuestras madres tristes
tambien libres os criaron;
decidles que pues la suerte
nuestra va tan de caída,
que como os dieron la vida,
asimismo os den la muerte.
¡Oh, muros de esta ciudad
si podeis, hablad, decid,
y mil veces repetid:
¡Numantinos, libertad!

En la misma obra, quéjase España de su suerte:

Jamás en su provecho concertaron
los divididos ánimos briosos;
antes entonces más los apartaron,
cuando se vieron más menesterosos;

y ansí con sus discordias convidaron
los bárbaros de pechos codiciosos
á venir y entregarse en mis riquezas,
usando en mí y en ellas mil cruezas.

. . . . . .

Duero gentil, que con torcidas vueltas
humedeces gran parte de mi seno,
ansí en tus aguas siempre veas envueltas
arenas de oro, cual el Tajo ameno;
y ansí las ninfas fugitivas, sueltas,
de que está el verde prado y bosque lleno,
vengan humildes á tus aguas claras,
y en prestarte favor no sean avaras;

Que prestes á mis ásperos lamentos
atento oído, ó que á escucharlos vengas,
y aunque dejes un rato tus contentos,
suplícote que en nada te detengas.
Si tú con tus contínuos movimientos
de estos fieros romanos no me vengas,
cerrado vea ya cualquier camino
á la salud del pueblo numantino.

Del entremés *Los dos habladores:*

Sarmiento. Tome, señor procurador, estos doscientos ducados; y doy palabra á usted que aunque me costara cuatrocientos, holgara que fuera la cuchillada de otros tantos puntos.

Procurador. Usted ha hecho como caballero en dársela, y como cristiano en pagársela; y yo llevo el dinero contento de que me descanse y él se remedie.

Roldán. ¡Ah, caballero! ¿Es usted procurador?

Procurador. Si soy: ¿qué manda usted?

Roldán. ¿Qué dinero es ese?

Procurador. Dámelo este caballero para pagar la parte á quien dió una cuchillada de doce puntos.

Roldán. ¿Y cuánto es el dinero?

Procurador. Doscientos ducados.

Roldán. Vaya usted con Dios.

Procurador. Dios guarde á usted.

Roldán. ¡Ah, caballero!

Sarmiento. ¿A mí, gentil hombre?

Roldán. A usted digo.

Sarmiento. ¿Y qué es lo que me manda?

Roldán. Cúbrase usted, que si no, no hablaré palabra.

Sarmiento. Ya estoy cubierto.

Roldán. Señor mío, yo soy un pobre hidalgo, aunque me he visto en honra, tengo necesidad, y he sabido que usted ha dado doscientos ducados á un hombre á quien ha dado una cuchillada, y por si usted tiene deleite en darlas, vengo á que usted me dé una á donde fuere servido: que yo lo haré con cincuenta ducados menos que otro.

Sarmiento. Si no estuviera tan mohíno me obligara á reir: ¿Usted díceló de veras? Pues venga acá, ¿piensa que las cuchilladas se dan sino á quien las merece?

Roldán. Pues ¿quién las merece como la necesidad? ¿No dicen que tiene cara de hereje? ¿Pues dónde estará mejor una cuchillada que en la cara de un hereje?

Sarmiento. Usted no debe ser muy leído: que el proverbio latino no dice sino que *necessitas caret lege,* que quiere decir que la necesidad carece de ley.

Roldán. Dice muy bien usted: porque la ley fué inventada para la quietud; y la razon es el alma de la ley; y quien tiene alma tiene potencias: tres son las potencias del alma, memoria, voluntad y entendimiento: usted tiene muy buen entendimiento, porque el entendimiento se conoce en la fisonomía, y la de usted es perversa, por la concurrencia de Saturno y Júpiter; aunque Venus le mira en cuadrado, en la decanoria del signo ascendente por el horóscopo.

Sarmiento. ¡Por el diablo que acá me trajo: esto es lo que había menester, despues de haber pagado doscientos ducados por la cuchillada!

Roldán. ¿Cuchillada dijo usted? Está bien dicho: cuchillada fué la que dió Caín á su hermano Abel, aunque entonces no había cuchillos: cuchillada fué la que dió Alejandro Magno á la reina Pantasilea, sobre quitalle á Zamora la bien cercada; y asimismo Julio César al conde don Pedro Ansúrez, sobre el jugar de las tablas con don Gaiferos entre Cabañas y Olías; pero advierto á usted que las heridas se dan de dos maneras; porque hay traición y alevosía: la traicion se comete al rey; la alevosía contra los iguales; por las armas lo han de ser, y si yo riñere con ventaja; porque dice Carranza en su Filosofía de la espada, y Terencio en la conjuración de Catilina...

Sarmiento. ¡Váyase con el diablo, que me lleva sin juicio! ¿no echa de ver que me dice bernardinas?

Roldán. ¿Bernardinas dijo usted? Y dijo muy bien; porque es muy lindo nombre; y una mujer que se llamase Bernardina estaba obligada á ser monja de San Bernardo; porque si se llamase Francisca, no pudiera ser: que las Franciscas tienen cuatro efes: la F es una de las letras del A, B, C: las letras del A, B, C, son veintitres.

Sarmiento. Téngase, que me ha muerto; y pienso que algun demonio tiene revestido en esa lengua.

Roldán. Dice usted muy bien: porque quien tiene lengua, á Roma vá: yo he estado en Roma, y en la Mancha, en Transilvania y en la Puebla de Montalbán. Montalbán era un castillo, de donde era el señor Reinaldos; Reinaldos era uno de los doce pares de Francia, y de los que comían con el emperador Carlo-Magno en la mesa redonda; porque no era cuadrada ni ochavada; en Valladolid hay una placetilla que llaman el Ochavo: un ochavo es la mitad de un cuarto: un cuarto se compone de cuatro veces un maravedí: el maravedí antiguo basta tanto como agora un escudo: dos maneras hay de escudo; hay escudos de paciencia, y hay escudos...

Sarmiento. ¡Dios me la dé para sufrille: téngase que me lleva perdido!

Roldán. ¿Perdido dijo usted? Y dijo muy bien: porque el perder no es ganar: hay siete maneras de perder: perder al juego, perder la hacienda, el trato, perder la honra, perder el juicio, perder por descuido una sortija, ó un lienzo; perder...

Sarmiento. ¡Acabe con el diablo!

....

De la *Galatea*: «El valle de los cipreses»:

Juntáronse todos, y con sosegados pasos comenzaron á entrar por el sagrado valle, cuyo sitio era extraño y maravilloso, que aun á los mismos que muchas veces le habían visto, causaba nueva admiración y gusto. Levántase en una parte de la ribera del famoso Tajo, en cuatro diferentes y compuestas partes, cuatro verdes y apacibles collados, como por muros y defensores de un hermoso valle que en medio contienen, cuya entrada en él por otros cuatro lugares es concedida; los cuales mismos collados se estrechan de modo, que vienen á formar cuatro largas y apacibles calles, á quien hacen pared de todos lados,

altos é infinitos cipreses, puestos por tal orden y concierto, que hasta las mismas ramas de los unos y de los otros parece que igualmente van creciendo, y que ninguna se atreve á pasar ni salir un punto más de la otra. Cierran y ocupan el espacio que entre ciprés y ciprés se hace, mil olorosos rosales y suaves jazmines, tan juntos y entretejidos, como suelen estar en las vallados de las guardadas viñas las espinosas zarzas, y puntosas cambroneras. De trecho en trecho de estas apacibles entradas se ven correr por entre la verde y menuda yerba, claros y frescos arroyos de limpias y sabrosas aguas, que en las faldas de los mismos collados tienen su nacimiento. Es el remate y fin de estas calles una ancha y redonda plaza, que los recuestos y los cipreses forman; en medio de la cual está puesta una artificiosa fuente de blanco y de precioso mármol fabricada, con tanta industria y artificio hecha, que las vistosas del conocido Tíbuli, y las soberbias de la antígua Trinacria no le pueden ser comparadas. Con el agua de esta maravillosa fuente se humedecen y sustentan las frescas yerbas de la deliciosa plaza; y lo que más hace á este agradable sitio digno de estimación y reverencia, es ser privilegiado de las golosas bocas de los simples corderuelos y mansas ovejas, y de otra cualquier suerte de ganado; que sólo sirve de guardador de los honrados huesos de algunos famosos pastores, que por general decreto de todos los que quedan vivos en el contorno de aquellas riberas, se determina y ordena ser dignos y merecedores de tener sepultura en este famoso valle. Por esto se veían entre los muchos y diversos árboles, que por las espaldas de los cipreses estaban, en el lugar y distancia que había de ellos hasta las faldas de los collados, algunas sepulturas, cuál de jaspe y cuál de mármol fabricada, en cuyas blancas piedras se leían los nombres de los que en ellas estaban sepultados.

De *Pérsiles y Sigismunda:* «Tempestad y naufragio»:

Cambiándose el viento y enmarañándose las nubes, cerro la noche oscura y tenebrosa, y los truenos dando por mensajeros á los relámpagos tras quien se siguen, comenzaron á turbar los marineros, y á deslumbrar la vista de todos los de la nave, y comenzó la borrasca con tanta furia, que no pudo ser prevenida de la diligencia y arte de los marineros, y así á un mismo tiempo los cogió la turbación y la tormenta: pero no por eso dejó cada uno de acudir á su oficio, y hacer la faena que vieron ser necesaria, sino para excusar la muerte, para dilatar la vida; que los atrevidos que de unas tablas la fían, la sus-

tentan cuanto pueden, hasta poner su esperanza en un madero, que acaso la tormenta desclavó de la nave, con el cual se abrazan, y tienen á gran ventura tan duros abrazos. Mauricio se abrazó con Transila su hija, Antonio con Ricla y con Constanza, su madre y hermana; sólo la desgraciada Auristela quedó sin arrimo, sino el que le ofrecía su congoja, que era el de la muerte, á quien ella de buena gana se entregara, si lo permitiera la cristiana ley y católica religión, que con muchas veras procuraba guardar; y así se recogió entre ellos, y hechos un nudo y por mejor decir, un ovillo, se dejaron calar asi hasta la postrera parte del navío, por excusar el miedo espantoso de los truenos, y la interpolada luz de los relámpagos, y el confuso estruendo de los marineros; y en aquella semejanza del limbo se excusaron de no verse, unas veces tocar al cielo con las manos, levantándose el navío sobre las mismas nubes, y otras veces barrer la gavia las arenas del mar profundo. Esperaban la muerte cerrados los ojos; ó por mejor decir, la temían sin verla; que la figura de la muerte, en cualquier traje que venga es espantosa, y la que coge á un desapercibido en todas sus fuerzas y salud es formidable.

La tormenta creció de manera, que agotó la ciencia de los marineros, la solicitad del capitán, y finalmente la esperanza de remedio en todos: ya no se oían voces que mandaban, sino gritos de plegarias y votos que hacían y á los cielos se enviaban. No había allí reloj de arena que distinguiese las horas, ni aguja que señalase el viento, ni buen tino que atinase el lugar donde estaban: todo era confusión, todo era grita, todo suspiros y todo plegarias. Desmayó el capitan, abandonáronse los marineros, rindiéronse las humanas fuerzas, y poco á poco el desmayo llamó al silencio que ocupó las voces de los más de los míseros que se quejaban. Atrevióse el mar insolente á pasearse por cima de la cubierta del navío, y aun á visitar las más altas gavias, las cuales también ellas, casi como en venganza de su agravio, besaron las arenas de su profundidad: finalmente, al parecer del día, si se puede llamar día el que no trae consigo claridad alguna, la nave se estuvo queda y estancó, sin moverse á parte alguna, que es uno de los peligros, fuera del de anegarse, que le pueden suceder á un bajel: finalmente, combatida de un huracán furioso, como si se volviera por algún artificio, puso la gavia mayor en la hondura de las aguas y la quilla descubrió á los cielos, quedando hecha sepultura de cuantos en ella estaban.

De *La Gitanilla*:

Nosotros guardamos inviolablemente la ley de la amistad, ninguno solicita la prenda del otro: libres y exentos vivimos de la amarga pestilencia de los celos: no vamos á la justicia á pedir castigo, nosotros somos los jueces y los verdugos de nuestras esposas ó amigas, y con la misma facilidad las matamos y las enterramos por las montañas y desiertos como si fueran animales nocivos; no hay pariente que las vengue, ni padres que nos pidan su muerte: con este temor y miedo ellas procuran ser castas, y nosotros, como ya hemos dicho, vivimos seguros. Pocas cosas tenemos que no sean comunes, excepto la muger ó la amiga, que queremos que cada una sea del que le cupo en suerte: entre nosotros así hace divorcio la vejez como la muerte.

Con estas y con otras leyes y estatutos, nos conservamos y vivimos alegres. Somos señores de los campos, de los sembrados, de las selvas, de los montes, de las fuentes, de los ríos: los montes nos ofrecen leña de balde, los árboles fruta, las viñas uvas, las huertas hortaliza, las fuentes agua; los ríos peces, y los vedados caza; sombra las peñas, aire fresco las quiebras, y casas las cuevas. Para nosotros las inclemencias del cielo son oreos, refrigerio las nieves, baños la lluvia, músicas los truenos, y hachas los relámpagos. Para nosotros son los duros terrones colchones de blandas plumas; el cuero curtido de nuestro cuerpo nos sirve de arnés impenetrable que nos defiende: á nuestra ligereza no la impiden grillos, ni la detienen barrenos, ni la contrastan paredes...

No hay águila ni ninguna otra ave de rapiña, que más presto se abalance á la presa que se le ofrece, que nosotros nos abalanzamos á las ocasiones que algun interés nos señalen: y finalmente, tenemos muchas habilidades que felice fin nos prometen, porque en la cárcel cantamos, en el potro callamos, de día trabajamos y de noche hurtamos, ó por mejor decir, avisamos que nadie viva descuidado de mirar dónde pone su hacienda. No nos fatiga el temor de perder la honra, ni nos desvela la ambición de crecentarla: ni sustentamos bandos, ni madrugamos á dar memoriales, ni á acompañar magnates, ni á solicitar favores. Por dorados techos y suntuosos palacios estimamos estas barracas y movibles ranchos: por cuadros y países de Flandes, los que nos dá la naturaleza en estos levantados riscos y nevadas peñas, tendidos prados y espesos bosques, que á cada paso á los ojos se nos muestran.

Somos astrólogos rústicos, porque como casi siempre dormimos al cielo descubierto, á todas horas sabemos las que son del día y las que

son de la noche. Vemos cómo arrincona y barre la aurora las estrellas del cielo, y cómo ella sale con su compañera el alba, alegrando el aire, enfriando el agua, y humedeciendo la tierra, y luego tras ellas el sol dorando cumbres (como dijo el otro poeta) y rizando montes. Ni tememos quedar helados por su ausencia cuando nos hiere á soslayo con sus rayos, ni quedar abrasados cuando con ellos perpendicularmente nos toca: un mismo rostro hacemos al sol que al yelo, á la esterilidad que á la abundancia: en conclusión, somos gente que vivimos por nuestra industria y pico; y sin entremeternos con el antiguo refrán *iglesia ó mar ó casa real*, tenemos lo que queremos, pues nos contentamos con lo que tenemos.

Del *Quijote*: «Dos ejércitos fantásticos»:

Pusiéronse sobre una loma, desde la cual se veían bien las dos manadas que á D. Quijote se le hicieron ejércitos, y con voz levantada comenzó á decir:—Aquel caballero que allí ves de las armas jaldes, que trae en el escudo un león coronado á los piés de una doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la puente de plata; el otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolembo, gran duque de Quirocia; el otro de los miembros giganteos que está á su derecha mano, es el nunca medroso Brandabarbarán de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuerpo de serpiente, y tiene por escudo una puerta que segun es fama es una de las del templo que derribó Sansón cuando con su muerte se vengó de sus enemigos. Pero vuelve los ojos á estotra parte, y verás delante y en la frente de estotro ejército, al siempre vencedor y jamás vencido Timonel de Carcajona, príncipe de la nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas á cuarteles azules, verdes, blancos y amarillos, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado con una letra que dice: *Miu*, que es el principio del nombre de su dama, que, segun se dice, es la sin par Miulina, hija del duque Alfeñiquén del Algarbe; el otro que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana, que trae las armas como nieve blancas y el escudo blanco y sin empresa alguna, es un caballero novel, de nación francés, llamado Pierres Papin, señor de las baronías de Utrique; el otro que bate las hijadas con los herrados carcaños á aquella pintada y ligera cebra, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso duque de Nerbia, Espartafilardo del Bosque, que trae por empresa en el escudo una esparraguera con una letra en castellano

que dice así: *Rastrea mi suerte.*—Y desta manera fué nombrando muchos caballeros del uno y del otro escuadrón que él se imaginaba, y á todos les dió sus armas, colores, empresas y motes de improviso, llevado de la imaginación de su nunca vista locura; y sin parar prosiguió diciendo:—A este escuadrón frontero forman y hacen gentes de diversas naciones: aquí están los que beben las dulces aguas del famoso Janto, los montuosos que pisan los masílicos campos, los que criban el finísimo y menudo oro de la felice Arabia, los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte, los que sangran por muchas y diversas vías al dorado Pactolo, los númidas dudosos en sus promesas, los persas en arcos y flechas famosos, los partos, los medos que pelean huyendo, los árabes de mudables casas, los citas tan crueles como blancos, los etíopes de horadados labios, y otras infinitas naciones cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En esotro escuadrón vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis, los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo, los que gozan las provechosas aguas del divino Genil, los que pisan los tartesios campos de pastos abundantes, los que se alegran en los elíseos jerezanos prados, los manchegos ricos y coronados de rubias espigas, los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda, los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente, los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso, los que tiemblan con el frío del selvoso Pirineo y con los blancos copos del levantado Apenino; finalmente, cuantos toda la Europa en sí contiene y encierra.

Del *Quijote*: «La edad de oro»:

¡Dichosa edad y siglos dichosos aquellos á quien los antiguos pusieron nombre de dorados! Y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes; á nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento, tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes, y corrientes ríos, en magnífica abundancia sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quiebras de las peñas, y en lo hueco de los árboles formaban

su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á cualquiera mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que comenzaron á cubrir las casas sobre rústicas estacas sustentadas, no más que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: aun no se había atrevido la pesada reja del corvo arado á abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella sin ser forzada, ofrecía por todas las partes de su fértil y espacioso seno, lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar á los hijos que entonces la poseían. Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabellos, sin más vestidos que aquellos que eran necesarios para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra; y no eran sus adornos de los que ahora se usan, á quien la púrpura de Tiro, y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas de verdes lampazos y yedra entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas, como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. No había la fraude, el engaño, ni la malicia mezcládose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor ni los del interese, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aun no se había sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no habia qué juzgar, ni quién fuese juzgado.

Del *Quijote:* «Sancho, gobernador de la ínsula, y un mozo tejedor»:

Llegó un corchete, que traía asido á un mozo, y dijo: «señor gobernador, este mancebo venía hacia nosotros, y así como columbró la justicia, volvió las espaldas y comenzó á correr como un gamo, señal que debe de ser algún delincuente; yo partí tras él, y si no fuera porque tropezó y cayó, no le alcanzara jamás.»—«¿Por qué huías, hombre? preguntó Sancho.—A lo que el mozo respondió: señor, por excusar de responder á las muchas preguntas que las justicias hacen.—¿Qué oficio tienes?—Tejedor. ¿Y qué tejes?—Hierros de lanzas, con licencia buena de v. m.—¿Graciosico me sois? ¿de chocarrero os picáis? Está bien: ¡y á dónde íbades ahora?—Señor, á tomar el aire.—

¿Y adónde se toma el aire en esta ínsula?—Adonde sopla.—Bueno, respondéis muy á propósito; discreto sois, mancebo; pero haced cuenta que yo soy el aire, y que os soplo en popa, y os encamino á la cárcel. Asidle ¡hola! y llevadle, que yo haré que duerma allí sin aire esta noche.—Por Dios, dijo el mozo, así me haga v. m. dormir en la carcel como hacerme rey.—¿Pues por qué no te haré yo dormir en la cárcel? respondió Sancho, ¿no tengo yo poder para prenderte y soltarte cada y cuando que quisiere?—Por más poder que v. m. tenga, dijo el mozo, no será bastante para hacerme dormir en la cárcel.—¿Cómo que no? replicó Sancho: llevadle luego, donde verá por sus ojos el desengaño, aunque más el alcaide quiera usar con él de su interesal liberalidad, que yo le pondré pena de dos mil ducados, si te deja salir un paso de la cárcel.—Todo eso es cosa de risa, respondió el mozo: el caso es que no me harán dormir en la cárcel cuantos hoy viven.—Díme, demonio, dijo Sancho, ¿tienes algún ángel que te quite los grillos que te pienso mandar echar y te saque?—Ahora, señor gobernador, respondió el mozo con un buen donaire, estémos á razón y vengamos al punto. Presuponga v. m. que me manda llevar á la cárcel, y que en ella me echan grillos y cadenas, y que me meten en un calabozo, y se le ponen al alcaide graves penas si me deja salir, y que él lo cumple como se le manda; con todo esto, si yo no quiero dormir, y quiero estarme despierto toda la noche sin pestañear, ¿será v. m. bastante con todo su poder para hacerme dormir? —No por cierto, dijo el secretario, y el hombre ha salido con su intención.—De modo, dijo Sancho, ¿qué no dejaréis de dormir por otra cosa que por vuestra voluntad, y no por contravenir á la mía?—No, señor, dijo el mozo, ni por pienso.—Pues andad con Dios, dijo Sancho, idos á dormir á vuestra casa, y Dios os dé buen sueño, que yo no quiero quitárosle; pero aconséjoos que de aquí adelante no os burléis con la justicia, porque toparéis con alguna que os dé con la burla en los cascos.

El Beato Maestro **Juan de Avila** (1502-1569). Llamado «el apóstol de Andalucía», nació en Almodóvar del Campo, estudió en Salamanca y se hizo sacerdote, dedicándose á la predicación, en la que tanto se dejó llevar de su constante inspiración, que no se conservan sus sermones, los cuales, fiados á la memoria, nunca escribió. Varias fueron sus obras que legó á la posteridad, y su mérito estriba en haber enriquecido la lengua con nuevas locuciones graves y armoniosas. De sus obras místicas no habla-

remos, y sólo citaremos sus cartas, que son notables, copiando un trozo de la que dirigió á San Juan de Dios:

Vuestra carta recibí, y no penséis que me da pena porque me escribís largo; que como el amor es mucho, no puede parecer larga la carta. Y ruégoos que os acordéis de ser tal, que cuando me escribiéreis, ó yo de vos sepa, me alegre yo de saber tales nuevas cuales deseo: y pues vos deseáis no darme enojo, no seáis perezoso en ponerlo por obra, aunque algo os cueste, que el amor no se parece en las palabras, sino en las obras, y entonces se demuestra más, cuando más duele lo que hacemos por quien amamos. Mirad, hermano, cuán caro costó á nuestro Señor el bien que en vuestra ánima puso: y como si os hubiera dado una joya que le costara su sangre, la pusiérais en buen recaudo; así habéis de hacer el bien que en vuestra ánima os dió, pues por eso se os dió, porque el lo ganó, no como quiera, sino peleando por vos en el monte Calvario, y perdiendo la vida porque vos la cobraseis. Pues ¿qué sería entregar vos debajo de los pies de los puercos, lo que nuestro Señor os dió para que fuéseis semejable á los ángeles? ¿Qué sería, si perdiéseis aquella hermosura que él pone en las ánimas, con que son á él más agradables y hermosas que el mismo sol?

Más vale morir, que ser desleal á nuestro Señor, y para ser fiel es menester ser prudente. Que así dice nuestro Señor que ha de ser su siervo, que puso sobre su familia, fiel y prudente; porque si no hay prudencia, cae el hombre en mil cosas que desagradan á Dios, y es castigada su necedad con recio castigo. Y por esto hemos de aprender de una vez para otras; y basta que el hombre sea necio una vez para escarmentar toda su vida; pues el perro apaleado no osa tornar donde le apalearon, ni el pájaro á la losilla donde se libró, porque si el cuerdo escarmienta en la cabeza ajena y el necio en la propia, ¿qué será de aquél que aun después de muy escalabrado no escarmienta? ¿Qué merece éste tal, sino que el Señor le deje del todo, para que sea castigado con los muy necios que van al infierno?

De mucha más importancia es entre nuestros escritores ascéticos el Venerable Padre **Fray Luis de Granada** (1504-1588) de la orden de Santo Domingo. Nació en la ciudad de su nombre, y á él se atribuye un influjo decisivo en la oratoria sagrada y en la literatura religiosa, porque procuró limpiar el estilo de las cláu-

sulas afectadas, ora en sentido afeminado, ó ya en formas de hinchazón y vana pompa. La elegancia de su dicción, el propio empleo de las imágenes y la pureza de la lengua, siempre escogida en sus labios y en su pluma, hace que se le deba colocar el primero entre los primeros de nuestros místicos como prosista. Sus principales obras, son: *El libro de la oración, La Guía de pecadores* y *La Imitación de Jesucristo,* tomada de Kempis, y *Retórica eclesiástica.* Además publicó «trece sermones». He aquí cómo describe al pavón:

Entre los animales, el que más claro parece que conoce su hermosura es el pavón; pues vemos que él mismo hace alarde de sus hermosas plumas, con aquella rueda tan vistosa, que por muchas veces que la veamos, siempre holgamos de verla, y de sentir la ufanía con que él extiende aquellas plumas, preciándose de su gentileza, y haciendo esta demostración de ella. Y cuando quiere ya deshacer la rueda, hace un grande estruendo con las alas, para mostrar juntamente valentía con la hermosura. En lo cual todo, vemos una imitación de las cosas que se pasan en la vida humana.

Es la hermosura de esta ave digna de grande admiración; mas la costumbre de cada día quita á las cosas grandes su debida admiración. Porque los hombres de poco saber no se maravillan de las cosas grandes, sino de las nuevas y raras. Y aun esto se prueba con el ejemplo de esta misma ave, la cual traída de las Indias á Grecia (donde nunca había sido vista) causó tanta admiración que (como refiere Eliano) el hombre que la trajo andaba ganando dineros por mostrarla. Y de un hombre principal dice el mismo autor, que dió mil dracmas, que es una gran suma de dinero, por un par de ellas. Y Alejandro Magno mandó que nadie fuese osado matar esta ave. Tan sagrada cosa le pareció aquella tan nueva y tan extraordinaria hermosura. Pues como sea verdad que en las cosas más excelentes resplandezca más la sabiduría de aquel Artífice soberano, no será fuera de propósito detenerme un poco en describir la condición y hermosura de esta ave...

Del *Símbolo de la Fe* (figura del Mundo, descrita por Séneca):

Esta hermosísima figura del mundo describe Séneca elegantemente á una noble matrona romana, por estas palabras: «Imagina que al tiempo que naces en este mundo, te declaro la condición de este lugar

adonde entras, y te digo: mira que entras en una gran ciudad, que abraza y encierra en sí todas las cosas, gobernadas por leyes eternas. Verás aquí innumerables estrellas, y una sola, que es el sol, el cual hinche con su luz todas las cosas, y con su ordinario movimiento reparte igualmente el espacio de los días y de las noches, y divide en partes iguales los cuatro tiempos del año. Verás aquí cómo la luna recibe del sol su hermano la claridad, á veces mayor, á veces menor, según el aspecto y disposición en que lo mira: la cual unas veces del todo se encubre, y otras, llena la cara de claridad, del todo se descubre, mudándose siempre con sus crecientes y menguantes, y diferenciándose del día que precedió. Verás otras cinco estrellas, que van por diversos caminos, y corren contra el común curso del cielo. Maravillarte has de los nublados oscuros, y de las aguas que caen del cielo, y de los truenos y relámpagos, y de los rayos que caen de través.»

El **P. Pedro de Rivadeneyra** (1526-1611). Nació en Toledo el que, en opinión de los críticos, figura entre los maestros del habla castellana; y un escritor ha calificado á Fr. Luis de León, Fr. Luis de Granada y Rivadeneyra diciendo que el primero es más sublime, el segundo más patético y el tercero más real y positivo, porque purgó el lenguaje de términos anticuados; por lo que puede llamársele el más moderno de los escritores antiguos. — He aquí cómo habla el célebre jesuíta «de los labradores y mercaderes, que debe favorecer el príncipe en su reino»:

No hay trabajos más bien empleados que los que se toman en cultivar la tierra; porque son trabajos honestos, justos, saludables, provechosos y necesarios, y sin los cuales no se puede pasar la vida. Son trabajos que tocan á todos, y que ejercitan el cuerpo de los labradores, y conservan y apartan el ánima de muchos vicios, y proveen de sustento y mantenimiento á toda la república. Porque de las otras cosas que se traen á ella por industria de los artífices y mercaderes, muchas hay que son perniciosas para las costumbres, y que hacen afeminados y regalados á los que usan de ellas. Demás de esto al tiempo de la necesidad el labrador puede tomar las armas mejor que el mercader, y pasar los trabajos de la milicia, el calor y el frío, el hambre y la sed, y andar con sus armas, y dormir en el suelo, porque está ya hecho á ello; y como no tiene otros tesoros, ni otras riquezas,

sino las que le da la tierra, pelea por ella y la defiende mejor que el mercader, que tiene sus bienes como portátiles, y hoy está aquí y mañana en otra parte, donde le lleva el viento de su mayor aprovechamiento y ganancia.

Y por esto en la república romana no sólo se sacaban los soldados del campo, pero aun los cónsules, y dictadores, y los más principales magistrados que la habían de gobernar; y del arado y de la azada salieron capitanes generales y varones excelentísimos, los cuales, después de haber vencido á sus enemigos y desbaratado sus ejércitos, se volvieron á la labor del campo, como lo hicieron Cincinato, Fabricio y Curio Dentato. Una de las mayores alabanzas que solían dar los romanos á alguno de sus ciudadanos (aunque fuese caballero y principal) era decir que era buen hombre y buen labrador, como dijo Catón el Censor, del cual por gran loa se dijo que era muy buen senador, y muy buen orador, y muy buen capitán general, y muy buen labrador, juntando con los otros oficios de tanta honra el de labrador; y así escribió algunos libros maravillosos del arte de cultivar el campo.

D. Francisco de Moncada (1585-1635). Brilla entre los historiadores más preclaros el famoso valenciano, que ha sido comparado á César por su estilo, aunque puede tacharse de hiperbólica la comparación. Es más claro y natural que muchos de los cultivadores de la crónica y de los pocos que ostentando los timbres de la nobleza no desdeñaron el estudio. Representó nuestro país en otras cortes, y fué generalísimo de las tropas españolas. — La obra más importante salida de su pluma, fué la titulada *Expedición de catalanes y aragoneses contra griegos y turcos.*— De la siguiente manera pinta cómo los que quedaron después de la prisión de Berenguer, barrenan las naves de la Armada:

Tuvieron consejo, y en él hubo diferentes pareceres. Hubo algunos que les pareció forzoso el desamparar á Galípoli, y que tratar de defenderla era desatino; que se embarcasen en sus navíos y fuesen la vuelta de la isla de Metellín, porque con facilidad la podrían ganar y con la misma defenderla, de donde correrían aquellos mares con más seguridad suya y daño del enemigo; y que sus pocas fuerzas no daban lugar á mayor satisfacción. Fué tan mal recibido este consejo de los

más, que con palabras llenas de amenazas le contradijeron, y determinaron que Galípoli se defendiese, y que fuese tenido por infame y traidor el que lo rehusase. Estimaron en tanto su determinación, que por quitarse el poder de mudarla, barrenaron los navíos; con que perdieron la esperanza de la retirada por mar, quedándoles la que abriesen sus espadas en los escuadrones enemigos.

Siguieron el ejemplo de Agatocles, en África, y le dieron á Hernán Cortés, en el Nuevo Mundo; entrambos celebrados en la memoria de los hombres por los más ilustres que el valor humano pudo emprender. Agatocles, rey de Sicilia, pasó con una armada á la África contra los cartagineses. Echada su gente en tierra, echó á fondo sus navíos, con que forzosamente hubo de vencer ó morir; pero éste tenía más confianza y razón de vencer, porque llevaba consigo treinta mil hombres, y la guerra sólamente contra Cartago. Los catalanes se hallaron pocos, léjos de su patria, y la guerra contra todas las naciones del Oriente. Superior á la mayor alabanza fué la determinación de Cortés; porque ¿quién pudo en ignotas provincias, distando inmenso espacio de su patria, echar á fondo sus navíos y escoger una muerte casi cierta por una victoria imposible, sino un varón á quien Dios con admirable providencia permitió que fuese el que á su verdadero culto redujese la mayor parte de la tierra? No quiero hacer juicio si éste ó el de los catalanes fué mayor hecho, porque pienso que son entrambos tan grandes, que fuera hacerles notable injuria si para preferir al uno buscáramos en el otro alguna parte menos ilustre por donde le pudiéramos juzgar por inferior. Españoles fueron todos los que lo emprendieron, sea común la gloria.

D. Carlos Coloma, marqués del Espinar, es otro noble, amante de la historia, y que escribe la de las *Guerras de los Países Bajos desde* 1588 *hasta* 1599. — Nació en Alicante en 1573 é ignórase la fecha de su muerte. A los quince años comenzó la carrera de las armas, logrando en Flandes aumentar el renombre de sus antepasados. Como actor, y en calidad de diplomático, escribió su obra en los ratos de ocio, teniendo todo el carácter de la naturalidad más sincera. Acaso conoció á los clásicos latinos, pero se propuso más bien seguir algún modelo castellano para su tarea; y aunque no logró imitar en corrección á Mendoza, sí pudo parecérsele en elegancia. Su constante vida en el

extranjero le obligó á salpicar con frecuentes galicismos é italianismos su castellano. — Las líneas siguientes están tomadas del capítulo en que pinta Coloma la situación del ejército católico y de los sublevados:

Pusieron los señores de la Mota y Rogua, maestros de campo generales, uno de la gente del rey, y otro de la francesa el ejército en esta ordenanza. — La vanguardia se dió á la infantería española, que, agregado á ella el tercio de Camilo Capizuca, hacia el número de seis mil infantes. La batalla ocuparon los esgüizaros; y, á causa de consistir sus fuerzas en muchedumbre de picas, y carecer de armas de fuego, se guarneció su escuadrón de la infantería del Papa y de arcabucería y mosquetería walona y alemana. La retaguardia se formaba de dos batallones, uno de alemanes y walones, y otro de franceses y alemanes, gente toda lucida y deseosa de pelear. Había en aquellos llanos de Umala, donde se puso la gente en batalla, dos bosques, uno á la mano derecha, y otro á la izquierda, distantes entre sí una legua francesa, por cuyo beneficio mandó el duque que los tres batallones hiciesen frente, y ordenó las alas de la caballería en esta forma: la vanguardia y por consiguiente el cuerno derecho, tocó aquel día á la caballería española y á los capitanes don Carlos Coloma y Diego Dávila Calderón, á quien en ordenanza estrecha seguían las demás compañías de dos en dos. A esta tropa de vanguardia envió el duque al príncipe su hijo; agregóse también á ella el marqués del Vasto con sus gentiles hombres, en número de veinte muy bien armados, y él extremadamente lucido con armas cuajadas de estrellas de oro, casaca y paramentos bordados sobre terciopelo azul. El cuerno siniestro llevaban las compañías llamadas favoridas, á cargo del conde Nicola Cessis, por frente marchaban nueve cañones de batir; en guardia de ellos seis tropas de corazas francesas dispuestas á acudir á lo que se les mandase, conforme la ocasión lo pidiese. La retaguardia tocó aquel día á la caballería del Papa; por ambos lados, fuera de las alas de la caballería, marchaban los carros del bagaje de tres en tres, con que se acabó de ocupar toda la distancia de bosque á bosque.

Figura á la cabeza de todos los historiadores de este tiempo, y acaso en primera línea entre cuantos le antecedieron y los que le han seguido hasta nuestros días, el jesuíta padre **Juan de Mariana** (1536-1623), nacido en Talavera de la Reina y de pa-

dres, ya que no envueltos en el misterio, sí en el descrédito.— Vistas sus cualidades excepcionales, fué educado por personas ilustradas, y á los diecisiete años se preparó en Alcalá para entrar en la Compañía de Jesús. Dos más tarde de su noviciado, perfeccionó sus conocimientos en la Universidad misma, y á los veinticuatro pasó á Roma como profesor de Teología, de allí á Sicilia, y, por último, á París, en cuya Universidad fué igualmente catedrático. Vuelto á España, á los trece años de residir más allá de las fronteras, defendió á Arias Montano en su proceso defalsedad del texto hebreo de la Biblia políglota. — También él fué objeto de persecuciones, encarcelamientos y condenas por sus obras sobre *La Compañía de Jesús*, sobre *La Monarquía* y *La moneda*. Absuelto al fin, murió á los ochenta y siete años de edad. — Su obra más importante es la *Historia general de España*, primera en su género, y la más completa que hasta su tiempo vió la luz pública. Sirvióse para su trabajo de cuanto hasta entonces se conocía, recogiendo materiales que habían de servir para la gran obra resumen de la vida española en todas sus manifestaciones.—Quizá tengan razón los que no estiman á Mariana como juez enteramente imparcial en la referencia de los sucesos, ó en la apreciación de los personajes; así como tal vez no van descaminados tampoco los que le creen pesimista, y en fin, los que asimismo le censuran que admitiera como buenas, fábulas rechazadas por la sana razón, y que divulgara preocupaciones. El último defecto que se le señala, es que no fué demasiado escrupuloso en la cronología. — De todo ello, no obstante, puede defenderse á Mariana, ora por la razón óptima del límite de sus propósitos, ya porque los errores de su tiempo pasaban como verdades inconcusas, y finalmente, porque siendo el primero que en nuestra patria acometió empeño de tal magnitud, bien pueden disculparse sus lunares teniendo en cuenta las cualidades extraordinarias de la empresa. — Escribió primeramente su *Historia de España* en latín, traduciéndola luego al castellano; siendo en uno y otro idioma modelo de estilo. La *Historia* de Mariana, claro está, que no puede ser la científica y filosófica de nuestros días, sino la enteramente «literaria», cultivada en el sentido clá-

sico de la forma épica griega y la no menos poética latina; así es, que bien puede encontrársele parecido cuando narra, con Tito Livio, y cuando razona, con Tácito, que es á lo más, probablemente, á que aspiró el célebre jesuíta. Un crítico de nuestro siglo ha dicho que en sus brillantes descripciones no siempre es exacto; en la pintura de caracteres peca de difuso; en las arengas, de demasiado prolijo, y que en las máximas, á menudo, resulta trivial; añadiendo que, si bien puede servir de modelo su lenguaje, suele ofrecer, no obstante, cláusulas ingratas al oído por el empleo de partículas y artículos supérfluos, sin cuidarse de redondear la dicción y armonizar los períodos. — Sin embargo, así y todo, por muchos defectos que sé amontonen sobre su obra, siempre se reconocerá que ha de permanecer como monumento inmortal de nuestra literatura. — Trasladaremos á continuación algunos trozos. — «Destrucción de Sagunto»:

En el entretanto Aníbal daba por algunos días reposo á sus soldados, cansados con las peleas y baterías que se daban, cuando á la sazon le nació un hijo de Himilce su mujer, llamado Aspar: causó esto grande alegría á su padre y á todo el ejército. Hiciéronse en los reales por su nacimiento grandes juegos y regocijos de todas maneras.

Los Saguntinos por tanto no reposaban, antes apercibían todo lo necesario para su defensa, y asimismo repararon los muros por la parte que el enemigo abriera entrada. Por demás fué esta diligencia, ca los enemigos, con una torre de madera que levantaron, se arrimaron á la muralla, y desde allí con lanzas y flechas forzaban á desamparalla los que defendían la ciudad. Demás desto, quinientos Africanos con picos y con palancas echaron por tierra una buena parte de la dicha muralla por no estar edificada con cal, sino con barro, y por tanto tener menos resistencia. Esto hecho, los soldados, con esperanza del saco que á voz de pregonero les fué prometido, entraron la ciudad por fuerza de armas. Los Saguntinos, por no ser bastantes para defender la entrada, se retiraron más adentro, y con un nuevo muro que de repente á toda priesa levantaron, juntaron la parte de la ciudad que les quedaba con el castillo. Todo esto era poca defensa, y solamente estribaban en la vana esperanza del socorro que de Roma se prometían.

Dióseles algun espacio para respirar con la partida de Aníbal, que

acudió á los pueblos llamados Carpetanos y Oretanos, que tomaron las armas, por el rigor que en levantar gente los Cartagineses usaban: quedó en el cerco Maharbal, hijo de Himilcon, como Lugarteniente de Aníbal, el cual apretaba los Saguntinos con reprimir sus correrías y salidas, y ganar como ganó otra parte de la ciudad: con que los cercados se hallaban reducidos á extremo peligro. Sosegó Aníbal las alteraciones de aquellos pueblos: esto hecho, dió vuelta á Sagunto, y con su llegada se apoderó de una parte del mismo castillo, con que los miserables ciudadanos perdieron de todo punto la esperanza de poderse defender.

«Batalla de Las Navas»:

El rey Moro, por amonestación de Zeit su hermano, se salvó en un mulo, con que huyó hasta Baeza; desde allí, mudada la cabalgadura, no paró hasta llegar aquella misma noche á Jaén. A puesta de sol fueron tomados los reales de los enemigos, que robaron los Aragoneses, porque los demás siguieron y ejecutaron el alcance. Las presas del rey Moro y alhajas, que solas quedaron enteras, fueron por don Diego de Haro dadas por iguales partes á los reyes de Navarra y de Aragón. En particular la tienda de seda roja y carmesí en que alojaba el rey bárbaro se dió al rey de Aragón por orden de don Alonso, rey de Castilla; el cual, como quier que deseoso sólamente de honra se quedase con la mayor loa de la guerra y con el prez de la victoria, del buena gana dejó lo demás á sus compañeros. Lo restante de la presa y despojos no pareció sacallo en público y repartillo, como era razón, conforme á los méritos de cada cual, antes dejaron que cada uno se quedase con lo que tomó, porque tenían recelo de algún alboroto, y entendían que á los particulares sería más agradable lo que por su mano tomaron, que si de la presa común se lo restituyesen mejorado y multiplicado.

«Retrato y muerte de San Fernando»:

Tratóse de pasar la guerra á África, y con este intento en las marinas de Vizcaya por mandado del rey don Fernando se apercibía una nueva y más gruesa armada, cuando una recia dolencia le sobrevino, de que finó en Sevilla á 30 de Mayo el año que se contaba de 1252. Reinó en Castilla por espacio de treinta y cuatro años, once meses, veinte y tres dias; en León veinte y dos años poco mas ó menos. Fué

varón dotado de todas las partes de ánima y de cuerpo que se podían desear, de costumbres tan buenas que por ellas ganó el renombre de Santo, título que le dió no más el favor del pueblo que el merecimiento de su vida y obras excelentes: muchos dudaron si fuese más fuerte, ó más santo, ó más afortunado. Era severo consigo, exorable para los otros, en todas las partes de la vida templado, y que en conclusión cumplió con todos los oficios de un varón y príncipe justo y bueno.

En ningún tiempo dió mayor muestra de santidad que á la muerte. Comulgóle don Ramón, arzobispo de Sevilla. Al entrar el Sacramento por la sala se dejó caer de la cama, y puestos los hinojos en tierra, con un dogal al cuello y la Cruz delante, como reo pecador pidió perdón de sus pecados á Dios con palabras de grande humildad; ya que quería rendir el alma, demandó perdón á cuantos allí estaban: espectáculo para quebrar los corazones, y con que todos se resolvían en lágrimas. Tomó la candela con ambas las manos, y puestos en el cielo los ojos: «El reino (dijo), Señor, que me diste, y la honra mayor que yo merecía, te le devuelvo: desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo me ofrezco á la tierra; recibe, Señor mío, mi ánima; y por los méritos de tu santísima pasión ten por bien de la colocar entre los tus siervos.» Dicho esto, mandó á la clerecía cantasen las Letanías y el *Te Deum Laudamus*, y rindió el espíritu bienaventurado. Á su hijo don Alonso, que nombró por heredero poco antes de morir, dió muchos avisos; y juntamente le encomendó con mucho cuidado á la Reina doña Juana y sus hijos.

En los comienzos del siglo XVI floreció un escritor famoso como jurisconsulto, **D. Francisco López de Palacios Rubios,** togado en Valladolid, y consejero Real después, que por su sabiduría fué distinguido por los Reyes Católicos. Ignórase la fecha de su nacimiento y de su muerte, sabiéndose sólo que era natural de la provincia de Salamanca. — Su obra principal entre las varias que se supone escribió, es el *Tratado del esfuerzo bélico heroico*, en donde, por principios filosóficos, estudia el valor y serenidad en los lances de la guerra. — Realzan su estilo, una dicción siempre correcta, sencillez en la frase y claridad en la expresión del pensamiento. — Ejemplo:

Porque la voluntad determine bien cerca del esfuerzo, es necesario que haya consideración á los dos extremos que se hallan en cualquier cosa grave, difícil, temerosa y peligrosa, que son osadía y temor; los cuales proceden del amor que el hombre tiene á sí mismo; por él osa ó teme más que conviene, ó por honrar su persona, ó por conservarla. Quando la cosa grave, difícil, terrible ó peligrosa se representa al ánimo por los sentidos corporales, luego la siente, y se inclina á querer lo que puede ser provechoso, y lo ama.

Deste amor nace la osadía, que es acometimiento inconsiderado contra los peligros con esperanza de sobrarlos, por la gran confianza que de sí mesmo hace por sus fuerzas, ó por su industria y experiencia, ó de los que le han de ayudar ó favorecer. Desecha y menosprecia el temor, que es natural en los hombres, y pónese arrebatadamente en los peligros, porque osa lo que debe y lo que no debe. Los hombres que ansí son osados, comúnmente son gloriosos, ventajosos, hinchados, arrogantes, blasonadores, alaban sus cosas más que deben, y pensando por esta vía mostrarse fuertes ó esforzados, pésales de los actos virtuosos que los otros hacen, y han envidia y detraen de ellos por les abajar, menospreciándolos, ó á lo menos no diciendo bien dellos.

Estos y otros muchos daños resultan deste extremo, porque él en sí es vicio quando está en sus fuerzas. Por tanto el hombre virtuoso y esforzado no lo debe seguir ni tomar; pues tiene por compañera y guiadora la temeridad, por la cual el hombre confía de sí más de lo que conviene para hacer y obrar lo que quiere: y quanto mayor osadía y confianza tuvo al principio, tanto mayor temor ó flaqueza tiene en la prosecución del negocio; y al mejor tiempo desfallece, y lo deja con mayor mengua y daño suyo...

Fray Antonio de Guevara, de familia nobiliaria de la provincia de Alava, no se sabe la fecha en que nació. Abrazó la carrera eclesiástica, perteneciendo á la Orden de San Francisco, y llegó á ser obispo de Guadix y Mondoñedo. Siguió en sus primeros años á la corte de los Católicos monarcas, y después fué cronista y predicador de Carlos V. Murió en 1548. Como escritor político, merece consideración especial. Sus mejores obras, son: *Reloj de Príncipes ó vida de Marco Aurelio* y *Menosprecio de la Corte* y *alabanza de la Aldea*, y sus *Cartas*. — Para dar idea de su espíritu jocoso, trasladaremos aquí su carta á D. Enriquez, en

donde marca las faltas que deben evitarse en las epístolas, contesta á las preguntas que el nombrado le dirigiera, y señala los vicios de la corte:

Magnífico señor y mi amigo antiguo.—Valdivia, vuestro solicitador, me dió una carta, la cual parecía bien ser de su mano escrita; porque traía pocos renglones y muchos borrones. Si como os hizo Dios caballero, os hiciera escribano, mejor maña os diérais á entintar cordobanes que á escribir procesos.

Siempre trabajad, señor, en que si escribiéreis alguna carta mensajera, que los renglones sean derechos, las letras juntas, las razones apartadas, la letra buena, el papel limpio, la nema sutil, la plegadura igual y el sello claro; porque es ley de corte, que en lo que se escribe se muestre la prudencia, y en la manera de escribir se conozca la crianza. En la carta que me fué dada, se contenían muchas preguntas debajo de muy pocas palabras.

Preguntáisme, señor, que ¿á qué vine á la corte? Y á esto os respondo, que no vine de mi voluntad, sino que me constriñó necesidad. Decísme, señor, ¿qué es lo que hago en la corte? Y á esto os respondo, que según mis contrarios me siguen, y mis negocios se alargan, que ninguna cosa hago, sino que me deshago.

Decísme, señor, que os escriba ¿qué es la cosa en que más ocupo el tiempo? Y á esto os respondo, que según los cortesanos tenemos por oficio, con más verdad podremos decir del tiempo, que le perdemos, que no le empleamos. Decísme, señor, con ¿quiénes converso más en esta corte? Y á esto os respondo, que es de tan mal viduño la corte y su gente, que los que en ella andamos, y dende niños nos criamos, no es nuestro estudio buscar con quién conversemos, sino en descubrir de quiénes nos guardemos. Apenas tenemos tiempo para defendernos de los enemigos, ¿y queréis que nos ocupemos en buscar nuevos amigos? En las cortes de los príncipes, yo confieso, que hay conversación de personas, mas no hay confederación de voluntades; porque aquí la enemistad es tenida por natural, y la amistad por peregrina.

Es de tal condición la corte, que los que más se visitan, peor se tratan, y los que mejor se hablan, peor se quieren. Los que andan en las cortes de los príncipes, si quieren ser curiosos, y no necios, hallarán muchas cosas, de qué se espantar, y muchas más de qué se guardar.

Otras cosas hay en esta corte á buen precio, ó por mejor decir, á buen barato: es á saber, crueles mentiras, nuevas falsas, amistades fingidas, envidias continuas, malicias dobladas, palabras vanas y esperanzas falsas: de las cuales siete cosas tenemos en esta corte tanta abundancia, que se pueden poner tiendas y pregonar ferias. Preguntáisme, señor, si hay buena expedición en los negocios, porque queríais enviar á despachar algunos. A esto os respondo, que según las cosas de la corte son pesadas, enojosas, prolijas, costosas, intrincadas, malhadadas, deseadas, suspiradas, lamentadas y marañadas, téngome por dicho, que si son diez los despachados van noventa desesperados.

Escribísme, señor, que os escriba, si hay hogaño buena feria aquí en Medina. A esto os respondo, que como yo no tengo mercadería que vender, y menos dineros con que las comprar, ni sé de qué la loar, ni hallo de qué me quejar, más de que andando por esta feria, veo en estas tiendas de burgaleses tantas cosas ricas y apacibles, que en mirarlas tomo gozo, y de no poderlas comprar, tomo pena...

Muchas veces he tornado á leer vuestra carta, y no he hallado más que responder á ella: que á la verdad más parecía interrogatorio para tomar testigos, que no carta para amigos. No quiero más decir, sino que escapo de escribiros muy cansado, y aun enojado, no de responder á la carta, sino de construir vuestra maldita letra. Nuestro Señor sea en vuestra guarda, y á mí me dé gracia para que le sirva. — De Medina del Campo á 5 de Junio, año de 1532.—Guevara.

Antonio Pérez (1539-1611). Célebre en la Historia, más que como literato de primer orden, por las alternativas de su azarosa existencia, nació en Madrid y estudió sucesivamente en Alcalá, Salamanca y Padua. Sabida es la persecución de que fué objeto por parte del mismo Felipe II á causa de la suposición de que su propio secretario tuvo parte en el asesinato de D. Juan de Austria; aunque parece probado que si Antonio Pérez intervino en semejante crimen fué para cumplir, ya que no órdenes, terminantes deseos al menos del terrible soberano absoluto. Tampoco parece que fuesen extraños á este odio los celos del Rey por creer á Antonio Pérez en amorosas relaciones secretas con la hermosa tuerta, la princesa de Éboli. — Once años de prisión sufrió, y aunque condenado á muerte, pudo huír á Zaragoza; preso de

nuevo allí, promovido el alzamiento en su favor quiso la fortuna que Antonio Pérez pudiese escapar á Francia, donde protegido por el rey Enrique IV, acabó su existencia. — Sus trabajos literarios más notables, son las *cartas*, y he aquí algunas:

Ha llegado á mi noticia que se imprimen todas aquellas cartas; y estoy confuso en si pasaré por ello, ó me quejaré, y hallo que es mejor dejarlas correr. Vayan. Rían unos, roan otros, muerdan otros, que algunos se quebrarán los dientes: otros las recibirán con gusto. En fin, juzgue cada uno como quisiere, que al cabo al cabo, los más aristarcos y críticos jueces serán los miradores del juego de ajedrez, que tachan, que reprenden; y si se sentasen al tablero, no sabrían menear pieza.

Demás que en el juicio de mis cosas no juzgan todos de una manera. Unos, conforme á la razón y libertad del ánimo: muchos destos. Otros, conforme al respeto que los manda: no muchos destos. Otros, conforme á la landre de que están heridos: pocos destos. Digo landre, porque landres hay del ánimo, peste más contagiosa que la de los cuerpos. Trátenme como al Cid el otro judío, que por despecho en la sepultura le asió de la barba.

Pues no se fíen en la vida del favor; que quien permitió que la estatua del Cid menease el brazo y empuñase la espada en espanto del judío, puede mudar las suertes. A lo menos vivirá con tal confianza el que ha enterrado uno á uno á tantos de sus enemigos y verdugos.

Hijos: á todos tres va ésta. Hijos digo, que sobre esta palabra se funda ella. A las lanzadas de vuestras palabras, que tales son al alma de un padre las que me refieren pasajeros, de *Padre mío, Padre de mi alma, Padre de mis entrañas*, con una las reparo y recompenso todas: *Hijos!*... Que quien dijo hijos de sus entrañas, dijo de todos esotros rincones de las partes de su obra, porque de todas aquellas teneis parte y sois parte de mí. Pero esotro, *Padre de mi vida, Padre de mis entrañas*, todo esotro, la fuerza que tiene es á mi favor, porque es confesar que sois parte de mí; y esta confesión de vuestra boca, que es lo que más amo, pues cada uno ama más á sus prendas, que las prendas á su dueño. Que os cuesta caro, que os han martirizado por mí, que aún estais en el tormento, eso os debo, eso también me debeis, pues vuestros agravios me hacen á mí inocente y á vosotros mártires. Pues más os digo, que vivís obligados á los mismos agra-

vios, porque os han consignado la deuda en el cielo: pagamento infalible y de grandes recambios de feria á feria.

¿Qué pensais que quiere decir de feria á feria? En el cielo y en la tierra; que tales agravios, tales tormentos, en pellejos niños, en almas niñas, acá y allá han de ver la satisfacción. La palabra de Dios lo dixo: *mea est ultio, ego retribuam.* Esperad un poco: vivid digo, y veréislo.

No penseis que tiro ese lugar de los cabellos á mi propósito. Oíd: decir Dios *mea est ultio*, á buena razon ha de ser más en general por los que padecen inhabilitados de defensa, quales niños, pupilos, viudas, sobre inocentes: demás de ser los reservados á su cargo y cuidado por especial privilegio de su palabra.

Juan Luis Vives del Vergel (1492-1540). Es el filósofo más grande de estos tiempos, y que no sólo formó escuela en nuestra patria, sino que fuera de ella siguieron su enseñanza muchos científicos de importancia suma. Nació en Valencia, y este «Cervantes de la filosofía», como le llama un crítico, hirió de muerte al exagerado escolasticismo, inaugurando el renacimiento español en las ciencias, puesto que es el primero que se lanza á ser pensador por cuenta propia, presentando ideas y teorías que después aplicaron ó desenvolvieron Bacon y Descartes.—Estudió en su patria y en la Universidad de París. Vivió en Brujas, donde casó con española ilustre. Fué maestro de la mujer é hija de Enrique VII de Inglaterra, y profesor de la Universidad de Oxford. Por censurar la conducta de dicho príncipe con Catalina de Aragón, estuvo preso; y vuelto á Brujas, murió de gota.—Sus obras principales son la titulada *De la corrupción de las artes y de las ciencias,* verdadero monumento del saber, y sus *Tratados de dialéctica, de literatura y de filosofía.*—Vives se dedicó, sobre todo, á la reforma de los métodos de enseñanza y de estudio, y procuró poner de acuerdo la doctrina de los Santos Padres con la de Platón y Aristóteles. — He aquí una apreciación de Vives:

La comparación que hacen algunos de la superioridad de los modernos sobre los antiguos, como un enano subído sobre las espaldas de un gigante, es al propio tiempo pueril é inexacta. «Todos somos hombres de la misma especie», sólo que nos hacemos más grandes

que los antiguos, añadiendo su talla á la nuestra, con tal que no les cedamos en estudio, vigilancia y amor á la verdad.

Juan Huarte, filósofo. Nació en 1520 y escribió, entre otras, una obra titulada *Examen de los ingenios para las ciencias.* Siguió la medicina, y reunió en sus teorías todo lo conocido sobre frenología hasta él. — La importancia de este trabajo consiste en que estableció una división enciclopédica de las ciencias, con arreglo á las facultades anímicas que están destinadas al estudio de cada una de aquellas ramas del saber. Algunos pensadores extranjeros, como el citado Bacon y como D'Alembert, ó coincidieron con Huarte, ó copiaron de él dicha clasificación.

Jorge Gómez Pereira, filósofo que nació, según unos en Portugal en 1524 y según otros en Galicia; es autor de la *Margarita Antoniana,* famosa obra, donde se halla el silogismo abreviado que después el repetido Descartes fijó para su filosofía, *cogito ergo sum.*—En su libro, además, defendió Pereira la teoría de los animales, máquinas que también Descartes presentó, y fué admitida por muchos sabios.

Miguel Servet, aragonés (1509-1558). Estudió medicina y derecho, y en la primera de estas ciencias llegó á formular la teoría de la circulación de la sangre que, en opinión de Leibnitz, es muy superior á todo lo que se sabía antes acerca de la materia. Al publicar una de sus obras, *Christianismi restitutio* (sin su nombre), interpretando las Sagradas Escrituras, y en la dirección de la escuela neo-platónica, promovió tanto escándalo entre los calvinistas, que lo prendieron, y murió quemado en Ginebra por la intolerancia de los protestantes, y por no haber transigido en abjurar sus ideas filosóficas cristiano-panteistas.

Francisco Suárez, filósofo (1547-1617). El célebre jesuíta, hijo de Granada, estudió sucesivamente en las Universidades de Alcalá, Salamanca, Roma y Coimbra. Jurista al propio tiempo que teólogo, sus teorías han sido elogiadas de propios y extraños. Muchas fueron sus obras originales, y también figura como gran comentarista de la *Suma Teológica,* de Santo Tomás.

Siglo XVII.

D. Esteban Manuel de Villegas (1595-1669). Cabe al distinguido hijo de Nájera la gloria de haber sido el creador de la oda anacreóntica en España, y sólo con este título es suficiente para que la Historia no lo olvide. Fué discípulo de los Argensolas y estudió en Salamanca. A los veinte años compuso sus *eróticas*, y bien pronto hubo de abandonar las musas para buscar su subsistencia. Por ser muy características, conocidas y con razón estimadas, copiamos las estrofas en versos sáficos y adónicos de su oda «Céfiro», y su preciosa «cantinela»:

Dulce vecino de la verde selva,
huésped eterno del Abril florido,
vital aliento de la madre Venus.
Céfiro blando;
Si de mis ansias el amor supiste,
tú, que las quejas de mi voz llevaste,
oye, no temas, y á mi ninfa dile,
dile que muero.
Filis un tiempo mi dolor sabía,
Filis un tiempo mi dolor lloraba,
quísome un tiempo, más agora temo,
temo sus iras.
Así los dioses, con amor paterno,
así los cielos, con amor benigno,
nieguen al tiempo que feliz volare,
nieve á la tierra.
Jamás el peso de la nube parda,
cuando amenace la elevada cumbre,
toque tus hombros, ni su mal granizo
hiera tus alas.

Yo ví sobre un tomillo
quejarse un pajarillo,
viendo su nido amado,
de quien era caudillo
de un labrador robado.
Vile tan congojado
por tal atrevimiento
dar mil quejas al viento,
para que al cielo santo
lleve su tierno llanto,
lleve su triste acento.
Ya con triste armonía,
esforzando el intento,
mil quejas repetía:
ya cansado callaba,
y al nuevo sentimiento
ya sonoro volvía.
Ya circular volaba,
ya rastrero corría,
ya pues de rama en rama
al rústico seguía;
y saltando en la grama,
parece que decía:
«Dame rústico fiero,
mi dulce compañía;»
y que le respondía
el rústico: «No quiero.»

—

De igual mérito que el anterior, es **D. Juan de Jáuregui** (1570-1641), poeta sevillano y pintor al propio tiempo, brillando más en el primer concepto, sin embargo, que en el segundo. Discípulo de Herrera, tradujo del italiano y del latín obras poéticas; y no siempre dejó de incurrir en ampulosidad y conceptismo. — En la traducción de la *Aminta*, del Tasso, muchas veces es digno de alabanza, y alguna también, en la de la *Farsalia*, de Lucano.— De una y otra respectivamente son los siguientes versos:

Entonces por el agua y por las flores
iban con dulces bailes retozando
los cupidillos sin aljaba ó lazo:
Sentábanse las ninfas y pastores,
caricias mil al razonar mezclando,
y á las caricias uno y otro abrazo
. . . . . .

Tú, honor, fuiste el primero que negaste
la fuente de deleites tan copiosa
y á la sed amorosa la escondiste.

—

Recibe el golpe el delicado y blando
pecho del joven Argos de Marsella,
y sobre el asta el cuerpo derribando
ayuda él mismo á atravesar en ella.

Su padre, que morir le está mirando
de lejos, por los bancos atropella,
sin que la chusma el paso le embarace
hasta do el hijo agonizando yace.
Este, cuando mancebo, competía
en entender y usar de la robusta
guerra con cuantos de su tiempo había,
y así de la palestra, y de la justa:
y aun hoy, que á su vigor y valentía
los años vencen, de las armas gusta,
y entre los suyos, débil y cansado
sirve de ejemplo ya, no de soldado,
.....

Mejor que discípulo, puede llamarse imitador de los Argensolas al **Príncipe de Esquilache** (1578-1658). Hijo de Madrid, usó el título de aquel principado de Nápoles por su mujer, y fué virrey en el Perú. Son fáciles y galanos sus romances cortos y letrillas, como se ve en el siguiente ejemplo:

Niñas de mi aldea
que váis á la fuente
por agua, las menos,
las más, porque quieren
.....
Mirad el peligro
porque á las mujeres
verdad y mentira
dañan igualmente
....
mirad cómo el árbol
cuando está más verde
en Abril un cierzo
le burla y le ofende
....
¿No veis que las manos
del tiempo, convierten
las rubias espigas
en nevadas mieses?
Los alegres años
no espereis que vuelen
y los tristes, vengan
que jamás se vuelven.
Pierde, cuando turbio
con los años crece
del amor el río,
el vado y la puente.
¿Vísteis las que hollando
tiempos diferentes
causaron envidias?
ya lástima mueven.
Oid mis consejos
mirad que os advierten
que los años vuelan
que el engaño vuele.
....

Baltasar Gracián (1584-1658). Nació en Calatayud, fué jesuíta y rector de los colegios de Tarragona y Tarazona. Publicó sus obras con el nombre de su hermano Lorenzo. Como imitador de Góngora, llegó al delirio, según se prueba por los siguientes versos de su poema *Selvas del año;* y en cuanto á sus obras en prosa, la más célebre es la titulada *Agudeza y arte de ingenio,* donde quiso dar reglas y clasificar los géneros literarios y estilos en boga. De ella copiamos algunas líneas más abajo también.

Después que en el celeste anfiteatro
el jinete del día
sobre Flegonte toreó valiente
al luminoso toro,
vibrando por rejones rayos de oro;
aplaudiendo sus suertes
el hermoso espectáculo de estrellas,
turba de damas bellas
que á gozar de su talle alegre mora,
encima los balcones de la aurora;
después que en singular metamorfosi
con talones de pluma;
y con cresta de fuego,
á la gran multitud de astros lucientes,
gallinas de los campos celestiales
presidió gallo el boquirrubio Febo,
entre los pollos del tindario huevo...

Conténtanse algunos con sola el alma de la agudeza, sin atender á la bizarría del exprimirla; antes tienen por felicidad la facilidad del decir. No fué paradoja, sino ignorancia, condenar todo concepto; ni fué Aristarco, sino monstruo, el que satirizó la agudeza, antípoda del ingenio cuya mente debía ser el desierto del discurso. Son los conceptos vida del estilo, espíritu del decir, y tanto tienen de perfección cuanto de sutileza; mas cuando se junta lo realzado del estilo y lo remontado del concepto, hacen la obra cabal. Hase de procurar que las proposiciones hermoseen el estilo, los reparos lo aviven, los misterios le hagan preñado, las ponderaciones profundo, los encarecimientos

salido, las alusiones disimulado, los empeños picante, las trasmutaciones sutil; las ironías le den sal, la crisis hiel, las paronomasias donaire, las sentencias gravedad, las semejanzas lo fecunden y las paridades lo realcen.

Francisco de Rioja (1600-1658 ó 59). Sevilla fué su patria, y siguiendo sus estudios de jurisprudencia, llegó á Inquisidor general; antes se hizo sacerdote y había sido racionero de la catedral de su ciudad por la protección que en la corte de Felipe IV le concedió el Conde-Duque, de quien fué bibliotecario. Caído repentinamente en desgracia, sufrió una prisión, y vuelto á Sevilla, se dedicó por completo á sus aficiones literarias. Escribió algunas obras en prosa de argumento místico. Pertenece á la escuela de Herrera, pero supo mantenerse en los límites del buen gusto sin las exageraciones de estilo que habían de afear más adelante esa tendencia, y aun á veces puede decirse que superó al maestro en la delicadeza y buen corte del estilo. —Hombre versado en el hebreo y el griego, no abusa sin embargo de esta educación clásica para rellenar sus poesías de alusiones paganas, vicio tan frecuente desde Herrera. Las cualidades distintivas del lenguaje de Rioja, son: elegancia, claridad y tersura en la versificación. — La crítica moderna ha querido despojar á este poeta de sus laureles, porque imitó á Rodrigo Caro en su canción *A las ruinas de Itálica*; mas no es justa la censura, llevándola tan adelante, porque si bien es cierta la imitación á veces servil de dicha composición, no lo es menos, que la mejoró notablemente, habiéndola convertido en una de las joyas de nuestra poesía. Y si los autores dramáticos del siglo XVII se copian unos á otros arrebatándose los asuntos y hasta glosando y parafraseando las escenas, sin que por esto haya la opinión de los doctos hecho desmerecer el renombre de dichos autores, debe aplicarse igual criterio á Rioja. — Después de despojado de la gloria anteriormente citada, se le ha arrebatado también la de ser autor de la famosa *Epístola Moral*, que parece estar probado pertenece al capitán **Andrés Fernández de Andrade.** Ajeno nuestro libro á estas cuestiones, y sea de ello lo que quiera, todavía le restan bastantes timbres para

ocupar un buen puesto en la poesía castellana.— Más abajo transcribimos: 1.°, su *Silva á la rosa*, que todavía no se ha descubierto sea de otro; 2.°, algunos trozos de la *Epístola Moral* (como modelo de Andrade, si se quiere), y 3.°, de *Las ruinas de Itálica* también trasladaremos algunas estancias, aunque sea de las inspiradas en **Rodrigo Caro.** — De éste, sólo diremos que nació en Utrera en 1573, y que siendo sacerdote escribió al propio tiempo que poesías historias de asuntos particulares, llevándole su afición á las antigüedades á escribir sobre las de Sevilla, y sobre las inscripciones halladas en su pueblo natal. — He aquí los ejemplos en el orden antes enumerado:

Pura, encendida rosa
émula de la llama
que sale con el día,
¿cómo naces tan llena de alegría,
si sabes que la edad que te dió el cielo
es apenas un breve y veloz vuelo?
¡y no valdrán las puntas de tu rama
ni tu púrpura hermosa
á detener un punto
la ejecución del hado presurosa!
El mismo cerco alado
que estoy viendo riente,
ya temo amortiguado,
presto despojo de la llama ardiente.
Para las hojas de tu crespo seno
te dió Amor de sus alas blandas plumas,
y oro de su cabello dió á tu frente.
¡Oh fiel imagen suya peregrina!
Bañóte en su color sangre divina
de la deidad que dieron las espumas:
y esto, purpúrea flor, y esto ¿no pudo
hacer menos violento el rayo agudo?
Róbate en una hora,
róbate licencioso su ardimiento
el color y el aliento;
tiendes aun no las alas abrasadas,
y ya vuelan al suelo desmayadas.

Tan cerca, tan unida
está al morir tu vida
que dudo si en sus lágrimas la aurora
mustia tu nacimiento ó muerte llora.

. . . . . .

Dejémosla pasar como á la fiera
corriente del gran Betis, cuando, airado,
dilata hasta los montes su ribera.

. . . . . .

Ven y reposa en el materno seno
de la antigua Romúlea, cuyo cli ma
te será más humano y más sereno;
A donde por lo menos, cuando oprima
nuestro cuerpo la tierra, dirá alguno:
«blanda le sea», al derramarla encima;
Donde no dejarás la mesa ayuno,
cuando te falte en ella el pece raro,
ó cuando su pavón nos niegue Juno.

. . . . . .

Más precia el ruiseñor su pobre nido
de pluma y leves pajas, más sus quejas
en el bosque repuesto y escondido,
Que agradar lisonjero las orejas
de algún príncipe insine, aprisionado
en el metal de las doradas rejas.

. . . . . .

Como los ríos, en veloz corrida
se llevan á la mar, tal soy llevado
al último suspiro de mi vida.

. . . . . .

¡Pobre de aquél que corre y se dilata
por cuantos son los climas y los mares,
perseguidor del oro y de la plata!
Un ángulo me basta entre mis lares,
un libro y un amigo, un sueño breve,
que no perturben deudas ni pesares.

. . . . . .

¡Cuán callada que pasa las montañas
el aura, respirando mansamente!
¡qué gárrula y sonante por las cañas!
¡Qué muda la virtud por el prudente!
¡qué redundante y llena de ruído
por el vano, ambicioso y aparente!
Quiero imitar al pueblo en el vestido;
en las costumbres sólo á los mejores,
sin presumir de roto y mal ceñido.
No resplandezca el oro y los colores
en nuestro traje, ni tampoco sea
igual al de los dóricos cantores.
Una mediana vida yo posea,
un estilo común y moderado,
que no lo note nadie que lo vea.
En el plebeyo barro mal tostado
hubo ya quien bebió tan ambicioso
como en el vaso múrice preciado;
Y alguno tan ilustre y generoso
que usó, como si fuera plata neta,
del cristal trasparente y luminoso.

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora
campos de soledad, mustio collado,
fueron un tiempo Itálica famosa.
Aquí de Cipión la vencedora
colonia fué; por tierra derribado
yace el temido honor de la espantosa
muralla, y lastimosa
reliquia es solamente
de su invencible gente.
Sólo quedan memorias funerales
donde erraron ya sombras de alto ejemplo;
este llano fué plaza, allí fué templo;
de todo apenas quedan las señales:
del gimnasio y las termas regaladas,
leves vuelan cenizas desdichadas;
las torres que desprecio al aire fueron
á su gran pesadumbre se rindieron.

Este despedazado anfiteatro,
ímpio honor de los dioses, cuya afrenta
publica el amarillojar amago,
ya reducido á trágico teatro,
¡oh fábula del tiempo! representa
cuánta fué su grandeza y es su estrago.
¿Cómo en el cerco vago
de su desierta arena
el gran pueblo no suena?
¿Dónde, pues, fieras, ¡ay! está el desnudo
luchador? Dónde está el atleta fuerte?
Todo despareció, cambió la suerte
voces alegres en silencio mudo:
mas aun el tiempo da en estos despojos
espectáculos fieros á los ojos,
y miran tan confusos lo presente,
que voces de dolor el alma siente.

Aquí nació aquel rayo de la guerra,
gran padre de la patria, honor de España,
pío, felice, triunfador Trajano,
ante quien muda se postró la tierra
que ve del sol la cuna y la que baña
el mar, también vencido, gaditano.
Aquí de Elio Adriano,
de Teodosio divino,
de Silio peregrino
rodaron de marfil y oro las cunas.
Aquí ya del laurel, ya de jazmínes
coronados los vieron los jardínes,
que ahora son zarzales y lagunas.
La casa para el César fabricada
¡ay! yace de lagartos vil morada;
casas, jardines, césares murieron,
y aun las piedras que de ellos se escribieron.

Fabio, si tú no lloras, pon atenta
la vista en luengas calles destruídas;
mira mármoles y arcos destrozados,
mira estatuas soberbias, que violenta
Némesis derribó, yacer tendidas,

y ya en alto silencio sepultados
sus dueños celebrados.
Así á Troya figuro,
así á su antiguo muro,
y á tí, Roma, á quien queda el nombre apenas
¡oh patria de los dioses y los reyes!
y á tí á quien no valieron justas leyes,
fábrica de Minerva, sabia Atenas,
emulación ayer de las edades,
hoy cenizas, hoy vastas soledades:
que no os respetó el hado, no la muerte,
¡ay! ni por sabia á tí, ni á tí por fuerte.
....

D. Antonio Mirademescua ó de Amézcua (1570-1635), fué natural de Guadix, llegando en su carrera á Arcediano de esta catedral; sirvió en el virreinato de Nápoles, y murió en Madrid de capellán de Felipe IV. El elogio que Cervantes y otros hacen de él, basta para no discutir su reputación. — Como poeta lírico son muy aplaudidos sus versos de la canción que copiamos, y como autor dramático (imitador de Lope, á quien disputó la palma en la comedia), llegó á escribir muchas obras, de las cuales se conservan 50. — De una de las más célebres, que es *La Fénix de Salamanca*, también trasladamos algunos versos de la escena entre Garcerán y Solano:

Ufano, altivo, alegre, enamorado,
rompiendo el aire el pardo jilguerillo,
se sentó en los pimpollos de una haya,
y con su pico de marfil nevado,
de su pechuelo blanco y amarillo
la pluma concertó pajiza y baya;
y celoso se ensaya
á discantar en alto contrapunto
sus celos y amor junto,
y al ramillo, y al prado, y á las flores
libre y gozoso cuenta sus amores.
Mas ¡ay! que en este estado

el cazador cruel, de astucia armado,
escondido le acecha,
y al tierno corazón aguda flecha
tira con mano esquiva,
y envuelto en sangre en tierra lo derriba.
¡Ay, vida mal lograda,
imagen de mi suerte desdichada!
De la custodia del amor materno
el corderillo juguetón se aleja,
enamorado de la yerba y flores;
y por la libertad, del pasto tierno
el cándido licor olvida y deja,
por quien hizo á su madre mil amores.
Sin conocer temores,
de la florida primavera bella
el verde manto huella
con retozos y brincos licenciosos,
y pace tallos tiernos y sabrosos.
Mas ¡ay! que en un otero
dió en la boca de un lobo carnicero,
que en partes diferentes
lo dividió con sus voraces dientes,
y á convertirse vino
en purpúreo el dorado vellocino.
¡Oh inocencia ofendida!
¡Breve bien, caro pasto, corta vida!

....

G.—¿Dónde tomaste posada?
S..—Junto al Carmen.
G.— ¿Preveniste
La cena?
S..— Sí.
G.— ¿Qué trajiste?
S..—Un capón, una empanada,
dos perdices...
G.— Bien las como.
S..—Medio cabrito extremado,
dos gazapos.....
G.— Regalado
plato.
S..— ¡Tiene tanto lomo!
Un jigote de carnero...
G.—Si está manido, no es malo.
S..—Un jamón.
G.— ¡Gentil regalo!
Has hecho buen despensero.
S..—De clarete y moscatel
tres azumbres; que sin vino
está en la mesa el tocino
como cautivo en Argel.

De menor importancia, y contemporáneo del anterior, es **D. Luis Vélez de Guevara** (1570-1644). Imitador de Lope, asimismo, se dice que escribió más de cuatrocientas comedias, aunque actualmente sólo se conserva la décima parte. Es el resumen de los vicios y resabios culteranos, así como de las bellezas del estilo propias de su tiempo. — Su nota de jurisconsulto eminente le condujo hasta la vida íntima de Felipe IV en la corte; y obtuvo mayor favor público que los grandes poetas de aquel entonces, quizás por la adulación consiguiente á su privanza. — Muchas de sus comedias tienen por asunto el que otros habían ya desenvuelto, y plagió sin empacho á cuantos poetas brillaban en su época. Los siguientes versos prueban algo de lo que queda apuntado. — En cuanto á su prosa, la más célebre de sus novelas picarescas es *El Diablo Cojuelo*, imitada por el autor de *Gil Blas*, y que constituye una ingeniosa sátira de la vida y de la literatura contemporánea al novelista.—Su asunto es el siguiente: Un estudiante saca al diablo de la redoma en que cierto mágico lo tenía aprisionado; agradecido el diablo á semejante servicio, lleva á su libertador por los aires, y levantando en obsequio suyo los tejados de las casas de Madrid en medio de la quietud y silencio de la noche, presenta á su vista los secretos que aquéllas encierran. — Transcribiremos también á continuación de sus versos algunas líneas de esta prosa:

Pero poco importa todo,
si este monstruo, este escorpión,
á quien llaman hermosura
(veneno fuera mejor);
este basilisco humano,
esta esfinge, que nació
para vencer á su dueño
de un pacto con la traición;
esta breve tiranía,
esta lisonjera flor
de la maravilla, aquesta
breve, mortal ambición,
para romper el respeto
por privilegios que dió
la cortesana hidalguía,
no hubiera dado ocasión.

Quedó D. Cleofás absorto en aquella pepitoria humana de tanta diversidad de manos, pies y cabezas, y haciendo grandes admiraciones, dijo: —¿Es posible que para tantos hombres, mujeres y niños, hay lienzo para colchones, sábanas y camisas? Dejadme que me asombre,

que entre las grandezas de la Providencia divina, no es esta la menor. Entónces el Cojuelo, previniéndole le dijo: —Advierte que quiero enseñarte atentamente en este teatro donde tantas figuras representan, las más notables, en cuya variedad está su hermosura. Mira allí, primeramente, cómo están sentados muchos caballeros y señores, á una mesa opulentísima, acabando una media-noche, que eso les han quitado á los relojes no más... Mira aquel preciado de lindo, ó aquel lindo de lo mas preciado, cómo duerme con bigoteras torcidas de papel en las guedejas, y el copete, sebillo en la mano y guantes descabezados, y tanta pasa en el rostro, que puede hacer colación en él toda la cuaresma que viene... Vuelve allí y mira cómo se está untando un hipócrita á la moderna para hallarse en una gran junta de brujos que hay entre San Sebastián y Fuenterrabía, y á fe que nos habíamos de ver en ella si no temiera el riesgo de ser conocido del demonio... Pero mucho más nos podemos entretener por acá y más si pones los ojos en aquellos dos ladrones que han entrado por un balcón en casa de aquel extranjero rico, con una llave maestra, porque las ganzúas son á lo antiguo y han llegado donde está aquel talego de vara y media estofado de patacones de á ocho, á la luz de una linterna que llevan: que por ser tan grande, y no poder arrancarle de una vez, por el riesgo del ruido, determinan abrirle é hinchir sus faltriqueras y los calzones, y volver otra noche por lo demás, y comenzando á desatarle, saca el tal extranjero (que estaba dentro de él guardando su dinero, por no fiarle de nadie), la cabeza, diciendo: —Señores ladrones, acá estamos todos... Aquél, es pretendiente, y está demasiado de gordo y bien tratado para el oficio que ejercita... Bien haya aquel tabernero, que se quita de esos cuidados y él cura de su vino, que lo está bautizando en sus pellejos y las tinajas y á estas horas está hecho diluvio en pena con su embudo en la mano y antes de mil años, espero verlo jugar cañas por el nacimiento de algún príncipe.—¿Qué mucho, dijo Cleofás, si es tabernero y puede emborrachar á la fortuna?

Inferior á su vez, aun á los anteriores, **D. Juan de Zavalèta**, natural de Madrid, que floreció á mediados del siglo XVII, ignorándose la fecha de su nacimiento; prosista y poeta á la vez, en uno y otro género dejó ricas muestras de su estilo, y tiene sobre todo un gran interés la lectura de algunas de sus obras, porque retratan de manera fidelísima la vida menuda diaria de su tiem-

po. — Copiaremos pocas líneas de su prosa en que se pinta *(El día de fiesta)* un cuadro de costumbres de exactísimo parecido, sin duda, con el natural:

Despierta el galán el día de fiesta, á las nueve del día, atado el cabello atrás con una colonia. Pide ropa limpia, y dánsela limpia y perfumada... Dícele á un criado que le dé de vestir, que otro vaya á llamar al barbero y al zapatero. Pónele un jubón cubierto de oro, porque es constitución de la gala cuidar más del adorno interior que del exterior... Cálzase luego, y pónese unas medias de pelo tan sutiles, que después de habérselas puesto con grande cuidado es menester cuidado grande para ver si las tiene puestas. Yo pienso que ha de llegar tiempo en que hasta las medias las hagan hechiceras, porque las puedan hacer invisibles... Ajústase las medias á las piernas con unos ataderos tan apretados que, no parece que aprietan, sino que cortan. Garrotes suelen dar á los que están sin sentidos; muy sin sentidos está quien no vuelve en sí con estos garrotes... Entra el zapatero oliendo á cansado. Saca de las hormas los zapatos, con tanta dificultad como si desollara las hormas. Siéntase en una silla el galán; híncase el zapatero de rodillas, apodérase de una pierna con tantos tirones y desagrados, como si le enviaran á que le diera tormento... Entra el barbero dando priesa desde que entra; pide lumbre para los hierros, y dice que pongan el escalfador á la lumbre. Siéntase el galán en una silla, y en sentándose pierde el dominio de su cuerpo, porque no se puede menear sino hacia donde el barbero le manda. Pónele un peinador muy plegado, que es lo mismo que ponerle unas enaguas por el cuello...

También entre los autores dramáticos de segundo orden, figura el mismo rey **Felipe IV** (1605-1665), y se le han atribuído todas las comedias que aparecen impresas bajo el pseudónimo de «Un ingenio de esta Corte». Asegúrase que la titulada *El Conde de Essex* es suya, y en ella hay interés de asunto y facilidad de versificación. He aquí una hermosa escena en que la Reina visita en su cárcel al Conde, y aun cuando se niega á perdonarlo, como soberana, le da no obstante una llave para que huya:

C. En fin: la Reina no puede
usar de piedad?
R. No puedo.
C. Pues si no puede la Reina
doblarse al llanto y al ruego,
una mujer á quien yo
dí la vida, por lo menos,
no dejará de mostrarse,
pagándome con lo mesmo,
agradecida.
R. La Reina
no puede, que de ese empeño
desobligación ha sido
el haberos dado medio
para huir de la justicia.
C. ¿Y eso es agradecimiento
de quien me debe la vida?
R. No soy yo; pero supuesto
que fuese yo, ya cumplí
pagando con lo que os debo.
C. ¿Sólo con darme esta llave?
R. Sí, conde, solo con eso.
C. Luego ésta, que si camino
abriere á mi vida abriendo,
tambien le abrirá á mi infa-
mia:
luego ésta que es instrumento
de mi libertad, también
lo habrá de ser de mi miedo;
ésta que solo me sirve
de huir, es el desempeño
de reinos que os he ganado,
de servicios que os he hecho,
y en fin, de esa vida, de esa
que teneis hoy por mi esfuer-
zo?
En ésta se cifra tanto!...
pues, vive Dios, estoy ciego,
que he de hacer que si quereis
tenerme agradecimiento,
y darme la vida, sea
por otro más noble medio;
y si no, que pueda á voces
quejarme al mundo, diciendo
que no pagais beneficios;
que de los reales pechos
es la más indigna acción.
R. ¿Dónde vais?
C. Vil instrumento
de mi vida y de mi infamia,
por esta reja cayendo,
del parque que bate el río
entre sus cristales, quiero,
si sois esperanza, hundiros;
¡caed al húmedo centro,
donde el Támesis sepulte
mi esperanza y mi remedio!
No quiero huyendo, vivir.
(Arroja la llave.)
R. ¡Ay de mí! Mal habeis hecho.
C. Sed agora agradecida;
ya os he quitado este medio
de agradecerme y librarme,
ahora, ahora os acuerdo
servicios y obligaciones:
que es forzoso, no teniendo
aquel que me estaba mal,
buscarme otro modo nuevo
de librarme ó ser ingrata.
R. Ser ingrata escoger quiero.
Sin vida estoy, que ese modo
solo, á pesar del respeto
os supo hallar mi piedad.
C. ¿Luego he de morir?
R. Es cierto.
Yo hice por vos cuanto pude
á pesar de lo severo.
Como mujer os libraba;

como **Reina**, no me atrevo.
Mañana habeis de morir:
¡mañana, mañana es luego!
¡Oh llanto! No me publiques
humana; que cuando dejo
de serlo en tener piedad
no lo soy en los efectos.
Adios Conde.

C. ¿En fin, sois bronce?

R. Pluguiera á Dios fuera cierto;
más soy...

C. ¿Qué sois?

R. Ya es ocioso.
Soy quien pondrá un escarmiento
con vuestra cabeza al mundo.

C. Por vos inocente muero.
¿Quién me digera algún día?...

R. Vos teneis la culpa de eso;
que algún día pensé yo...
Mas tan poca dicha tengo,
que os doy la muerte yo misma:
apenas el llanto enfreno.
¡Ay honor, cuánto me cuestas!

C. ¡Ay amor, cómo me has muerto!

Guillén de Castro (1569-1630). El más notable de los contemporáneos de Lope, es el famoso valenciano, autor de 40 comedias. De ilustre familia, llevó una vida desordenada y de privaciones por su carácter impetuoso y díscolo. Desempeñó cargos de confianza al lado de los magnates de la corte, obteniendo pensiones del conde-duque de Olivares; y en los últimos momentos de su existencia, se le enterró de limosna en Madrid en el hospital de la Corona de Aragón. — Bastaría para su gloria haber escrito *Las Mocedades del Cid*, que imitó Corneille y aun en su *Cid* copió. El plan de la obra fué mejorado por el autor francés; pero en cambio, el original tiene más sabor histórico para nosotros desde el momento en que sus prolijidades retratan la vida del héroe tal y como lo conoce la fantasía popular por el «Romancero». También escribió la segunda parte del drama titulado *Hazañas del Cid*. Es muy hermoso el monólogo del protagonista, que transcribimos, en que combaten en su espíritu el amor y el honor. Trasladaremos dicho monólogo, escrito en tres metros diferentes, y el reto de Rodrigo de Vivar al conde Lozano:

Suspenso de afligido,
estoy, Fortuna. ¿Es cierto que lo veo?
Tan en mi daño ha sido
tu mudanza, que es tuya y no lo creo.
¿Posible pudo ser que permitiese
tu inclemencia, que fuese
mi padre el ofendido (¡extraña pena!)
y el ofensor el padre de Jimena?
¿Qué haré, suerte atrevida,
si él es el alma que me dió la vida?
¿Qué haré (¡terrible calma!)
si ella es la vida que me tiene el alma?
Mezclar quisiera en confianza tuya
mi sangre con la suya.
¡Y he de verter su sangre, brava pena!
¡Yo he de matar al padre de Jimena!
Mas ya ofende esta duda
el santo honor que mi opinión sustenta
razon es que sacuda
de amor el yugo, y la cerviz exenta,
acuda á lo que soy; que habiendo sido
mi padre el ofendido,
poco importa que fuese ¡amarga pena!
el ofensor el padre de Jimena.

¿Qué imagino? Pues que tengo
más valor que pocos años
para vengar á mi padre,
matando al conde Lozano.
¿Qué importa el bando temido
del poderoso contrario,
aunque tenga en las montañas
mil amigos asturianos?
¿Y qué importa que en la corte
del rey de León Fernando,
su voto sea el primero,
y en la guerra el mejor brazo?
Todo es poco, todo es nada,
en descuento de un agravio,
el primero que se ha hecho
á la sangre de Lain Calvo.
Daráme el cielo ventura,
si la tierra me dá campo,
aunque es la primera vez
que doy el valor al brazo.
Llevaré esta espada vieja
de Mudarra el castellano,
aunque está bota y mohosa
por la muerte de su amo;
y si le pierdo el respeto,
quiero que admita en descargo

del ceñírmela ofendido
lo que le digo turbado:
«Haz cuenta, valiente espada,
que otro Mudarra te ciñe,
y que con mi brazo riñe
por su honra maltratada.
Bien sé que te correrás
de venir á mi poder,
mas ne te podrás correr
de verme echar paso atrás.
Tan fuerte como tu acero
me verás en campo armado:
segundo dueño has cobrado
tan bueno como el primero;
pues cuando alguno me venza,
corrido del torpe hecho,
hasta la cruz en mi pecho
te esconderé de vergüenza.

CID. ¿Conde?
C...¿ Quién es?
CID. A esta parte
quiero decirte quien soy.
C.... ¿Qué me quieres?
CID. Quiero hablarte.
Aquel viejo que está allí
¿sabes quién es?
C.... Ya lo sé...
¿por qué lo dices?
CID. ¿Por qué?
habla bajo: escucha.
C.... Dí.
CID. ¿No sabes que fué despojos
de honra y valor?
C.... Sí sería.
CID. Y que es sangre suya y mía
la que tengo yo en los ojos
¿sabes?
C.... Y el saberlo (acorta
razones) ¿qué ha de impor-
CID. Si vamos á otro lugar tar?
sabrás lo mucho que im-
porta.
C.... Quita, rapaz, ¡puede ser!
Vete, novel caballero,
vete, y aprende primero
á pelear y á vencer.
Y podrás después honrarte
de verte por mí vencido,
sin que yo quede corrido
de vencerte y de matarte.
Deja ahora tus agravios;
porque nunca acierta bien
venganzas con sangre, quien
tiene la leche en los labios.
CID. En tí quiero comenzar
á pelear y aprender;
y verás si sé vencer,
veré si sabes matar;
y mi espada mal regida
te dirá en mi brazo diestro
que el corazón es maestro
de esta ciencia no apren-
Y quedaré satisfecho dida.
mezclando entre mis agra-
vios
esta leche de mis labios
y esa sangre de tu pecho.

Otro de los poetas ya de primer orden, como el anterior, en la literatura dramática de este siglo XVII, es el madrileño **D. Juan Pérez de Montalbán** (1602-1638). Hijo de un librero, estudió en Alcalá, doctorándose en Teología. A los veintitrés años era presbítero, y tal su entusiasmo por el saber, que brillaba por sus conocimientos y laboriosidad; pero víctima de esfuerzos tan continuados, á los treinta y cinco perdió la razón. Sus entusiastas, que eran todos los escritores de su tiempo, publicaron en honor suyo gran número de panegíricos, consiguiendo la misma honra que él dedicara anteriormente á Lope. — A los diecisiete años escribía comedias aplaudidas; y aunque la crítica venenosa le hizo abandonar el cultivo del teatro, dejó escritas hasta 36 obras y 12 autos sacramentales. Un distinguido literato ha dicho, con razón, que sus trabajos han pasado á la posteridad, mientras que la censura de ellos se ha olvidado por completo, no quedando sino el conocido y maligno epigrama siguiente:

El doctor, tú te lo pones; con que en quitándote el dón
el Montalbán, no lo tienes; vienes á quedar Juan Pérez.

Imitador de Lope, incurre con frecuencia en los desaliños del «Fénix de los Ingenios», lo cual no quita que también siga al gran maestro en sus aciertos. Fué muy dado á intercalar en sus obras trozos líricos descriptivos para hacer gala de imaginación rica y de galana dicción, siendo notable también, como los grandes dramáticos, en la facilidad del diálogo. A semejanza de Moreto, procuró regularizar los argumentos; pero no consiguió hacer de sus damas el prototipo selecto de las mujeres de Lope y Calderón. Su culteranismo lo condujo á menudo á emplear exageradas tautologías, repitiendo la misma idea con palabras semejantes; vicio muy propio de las amplificaciones tan en boga en el discreteo de nuestro teatro. — Damos más abajo un trozo descriptivo y un diálogo de *Cumplir con su obligación*, una de sus mejores obras. — Además de ésta, son las más elogiadas *Los amantes de Teruel* y *No hay vida como la honra.*

Llegué á Florencia, y Clenardo
á recibirme salió:
ya sabes lo que me honró.
Entré en la ciudad gallardo
en un valiente alazán,
de aquellos que alienta y cría
la yerba de Andalucía;
tan corpulento y bizarro,
que al verle peinar el suelo,
pudo codiciarle el cielo
para el tiro de su carro,
Ví á Camila, más hermosa
que la Venus que en altares
Chipre con rosas y azahares
venera por madre y diosa,
con el cabello esparcido,
por más gala ó más decoro,
pareció diamante en oro:
allí el travieso Cupido,
que preso en ellos vivía,
tal vez la frente besaba,
y con los rizos jugaba
hasta que los deshacía.
De un ébano trasparente
su arquitectura formaban
las cejas, que se apartaban
por dividir cada Oriente:
negras las pestañas fueron,
entre obscuros arreboles;
más ¿qué mucho, si á sus soles
tantos años anduvieron?
De los ojos no quisiera
hablarte, por no ofender
la majestad de su ser:
no tiene en la octava esfera
el cielo dos luminarias,
dos antorchas, dos estrellas,
con más alma en sus centellas,
si bien á mi amor contrarias.
Las manos suyas, en fin,
sacó entre varios diamantes
de la cárcel de sus guantes
con diez hojas de jazmín,
Y tanto las admiré
cuando la luz advertí,
que despues que se las ví
de la cara me olvidé.
Miróme su cielo hermoso,
y con ser cielo estrellado,
para mí estuvo nublado,
por no decir riguroso.
.....

D. Juan y Camila, en la misma obra:

D. J. ¿Señora mía?
C.... ¿Qué haceis?
D. J. Cierto negocio traía
en que á hablar á Useñoría.
C.... Aquí estoy; ¿qué me quereis?
D. J. Mucho pudiera decir.
C.... Yo tambien tengo que ha-
D. J. Vuestro soy. blaros.
C.... A preguntaros
vengo yo para mentir
si teneis amor.
D. J. ¿Yo?
C.... Vos.
.....
D. J. No vivo tan descuidado
que no tenga á quien que-
C.... Venturosa es la mujer. rer.
D. J. Sí, más yo muy desgraciado.

C.... Su ventura colegí,
porque á vos os mereció.
D. J. Y mi poca suerte yo,
porque no la conocí.
C.... ¿Conózcola yo?
D. J. Sí, á fe.
C.... ¿Es mi prima?
D. J. No, por Dios
C.... ¿Es hermosa?
D. J. Como vos.
C.... ¿Quiéreos bien?
D. J. Eso, no sé.
C.... ¿Qué aguardais?
D. J. A declararme.
C.... ¿No lo habeis hecho?
D. J. No puedo.
C.... ¿Es falta de amor?
D. J. Es miedo.
C.... ¿Qué os detiene?
D. J. El despeñarme.
C.... ¿Por qué?
D. J. Porque llego tarde.
C.... ¿Quiere ya bien?
D. J. ¡Ay de mí!
C.... ¿Qué decís?
D. J. Pienso que sí.
C.... Aborrecedla.
D. J. Estoy ciego.
C.... ¿Tiene dueño?
D. J. Ya le espera.
C.... ¿Es fácil?
D. J. Es principal.
C.... Y ¿quién sois vos?
D. J. Soy su igual.
C.... Pues, ¿qué os falta?
D. J. Que me quiera.
C.... ¿Es mi amiga?
D. J. Os quiere bien.
C....¿Suelo verla?
D. J. Cada día.
C.... Decidme quien es.
D. J. Querría...
C.... Pues ¿qué temeis?
D. J. Su desdén.
C.... ¿Qué os hará.
D. J. Se ofenderá.
C.... ¿En fin, decís que hoy la ví?
D. J. En vuestro espejo.
C.... ¿Yo?
D. J. Sí.
C.... ¿Luego soy yo?
D. J. Claro está.

D. Antonio de Solís y Rivadeneira (1610-1688), autor dramático también, brilla menos por sus dotes en la escena que en el campo de la historia. Eclesiástico en los últimos años de su vida, como tantos otros literatos de su tiempo, ha pasado á la posteridad, sobre todo por su libro sobre la *Historia de la conquista de Méjico*, escrita en estilo agradable, aunque extremadamente estudiado y no siempre de buen gusto. — Copió también asuntos de otros autores, llevándolos al teatro con mediano éxito, y de sus doce obras son las más notables: *Un bobo hace ciento*, *Euridice y Orfeo*, y *Amor al uso*, que fué traducida al francés.— Sus estudios en Alcalá (de donde era hijo) y en Salamanca, le ele-

varon, andando el tiempo, al cargo de cronista mayor de Indias, desempeñando el cual escribió la obra arriba mencionada, así como muchas de sus *cartas* literarias. — Solís ha sido considerado como el último escritor de mérito en nuestro teatro; después de él comienza ya la decadencia. — En lo «dramático» nunca sobresalió; en cambio, en lo «cómico», manifiesta siempre gracia y donosura. De *Amparar al enemigo* es la siguiente escena entre Muñoz y Carlos; y en el trozo que sigue de su *Historia*, anima Hernán Cortes á sus soldados para la famosa empresa de Méjico:

M. ¿En fin, que me das licencia
y me prestas el oído?
Pues ármate de marido,
que es armate de paciencia.
Venía tu despreciada...
por Dios que la he de pintar
sólo para averiguar
si la puedes ver pintada.
Venía Leonor; es bella,
vive Cristo, aunque más digas,
pues da á los astros dos higas,
cuando con ellos se estrella;
y por no ver competida
su luz de esta que es primera,
se parte el sol de carrera,
y la luna de corrida.
A sus ojuelos no iguala
lo de las mil maravillas;
y con sus bellas mejillas
la rosa es vergüenza mala.
La boquilla es de las lindas,
sin hacer á nadie agravios:
quien ve el color de sus labios,
dirá que bebe con guindas.
Y en fin, toda tan airosa
se mostró allí...

C. Necio, calla:
ves que me duele el dejalla,
¡y me la pintas hermosa!
Píntame su condición
al lado de su hermosura,
y verás que esa pintura
cifrada está en un borrón.
Píntame su aleve trato;
y cuando la alabes más,
en mi razón hallarás
más color que en su retrato.
Píntame cómo es cruel,
cómo mil penas me da,
y dí...

M. Todo se andará
si no se quiebra el pincel.
Ahora iré á lo que dices,
diciendo cómo Don Diego
tuvo en los ojos el fuego,
pero el humo en las narices;
y cómo en viendo que vió
á Leonor en una calle,
donde debió de encontralle,
ofendelle, ó qué sé yo,
llegó á ella denodado
con semblante hácia cruel;
y cómo ella huyó de él,

y él la siguió porfiado;
y cómo cansada ya,
en una casa se entró;
y cómo me vine yo,
y cómo los dejé allá.

C. ¡Don Diego, ay Dios, tan airado!
¿Qué causa le pudo dar?...

M. Él debe de negociar,
á coces, como soldado.
Pero ¿aqueso te deshace?
Padezca, pues es mujer;
y pues hace padecer,
sepa la tal lo que hace.
Que yo, cuando estas taimadas
me dejan, siempre, señor,
quisiera que el sucesor
me las moliese á patadas.

Cuando considero, amigos y compañeros míos, cómo nos ha juntado en esta isla nuestra felicidad, cuántos estorbos y persecuciones dejamos atrás, y cómo se nos han deshecho las dificultades: conozco la mano de Dios en esta obra, que emprendemos, y entiendo que en su altísima Providencia, es lo mismo favorecer los principios que prometer los sucesos. Su causa nos lleva y la de nuestro rey, que también es suya, á conquistar regiones no conocidas, y ella misma volverá por sí, mirando por nosotros. No es mi ánimo facilitaros la empresa que acometemos; combates nos esperan sangrientos, facciones increíbles, batallas desiguales, en que habréis menester socorreros de todo vuestro valor; miserias de la necesidad, inclemencia del tiempo y asperezas de la tierra, en que os será necesario el sufrimiento, que es el segundo valor de los hombres y tan hijo del corazón como el primero; que en las guerras más veces sirve la paciencia que las manos. Hechos estáis á padecer, y hechos á pelear en esas islas, que dejáis conquistadas; mayor es nuestra empresa, y debemos ir prevenidos de mayor osadía; que siempre son las dificultades del tamaño de los intentos. Pocos somos; pero la unión multiplica los ejércitos, y en nuestra conformidad está nuestra mayor fortaleza; uno, amigos, ha de ser el consejo en cuanto se resolviere; una la mano en la ejecución; común la utilidad, y común la gloria en lo que se conquistare. Del valor de cualquiera de nosotros se ha de fabricar y componer la seguridad de todos. Vuestro caudillo soy, y seré el primero en aventurar la vida por el menor de los soldados. Más tendréis que obedecer en mi ejemplo, que en mis órdenes; y puedo aseguraros de mí, que me basta el ánimo á conquistar el mundo entero, y aun me lo promete el corazón con no se qué movimiento extraordinario que suele ser

el mejor de los presagios. Alto, pues, á convertir en obras las palabras; y no os parezca temeridad esta confianza mía; pues se funda en que os tengo á mi lado, y dejo fiar de mí lo que espero de vosotros.

D. Diego dé Saavedra Fajardo (1584-1648). El ilustre hijo de Algezares (Murcia), después de estudiar en Salamanca y de abrazar la carrera eclesiástica, emprendió la política, pasando á Roma, donde desempeñó varias comisiones diplomáticas, así como en Suecia y en Alemania. Es tenido, y no sin razón, el noble caballero de Santiago, como superior á los prosistas de su época, incluyendo á Quevedo. — Tres son sus principales obras: *Empresas políticas ó idea de un príncipe cristiano, República literaria* y *Corona gótica*. Maestro en el arte del decir, es profundo de pensamiento y esmerado de forma, siguiendo á los escritores latinos en concisión y majestad. Peca, sin embargo, de afectación por exagerar aquellas mismas virtudes, y es característico su estilo por no emplear cláusulas largas, sino antes al contrario, frases y períodos cortos; con lo que, separándose de nuestros clásicos y empleando un laconismo excesivo, resulta á veces oscuro, y aspira siempre á sentencioso. — La primera de las obras nombradas tiene el corte de otras analizadas ya, y que emplearon nuestros autores desde el siglo XIV en adelante. — Se reduce á «una serie de alegorías representadas mediante una empresa y seguida de sus correspondientes discursos, con los cuales nos dice el autor lo que debe ser un príncipe perfecto, presentándonos además muchos y oportunos ejemplos sacados de la historia.» He aquí el retrato que hace de Fernando «el Católico»:

En el glorioso reinado de Fernando, se ejercitaron todas las artes de la paz y de la guerra, y se vieron los accidentes de ambas fortunas, próspera y adversa. Las niñeces de este gran rey fueron adultas y varoniles; lo que en él no pudo perficionar el arte y el estudio, perficionó la experiencia, empleada su juventud en los ejercicios militares. Fué señor de sus afectos, gobernándose más por dictámenes políticos que por inclinaciones naturales. Reconoció Dios su grandeza y la gloria de las acciones propias, no de las heredadas. Tuvo el reinar más

por oficio que por sucesión. Sosegó su corona con la celeridad y la presencia; levantó la monarquía con el valor y la prudencia; la firmó con la religión y la justicia; la conservó con el amor y el respeto; la adornó con las artes; la enriqueció con la cultura y el comercio; y la dejó perpetua con fundamentos y institutos verdaderamente políticos.

Fué tan rey de su palacio como de sus reinos, y tan ecónomo en él como en ellos. Mezcló la liberalidad con la parsimonia, la benignidad con el respeto, la modestia con la gravedad, y la clemencia con la justicia. Amenazó con el castigo de pocos á muchos; y con el premio de algunos, cebó las esperanzas de todos. Perdonó las ofensas hechas á la persona, pero no á la dignidad real: vengó como propias las injurias de sus vasallos, siendo padre de ellos. Antes [illegible] el estado que el decoro. Ni le ensoberbeció la fortuna próspera, ni le humilló la adversa; sirvióse del tiempo, no el tiempo de él; obedeció á la necesidad, y se valió de ella reduciéndola á su conveniencia. Se hizo amar y temer. No se fiaba de sus enemigos, se recataba de sus amigos. Su amistad era conveniencia, su parentesco razón de estado, su confianza cuidadosa, su difidencia advertida, su cautela conocimiento, su recelo circunspección, su malicia defensa, y su disimulación reparo. Ni á su majestad se atrevió la mentira, ni á su conocimiento propio la lisonja.

Se valió sin valimiento de sus ministros; de éstos se dejaba aconsejar, pero no gobernar. Lo que pudo obrar por sí no fiaba á otros. Consultaba despacio y ejecutaba deprisa: en sus resoluciones antes se veían los efectos que las causas. Impuso tributos para la necesidad, no para la codicia ó el lujo. No tuvo corte fija, girando como el sol por los orbes de sus reinos. Trató la paz con la templaza y entereza, y la guerra con la fuerza y la astucia. Lo que ocupó el pié mantuvo el brazo y el ingenio, quedando más poderoso con los despojos. Tanto obraban sus negociaciones como sus armas: lo que pudo vencer con el arte no remitió á la espada. Ponía en ésta la ostentación de su grandeza, y su gala en lo feroz de sus escuadrones. Obraba lo mismo que ordenaba, y se confederaba para quedar árbitro, no sujeto. Ni victorioso se ensoberbeció, ni desesperó vencido. Firmó las paces debajo del escudo. Vivió para todos, y murió para sí.

D. Francisco de Quevedo y Villegas (1580-1645). Fué su cuna Madrid, y su familia noble; sobresalió en todos los estudios y creó una escuela, que antes de él, con varia fortuna, se inició en nuestra historia, pero que él acabó por darle cuerpo real, debien-

do considerársele como el verdadero padre del «conceptismo». Mientras Góngora inventó su estilo en la palabra, Quevedo le dió vida en las ideas; y en tanto que el primero marchaba como mariposa atraída por la luz tras los cambiantes de un fuego artificioso de palabras centelleantes y de refulgencias fantásticas, el segundo, acaso no queriendo decir su pensamiento con toda claridad en los tiempos en que floreciera, se valió de ingeniosidades que el vulgo y la gente poco avisada no podían comprender; y sutilizando el entendimiento, atraído por este camino y por el goce de un discreteo intelectual, se dejó arrastrar hacia intrincado laberinto, donde á veces es imposible penetrar. Todas las figuras de pensamiento, todos los jugueteos retóricos de dicción, todas las frases equívocas derrochó en sus producciones. — Talento verdaderamente genial, cultivó todos los géneros, desde los sagrados hasta los profanos; desde la profunda filosofía hasta la superficial y jocosa sátira; y bien puede decirse que acaso sea el más serio de nuestros pensadores, vestido con el ropaje alegre de la broma y de la insustancialidad. Acaso es de las pocas figuras de nuestra historia que puedan codearse con Cervantes y Calderón; ó por lo menos, tal vez sea el único que no desmerezca al lado de los primeros genios de España y del extranjero. De todos modos, aparte sus defectos de mal gusto, dentro de lo que hoy llamaríamos naturalismo desenfrenado, es tal la armonía de la versificación, el gracejo de su mordacidad, el hábil manejo de la lengua, que no debe vacilarse en asegurar que de él procede en parte la escuela realista de la literatura española. — Estudió en Alcalá humanidades, jurisprudencia, filosofía, matemáticas, teología, ciencias naturales, medicina, griego, árabe, hebreo, francés, italiano... figurando como un portento de la naturaleza entre sus compañeros y maestros. — Diestro como en las lides del pensamiento en las de las armas, tuvo que fugarse á Sicilia por consecuencia de un desafío, donde defendió á una dama desconocida. Encargado de misiones importantes cerca de varios Príncipes y Estados, se le concedió en recompensa el hábito de Santiago y una pensión.—Excepcional en todo hasta en la integridad de su carácter y conducta lo fué; y enemigo irreconciliable del fraude y

del engaño, se echó encima multitud de enemistades y se granjeó terribles antipatías. Preso en la torre de Juan Abad, de la cual era Señor, salió libre al cabo de tres largos años; encarcelado segunda vez, se le privó de honores y bienes, y la terminación de su vida fué bien triste, modesta y enfermiza. —Trece gruesos volúmenes forman las obras publicadas de este asombro de los siglos, y acaso material para otros tantos tomos haya con sus trabajos inéditos. Escribió en portugués algunas poesías, y cultivó todos los grados de la lírica y de la épica.—Sólo al teatro no mostró afición. —Para citar modelos de sus musas, sería preciso dedicar muchas páginas. Nos contentaremos, por consiguiente, con muy pocos ejemplos. — Otro tanto podemos decir de sus trabajos en prosa, de los cuales sólo extractaremos tal cual pasaje de alguna de sus muchas obras, cuyos títulos son como siguen: *Origen humilde del papel, Soneto del ladrón, Idem del narigudo, Epístola al Conde-Duque, Idem contra el matrimonio, Romance de Fabio, Silva á Roma, Retrato de Marco Bruto*, y dos *Cartas del Caballero de la Tenaza.*

Una incrédula de años
de las que niegan el fué,
y al limbo dan tragantonas
callando el Matusalén;
de las que detrás del moño
han procurado esconder,
si no el agua del bautismo
las edades de la fe;
buscaba en los muladares
los abuelos del papel,
(no quise decir andrajos
porque no se afrente el leer).
Fué, pues, muy contemplativa
la vejezuela esta vez,
y quedóse así elevada
en un trapajo de bien.
Tarazón de cuello era,
de los que solían ser
más azules que los cielos,
más entonados que juez.
Y bamboleando un diente,
volatín de la vejez,
dijo con la voz sin huesos,
y remedando el sorber:
«Lo que era ayer estropajo
que desechó la sartén,
hoy, pliego, manda dos mundos
y está amenazando tres.
Buen andrajo, cuando seas,
(pues que todo puede ser)
ó provisión ó decreto
ó letra de ginovés;
acuérdate que en tu busca
con este palo soez
te saqué de la basura
para tornarte á nacer.»
En esto, haciendo cosquillas
al muladar con el pie,

llamada de la vislumbre,
y asustado el interés,
si es diamante, no es diamante.
sacó envuelto en un cordel
un casquillo de un espejo,
perdido por hacer bien.
Miróse la viejecilla,
prendiéndose un alfiler,
y vió un orejón con tocas
donde buscó un Aranjuez,
dos cabos de ojos gastados
con caducas por niñez,
y á boca de noche un diente
cerca ya de anochecer.
Más que cabellos arrugas
en su cáscara de nuez;
pinzas por nariz y barba
con que el hablar es morder.
Y arrojándole en el suelo
dijo con rostro cruel:
«Bien supo lo que se hizo
quien te echó donde te ves.»—
señoras, si aquesto propio
Os llegare á suceder,
Arrojar la cara importa:
Que el espejo no hay por qué.

Yo que en este lugar haciendo Hurtados
tanto extendí la casa de Mendoza;
yo que desde el alcázar á la choza
sofaldé cerraduras y candados:
Estos dos garabatos sazonados,
con quien toda ventana se retoza,
galgos de mucho trasto y mucha broza,
ministros del *agarro* corcovados:
Esta lima, esta llave, con que allano
todo escondite, ofrezco ante las aras
del arañón de bolsas cortesano.
Y compungido de maldades raras,
harto de hurtar á palmos con la mano,
quiero Alguacil hurtar con ella á varas.

Érase un hombre á una nariz pegado,
érase una nariz superlativa,
érase una nariz sayón y escriva
érase un peje espada muy barbado.
Era un reloj de sol mal encarado,
érase una alquitara pensativa,
érase un elefante boca arriba,
era Ovidio Nasón más narizado.

Érase un espolón de una galera,
érase una Pirámide de Egito,
las doce tribus de narices era.
Érase un naricísimo infinito,
muchísima nariz, nariz tan fiera,
que en la cara de Anás fuera delito.

No he de callar, por más que con el dedo
ya tocando la boca ó ya la frente,
silencio avises ó amenaces miedo.
....
Pues sepa, quien lo niega, y quien lo duda,
que es lengua la verdad de Dios severo.
Y la lengua de Dios nunca fué muda.
.....
Y pródiga del alma, nación fuerte,
contaba por afrentas de los años,
envejecer en brazos de la suerte.
.. ..
Hilaba la mujer para su esposo
la mortaja primero que el vestido,
menos le vió galan que peligroso.
....
Del mayor infanzón de aquella pura
república de grandes hombres, era
una vaca sustento y armadura.
No había venido al gusto lisonjera
la pimienta arrugada, ni del clavo
la adulación fragante forastera.
Carnero y vaca fué principio y cabo,
y con rojos pimientos y ajos duros
tan bien como el señor comió el esclavo.
.....
¡Qué cosa es ver un infanzón de España
abreviado en su silla á la gineta,
y gastar un caballo en una caña!
. . ..
¡Con cuánta majestad llena la mano
la pica, y el mosquete carga el hombro
del que se atreve á ser buen castellano!

Dime, ¿por qué con modo tan extraño
procuras mi deshonra y desventura,
tratando fiero de casarme ogaño?
Antes para mi entierro venga el cura
que para desposarme; ántes me velen
por vecino á la muerte y sepultura.
Antes con mil esposas me encarcelen,
que aquesta tome; y antes que el *sí* diga,
la lengua y las palabras se me hielen.
Antes que yo le dé mi mano amiga,
me pase el pecho una enemiga mano;
y antes que el yugo, que las almas liga
Mi cuello abrace, el bárbaro Otomano
me ponga el suyo, y sirva yo á sus robos,
y no consienta el himeneo tirano.
Eso de casamientos, á los bobos,
y á los que en tí no están escarmentados,
simples corderos que degüellan lobos.
A los hombres que están desesperados,
cásalos, en lugar de darles sogas:
morirán poco menos que ahorcados.
....
Ofréceseme un soberbio casamiento,
sin ver que el ser soberbio es gran pecado,
y que es humilde mi cristiano intento.
Escribes que por verme sosegado
y fuera de este mundo, quieres darme
una mujer de prendas y de estado.
Bien haces, pues que sabes que el matarme,
para sacarme de este mundo importa,
y el morir se asegura con casarme.
Dícesme que la vida es leve y corta,
y que es la sucesión dulce y suave,
y al matrimonio Cristo nos exhorta;
Que no ha de ser el hombre cual la nave
que pasa sin dejar rastro ni seña
ó como en el ligero viento el ave.
¡Oh, si aunque yo pagase el fuego y leña,
te viese arder, infame, en mi presencia,
y en la de tu mujer que te desdeña!

Yo confieso que Cristo da excelencia
al matrimonio santo, y que le aprueba;
que Dios siempre aprobó la penitencia.
Confieso que en los hijos se renueva
el cano padre para nueva historia,
y que memoria deja de sí nueva.
Pero para dejar esta memoria,
le dejan voluntad y entendimiento,
y verdadera por soñada gloria.
. ...
De su buen parecer me has informado,
como si por ventura la quisiera,
por su buen parecer para letrado.
Que tiené condición de blanda cera:
bien me parece, Polo, pero temo,
que la derrita como tal cualquiera.

Parióme adrede mi madre,
¡ojalá no me pariera!
....
Dos maravedís de luna
alumbraban á la tierra;
que por ser yo el que nacía,
no quiso que un cuarto fuera.
Nací tarde porque el sol
tuvo de verme vergüenza,
en una noche templada
entre clara y entre yema.
Un miércoles con un martes
tuvieron grande revuelta,
sobre que ninguno quiso
que en sus términos naciera.
....
De noche soy parecido
á todos cuantos esperan
para molerlos á palos,
y así, inocente, me pegan.
Aguarda hasta que yo pase
si ha de caer una teja:
aciértanme las pedradas,
las curas sólo me yerran.
Si á alguno pido prestado,
me responde tan á secas,
que en vez de prestarme á mí
me hace prestar la paciencia.
No hay necio que no me hable,
ni vieja que no me quiera,
ni pobre que no me pida,
ni rico que no me ofenda.
No hay camino que no yerre,
ni juego donde no pierda,
ni amigo que no me engañe,
ni enemigo que no tenga.
Agua me falta en el mar,
y la hallo en las tabernas,
que mis contentos y el vino
son aguados donde quiera.
Dejo de tomar oficio,
porque sé por cosa cierta,
que siendo yo calcetero
andarán todos en piernas.

Si estudiara medicinas,
aunque es socorrida ciencia,
porque no curara yo
no hubiera persona enferma.
....
Siempre fué mi vecindad
mal casados que vocean,
herradores que madrugan,
herreros que me desvelan
Si yo camino con fieltro
se abrasa en fuego la tierra,
y llevando guarda-sol
está ya de Dios que llueva.
Si hablo á alguna mujer,
y la digo mil ternezas,
ó me pide ó me despide,
que en mí es una cosa mesma.
.....

Esta que miras grande Roma, ahora,
huésped, fué yerba un tiempo, fué collado,
primero apacentó pobre ganado:
ya del mundo la ves reina y señora.
Fueron en estos atrios Lamia y Flora
de unos admiración, de otros cuidado:
y la que pobre Dios tuvo en el prado,
deidad preciosa en alto templo adora.
....
Cuando nació, la dieron
muro un arado, reyes una loba,
y no desconocieron
la leche, si este mata, y aquel roba.
Dioses que trujo hurtados
del Dánao fuego la piedad troyana,
fueron aquí hospedados
con fácil pompa, en devoción villana;
fué templo el bosque, los peñascos aras,
víctima el corazón.
... .
Trofeos y blasones
que en arcos diste á leer á las estrellas,
y no sé si á envidiar á las más de ellas
¡oh Roma generosa!
Sepultados se ven donde se vieron
los orgullosos arcos
como en espejo, en la corriente undosa:
tan envidiosos hados te siguieron,

que el Tibre, que fué espejo á su hermosura,
los dá en sus ondas llanto y sepultura.
. . . . . .
Donde antes hubo oráculos, hay fieras;
y descansadas de los altos templos,
vuelven á ser riberas las riberas:
los que fueron palacios son ejemplos.

Era Marco Bruto varon severo, y tal que reprendía los vicios agenos con la virtud propia, y no con palabras. Tenía el silencio elocuente y las razones vivas. No rehusaba la conversación, por no ser desapacible, ni la buscaba por no ser entremetido. en su semblante resplandecía más la honestidad que la hermosura. Su risa era muda y sin voz: juzgábanla los ojos, no los oídos; era alegre solo cuanto bastaba á defenderle de parecer afectadamente triste. Su persona fué robusta y sufrida, lo que era necesario para tolerar los afanes de la guerra. Su inclinación era el estudio perpetuo, su entendimiento judicioso, y su voluntad siempre enamorada de lo lícito, y siempre obediente á lo mejor. Por esto las impresiones revoltosas fueron en su ánimo forasteras, é inducidas de Casio y de sus amigos, que poniendo nombre de celo á su venganza, se la presentaron decente, y se la persuadieron por leal.

Primera. Cuanto más me pide V., más me enamora, y ménos la doy. Miren donde fué á hallar que pedir ¡pasteles hechizos! Que aunque á mí me es fácil enviar los pasteles, y á V. hacer los hechizos, he querido suspenderlo por ahora V. muerda de otro enamorado: que para mí, peor es verme comido de mujeres que de gusanos; porque V. come los vivos, y ellos los muertos. A Dios hija: hoy día de ayuno, de ninguna parte; porque los que no envían no están en ninguna parte, solo están en su juicio.

Segunda. Doscientos reales me envía V. á pedir sobre prendas para una necesidad, y aunque me los pidiera para dos, fuera lo mismo. Bien mío, y mi señora: mi dinero se halla mejor debajo de llave que sobre prendas, que es muy humilde, y no es nada altanero, ni amigo de andar sobre nada: que como es de materia grave y no leve, su natural inclinación es bajar y no subir. V. me crea que no soy hombre

de prendas, y que estoy arrepentido de lo que he dado sobre V. Si V. dá en pedir, yo daré en no dar, y con tanto daremos todos. Guarde Dios á V., y á mí de V.

Con intención hemos dejado para este sitio á Lope de Vega, á fin de reunirlo con los otros grandes dramaturgos del siglo XVII, aunque, cronológicamente, pudo colocarse á fines del XVI. Pero nuestro siglo de oro, en realidad, comienza en éste y concluye en el antes nombrado; es decir, que el momento culminante de nuestra literatura, llegando á su mayor edad y esplendor en todos los géneros, puede decirse que alcanza desde mediados del siglo XVI hasta mediados de la siguiente centuria. Y estudiados todos los ingenios de primero y segundo orden que impulsaron la literatura nacional hasta colocarla en tan alto grado, restan sólo los principales dramaturgos para completar el cuadro. — De todos ellos, **Fray Lope Félix de Vega Carpio** (1562-1635) aparece bajo el punto de vista de la fecundidad como el mayor portento de la naturaleza; y gran parte de su fama póstuma y de la popularidad que gozó entre sus contemporáneos ha de atribuírse á que fué el verdadero fundador del teatro nacional. Abandonando la forma culterana y erudita en la poesía, para lanzarse á los metros populares y al sentido sencillo y usual de las gentes llanas, escribió para el vulgo y creó para todos el gran teatro moderno.—En su tiempo fué llamado «Fénix de los ingenios», siendo acreedor á semejante título por las maravillosas cualidades que le adornaban y por la flexibilidad de su temperamento artístico, adecuado para el cultivo de todos los tipos literarios. — No hubo clase alguna dentro de la poesía, género alguno dentro de la literatura, en que no diera muestra preciada de sus extraordinarias facultades; desde el madrigal hasta el gran poema épico; desde la oda sencilla hasta el drama trágico; desde la canción burlesca hasta la novela, en todo demostró lo que antes queda dicho. Con su adivinación genial, comprendió cuál debía ser en lo porvenir el teatro, y cómo había de ser la escena moderna á diferencia del «uso antiguo», y del gusto que llegó hasta sus días valiéndose para sus obras de la hábil discreción de complacer á los erudi-

tos por el lenguaje bello y culto en que exponía los conceptos, y satisfacer á la generalidad por la elección de los asuntos y la natural presentación de las pasiones y pintura de los caracteres. — Dada su fecundidad no es extraño que empañe sus méritos cierta incorrección, hija del natural descuido, así como la falta de originalidad que en ocasiones se advierte, repitiendo tipos, situaciones, sentimientos, palabras y hasta escenas completas. — Son muy lindas, entre sus líricas, las composiciones *A la vida del campo,* la tan conocida *A la barquilla,* y sus sonetos. En el género épico, los nombres de *Circe, Andrómeda* y *Filomena* son prueba de sus talentos dedicados á las fábulas; *El Isidro,* en el sagrado, es otro poema muy estimable, y, por último, *La corona trágica,* pintando el desdichado fin de María Stuardo, y *La Jerusalén conquistada,* que él estimaba como la mejor de sus obras y la que más renombre le daría, tanto entre sus contemporáneos cuanto en la posteridad, forman variado é interesante conjunto de bellezas. El asunto de este último poema es la conquista de Jerusalén por Saladino. La índole de nuestro libro no consiente que entremos á juzgar detalladamente la obra que nos ocupa, que realmente desmerece bajo el punto de vista del plan de tan altas prendas de insigne autor, y es posible que si no llegó á la elevación requel rida en la épica acaso deba culparse á su tiempo y á nuestra raza-porque sabido es que esta clase de poesía no ha logrado desenvolverse en nuestro pueblo como en otros, por causas que no son del caso analizar. — En cuanto al subgénero didáctico, no quiso Lope ser menos que Juan de la Cueva, y si éste escribió su *Ejemplar poético,* Lope compuso su famoso *Arte nuevo de hacer comedias,* á veces en versos rimados, á veces en versos sueltos y en sentido humorístico; él mismo se llama á sí propio «bárbaro» al defender su doctrina. En el género sagrado, plagió á Fray Luis de León en su composición á *Cristo Crucificado* y otras, como si no supiera él inspirarse y sentir por sí la poesía mística, y como si artificialmente la produjera en vez de hacerlo en forma espontánea.

Para juzgar aproximadamente de las condiciones de Lope de Vega, bastará decir, en resumen, que compuso 1.800 comedias en tres actos, y todas en verso; 400 autos sacramentales; mu-

chísimos intermedios, además de los poemas antes citados; otros burlescos, disertaciones varias, epístolas, sonetos, composiciones sueltas, novelas (como las de la *Fuga de las vocales*, y la picaresca *Dorotea*, nueva «Celestina»), etc., etc. — Se calcula que si se repartiesen sus obras en los setenta años que vivió tocaría cada día á ocho páginas escritas, y sus trabajos publicados componen el número verdaderamente asombroso de 133.000 y 21.000.000 de versos. Él mismo declara que en un día de trabajo componía una comedia,

> y más de ciento en horas veinticuatro
> pasaron de las Musas al Teatro.

Lope, á quien Cervantes, con razón, llamó monstruo de la naturaleza, nació en Madrid, y muy niño todavía, componía versos; y á los once años era autor de varias piezas cortas. Su esmerada educación le hizo aprender todas las ciencias y artes, llegando á ser maestro hasta en las distracciones de recreo, como eran entonces la esgrima, la danza y la música. Completados en Alcalá sus conocimientos, empezó para él su trabajo formal al quedar joven huérfano, y escaso de hacienda, entrando á servir al inquisidor general, obispo de Ávila; pero necesitando mayor horizonte sus aspiraciones, se lanzó á visitar fuera de su patria otros países, cambiando por las vicisitudes de la espada la tranquilidad de una vida cómoda. Después de azarosa existencia de soldado, en cuya vida galante no sucumbió en su espíritu la sublimación de la mujer como prototipo supremo de la belleza y la virtud, entregóse al trabajo, pasado dicho paréntesis, con ardor extraordinario. Abandonó la secretaría del duque de Alba y se casó con doña Isabel de Urbina, de quien tuvo que separarse para cumplir su destierro en Valencia por causa de un desafío. Viudo á poco de esto, se embarcó en la «Armada invencible», y de regreso, sirvió á varios potentados hasta que se casó en segundas nupcias con doña Juana de Guardio, de quien tuvo dos hijos, y de quien quedó viudo de nuevo á poco tiempo, perdiendo también al vástago varón. Se dice que asimismo tuvo otros dos fuera de

matrimonio, uno de los cuales murió en una expedición naval: dolores todos que le hicieron cambiar el rumbo de su vida trocando el estado seglar por el eclesiástico. — Se han clasificado las obras de Lope en la forma siguiente: 1.°, comedias de costumbres (un tanto libres), en el estilo latino; 2.°, de intriga, ó sea de capa y espada; 3.°, pastoriles, al gusto italiano; 4.° heroicas, tomadas de las leyendas de la historia; 5.°, tragedias en el estilo moderno y propio del que son sus dramas; 6.°, mitológicas; 7.°, sagradas, y 8.° filosóficas, en donde se desenvuelve ó se plantea una máxima moral ó un problema social y humano. — El drama más hermoso, es sin duda alguna *Sancho Ortiz de las Roelas*, y de él daremos algunas muestras más adelante, así como de alguna de las obras nombradas anteriormente. Y para no dilatar más este trabajo, reproducimos varios modelos á continuación: 1.°, de la *Vida del campo;* 2.°, de la oda *A la barquilla;* 3.°, un soneto; 4.°, de la *Gatomaquia*, y 5.°, de *Sancho Ortiz*, ó *La Estrella de Sevilla*:

.....

Cuando de las humanas
tinieblas vi del cielo
la luz, principio de mis dulces días;
aquellas tres hermanas,
que nuestro humano velo
tejiendo, llevan por inciertas vías,
las duras penas mías
trocaron en la gloria
que en libertad poseo
con siempre igual deseo,
donde verá por mi dichosa historia,
quien más leyere en ella,
que es dulce libertad lo menos della.
Yo pues, Señor, exento
desta montaña y prado,
gozo la gloria y libertad que tengo.
Soberbio pensamiento
jamás ha derribado
la vida humilde y pobre que entretengo

cuando á las manos vengo
con el muchacho ciego,
haciendo rostro embisto,
vengo, triunfo y resisto
la flecha, el arco, la ponzoña, el fuego,
y con libre albedrío
lloro el ajeno mal y canto el mío.
Cuando la aurora baña
con helado rocío
de aljófar celestial el monte y prado,
salgo de mi cabaña,
riberas deste río,
á dar el nuevo pasto á mi ganado;
y cuando el sol dorado
muestra sus fuerzas graves,
al suelo el pecho inclino
debajo un sauce ó pino,
oyendo el son de las parleras aves,
ó ya gozando el aura,
donde el perdido aliento se restaura.
Cuando la noche escura
con su estrellado manto
el claro día en su tiniebla encierra,
y suena en la espesura
el tenebroso canto
de los nocturnos hijos de la tierra,
al pie de aquesta sierra
con rústicas palabras
mi ganadillo cuento,
y el corazón contento
del gobierno de ovejas y de cabras,
la temerosa cuenta
del cuidadoso rey me representa.
Aquí la verde pera
con la manzana hermosa,
de gualda y roja sangre matizada,
y de color de cera
la cermeña olorosa
tengo, y la endrina de color morada;

aquí de la enramada
parra que el olmo enlaza,
melosas uvas cojo;
y en cantidad recojo,
al tiempo que las ramas desenlaza
el caluroso estío,
membrillos que coronan este río.
.....

Pobre barquilla mía,
entre peñascos rota,
sin velas desvelada,
y entre las olas sola;
¿adónde vas perdida?
¿adónde, dí, te engolfas?
que no hay deseos cuerdos
con esperanzas locas.
Como las altas naves,
te apartas animosa
de la vecina tierra
y al fiero mar te arrojas.
Igual en las fortunas,
mayor en las congojas,
pequeña en las defensas,
incitas á las ondas.
Advierte que te llevan
á dar entre las rocas
de la soberbia envidia,
naufragio de las honras.
Cuando por las riberas
andabas costa á costa,
nunca del mar temiste
las iras procelosas:
segura navegabas;
que por la tierra propia
nunca el peligro es mucho
adonde el agua es poca.
Verdad es que en la patria
no es la virtud dichosa;
ni se estimó la perla
hasta dejar la concha.
Dirás que muchas barcas
con el favor en popa,
saliendo desdichadas
volvieron venturosas.
No mires los ejemplos
de las que van y tornan;
que á muchas ha perdido
la dicha de las otras.
Para los altos mares
no llevas cautelosa,
ni velas de mentiras,
ni remos de lisonjas.
....
No quieras que yo sea,
por tu soberbia pompa,
faetonte de barqueros,
que los laureles lloran.
Pasaron ya los tiempos,
cuando lamiendo rosas,
el céfiro bullía
y suspiraba aromas.
Ya fieros huracanes
tan arrogantes soplan,
que sálpicando estrellas,
del sol la frente mojan.
Ya los valientes rayos
de la vulcana forja,
en vez de torres altas

abrasan pobres chozas.
Contenta con tus redes,
á la playa arenosa
mojado me sacabas;
pero vivo, ¿qué importa?
....
Mi honesto amor te obligue:
que no es digna victoria,
para quejas humanas,
ser las deidades sordas.
Mas ¡ay, que no me escuchas!
pero la vida es corta;
viviendo, todo falta,
muriendo, todo sobra.

Daba sustento á un pajarillo un día
Lucinda, y por los hierros del portillo
fuésele de la jaula el pajarillo
al libre viento, en que vivir solía.
Con un suspiro á la ocasión tardía
tendió la mano, y no pudiendo asillo,
dijo (y de sus mejillas amarillo
volvió el clavel que entre su nieve ardía):
«¿Adónde vas? por despreciar el nido
al peligro de ligas y de balas,
el dueño huyes que tu pico adora?»
Oyóla el pajarillo enternecido
y á la antigua prisión volvió las alas;
¡Que tanto puede una mujer que llora!

Zapaquilda gallarda.
estaba en su balcón, que no atendía
más de á saber si Mizifuf venía,
cuando Garraf su paje,
si bien de su linaje,
llegó con un papel y una bandeja;
ella la cola y el confín despeja
y la bandeja toma
sobre el negro color labrada de oro
por el indio oriental, y con decoro
mira si hay algo que primero coma:
ofensa del cristal de la belleza,
propia naturaleza
de gatas ser golosas,

aunque al tomar se finjan melindrosas,
y antes de oír al paje
ve las alhajas que el galán envía,
¡qué joya, qué invención, qué nuevo traje!
En fin, vió que traía
un pedazo de queso
de razonable peso
y un relleno de huevos y tocino:
dos cintas que la sirvan de arracadas,
galas que sólo á gatas regaladas,
cuando pequeñas, las mujeres ponen,
que de rosas de nacar las componen.
Tomó luego el papel y con sereno
rostro, apartando el queso y el relleno,
vió que el papel decía:
«Dulce señora, dulce prenda mía,
sabrosa (aunque perdone Garcilaso,
si el consonante mismo sale al paso)
más que la fruta del cercano ajeno,
ese queso, mi bien, ese relleno,
y esas cintas de nacar os envío
señas de la verdad del amor mío.»
Aquí llegaba Zapaquilda, cuando
Marramaquiz celoso, que mirando
estaba desde un alto caballete
tan gran traición, colérico arremete,
y echa veloz, de ardiente furia lleno,
una mano al papel y otra al relleno.
Garraf se pasma y queda sin sentido,
como el que oyó del arcabuz el trueno
estando divertido;
á quien el ofendido
tiró una manotada con las fieras
uñas, de suerte que formando esfera
por la región del aire vagoroso
le arrojó tan furioso,
que en el claro cristal de sus espejos
pudo cazar vencejos
menos apasionado y más ocioso.

No de otra suerte el jugador ligero
le vuelve la pelota al que la saca
herida de la pala resonante,
quéjase el aire, que del golpe fiero
tiembla hasta tanto que el furor se aplaca,
y chaza al que interviene el pie delante.
El gatazo arrogante
sin soltar el relleno, despedaza
el papel que en los dientes
con la espuma celosa vuelve estraza,
y á Zapaquilda atónita amenaza.
Como se suele ver en las corrientes
de los undosos ríos quien se ahoga:
que asiéndose de rama, yerba ó soga,
la tiene firme, de sentido ajeno,
así Marramaquiz tiene el relleno:
que ahogándose en congojas y desvelos,
no soltaba la causa de sus celos.
¡Oh, cuánto amor un alma desespera,
pues cuando ya se ve sin esperanza,
en un relleno tomará venganza!
¿Mas quién imaginara que pudiera
dar celos al amor en ocasiones
con rellenos de huevos y piñones?

(Sancho.) Señor:
Siendo Roelas, y soldado,
¿me quereis hacer traidor?
¡Yo dar muerte á un desarmado!
Cuerpo á cuerpo he de matalle,
donde Sevilla lo vea,
ó en la plaza ó en la calle:
que al que mata y no pelea,
nadie puede disculpalle.
Vos decís que está culpado;
y porque ese es su destino,
y vos me lo habeis mandado,
lo mataré como honrado
pero no como asesino.

(Idem.)

¡Muerto soy!... ¡Sentencia fiera!
cuanto bien pensé encontrar,
voló, como si humo fuera...
¿Si acaso mal lo leí?
mano, no á temblar empieces...
á Bustos Tavera... sí...
Bustos Tavera... mil veces...
caiga el cielo sobre mí...
perdido soy... ¿Qué he de hacer?

al rey la palabra he dado;
soy noble... ¿Y he de perder
después de tanto cuidado
á Estrella? No puede ser.
Viva Busto... Busto injusto,
contra su rey, ¿por mi gusto
ha de vivir?... Bustos muera...
¿A qué batalla tan fiera
me entrega tu nombre, Busto?
Yo no puedo con mi honor
cumplir, si á mi amor acudo;
¿mas quién resistirse pudo,
si es verdadero el amor?
morirme será mejor
ó ausentarme, de manera
que por mi mano no muera...
¿Pero al rey he de faltar?
Si le mata por Estrella
el Rey, y en servirla trata,
si por Estrella le mata,
no muera Bustos por ella.
Ofenderle es ofendella...
¡La espada sacásteis vos,
y al Rey quisísteis herir!
¿El Rey no pudo mentir?
¡no, que es imagen de Dios!
Bustos, habeis de morir:
no hay ley que tanto me obligue
mi loco amor se mitigue.
No sé si es injusto el Rey;
es obedecerle ley;
si lo es, Dios le castigue.
¡Perdóname, Estrella hermosa,
que no es pequeño castigo
por no perder otra cosa,
perderte, y ser enemigo
de mi más querida esposa!
.....

Estrella y Sancho, en la misma obra:

E. ¡Sosténme, Teodora un poco!
Sosténme, que estoy sin brío...
Acércame á ese infelice,
de mi sosiego enemigo,
que fué duro como un mármol,
y está como un mármol frío...
Vuélveme á sentar, amiga...
No pueden mis pies conmigo...
¿Lloras, Sancho? ¿En ese pecho
tan feroz y empedernido
pudo lástima caber
del pesar y dolor mío?
¿Del dolor que vos causais?
Acercádmelo, os suplico;
que aun alzar la voz no puedo.
S. ¡Gran Dios! ¿Hay mayor suplicio?
E. Dime, corazón de piedra,
Sancho, por mi mal nacido,
de odio y de amor junto extraño,
y origen de mis martirios;
¿en que te ofendió mi hermano?
Estrella ¿en qué te ha ofendido?
¡De donde esperé el amparo
la desolación me vino!
¡Me trajo la desventura
de donde esperé el alivio!
S. Pues veis que un corazón duro,
cual decís, y empedernido,
llora, ¿qué me preguntais?
Leed el interior mío;
que estas lágrimas os dicen
todo aquello que no digo.

El dolor que ellas publican
del aparente delito,
pudiera ser gloria acaso
si fuera de ellas más digno;
pero de ser digno dejo
porque lo soy en sentirlo.

E. No vos entiendo, don Sancho.

S. Ni yo me entiendo á mí mismo.

E. ¿No sabías las venturas
que el amado hermano mío
te preparaba?

S. Señora,
Bustos propio me las dijo.

E. ¿Y pagaste su fineza
con darle la muerte, impío?

S. Pues entonces le maté,
ved cuál sería el motivo.

E. ¿Dió él la causa?

S. No la dió.

E. ¿Y la dí yo?

S. Estais sin juicio:
¡vos ofender á don Sancho!

E. Pues si los dos no hemos sido,
¿quién pudo tanto con vos
que os arrastró al precipicio?
¿Ha sido el Rey?

S. ¡Ay, Estrella!
No fué sino mi destino.
Maté á un hombre, maté á Bustos,
maté á mi mayor amigo,
á un hombre, tal que primero
me mataría á mi mismo;
y lo maté con razón,
matándole sin motivo.
Cometí una atrocidad,
mas no cometí un delito.
Ni puedo, ni diré más;
y aun más que debiera he dicho:
enteded vos lo que callo
por lo mismo que no digo.

S. Decidle á su Alteza, amigo,
que yo cumplo lo que ofrezco;
y si él es don Sancho el Bravo
yo de Sancho Ortiz me precio.
Añadid que bien pudiera
tener papel; mas me afrento
de que papeles le pidan
á uno que sabe romperlos.
Alguno quedó que acaso
por su firma fuera bueno;
mas porque nadie lo viese
supe comérmelo entero;
y en verdad, que todo el día
no he querido otro sustento.
Yo maté á Bustos Tavera;
y aunque libertarme puedo,
no quiero, por entender
que alguna palabra ofendo.
Rey soy en cumplir la mía,
y tan exacto y completo,
que si en esto ser pudiera,
más que rey, no fuera menos.
Quien conmigo ha prometido,
es razón haga lo mesmo:
obre quien se obligó hablando,
pues yo me he obligado haciendo,
á quien me dijo: «Prudente
sois vos, obrad y callemos.»
....

Sabido es que al par de Lope y Calderón florecen otros ingenios que, sin llegar á la altura colosal de estos dos, mantienen sin embargo su reputación de talentos de primera fuerza. Son estos «Tirso de Molina», Alarcón, Moreto y Rojas, y ellos cuatro, con los dos primeramente citados, forman el grupo de los grandes dramaturgos españoles, por quienes la escena nacional ha logrado dentro y fuera de España renombre eterno y gloria inmarcesible. — Dejaremos á Calderón para el último, y estudiaremos sucesivamente á los restantes ya citados. En opinión de algunos críticos, á no existir Lope de Vega, hubiera sido Tirso el rey de la escena española bajo el punto de vista de la fecundidad, pues al igual de aquél, compuso en catorce años 300 comedias; y además, bajo el respecto de lo que se llama «vis cómica», es muy superior al mismo «Fénix de los Ingenios». En Tirso no es la mujer, en cambio, aquella divinidad ante la cual se prosternan siempre los personajes de Lope, sino que más ó menos, todas afectan cierta liviana ligereza. De vez en cuando se permite usar un lenguaje libre y hasta licencioso, aunque su gracia hace que se perdone la desenvoltura con que habla. Muchas de sus obras fueron prohibidas, cayendo en el disgusto y descrédito públicos autor y producción, y sólo se ha resucitado el prestigio del insigne monje, dos siglos después. Aunque hay cierta repetición y parecido en los argumentos, tanto de las comedias como de los dramas, no es este defecto en que él sólo incurre, sino la mayoría de nuestros dramáticos. Las escenas chistosas y de movimiento están presentadas con tal verdad, y hablan los personajes de modo tan natural y corriente que, purgadas de algunas frases de color subido, hoy mismo se representan sus comedias en nuestra escena, teniendo la frescura propia de los autores contemporáneos. — **Gabriel Téllez** (1585-1648) nació en Madrid, sin que pueda asegurarse que es exacta la fecha de su nacimiento, porque todo lo que se refiere á su vida hállase envuelto en las sombras, parte porque él mismo las produjera (ignorándose por qué), parte porque sus contemporáneos le combatiesen, sin que nadie se preocupase de averiguar nuevos y más verídicos pormenores. Tampoco se sabe la razón de adoptar como nombre de

guerra el pseudónimo de «Tirso de Molina», con que desde un principio se disfrazó. Sábese que estudió en Alcalá, y andando el tiempo y ya entrado en años, según se cree, buscó en el retiro del claustro tranquilidad, tomando el hábito de la Merced calzada. Dentro de su orden desempeñó cargos de importancia, hasta ser elegido comendador del convento de Soria, donde se supone falleció con más de sesenta años. Alguien dice que fué casado, y que vivió durante su juventud en Portugal y otras naciones, sirviendo en nuestros ejércitos; pero nadie puede asegurar estas noticias. — Además de sus comedias, publicó con el título de *Deleitar aprovechando*, colección de cuentos y novelas cortas, á los que dió su verdadero nombre; escribió la historia general de la orden á que perteneció y otros trabajos de diversa índole, con lo cual demostró sus variadas aptitudes. — Y si en la manera de presentar el plan de sus obras, no siempre es acertado, bajo el punto de vista en cambio del manejo de la lengua, tanto en verso como en prosa, acaso no tenga rival entre sus contemporáneos, y aun entre sus antepasados. Por último, en la cualidad de la sencillez y verdad en la pintura de los personajes, y en la descripción de los caracteres, si alguno le iguala, nadie le supera, porque jamás el villano expresa su pensamiento como el noble, ni la mujer honrada se produce en términos parecidos á la desenvuelta y procaz. Una sola vez parece ser que desmintió su habitual costumbre de presentar al bello sexo en tipos poco atractivos y deshonestos, y lo hizo por cierto de modo magistral en su afamada obra *La prudencia en la mujer*. Permítasenos trasladar ahora alguna escena de sus obras principales, como son: *La villana de Vallecas*, *Pruebas de amor y amistad*, y *Mari-Hernández la Gallega*. — Por último, aunque no tuviera Tirso otro título á la fama inmortal que el de ser autor de *El burlador de Sevilla*, padre del tipo de *Don Juan* que ha recorrido el mundo y se ha repetido en tantas literaturas, sería bastante para colocar su nombre entre los más ilustres del Parnaso español.

D. Juan y Violante, en *La villana de Vallecas*:

D. J. Vos seais tan bien venida
como por Mayo la lluvia,
como por Enero el sol,
como en creciente la luna,
que alegrando el caminante,
preside en la noche oscura,
y enseñándole la senda,
sus peligros asegura.
V... ¿Aquí estaba su merced?
¡Han vido lo que madruga!
D. J. El cuerpo sí, porque el alma
desde que ayer os vió, os busca.
....
D. J. Donaire teneis.
V.... Sin *don*;
que en Vallecas más se usa
el aire al limpiar las parvas
que el don que mos las ensucia.
¿Tienen de bajar por pan?
D. J. ¿Es blanco?
V.... Como el azúcar.
D. J. ¿Sabroso?
V.... Como unas nueces.
D. J. ¿Reciente?
V... Que abrasa y suda.
D. J. Todo lo que vos traeis quema.
V.... Será calentura.
D. J. ¿Habéisle vos amasado?
V.... Pues.
D. J. ¿Vos misma?
V.... ¡No, si el cura!
D. J. Partidle, veré si es blanco.
V.... ¿Es antojo?
D. J. ¿Quién lo duda?
. .....
V.... Tome.

D. J. Habéisle de partir
con los dientes.
V.... De mi burra.
¿Y querrá que se le masque?
D. J. También.
V.... Arre, que echa pullas.
D. J. Pan de vuestra hermosa boca,
dado contra mordeduras
de celos, perros rabiosos,
es pan que el amor saluda.
V.... ¿Luego rabia su merced?
D. J. Casi, casi.
V.... Dóle á Judas:
apártese no me muerda,
y pegue el mal á mi rucia.
. ...
D. J. En el campo vivís vos;
cazadora es mi ventura
caseras aves la enfadan,
perdices del campo busca.
V.... Pardiez que en eso acertáis:
que las aves ó avechuchas
de Madrid, son papagayos,
pluma hermosa y carne dura.
....
D. J. ¿Hay gracia más sazonada?
Dame esa mano.
V.... ¡O.....!
.....
D. J. Dámela, no seas cruel.
V.... Hágase allá; no se aburra
por ella, que tiene dueño.
D. J. Ea.
V.... A fe que le sacuda.
¿No le he dicho que hay quien pida
cuenta de ella?
D. J. ¿Cuenta?
V.... Y mucha.

D. J. ¿Luego quieren bien?
V.... Un poco.
D. J. ¿Amor tienes?
V.... Una punta.
D. J. ¿Eres casada?
V.... En eso ando.
D. J. ¿Serás, pues, doncella?
V.... En muda.
D. J. ¿Estás concertada?
V.... Estaba.
D. J. ¿Y ahora?...
V.... Se ofrecen dudas.
D. J. ¿Qué esperas?
V.... Que mos arrojen.
D. J. ¿De dónde?
V.... De la trebuna.
D. J. ¿Para desposaros?
V.... Pues.
D. J. ¿Quién lo estorba?
V.... Mi fortuna.
D. J. ¿Tienes celos?
V.... Por arrobas.
D. J. ¿Con justas causas?
V.... Con justas.
D. J. Yo te vengaré.
V.... ¿Y podrá?
D. J. ¿Pues no?
V.... Es persona robusta.
D. J. ¿No es villano?
V.... Eslo en trato.
D. J. Pues muera.
V.... ¿Quién lo arrempuja?
D. J. Tu agravio.
V.... Él se enmendará.
D. J. Los míos.
V.... ¿En qué le injuria?
D. J. En amarte.
V.... ¡A Dios pluguiera!
D. J ¿Es mudable?
V.... Cual la luna.
D. J. Aborrécelle.
V.... ¿Por quién?
D. J. Por mí.
V.... ¡Arre, que echa pullas!
.....
¿Parécele á su merced
que las labradoras usan
quillotres de amor infame,
sino es con voluntad lumpia?
D. J. Limpio es mi amor.
V.... Si le lava,
¿Casárase él por ventura
conmigo como mi Antón?
D. J. Por ventura, y será mucha
la que el cielo me dará.
.....
¿Y empalagaráse luego?
D. J. Amor firme siempre dura.
V.... Lo dulce luego empalaga,
y como el amor es fruta
suele comerse al principio
y enfadar después madura.
D. J. No hayas miedo de eso.
V.... ¿A fe?
D. J. Por tu vida.
V.... ¿Y por la suya?
D. J. Toda es una.
V.... En fin, ¿le agrado?
D. J. Infinito.
V.... ¿Iré segura?
D. J. Noble soy.
V.... ¿Querráme mucho?
D. J. Adoraréte.
V.... ¿De burlas?
D. J. De veras.
V.... ¿Regalaráme?
D. J. Como á reina.
V.... ¿Hará locuras?

D. J. En quererte.
V.... ¿Es namorado?
D. J. Más que un portugués.
V.... ¿Arrulla?
D. J. Como palomo.
V.... ¿Rezonga?
D. J. De ningun modo.
V.... ¿Murmura?
D. J. Pocas veces.
....
V.... Si hay comedias...
D. J. No las perderás.
V.... ¿Ninguna?
D. J. Ninguna, pues.
V.... ¿Iré al prado?
D. J. Irás al sol.
V.... ¿Y á la luna?
D. J. El verano.
V.... ¿Y qué ha de darme?
D. J. El alma.
V.... Arre, que echa pullas.
....

Estela, en *Pruebas de amor y amistad:*

Mal don Grao, conjeturais,
si del monte que frecuento,
con tan poco fundamento
que no tengo amor sacais.
Porque antes me dan lección
sus peñas, plantas y flores,
que en la facultad de amores
eternas escuelas son.
Las peñas, de su firmeza
me enseñan á ser constante;
no hay planta que no sea amante,
coronando su cabeza
de las yedras, cuyos lazos
tejen laberintos bellos;
pues si unas aumentan cuellos
otras multiplican brazos.
Las flores cuyos matices,
labran planteles perfetos,
de amor imitan afetos
ya prósperos, ya infelices,
y siendo sus semejanzas,
pintan con varios colores,
en lo amarillo temores
como en lo verde esperanzas.
Si lo azul me causa celos,
lo morado me asegura,
lo blanco es voluntad pura,
si lo leonado desvelos;
y todo junto pregona
con guirnaldas que me ofrece,
que al que amando permanece
la posesión le corona;
y así estos montes, de donde
conjeturais mi desdén,
me enseñan á querer bien.
....

D. Diego de Haro, en *La prudencia en la mujer:*

Infantes, de mi Estado la aspereza
conserva limpia la primera gloria
que le dió, en vez de Rey, naturaleza,
sin que sus rayos pase la vitoria.

REESE LIBRARY OF THE UNIVERSITY

Un nieto de Noé la dió nobleza;
que su hidalguía no es de ejecutoria,
ni mezcla con su sangre, lengua ó traje,
mosaica infamia que la suya ultraje.
Cuatro bárbaros tengo por vasallos,
á quien Roma jamás conquistar pudo,
que sin armas, sin muros, sin caballos,
libres conservan su valor desnudo.
Montes de hierro habitan, que á estimallos,
valiente en obras, y en palabras mudo,
á sus miras guardárades decoro,
pues por su hierro España goza su oro.
Si su aspereza tosca no cultiva
aranzadas á Baco, hazas á Ceres,
es porque Venus huya, que lasciva
hipoteca en sus frutos los placeres.
La encina hercúlea, no la blanda oliva,
teje coronas para sus mujeres,
que aunque diversas en el sexo y nombres,
en guerra y paz se igualan á sus hombres.
El árbol de Garnica ha conservado
la antigüedad que ilustra á sus señores,
sin que tiranos le hayan deshojado,
ni haga sombra á confesos ni á traidores.
En su tronco, no en silla real sentado,
nobles, puesto que pobres, electores
tan solo un señor juran, cuyas leyes
libres conservan de tiranos reyes.
Suyo lo soy agora, y del Rey tío,
leal en defendelle, y pretendiente
de su madre, á quien dar la mano fío,
aunque la deslealtad su ofensa intente.
Infantes, si á la lengua iguala el brío,
intérprete es la espada del valiente;
vizcaíno es el hierro que os encargo,
corto en palabras, pero en obras largo.

La protagonista, en *Mari-Hernández la Gallega:*

Si vos, el hechizador,
lo sentís como lo habrais,
á buen puerto vos llegais,
que á la fe que os tengo amor.
No lo saben sermonear
los de acá tan á lo miel:
quizás lo hace el burriel,
ó el carrasqueño manjar;
mas vos, aunque carihato,
en cada ojo socarrón
tenedes, si hechizos son,
dos varas de garabato.
Yo sirvo al mejor serrano
que toda la Limia tien:
es rico é home de bien,
é cinco ducados gano.
Siete da á cada vaquero:
si él os recibe y conoce,
siete y cinco serán doce:
juntaremos el dinero,
haremos hucha yo y vos;
diez años le serviremos;
la alcancía quebraremos,
á los diez años los dos.
A doce ducados, son
diez años, si bien los cuento,
diez á doce, veinticiento,
que será rico pellón.
Compraremos bacorriños,
que los gallegos son bravos;
un prado en que sembrar navos,
dos cabras y dos rociños,
cogeremos ya el centeno,
ya la boroa, ya el millo;
buen pan éste, aunque amarillo,
sano el otro, aunque moreno:
gallinas que con su gallo
nos saquen cada año pollos;
manteca de vaca en rollos;
seis castaños, un carballo,
una becerra y un buey;
á los diez años pasados,
podrá envidiarnos casados
el conde de Monterey.

Aunque en realidad nos hemos propuesto dejar para el relato de la literatura americana aquellos de nuestros poetas que nacieron en los paises descubiertos por Colón, exceptuamos á **D. Juan Ruiz de Alarcón,** nacido en Tasco (Méjico) en los últimos años del siglo XVI, sin que se conozca la fecha precisa. Hacia 1622 se le encuentra en Europa, y habiendo estudiado las enseñanzas preliminares en su país, en España se licenció en leyes, llegando á ser relator del Consejo de Indias, y muriendo en 1639. — Es uno de los talentos más peregrinos de nuestra escena; pero habiéndole dotado la naturaleza de facultades intelectuales eminentes, no fué tan benévola en lo referente á sus cualidades corporales, puesto que era jorobado; y mentira parece hasta qué punto pudo influir en su suerte y reputación este de-

fecto físico, que no hubo contemporáneo suyo de nota que dejase de escarnecerlo, á pesar de la protección del conde-duque de Olivares y de su reconocido ingenio, que tampoco hubo quien negase. Góngora, Lope, Quevedo, Montalbán, Tirso y otros de menor nombradía, escribieron sátiras envenenadas acerca de él, y toda la maledicencia desencadenada contra Montalbán, fué realmente insignificante al lado de las deslenguadas murmuraciones con que le vilipendiaron. — Es curioso que una de las acusaciones, la de plagiario, era la más injusta que darse puede; porque precisamente él, bastante original, fué el robado en todos los asuntos que llevó á la escena, y hasta como ahora se dice, no hubo autor que no «fusilase» alguno de sus argumentos. No solamente dentro de casa se imitó á Alarcón, sino fuera: Corneille mismo copió su comedia *La verdad sospechosa*, y para colmo, se la atribuyó á Lope; y Alarcón tuvo necesidad de poner al frente de una edición de sus obras, una nota en que aseguró que todos los trabajos que él había dado á luz eran suyos, aunque algunos anduvieran impresos con el nombre de otros que se titularan sus dueños. — La filosofía de las comedias de Alarcón, siempre sana, se dirige á un fin moral, hábilmente oculto bajo la gracia de amena é ingeniosa fábula; así es que no hay una de sus obras que carezca de tendencia benéfica y donde no se vitupere la mentira, el dolo, la infamia, ó deje de ensalzarse el pudor, la liberalidad y el decoro. — La distribución en el plan de sus comedias, generalmente ordenado, regula los incidentes de la intriga y prepara con naturalidad los desenlaces. La limpidez de la versificación, donde imperan frases sencillas, sin lunares de culterana afectación, ha de señalarse como modelo en el habla adecuada del teatro moderno. Con justicia, después de todo lo dicho, apunta un razonador crítico español que el teatro francés formó su tragedia y su comedia modernas con la traducción de dos obras de autores españoles. Molière escribió su famosa *El embustero* con *La verdad sospechosa*, y Corneille su *Cid*, sobre el de Guillén de Castro.—Distínguese la gracia particular de Alarcón de la de Tirso en que depende frecuentemente más de las situaciones que de las palabras, con ser también sus chistes muy ingeniosos.—

Transcribiremos aquí algunos trozos de *La verdad sospechosa*, la mejor tal vez de sus comedias, y de *Ganar amigos*.

D. Beltrán y D. García, en la primera de dichas obras:

B. ¿Sois caballero, García?
G. Téngome por hijo vuestro.
B. ¿Y basta ser hijo mío
para ser vos caballero?
G. Yo pienso, señor que sí,
B. ¡Qué engañado pensamiento!
sólo consiste en obrar
como caballero, el serlo.
¿Quién dió principio á las casas
nobles? Los ilustres hechos
de sus primeros autores.
Sin mirar sus nacimientos,
hazañas de hombres humildes
honraron sus herederos;
luego en obrar mal ó bien
está el ser malo ó ser bueno.
¿Es así?
G. Que las hazañas
den nobleza, no lo niego;
mas no negueis que sin ellas
también la da el nacimiento.
B. Pues si honor puede ganar
quien nació sin él, ¿no es cierto
que por el contrario puede,
quien con él nació perdello?
G. Es verdad.
B. Luego si vos
obrais afrentosos hechos,
aunque seais hijo mío,
dejais de ser caballero;
luego si vuestras costumbres
os infaman en el pueblo,
no importan paternas armas,
no sirven altos abuelos.
¿Qué cosa es que la fama
diga á mis oídos mesmos
que á Salamanca admiraron
vuestras mentiras y enredos?
¡Qué caballero y qué nada!
Si afrenta al noble y plebeyo
sólo el decirle que miente,
decid, ¿qué será el hacerlo,
si vivo sin honra yo,
según los humanos fueros,
mientras de aquel que me dijo
que mentía no me vengo?
¿Tan larga teneis la espada,
tan duro teneis el pecho,
que pensais poder vengaros,
diciéndolo todo el pueblo?
¡Posible es que tenga un hombre
tan humildes pensamientos,
que viva sujeto al vicio
más sin gusto y sin provecho!
El deleite natural
tiene á los lascivos presos;
obliga á los codiciosos
el poder que da el dinero;
el gusto de los manjares
al glotón; el pasatiempo
y el cebo de la ganancia
á los que cursan el juego;
su venganza al homicida,
al robador su remedio,
la fama y la presunción
al que es por la espada inquieto:
todos los vicios, al fin,
ó dan gusto ó dan provecho;
mas de mentir, ¿qué se saca
sino infamia y menosprecio?

D. García y Tristán, en la misma comedia:

G. Yo te lo quiero contar;
que pues sé por experiencia
tu secreto y tu prudencia,
bien te lo puedo fíar.
A las siete de la tarde
me escribió que me aguardaba
en San Blas don Juan de Sosa
para un caso de importancia.
Callé, por ser desafío:
que quiere el que no lo calla
que le estorben ó le ayuden:
cobardes acciones ambas.
Llegué al aplazado sitio,
donde don Juan me aguardaba
con su espada y con sus celos,
que son armas de ventaja...
Su sentimiento propuso;
satisfice á su demanda;
y por quedar bien, al fin,
desnudamos las espadas.
Elegí mi medio al punto,
y haciéndole una ganancia
por los grados del perfil,
le dí una fuerte estocada.
Sagrado fué de su vida
un *Agnus Dei* que llevaba;
que topando en él la punta
hizo dos partes mi espada.
Él sacó pies del gran golpe;
pero con ardiente rabia
vino tirando una punta;
mas yo por la parte flaca
cogí su espada, formando
un atajo. Él presto saca
(como la respiración
tan corta línea le tapa,
por faltarle los dos tercios
á mi poco fiel espada)
la suya, corriendo filos;
y como cerca me halla
(porque yo busqué el estrecho,
por la falta de mis armas),
á la cabeza furioso
me tiró una cuchillada.
Recibíla en el principio
de su formación y baja,
matándole el movimiento
sobre la suya mi espada.
¡Aquí fué Troya! Saqué
un revés con tal pujanza,
que la falta de mi acero
hizo allí muy poca falta!
Que abriéndole en la cabeza
un palmo de cuchillada,
vino sin sentido al suelo,
y aun sospecho que sin alma.
Dejéle así, y con secreto
me vine. Esto es lo que pasa,
y de no verte estos días,
Tristán, es ésta la causa.

T. ¡Qué suceso tan extraño!
¿Y si murió?

G. Cosa es clara,
porque hasta los mismos sesos
esparció por la campaña.

T. ¡Pobre D. Juan!...
¿Mas no es este
que viene aquí?

G. ¡Cosa extraña!

T. ¿Tambien á mí me la pegas?
¡al secretario del alma!

....

D. Fadrique y D. Fernando, en *Ganar amigos:*

F.... Levantad, ejemplo raro
de fortaleza y valor
alto blasón del honor,
de nobleza espejo claro.
Vivid: no permita el cielo
que quien tal valor alcanza,
por una ciega venganza
deje de dar luz al suelo.
Para con vos quedo bien
con esto, pues si sabeis
que sé que muerto me habeis
mi hermano, sabeis también
que cuerpo á cuerpo os vencí;
y si ya pude mataros,
hago más en perdonaros,
pues también me venzo á mí.
Para con el mundo, nada
satisfago si aquí os diera
muerte, pues nadie supiera
que fué la autora mi espada,
por el secreto que ofrece
esta muda oscuridad;
y tanto que la verdad
de mi ofensor se oscurece,
no tengo yo obligación
de daros muerte, si bien
la tengo de inquirir quién
hizo ofensa á mi opinión.
Guarda, si viene á saberse
que fuísteis vos mi ofensor,
porque en tal caso mi honor
habrá de satisfacerse;
mientras no, para conmigo
no sólo estais perdonado,
pero os quedaré obligado
si me quereis por amigo.

FER. De eterna y firme amistad
la palabra y mano os doy.

F.. . Don Fernando de Godoy,
idos con Dios, y pensad
que puesto que ya la muerte
de mi hermano sucedió
que más que á mí quise yo,
os estimo de tal suerte,
que trueco alegre y ufano,
á mi suerte agradecido,
el hermano que he perdido
por el amigo que gano.

D. Agustín Moreto y Cabañas. Se dice que nació en Madrid en 1618, aunque no es segura la fecha ni el lugar. Algunos lo creen natural de Valencia. En cuanto á su familia, también hay quien piensa era nobiliaria, y quien asegura que era hijo de una cómica. Muy joven empezó á escribir comedias, y después de veinte años de este trabajo, lo abandonó por completo, haciéndose clérigo, como hemos visto que estuvo en moda. Fué rector de un colegio en Toledo, y se presume que licenciado en Alcalá. Con respecto á él, existe una historia tenebrosa, por la que se le supone matador de un joven y malogrado poeta, y que este homicidio no ocurrió en desafío, como le pasó á otros literatos de su tiempo. Lo único que hace sospechar que un gran remor-

dimiento y tristeza existía en su ánimo, es el hecho de que abandonó las musas tan pronto como abrazó la carrera eclesiástica, por un lado, y por otro, la recomendación de su testamento encargando que se le sepultase en el «pradillo de los ahorcados». — Las obras de Moreto son de las más regulares en su contextura y juego escénico, hasta el extremo de que pueden, apenas sin supresión ni corrección alguna, representarse en nuestros días; ni es tampoco extrambótico en su lenguaje ni exagerado en el vicio que hemos llamado el «discreteo», tan corriente en este siglo; su versificación, en general, cuidada, sin dejar de ser natural y fácil, y aunque picante y gracioso, se mueve siempre en los límites de la delicadeza y la urbanidad. Por último, una de las notas distintivas de este autor es el esmero con que presenta y mantiene en escena los caracteres de sus personajes. Más de cincuenta comedias, todas buenas, escribió Moreto, y antes ya hemos indicado que se le tilda de poco original, y con razón, pero sin que este defecto sea sólo suyo, puesto que muchos otros incurrieron en igual tacha; y á veces ocurrió que algunos de los poetas, sus amigos, le encomendaban el arreglo de sus propias obras para que pudieran pasar por la censura teatral, según le sucedió con Tirso.— Trasladaremos en lo que sigue, y por el orden que se enumeran, trozos de sus hermosas comedias *El rico-hombre de Alcalá*, *El desdén con el desdén*, y *El Lindo D. Diego*.

El Rey, D. Tello y Perejil, en *El valiente y justiciero y el rico-hombre de Alcalá*:

R. Sentado se está el grosero
sin saber quién es el que entra.
Estoy por echarle á coces
á rodar; pero aquí es fuerza
disimular, encubrirme,
porque su castigo sea
para después escarmiento
de otras tiranas cabezas.
Déme su mano Vusía.
T. Cúbrase, hidalgo.
R. Eso es fuerza;
que no hablo yo descubierto
con quien sentado me llega
á recibir.
T. Taburete.
R. ¿Eso más?
P. Y eso agradezca;
porque mi amo no da asientos
ni aun á genoveses.
R. Venga.
T. Dos sillas tengo: la una
ocupa mi esposa bella,

la otra yo: mas no os admire;
que ricos hombres apenas
dan silla al Rey en sus casas.
R. Ya lo veo que es grandeza;
y así elijo lo que es mío.
T. Aunque su buena presencia
quién es nos dice, ¿en qué altura
de hidalgo se halla?
R. Aguilera,
de la montaña.
T. Escuderos
son de mi casa. Y ¿qué intenta?
R. Al Rey sigo por un pleito.
T. Habiendo espadas ¿quién deja
gastar su hacienda en procesos?
R. La ley es bien se obedezca.
Ya el Rey en Madrid está.
T. Con doña María su prenda
nos vendrá á dar buen ejemplo.
R. Ya es su esposa y nuestra reina;
¡y al que no hablare en sus partes
con decoro y con decencia,
con mi espada!...
T. Bueno está.
Brío el hidalguejo muestra.
Mucho quiere al Rey.
R. Sí quiero.
T. Siéntese el buen Aguilera.
¿Que está ya en Madrid el Rey?
R. Si vueseñoría lo espera
ya puede pasar á verle.
T. Cuando el Rey valerse quiera
de mí para alguna cosa,
vendrá á verme, y hacer venta
en mi casa, donde yo
á los reyes que aquí llegan,
como á parientes regalo
y hospedo; y aun se me acuerda
que á don Alonso su padre
hospedó esta cuadra mesma
más de una vez, cuyas glorias...
¡Ah, qué Rey Alonso era!
Mas hoy su hijo le infama.
R. Téngase usía y advierta
que habla del Rey don Pedro,
que es su Rey; y aunque no fuera
su Rey, es tan mal sufrido
que le cortara la lengua,
á saber cómo habla de él.
P. ¡Criados! ¡Hola!
T. ¿Qué intentas?
P. Matarle.
R. Mi Rey defiendo:
contradígalo quien quiera.
P. ¡Escuderos!
T. No los llames.
loco, necio: ¿en mi presencia
hablas tú? Si dar castigo
á su osadía quisiera,
¿no bastara yo?
R. No sé.
T. ¡Eh! Que la intención es buena;
y el buen celo de su Rey
le disculpa: no le ofendan.
Sosegáos.
R. Soy buen vasallo,
¡vive Dios!
T. Sin jurar...
R. Sea.
T. Mucho quiere al Rey.
R. Es ley.
T. Siéntese el buen Aguilera.
R. Perdonadme, que esto ha sido
locura de la nobleza
de vasallo.
T. Yo lo soy

tambien del Rey, y se precia
de leal, más que ninguna,
mi sangre: díganlo empresas
de mis ilustres abuelos;
y por esta razón mesma
me ha parecido gloriosa
aquí la osadía vuestra.
Dadme esa mano.
T. Los nobles
deben hablar con decencia
de los Reyes porque son
las deidades de la tierra,
y en ella los pone Dios,
y su imagen representan
tanto el bueno como el malo;
pues como á él se reserva
su soberano secreto,
nos le da su providencia,
malo cuando nos castiga,
y bueno cuando nos premia.

El Rey, en la misma comedia:

En fin; vos sois en la villa
quien al mismo Rey no da
dentro de su casa silla.
¿El rico hombre de Alcalá
es más que el Rey de Castilla?
¿Vos sois aquel que imagina
que cualquiera ley es vana,
sólo la de Dios es dina?
Mas quien no guarda la humana
no obedece la divina.
¿Vos quien, como llegué á vello,
partís mi cetro entre dos,
pues nunca mi firma ó sello
se obedece, sin que vos
deis licencia para ello?
¿Vos quien vive tan en sí,
que su gusto es ley; y al vellas,
no hay honor seguro allí
en casadas ni doncellas?
¿esto lo aprendeis de mí?
pues entended que el valor
sobra en el brazo del Rey,
pues sin ira ni rigor,
corta, para dar temor,
con la espada de la ley.
Y si vuestra demasía
piensa que hará oposición
á su impulso, mal se fía;
que al herir de la razón
no resiste la osadía.
Para el Rey nadie es valiente,
ni á su espada la malicia
logra defensa que intente:
que el golpe de la justicia
no se ve hasta que se siente.
Esto sabed, ya que no
os lo ha enseñado la ley
que vuestro error despreció;
porque después de ser Rey
soy el Rey D. Pedro yo.
Y si á la alteza pudiera
quitar el violento efeto,
cuyo respeto os altera,
mi persona en vos hiciera
lo mismo que mi respeto.
Pero ya que desnudar
no me puedo el ser de Rey,
por llegároslo á mostrar,
y que os he de castigar
con el brazo de la ley;

yo os dejaré tan mi amigo,
que no darme cuchilladas
querais; y si lo consigo,
á cuenta de este castigo
tomad estas cabezadas.
(Dale contra un poste y vase.)

Diana, en *El desdén con el desdén*:

¿Qué es quererle? ¿Tú de Carlos
amada, y yo despreciada?
¿Tú con él casarte, cuando
del pecho se está saliendo
el corazón á pedazos?
¿Tú logrando sus cariños,
cuando su desdén helado,
trocados efecto y causa,
abrasa mi pecho y rayos?
Primero, viven los cielos,
fueran las vidas de entrambos
asunto de mi venganza,
aunque con mis propias manos
sacara á Carlos del pecho
donde á mi pesar ha entrado,
y para morir con él
matara en mí su retrato.
¿Carlos casarse contigo
cuando yo por él me abraso,
cuando adoro su desvío
y su desdén idolatro?
Pero ¿qué digo? ¡ay de mí!
¿yo así mi decoro ultrajo?
miente mi labio atrevido,
miente; mas él no es culpado;
que si está loco mi pecho,
¿cómo ha de estar cuerdo el labio?
mas yo me rindo al dolor
para hacer de uno dos daños:
muera el corazón y el pecho,
y viva de mi recato
la entereza. Cintia amiga,
si á tí te pretende Carlos,
si da amor á tu descuido
lo que niega á mi cuidado,
cásate con él, y logra
casto amor en dulces lazos.
Yo sólo quise vencerle;
y este fué un empeño vano
de mi altivez, que ya veo
que fué locura intentarlo,
siendo acción de la fortuna;
pues, como se ve en sus casos,
siempre consigue el dichoso
lo que intenta el desdichado.
El ser querida una dama
de quien desea, no es lauro,
sino dicha de su estrella;
y cuando yo no lo alcanzo,
no se infiere que no tengo
en mi hermosura y mi aplauso
partes para merecerlo,
sino suerte para hallarlo.
Y pues yo no la he tenido
para lo que he deseado,
lógrala tú que la tienes;
dále de esposa la mano,
y triunfe tu corazón
de sus rendidos halagos.
Enlace... Pero ¿qué digo?
que me estoy atravesando
el corazón: no es posible
resistir á lo que paso.
Toda el alma se me abrasa.

¿Para qué, cielos, lo callo,
si por los ojos asoma
el incendio que disfrazo?
Yo no puedo resistirle;
pues cuando lo mienta el labio,
¿cómo he de encubrir el fuego
que el humo está publicando?
Cintia, yo muero: el delito
de mi desdén me ha llevado
á este mortal precipicio
por la senda de mi engaño.
El amor, como deidad,
mi altivez ha castigado;
que es niño para las burlas,
y dios para los agravios.
Yo quiero, en fin, ya lo dije,
y á tí te lo he confesado,
á pesar de mi decoro,
porque tienes en tu mano
el triunfo que yo deseo:
Mira si habiendo pasado
por la afrenta de decirlo,
te estará bien el dejarlo.
.....

D. Mendo y D. Diego, en *El Lindo D. Diego:*

M. Don Diego, tanto primor
es ya estilo impertinente:
si todo el día se asea
vuestra prolija porfía,
¿como os puede quedar día
para que la gente os vea?
D. Don Mendo, vos sois extraño:
yo rindo con salir bien,
en una hora que me ven,
más que vos en todo el año.
Vos, que no tan bien formado
os veis como yo me veo,
no os tardeis en vuestro aseo
porque es tiempo malgastado.
Mas si veis la perfección
que Dios me dió sin tramoya,
¿quereis que trate esta joya
con menos estimación?
¿veis este cuidado, vos?
pues es virtud más que aseo:
porque siempre que me veo
me admiro y alabo á Dios.
Al mirarme todo entero,
tan bien labrado y pulido,
mil veces he presumido
que mi padre fué tornero.
La dama bizarra y bella
que rinde quien más regala
la arrastro yo con mi gala;
pues dejadme cuidar de ella:
y vos, que vais á otros fines,
vestíos de prisa, yo no,
que no me he de vestir yo
cual frailes para maitines.
M. Si lo haceis con ese fin,
¿qué dama hay que os quiera bien?
D. Cuantas veo, si me ven
porque en viéndome, dan fin.
M. ¡Que llegueis á imaginar
locura tan conocida!
¿Habeis visto en vuestra vida
mujer que os venga á buscar?
D. Eso consiste en mis tretas;
que yo á las necias no miro,
y en las que yo logro el tiro,

sufren como son discretas;
y aunque las mueva su fuego
á hablar, callarán también;
porque ven que mi desdén
ha de despreciar su ruego.

M. ¿Vos desdén? ¡Tema graciosa!

D. Pues quereis que me avasalle?
¿Fácil yo con este talle?
¡No me faltaba otra cosa!

M. Mirad que eso es bobería
de vuestra imaginación.

D. No paso yo por balcón
donde no haya batería;
pues al pasar por las rejas
donde voy logrando tiros,
sordo estoy de los suspiros
que me dan por las orejas.

M. Vive Dios, que eso es manía
que teneis.

D. Mujer sé yo
que dos veces se sangró
por haberme visto un día.

M. Yo desengañaros quiero.

D. ¿Cómo?

M. Que á una dama vamos
á festejar, y veamos
á cuál se rinde primero.

D. ¿Pues no tenemos aquí
á nuestras primas, y vos?
¿Cuánto va que ambas á dos
hoy se enamoran de mí?

M. ¿No veis que en ellas es más
el honor que las refrena?

D. Hasta verme, norabuena;
pero en mirándome, zás.

M. Loco soy, pues quiero yo
á este necio disuadir. *(Aparte)*

D. ¿Qué decís?

M. Que temo ir
con vos ya.

D. Pues no, sinó;
mas dejadme que yo mismo
vuelva el talle á repasar;
que hoy por vos temo sacar
en mi gala un solecismo.

....

El pelo va hecho una palma:
guárdese toda mujer;
yo apostaré que al volver
en cada hebra tráigo un alma.
Los bigotes son dos motes;
diera su belleza espanto
si hiciera una dama un manto
de puntas de estos bigotes.
El talle está de retablo;
el sombrero va sereno;
de medio arriba está bueno,
de medio abajo es el diablo.
Lo bien calzado me agrada
¡qué airosa pierna es la mía!
De la tienda no podía
parecer más bien sacada.
Pero tened, vive Dios,
que aquesta liga va errada,
más larga está la lazada
el canto de un real ó dos.
¡Llega, mozo, á deshacella!

M. ¡Que aquesto os cuesta fatiga!
Pués ¿qué importará esa liga?

D. No caer pájaro en ella.

M. Mirad que esas son locuras
que á quien las ve á risa obliga.

D. Sólo con aquesta liga
cazo yo las hermosuras.

M. Ya está bueno.

D. Ahora están
iguales las dos; bien voy;
con el reparillo estoy

cuatro dedos más galán.
Siempre que verme repito
queda el alma más ufana:

mozo, acuérdate mañana
de traerme pan bendito.
.....

D. Francisco de Rojas y Zorrilla (1607-1660?). También, como algunos de los escritores antes citados y por incuria de sus contemporáneos, continúan en la penumbra muchos de los detalles concernientes á la vida de este autor. Toledo fué su patria, y recibió esmerada educación.—En el foro consiguió bastantes triunfos y renombre. Por atención á su ilustre familia y á los méritos personales por él contraídos, le concedió Felipe IV el hábito de Santiago. — Los trabajos de jurisconsulto los hizo compatibles con el culto á Talía; y aunque no produjo con tanta exuberancia como sus colegas, se cuentan de él dos docenas de comedias, muchas excelentes y todas aceptables. — En Rojas empieza á mostrarse la pendiente de la hinchazón gongorina y del conceptismo de Quevedo, que alcanza al propio Calderón; y mientras Lope, Tirso, Alarcón y Moreto se contuvieron en ciertos límites, procurando al menos no incurrir en este defecto, Rojas hizo gala del mismo, creyéndolo de buen gusto, y desbordóse la barrera para él y para el gran Calderón de la Barca. La vana palabrería fué para Rojas galano ornato de su métrica, y la exaltación de los giros retóricos llegan á empañar las raras prendas que adornan á este autor. Aparte la falta de sencillez, Rojas es acreedor á incondicional aplauso, porque tanto en sus pensamientos se muestra sagaz y agradable, y á veces distinguido y elevado, cuanto en su dicción fácil y armonioso. Cuando no se deja arrastrar de aquella música que recrea los sentidos, pocos poetas han sabido como él retratar con una pincelada y describir con un solo rasgo cualidades morales, paisajes ó situaciones.— Entre sus dramas, alguno siempre será visto con entusiasmo, causando la verdadera emoción patética, cual ocurre con *García del Castañar;* y en sus obras jocosas muestra una gracia particular y exclusivamente suya bajo el punto de vista de ser el más socarrón de ellos, aunque todos los dramáticos analizados apa-

rezcan igualmente graciosos. Copiaremos de la obra citada algunos trozos, por ser la de más renombre, y de la titulada *Donde hay agravios no hay celos.*

El protagonista, en *García del Castañar:*

Mas precio entre aquellos cerros
salir á la primer luz,
prevenido el arcabuz,
y que levanten los perros
una banda de perdices;
y codicioso en la empresa
seguirlas por la dehesa
con esperanzas felices
de verlas caer al suelo;
y cuando son á los ojos
pardas nubes con pies rojos,
batir sus alas al vuelo;
y derribar esparcidas
tres ó cuatro; y anhelando,
mirar mis perros buscando
las que cayeron heridas,
con mi voz que los provoca,
y traer las que palpitan
á mis manos que les quitan
sin disgusto de su boca;
levantarlas, ver por donde
entró entre la pluma el plomo,
volverme á mi casa, como
suele de la guerra el conde
á Toledo, vencedor;
pelarlas dentro en mi casa,
perdigarlas en la brasa,
y puestas al asador
con seis dedos de un pernil,
que á cuatro vueltas ó tres,
pastilla de lumbre es,
y canela del Brasil;
y entregárselo á Teresa,
que con vinagre, su aceite,
y pimienta, sin afeite
las pone en mi limpia mesa,
donde, en servicio de Dios,
una yo, y otra mi esposa,
nos comemos: que no hay cosa
como á dos perdices dos;
y levantando una presa,
dársela á Teresa, más
porque tenga envidia Brás
que por dársela á Teresa;
y arrojar á mis sabuesos
el esqueleto roído:
y oír por tono el crujido
de los dientes y los huesos;
y en el cristal trasparente
brindar, y con mano franca,
hacer la razón mi Blanca
con el cristal de una fuente:
levantar la mesa, dando
gracias á quien nos envía
el sustento cada día,
varias cosas platicando...
que aquesto es el Castañar,
que en más estimo, señor,
que cuanta hacienda y honor
los reyes me pueden dar!

Escena entre García y D. Mendo, en dicha obra:

G. *(Ap.)* ¡El rey es! válgame el cielo!
y que le conozco sabe:
honor y lealtad ¿qué haremos?
¿qué contradicción implica
la lealtad con el remedio?
M. *(Ap.)* ¡Qué propia acción de villano!
temor me tiene ó respeto:
aunque para un hombre humilde
bastaba solo mi esfuerzo.
¡El que encareció el de Orgaz
por valiente! Al fin, es viejo.
(Alto.) En vuestra casa me hallais,
ni huir, ni negarlo puedo;
mas en ella entré esta noche...
G. A hurtar el honor que tengo.
Muy bien pagais á mi fe
el hospedaje, por cierto,
que os hicimos Blanca y yo.
Ved qué contrarios efectos
verá entre los dos el mundo;
pues yo ofendido os venero,
y vos de mi fe servido,
me dais agravios por premios.
M. *(Ap.)* No hay que fiar de un villano
ofendido; pues que puedo,
me defenderé con este...
G. ¿Qué haceis? Dejad en el suelo
el arcabuz, y advertid
que os lo estorbo, porque quiero
no atribuyais á ventaja
el fin de aqueste suceso;
que para mí basta sólo
la banda de vuestro cuello,
cuita del sol de Castilla
á cuya luz estoy ciego.
M. Al fin ¿me habeis conocido?
G. Miradlo por los efectos.
M. Pues quien nace como yo
no satisface ¿qué haremos?
G. Que os vais y rogad á Dios
que enfrene vuestros deseos:
y al Castañar no volvais,
que de vuestros desaciertos,
no puedo tomar venganza,
sino remitirla al cielo.
M. Yo la pagaré, García.
G. No quiero favores vuestros.
M. No sepa el conde de Orgaz
esta acción.
G. Yo os lo prometo.
M. Quedad con Dios.
G. Él os guarde,
y á mí de vuestros intentos,
y á Blanca.
M. Vuestra mujer...
G. No, señor, no hableis en eso;
que vuestra será la culpa:
yo sé la mujer que tengo.
M. *(Ap.)* ¡Ay Blanca! sin vida estoy:
¡Qué dos contrarios opuestos!
Este me estima ofendido,
tú, adorándote, me has muerto.
G. ¿A dónde vais?
M. A la puerta.
G. ¡Qué ciego venís, qué ciego!
por aquí habeis de salir.
M. ¿Conocéisme?
G. Yo os prometo
que á no conocer quien sois
que bajárades más presto.
Mas tomad este arcabuz
ahora; porque os advierto

que hay en el monte ladrones,
y que podrán ofenderos
si, como yo, no os conocen.
Bajad aprisa: no quiero
que sepa Blanca este caso.
M. Razón es obedeceros.
G. Aprisa, aprisa, señor,
remitid los cumplimientos,
y mirar que al descender
no caigais; porque no quiero
que tropeceis en mi casa,
porque de ella os vais más
M. ¡Muerto soy! presto.
G. Bajad seguro,
pues que yo la escala os tengo.
.....

García mata á D. Mendo al descubrir que no es el rey, y se lo cuenta al monarca:

Vivía sin envidiar,
entre el arado y el yugo,
las cortes, y de tus iras
encubierto me aseguro,
hasta que anoche en mi casa
vi aqueste huésped perjuro
que en Blanca atrevidamente
los ojos lascivos puso;
y pensando que eras tú,
por cierto engaño que dudo,
le respeté, corrigiendo
con la lealtad lo iracundo.
Hago alarde de mi sangre,
venzo al temor con quien lucho,
pídeme el honor venganza,
el puñal luciente empuño,
su corazón atravieso...
Mírale muerto; que juzgo
me tuvieras por infame,
si á quien de este agravio acuso
le señalara á tus ojos
menos, señor, que difunto.
Aunque sea hijo del sol,
aunque de tus grandes uno,
aunque el primero en tu gracia,
aunque en tu imperio el segundo,
esto soy, y este es mi agravio,
este el ofensor injusto,
este el brazo que le ha muerto,
este divida el verdugo;
pero en tanto que mi cuello
esté en mis hombros robusto,
no he de permitir me agravie,
del rey abajo, ninguno.

Monólogo de *Donde hay agravios no hay celos:*

Después de Dios, bodegón:
luego dirán que es deshonra
comerlo allí sin sabor.
¡Bendito seais vos, señor,
que no me habeis dado honra!
En ser hombre desigual,
por más me vengo á tener;
porque yo más quiero ser
pícaro que cardenal.
Esto tengo por más bueno
que ser señor y aun reinar;
que allá suele en el manjar

disimularse el veneno;
pues ser pícaro dispongo;
que, como Lope advirtió,
á ningún hombre se vió
darle veneno en mondongo.
Yo me entro á ser más profundo,
y yo me entro á discurrir:
porque esto me ha de pudrir
que se use honra en el mundo.
Porque uno llegue á plantar
(dejemos á un lado miedos)
en mi cara cinco dedos,
¿le tengo yo de matar?
Pues respóndame, ¿por qué?
si hay barbero que me pone,
cuando afeitarme dispone,
como á un San Bartolomé;
y llega con su navaja
que sabe Dios donde ha andado;
y en fin, después de afeitado,
me toma el rostro y me encaja
cuatro ó cinco bofetones;
¿por qué en otras ocasiones
hay duelo é indignación?
¿No es mejor un bofetón
que quinientos bofetones?
¡Que aquestos duelos prosigan,
que sea el mentir afrenta!
¡Que no importa que yo mienta,
é importa que me lo digan!
¡Que haya en el mundo este afán!
¡Que este uso en los hombres haya!
Señor, aun los palos, vaya,
que duelen cuando se dan.
Duelista, que andas cargado
con el puntillo de honor,
díme, tonto, ¿no es peor
ser muerto, que bofeteado?
Y que á la muerte tan ciertos
vayan, porque el duelo acaben:
¡bien parece que no saben
los vivos lo que es ser muertos!

D. Pedro Calderón de la Barca (1600-1681). Nació en Madrid ignorándose los pormenores de los primeros años de su existencia. Cursó gramática y letras en el colegio Imperial de Madrid, y luego amplió sus estudios en Salamanca. Siguió á nuestras tropas en Lombardía y Flandes, donde su nombre adquirió de día en día mayor gloria por la representación de sus comedias en los Reales Sitios y por los autos sacramentales que le encargara la villa de Madrid. Fué actor, como los demás dramaturgos enumerados, en muchos trances, dando y recibiendo cuchilladas por intrigas amorosas; y estando ocupado en una de sus obras, suspendió el trabajo para acudir á la guerra de Cataluña. De pronto, en 1651, se hizo clérigo, sin que se sepan á punto fijo los motivos de tan repentina vocación, no imitando á Lope en seguir haciendo la vida alegre, á pesar de los hábitos, sino que por el contrario, hasta se resistía á escribir para el teatro después de ordenarse; y únicamente por encargo del rey ó

del Concejo, salía de su retiro para componer autos ó improvisar composiciones piadosas. Felipe IV y Carlos II le colmaron de honores y beneficios, y su muerte estuvo rodeada de tanta pompa como la de Lope de Vega, escribiéndose en su honor elogios fúnebres. — Así como éste tuvo el sobrenombre de «Fénix de los Ingenios», por sus cualidades, Calderón ha sido igualmente llamado «Príncipe de los dramáticos españoles», y la síntesis de su personalidad, que después se ha traducido naturalmente en muchos de los personajes de sus obras, se ha dado en su retrato, diciendo que era laureado poeta, sacerdote ejemplar, honra de Castilla, gran maestro, bienhechor de los menesterosos, afectuoso amigo, discreto consejero y dechado perfecto de las virtudes sociales; y aun se ha añadido, comparándolo con los cinco renombrados autores de este siglo, que Lope carecía de fuerza y arte para combinar sus fábulas; Tirso era licencioso y procaz; á Moreto no le adornaba toda la inventiva indispensable; Alarcón tenía poca idealidad, y Rojas, en fin, era gongorino y exagerado: en Calderón, por el contrario, se reunían todas las cualidades más eminentes para la alta poesía y el gran arte; y así se ha creído ver en él que mientras todos los demás figuraban en sus obras como poetas puramente nacionales, aparece en la mayor parte ó en gran número de sus creaciones como el autor «humano» y general que, salvando las fronteras, habla y canta para todos los pueblos y todas las edades; aquéllos pintan la vida que les rodea y dentro de la cual se mueven; éste, en alas de su idealidad poderosa, se remonta á otras épocas, vislumbra otras aspiraciones y retrata lo que es y lo que debe ser la vida, y al propio tiempo lo que es y debe ser la humanidad. De aquí, que se le considere como el poeta filósofo al par de Cervantes, á cuya personalidad se asemeja en este último concepto, y á Shakespeare, con quien propios y extraños le han comparado; y de igual manera que en D. Quijote y Sancho están resumidas todas las condiciones de la humanidad entera, en los protagonistas de los dramas de Calderón están sintetizados todos los ideales de la mente humana y todos los sentimientos del humano corazón. — Si pudiera concretarse en una frase lo que los críticos han visto en la

manera de ser del ilustre vate, acaso respondería con cierta exactitud decir que es el autor que piensa y expresa cosas más sublimes en la forma más poética y hermosa.—El nombre de Calderón, como el de Cervantes y Lope de Vega, ha saltado por cima de los límites nacionales y de los siglos, repitiéndose en todas las lenguas alabanzas en honor del insigne dramaturgo. — Con razón se ha comparado el talento calderoniano con la naturaleza misma, que exuberante en la producción de sus bellezas y de sus admirables frutos, también es fecundísima en dar vida á la maleza estéril y á la perniciosa cizaña; aludiendo con ese simil á que este genio no se halló enteramente libre de lunares que mancharan ó empañaran, al menos, su lustre y esplendor.— Todos esos defectos los hemos apuntado anteriormente á medida que veníamos viendo el desarrollo del conceptismo, del culteranismo y del gongorismo. Pues bien; el príncipe de los dramáticos es fiel espejo de aquellos vicios, los cuales en él toman el vuelo propio de sus excepcionales dotes. — Como era la vida en España es el teatro de Calderón: si los hombres aparecían, como apunta un biógrafo suyo, pundonorosos, valientes, enamorados, caballerescos, galantes, fieles á su rey y á su dama, cumplidores de su palabra, religiosos en extremo y constantemente bien hablados, también exageraron esas virtudes mostrándose pendencieros, fanfarrones, celosos, opresores de sus mujeres y hermanas, vengativos hasta la crueldad, supersticiosos en las creencias, y afectados y confusos en su manera de discurrir y de hablar. Las mujeres, de otra parte, se presentan altivas, recatadas, devotas y discretas; mas la opresión y la vigilancia ejercidas sobre ellas las convertía en astutas para los amoríos, ingeniosas para la secreta intriga é hipócritas en su conducta; y habida cuenta á todo lo cual, lo que hoy nos parecen defectos, eran en aquel entonces y son ahora bellezas de las obras, por representar la verdad genuína de semejante época.

Parece ser que á los trece años escribió Calderón su producción primera, titulada *El carro del Cielo*, representada y aplaudida; á los ochenta y uno, poco antes de su muerte, la última, *Hado y divisa de Leónido y Marfisa*, y durante su vida á 109 as-

cienden las comedias impresas, porque escribió algunas más que no se hallan coleccionadas, ni en las ediciones españolas ni en las hechas en el extranjero. Los «Autos sacramentales» publicados suben á 72 y algunos otros inéditos; 200 son las «loas» y 100 los «sainetes» que han visto la luz pública; y, en fin, algún discurso, algún tratado, alguna defensa, ora en prosa, ora en verso, y gran número de canciones, sonetos, romances, líricas diversas, completan su obra total, que si no alcanzó la inconcebible magnitud de la de Lope, al menos bien puede colocarse á su lado sin miedo á perder en la compañía. La fama inmortal de Calderón ha sido, sin embargo, más discutida que la de otros genios de nuestra literatura por escritores nacionales y extranjeros. No hemos de hacernos eco aquí de las censuras, por ser ajeno al propósito que encierra el presente trabajo, y nos limitaremos á lo que queda dicho.

Se han dividido las obras de Calderón en las siguientes categorías: dramas simbólicos ó filosóficos, religiosos, heroicos y trágicos, mitológicos; comedias de capa y espada, zarzuelas y sainetes ó entremeses. — La más importante de las obras de Calderón es *La vida es sueño*, perteneciente al género filosófico-moral, y cuyo objeto es demostrar el pensamiento de que las venturas de esta vida son un sueño; y que mientras más encumbrados nos creemos despertamos en la desgracia, no hallándonos jamás, por consiguiente, seguros de los bienes que poseemos; por lo cual, conviene usar de todos ellos con templanza y moderación. El pensamiento de *La vida es sueño* se desenvuelve en la siguiente fábula: — Basilio, rey de Polonia, tiene un hijo que nace bajo funestos auspicios; consultadas las estrellas, sabe que un día le humillará á sus pies. Para evitarlo, encierra al niño en oculta torre, donde no ve sino á Clotaldo, ayo y guardián que le instruye, aunque le mantiene encadenado y vestido de pieles. Llegado á hombre, y remordiéndole la conciencia al padre, lo trae á la corte narcotizado, y despierta Segismundo en el palacio rodeado de esplendor. El príncipe, obedeciendo á sus instintos salvajes, arroja por el balcón á un hombre, y se muestra brutal en todo. Vuelto mediante el narcótico á su retiro, con objeto de que crea que todo

fué un sueño, Segismundo reflexiona sobre su situación, creyéndose víctima de una pesadilla más que de un engaño; pero la rebelión de su pueblo lo trae de nuevo á palacio, en donde, curado de su exaltación, procura ser prudente por temor á perder de nuevo aquella realidad, que sueño le parece. Pero resuelto á que se cumpla su horóscopo, ve por fin, á sus plantas, á su padre, y de esta manera, satisfecho el hado, se somete al Rey, prometiendo ser en el porvenir un gran monarca. — *El Alcalde de Zalamea*, drama más humano y menos simbólico, aunque tan filosófico como el anterior, representa la lucha de la Aristocracia y el Estado llano; de la prepotencia de las armas, y la milicia, como clase privilegiada, sobre el pueblo inerme; y con un alto sentido de justicia y democrático, muestra la energía cívica del alcalde de mísero pueblecillo, enfrente de la tiranía de un coronel, y del cínico atropello en la seducción de una mujer llevada á cabo por un capitán de guardias: reo que paga con la muerte la deshonra de la hija de aquel alcalde. —Esta obra todavía se ejecuta en nuestro teatro, arreglada al gusto del día por el aplaudido Ayala. — Copiamos á continuación algunos trozos de *La vida es sueño*: 1.°, el apóstrofe de Rosaura, que demuestra el gusto de la época, en el estilo culterano; 2.°, las conocidas décimas del monólogo del protagonista en su prisión; 3.°, las exclamaciones del mismo al encontrar á Rosaura, primer ser humano que ha visto; 4.°, la contestación de ella; 5.°, la escena de Basilio y Segismundo después de haber arrojado éste á un hombre por el balcón; 6.°, el soliloquio de Segismundo cuando vuelve á su cárcel; 7.°, el que pronuncia al salir de nuevo. 8.° De *Casa con dos puertas, mala es de guardar* (de las mejores de «capa y espada»), la primera escena; 9.°, lo que dice «El primer hombre» en el Auto sacramental, titulado también *La vida es sueño*, y tomado su asunto del drama; 10.°, las palabras que pronuncia el mismo, cuando vuelve á la prisión del mundo, después de haber estado en el Paraíso y de haber comido de la fruta prohibida; 11.°, parlamento (gongorino) del sentido del «oído», en este auto.

Hipógrifo violento
que corriste parejas con el viento,
dónde, rayo sin llama,
pájaro sin matiz, pez sin escama,
y bruto sin instinto
natural, al confuso laberinto
destas desnudas peñas
te desbocas, te arrastras y despeñas?
Quédate en este monte,
donde tengan los brutos su Faetonte,
que yo, sin más camino
que el que me dàn las leyes del destino,
ciega y desesperada,
bajaré la aspereza enmarañada
deste monte eminente,
que arruga al sol el ceño de su frente.
Mal, Polonia, recibes
á un extranjero, pues con sangre escribes
su entrada en tus arenas,
y apenas llega, cuando llega á penas.

Apurar, cielos, pretendo,
ya que me tratais así,
qué delito cometí
contra vosotros, naciendo.
Aunque si nací, ya entiendo
qué delito he cometido:
bastante causa ha tenido
vuestra justicia y rigor;
pues el delito mayor
del hombre, es haber nacido.
Sólo quisiera saber,
para apurar mis desvelos,
(dejando á una parte, oh cielos,
el delito del nacer)
¿qué más os pude ofender
para castigarme más?
¿no nacieron los demás?
pues si los demás nacieron,
¿qué privilegio tuvieron
que yo no gocé jamás?
Nace el ave, y con las galas
que le dan belleza suma,
apenas es flor de pluma,
ó ramillete con alas,
cuando las etéreas salas,
corta con velocidad,
negándose á la piedad
del nido que deja en calma:
¡y teniendo yo más alma
tengo menos libertad!
Nace el bruto, y con la piel
que dibujan manchas bellas,
apenas signo es de estrellas
(gracias al docto pincel)

cuando, atrevido y cruel,
la humana necesidad
le enseña á tener crueldad,
monstruo de su laberinto:
¡y yo, con mejor instinto,
tengo menos libertad!

Nace el pez, que no respira,
aborto de ovas y lamas,
y apenas, bajel de escamas,
sobre las ondas se mira,
cuando á todas partes gira,
midiendo la inmensidad
de tanta capacidad
como le dá el centro frío:
¡y yo con más albedrío,
tengo menos libertad!

Nace el arroyo, culebra
que entre flores se desata,
y apenas, sierpe de plata
entre las ondas se quiebra,
cuando músico celebra
de las flores la piedad,
que le dá la majestad
del campo abierto á su huída:
¡y teniendo yo más vida,
tengo menos libertad!

En llegando á esta pasión,
un volcán, un Etna hecho,
quisiera arrancar del pecho,
pedazos del corazón.
¿Qué luz, justicia ó razón
negar á los hombres sabe
privilegio tan suave,
excepción tan principal,
que Dios le ha dado á un cristal,
á un pez, á un bruto y á un ave?

Tu voz pudo enternecerme,
tu presencia suspenderme,
y tu respeto turbarme.
¿Quién eres? que aunque yo aquí
tan poco del mundo sé,
qué cuna y sepulcro fué
esta tierra para mí;
y aunque desde que nací
(si esto es nacer), sólo advierto,
este rústico desierto
donde miserable vivo,
siendo un animado muerto;
y aunque nunca ví ni hablé
sino á un hombre solamente
que aquí mis desdichas siente,
por quien las noticias sé
del cielo y tierra; y aunque
aquí, porque más te asombres,
y monstruo humano me nombres,
entre sombras y quimeras,
soy un hombre de las fieras,
y una fiera de los hombres;
y aunque en desdichas tan graves
la política he estudiado,
de los brutos enseñado,
advertido de las aves,
y de los astros suaves
los círculos he medido:
tú sólo, tú has suspendido
la pasión á mis enojos,
la suspensión á mis ojos,
la admiración á mi oído.
Con cada vez que te veo
nueva admiración me das,
y cuando te miro más,
aún más mirarte deseo.
Ojos hidrópicos creo
que mis ojos deben ser,

pues cuando és muerte el beber
beben más, y de esta suerte,
viendo que el ver me dá muerte,
estoy muriendo por ver.
Pero véate yo, y muera;
que no sé, rendido ya,
si el verte muerte me dá,
el no verte qué me diera;
fuera más que muerte fiera,
ira, rabia y dolor fuerte;
fuera muerte, y de esta suerte
su rigor he ponderado:
pues dar vida á un desdichado,
es dar á un dichoso muerte.

Con asombro de mirarte,
con admiracion de oírte,
no sé qué pueda decirte,
ni qué pueda preguntarte:
sólo diré que á esta parte
hoy el cielo me ha guiado,
para haberme consolado,
si consuelo puede ser
del que es desdichado, ver
otro que es más desdichado.
Cuentan de un sabio, que un día
tan pobre y mísero estaba,
que sólo se sustentaba
de unas yerbas que cogía.
¿Habrá otro (entre sí decía)
más pobre y triste que yo?
Y cuando el rostro volvió
halló la respuesta, viendo
que iba otro sabio cogiendo
las yerbas que él arrojó.
Quejosa de mi fortuna
yo en este mundo vivía
y cuando entre mí decía:
¿habrá otra persona alguna
de suerte más importuna?
piadoso me has respondido;
pues, volviendo en mi sentido,
hallo que las penas mías,
para hacerlas tú, alegrías,
las hubieras recogido.

B. ¿Qué ha sido esto?
S. Nada ha sido:
á un hombre que me ha cansado
deste balcon he arrojado.
B. ¿Tan pronto una vida cuesta
tu venida al primer día?
S. Díjome que no podía
hacerse y gané la apuesta.
B. Pésame mucho, que, cuando,
príncipe, á verte he venido,
pensando hallarte advertido,
de hados y estrellas triunfando,
con tanto rigor te vea,
y que la primera acción
que has hecho en esta ocasión
un grave homicidio sea.
¿Con qué amor llegar podré
á darte ahora mis brazos,
si de sus soberbios lazos,
que están enseñados sé
á dar muerte? ¿Quién llegó
á ver desnudo el puñal
que dió una herida mortal,
que no temiese? ¿Quién vió
sangriento el lugar adonde
á otro hombre le dieron muerte,

que no sienta? Que el más fuerte
á su natural responde.
Yo así, que en tus brazos miro
desta muerte el instrumento,
y miro el lugar sangriento,
de tus brazos me retiro:
y aunque en amorosos lazos
ceñir tu cuello pensé,
sin ellos me volveré;
que tengo miedo á tus brazos.

S. Sin ellos me podré estar,
como me he estado hasta aquí;
que un padre que contra mí
tanto rigor sabe usar,
que en su condición ingrata
de su lado me desvía,
como á una fiera me cría,
y como á un monstruo me trata,
y mi muerte solicita,
de poca importancia fué
que los brazos no me dé,
cuando el ser de hombre me quita

B. Al cielo y á Dios pluguiera
que á dártelo no llegara;
pues ni tu voz escuchara,
ni tu atrevimiento viera.

S. Si no me lo hubieras dado
no me quejara de tí;
pero una vez dado, sí,
por habérmelo quitado;
pues aunque el dar, la acción es
más noble y más singular,
es mayor bajeza el dar
para quitarlo después.

B. Bien me agradeces el verte,
de un humilde y pobre preso,
príncipe ya.

S. ¿Pues en eso
qué tengo que agradecerte?
Tirano de mi albedrío,
si viejo y caduco estás,
muriéndote ¿qué me das?
¿Dásme más de lo que es mío?
Mi padre eres y mi rey;
luego toda esta grandeza
me la dá naturaleza
por derecho de su ley;
luego aunque esté en tal estado,
obligado no te quedo,
y pedirte cuentas puedo
del tiempo que me has quitado
libertad, vida y honor;
y así agradéceme á mí
que yo no cobre de tí,
pues eres tú mi deudor.

B. Bárbaro eres y atrevido:
cumplió su palabra el cielo;
y así, para el mismo apelo,
soberbio y desvanecido.
Y aunque sepas ya quien eres,
y desengañado estés,
y aunque en un lugar te ves
donde á todos te prefieres,
mira bien lo que te advierto;
que seas humilde y blando;
porque quizá estás soñando,
aunque ves que estás despierto.

Es verdad; pues reprimamos
esta fiera condición,
esta furia, esta ambición,
por si alguna vez soñamos;
y sí haremos; pues estamos
en mundo tan singular,

que el vivir sólo es soñar,
y la experiencia me enseña
que el hombre que vive, sueña
lo que es, hasta despertar.
Sueña el rey que es rey, y vive
con este engaño mandando,
disponiendo y gobernando;
y este aplauso que recibe
prestado, en el viento escribe,
y en cenizas le convierte
la muerte; (¡desdicha fuerte!);
¿qué hay quien intente reinar
viendo que ha de despertar
en el sueño de la muerte?
Sueña el rico en su riqueza
que más cuidados le ofrece;
sueña el pobre que padece,
su miseria y su pobreza.
Sueña el que á medrar empieza,
sueña el que afana y pretende,
sueña el que agravia y ofende,
y en el mundo, en conclusión,
todos sueñan lo qué son,
aunque ninguno lo entiende.
Yo sueño que estoy aquí
destas prisiones cargado:
y soñé que en otro estado
más lisonjero me ví.
¿Qué es la vida? Un frenesí.
¿Qué es la vida? Una ilusión,
una sombra, una ficción,
y el mayor bien es pequeño;
que toda la vida es sueño,
y los sueños, sueños son.

¿Otra vez (¡qué es esto cielos!),
quereis que sueñe grandezas
que ha de deshacer el tiempo?
¿Otra vez quereis que vea,
entre sombras y bosquejos,
la vanidad y la pompa
desvanecida del viento?
¿Otra vez quereis que toque
el desengaño ó el riesgo
á que el humano poder
nace humilde y vive atento?
Pues no ha de ser, no ha de ser;
miradme otra vez sujeto
á mi fortuna; y pues sé
que toda la vida es sueño,
idos, sombras que fingís
hoy á mis sentidos muertos
cuerpo y voz, siendo verdad
que ni teneis voz ni cuerpo;
que no quiero majestades
fingidas, pompas no quiero
fantásticas, ilusiones
que al soplo menos ligero
del aura han de deshacerse:
bien como el florido almendro,
que, por madrugar sus flores
sin aviso y sin consejo,
al primer soplo se apagan,
marchitando y desluciendo
de sus rosados capullos
belleza, luz y ornamento.
Ya os conozco, ya os conozco,
y sé que os pasa lo mesmo
con cualquiera que se duerme:
para mí no hay fingimientos:
que desengañado ya,
sé bien que la vida es sueño.
....

Marcela y Lisardo, en *Casa con dos puertas:*

M. Caballeros,
desde aquí habeis de volveros,
no habeis de pasar de aquí;
porque si intentais así
saber quién soy, intentais
que no vuelva donde estais
otra vez; y si esto no
basta, volveos, porque yo
os suplico que os volvais.
L. Difícilmente pudiera
conseguir, señora, el sol,
que la flor del girasol
su resplandor no siguiera;
difícilmente quisiera
el norte, fija luz clara,
que el imán no le mirara:
y el imán difícilmente
intentara que obediente
el acero le dejara.
Si sol es vuestro esplendor,
girasol la dicha mía;
si norte vuestra porfía,
piedra imán es mi dolor;
si es imán vuestro rigor,
acero mi ardor severo;
pues, ¿cómo quedarme espero,
cuando veo que se van
mi sol, mi norte, mi imán.
siendo flor, piedra y acero?
M. A esa flor hermosa y bella
términos el día concede,
bien como á esa piedra puede
concederlos una estrella;
y pues él se ausenta, y ella,
no culpeis la ausencia mía;
decid á vuestra porfía,
piedra, acero ó girasol,
que es de noche para el sol,
para la estrella de día;
y quedáos aquí; por qué
si este secreto apurais,
y á saber quién soy llegais,
nunca á veros volveré
á aqueste sitio, que fué
campaña de nuestro duelo;
y puesto que mi desvelo
me trae á veros aquí,
creed de mí que importa así.
L. De vuestro recato apelo
señora, á mi voluntad;
y supuesto que sería
no seguiros cortesía,
también será necedad.
Necio ó descortés, mirad
cuál mayor defecto es;
vereis que el de necio, pues
no se enmienda; y así, á precio
de no ser, señora, necio,
tengo de ser descortés.
Seis auroras esta aurora
hace, que en este camino
ciego el amor os previno
para ser más salteadora;
tantas ha que á aquella hora
os hallo á la luz primera
oculto sol de su esfera,
de su campo rebozada
ninfa, deidad ignorada
de su hermosa primavera.
Vos me llamásteis, primero
que á hablaros llegara yo;
que no me atreviera, no,
tan de paso y forastero.
Con estilo lisonjero,

áspid ya de sus verdores,
no deidad de sus primores,
desde entonces fuísteis; pues
áspid, que no deidad, es
quien da muerte entre las flores.
Digísteisme que volviera
otra mañana á este prado,
y puntüal mi cuidado
me trajo como á mi esfera.
No adelante la primera
ocasión, porque bastante
no fué mi ruego constante
á que corriese la fe
(que adora lo que no ve)
ese velo de delante.
Viendo, pues, que siempre es nuevo
el riesgo, y el favor no,
quiero á mí deberme yo
lo que á vuestra luz no debo;
y así á seguiros me atrevo,
que hoy he de veros, ó ver
quién sois.

M. Hoy no puede ser.

El Primer hombre, en el auto citado:

Pues, ¿por qué
si ese hermoso luminar
que á un tiempo ver y cegar
hace otra criatura, fué
apenas nacer, se ve
cuando con la majestad
de su hermosa claridad
azules campos corrió:
¿teniendo más alma yo,
tengo menos libertad?
¿Por qué, si es que es ave aquella,
que ramillete de pluma,
va con ligereza suma
por esa campaña bella;
nace apenas, cuando en ella
con libre velocidad
discurre la variedad
del espacio en que nació:
¿teniendom ás vida yo
tengo menos libertad?
¿Por qué, si es bruto el que á be-
manchas salpica la piel llas
(gracias al docto pincel
que aún puso primor en ellas)
apenas nace, y las huellas
estampa, cuando á piedad
de bruta capacidad,
uno y otro laberinto
corre: ¿yo con más instinto
tengo menos libertad?
¿Por qué, si es pez el que en frío
seno nace, y vive en él,
siendo argentado bajel,
siendo escamado navío,
con alas que le dan brío
sulca la vaga humedad
de tan grande inmensidad
como todo un elemento:
¿teniendo yo más aliento,
tengo menos libertad?
¿Qué mucho, pues si se ve
torpe el hombre en su creación,
que tropiece la razón
donde ha tropezado el pie?
Y pues hasta ahora no sé
quién soy, quién seré, quién fuí,
ni más de que ví y oí,
vuelva á sepultarme dentro
ese risco en cuyo centro
se duela mi amor de mí.

Ya, ya sé quién soy, y aunque
la tierra fuese mi madre,
competir puedo á mi padre,
pues sé sus ciencias, y sé
que inmortal príncipe soy
del orbe; y pues ya me ví
su dueño... *(se despierta)*. Mas ¡ay
¡Infeliz! ¿A dónde estoy? de mí!
¿Esta no es de mi fortuna
la primera prisión fiera?
¿No es esta aquella primera
bóveda que fué mi cuna?
¿No es esta la desnudez
en que primero me ví?
¿Qué se hicieron ¡ay de mí!
la majestad, la altivez,
el obsequio, el aparato,
las músicas, los olores,
plumas, cristales y flores;
y en fin, el sublime ornato
de reales ropas, cercado
de gentes, cuyo desvelo
me asistió? ¡Válgame el cielo!
¡Qué de cosas he soñado!
Pero, ¿qué me desconfía
presumir, que sueño fué
si por lo menos saqué
de él (según mi fantasía)
saber quién soy? No encerrado
viva, pues salga á buscar
el alcázar, y á cobrar,
pues es mío el alto estado
en que me ví. Pero ¡cielos!
el orgullo reprimamos,
por si ahora también soñamos:
mas no, que heroicos anhelos
me llaman; y así iré ¡ay triste!
que aún es hoy mayor mi pena
de lo que fué. ¿Qué cadena
es esta, que me resiste
que salir pueda? Y aún no
pára en eso mi fortuna,
pues no hay criatura ninguna
de que ya no tiemble yo,
viendo en todas cuatro esferas
que afilan contra mí graves
uñas y picos las aves,
presas y garras las fieras.
¡Si miro al sol me dá enojos,
pues no me alumbra y me abrasa;
frío el aire me traspasa;
si piso, todo es abrojos
la tierra; el agua que fué
claro espejo, me retrata
feo; si la sed me mata,
turbia está; y si el hambre ve
frutas, que á ellas no me atreva
dice, y por partido toma
que pan de dolores coma,
y agua de lágrimas beba!

La Fe, que allí hay cuerpo y alma
y carne y sangre me ha dicho;
y pues sentido de fe
es solamente el oído,
crea el Oído á la Fe
y no á los demás sentidos.
Que si la Vista, el Olfato,
el Tacto y el Gusto han visto,
tocado, olido y gustado
pan, es porque no han creído
que sólo los accidentes
duran en aquel divino
milagro de los milagros,
prodigio de los prodigios.
No la substancia de pan,

pues con poder infinito
transubstanció la substancia
del Pan en Carne y del Vino
en Sangre, quien es la misma
verdad, que imperiosa dijo:
«Este es mi cuerpo y mi sangre»
con alma y vida; y pues rindo
mi afecto á cinco palabras
en fe de ellas solicito
el tiro acertar; y así
cerrados los ojos digo:
que transubstanciado el Pan
de aquellas palabras cinco
no es Pan; Carne y Sangre, sí:
con que vereis que el Oído
deja, á pesar de los cuatro
su entendimiento cautivo.
. . . . . .

Juan Caramuel Lobkowitz (1606-1682). Tenido por un prodigio de ciencia en su tiempo, nació en Madrid, y desde niño, á semejanza de Pascal, resolvía difíciles problemaa matemáticos. Siguió el estudio de la filosofía y de las ciencias en Alcalá y Salamanca, siendo después profesor de teología en aquel primer centro. Dedicado á la carrera eclesiástica, llegó á Obispo, muriendo en el Milanesado con esta dignidad. El horizonte de sus conocimientos fué tan amplio que, al par de los estudios mencionados, figuró como gran filólogo, conocedor especialmente de las lenguas orientales, dominando el asirio, entre otras. De sus obras más notables, debe citarse la *Teología dudosa*, en que discute las objeciones protestantes contra el catolicismo.

De menor importancia que el anterior es **D. Nicolás Antonio** (1617-1684). El ilustre sevillano estudió en su ciudad natal y en Salamanca, pasando después á Roma como Embajador de Felipe IV. Su trabajo más notable es la *Biblioteca* de escritores desde el siglo de Augusto hasta 1670.

Juan Valdés. Filósofo, Secretario de Carlos V, á quien sirvió también como diplomático. Ignórase la fecha de su nacimiento, y de él sólo se sabe que fué blanco de grandes enemistades por sus ideas religiosas protestantes, y por su influjo decidido sobre los herejes de Italia, adquiriendo gran renombre entre los Socinianos. Murió en Nápoles en 1540. Escribió muchas obras, y entre otras se cita *Las ciento diez consideraciones sobre lo más útil, lo más necesario y lo mas perfecto de la profesión cristiana.*

Siglo XVIII.

Señálanse por algunos autores en la literatura española tres grandes épocas: una, desde el poema del Cid, mediados ó fines del siglo XII, hasta fines del XV, ó aun hasta la terminación del reinado de los Reyes Católicos; otra, desde aquí hasta la terminación del reinado de la casa de Austria, ó sea el final del siglo XVII; y la tercera, desde este momento, y á la cual quieren hacer concluir en nuestros días. Otros tratadistas limitan esa última época en el medio del siglo XIX, abriendo nuevo período desde dicho promedio del actual para lo porvenir.—De todos modos, el XVIII constituye, ya que no una época entera, un período completo. Termina con los Austrias nuestra tradicional historia literaria, y empieza con los Borbones un influjo decisivo, enteramente distinto. Nuestra poesía que, como hemos visto, recibió influencias provenzales primero é italianas después; nuestro arte literario, en general, que también se vió influído por la literatura hebraica y la árabe, se ha mantenido sin otras nuevas influencias hasta el siglo que nos ocupa; en el cual, puesta en crisis la vida en todas sus manifestaciones, había de verse también modificada en la producción literaria.—A fines del siglo XVII, preciso es reconocer que se había llegado á desbordar el culteranismo hasta la mayor de las exageraciones, y muertas las brillantes tradiciones pasadas, ó desnaturalizadas al menos, un diferente aspecto en la manera de sentir y pensar, y una nueva dirección en la forma de exponer y de embellecer los conceptos, había de presentarse. A este diverso sentido responde el movimiento de reacción hacia los estudios clásicos, iniciado por buen número de escritores, y hacia la consiguiente corrección gramatical; y de otra parte, á esta dirección también pertenecen las tendencias de los imitadores de preceptistas franceses, de donde proviene una corriente decisiva,

puesta de moda en toda Europa, y que no sólo en la literatura, si que también en todas las artes es tan general como avasalladora, correspondiendo á la época borbónica absorbente, que esparce su gusto en todos lados, con sus monarcas y sus pensadores. En ese camino criticista ¡mientras se incuba, no produce en la primera mitad de este siglo XVIII autores sino de muy segundo orden; y ya un tanto más entrados los años en el mismo, aparecen algunas figuras merecedoras de especial estudio. Contribuyó á la tendencia regeneradora de nuestra literatura la fundación de la Academia Española, la de la Historia, y la de la Biblioteca Nacional, y andando el tiempo, la de Bellas Artes de San Fernando.— La primera figura de importancia que se presenta en estos tiempos, es la de **D. Ignacio de Luzán** (1702-1754). Educado más en Italia que en España, habiendo seguido sus estudios universitarios en aquel país, no conservaba del espíritu de Zaragoza, su patria, ni siquiera el recuerdo de su padre, muerto cuando apenas contaba él cuatro años. Fué, por consiguiente, uno de los que imbuídos en el alma de la literatura francesa, é inspirándose en Boileau, escribió otra *Poética* también, que por mucho tiempo pareció el código indiscutible del buen gusto. Sus poesías, donde se revela más ¡bien que inspiración y sentimientos espontáneo, artificio, no carecen, sin embargo, de aquellas cualidades de discreción y severidad recomendadas por él mismo, como protesta contra el exagerado ornato y la vana palabrería. Sus *canciones* y su *Conquista y defensa de Orán* se reputan por los mejores acordes de su lira. El influjo de Luzán sobre los escritores de su tiempo, fué extraordinario, porque ninguno se atrevió á discutir siquiera el fundamento de aquellos principios que estableciera como incontrovertibles en su «poética».—De la *Conquista de Orán:*

Estas ¡oh noble España! son tus artes:
al cielo dirigir guerras y paces,
pelear y vencer sólo por Cristo.
Del orbe entero ya las cuatro partes,
siempre invencibles, discurrir tus haces
por la sagrada religión han visto.
Por tí, desde Calixto

hasta el opuesto polo, en trecho inmenso,
al verdadero Dios el indio adora,
y el que en la tierra mora
donde al cruel Plutón se daba incienso.
Por tí del Evangelio arrebolada,
con mejor luz la aurora
del Gánges sale; por tí da la entrada
á nuestra fe la más remota playa
del Japón, de la China y de Cambaya.
Por tí, de hoy más, el bárbaro numida,
el de Getulia y el feroz masilo
dejarán la ímpia secta y ritos vanos;
renacerán á más felice vida
cuantos habitan entre Lixo y Nilo
abrazando la ley de los cristianos;
con tratos más humanos
el togado español pondrá sus leyes
entonces al morisco vasallaje,
y parias y homenaje
recibirá de los vencidos reyes.
La piedad, el valor, la verdadera
virtud y el nuevo traje
aprenderá la Libia prisionera;
y sabiendo imitar, sin otra cosa,
su misma esclavitud la hará dichosa.

Los errores de Luzán en algunos extremos, como en la crítica de Lope de Vega, no fueron debidamente estimados hasta mucho después de su tiempo. En todos los trabajos de este escritor y de varios de sus contemporáneos, lo que se advierte es un extraordinario prosaismo, y no hay que buscar en ninguno numen verdadero ni estilo poético espontáneo.

Después de Luzán, acaso la personalidad más importante es **D. José Gerardo Hervás,** que, según todas las probabilidades, se ocultaba bajo el pseudónimo de «Jorge Pitillas». Afrancesado en su sentido artístico, no lo era á la verdad en su estilo propiamente literario, y su *Sátira* contra los malos escritores se recomienda unánimemente como una hermosa composición en su gé-

nero, y en la que se pinta de modo perfecto el estado á la sazón de las letras españolas. — Alma del *Diario de los Literatos,* que con la «Poética» de Luzán compartió el criterio y gusto público en aquel entonces, Hervás representa progreso real y positivo dentro de esa primera mitad del siglo que nos ocupa, renovando, ya que no el sentido estrictamente nacional y clásico de nuestros autores, sí la pureza de la lengua, encaminando el idioma por mejor derrotero y el pensamiento hacia puntos nuevos y de verdadera trascendencia. — De su nombrada *Sátira:*

No más, no más callar, ya no es posible;
allá voy, no me tengan; fuera digo,
que se desata mi maldita horrible.
No censures mi intento, oh Lelio amigo,
pues sabes cuánto tiempo he contrastado
el fatal movimiento que ahora sigo.
Ya toda mi cordura se ha acabado,
ya llegó la paciencia al postrer punto,
y la atacada mina se ha volado.
Protesto que pues hablo en el asunto,
ha de ir lo de antaño y lo de hogaño,
y he de echar el repollo todo junto.
Las piedras, que mil días ha que apaño,
he de tirar sin miedo, aunque con tiento,
por vengar el común y el propio daño.
. . . . . .
Preguntarásme, acaso, Lelio, ahora,
cuáles son los implícitos escribas
contra quienes mi pluma se acalora.
Yo te daré noticias positivas
cuando hable *nominatim* de estos payos
y les ponga el pellejo como cribas.
Más claro que cincuenta papagayos
dirá sus nombres mi furioso pico,
sin rodeos, melindres ni soslayos.
¿La frente arrugas? ¿Tuerces el hocico?
¿Al *nominatim* haces arrumacos?
Oyeme dos palabras, te suplico.
. . . . . .

Cervantes, el divino viajero,
el que se fué al Parnaso piano, piano,
á cerner escritores con su arnero.
Si el gran Mercurio no le va á la mano,
echa á *Lofraso* de la nave al Ponto,
por escritor soez y chabacano.
De *Arbolanches* descubre el genio tonto,
nombra á *Pedrosa* novelero infando,
y en *criticar* á entrambos está pronto.
Sigue el *Pastor de Iberia*, autor nefando,
y el que escribió la *Pícara Justina*,
capellán lego del contrario bando,
Y si este libro tanto se acrimina,
¿qué habría si al *Alfonso* áspero y duro
le pillase esta musa censorina?
Otros más, con intento casto y puro,
ata de su censura á la fiel rueda,
y les hace el satírico conjuro.
Aunque implícitamente, y sin que pueda,
discernir por la bulla y mescolanza
cuál es Garcilasista ó Timoneda.

Los Moratines. Continuadores también de igual sentido de corrección en la escuela que venimos analizando, son los dos Moratines. D. Nicolás Fernández de Moratín (1737-1780) nació en Madrid de familia asturiana, siguiendo los primeros estudios en los Jesuítas de Calatayud y continuando los de Derecho en la Universidad de Valladolid. Sirvió en Palacio durante muchos años. Su buen gusto y el deseo de purgar la literatura de su tiempo de los lunares que la afeaban, le hizo estimado entre todos los poetas y grandes personajes de la corte. Esta escuela de Moratín y de los anteriores, se ha llamado neo-clásico-francesa, y el D. Nicolás fundó la renombrada «Tertulia de San Sebastián», á la cual asistían los hombres más distinguidos de esa tendencia modernista en las letras y las artes. En ella estaba prohibido hablar de otra cosa que de teatros, diversiones, devaneos y literatura: la política no podía tratarse en aquella reunión. En D. Nicolás resucita la musa nacional del romancero, siendo modelo

en su género la *Fiesta de toros de Madrid* (escrita en fáciles y galanas quintillas), así como los acentos épicos del siglo XVI en su canción *A las naves de Cortés destruídas*. De una y otra composición, las principales de dicho autor, transcribimos algunos trozos, descriptivo el primero, y del retrato de Hernán Cortés el segundo. Su poema *La caza* no es muy digno de elogio, así como tampoco sus tragedias ni su comedia *La petimetra*, aunque siempre su versificación es cuidada no obstante su facilidad, y animada siempre de ideas levantadas y de pinturas verdaderamente hermosas.

Madrid, castillo famoso
que al rey moro alivia el miedo,
arde en fiestas en su coso
por ser el natal dichoso
de Alimenón de Toledo.
Su bravo alcaide Aliatar,
de la hermosa Zaide amante,
las ordena celebrar,
por si le puede ablandar
el corazón de diamante.
Pasó, vencida á sus ruegos,
desde Aravaca á Madrid;
hubo pandorgas y fuegos,
con otros nocturnos juegos
que dispuso el adalid.
....
Vinieron las moras bellas
de toda la cercanía,
y de lejos, muchas de ellas:
las más apuestas doncellas
que España entonces tenía.
Aja de Jetafe vino,
y Zahara la de Alcorcón,
en cuyo obsequio muy fino
corrió de un vuelo el camino
el moraicel de Alcabón.
... .
El ancho circo se llena
de multitud clamorosa,
que atiende á ver en su arena
la sangrienta lid dudosa,
y todo en torno resuena.
La bella Zaida ocupó
sus dorados miradores
que el arte filigranó,
y con espejos y flores
y damascos, adornó.
.....
Salió un toro del toril,
y á Tarfe tiró por tierra,
y luégo á Benalguacil;
después con Hamete cierra,
el temerón de Conil.
Traía un ancho listón
con uno y otro matiz
hecho un lazo por airón,
sobre la enhiesta cerviz
clavado con un arpón.
Todo galán pretendía
ofrecerlo vencedor
á la dama que servía:
por eso perdió Almanzor
el potro que más quería.
El alcaide muy zambrero
de Guadalajara huyó
mal herido al golpe fiero,

y desde un caballo overo
el moro de Horche cayó.
Todos miran á Aliatar,
que aunque tres toros ha muerto
no se quiere aventurar;
porque en lance tan incierto
el caudillo no ha de entrar.
.. ..
Dió vuelta hiriendo y matando
á los de á pie que encontrara,
el circo desocupando;
y emplazándose, se pára,
con la vista amenazando.
Nadie se atreve á salir:
la plebe grita indignada,
las damas se quieren ir,
porque la fiesta empezada
no se puede proseguir.
Ninguno al riesgo se entrega
y está en medio el toro fijo,
cuando un portero que llega
de la puerta de la Vega
hincó la rodilla, y dijo:
«Sobre un caballo alazano,
cubierto de galas y oro,
demanda licencia urbano
para alancear un toro
un caballero cristiano.»
Mucho le pesa á Aliatar;
pero Zaida dió respuesta
diciendo que puede entrar;
porque en tan solemne fiesta
nada se debe negar.
. ...
Sonrosado, albo color,
belfo labio, juveniles
alientos, inquieto ardor,
en el florido verdor
de sus lozanos abriles.
Cuelga la rubia guedeja
por donde el almete sube,
cual mirarse tal vez deja
del sol la ardiente madeja
entre cenicienta nube.
Gorguera de anchos follajes,
de una cristiana primores,
en el yelmo los plumajes,
por los visos y celajes
vergel de diversas flores.
En la cuja gruesas lanza,
conrecamado pendón,
y una cifra á ver se alcanza
que es de desesperación,
ó á lo menos de venganza.
En el arzón de la silla
ancho escudo reverbera
con blasones de Castilla,
y el mote dice á la orilla:
Nunca mi espada venciera.
Era el caballo galán,
el bruto más generoso,
de más gallardo ademán:
cabos negros, y brioso,
muy tostado, y alazán.
Larga cola recogida
en las piernas descarnadas,
cabeza pequeña erguida,
las narices dilatadas,
vista feroz y encendida.
Nunca en el ancho rodeo
que da Betis con tal fruto
pudo fingir el deseo
más bella estampa de bruto,
ni más hermoso paseo.
Dió la vuelta alrededor:
los ojos que le veían
lleva prendados de amor.
¡Aláh te salve! decían
¡Déte el Profeta favor!
.....

Mas cuando en medio se pára,
y de más cerca le mira
la cristiana esclava Aldara,
con su señora se encara,
y así le dice, y suspira:
«Señora, sueños no son;
así los cielos vencidos
de mi ruego y aflicción,
acerquen á mis oídos
las campanas de León,
»Como ese doncel que ufano
tanto asombro viene á dar
á todo el pueblo africano,
es Rodrigo de Vivar,
el soberbio castellano.»
.. ..
La mora se puso en pie,
y sus doncellas detrás:
el alcaide que lo ve,
enfurecido además,
muestra cuán celoso esté.
Suena un rumor placentero
entre el vulgo de Madrid:
«No habrá mejor caballero,
— dicen—en el mundo entero;
y algunos le llaman *Cid*.»
....
El bruto se le ha encarado
desde que le vió llegar,
de tanta gala asombrado;
y alrededor le ha observado
sin moverse de un lugar.
Cual flecha se disparó
despedida de la cuerda,
de tal suerte le embistió;
detrás de la oreja izquierda
la aguda lanza le hirió.
Brama la fiera burlada;
segunda vez acomete,
de espuma y sudor bañada;
y segunda vez le mete
sutil la punta acerada.
Pero ya Rodrigo espera
con heroico atrevimiento,
el pueblo mudo y atento;
se engalla el toro y altera,
y finge acometimiento.
La arena escarba ofendido,
sobre la espalda la arroja
con el cuerno retorcido;
el suelo huele y lo moja
en ardiente resoplido.
La cola inquieto menea,
la diestra oreja mosquea,
vase retirando atrás,
para que la fuerza sea
mayor, y el ímpetu más.
.....
A caballo como estaba
Rodrigo el lazo alcanzó
con que el toro se adornaba;
en su lanza le clavó
y á los balcones llegaba.
Y alzándose en los estribos,
le alarga á Zaida, diciendo:
«Sultana, si bien entiendo
ser favores excesivos,
mi corto don admitiendo,
»Si no os dignáredes ser
con él benigna, advertid
que á mí me basta saber
que no lo debo ofrecer
á otra persona en Madrid.»
Ella, el rostro placentero,
dijo, y turbada: «Señor,
yo le admito y le venero,
por conservar el favor
de tan gentil caballero.»
.....
Pero Aliatar el caudillo

de envidia ardiendo se ve:
y trémulo y amarillo,
sobre un tremecén rosillo
lozaneándose fué.
Y en ronca voz «Castellano,
—le dice—con más decoros
suelo yo dar de mi mano,
si no penachos de toros,
las cabezas de cristiano.
»Y si vinieras de guerra
cual vienes de fiesta y gala,
vieras que en toda la tierra,
al valor que dentro encierra
Madrid, ningún se iguala.»
«Así—dijo el de Vivar—
respondo», y la lanza en ristre
pone, y espera á Aliatar;
mas sin que nadie administre
orden, tocaron á armar.
....
El alcaide, recelando
que en Madrid tenga partido,
se templó, disimulando;
y por el parque florido
salió con él razonando.
Y es fama, que á la bajada,
juró por la cruz el Cid
de su vencedora espada,
de no quitar la celada
hasta que gane á Madrid.

Ginete y caballo, en *Las naves de Cortés destruídas:*

....
Ricas armas de esmero y maestría,
listadas de oro puro centellantes,
con pernos de preciosa pedrería,
hebillas y chatones de diamantes,
gorjal grabado en cuyo canto había
de perlas y crisólitos pinjantes,
cegando como el sol, á quien parece
el arnés con que armado resplandece.
....
La gruesa lanza estriada y rebutida
de barras de metal lleva en la cuja,
y un pendoncillo ó banderilla asida
que bordó con primor sutil aguja:
y al encuentro y veloz acometida
hace corriendo que al impulso cruja
cuando con duro y resonante callo
embiste el hermosísimo caballo.
Era alazán tostado, corpulento,
de ardiente vista, y con feroz ultraje
bate el suelo, mirándose opulento
con tan precioso y bárbaro equipaje:

de ormesí recamado el paramento,
de seda y oro y borlas el rendaje,
de bronces entallados la estribera,
zafiros y balajes la testera.
El soberbio animal la crin extiende,
como quien sabe el dueño que pasea,
con agudo relincho el aire enciende
yatónito y ufano se pompea,
en cuanto ¡oh Betis! tu raudal comprende,
que con verdes olivas se hermosea,
tal monstruo no abortó naturaleza
ni unió tanta hermosura en tal fiereza.

D. Leandro Fernández Moratín (1770-1828). Hijo del anterior, nació también en Madrid, y casi un niño, á los diez y nueve años, ganó un premio de la Academia Española por su poema *La conquista de Granada*. Recibió esmerada educación, y de las más completas para su tiempo, puesto que en el extranjero amplió sus conocimientos, gracias á la protección del Príncipe de la Paz; y en París, también, precisamente, huyendo por «afrancesado», le sorprendió la muerte. No figura ciertamente como poeta lírico de primer orden, pero escribió composiciones muy estimables, siendo esclavo siempre de la forma, irreprochable por lo depurada. En calidad de satírico, se celebra su composición en verso libre *El filosofastro*, de que daremos una muestra más adelante; pero su renombre lo adquirió para la historia por su significación como autor dramático. Sabido es que logró arrancar la comedia española de la bochornosa decadencia en que se encontraba con compositores como Comellas; y representa en nuestro teatro el triunfo de la escuela clásico-francesa, al propio tiempo que la restauración del buen gusto, el decoro y la discreción.—Los actores no se avinieron fácilmente á la nueva tendencia y estructura de las obras de Moratín, temiendo que el público las rechazaría por encontrarlas demasiado sencillas en su enredo, pudorosas en su intriga y apacibles en su desarrollo; y, con efecto, sólo tuvo mediano éxito su primera producción representada, titulada *El viejo y la niña*. Inmediatamente su segunda obra, en prosa, *El Café*,

alcanzó en cambio éxito extraordinario; *El Barón* y *La Mogigata* no consiguieron igual triunfo. En ésta el pensamiento está tomado de una obra de Calderón, y es notable por el estudio y contraste de los caracteres entre las dos mujeres principales, la devota, y la franca y sincera. Por último, *El sí de las niñas*, á pesar de su prosaismo y vulgaridad, consagró el nuevo camino en las aficiones despertadas en el público, debido indudablemente al influjo del autor. Dicha obra se representó 36 noches, cosa verdaderamente desusada á la sazón. Por último, tradujo y arregló *La escuela de los maridos* y *El médico á palos*, de Molière, que hoy mismo se ven con agrado. Su traducción del *Hamlet*, de Shakespeare, nunca llegó á estrenarse. En la crítica que hace de esta última obra Moratín, se retrata perfectamente con sus tremendos errores y sus grandes cualidades.

Ayer don Ermeguncio, aquel pedante
locuaz, declamador, á verme vino
en punto de las diez. Si de él te acuerdas,
sabrás que no tan sólo es importuno,
presumido, embrollón; sino que á tantas
gracias añade la de ser goloso,
más que el perro de Fílis. No te puedo
decir con cuántas indirectas frases
y tropos elegantes y floridos,
me pidió de almorzar. Cedí al encanto
de su elocuencia, y vieras conducida
del rústico gallego que me sirve,
ancha bandeja con tazón chinesco
rebosando de hirviente chocolate;
(ración cumplida para tres doctores
de Salamanca) y en cristal luciente,
agua que serenó barro de Andújar;
tierno y sabroso pan, mucha abundancia
de leves tortas y bizcochos duros,
que toda absorben la poción suave
de Soconusco, y su dureza pierden.
No con tanto placer el lobo hambriento
mira la enferma res, que en solitario

bosque perdió el pastor, como el ayuno
huésped, el don que le presento opimo.
Antes de comenzar el gran destrozo,
altos elogios hizo del fragante
aroma que la taza despedía,
del esponjoso pan, de los dorados
bollos, del plato, del mantel, del agua:
y empieza á devorar. Mas no presumas
que por eso calló: diserta y come,
engulle y grita, fatigando á un tiempo
estómago y pulmón. ¡Qué cosas dijo!
¡Cuánta doctrina acumuló, citando,
vengan al caso ó no, godos y etruscos!
Al fin, en ronca voz;—¡Oh, edad nefanda;
vicios abominables! ¡Oh costumbres!
¡Oh corrupción!—exclama – y de camino
dos tortas se tragó.—¡Que á tanto llegue
nuestra depravación, y un placer solo
tantos afanes y dolor produzca
á la oprimida humanidad! Por este
sorbo llenamos de miseria y luto
la América infeliz, por él Europa,
la culta Europa, en el Oriente usurpa
vastas regiones; porque puso en ellas
naturaleza el cinamomo ardiente;
y para que más grato el gusto adule
este licor, en duros eslabones
hace gemir al atezado pueblo,
que en Africa compró, simple y desnudo.
¡Oh! ¡qué abominación!—dijo, y llorando
lágrimas de dolor, se echó de un golpe
cuanto en el hondo cangilón quedaba.
....
..... No hay picarón tramposo,
venal, entremetido, disoluto,
infame delator, amigo falso,
que ya no ejerza autoridad censoria
en la Puerta del Sol, y allí gobierne
los Estados del mundo: las costumbres,
los ritos y las leyes mude y quite.

.... Claudio, todos
predican ya virtud como el hambriento
Don Ermeguncio cuando sorbe y llora...
¡Dichoso aquel que la practica y calla!

D. Diego. ¿Está usted desazonada?

D.ª Francisca. Alguna cosa.

D. Diego. ¿Qué siente usted? *(Siéntase junto á D.ª Francisca)*

D.ª Francisca. No es nada... Así un poco de... Nada... no tengo, nada.

D. Diego. Algo será; porque la veo á usted muy abatida, llorosa, inquieta... ¿Qué tiene usted, Paquita? ¿No sabe usted que la quiero tanto?

D.ª Francisca. Sí, señor.

D. Diego. Pues ¿por qué no hace usted más confianza de mí? ¿Piensa usted que no tendré yo mucho gusto en hallar ocasiones de complacerla?

D.ª Francisca. Ya lo sé.

D. Diego. ¿Pues cómo sabiendo que tiene usted un amigo, no desahoga con él su corazón?

D.ª Francisca. Porque eso mismo me obliga á callar.

D. Diego. Eso quiere decir que tal vez soy yo la causa de su pesadumbre de usted.

D.ª Francisca. No, señor, usted en nada me ha ofendido. No es de usted de quien yo me debo quejar.

D. Diego. Pues ¿de quién, hija mía?... Venga usted acá .. *(Acércase más.)* Hablemos siquiera una vez sin rodeos ni disimulación. Dígame usted, ¿no es cierto que usted mira con algo de repugnancia este casamiento que se le propone? ¿Cuánto va que si la dejasen á usted entera libertad para la eleccion, no se casaría conmigo?

D.ª Francisca, Ni con otro.

D. Diego. ¿Será posible que usted no conozca otro más amable que yo, que la quiera bien, y que la corresponda como usted merece?

D.ª Francisca. No, señor; no, señor.

D. Diego. Mírelo usted bien.

D.ª Francisca. ¿No le digo á usted que no?

D. Diego. ¿Y he de creer, por dicha, que conserve usted tal inclinación al retiro en que se ha criado, que prefiera la austeridad del convento á una vida más...

D.ª Francisca. Tampoco, no señor... Nunca he pensado así.

D. Diego. No tengo empeño en saber más... Pero de todo lo que acabo de oír resulta una gravísima contradicción. Usted no se halla inclinada al estado religioso, según parece. Usted me asegura que no tiene queja ninguna de mí, que está persuadida de lo mucho que la estimo, que no piensa casarse con otro, ni debo recelar que nadie me dispute su mano... Pues ¿qué llanto es ese? ¿De dónde nace esa tristeza profunda, que en tan poco tiempo ha alterado su semblante de usted, en términos que apénas le reconozco? ¿Son éstas las señales de quererme exclusivamente á mí, de casarse gustosa conmigo dentro de pocos dias? ¿Se anuncian así la alegría y el amor?

D.ª Francisca. Y ¿qué motivos le he dado á usted para tales desconfianzas?

D. Diego. ¿Pues qué? Si yo prescindo de estas consideraciones; si apresuro las diligencias de nuestra unión; si su madre de usted sigue aprobándola, y llega el caso de...

D.ª Francisca. Haré lo que mi madre me manda, y me casaré con usted.

D. Diego. ¿Y después, Paquita?

D.ª Francisca. Después... y mientras me dure la vida seré mujer de bien

D. Diego. Eso no lo puedo yo dudar... Pero si usted me considera como el que ha de ser hasta la muerte su compañero y su amigo, dígame usted: estos títulos ¿no me dan algún derecho para merecer de usted mayor confianza? ¿No he de lograr que usted me diga la causa de su dolor? Y no para satisfacer una impertinente curiosidad, sino para emplearme todo en su consuelo, en mejorar su suerte, en hacerla dichosa, si mi conato y mis diligencias pudiesen tanto.

D.ª Francisca ¡Dichas para mí! Ya se acabaron.

D. Diego. ¿Por qué?

D.ª Francisca. Nunca diré por qué

D. Diego. Pero ¡qué obstinado, qué imprudente silencio!... cuando usted misma debe presumir que no estoy ignorante de lo que hay.

D.ª Francisca. Si usted lo ignora, señor don Diego, por Dios no finja que lo sabe; y si en efecto lo sabe usted, no me lo pregunte.

D. Diego. Bien está. Una vez que no hay nada que decir, que esa aflicción y esas lágrimas son voluntarias, hoy llegaremos á Madrid, y dentro de ocho dias será usted mi mujer.

D.ª Francisca. Y daré gusto á mi madre.

D. Diego. Y vivirá usted infeliz.

D.ª Francisca. Ya lo sé.

D. Diego. He aquí los frutos de la educación. Esto es lo que se llama criar bien á una niña: enseñarla á que desmienta y oculte las pasiones más inocentes con una pérfida disimulación. Las juzgan honestas luego que las ven instruídas en el arte de callar y mentir. Se obstinan en que el temperamento, la edad ni el genio no han de tener influencia alguna en sus inclinaciones, ó en que su voluntad ha de torcerse al capricho de quien las gobierna. Todo se les permite, menos la sinceridad. Con tal que no digan lo que sienten; con tal que finjan aborrecer lo que más desean; con tal que se presten á pronunciar, cuando se lo manden, un sí perjuro, sacrílego, origen de tantos escándalos, ya están bien criadas: ¡y se llama excelente educación la que inspira en ellas el temor, la astucia y el silencio de un esclavo!

D.ª Francisca. Es verdad... Todo eso es cierto... Eso exigen de nosotras, eso aprendemos en la escuela que se nos da... Pero el motivo de mi aflicción es mucho más grande.

D. Diego. Sea cual fuere, hija mía, es menester que usted se anime... Si la ve á usted su madre de esa manera, ¿qué ha de decir?... Mire usted que ya parece que se ha levantado.

D.ª Francisca. ¡Dios mío!

D. Diego. Sí, Paquita; conviene mucho que usted vuelva un poco sobre sí... No abandonarse tanto... Confianza en Dios... Vamos, que no siempre nuestras desgracias son tan grandes como la imaginación las pinta. ¡Mire usted qué desorden éste! ¡qué agitación! ¡qué lágrimas! Vaya, ¿me da usted palabra de presentarse así... con cierta serenidad y... eh?

D.ª Francisca. Y usted, señor... Bien sabe usted el genio de mi madre. Si usted no me defiende, ¿á quién he de volver los ojos? ¿Quién tendrá compasión de esta desdichada?

D. Diego. Su buen amigo de usted... ¡Yo... ¿Cómo es posible que yo la abandonase... ¡criatura! en la situación dolorosa en que la veo? *(Asiéndola de las manos.)*

D.ª Francisca. ¿De veras?

D. Diego. Mal conoce usted mi corazón.

D.ª Francisca. Bien lo conozco.

(Quiere arrodillarse; don Diego se lo estorba, y ambos se levantan.)

D. Diego. ¿Qué hace usted, niña?

D.ª Francisca. Yo no sé... ¡Qué poco merece toda esa bondad una mujer tan ingrata para con usted!... No, ingrata no, infeliz... ¡Ay, qué infeliz soy, señor don Diego!

D. Diego. Yo bien sé que usted agradece como puede el amor que le tengo... Lo demás, todo ha sido... ¿qué sé yo? una equivocación mía, y no otra cosa... Pero usted, inocente, usted no ha tenido la culpa.

D. Gaspar Melchor de Jovellanos (1744-1811). Nació en Gijón, estudió filosofía en Oviedo, y más tarde en Avila, Alcalá y Madrid, donde completó su educación y carrera de Derecho. Destinado á la Iglesia en un principio, renunció á la profesión eclesiástica obteniendo un cargo de la magistratura que sirvió en Sevilla diez años. Desempeñó en Madrid, entre otros, la plaza de Consejero de órdenes; y la caída de su amigo el conde de Cabarrús fué causa de que lo desterrasen á Asturias. Cambiadas las tendencias políticas, á los pocos años fué llamado á la corte para ocupar el Ministerio de Gracia y Justicia, de cuyo alto puesto cayó de nuevo, sufriendo esta vez, no sólo el destierro, sino larga prisión, como reo de Estado, en Mallorca, provocada por los manejos de la Inquisición y las intrigas cortesanas. En 1808, los sucesos de Aranjuez abrieron las puertas de su calabozo para trasladarlo á la Junta Central; y á la disolución de ésta, no pudo volver á su país á causa de la invasión napoleónica. —Es Jovellanos una de las personalidades más grandes de la historia nacional, no sólo bajo el punto de vista de escritor y literato, si que también por la elocuencia de sus razonamientos, la profundidad de sus reflexiones y la altura de sus ideas, representando por todo ello el modelo más acabado de nuestra prosa después de la transformación sufrida por el influjo francés. Educado en la literatura de la Enciclopedia transpirenáica, poseía vastísimos conocimientos en todos los órdenes del saber; filósofo é historiador á la par, no dejó de cultivar la poesía ni de aprender las ciencias prácticas y políticas para el gobierno de un Estado. Además reuníanse en tan insigne varón todas las virtudes públicas y particulares, exaltadas por un sentimiento de amor pátrio verdaderamente ejemplar. Jovellanos, pues, debe servir de modelo bajo todos respectos en la historia moderna.—Sus poesías reunidas bajo el título *Ocios juveniles*, demuestran que donde les falta inspiración brillan no obstante la corrección de forma y gra-

vedad é intensidad de pensamiento. Entre otras son recomendables aquellas de que más abajo copiamos trozos, y cuyos títulos enumeramos en el orden en que van insertos: *Canto guerrero á los asturianos*, *Al sol*, y la *Sátira á Arnesto sobre las costumbres corrompidas de la época*, que por la energía de la frase merece recomendarse muy especialmente. Como autor dramático escribió la tragedia *Munuza;* y por último, su famoso drama *El delincuente honrado*. En el respecto de hombre de ciencia, sus producciones se refieren, según apuntamos más arriba, á filología, política, legislación, humanidades, instrucción pública, industria, comercio y artes en general. Su principal obra es el admirable *Informe sobre la Ley agraria*, trabajo digno de verdadero estadista bajo el punto de vista filosófico y práctico á la vez, y en el cual las bellezas del estilo son tan estimables á veces como las de las ideas, y que termina con las palabras que copiamos más adelante.—En el himno siguiente se repite cada dos cuartetos el estribillo final.

. . . .

En Astúrias Pelayo alzó el trono
que Ildefonso afirmó vencedor;
la victoria ensanchó sus confines;
la victoria su fama extendió.

Trece reyes su imperio rigieron;
héroes mil rëalzaron su honor,
y engendraron los héroes que altivos
dieron gloria á Castilla y León.

Y hoy que viene un villano enemigo
libertad á robaros y honor,
¿en olvido pondréis tantas glorias?
¿sufriréis tan indigno baldón?

Menos fuerte que el fuerte romano,
más que el godo y el árabe atroz,
¿sufriréis que esclavice la patria,
que el valor de Pelayo libró?

No creáis invencibles ni bravos
en la lid á esos bárbaros, no:
sólo en artes malignas son fuertes,
sólo fuertes en dolo y traición.

Si en Bailén de sus águilas vieron
humillado el mentido esplendor,
de Valencia escaparon medrosos,
Zaragoza su fama infamó.
Alcañiz arrastró sus banderas,
el Alberche su sangre bebió,
ante el Tormes cayeron batidos,
y Aranjuez los llenó de pavor.
Fué la heroica Gerona su oprobio,
Llobregat reprimió su furor,
y las ondas y muros de Gades
sus sepulcros serán y baldón.
Y vosotros de Lena y Miranda,
no los vísteis huír con terror?
¿y no vísteis que en Grado y Doriga
su víl sangre los campos regó?
¿Pues quién hoy vuestra furia detiene?
¿pues quién pudo apagar vuestro ardor?
¿los que ayer eran flacos, cobardes,
serán fuertes, serán bravos hoy?
Cuando os pide el amor sacrificios,
cuando os pide venganza el honor,
¿cómo no arde la ira en los pechos?
¿quién los brazos nerviosos ató?
A las armas valientes astures,
empuñadlas con nuevo vigor,
que otra vez con sus huestes el corso
el solar de Pelayo manchó.
Corred, corred, briosos,
corred á la victoria,
y á nueva eterna gloria
subid vuestro valor.

Padre del universo,
autor del claro día,
brillante sol, á cuyos
influjos la infinita
turba de los vivientes
el ser debe y la vida:
tú, que rompiendo el seno
de la alba cristalina,
sales sobre el Oriente
á derramar el día,

por los profundos valles
y por las altas cimas;
de cuyo reluciente
curso las diamantinas
y voladoras ruedas,
con rapidez no vista
hienden el aire vago
de la región vacía;
en hora buena vengas
de luces matutinas,
de rayos coronado
y llamas nunca extintas,
á henchir las almas nuestras
de paz y de alegría.
La tenebrosa noche,
de fraudes, de perfidias
y dolos medianera,
se ausenta de tu vista,
y busca en los profundos
abismos su guarida.
El sueño perezoso,
las sombras, las mentidas
fantasmas y los sustos,
su horrenda comitiva,
se alejan de nosotros;
y en pos del claro día
el júbilo, el sosiego
y el gozo nos visitan.
Las horas transparentes
de clara luz vestidas
señalan nuestros gustos
y miden nuestras dichas.
O bien brillante salgas
por elevadas cimas
rigiendo tus caballos
con las doradas bridas;
ó ya el luciente carro
con nuevo ardor dirijas
al reino austral, de donde
más luz y fuego vibras;
ó, en fin, precipitado
sobre las cristalinas
occíduas aguas caigas
con luz más blanda y tibia:
tu rostro refulgente,
tu ardor, tu luz divina,
del hombre serán siempre
consuelo y alegría.

¿Ves, Arnesto, aquel majo en siete varas
de pardomonte envuelto, con patillas
de tres pulgadas afeado el rostro,
magro, pálido y sucio, que al arrimo
de la esquina de enfrente nos acecha
con aire sesgo y baladí? Pues ese,
ese es un nono nieto del rey Chico.
Si el breve chupetín, las anchas bragas
y el albornoz, no sin primor terciado,
no te lo han dicho; si los mil botones
de filigrana berberisca, que andan
por los confines del jubón perdidos,
no lo gritan; la faja, el guadigeño,

el arpa, la bandurria y la guitarra
lo cantarán: no hay duda, el tiempo mismo
lo testifica. Atiende á sus blasones:
sobre el portón de su palacio ostenta,
grabado en terroqueña, un ancho escudo
de medias lunas y turbantes lleno.
Nácenle al pie las bombas y las balas
entre tambores, chuzos y banderas,
como en sombrío matorral los hongos.
....
El águila imperial con dos cabezas
se ve picando del morrión las plumas
allá en la cima; y de uno y otro lado,
á pesar de las puntas asomantes,
grifo y león rampantes le sostienen.
Ve aquí sus timbres; pero sigue, sube,
entra, y verás colgado en la antesala
el árbol gentilicio, ahumado y roto
en partes mil; empero de sus ramas,
cual suele el fruto en la pomposa higuera,
sombreros penden, mitras y bastones.
En procesión aquí y allí caminan
en sendos cuadros los ilustres deúdos,
por hábil brocha al vivo retratados.
¡Qué gregüescos! ¡qué caras! ¡qué bigotes!
El polvo y telarañas son los gajes
de su vejez. ¿Qué más? hasta los duros
sillones moscovitas y el chinesco
escritorio, con ámbar perfumado,
en otro tiempo de marfil y nácar
sobre ébano embutido, y hoy deshecho,
la ancianidad de su solar pregonan.
Tal es, tan rancia y tan sin par su alcurnia,
que aunque embozado y en castaña el pelo,
nada les debe á Ponces y Guzmanes.
No los aprecia, tiénese en más que ellos,
y vive así. Sus dedos y sus labios,
del humo del cigarro encallecidos,
índice son de su crianza. Nunca
pasó del *b*, *a* : *ba*. Nunca sus viajes

más allá de Getafe se extendieron:
fué antaño allá por ver unos novillos
junto con Pacotrigo y la Caramba;
por señas, que volvió ya con estrellas,
beodo por demás, y durmió al raso.
.....,
¿Y es este un noble, Arnesto? ¿Aquí se cifran
los timbres y blasones? ¿De qué sirve
la clase ilustre, una alta descendencia,
sin la virtud? Los nombres venerados
de Laras, Tellos, Haros y Girones,
¿qué se hicieron? ¿qué ingenio ha deslucido
la fama de sus triunfos? ¿son sus nietos
á quienes fía su defensa el trono?
¿Es ésta la nobleza de Castilla?
¿es éste el brazo, un día tan temîdo,
en quien cifraba el castellano pueblo
su libertad? ¡Oh vilipendio! ¡Oh siglo!
Faltó el apoyo de las leyes; todo
se precipita; el más humilde cieno
fermenta, y brota espíritus altivos,
que hasta los tronos del Olimpo se alzan.
¿Qué importa? Venga denonada, venga
la humilde plebe en irrupción, y usurpe
lustre, nobleza, títulos y honores.
Sea todo infame behetría; no haya
clases ni estados. Si la virtud sola
les puede ser antemural y escudo,
todo sin ella acabe y se confunda.

Dígnese, pues, Vuestra Alteza de derogar de un golpe las bárbaras leyes que condenan á perpetua esterilidad tantas tierras comunes; las que exponen la propiedad particular al cebo de la codicia y de la ociosidad; las que, prefiriendo las ovejas á los hombres, han cuidado más de las lanas que los visten que de los granos que los alimentan; las que estancando la propiedad privada en las eternas manos de pocos cuerpos y familias poderosas, encarecen la propiedad libre y sus productos, y alejan de ella los capitales y la industria de la nación;

las que obran el mismo efecto encadenando la libre contratación de los frutos, y las que, gravándolos directamente en su consumo, reunen todos los grados de funesta influencia de todas las demás. Instruya Vuestra Alteza la clase propietaria en aquellos útiles conocimientos sobre que se apoya la prosperidad de los Estados, y perfeccione en la clase laboriosa el instrumento de su instrucción, para que pueda derivar alguna luz de las investigaciones de los sabios. Por último, luche Vuestra Alteza con la naturaleza, y si puede decirse así, oblíguela á ayudar los esfuerzos del interés individual, ó por lo menos, á no frustrarlos. Así es como Vuestra Alteza podrá coronar la grande empresa en que trabaja tanto tiempo ha; así es como corresponderá á la expectación pública, y como llenará aquella íntima y preciosa confianza que la nación tiene y ha tenido siempre en su celo y su sabiduría; y así es, en fin, como la Sociedad, después de haber meditado profundamente esta materia, después de haberla reducido á un solo principio tan sencillo como luminoso, después de haber presentado con la nueva confianza que es propia de su instituto, todas las grandes verdades que abraza, podrá tener la gloria de cooperar con Vuestra Alteza al restablecimiento de la Agricultura y á la prosperidad general del Estado y de sus miembros.

D. Juan Melendez Valdés (1754-1817). Rivera del Fresno es su país natal. En Madrid, Segovia y Salamanca siguió estudios; y protegido por Jovellanos, obtuvo cargos en la magistratura. Adherido al nuevo Gobierno del Rey José, al caer Bonaparte, emigró, muriendo en Montpeller.—Es de los poetas de más fama del siglo XVIII, y entre cuyos méritos se cuenta el de haber purificado la lengua, restituyendo la poesía á su antiguo brillo, por lo que fué llamado «restaurador del Parnaso español». Todo este prestigio de sus contemporáneos no se ha mantenido hasta el día, puesto que, cambiado el gusto moderno, resulta un tanto dulzón y de poca fibra, no siendo quizás su inspiración tan sincera como se requiere en los tiempos presentes. Acaso un exceso de fecundidad le llevara á escribir trabajos indignos de pasar á la historia. El género en donde parece maestro es la bucólica, que en el siglo pasado se renovó tratando de volver á resucitar en nuestra lírica los tiempos de Garcilaso: gusto tan artificial en aquel siglo como en éste. Esto aparte, nadie podrá negarle cierta

ternura de sentimiento y cierta delicadeza en la expresión de los mismos. En sus letrillas y anacreónticas alcanza también laureles merecidos, como se verá por los dos ejemplos de una y otra clase que van á continuación:

Bebamos, bebamos
del suave licor,
cantando beodos
á Baco y no á Amor.
Amigos, bebamos,
y en dulce alegría
perdamos el día:
la copa empinad.
¿En qué nos paramos?
la ronda empecemos
y á un tiempo brindemos
por nuestra amistad.
¡Oh, qué bien que sabe!
otro vaso venga:
cada cual sostenga
su parte en beber.
Y quien quiera alabe
de Amor el destino;
yo tengo en el vino
todo mi placer.
¡Oh vino precioso!
¡Cómo estás riendo,
saltando, bullendo!
¿Quién no te amará?
Tu olor delicioso,
color sonrosado,
sabor delicado,
qué no rendirá?
Bebamos, bebamos,
del suave licor, etc.

Tras una mariposa,
cual zagalejo simple,
corriendo por el valle,
la senda á perder vine.
Recostéme cansado,
y un sueño tan felice
me asaltó, que aún gozoso
mi labio lo repite.
Cual otros dos zagales
de belleza increíble,
Baco y Amor se llegan
á mí con paso libre;
Amor un dulce tiro,
riendo, me despide,
y entrambas sienes Baco
de pámpanos me ciñe.
Besáronme en la boca
después, y así apacibles,
con voz muy más suave
que el céfiro, me dicen:
«Tú de las roncas armas
ni oirás el són terrible,
ni en mal seguro leño
bramar las crudas sirtes.
»La paz y los amores
te harán, Batilo, insigne;
y de Cupido y Baco
serás el blando cisne.»

D. José Cadahalso (1741-1782). Nacido en Cádiz, educado en París, después de recorrer varios países de Europa, ascendió

hasta muy alta graduación en el ejército, asistiendo al sitio de Gibraltar, donde falleció. Amigo de Moratín, no merecería, sin embargo, puesto distinguido en la poesía de este tiempo á no haber colaborado con él en el restablecimiento de la pureza de nuestra literatura.— Imitó al inglés Young en sus *Noches lúgubres*, que no es una de sus mejores composiciones. Más estimables son sus poesías ligeras, aunque en todas hay falta de verdad y sobra de artificio. Entre sus sátiras, *Los eruditos á la violeta*, en que se dan reglas para aprender todos los conocimientos humanos en una semana, es citada con elogio.—Ejemplo de una de sus conocidas anacreónticas:

Unos pasan, amigo,
estas noches de Enero
junto al balcón de Cloris,
con lluvia, nieve y hielo;
otros la pica al hombro,
sobre murallas puestos,
hambrientos y desnudos,
pero de gloria llenos;
otros al campo raso,
las distancias midiendo
que hay de Venus á Marte,
que hay de Mercurio á Vénus;
otros en el recinto
de lúgubre aposento,
de Newton ó Descartes
los libros revolviendo;
otros contando ansiosos
sus mal habidos pesos
atando y desatando
los antiguos talegos.
Pero acá las pasamos
junto al rincón del fuego,
asando unas castañas,
ardiendo un tronco entero,
hablando de las viñas,
contando alegres cuentos,
bebiendo grandes copas,
comiendo buenos quesos;
y á fe que de este modo
no nos importa un bledo
cuanto enloquece á muchos,
que serían muy cuerdos
si hicieran en la corte
lo que en la aldea hacemos.

El Conde de Noroña (1770-1815). Este ilustre hijo de Castellón, aguerrido militar y diplomático, después del sitio de Gibraltar llegó al generalato al cabo de sus victorias en la guerra de la Independencia.—Sus tareas en las armas y en las cortes de Inglaterra y San Petersburgo no le impidieron el cultivo de las musas, dejando escrita una tragedia en verso *Madama González*, dos comedias en prosa, un poema, muchas poesías y algún trabajo de crítica. La importancia del Conde de Noroña es debida

singularmente á que tradujo del inglés á nuestra lengua poesías árabes, persas y turcas, que con el nombre de *Asiáticas* vieron la luz primeramente en París muchos años después de su muerte. Para conocimiento de su estilo y como prueba de cómo un bravo militar se hallaba influído de las teorías filantrópicas de su tiempo, damos á continuación una tirada de sus versos libres *contra la guerra,* en donde se prueba también el prosaismo que palpitaba en sus mejor pensadas que sentidas composiciones.

Cuando miro, Fernando, congregadas
las huestes sobre el llano; que tremolan
las bélicas banderas; que el infante
aprieta en la robusta mano el arma;
que el jinete impaciente arde y suspira
por aflojar la rienda al bridón suelto,
que tascando el bocado se consume,
y que, por otra parte, los cañones
estremecen los montes convecinos;
cuando veo, por fin, saltar ligera
á la muerte feroz sobre su carro,
y resonar sus ruedas pavorosas
sobre nuestras cabezas, arrastrando
tras sí sus espantosos compañeros,
el pálido Temor, la no saciable
mortandad, los relámpagos, el trueno;
y que, empuñando en la derecha el hierro,
y el fuego en la otra mano, se salpica
el eje con la sangre de los hombres,
y su carro se cubre de ceniza
de las obras y esfuerzos de las artes,
que el tiempo mismo respetado había:
cuando encuentro á la Guerra en sus estragos,
cuando contemplo á César coronado
de sangrientos laureles, y que el triunfo
de Aníbal, de Scipión, del grande Tito,
sobre fuego, sobre humo, sobre nada
se eleva y engrandece: me enardezco
y de lo hondo del pecho saco fuera
estas palabras, en furor envueltas:

«¡Maldito una y mil veces el primero
que, destrozando las sagradas leyes
de la naturaleza, quiso, osado,
elevar su cabeza con orgullo,
sobre todos los otros sus iguales;
y, deshaciendo los estrechos lazos
con que estaban los hombres reünídos,
dió á la Discordia entrada, y á la Guerra
revistió con el traje de la Gloria,
para que, deslumbrados los mortales,
por diosa del honor la diesen culto!
¡Maldito, digo, quien así del orbe
desterró para siempre la Paz dulce;
la Paz, único bien que el hombre debe
estrechar en su seno y con su boca
cubrir de ardientes amorosos besos!
¡Maldito, vuelvo á repetir airado,
su nombre horrible! ¡para siempre sea
cubierto de ignominia, ó confundido
en los abismos hondos del Averno!»

D. Nicasio Álvarez Cienfuegos (1764-1809). Educado en Salamanca, la amistad de Meléndez y de otros literatos de la generación de verdaderos patriotas, amantes de la cultura nacional y del progreso, que, aparte de la conquista, traían las armas de Napoleón, fué hombre de temple extraordinario, y de alma apasionada por lo bueno y por lo bello, aunque como escritor y como poeta no pueda tener timbres tan superiores como los de sus virtudes cívicas. A veces resulta afectado y ampuloso, pero siempre late bajo formas en ocasiones incorrectas, una grande hermosura de ideas nobles y de generosos sentimientos. Cultivó todos los géneros de moda en su tiempo (incluso la tragedia), y entre sus composiciones pasa por una de las superiores su oda *A la paz* entre España y Francia en 1795; pero por tener un corte más original, copiamos algunas estrofas de su *Canto fúnebre*.

CORO DE DONCELLAS

¿Dónde está nuestra gloria,
oh hijos de Ismael? El marchitado
lauro romped que un día
os ciñó la victoria
esclava de Almanzor. ¡Infortunado!
¡Le holló la muerte impía!
Venid, y de ciprés la sien orlada,
en lágrimas regad su tumba helada

CORO DE MANCEBOS

Cubrid entristecidas,
¡oh hijas de Ismael! vuestra hermosura
de dolor y de muerte;
¡ay, ay! ya orfanecidas,
vuestras trenzas cortad, y sin ventura
llorad al grande, al fuerte,
al que héroe entre los héroes relucía,
como en el cielo el luminar del día.

AMBOS COROS

El cedro, que orgulloso
alza á las nubes la pomposa frente,
cae, y braman temblando,
al caer estruendoso,
las selvas; y á los cielos, inocente,
pide el pastor llorando
su sombra. ¡Oh Almanzor, cedro caído!
tu sombra paternal hemos perdido.
....

D. Vicente García de la Huerta (1734-1787). La importancia del hijo de Extremadura estriba muy principalmente en haber sido el campeón de la escuela antigua genuínamente española enfrente de la restauración francesa que pusieron en boga todos los talentos de primer orden del siglo XVIII, y con razón. De ilustración muy mediana, aunque académico de las tres altas Corporaciones, su talento suplió sin embargo allí donde sus conocimientos no alcanzaban. Fué el enemigo irreconciliable de los

innovadores, maltratándolos públicamente en la prensa; pero al fin y á la postre influído, bien á su pesar, del gusto moderno, él, que como poeta había figurado entre los de forma rotunda y armoniosa al estilo antiguo, sucumbió á escribir su tragedia *Raquel* (basada en la tradición amorosa de Alfonso VIII con la judía de Toledo), logrando en esta obra que ya que sus adversarios lo vencían por la escuela, él saliera victorioso de todos como poeta muy superior á sus enemigos. He aquí el trozo de la escena en que uno de los personajes, hablando en nombre de los soldados, expone sus quejas al rey:

Pero cómo han de estar, sino marchitos,
campos á quienes niega el Sol sus rayos,
jardines que descuida el jardinero,
flor que no riega diligente mano?
Los campos del imperio de Castilla
del valeroso Alfonso abandonados
sólo espinas producen y venenos,
que ofenden y atosigan sus vasallos.
Raquel... Permite, Alfonso, que la nombre,
y si te pareciere desacato
que quejas de Raquel se te repitan,
pague mi cuello culpas de mi labio.
Raquel (vuelvo á decir) no solamente
el reino tiraniza castellano;
no sólo de los ricos hombres triunfa,
no sólo el pueblo tiene esclavizado,
no sólo ensalza viles idumeos,
no sólo menoscaba tus erarios,
no sólo con tributos nos aqueja,
sino que (lo que es más) de Alfonso octavo
el alma y los sentidos de tal suerte
domina y avasalla, que postrado
oscuramente yace en su ignominia
siendo mofa de propios y de extraños.
Ya no conquista Alfonso: ya no vence:
ya no es Alfonso rey: aprisionado
le tiene, entre sus brazos, una hebrea;
¿pues cómo ha de ser rey el que es esclavo?

¿Esto los timbres son de tus victorias?
¿Este el fin de tus triunfos y tus lauros?
¿De este modo coronas tus hazañas?
¿Para esto de la fama al metal claro
diste gloriosa voz con tus proezas?
¿Para esto al noble esfuerzo de tu brazo
venciste reyes, conquistaste imperios?
Sí: para que Raquel atropellando
tus glorias, tus hazañas, tus conquistas,
tus timbres adquiridos y heredados
oscureciese Alfonso tu memoria
deshonrase tu nombre y tu reinado!

D. José Iglesias de la Casa (1748-1791). Hijo de Salamanca, en aquella Universidad cursó Humanidades y Teología, haciéndose presbítero. De la época en que todavía no se había ordenado son su mejores composiciones festivas, que le han dado renombre; y ya de clérigo, intentó, géneros á su parecer más en consonancia con su nuevo estado, no siendo tan feliz en el desempeño de semejante tarea en la última fase de su vida por carecer de la frescura, espíritu picante y espontaneidad que sobresalían en las primeras y picarescas. Daremos aquí una de sus letrillas:

¿Ves aquel seor graduado,
roja borla, blanco guante,
que, *nemine discrepante*,
fué en Salamanca aprobado?
pues, con su borla, su grado,
cátedra, renta y dinero,
es un grande majadero.

¿Ves servido un señorón
de pajes en real carroza,
que un rico título goza
porque acertó á ser varón?
pues con su casa, blasón,
título, coche y cochero,
es un grande majadero.

¿Ves al jefe blasonando
que tiene el cuerpo cosido
de heridas que ha recibido
allá en Flandes batallando?
pues con su escuadrón, su mando,
su honor, heridas y acero,
es un grande majadero.

¿Ves al juez con fiera cara
en su tribunal sentado,
condenando al desdichado
reo que en sus manos pára?
pues con sus ministros, vara,
audiencia y juicio severo,
es un grande majadero.

¿Ves al que esta satirilla
escribe con tal denuedo,
que no cede ni á Quevedo,
ni á otro ninguno en Castilla?
pues con su vena, letrilla,
pluma, papel y tintero,
es mucho más majadero.
....

Fray Diego González (1733-1797). Agustino, predicador excelente, cursó carrera en Madrid y Salamanca, y es legítima gloria de Ciudad-Rodrigo.—Por su temperamento, siguió las huellas de Fray Luís de León, y como pureza en el lenguaje y suavidad en el concepto, merece puesto distinguido. Amigo de Jovellanos y de los demás escritores de nota contemporáneos suyos, compuso muchas poesías profanas, en el sentido y gusto neo-clásicos. En el género sagrado, vertió algunos salmos, y no dejó de producir algo también y bueno en la musa festiva.—Entre lo más notable, se cita *El murciélago alevoso.*—Para ver sus variadas dotes, trasladamos más abajo las décimas *A una señora,* que se quejaba de que hubiesen tratado á otra antes que á ella; el soneto *A un mal orador sagrado,* y algunas estrofas, y el epitafio de la «oda invectiva», primeramente nombrada.

Si un caminante penára
de sed, y junto al camino,
por acaso peregrino
una fuentecilla hallára,
y no siendo la más clara
el agua, bebiera aquí,
aunque no lejos de allí
otra mejor agua hubiera,
¿extrañáras que bebiera?
pues esto me pasa á mí.
Si un infeliz naufragára,
y á una tabla que encontrase,
gustoso la mano echase
y así la vida salvára;
¿hubiera quien lo extrañára,
ni juzgára frenesí
porque tal vez por allí
pasar un barco pudiera
que al puerto le condujera?
pues esto me pasa á mí.
Yo soy aquel caminante
á quien la sed desalienta,
y en amorosa tormenta
soy infeliz naufragante.
Ya os he dicho lo bastante
en comparaciones dos:
hablad, Señora, por Dios,
que ese silencio me abrasa;
eso es lo que á mí me pasa,
decid lo que os pasa á vos.

Botijo con bonete clerical,
que viertes la doctrina á borbollón,
falto de voz, de afectos, de emoción;
lleno de furia, ardor y odio fatal.
La cólera y despique por igual
dividen en dos partes tu sermón,
que, por tosco, punzante y sin sazón,
debieras predicárselo á un zarzal.
¿Qué prendas de orador en tí se ven?
zazoso acento, gesto pastoril,
el metal de la voz cual de sartén,
Tono uniforme cual de tamboril:
para *orador* te faltan más de cien;
para *arador* te sobran más de mil.

Estaba Mirta bella
cierta noche formando en su aposento,
con gracioso talento,
una tierna canción; y porque en ella
satisfacer á Delio meditaba,
que de su fe dudaba,
con vehemente expresion le encarecía
el fuego que en su casto pecho ardía.
Y estando divertida,
un murciélago fiero, ¡suerte insana!
entró por la ventana.
Mirta dejó la pluma, sorprendida,
temió, gimió, dió voces, vino gente;
y al querer diligente
ocultar la canción, los versos bellos
de borrones llenó por recogellos.
Y Delio, noticioso
del caso que en su daño había pasado,
justamente enojado
con el fiero murciélago alevoso,
que había la canción interrumpido
y á su Mirta afligido,
en cólera y furor se consumía,
y así al ave funesta maldecía:

«¡Oh monstrode ave y bruto,
que cifras lo peor de bruto y ave,
visión nocturna grave,
nuevo horror de las sombras, nuevoluto;
de la luz enemigo declarado,
nuncio desventurado
de la tiniebla y de la noche fría,
¿qué tienes tú que hacer donde está el día?
.. . .
»Y acuda á tus chillidos
el muchacho, y convoque á sus iguales,
que con los animales
suelen ser comúnmente desabridos:
que á todos nos dotó naturaleza
de entrañas de fiereza,
hasta que ya la edad ó la cultura
nos dan humanidad y más cordura.
....
»Y todos bien armados
de piedras, de navajas, de aguijones,
de clavos, de punzones,
de palos por los cabos afilados
(de diversión y fiesta ya rendidos),
te embistan atrevidos,
y te quiten la vida con presteza,
consumando en el modo su fiereza.
»Te puncen y te sajen,
te tundan, te golpéen, te martillen,
te piquen, te acribillen,
te dividan, te corten y te rajen,
te desmiembren, te partan, te degüellen,
te hiendan, te desuellen,
te estrujen, te aporréen, te magullen,
te deshagan, confundan y aturrullen.
»Y las supersticiones,
de las viejas creyendo realidades,
por ver curiosidades
en tu sangre humedezcan algodones,
para encenderlos en la noche oscura,
creyendo sin cordura

que verán en el aire culebrinas
y otras tristes visiones peregrinas.
....
«Aquí yace el murciélago alevoso
que al sol horrorizó y ahuyentó el día.
De pueril saña triunfo lastimoso,
con cruel muerte pagó su alevosía.
No sigas, caminante, presuroso,
hasta decir sobre esta losa fría:
acontezca tal fin y tal estrella
á aquel que mal hiciera á Mirta bella.»

D. Tomás de Iriarte (1750-1791). El fabulista, hijo de Tenerife, amante de la música al par que de la poesía, era uno de los concurrentes á aquella renombrada moratinesca tertulia de San Sebastián.—Aliado á la nueva escuela, tradujo de antiguos y modernos gran número de composiciones; y sus obras de controversia, en la época de lucha en que vivió, prueban sus cualidades personales y buen sentido.—Dedicó un poema á la música, y á su amigo Cadahalso, la traducción del «Arte poética», de Horacio. Sirvió en la Secretaría de Estado, como intérprete, y se distinguió, sobre todo, en la fábula. Exageradamente original, se complacía en usar metros extrambóticos; y el principal defecto que se le atribuye es el prosaismo, poniendo en rima los asuntos más vulgares y expresándolos de un modo tan trivial, que todo aparece en ellos menos poesía. A decir verdad, este lunar no sólo es suyo, sino que participan de él, más ó menos, la mayoría de los tertulianos de San Sebastián. No por ello falta gracia y facilidad á la versificación de Iriarte, ni pureza al lenguaje, ni vis cómica en los conceptos vertidos en extraordinaria variedad de medidas.—Copiaremos aquí de sus «literarias», sucesivamente, sus fábulas *La ardilla y el caballo, La compra del asno, El gusano de seda y la araña*, y su sonetc epigramático, *Levántome á las mil:*

Mirando estaba una ardilla
á un generoso alazán
que dócil á espuela y rienda,
se adiestraba en galopar.
Viéndole hacer movimientos
tan veloces y á compás,

de aquesta suerte le dijo
con muy poca cortedad:
«Señor mío,
de ese brío,
ligereza
y destreza
no me espanto,
que otro tanto
suélo hacer, y acaso más.
Yo soy viva,
soy activa,
me meneo,
me paseo,
yo trabajo,
subo y bajo,
no me estoy quieta jamás.»
El paso detiene entonces
el buen potro, y muy formal,
en los términos siguientes
respuesta á la ardilla da:
«Tantas idas
y venidas,
tantas vueltas
y revueltas
(quiero, amiga,
que me diga)
¿son de alguna utilidad?
Yo me afano,
mas no en vano;
sé mi oficio,
y en servicio
de mi dueño
tengo empeño
de lucir mi habilidad.»
Con que algunos escritores
ardillas también serán
si en obras frívolas gastan
todo el calor natural.

Ayer por mi calle
pasaba un borrico,
el más adornado
que en mi vida he visto.
Albarda y cabestro
eran nuevecitos,
con flecos de seda
rojos y amarillos.
Borlas y penacho
llevaba el pollino,
lazos, cascabeles
y otros atavíos;
y hechos á tijera,
con arte prolijo,
en pescuezo y anca
dibujos muy lindos.
Parece que el dueño,
que es, según me han dicho,
un chalán gitano
de los más ladinos,
vendió aquella alhaja
á un hombre sencillo;
y añaden que al pobre
le costó un sentido.
Volviendo á su casa,
mostró á sus vecinos
la famosa compra,
y uno de ellos dijo:
«Veamos, compadre,
si este animalito
tiene tan buen cuerpo
como buen vestido.»
Empezó á quitarle
todos los aliños,
y bajo la albarda,
al primer registro,

le hallaron el lomo
asaz malferido,
con seis mataduras
y tres lobanillos,
amén de dos grietas,
y untumor antiguo,
que bajo la cincha
estaba escondido.
«Burro (dijo el hombre)
más que el burro mismo
soy yo, que me pago
de adornos postizos.»
A fe que este lance
no echaré en olvido,
pues viene de molde
á un amigo mío,
el cual á buen precio
ha comprado un libro,
bien encuadernado,
que no vale un pito.

Trabajando un gusano su capullo,
la araña, que tejía á toda prisa,
de esta suerte le habló con falsa risa,
muy propia de su orgullo:
«¿Qué dice de mi tela el seor gusano?
esta mañana la empecé temprano,
y ya estará acabada al mediodía.
Mire qué sútil es, mire que bella...»
El gusano con sorna respondía:
«Usted tiene razón: así sale ella.»

Levántome á las mil, como quien soy;
me lavo. Que me vengan á afeitar,
traigan el chocolate, y á peinar.
Un libro... Ya leí... Basta por hoy.
Si me buscan, que digan que no estoy...
polvos... venga el vestido verdemar...
¿si estará ya la misa en el altar?...
¿Han puesto la berlina?... Pues me voy.
Hice ya tres visitas; á comer...
traigan barajas: ya jugué. Perdí.
Pongan el tiro. Al campo, y á correr...
Ya doña Eulalia esperará por mí...
dió la una. A cenar y á recoger.
—¿Y es éste un racional?...—Dicen que sí.

D. Félix María Samaniego (1754-1801). No se conservan del popular riojano todas sus composiciones, porque antes de su fallecimiento hizo quemar durante su enfermedad gran número de ellas.—Educado en Francia é influído por las ideas que de allá tomaron gran auge entre nosotros, fué uno de los celosos miembros de la primera Sociedad de Amigos del País. La tendencia de sus fábulas, dedicadas á la infancia, más responden á un deseo pedagógico que á un fin verdaderamente poético. En la primera colección de las mismas, se contienen 90 originales, y el resto, hasta 147, tomadas de Esopo, Fedro, La Fontaine, Gay y de fabulistas orientales. Quizá no son tan correctas bajo el punto de vista estrictamente literario como las de Iriarte; pero en cambio son mucho más naturales y sencillas, y como producto más espontáneo y de superior numen poético. Las de aquél, por lo general, como es sabido, son fábulas de sátira literaria, y las de éste, más dedicadas á la censura de vicios sociales; por lo cual, su fama ha llegado á ser mayor que la de Iriarte. A continuación van algunos ejemplos: 1.° *El lobo y la oveja;* 2.° *Los gatos escrupulosos,* y 3.° *El zagal y las ovejas:*

Cruzando montes y trepando cerros,
aquí mato, allí robo,
andaba cierto lobo,
hasta que dió en las manos de los perros.
Mordido y arrastrado
fué de sus enemigos cruelmente;
quedó con vida milagrosamente,
mas inválido, al fin, y derrotado.
Iba el tiempo curando su dolencia,
el hambre al mismo tiempo le afligía;
pero como cazar aún no podía,
con las hierbas hacía penitencia.
Una oveja pasaba, y él le dice:
—Amiga, ven acá, llega al momento;
enfermo estoy y muero de sediento;
socorre con el agua á este infelice.—
—¿Agua quieres que yo vaya á llevarte?
le responde la oveja recelosa;

dime, pues, una cosa:
¿sin duda que será para enjuagarte,
limpiar bien el garguero,
abrir el apetito
y tragarme después como á un pollito?
anda que te conozco, marrullero.—
Así dijo y se fué; si no, la mata.
¡Cuánto importa saber con quién se trata!

¡Qué dolor! por un descuido
Micifuf y Zapirón
se comieron un capón,
en un asador metido.
Después de haberse lamido,
trataron en conferencia
si obrarían con prudencia
en comerse el asador.
¿Le comieron? No, señor,
¡era caso de conciencia!

Apacentando un joven su ganado,
gritó desde la cima de un collado:
«¡Favor, que viene el lobo, labradores!»
Estos, abandonando sus labores,
acuden prontamente,
y hallan que es una chanza solamente.
Vuelve á clamar, y temen la desgracia;
segunda vez los burla. ¡Linda gracia!
Pero, ¿qué sucedió la vez tercera?
que vino en realidad la hambrienta fiera.
Entonces el zagal se desgañita,
y por más que patea, llora y grita
no se mueve la gente escarmentada,
y el lobo le devora la manada.
¡Cuántas veces resulta de un engaño
contra el engañador el mayor daño!

Antes hemos hablado del autor dramático que, cultivando la tragedia, llegó á mayor renombre en este siglo (Huerta), y nos toca hablar ahora de una de las personalidades más eminentes de nuestra literatura, no sólo en este siglo, sino en todos, y que

acaso debe figurar al lado de los verdaderos genios, aunque por el género que cultivaba y de que en realidad es creador, quiera alguno discutirle los laureles de tan alta jerarquía. Queremos hablar de **D. Ramón de la Cruz** (1731-1795). Unía el simpático madrileño á la reflexión sesuda y mesurada propia de quien como él regentaba una cátedra de Filosofía, la gracia socarrona y la intuición rapidísima del pensador práctico, al estilo en que pudieran serlo Cervantes y Quevedo.— Hay quien ha desdeñado el «sainete» como pieza ligera y sin importancia en el teatro. Pero si se considera en primer lugar que D. Ramón resucitaba las primeras obra de Lope de Rueda y del autor del «Quijote», creadores de nuestra escena; si por otra parte se medita sobre el «humorismo» que encierra esta clase de producciones, en donde al mismo tiempo que sale á borbotones la carcajada á nuestros labios llega hasta el fondo del corazón algo tierno que conmueve las fibras más sensibles, y que no sin pena y bien á nuestro pesar, reímos de la escena presenciada; si, en una palabra, se dá al sainete la verdadera trascendencia que encierra, no contentándonos con considerarlo como juguete de mero recreo, sino que al ser copia viva y exacta de la realidad pintando las costumbres populares, lleva en el fondo la amargura de la reflexión filosófica y la censura satírica, como moraleja del buen sentido; teniendo todo esto en cuenta, repetimos, dicho género merece toda clase de alabanzas, y el autor que lo ha vivificado y creado en el siglo XVIII toda especie también de aplauso y galardón. Así es D. Ramón de la Cruz: sencillo, caritativo, bondadoso, hábil en la intención picaresca, seguro en la fotografía de los caracteres, gracioso en la presentación de los tipos, ingenioso en el juego escénico rudimentario propio de esta clase de piezas ligeras, y maestro, en fin, de la pintura moral y material de la sociedad en que vive, compuesta de «lechuguinos», «petimetras», majos, manolas y chisperos. Se le ha censurado por escasa ciencia, por mal gusto, y hasta por falta de corrección; pero de todos modos, si son verdad esos defectos, pueden atribuirse asimismo á escritores tan de primera talla como el propio Lope; además, que fecundo como él, es sabido que van unidas la incorrección con la facilidad en producir.

Más de trescientas obras escribió este príncipe de la escena cómica, que ha dejado tras de sí la semilla del sainete para el futuro en el teatro español, donde cada día se renueva, y donde será perpetua la existencia del mismo.—No por dedicarse especialmente á este ligero género menor, dejó de ensayarse, á veces con maestría, en obras serias. —Cítanse, como modelos de sus sainetes, *Las Castañeras picadas*, *El Rastro por las mañanas*, y *El Muñuelo*.—La mayor parte de sus piezas están escritas en verso de arte menor; pero también emplea los endecasílabos como si tratase de dar altisonancia á las escenas más vulgares y jocosas, en forma de parodia trágico-burlesca. –De esta clase copiamos algo de una escena del último sainete citado, y de otra de *Las Castañeras*, que aún se representa:

Z. y M..... —Sea para bien, Pizpierno.
PIZPIERNO— ¡Mudo! ¡Zaque!
mis ilustres antiguos camaradas,
dadme muchos abrazos, y decidme
cómo va de salud, bolsillo y majas.
MUDO..... —*(Con desdén.)* Yo así, así.
ZAQUE..... — Yo tan gordo como siempre.
PIZPIERNO ¿Y cómo va el oficio?
ZAQUE..... — No se gana
para fumar. Tú sí que vienes güeno.
PIZPIERNO —No hay en el mundo tierra más templada
que el África.
ZAQUE..... — ¿Y el pan?
PIZPIERNO— Güeno, aunque poco;
que allí está en todo su vigor la tasa.
ZAQUE..... —¿Y Roñas?
PIZPIERNO— Entre tanto que yo vengo
á darle dos abrazos á mi hermana,
ha ido á ver á la suya y prevenirla
de que luego iré yo á congratularla
y á que me congratule, mientras tanto
que los trenes de boda se preparan.
MUDO..... —¡Oh golpe de fortuna!

PIZPIERNO— Amigo Mudo,
¿qué espamientos son esos?
ZAQUE.....— Calla, calla:
y no sea correo tu semblante
de tal noticia.
PIZPIERNO— ¿Qué noticia?
ZAQUE.....— ¡Mala!
no, no me la preguntes. Me atraganto...
me da hipo de sólo imaginarla.
PIZPIERNO—¿Por qué tú te estremeces, y á este otro
el cuerpo se le encoge y se le alarga
dende que aquí me vió? ¿Estoy acaso
sentenciado á segundas caravanas?
¡Hablad claro!
MUDO.....— ¡Ojalá!
ZAQUE.....— ¡Menos mal fuera!
PIZPIERNO—¿Pero qué es ello?
ZAQUE.....— ¡Es cosa muy amarga
dar un amigo á otro un trabucazo!
PIZPIERNO—Peor es darle una purga que no alcanza
para hacer el efecto que es corriente,
y le corrompe á un hombre las entrañas.
Dilo.
ZAQUE.....— Es contra tu honor.
PIZPIERNO— Eso es lo menos.
ZAQUE.....—Que...
PIZPIERNO— Dí.
ZAQUE.....— A tu novia encuentras azotada.
PIZPIERNO—¿A la señora Pepa?
MUDO.....— A la señora
Pepa, tu dulce esposa idolatrada.
PIZPIERNO—¿Y cómo?
ZAQUE.....— Con la mano.
PIZPIERNO— ¿Y dónde?
ZAQUE.....— ¡Harto!
harto te he dicho ya; rúmialo y basta!
PIZPIERNO—¿Y quién fué la infelice criatura,
¡hecho veneno estoy! que puso osada
la fuerte mano sobre cosa mía?

MUDO.....—¡Según dijo la novia, no es muy blanda!
PIZPIERNO—Aunque vuelva á presillo otros diez años,
se la voy á cortar. ¿Quién fué? *(Saca un cuchillo.)*
ZAQUE.....— Tu hermana.
PIZPIERNO —¿La Curra fué?
ZAQUE.....— La Curra.
PIZPIERNO – ¡Qué contraste
siente mi corazón, y qué batalla
de afectos divididos! De aquí tira
el amor, de aquí afloja y me desarma
la sangre el brazo: la naturaleza
médita compasión; amor, venganza...
Estoy borracho.
ZAQUE..... No te precipites.
PIZPIERNO —Te aseguro que poco me faltaba;
mas valga la prudencia, y entre tanto
envainemos.
MUDO.....— Lo propio hizo Carranza.

La Temeraria y la Pintosilla, en *Las Castañeras*:

T. ¿Y de cuándo acá es vesita
de la señora? Si pasa
otra vez á la otra acera...
P. No se le pegará nada
malo.
T. Ni tampoco bueno.
P. Si es güeno el humo y la grasa
de la tarángana frita,
y el mosto de las tinajas,
no se la pegará, porque
fuera de pringue, que mancha
por acá.
T. Provocación;
pero no tengo ahora gana
de reñir contigo.
P. Avisa
luego que te dé, y señala
hora en que no me incomode,
ó no esté desafiada
de otra, que no he de privarle
á ella de las bofetadas
que le tenga prevenidas
por hacerte á tí esa gracia.
T. Pintosilla, ¿has reparado
en la mujer con quien hablas?
P. ¡Mucho! Nada menos que á
Geroma la Temeraria,
por mal nombre y peor lengua,
castañera de portada
de taberna.
T. Por lo menos
tengo tienda señalada,
soy del número, y estoy
como tal matriculada
en el gremio; pero tú
eres supernumeraria
y castañera de esquina,
que si el amo de la casa

quiere, te echará esta tarde
del puesto.
P. ¿Cómo?
T. A patadas.
P. ¿A mí? ¿Y el amo? ¿Discurres
que también estas son tapias
de taberna?
T. No había visto
el cañón de hoja de lata,
la alfombra de esparto, y que
estás con las dos mamparas
y el techo en un gabinete
conforme á tus circunstancias.
....

El Padre Isla. José Francisco de Isla (1703-1781). El insigne jesuíta segoviano es modelo en el siglo XVIII como ejemplar el más fácil, fluído, festivo y elegante, y siempre correcto, en esta época verdaderamente decadente de nuestra literatura. Siguió la carrera de leyes, y casi un niño, ingresó en la Compañía, siendo profesor de varias materias en distintos puntos. Su trato muy ameno y su espíritu abierto y agradable, cautivaba á cuantas personas conocía, contribuyendo á que siguieran tratándole numerosos amigos, lo cual le obligó á sostener larga correspondencia que, por fortuna para las letras, no ha sido perdida. A la expulsión de su Orden, y después de recorrer Italia, instalóse en Bolonia, sobre cuya ciudad escribió interesantes epístolas descriptivas, históricas ó filosóficas. Entre sus muchas obras notables, deben mencionarse, además de las *cartas familiares*, la *Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas*, donde combate á los malos oradores sagrados, fustigándolos con tanta malicia como sazonada gracia. La lectura de esta obra resulta un poco monotona. Insertamos una de sus cartas, donde describe, en tono festivo, la mencionada ciudad, y unas líneas de «Fray Gerundio»:

Amigo y señor: estoy vivo, robusto, alegre, flaco y viejo; voy á entrar en los setenta años. No me morí á tres jornadas de Turin, llamado del Rey de Cerdeña, según dijeron en Bilbao, no sé para qué. Sería para predicar en Ginebra el próximo Adviento.

Nada tengo, y nada me falta, porque estoy más contento con mi nada, que cuando me sobraba todo. He tenido gran consuelo en saber de vuestras mercedes. Este país no puede ser más delicioso, ni la ciudad más magnífica, ni la gente noble más tratable; limpieza, poli-

cía y cultura, expresiones cuantas Vmd. quisiere: mas no se hable de otra cosa. Los templos y edificios soberbios, palacios suntuosos, muebles especiales, calles espaciosas, carrozas, tabernáculos, caballos frisones (salvo que son de azabache), literatos á pasto, Academias como paja, plaza abundantísima, comercio grande y bullicioso, hombres que corren y damas que vuelan.

Este es el pueblo en donde vivo, las campañas, jardines, palacios, bosques, huertas, arroyos, ríos, pozos, fuentes, y en una misma pieza, viña, monte, tierra y huerta. Los caminos públicos como las calles de los jardines reales de Aranjuez y San Ildefonso: los alimentos de bella apariencia, pero de poca substancia. El vino es la mitad agua, pero sabe á vino. Puede hacer hidrópicos, pero no borrachos (hablo del vino venal). Está Vmd. obedecido en la descripción que me pide de esta región, y lo estará siempre en todo lo que dependiere de mí.

Era el caso que por mal de sus pecados se encontraba nuestro Fray Gerundio con un predicador mayor del convento, el cual era un mozalvete poco más ó menos de la edad de su lector, pero de traza, gusto y carácter muy diferente.—Hallábase el padre predicador mayor en lo más florido de la edad, esto es, en los treinta y tres años cabales. Su estatura procerosa, robusta y corpulenta; miembros bien repartidos, y asaz simétricos y proporcionados; muy derecho de andadura, algo salido de panza, cuellierguido, su cerquillo copetudo y estudiosamente arremolinado; hábitos siempre limpios y muy prolijos de pliegues, zapato ajustado, y sobre todo su solideo de seda, hecho de aguja, con muchas y muy graciosas labores, elevándose en el centro una borlita muy airosa, obra toda de ciertas beatas que se desvivían por su padre predicador. En conclusion, él era un mozo galán, y juntándose á todo esto una voz clara y sonora, algo de ceceo, gracia especial para contar un cuentecillo, talento conocido para remedar, despejo en las acciones, popularidad en los modales, boato en el estilo, y osadía en los pensamientos, sin olvidarse jamás de sembrar los sermones de chistes, gracias, refranes y frases de chimenea encajadas con grande denosura, no sólo se arrastraba los concursos, sino que se llevaba de calle los estrados.

Era de aquellos cultísimos predicadores que jamás citaban á los Santos Padres, ni aun á los sagrados evangelistas por sus propios nombres, pareciéndoles que ésta es vulgaridad. A San Mateo, le lla-

maba el *ángel historiador;* á San Marcos, *el evangélico toro;* á San Lúcas, *el más divino pincel;* á San Juan, *el águila de Patmos;* á San Jerónimo, *la púrpura de Belem;* á San Ambrosio, *el panal de los doctores;* á San Gregorio, *la alegórica tiara.* Pensar que al acabar de proponer el tema de un sermón, para citar el evangelio y el capítulo de donde le tomaba, había de decir sencilla y naturalmente *Joannis, capite decimo tertio; Matthœi, capite decimo quarto*, eso era cuento, y le parecía que bastaría eso para que le tuviesen por un predicador sabatino: ya se sabía que siempre había de decir: *Ex Evangelica lectione Matthœi vel Joannis, capite quarto decimo;* y otras veces, para que saliese más rumbosa la colocacion: *Quarto-decimo ex capite* ¡Pues qué, dejar de meter los dos deditos de la mano derecha con garbosa pulidez entre el cuello y el tapacuello de la capilla, en ademán de quien desahoga el pescuezo, haciendo un par de movimientos dengosos con la cabeza, mientras estaba proponiendo el tema; y al acabar de proponerle dar dos ó tres brinquitos disimulados; y, como para limpiar el pecho, hinchar los carrillos, y mirando con desdén á una y otra parte del auditorio, romper en cierto ruido gutural, entre estornudo y relincho!...

. . . . . .

Ya era sabido que siempre había de dar principio á sus sermones, ó con algún refrán, ó con algún chiste, ó con alguna frase de bodega, ó con alguna cláusula enfática ó partida, que á primera vista pareciese una blasfemia, una impiedad ó un desacato: hasta que, después de tener suspenso al auditorio por un rato, acababa la cláusula, ó salía con una explicacion que venía á quedar en una grandísima friolera... En un sermón de la Encarnación comenzó de esta manera: «A la salud de ustedes, caballeros»; y como todo el auditorio se riese á carcajada tendida, porque lo dijo con chulada, él prosiguió diciendo: «No hay que reirse; porque á la salud de ustedes, de la mía y la de todos bajó del Cielo Jesucristo y encarnó en las entrañas de María. Es artículo de fe. Pruébolo; *Propter nos homines, et propter nostram salutem descendit de cœlis, et incarnatus est.*» —Al oír esto, quedaron todos como suspensos y embobados, mirándose los unos á los otros, y escuchándose una especie de murmurio en toda la iglesia, que poco faltó para que parase en pública aclamación.

El P. Fray Benito Jerónimo Feijóo. (1676-1764). Entró muy niño en la orden de su nombre. El sabio escritor gallego fué catedrático de Teología, y llegó á adquirir fama extraordi-

naria su larga y fecunda existencia.—Autor del *Teatro crítico universal,* de las *Cartas eruditas,* y de los *Discursos varios sobre todo género de materias,* es Feijoo uno de los talentos más enciclopédicos de su siglo. Para sus contemporáneos, fué materia de instrucción y hasta de curiosidad cuanto expuso, por recoger las últimas novedades de múltiples asuntos en sus escritos; pero estos progresos de la ciencia y de la filosofía, todos los adelantos de la época, han dejado de tener después otro valor que uno muy relativo y secundario.—Ha sido censurado, con razón, de flojedad de estilo, de poco atractivo en las locuciones, y de abusar de los galicismos; pero, no obstante tales defectos, quien tanto hizo por desarrollar los estudios de las ciencias exactas, y de las artes, muy atrasadas en su tiempo; quien tanto propuso para la reforma de la enseñanza; quien, en fin, combatió la superstición predicando constantemente contra las equivocaciones y los vicios sociales, literarios y filosóficos, merece la consideración y estima de la posteridad. Es, pues, Feijóo un enciclopedista, cuyo trabajo, si á veces no resulta acertado, considerado literariamente, siempre aparecerá como digno de aplauso por la obra realizada y el impulso dado á lo que tan paralizado se hallaba en su época.—Ejemplo de su manera de razonar y escribir, tomado del *Discurso en defensa de las mujeres:*

Sobre las buenas cualidades expresadas, resta á las mujeres la más hermosa y más trascendente de todas, que es la vergüenza; gracia tan característica de aquel sexo, que aun en los cadáveres no le desampara, si es verdad lo que dice Plinio, que los de los hombres anegados fluctúan boca arriba, y los de las mujeres boca abajo: *Veluti pudori defunctarum parcente natura.*

Con verdad y agudeza, preguntado el otro filósofo qué color agraciaba más el rostro á las mujeres, respondió que el de la vergüenza. En efecto, juzgo que ésta es la mayor ventaja que las mujeres hacen á los hombres. Es la vergüenza una valla, que entre la virtud y el vicio puso la naturaleza. Sombra de las bellas almas y carácter visible de la virtud la llamó un discreto francés. Y San Bernardo, extendiéndose más, la ilustró con los epítetos de piedra preciosa de las costumbres, antorcha de la alma púdica, hermana de la continencia, guarda de la

fama, honra de la vida, asiento de la virtud, elogio de la naturaleza y divisa de toda honestidad. Tintura de la virtud la llamó, con sutileza y propiedad, Diógenes. De hecho este es el robusto y grande baluarte, que, puesto enfrente del vicio, cubre todo el alcázar de la alma, y que, vencido una vez, no hay, como decía el Nacianceno, resistencia á maldad alguna: *Protinus extincto subeunt mala cunct i pudorè.*

Diráse que es la vergüenza un insigne preservativo de ejecuciones exteriores, mas no de internos consentimientos; y así, siempre le queda al vicio camino abierto para sus triunfos por medio de lós invisibles asaltos que no puede estorbar la muralla del rubor. Aun cuando ello fuese así, siempre sería la vergüenza un preservativo preciosísimo, por cuanto, por lo menos, precave infinitos escándalos y sus funestas consecuencias. Pero si se hace atenta reflexión, se hallará que defiende, si no en un todo, en gran parte, aun de esas escaladas silenciosas que no salen de los ocultos senos del alma; porque son muy raros los consentimientos internos cuando no los acompañan las ejecuciones, que son las que radican los afectos criminales en la alma, las que aumentan y fortalecen las propensiones viciosas. Faltando éstas, es verdad que una ú otra vez se introduce la torpeza en el espíritu, pero no se aloja en él como doméstica, mucho menos como señora, si sólo como peregrina.

Las pasiones, sin aquel alimento que las nutre, yacen muy débiles y obran muy tímidas; mayormente cuando en las personas muy ruborosas es tan franco el comercio entre el pecho y el semblante, que pueden recelar salga á la plaza pública del rostro cuanto maquinan en la retirada oficina del pecho. De hecho se les pintan á cada paso en las mejillas los más escondidos afectos: que el color de la vergüenza, es el único que sirve á formar imágenes de objetos invisibles. Y así, aun para atajar tropiezos del deseo, puede ser rienda en las mujeres el miedo de que se lea en el rostro lo que se imprime en el ánimo.

A que se añade, que en muchas sube á tal punto el rubor, que le tienen de sí mismas. Este heroico primor de la vergüenza de que trató el ingeniosísimo padre Vieira en uno de sus sermones, no es puramente ideal, como juzgan algunos espíritus groseros, sino práctico y real en los sujetos de índole más noble. Así lo conoció Demetrio Falereo, cuando instruyendo la juventud de Atenas, les decía que dentro de casa tuviesen vergüenza de sus padres, fuera de ella de todos los que los viesen, y en la soledad, cada uno de sí propio

D. Juan Pablo Forner (1756-1797). En Mérida nació, donde empezó sus estudios brillando desde muy niño; todavía estudiante en Salamanca, la Academia Española premió su *Sátira contra los abusos introducidos en la poesía castellana.* Luchó en la corte en animosa contienda con Huerta, siguiendo primero la tendencia francesa y luego la dirección castellana restablecida por Meléndez y González. Ocultóse á veces bajo el pseudónimo de «Tomé Cecial», y como prosista, distínguese también por el vigor de la argumentación y la sobriedad de lenguaje. Más adelante damos uno de sus sonetos, y un párrafo de su *Oración apologética de España.*

Ya silba el viento en la nevada cumbre,
y al soplo impetuoso la cabaña
vacila del zagal, que en frágil caña
con paja entretejió flaca techumbre.
Y Bato, el mayoral, sin pesadumbre,
aunque su grey del alquilón la saña
siente y perece, con paciencia extraña
huelga al calor de regalada lumbre.
El mísero zagal humedecido
dehelada nieve, por salvar se afana
la grey, no suya en el pelado ejido.
Zagal, reposa; tu fatiga es vana;
su hacienda el mayoral tiene en olvido,
y ni á acordarse de tu afán se humana.

Sus mismos descubrimientos le encaminaban al término de la felicidad que buscaba; y hubiera sido feliz si supiera detener los pasos á su precipitación. Mas, ¿en qué tiempo fué el destino de esta voluble criatura contenerse en los límites de lo que necesita para su bien, y conservar las cosas en el estado conveniente á su uso? Halla los remedios, y corrompiendo en el instante el antídoto, con lo mismo que creyó hacerse feliz, se hace miserable. Aumenta sus necesidades, después de expeler las que le oprimían. Corre inconsiderado á un extremo, huyendo de otro. Busca la línea del bien, y pasando ciego sobre ella, la pisa y deja tras de sí. Se aparta tímido de la infelicidad é inventa nuevas infelicidades que sufre animosamente, porque son hijas

de su capricho, y no de la naturaleza. Convierte en ostentación el abrigo; en crápula la sazón de los alimentos; la cultura en afeminación liviana: reduce á ceremonias frívolas los vínculos de la sociedad; hace necesidad de la profusión; alaba la virtud, y sujeta la estimación al traje; castiga á un bandido y llama héroe á un usurpador magnífico; sus acciones son una perpetua contradicción de los sentimientos que profesa en el labio, y su vida no es más que una continua repugnancia entre lo que cree y lo que practica.

D. Gregorio Mayáns y Siscar (1699-1781). Fué este distinguido valenciano uno de los eruditos que con mayor ahínco trabajaron por la renovación literaria del siglo XVIII; y más que por la perfección y mérito de sus trabajos, por la intención que los guiaba y el entusiasmo que los producía, debe atraerse las simpatías y gratitud de España. Desempeñó cátedra de Derecho y escribió, entre otras obras, *Retórica* y *Orígenes de la lengua española*. Más abajo damos algunas palabras de su *Discurso sobre la elocuencia española*.

Que las principales lenguas europeas hayan llegado ya á perfeccionarse tanto que gloriosamente compitan con los antiguos idiomas latino y griego, cosa es de que debemos regocijarnos mucho, pues logramos vivir en tan erudito siglo. Pero que la lengua española, majestuosa entre todas las que hoy se hablan, como la más semejante á su nobilísima madre la latina, haya degenerado tanto que desconocida ya su natural grandeza viva tan poco favorecida aun de los ingenios propios, cosa es sensible, cosa por cierto lastimosa. No acabo de admirar por una gloriosísima nación que dió á la lengua latina un Porcio Latrón, primer profesor de retórica de nombre y fama que tuvo Roma; una y tan insigne familia como la de los Anneos Sénecas, seminario ilustre de elocuentísimos varones; un Marco Fabio Quintiliano, que fué el primero que con el salario del fisco abrió escuelas públicas en la metrópoli del mundo; no acabo, digo, de admirar que una nación tan gloriosa sufra que otras la excedan en el adorno y cultura de sus lenguas, siendo éstas los principales instrumentos de la sociedad humana y pruebas incontestables de estar la razón más ó menos ilustrada.

Yo ciertamente no sé á qué poder atribuírlo, sino á la falsa idea

que comúnmente se tiene de la verdadera elocuencia. Muchos piensan que hablar perfectamente es usar de ciertos pensamientos, que llaman ellos *conceptos*, debiéndose decir *afectados delirios;* procurar vestirlos con frases inventadas, taraceadas éstas de palabras poéticas extranjeras, y nuevamente forjadas; multiplicar palabras magníficas sin elección ni juicio; y en fin, hablar de manera que lo entiendan pocos y á veces nadie, y ni aun ellos mismos; y por eso mismo lo admiran muchos ignorantes é idiotas. ¡Oh torpeza de la razón humana: hasta dónde llegas!

¿No es así que se inventó el lenguaje para representar á los oyentes con la mayor viveza una clarísima idea de lo que la mente esconde? ¿Pues qué locución mejor que la que más bien explica nuestros pensamientos? ¿A este fin nos conduce el mendigar oscuros vocablos buscados con diligencia, ó en las obras poéticas de nuestros tiempos, ó en los diccionarios extraños, ó en el capricho propio? Las palabras comunes, aunque no vulgares, propiamente aplicadas ó decorosamente traspuestas á la materia sujetas, estas son las voces de que la oración se compone. Y que esto sea así, manifiestamente se convence.

Si preguntamos á los mismos que estudiosamente afectan un tan extraño lenguaje cuáles han sido los principios de la elocuencia española, el uno dirá (y con razón) que el venerable Padre Fray Luis de Granada; el otro (y bien) que el Padre Pedro de Rivadeneira; el otro (si se inclina más á la moderna elocuencia) que el Padre Antonio de Vieira, para que pongamos ejemplo en autor que haya escrito en portugués y castellano.

El **Padre Fray Fernando de Ceballos** (1732-1802). Nacido en Cádiz, cursó Derecho en Sevilla y tomó el hábito de San Jerónimo, escribiendo la obra que le ha dado más fama, titulada *La falsa filosofía, crimen de Estado*, y en que se defienden principios muy restrictivos con respecto al poder civil, por lo cual prohibieron su publicación los Gobiernos «regalistas»; en vista de ello, el autor, resuelto á terminar los volúmenes de su obra que faltaban, se trasladó á Lisboa. Compuso, por último, muchos tomos de polémica filósofica contra Rousseau, Voltaire, etc.

Andrés María Santa Cruz. Filósofo, de quien se ignora á punto fijo las fechas de su nacimiento y muerte, se sabe que Guadalajara fué su suelo natal, y que desempeñó el cargo de ayo ó

pedagogo de los hijos de un príncipe alemán, hasta el año 1790, en que se trasladó á París, siendo una de las personalidades más salientes en la sociedad religiosa radical de los *teofilántropos* ó amantes del Hombre como Dios, culto que, según es sabido, tuvo algunas iglesias á su disposición en París durante el hervor del filosofismo revolucionario. Los fieles de la nueva religión, y entre ellos nuestro Santa Cruz, acudían á San Sulpicio ó San Roque para este rito nuevo intermedio entre el del Ser Supremo de Robespierre y el ateista de los radicales. El libro que publicó en francés, titulado *El culto de la humanidad*, se imprimió el año V de la República, manteniéndose en él la «moral independiente» y atacando la religión católica. A cambio de otros errores se contienen en dicha obra principios tan hermosos como el de que la tolerancia es la suma y compendio de todas las virtudes humanas.

Pablo Olavide (1740-1803). Nació en Lima y vino á España á perfeccionar su educación acompañando á Francia al conde de Aranda, como Secretario de Embajada. Proyectó la reforma de la enseñanza de la declamación con reglamento para autores y actores. Llevó á cabo el pensamiento de colonización de Sierra Morena, estableciendo manufacturas al estilo de Francia, de donde trajo fabricantes y artistas. Sus enemigos lo acusaron ante la Inquisición de herético, y sufrió proceso y encarcelamiento durante algún tiempo. Después se le conmutó la pena por destierro; pero no pudo librarse de dos años de reclusión en un convento sin poder leer otros libros que los piadosos. Pudo evadirse, no obstante, fugándose á Francia, donde contaba con la amistad de algunos filósofos enciclopedistas que lo estimaban extraordinariamente, y en donde Voltaire llegó á decir que «sería de desear que hubiese en España cuarenta hombres como Olavide». Sus amigos, los filósofos franceses, con motivo de su causa, atacaron el fanatismo inquisitorial de España, y pedida por nuestro Gobierno la extradición, pudo huír á Ginebra. Con el triunfo de la revolución en París, volvió Olavide, y la Convención le dió varios cargos y el título de «ciudadano adoptivo de la República francesa.» En el período del Terror, también fué preso

allí, y se dice que en esta última cárcel empezó á escribir la obra que más tarde había de publicar en Valencia en 1797 bajo el título de *El Evangelio en triunfo*. Dicha obra, aparte de ser más ó menos ortodoxa en opinión de algunos teólogos, contiene amplísimas ideas y gran cantidad de doctrina en defensa de la religión como forma necesaria del sentimiento, apoyándose en pruebas históricas para demostrar la divinidad del catolicismo. Gracias á este libro, Carlos IV indultó á Olavide, que regresó á España, donde vino á morir en un pueblo de Andalucía.

R. P. M. Fr. Francisco Alvarado (1756-1814). Nació en Marchena, y se hizo fraile dominico contando muy pocos años. Bajo el pseudónimo de «El filósofo rancio», escribió varias *Cartas de Aristóteles*, en que se combatía el eclecticismo francés, así como el sensualismo y el racionalismo en todas sus formas.

Para terminar este siglo XVIII, no podemos dejar de nombrar á varios autores, que no figurando en primera línea, dieron, no obstante, impulso á los estudios y cultura pátria, si bien sus obras no merezcan, bajo el punto de vista literario, que se copie muestras de su estilo. — Entre estos figura, en primer término, **D. Agustín Montiano y Luyando,** Consejero de Estado, y que trabajó en pro de la tragedia clásico-francesa, escribiendo *Virginia y Ataulfo*, en verso endecasílabo libre, y que animó con su ejemplo á otros escritores de menor importancia aún.

P. Fray Enrique Florez (1701-1773). Este célebre agustino, autor de la famosa obra *La España sagrada* y de otras históricas y de arqueología, presta un gran servicio á las ciencias de su predilección con sus trabajos eruditos y curiosos.

Juan Francisco Masdeu (1744-1817). Aunque nació en Palermo lo fué de padres españoles, y aunque empezó á publicar en italiano su *Historia crítica de España y de la civilización española*, desistió de su intento, escribiéndola y publicándola toda ella en la lengua de Cervantes. Prestó además á las letras nacionales un gran servicio, dando á conocer nuestros principales maestros en el idioma del Dante.

El Conde de Campomanes (1723-1802). A la cabeza de todo el movimiento de renovación en las artes y en las ciencias, figura

este insigne hombre público, de conocimientos universales en el derecho, la arqueología, la economía política, las lenguas clásicas y orientales, etc., etc. Académico de la Historia, á él se deben importantísimos trabajos para restablecer la verdad en sucesos dudosos; traducciones que han formado época, discursos sobre toda clase de materias y escritos de filosofía y de historia.

El **Conde de Cabarrús** (1752-1810). Hábil financiero, diplomático y ministro distinguido, escribió *Memorias y cartas al Príncipe de la Paz*, curiosas por el contenido y por la forma.

P. Lorenzo Hervás y Panduro, filólogo, primero que fija la clasificación de las lenguas, es un semitradicionalista que escribe *Historia de la vida del hombre* (Antropología) en italiano (1778) y en castellano (1779), y además *El hombre físico.*

También de los innovadores de la filosofía ecléctica debe nombrarse al jesuíta **Antonio Javier Pérez López** (1736-1792), hijo de Sevilla y catedrático en aquella Universidad.—*Discursos sobre la honra y deshonra legal.*

Al lado de Feijóo y de su tendencia figura el aragonés **Andrés Piquer** (nació 1711), profesor en la Universidad de Valencia y autor, entre otras, de las siguientes obras: *Lógica, Filosofía moral, Discurso sobre el sistema del mecanismo, Aplicación de la Filosofía á la Religión, Física moderna, racional y experimental.* En todas campea un espíritu ecléctico entre sensualista y sincrético. En la Física, la razón sirve para generalizar los experimentos; en la Lógica, es la fuerza y nervio, pero sometido á la sensibilidad; en la Moral, es la razón reguladora é independiente.

En esa misma dirección innovadora, que hasta penetra en los seminarios, poniendo de moda aun á los autores materialistas de Europa, brilla como sensualista **P. Antonio Eximeno,** que publica en 1789 sus estudios filosóficos y matemáticos.

Y entre los que resisten con brío las novedades del extranjero influídas del sentido de la Enciclopedia, descuellan, al lado de Ceballos, el cisterciense **P. José Rodríguez,** autor de *El Philateo* (1776), y **Vicente Fernández Valcárcel,** *Desengaños filosóficos,* 1787.

Siglo XIX.

D. Juan B. Arriaza (1770-1837), fué hijo de Madrid, sirviendo en el ejército de mar y tierra y en la diplomacia. Varias Academias le abrieron sus puertas, figurando como poeta de primer orden por sus himnos patrióticos, que lograron gran popularidad. Sus composiciones eróticas tampoco carecen de mérito. Copiaremos, para muestra de su estilo y gusto de la época, las dos poesías patrióticas siguientes: *Canción cívica* y el soneto *Sentimiento de la España al tiempo de la partida de su legítimo Rey.*

Vivir en cadenas
¡cuán triste vivir!
Morir por la patria
¡qué bello morir!
Partamos al campo,
que es gloria el partir;
la trompa guerrera
nos llama á la lid.
La patria oprimida,
con ayes sin fin,
convoca á sus hijos,
sus ecos oíd.
Vivir, etc.
¡Quién es el cobarde
de sangre tan vil,
que en rabia no siente
sus venas hervir!
¡Quién rinde sus sienes
á un yugo servil,
viviendo entre esclavos,
odioso vivir!
Vivir, etc.
Placeres, halagos,
quedáos á servir
á pechos indignos
de honor varonil.
Que el hierro es quien sólo
sabrá redimir
de afrenta al que libre
juró ya vivir.
Vivir, etc.
A Dios, hijos tiernos
cual flores de Abril:
á Dios, dulce lecho
de esposa gentil.
Los brazos, que en llanto
bañais al partir,
sangrientos con honra,
veréislos venir.
Vivir, etc.
Mas tiemble el tirano
del Ebro y del Rhin,
si un astro á los buenos
protege feliz.
Si el hado es adverso,
sabremos morir...

morir por FERNANDO,
y eternos vivir.
Vivir, etc.
Sabrá el suelo pátrio
de rosas cubrir
los huesos del fuerte
que expire en la lid.
Mil ecos gloriosos
dirán: Yace aquí
quien fué su divisa
triunfar ó morir.
CORO.
Vivir en cadenas
¡cuán triste vivir!
Morir por la patria
¡qué bello morir!

Triste la España *¿adónde vas Fernando?*
al hijo fugitivo dice ansiosa;
y él sigue, y deja de su madre hermosa
llevar los vientos el acento blando:

Y la materna falda abandonando
pisa de Francia la ribera odiosa;
y aún está oyendo aquella voz piadosa
que le repite *¿adónde vas?* llorando.

No ve ya al hijo la infeliz matrona:
mas su voz oye, que con regio brío.
Dice: *Tirano, es mía esa corona.*

Ella, al primer dolor, gritó *¡hijo mío!*
mas luego, vuelta al déspota en Bayona,
dame á Fernando, exclama, *ó tiembla, impío!*

Madrid cuenta también entre sus hijos ilustres á **D. Manuel José Quintana** (1772-1857), educado primero en Córdoba y después en Salamanca, donde fué discípulo de Meléndez, y en cuya Universidad se hizo abogado. Periodista, censor de teatros, académico y político de temple ardoroso, redactó las proclamas y manifiestos más notables de su tiempo. Sus ideas liberales le proporcionaron encarcelamientos y persecuciones desde 1814 á 1820. En los tres años consecutivos de situación constitucional, desempeñó importantes cargos; y muerto Fernando VII, fué ayo de Isabel II, Presidente del Consejo de Instrucción pública, senador, alcanzando la gloria de ser coronado pública y solemnemente en 1855. — Cultivó, además de la poesía y el periodismo, la crítica y la historia, citándose entre sus mejo-

res trabajos: las *Vidas de españoles célebres*, la de *D. Alvaro de Luna*, la *Recopilación de poesías selectas castellanas desde Juan de Mena;* su tragedia *Pelayo;* el *Semanario patriótico* (que dirigió y sedactó); las *Cartas á lord Holland;* y, por último, todas sus poesías, entre las que descuellan la dedicada á *Guzmán el Bueno*, á *Padilla*, á *América*, á *Trafalgar*, y su famosa oda á la *Invención de la imprenta.* — He aquí su no menos celebrada *Oda á la paz entre España y Francia en* 1795.

Dos lustros ya de plácido sosiego
sobre el regazo dela paz hermosa
gozado el mundo había;
y adormecido el fuego
de la discordia atroz, la espada ociosa
entre el polvo y orín se consumía.
Nada turbó las cándidas auroras
de tan dulce quietud; logró en su asilo
el labrador tranquilo
ver coronadas de su afán las horas.
Mas sangre y fuego respirando viene
con violento ademán Mavorte fiero,
y á la cumbre escarpada
de la antigua Pirene
sube ardiendo en furor: cruje el acero
de su carro espantoso, y empuñada
la mortífera lanza que blandea,
mueve sañudo la execrable frente,
y en su rabia impaciente
cebarse en llanto y mortandad desea.
Tronó su voz: al escucharla entonces
el suelo en luto y en pavor gemía;
destrozado, oprimido
con los enormes bronces,
vió la flor de la Hesperia que corría
de la bélica trompa al gran sonido.
¡Míseros! id donde el honor os lleva,
ardiendo en ansia de funesta gloria;
volad á la victoria,
y haced de vuestro aliento heroica prueba.
. . . . . .

Muerte horrible á la muerte. Así espantosos
bate las altas cimas de Apenino
el Aquilón sañudo;
á su ímpetu fragoso
el cedro añoso y el soberbio pino,
sin encontrar á su defensa escudo,
caen; y el hondo valle estremeciendo,
por los ecos alígeros llevado,
asorda dilatado
de caverna en caverna el ronco estruendo.

....

Mas no; junto á la rueda sanguinaria
van la viudez y la orfandad que lloran.
Monarcas de la tierra,
¿la mísera plegaria
no escuchais de los pueblos que os imploran?
Poned, poned un término á la guerra;
y si el rayo, el relámpago y el trueno
vuestro poder mostraron á porfía,
ya es bien que luzca un día,
debido á vuestra unión, dulce y sereno.
Le dais por fin; á vuestra voz levanta
en el aire la paz de su alma oliva
la bienhechora rama.
¿No veis cuál se adelanta
á aplaudiros la tierra, y cuán festiva
bendice vuestro nombre y os aclama?
¡Salud, divina paz! Eterna amiga
de la vida y del bien, ven, y en contento
convierte el desaliento,
y en sosiego apacible la fatiga.

.....

A tí en los templos el incienso humea,
á tí las musas su divino acento
sonoramente envían;
y en cuanto el mar rodea,
en cuanto ilustra el sol y gira el viento,
de tí sola su bien los pueblos fían.
¡Ah! Maldición eterna al inhumano
que, profanando la quietud del suelo,

muestre en bárbaro anhelo
ardiendo el hierro en su homicida mano!
¡Maldición, maldición! Corren veloces
los ríos á la mar; nosotros ciegos
al crimen y á la muerte
nos llevamos feroces,
sin atender á los humildes ruegos
de la virtud, sin escuchar la fuerte
lección del tiempo, que incesante clama.
¡Triste destino! El hombre fascinado
va siempre al carro atado
de la ambición frenética que brama.
....

Debe colocarse á **D. Juan Nicasio Gallego** (1777-1853), ilustre hijo de Zamora, entre los que restauran en los comienzos del siglo actual la literatura pátria. No fué obstáculo á sus aficiones y aptitudes la carrera eclesiástica que siguió, figurando entre los liberales más distinguidos de las Cortes de Cádiz, delito que castigó la reacción en distintas épocas del reinado de Fernando VII; también, como Quintana, desempeñó altos puestos en el Consejo de Estado y en las Academias de la Lengua y de la Historia.—Prosista, al par que poeta, tradujo la novela de Manzoni, *Los novios*, donde demuestra entre otras obras, las bellas cualidades de estilo que le adornaban. Sus poesías elegiacas, sus odas y sonetos le han colocado en primera línea. A continuación copiamos algunas estrofas de su hermosa oda á *El Dos de Mayo*.

Noche, lóbrega noche, eterno asilo
del miserable que, esquivando el sueño,
en tu silencio pavoroso gime:
no desdeñes mi voz; letal beleño
presta á mis sienes, y en tu horror sublime
empapada la ardiente fantasía,
da á mi pincel fatídicos colores
con que el tremendo día
trace, al furor de vengadora tea,

y el odio irrite de la patria mía,
y escándalo y terror al orbe sea.
¡Día de execración! La destructora
mano del tiempo le arrojó al averno;
mas ¿quién el sempiterno
clamor con que los ecos importuna
la madre España en enlutado arreo
podrá atajar? Junto al sepulcro frío,
al pálido lucir de opaca luna,
entre cipreses fúnebres la veo:
trémula, yerta, desceñido el manto,
los ojos moribundos
al cielo vuelve, que le oculta el llanto:
roto y sin brillo el cetro de dos mundos
yace entre el polvo, y el león guerrero
lanza á sus piés rugido lastimero.
¡Ay, que cual débil planta
que agota en su furor hórrido viento,
de víctimas sin cuento
lloró la destrucción Mántua afligida!
Yo ví, yo ví su juventud florida
correr inerme al huesped ominoso.
¿Mas qué su generoso
esfuerzo pudo? El pérfido caudillo
en quien su honor y su defensa fía,
la condenó al cuchillo.
¿Quién ¡ay! la alevosía,
la horrible asolación habrá que cuente,
que, hollando de amistad los santos fueros,
hizo furioso en la indefensa gente
ese tropel de tigres carniceros?
Por las henchidas calles
gritando se despeña
la infame turba que abrigó en su seno,
rueda allá rechinando la cureña,
acá retumba el espantoso trueno,
allí el joven lozano,
el mendigo infeliz, el venerable
sacerdote pacífico, el anciano
que con su arada faz respeto imprime,

juntos amarra su dogal tirano.
En balde, en balde gime,
de los duros satélites en torno,
la triste madre, la afligida esposa.
Con doliente clamor, la pavorosa
fatal descarga suena,
que á luto y llanto eterno la condena.
¡Cuánta escena de muerte! ¡cuánto estrago!
¡cuántos ayes doquier! Despavorido
mirad ese infelice
quejarse al adalid empedernido
de otra cuadrilla atroz: «—¡Ah! ¿Qué te hice?
exclama el triste en lágrimas deshecho:
mi pan y mi mansión partí contigo,
te abrí mis brazos, te cedí mi lecho,
templé tu sed, y me llamé tu amigo;
¿y ahora pagar podrás nuestro hospedaje
sincero, franco, sin doblez ni engaño,
con dura muerte y con indigno ultraje?»
¡Perdido suplicar! ¡inútil ruego!
el monstruo infame á sus ministros mira,
y con tremenda voz gritando: *¡fuego!*
tinto en su sangre el desgraciado expira.

Martínez de la Rosa (1786-1862). Nació D. Francisco en Granada, donde regentaba cátedra de Filosofía al estallar la guerra de la Independencia, por cuya causa abandonó su puesto, presentándose en Cádiz á la Junta nacional, que le encargó secretas embajadas para Gibraltar y Londres. Diputado *doceañista* por Granada, sus exaltadas ideas liberales le granjearon el odio de Fernando VII y sus esbirros, siendo confinado en los penales de África, de donde salió para presidir algún Ministerio de la época liberal del 1820 al 23. Restaurado el Gobierno absoluto, emigró á Francia, publicando en París una edición de sus obras, y donde también logró que se representase su drama *Aben-Humeya*. María Cristina, gobernadora del Reino, le encargó el Gobierno de la nación á la muerte de Fernando VII, planteando el «Estatuto Real», y sucesivamente figuró hasta su muerte en las Presidencias del Congreso, Consejo de Estado, de Instrucción pública, Ateneo,

Academia española, y Ministro y Embajador varias veces, va su nombre unido al partido moderado en la evolución de la política española.—Cultivó Martínez de la Rosa todos los géneros literarios, brillando dentro del gusto particular de su tiempo y entre los románticos, con justicia. Moralista, historiador, novelista, preceptista, autor dramático y poeta lírico, son muchas las obras que dejó á la posteridad, y entre otras deben citarse, en cada uno de los géneros que acabamos de mencionar, el *Libro de los niños*, *Hernán Pérez del Pulgar*, *Isabel de Solís*, su famosa *Arte poética*, la tragedia *Edipo* y el drama *La conjuración de Venecia*, primer paso y primer éxito del romanticismo en la escena española. Entre sus líricas, por último, sobresale su *Epístola* en verso libre, dedicada al Duque de Frías con ocasión del fallecimiento de su esposa. Para juzgar de su estilo, copiaremos algunas estrofas de su oda *La vuelta á la patria* y sus sáficos *Al sueño*.

¡Amada patria mía,
al fin te vuelvo á ver!... Tu hermoso suelo,
tus campos de abundancia y de alegría,
tu claro sol y tu apacible cielo!...
sí: ya miro magnífica extenderse
de una y otra colina á la llanura
la famosa ciudad; descollar torres
entre jardines de eternal verdura;
besar sus muros cristalinos ríos;
su vega circundar erguidos montes;
y la Nevada Sierra
coronar los lejanos horizontes.
No en vano tu memoria
doquiera me seguía;
turbaba mi placer, mi paz, mi gloria:
¡el corazón y el alma me oprimía!
Del Támesis y el Sena
en la aterida margen recordaba
del Dauro y del Genil la orilla amena;
y triste suspiraba;
y al ensayar tal vez alegre canto,
doblábase mi pena,
mi voz ahogaba el reprimido llanto.
. . . . . .

Tal vez en mi dolor más me placía
de agreste sitio el solitario aspecto;
de las ciudades azorado huía,
y ansioso, palpitante,
los escabrosos Alpes recorría;
mas su nevada cumbre
no tan viva y tan pura reflejaba
del Sol la clara lumbre
cual la Nevada Sierra,
cuando el astro del día
un torrente de luz vierte en la tierra.
De Pompeya las ruinas pavorosas,
sus calles silenciosas,
sus pórticos desiertos,
de hierba ya cubiertos,
mi profundo pesar lisonjeaban;
y graves reflexiones
en mi agitada mente despertaban.
¿Qué vale el poder vano
del miserable humano?
En abatir su orgullo y su renombre
la suerte se complace;
y las obras que eternas juzga el hombre,
con un soplo deshace. .
....
Así en mi juventud yo vi las torres
de la soberbia Alhambra quebrantadas
amenazar del Dauro la corriente
con su ruina inminente;
cada rápido instante de mi vida
el plazo apresuró de su caída;
y del antiguo Alcázar soberano,
en que el moro poder vinculó ufano
su gloria á las edades,
tal vez un día ni hallarán mis ojos
los míseros despojos...
¡A tan funesta imagen, en el pecho
mi corazón se ahogaba;
y en lágrimas deshecho,
al pie de los sepulcos me postraba!...

¡Único alivio del mortal infausto,
bálsamo dulce del herido pecho,
ven, blando Sueño, y mis cansados ojos
lánguido cierra!
Ven, y cobija con tus graves alas,
dios silencioso, mi apartado lecho,
de amor un tiempo venturoso nido,
mísero ahora.
Goce adormido en tus tranquilos brazos,
al son del viento que las hojas mueve,
ó al sordo ruído de lejana lluvia,
plácida calma.
La hermosa imágen de mi dueño ausente
miren mis ojos y mis brazos ciñan;
y el dulce néctar de su dulce boca
ávido beba.
Ni oscura sombra ni mortal gemido
turben, ¡oh sueño! mi feliz descanso;
ni de mi frente en el beleño escondas
áspero abrojo.

El Duque de Rivas (1791-1865). El insigne cordobés don Angel Saavedra, cursó carrera en el Seminario de Nobles de Madrid, abandonando pronto las áulas para unirse á los dieciseis años al regimiento á que pertenecía desde niño por gracia particular. En Bailén y en Ocaña mostró sus bríos el joven militar, sufriendo en la segunda de dichas batallas once heridas. En Cádiz trabó íntimas amistades con Arriaza, Quintana, Gallego y Martínez de la Rosa, y sus aficiones literarias que despuntaron de estudiante, se desenvolvieron merced á estas relaciones. También cultivó la pintura, sin que brillase no obstante en este arte tanto como en la poesía. Fué uno de los diputados que votaron la suspensión del rey en las Cortes de 1820, siguiendo en su existencia los mismos azares de todos los liberales de su tiempo; y además de haber residido durante sus huídas en París, Gibraltar y Londres, vivió también en Malta.—Estas emigraciones fueron de grande utilidad para depurar su gusto artístico y para completar su educación literaria en distintos órdenes, connaturalizándose con el estudio de escritores como Byron, Lamartine y Víctor Hugo, que

influyeron poderosamente en su manera de ser. Con la muerte de Fernando VII volvió, como tantos otros, á España, para ser prócer, ministro, embajador, desempeñando en 1854 la Presidencia del Consejo de Ministros en el gabinete de las cuarenta y ocho horas, donde también figuró Ríos Rosas. — Entre sus obras, deben nombrarse *El Moro expósito*, *D. Alvaro ó la fuerza del sino*, el poema *El paso honroso*, sus tragedias *Ataulfo* y *Aliatar*, prohibida la primera de ellas por la censura, sus hermosísimos romances históricos, su estudio sobre la sublevación de Masaniello y, por último, sus líricas, entre las cuales las hay verdaderamente admirables. — Representa el Duque de Rivas en la literatura española y en nuestro siglo uno de los creadores del romanticismo, donde habían de figurar tantos ilustres prosistas y poetas.—Aquí sólo copiaremos parte de su hermoso romance titulado *Un castellano leal*, y algunas estrofas de *Al sol poniente*:

I

«Hola, hidalgos y escuderos
de mi alcurnia y mi blasón,
mirad como bien nacidos
de mi sangre y casa en pro.
»Esas puertas se defiendan,
que no ha de entrar, vive Dios,
por ellas quien no estuviese
más limpio que lo está el sol.
»No profane mi palacio
un fementido traidor,
que contra su rey combate
y que á su patria vendió.
»Pues si él es de reyes primo,
primo de reyes soy yo;
y conde de Benavente,
si él es duque de Borbón;
»Llevándole de ventaja,
que nunca jamás manchó
la traición mi noble sangre,
y haber nacido español.»
Así atronaba la calle
una ya cascada voz,
que de un palacio salía,
cuya puerta se cerró;
y á la que estaba á caballo
sobre un negro pisador,
siendo en su escudo las lises,
mas bien que timbre, baldón;
y de pajes y escuderos
llevando un tropel en pos,
cubiertos de ricas galas,
el gran duque de Borbón;
el que lidiando en Pavía,
más que valiente, feroz,
gozóse en ver prisionero
á su natural señor.
Y que á Toledo ha venido,
ufano de su traición,
para recibir mercedes
y ver al Emperador.

II

En una anchurosa cuadra
del alcázar de Toledo,

cuyas paredes adornan
ricos tapices flamencos;
al lado de una gran mesa
que cubre de terciopelo
napolitano tapete
con borlones de oro y flecos;
ante un sillon de respaldo
que entre bordado arabesco
los timbres de España ostenta
y el águila del imperio;
de pie estaba Carlos quinto,
que de España era primero,
con gallardo y noble talle,
con noble y tranquilo aspecto.
De brocado de oro y blanco
viste tabardo tudesco;
de rubias martas orlado,
y desabrochado y suelto:
dejando ver un justillo
de raso jalde cubierto,
con primorosos bordados
y costosos sobrepuestos;
y la excelsa y noble insignia
del Toisón de Oro, pendiendo
de una preciosa cadena
en la mitad de su pecho.
Un birrete de velludo
con un blanco airón, sujeto
por un joyel de diamantes
y un antiguo camafeo,
descubre por ambos lados,
tanta majestad cubriendo,
rubio, cual barba y bigote,
bien atusado el cabello.
Apoyado en la cadera
la potente diestra ha puesto,
que aprieta dos guantes de ámbar
y un primoroso mosquero;
y con la siniestra halaga
de un mastín muy corpulento,
blanco, y las orejas rubias,
el ancho y carnoso cuello (*).

. . . . . .

Cuando un tropel de caballos
oye venir á lo lejos,
y ante el alcázar pararse,
quedando todo en silencio.
En la antecámara suena
rumor impensado luégo;
álzase al fin la mampara
y entra el de Borbón soberbio.
Con el semblante de azufre
y con los ojos de fuego,
bramando de ira y de rabia
que enfrena mal el respeto,
y con balbuciente lengua
y con mal borrado ceño,
acusa al de Benavente,
un desagravio pidiendo.

. . . . . .

El Emperador un punto
quedó indeciso y suspenso,
sin saber qué responderle
al francés de enojo ciego.
Y aunque en su interior se goza
con el proceder violento
del conde de Benavente,
de altas esperanzas lleno

. . . . . .

Mucho al de Borbón le debe,
y es fuerza satisfacerlo,
le ofrece para calmarlo
un desagravio completo;
y llamando á un gentil-hombre,
con el semblante severo
manda que el de Benavente
venga á su presencia presto.

(*) Describe el retrato del Ticiano.

III

Sostenido por sus pajes
desciende de la litera
el Conde de Benavente
del alcázar á la puerta.
Era un viejo respetable,
cuerpo enjuto, cara seca,
con dos ojos como chispas,
cargados de largas cejas;
....
Tan sólo de Calatrava
la insignia española lleva,
que el Toisón ha despreciado
por ser orden extranjera.
....
Con grave paso entre el Conde,
sin que otro aviso preceda,
salones atravesando,
hasta la cámara regia.
Pensativo está el Monarca
discurriendo cómo pueda
componer aquel disturbio
sin hacer á nadie ofensa.
....
Grave el Conde lo saluda
con una rodilla en tierra,
mas como grande del reino,
sin descubrir la cabeza.
El Emperador, benigno,
que alce del suelo le ordena,
y la plática difícil
con sagacidad empieza.
Y entre sereno y afable
al cabo le manifiesta,
que es el que á Borbón aloje
voluntad suya resuelta.—
Con respeto muy profundo,
pero con la voz entera,
respóndele Benavente
destocando la cabeza:
«Soy, señor, vuestro vasallo,
vos sois mi rey en la tierra;
á vos ordenar os cumple
de mi vida y de mi hacienda.
»Vuestro soy, vuestra mi casa,
de mí disponed y de ella,
pero no toqueis mi honra
y respetad mi conciencia.
»Mi casa Borbón ocupe
puesto que es voluntad vuestra,
contamine sus paredes,
sus blasones envilezca:
»que á mí me sobra en Toledo,
donde vivir, sin que tenga
que rozarme con traidores
cuyo solo aliento infesta.
»Y en cuanto él deje mi casa,
antes de tornar yo á ella,
purificaré con fuego
sus paredes y sus puertas.»
Dijo el Conde, la real mano
besó, cubrió su cabeza,
y retiróse bajando
á do estaba su litera.
Y á casa de un su pariente
mandó que lo condujeran,
abandonando la suya
con cuanto dentro se encierra.
....

IV

Muy pocos días el Duque
hizo mansión en Toledo,
del noble Conde ocupando
los honrados aposentos.
Y la noche en que el palacio
dejó vacío, partiendo
con su séquito y sus pajes
orgulloso y satisfecho,

Turbó la apacible luna
un vapor blanco y espeso,
que de las altas techumbres
se iba elevando y creciendo;
á poco rato tornóse
en humo confuso y denso,
que en nubarrones oscuros
ofuscaba el claro cielo;
después en ardientes chispas,
y en un resplandor horrendo
que iluminaba las calles
dando en el Tajo reflejos,
y al fin, su furor mostrando
en embravecido incendio
que devoraba altas torres
y derrumbaba altos techos.
.....
El Emperador, confuso,
corre á procurar remedio;
en atajar tanto daño
mostrando tenaz empeño.
En vano todo: tragóse
tantas riquezas el fuego,
á la lealtad castellana
levantando un monumento.
.....

A los remotos mares de Occidente
llevas con majestad el paso lento,
¡oh! sol resplandeciente,
alma del orbe, de su vida aliento.
Otro hemisferio con tu luz el día
espera ansioso, y reverente adora
ya un rayo de alegría,
con que te anuncia la risueña aurora.
Sobre ricas alfombras de oro y grana,
que ante tus plantas el ocaso extiende,
tu mole soberana
lentamente perdiéndose desciende.
La tierra que abandonas te saluda,
el mar tus rayos últimos refleja,
y la atmósfera muda
ve que contigo su esplendor se aleja.
.....
El plazo designado se consuma,
que el Dios tres veces santo
dió á la creación en su sapiencia suma.
Sí, volverás, y durarás, que tienes
criatura predilecta, el dón de vida,
y hermoso te mantienes
burlando de los siglos la corrida.
No así nosotros, míseros humanos,
polvo que arrastra el hálito del viento,

efímeros gusanos,
cuya vida es un rápido momento.
Nuestro afán debe ser solo, al mirarte
trasmontar y dejarnos noche umbría,
si aun vivos, admirarte
nos será concedido al otro día.
.....
ya oculta tu magnífica corona.
Pero tu sacra lumbre
aún deja en pos una encendida zona.

José de Espronceda (1810-1842). En Almendralejo (Badajoz) vió la luz primera, y en Madrid, bajo la dirección de D. Alberto Lista, estudió en el célebre colegio de San Mateo. A los catorce años ya figuraba en la Sociedad de «Los Numantinos», conspirando y jugando á la política con otros jóvenes que habían de figurar también como glorias de nuestra patria. El proceso que por pertenecer á dicha sociedad se le formó, le llevó á Guadalajara, donde, encerrado en un convento, planeó y aun comenzó su poema *Pelayo*, y emigrado después en Portugal, Francia é Inglaterra, se dejó influir por la literatura de estos países, como fácilmente se advierte en sus escritos. Temperamento ardiente de liberal y patriota, hallándose en París en 1830 se batió en las barricadas. Vuelto á España, de nuevo fué desterrado á Cuéllar, donde escribió su novela *Sancho Saldaña*, y en la que manifiesta sus dotes de prosista. Después de varias alternativas de su azarosa existencia, ocupó un cargo en la legación de Holanda, y representó en las Cortes como diputado á Almería. Sus obras más notables son el conocido poema *El diablo mundo* y su popular leyenda *El estudiante de Salamanca*; y por último, entre todas sus líricas, sobresalen *A la rosa*, *El pirata*, *El mendigo*, *El verdugo*, el *Himno al sol* y el *Canto del cosaco*.—En opinión de los más eminentes críticos, es Espronceda el resumen de todas las excelencias y de todos los defectos de sus contemporáneos, y hay quien le concede igual importancia que á los primeros vates de Alemania, Italia é Inglaterra. Si la política no hubiese ocupado la mitad de su pensamiento y de sus pasiones, tal vez hubiera llegado Espronceda á figurar entre los genios de la literatura moderna.

Su influjo en todos los poetas posteriores á él es tan palmario, que aún hoy se le copia ó plagia, ó cuando menos bebe en sus versos, como en rica fuente de inspiración, gran número de escritores.

La nostalgia por las desdichas personales que le sobrevinieron, contribuyó á que toda su literatura se halle impregnada de un tedio malsano y de una melancolía escéptica, no siempre sincera acaso, pero cuya imitación ha producido detestables resultados.

Copiamos á continuación un trozo de su *Oda al Dos de Mayo* y su soneto *A la muerte de Torrijos y sus compañeros.*

¡Oh! ¡Es el pueblo! ¡Es el pueblo! Cual las olas
del hondo mar alborotado brama:
las esplendentes glorias españolas,
su antigua prez, su independencia clama.
Hombres, mujeres, vuelan al combate,
el volcán de sus iras estalló:
sin armas van, pero en sus pechos late
un corazón colérico español.
La frente coronada de laureles,
con el botín de la vencida Europa,
con sangre hasta las cinchas los corceles,
en cien campañas veterana tropa;
los que al rápido Volga ensangrentaron,
los que humillaron á sus pies naciones
y sobre las pirámides pasaron
al galope veloz de sus bridones:
á eterna lucha, á sin igual batalla
Madrid provoca en su encendida ira:
su pueblo inerme allí entre la metralla
y entre los sables reluchando gira.
Graba en su frente luminosa huella
la lumbre que destella el corazón;
y á parar con sus pechos se atropella
el rayo del mortífero cañón.
¡Oh, de sangre y valor glorioso día!
Mis padres cuando niño me contaron

sus hechos ¡ay! y en la memoria mía,
santo recuerdo de virtud, quedaron.
....

Y vosotros, ¿qué hicistéis entre tanto,
los de espíritu flaco y alta cuna?
Derramar como hembras débil llanto
ó adular bajamente á la fortuna.

Buscar tras la extranjera bayoneta
seguro á vuestras vidas y muralla,
y siervos viles á la plebe inquieta
con baja lengua apellidar *canalla*.

¡*Canalla!* sí, vosotros los traidores,
los que negais al entusiasmo ardiente
su gloria, y nunca vísteis los fulgores
con que ilumina la inspirada frente!

¡*Canalla!* sí, los que en la lid, alárde
hicieron de su infame villanía,
disfrazando su espíritu cobarde
con la sana razón segura y fría!

¡Oh! La *canalla*, la *canalla* en tanto
arrojó el grito de venganza y guerra,
y arrebatada en su entusiasmo santo
quebrantó las cadenas de la tierra.

Del cetro de sus reyes los pedazos
del suelo ensangrentados recogía,
y un nuevo trono en sus robustos brazos
leva tando á su príncipe ofrecía.

B illa el puñal en la irritada mano,
huye el cobarde y el traidor se esconde;
truena el cañón, y el grito castellano
de *Independencia* y *Libertad* responde.

¡Héroes de Mayo, levantad las frentes!
sonó la hora y la venganza espera;
id, y hartad vuestra sed en los torrentes
de sangre de Bailén y Talavera.

....

Mas ¡ay! ¿por qué cuando los ojos brotan
lágrimas de entusiasmo y alegría,
y el alma atropellados alborotan
tantos recuerdos de honra y valentía,

negra nube en el alma se levanta
que turba y oscurece los sentidos,
fiero dolor el corazón quebranta
y se ahoga la voz entre gemidos?

.....

¡Oh! levantadla del eterno sueño
y con los huecos de los ojos fijos,
contemplad una vez con torvo ceño
la vergüenza y baldón de vuestros hijos!

Quizá en vosotros, donde el fuego arde
del castellano honor, aun sobre vida
para alentar el corazón cobarde
y abrasar esta tierra envilecida.

¡Ay! ¿cuál fué el galardón de vuestro celo,
de tanta sangre y bárbaro quebranto,
de tan heroica lucha y tanto anhelo,
tanta virtud y sacrificio tanto?

El trono que erigió vuestra bravura
sobre huesos de héroes levantado,
un rey ingrato de memoria impura
con eterno baldón dejó manchado.

¡Ay! para hollar la libertad sagrada
el príncipe, borrón de nuestra historia,
llamó en su auxilio la francesa espada
que segase el laurel de vuestra gloria.

Y vuestros hijos de la muerte huyeron
y esa sagrada tumba abandonaron,
hollarla ¡oh Dios! á los franceses vieron
y hollarla á los franceses les dejaron.

.....

Y aun hoy helos allí que su semblante
con hipócrita máscara cubrieron,
y á Luis Felipe, en muestra suplicante,
ambos brazos imbéciles tendieron.

La vil palabra ¡intervención! gritaron,
y del rey mercader la reclamaban;
de vuestros timbres sin honor mofaron,
mientras en su impudor se encenagaban.

.....

Verted juntando las dolientes manos
lágrimas ¡ay! que escalden la mejilla;
mares de eterno llanto, castellanos,
no bastan á borrar vuestra mancilla.
Llorad como mujeres; vuestra lengua
no osa lanzar el grito de venganza:
apáticos vivís en tanta mengua,
y os cansa el brazo el peso de la lanza.
¡Oh! en el dolor eterno que me inspira
el pueblo en torno avergonzado calle,
y estallando las cuerdas de mi lira
roto también mi corazón estalle.

—

Helos allí: junto á la mar bravía
cadáveres están ¡ay! los que fueron
honra del libre, y con su muerte dieron
almas al cielo, á España nombradía.
Ansia de patria y libertad henchía
sus nobles pechos que jamás temieron,
y las costas de Málaga los vieron
cual sol de gloria en desdichado día.
Españoles, llorad, mas vuestro llanto
lágrimas de dolor y sangre sean,
sangre que ahogue á siervos y opresores.
Y los viles tiranos, con espanto
siempre delante amenazando vean
alzarse sus espectros vengadores.

Pastor Díaz (1811-1863). Pocas veces la musa lírica ha mostrado á nuestra literatura romántica tanta ternura como la característica de D. Nicomedes, orador distinguido y estimable prosista, nacido en Vivero, pueblo de la provincia de Lugo.—Las lides periodísticas le llevaron á ser ministro varias veces, diplomático representando á España en el extranjero y, por último, sus méritos le hicieron ocupar una poltrona en la Academia de la Lengua.—La nota saliente de su estilo es un pesimismo acentuado en donde sobresalen notas fúnebres y melancólicos anuncios de doloroso porvenir: diríase que en él resucita un nuevo

conceptismo por la oscuridad que en ocasiones campea en sus escritos.—He aquí su hermosa oda *A la Luna.*

Desde el primer latido de mi pecho,
condenado al amor y á la tristeza,
ni un eco en mi gemir, ni á la belleza
un suspiro alcancé.
Halló por fin mi fúnebre despecho
inmenso objeto á mi ilusión amante,
y de la Luna el célico semblante,
y el triste mar, amé.
El mar quedóse allá por su ribera,
sus olas no treparon las montañas;
nunca llega á estas márgenes extrañas
su solemne mugir.
Tú empero, que mi amor sigues do quiera,
cándida Luna, en tu amoroso vuelo,
tú eres la misma que miré en el cielo
de mi patria lucir.
Tú sola mi beldad, sola mi amante,
única antorcha que mis pasos guía,
tú sola enciendes en un alma fría
una sombra de amor.
Sólo el blando lucir de tu semblante
mis ya cansados párpados resisten;
sólo tus formas inconstantes visten
bello, grato color.
Ora cubra cargada, rubicunda
nube de fuego tu ardorosa frente,
ora cándida, pura, refulgente
deslumbre tu brillar;
ora sumida en palidez profunda
te mire el cielo desmayada y yerta,
como el semblante de una virgen muerta
¡ah!... que yo ví expirar...
La he visto ¡ay, Dios!... Al sueño en que reposa,
yo le cerré los anublados ojos;
yo tendí sus angélicos despojos
sobre el negro ataúd.
Yo sólo oré sobre la yerta losa

donde no corre ya lágrima alguna...
báñala al menos tú, pálida Luna,
báñala con tu luz.
Tú lo harás, que á los tristes acompañas,
y al pensador y al infeliz visitas;
con la inocencia ó con la muerte habitas:
el mundo huye de tí.
Antorcha de alegría en las cabañas,
lámpara solitaria de las ruínas,
el salón del magnate no iluminas,
pero su tumba sí...
Cargado á veces de aplomadas nubes,
amaga el cielo con tormenta oscura,
mas ríe al horizonte tu hermosura,
y huyó la tempestad.
Y allá del trono do esplendente subes,
riges el curso al férvido Oceano,
cual pecho amante que al mirar lejano
hierve de su beldad.
Mas ¡ay! qué en vano en tu esplendor encantas:
ese hechizo falaz no es de alegría,
y huyen tu luz y triste compañía
los astros con temor.
Sola por el vacío te adelantas,
y en vano en derredor tus rayos tiendes,
que sólo al mundo en tu dolor desciendes
cual sube á tí mi amor.
Y en esta tierra, de aflicción guarida,
¡quién goza en tu fulgor blandos placeres!
del noturno reposo de los seres
no turbas la quietud.
No cantarán las aves tu venida,
ni abren su cáliz, las dormidas flores:
sólo un ser de desvelos y colores
ama tu yerta luz...
Sí, tú, mi amor, mi admiración, mi encanto;
la noche anhelo por vivir contigo,
y hacia el ocaso lentamente sigo,
tu curso al fin veloz.
Páraste á veces á escuchar mi llanto,

y desciende en tus rayos amoroso
un espíritu vago, misterioso
que responde á mi voz...
..... .

Enrique Gil y Carrasco (1815-1846). Nació en Villafranca del Bierzo y murió en Berlin en ocasión de estar estudiando la organización de la Confederación germánica, comisionado por nuestro país. Aunque de menor importancia que los vates del movimiento romántico, la sencillez de sus composiciones y la idealidad de su espíritu, le colocan dentro de la gama de la escuela melancólica de Pastor Díaz. Cultivó además la leyenda histórica en el estilo de Walter Scott. He aquí algunos trozos de su sentida poesía *La niebla*, y de su «canción elegiaca» en la muerte de Espronceda.

Niebla pálida y sutil
que en alas vas de los vientos,
no así callada y sombría
desparezcas á lo lejos;
ó en pos de tí correré,
sin vagar, y sin sosiego,
porque está sedienta el alma
de tus sombras y misterios.

Acuérdate engañadora,
del inocente embeleso
con que, niño embebecido,
contemplaba tu silencio,
por ver si en él resonaban
perdidos y blandos ecos
de las arpas melodiosas
de las magas de los cuentos.

Crédulo entonces y puro
rasgar intenté tu velo,
pensando que me ocultaba
sus palacios hechiceros,
sus fantásticos pensiles
sus músicas y torneos,
y los flotantes penachos
de encantados caballeros.

Rasgada en pedazos mil,
cual perdido pensamiento
te ví envolver cuidadosa
y con solícito anhelo
las almenas carcomidas
del alcázar, que en un tiempo
escándalo fué del mundo
por su pompa y desvaneos,
sin ver que era vano afán
y descabellado intento
velar sus rotos blasones
y sus mutilados fueros
con tu liviano ropaje
y más liviano deseo;
y con todo alguna vez
el sol te daba contento
reverberando apacible
del torreón altanero
en el musgo húmedo y triste,
roja chispa de su fuego
que después tú disfrazabas
hasta mentir el reflejo
de perfilada armadura
ó de rutilante yelmo.

¡Cuántas veces me engañaste
con donosos sortilegios
haciéndome atropellar,
desapoderado y ciego,
las ruínas del castillo,
cándido infante, creyendo,
mirar de pie en tu poterna
membrudo y alto guerrero
como lúgubre guardián
de la prez de sus abuelos!
¡Cuántas veces ¡ay! mis lágrimas
por tus mentiras corrieron
al ver que mi fantasía
y mi dulcísimo ensueño
tornábanse entre mis manos
manojo de musgo seco,
que en vagas ondulaciones
flotaba á merced el viento!
Y á la verdad no era mucho
que el sol oyera tu ruego;
porque nunca le engañaste
para mostrarse severo;
y á pesar de tus engaños,
yo te adoraba en extremo.
Y aún te adoro, parda niebla
porque excitas en mi pecho
memorias de bellos días
y purísimos recuerdos;
porque hay fadas invisibles
en el vapor de tu seno,
y porque en tí siempre hallé
blando solaz á mi duelo.
.....
Bogaba la fantasía
por tu misterioso mar,
y en su ignorancia creía
la virgen isla, lugar
de ventura y de alegría.
Y crédula la soñaba
puerto en la vida seguro,
y desde allí imaginaba
un porvenir que llegaba
sereno, radiante y puro.
En tu piélago tal vez
de gótica catedral
la fábrica colosal
flotaba con altivez,
ó fortaleza feudal.
Y el ánima embebecida
en entrambas se fijaba,
y ya la veleta erguída,
ya la almena esclarecída
solitaria acompañaba.
Que en los mares de la edad
no flotan, no, de otra suerte
mundana pompa y beldad,
hasta que en la oscuridad
relumbra el sol de la muerte.
Todo confuso y borrado
en tu seno aparecía,
vaporoso y nacarado
y en celajes mil velado
como luna en noche umbría.
Y la mente virginal
que sólo á ver alcanzaba
las rosas en el zarzal
y otros vientos no soñaba
que la brisa matinal.
Tus enigmas resolvía
á favor de la inocencia,
y calma tan sólo vía,
y solamente escondía
amor sin fin y creencia.
.....
Niebla, ya no puedo ver
en tu misterioso espejo
los vergeles del placer,
que el corazon está viejo
de quebranto y padecer.
Pasó mi infancia muy triste,

mas pasa mi juventud;
que entonces tú me acogiste,
y hoy mi ventura consiste
en la paz del ataúd.
Mas, ya que has sido mi amor
envuélveme con tu velo,
dame sombras y consuelo,
que tú sola mi dolor
has comprendido en el suelo.
—

....
Aguila hermosa que hasta el sol subías,
que los torrentes de su luz bebías,
y luego en ráudo vuelo
rastro de luz é inspiración traías
al enlutado suelo:
¿quién llevará las glorias españolas
por los tendidos ámbitos del mundo?
....
¡Oh mi Espronceda! ¡oh generosa sombra!
¿Por qué mi voz se anuda en mi garganta
cuando el labio te nombra?
....
¡Ay! si el velo cayera
con que cubre el dolor mis yertos ojos,
menos triste de tí me despidiera:
blanca luz templaría mis enojos
cuando siguiese tu sereno vuelo
hasta el confín del azulado cielo.
¡Adiós, adiós! la angélica morada
de par en par sus puertas rutilantes
te ofrece, sombra amada:
ve á gozar extasiada
la gloria inmaculada
de Calderón, de Lope y de Cervantes.

D. Gabriel García Tassara (1817-1875). Con Ríos Rosas y Pastor Díaz cultivó la crítica y el periodismo político, mostrando el insigne sevillano que era tan hábil y discreto diplomático como vate original. Conocedor de la literatura clásica latina, ha legado á la posteridad magníficas versiones de varios poetas, así como durante su estancia en calidad de plenipotenciario en los

Estados Unidos de América, tradujo algunas obras de Shakespeare.—A juicio de insignes críticos, la personalidad de Tassara es de las más estimables de la época que reseñamos, por el equilibrio de sus dotes para el cultivo de todos los géneros y el empleo de todos los estilos; y hay quien coloca su talento rayando en los linderos del genio. En ocasiones, por la propia modestia, y como si produjese por mero recreo, es desaliñado en la forma aunque nunca deje de brillar en sus escritos el buen gusto.—He aquí algunas estrofas de su hermosa oda *A la traslación del cadáver de Napoleón.*

Vuelve: tu sombra en el Océano impera;
no hay tempestad; el Océano calla;
Él te conoce ya como si fuera
tu bridón generoso de batalla.
¿No es éste el voto que elevaba al cielo
la voz de tu alma con su Dios á solas,
allá en las noches de tu inmenso duelo,
al solemne murmullo de las olas?
Vuelve, Napoleón; vuelve á esa Francia
que tu ojo moribundo requería:
ya, ya se pierde en la brumal distancia
la roca del martirio y la agonía.
Gime el viento si suena, la onda gime
y el silencio otra vez. ¡Silencio y calma!
El mundo siente en su estupor sublime
la sublime presencia de tu alma.
¿Cuál són, empero, de repente agita
el velo que la mar cubre y el viento?
¿no la conoces tú? ¿Ya no palpita
tu inmóvil corazón al grande acento?
Es tu pueblo francés. Los santos lazos
que la Europa deshizo atar la engríe:
él te recibe en sus abiertos brazos
y tu sombra magnánima sonríe.
.....
Tú fuiste á despertar á un pueblo esclavo,
no temible á la Europa en su ignorancia;
fuiste á decir al scita y al eslavo,
tú les fuiste á decir: «Hay una Francia.»

Así, moviendo el corazón romano
á la alta empresa de su gloria un día,
en sus oscuros bosques al germano
César le fué á decir que Roma había.
Y el germano fué á Roma, y en la tumba
de César se sentó. Vagando incierta,
así la voz de las conquistas zumba
y á los pueblos atónitos despierta.
....
¡Napoleón! ¡Napoleón! El día
en que, temblando el ámbito europeo,
en el ocaso del destino hundía
tu sol de gloria el disco giganteo;
En que, arrastrando el genio de la historia
inmenso luto en generosa pena,
fuíste á expiar el crimen de tu gloria,
como el Luzbel de Europa, en Santa Elena;
....
En aquel día en que, el silencio roto
que guardaba la Europa en tu presencia,
la paz del mundo ejecutó su voto
y firmaron los reyes tu sentencia;
¿No viste en tu vendido Capitolio,
con aplauso y escándalo de Europa,
trotar por las alturas de tu solio
de un czar salvaje la salvaje tropa?
....
¿No sientes, di, Napoleón, no sientes,
aun de la muerte en la insondable estancia,
que acaba de sonar en el Oriente
un nuevo Waterlóo para la Francia?
¿No escuchas el rugido y los furores
del Leopardo que el piélago domina,
y hace indignos de tí los Tres Colores
y también en la tumba te asesina?
....
¿Qué paz es esa paz? ¿Qué Francia es esa?
Mas ¡ay! que acaso se levante un día,
y renovando la tremenda empresa,
ella misma se espante en su osadía.
....

¡Guerra aquella será que el mundo llora
con funeral presentimiento! Entonces
cortará la segur niveladora
cuanto dejen en pie marciales bronces.
. . . . . .
Los tronos derretidos como cera,
tronos y altares, leyes y blasones;
los pueblos consumiéndose en la hoguera,
la Europa ardiendo como cien Iliones;
. . . . . .
Y al contemplar tan iracundos hados,
dueños del mundo y de los hombres dueños,
á los ojos de sangre salpicados,
¡aun los Napoleones son pequeños!

Antonio Trueba (1819-1889). A pesar de ser hijo de un caserío de las Encartaciones de Vizcaya, pocos escritores han manejado el castellano con mayor corrección al propio tiempo que con sencillez más candorosa. Su extraordinaria y rápida popularidad arranca desde sus *Cuentos de color de rosa*, sus *Cuentos campesinos* y *Libro de los cantares*, singularmente. La nota saliente de su musa es la juventud y galanura que siempre rebosa en sus trabajos, como si fueran producto de un espíritu siempre adolescente y de una imaginación constantemente susceptible de impresionarse. Los sentimientos que por punto general brillan en sus obras, ni llegan á los desastres de la tragedia, ni alcanzan otros horizontes que los dolores y las alegrías usuales en los pequeños rincones del hogar. La paz de la vida en el seno de la naturaleza es otro de los resortes que descuellan en la manera de ser de Trueba. El periodismo, la historia y la novela le cuentan también en sus anales; y tanto en prosa como en verso habrá de figurar como modelo de naturalidad y claridad en la elocución. Más abajo copiaremos la primera parte de la vida de *Juan Soldado*, y el retrato del cura Artiaga en su novela *El gabán y la chaqueta*, escrita y publicada en 1872.

—¡Qué noche...! En la chimenea y hace un frío que ya, ya!
sopla el viento sin cesar, Hijos, avivad la lumbre;
y son ríos las canales, más leña... aunque sea un haz,

para que así se caliente
y se seque el militar.
Tú, Soledad, entre tanto
baja un pernil del varal,
y haz al militar la cena,
que buena gana tendrá.
—Gracias, patroncita, gracias
por su infinita bondad.
—¡Eh! déjese usted de gracias;
no hacemos nada de más.
En este mundo, hoy por tí,
mañana por mí, y en paz.
Como dice el señor cura,
el que siembra cogerá,
que mañana ú otro día,
tal vez mis hijos irán
por esos mundos de Dios
como usted ahora va,
y Dios les dará patronas
que no me los traten mal...
¡Hijitos de mis entrañas,
Dios los tenga por acá! —
Así dice la patrona;
y el honrado militar
de negro y largo bigote,
de continente marcial,
de ojos negros, tez morena,
algo rudo en el hablar,
pero de aquellos que llaman
vino al vino y pan al pan,
siente una lágrima tierna
por su mejilla rodar,
aunque el silbo de las balas
no le conmovió jamás.
Y los dos hermosos niños
que ocho á diez años tendrán,
no se cansan de echar leña,
leña seca en el hogar,
ni se cansa de partir
rico jamón Soledad,
que es una chica morena
llena de gracia y de sal;
ni se cansa la patrona
huevos frescos de cascar.
—Militar, ¿cómo es su gracia?
dice la patrona.
—Juan.
—¿Y ha mucho que usted milita?
—Seis años cumplidos ha.
—Tiene usted padres?
—Los tengo,
y no los puedo olvidar.
—Aunque joven, ¡qué trabajos
habrá pasado usted ya!
—¿Qué si he pasado? ¡Ay patrona,
no me quisiera acordar!...
—¡Ya tiene usted á mis hijos
muertos de curiosidad
por saber toda la historia
de su vida militar!
—Hola, caporales, ¿sois
curiosos? Venid acá
y sentáos á mi lado,
que os la voy á relatar;
aunque hay un cantar antiguo
que dice y dice verdad:
la vida de Juan Soldado
es muy larga de contar.

«Era lo que se llama un buen cura párroco; y téngase entendido que el autor de este libro es un poquillo descontentadizo en materia de curas, á pesar de que por ahí corren voces de que es un neocatólico como una loma. El autor de este libro no está conforme con la

opinión, muy común, de que los curas son hombres como los demás; con que se pretende cohonestar ó cuando menos disculpar las debilidades de algunos, tales como el egoísmo, el geniazo, la avaricia, la afición al trago y la tajada, á los toros y romerías, á tirar de la oreja á Jorge, á los pleitos, á la política, á las banderías locales ó nacionales, y á otras cosas que por sabidas se callan. Los curas renunciaron solemne é irrevocablemente á ser hombres como los demás, cuando se hicieron curas.—El de Urtiaga, que abundaba en esta opinión, era celoso en el desempeño de su sagrado ministerio, caritativo, de genio apacible, olvidadizo de su propio bien, amante del ajeno, indulgente con todos, severo con sí propio, parco en la mesa, sencillo y placentero en su trato y extraño á toda bandería, como no fuese para predicar la paz y la conciliación. Así no había en la aldea quien no le respetase y amase.—Curas así no faltan ni sobran en España.»

Ventura Ruiz Aguilera (1820-1881). Nació en Salamanca el que es sin disputa uno de los primeros líricos de nuestro siglo. En Alicante comenzó su gloriosa carrera de escritor, perteneciendo á esta época sus poesías impregnadas de espíritu cristiano á la vez que democrático. Las obras maestras de D. Ventura son las de la madurez de su edad en que produjo sus elegías, traducidas hoy á varios idiomas, y su poema *Magna Mater*, donde pinta las estaciones del año como vate de primer orden comparable á los grandes épicos de todos los tiempos y de todos los países. El patriotismo de los *Ecos nacionales*, lo popular de sus *Cantares*, la dulzura de sus *Armonías*, y, en fin, el hondo pensamiento de su poema «Los abandonados», constituyen una serie perfecta de todas las cuerdas del corazón humano. Ruíz Aguilera escribe para toda clase de personas: para el culto y el inculto; para el niño y el anciano; para el hombre, lo mismo que para la mujer, y ha sido comparado, con razón, á Lucrecio, á Virgilio y á Fray Luis de León. Es acaso el poeta más sano de nuestro tiempo, y cuyos versos pueden entregarse sin temor alguno á toda clase de lectores. Intentó como prosista escribir novelas, y más de una produjo; pero no obtuvo éxito en estas tentativas ni en sus ensayos en la escena.—Unido siempre al partido progresista avanzado, desempeñó algunos cargos en la Administración pública, y acabó sus días en la Dirección del Museo Arqueológico nacional.

—De sus composiciones daremos sólo ligera muestra en *Roncesvalles*, un trozo de *La gaita gallega*, y otro (del Otoño) de *Magna Mater*.

—Cuéntame una historia, abuela.
—Siglos ha que, con gran saña,
por esa negra montaña
asomó un emperador.
Era francés y el vestido
formaba un hermoso juego:
capa de color de fuego
y plumas de azul color.
—¿Y qué pedía?
—La corona de León.
Bernardo del Carpio, un día
con la gente que traía,
«*Ven por ella*», *le gritó...*
De entonces suena en los valles
y dicen los montañeses:
Mala la hubisteis, franceses,
en esa de Roncesvalles!
—¿Se acabó la historia, abuela?
—Allí con fiera arrogancia
los *Doce Pares* de Francia
también estaban también.
Eran altos como cedros,
valientes como leones,
cabalgaban en bridones,
águilas en el correr.
—Sigue contando.
—Salió el mozo leonés;
Bernardo salió y luchando
uno á uno les fué matando
y hubiera matado á cien.
De entonces, etc.
—Me gusta la historia, abuela.
—¡Con qué ejército, Dios mío,
de tan grande poderío
llegó Carlo-Magno acá!
¡Cuántos soldados!... No tiene
más gotas un arroyuelo,
ni más estrellas el cielo
ni más arenas la mar.
—Y qué: ¿triunfaron?
—Dios no les quiso ayudar.
El alma les arrancaron;
como espigas se troncharon
cuando silba el huracán.
De entonces, etc.
¡Qué triste es la historia, abuela!
—Diz que dice un viejo archivo,
que no quedó francés vivo,
después de la horrenda lid,
y así debió ser, pues vieron
al sol de estos horizontes,
muchos huesos en los montes,
y muchos buitres venir.
—¡Qué gran batalla!
—No fué menos el botín.
Banderas, cotas de malla,
y riquezas y vitualla
se recogieron sin fin.
De entonces, etc.
—¿Y el emperador, abuela?
—Huyó sin un hombre luego,
la capa color de fuego
rota, y sin plumaje azul.
Bernardo del Carpio, torna
á Castilla tras la guerra,
y al poner el pie en su tierra
le aclama la multitud.
—¡Qué de alegrías!
—En verlas gozarás tú.
Hubo fiestas muchos días,

tamboriles, chirimías
y canciones á Jesús.
De entonces suena en los valles
y dicen los montañeses:
¡Mala la hubísteis, franceses,
en esa de Roncesvalles.

I.—Cuando la gaita gallega
el pobre gaitero toca,
no sé lo que me sucede
que el llanto á mis ojos brota.
Ver me figuro á Galicia
bella, pensativa y sola,
como amada sin su amado,
como reina sin corona.
Y aunque alegre danza entone,
y dance la turba loca,
la voz del grave instrumento
suénaname tan melancólica,
á mi alma revela tantas
desdichas, penas tan hondas,
que no sé deciros
si canta ó si llora.
II.—Recuérdame aquellos cielos,
y aquellas dulces auroras,
y aquellas verdes campiñas,
y el arrullo de sus tórtolas;
y aquellos lagos, aquellas
montañas que al cielo tocan,
todas llenas de perfumes,
vestidas de flores todas,
donde Dios abre su mano
y sus tesoros ágota:
mas ¡ay! como me recuerda
también que hay allí quien dobla
en medio de la abundancia,
al hambre la frente torva,
no acierto á deciros
si canta ó si llora.
III. Suena, y cruzan por mi espíritu,
puras, risueñas y hermosas,
las sombras de los cien puertos
de que Galicia es señora.
Y lentamente pasando,
como ciudades que flotan,
van sus cien naves soberbias
al ronco son de las olas:
mas ¡ay! como en ellas veo,
con el oro de sus costas,
sus tiernos hijos desnudos
que miran tristes á Europa,
pidiendo su pan amargo
á la América remota,
no acierto á deciros
si canta ó si llora.

¡Nacer! ¡sufrir! ¡pasar!... ¡Hondos misterios
para la ciega multitud! No sabe
que en huesa humilde y monumento grave
con que el tiempo sembró los cementerios,
ni un átomo de polvo, inerte, anida;
que allí la noche es cuna de la aurora
de un mundo que en silencio se elabora,

y es cada tumba, al parecer dormida
cuando en Noviembre la campana llora,
volcán en donde hirviendo está la vida.
Nunca ¡oh vida! en tu altar el fuego extinto
los hombres han de ver ni las edades:
al fúnebre recinto
aun llega de campestres soledades
el eco del placer con que la aldea
acompaña la rústica tarea
de la alegre vendimia: en el sarmiento,
secándose, el follaje amarillea;
marchítase el pezón: es el momento
de entrar á saco, entre festivo coro,
la vid cargada de racimos de oro,
y la que el peso agobia y ha rendido
del que se arrastra en púrpura teñido.
Trabajo y recompensa á todos llaman:
las mujeres, los mozos, los ancianos,
y aun la turba infantil, corriendo ufanos,
por la viña en tropel se desparraman.
Arde el acero al sol: aquí, derriba
el codiciado fruto, y prontas manos
lo recogen avaras; allá, en cesto
de entretejida mimbre, bien dispuesto,
aquél, en hombros al lagar vecino
lo conduce, bañado,
sintiendo el rostro de sudor honrado,
que, al par, sombrea el polvo del camino;
éste, guiando va la tarda yunta
que de la viña removió la tierra,
donde, inseguro, su tesoro encierra,
y la serena voz hoy alza y junta
al rechinar del carro en que rebosa
la cosecha del vino, generosa.
Y cuando, en fin, se apagan á lo lejos
de la tarde las últimos reflejos,
y el toque de oración despide al día,
y la luz de la aldea,
y el humo de la tosca chimenea,
al descanso, que ansía,

llaman al viñador, la gente moza,
siempre al placer dispuesta, se alboroza
—oyendo el tamboril, que va delante—
y grita, y bulle, y danza delirante;
pues ya del mosto, que su sangre enciende,
rico de aroma y de color opaco,
y por su faz extiende
la máscara jovial del viejo Baco,
sus fuerzas restauró con libaciones
alternadas de risas y canciones.
....

José de Selgas (1822-1872). Nació en Murcia, y desde muy joven demostró sus cualidades poéticas. Temperamento muy semejante á Trueba en punto á sencillez, procuró huir de las dos escuelas (clásica y romántica) dentro de las cuales se educó. Talento claro é imaginación viva, supo dominar la lengua, figurando como gran estilista. En cuanto al fondo, siempre palpita bajo sus versos un sentimiento vivo y una idea clara que le hacen atractivo y simpático. Como prosista era en las luchas del periodismo osado y violento, mordaz y cáustico, sin que la vehemencia de sus escritos quitase corrección al lenguaje ni colorido á la expresión. Los arranques impetuosos que la pasión política le inspiraba, sabía envolverlos en la fina sátira y la punzante crítica que quedó como modelo imperecedero en las columnas de *El Padre Cobos*. Fué diputado, desempeñó altos puestos, y murió pobre. He aquí su bella composición titulada *Uno viene y otro va*.

Por un misterio profundo
que vedado al hombre está,
en la sucesión del mundo,
uno viene y otro va.
Los que van... los que vinieron
sienten la misma aflicción;
los muertos, por lo que fueron;
los vivos, por lo que son.
Y sólo en vivir resuelven
los hombres todo su afán;
y los que se van no vuelven,
y los que vienen se van.
Ambos á la vez suspiran
en ansias de opuesto bien,
los vivos, por lo que miran,
los muertos, por lo que ven.
Oscuro arcano contiene
la vida que el mundo da;

viene llorando el que viene,
va muy triste el que se va.
Por razón ó por manía
que no alcanza mi razón,
causa el que nace alegría,
causa el que muere aflicción.
Siempre de esta vida amarga
distintas cuentas se harán:
para los que vienen, larga;
corta para los que van.
¡Qué tristes esfuerzos hacen!
¡Qué pena deben sentir
los que nacen, cuando nacen;
los que mueren, al morir!
Hondo misterio profundo,
que al hombre vedado está;
desde el principio del mundo:
uno viene y otro va.

Gustavo Adolfo Becquer (1836-1870), hijo del pintor D. Joaquín, y hermano del distinguido pintor también D. Valeriano, es una de las glorias de Sevilla y de la lírica contemporánea. Venido á Madrid joven y lleno de ilusiones, le fué adversa la fortuna, tanto en las relaciones exteriores de la amistad cuanto en las más íntimas. Luchó con la desgracia, y aun con la miseria á brazo partido, gastando sus pocas fuerzas físicas, aunque tal vez su misma desdicha templó su alma para las grandes inspiraciones y los grandes sentimientos. Espíritu soñador, ni fué fecundo en el trabajo, ni dejó de ser enfermizo en sus concepciones poéticas. Pero si en otros la amargura y el tedio de la vida son fingidas manifestaciones, en él todo es verdad sufrida, quizá personalmente.—Durante su vida no fué estimado sino de sus más allegados amigos; y gracias á uno de ellos (Correa) se han reunido sus trabajos esparcidos acá y allá, y publicados para glorificar su nombre. En los dos volúmenes de sus composiciones hay tradiciones y leyendas muy bellas, pero que no habrían logrado que Becquer pasase á la posteridad. Sus rimas, en cambio, que ocupan pocas páginas, son tan selectas, que ellas han bastado por sí solas para labrar la reputación de este insigne lírico. Altura de pensamiento, sentimiento delicado, arte extraordinario para hacer atractivo el dolor y para suavizar la aspereza del escepticismo, son cualidades características de Becquer, quien ni aun dentro de la desesperación deja de mostrar un vago rayo de esperanza ni aun en la desolación más completa deja de haber vislumbres de consuelo. Becquer es uno de los poetas más originales de nuestro siglo, y con justicia ha llegado á ser modelo de una escuela. Por

desdicha, sus imitadores de tal manera han abusado de aquel gusto, que se han hecho insoportables las copias de tan notable original. Trasladaremos más abajo una rima breve de Becquer, y la tan conocida de la *Soledad de los muertos*.

Te ví un punto y, flotando ante mis ojos,
la imagen de tus ojos se quedó,
como la mancha oscura, orlada en fuego,
que flota y ciega, si se mira al sol.
A donde quiera que la vista fijo,
torno á ver tus pupilas llamear:
mas no te encuentra á tí; que es tu mirada,
unos ojos, los tuyos, nada más.
De mi alcoba en el ángulo los miro,
desasidos, fantásticos lucir:
cuando duermo, los siento que se ciernen
de par en par abiertos sobre mí.
Yo sé que hay fuegos fátuos que en la noche
llevan el caminante á perecer;
yo me siento arrastrado por tus ojos,
pero donde me arrastran no lo sé.

Cerraron sus ojos,
que aún tenía abiertos;
taparon su cara
con un blanco lienzo;
y unos sollozando,
otros en silencio,
de la triste alcoba
todos se salieron.
La luz, que en un vaso
ardía, en el suelo,
al muro arrojaba
las sombras del lecho;
y entre aquella sombra
veíase á intérvalos,
dibujarse rígida
la forma del cuerpo,

Despertaba el día,
y á su albor primero
con sus mil rüídos
despertaba el pueblo.
Ante aquel contraste
de vida y misterios,
de luz y tinieblas,
medité un momento;
«*¡Dios mío, qué solos*
se quedan los muertos!»
De la casa en hombros
lleváronlo al templo,
y en una capilla
dejaron el féretro;
allí rodearon
sus pálidos restos

de amarillas velas
y de paños negros.
Al dar de las ánimas
el toque postrero,
acabó una vieja
sus últimos rezos:
cruzó la ancha nave,
las puertas gimieron,
y el santo recinto
quedóse desierto.
De un reloj se oía
compasado el péndulo,
y de algunos cirios
el chisporroteo.
Tan medroso y triste,
tan oscuro y yerto
todo se encontraba...
que pensé un momento:
«¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!»
De la alta campana
la lengua de hierro,
le dió, volteando,
su adiós lastimero.
El luto en las ropas,
amigos y deudos
cruzaron en fila,
formando el cortejo.
Del último asilo,
oscuro y estrecho,
abrió la piqueta
el nicho á un extremo;
allí le acostaron,
tapiáronle luego,
y con un saludo
despidióse el duelo.

La piqueta al hombro,
el sepulturero,
cantando entre dientes
se perdió á lo lejos.
La noche se entraba,
reinaba el silencio.
«¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!»
En las largas noches
del helado invierno,
cuando las maderas
crujir hace el viento,
y azota los vidrios
el fuerte aguacero,
de la pobre niña
á solas me acuerdo.
Allí cae la lluvia
con un son eterno;
allí la combate
el soplo del cierzo.
Del húmedo muro
tendida en el hueco,
acaso de frío
se hielan sus huesos!...
....
....
¿Vuelve el polvo al polvo?
¿Vuela el alma al cielo?
¿Todo es vil materia,
podredumbre y cieno?
¡No sé; pero hay algo
que explicar no puedo:
que al par nos infunde
repugnancia y duelo,
al dejar tan tristes
tan solos los muertos!

Bernardo López García (1840-1870). Nació en Jaén demostrando en los pocos años de su existencia un temperamento poético de primer orden, aunque viciado por el mal gusto im-

perante en las provincias, y desnaturalizado por la exageración de las luchas políticas en la corte. En las composiciones del genial andaluz, no pueden buscarse ni estilo correcto, ni pensamientos bien definidos, ni naturalidad en el concepto, ni sencillez en la expresión; pero la manera valiente de manejar la hipérbole, la hermosura con que abusa de todas las galas de la imaginación, la riqueza con que describe y el entusiasmo que vibra en todo lo que improvisa con facilidad extraordinaria, colocan al malogrado vate entre los más estimables de su tiempo. He aquí su oda al *Dos de Mayo*.

Oigo, patria, tu aflicción,
y escucho el triste concierto
que forman tocando á muerto
la campana y el cañón.
Sobre tu invicto pendón
miro flotantes crespones,
y oigo alzarse á otras regiones
en estrofas funerarias,
de la iglesia las plegarias
y del arte las canciones.

Lloras porque te insultaron
los que su amor te ofrecieron...
¡A tí, á quien siempre temieron,
porque tu gloria admiraron;
á tí, por quien se inclinaron
los mundos de zona á zona;
á tí, soberbia matrona,
que, libre de extraño yugo,
no has tenido más verdugo
que el peso de tu corona!...

Doquiera la mente mía
sus alas rápida lleva,
allí un sepulcro se eleva
cantando tu valentía;
desde la cumbre bravía
que el sol indio tornasola,
hasta el Africa, que inmola
sus hijos en torpe guerra,
¡no hay un puñado de tierra
sin una tumba española!...

Tembló el orbe á tus legiones,
y de la espantada esfera
sujetaron la carrera
las garras de tus leones;
nadie humilló tus pendones
ni te arrancó la victoria;
pues de tu gigante gloria
no cabe el rayo fecundo,
ni en los ámbitos del mundo,
ni en el libro de la historia.

Siempre en lucha desigual
cantan tu invicta arrogancia,
Sagunto, Cádiz, Numancia,
Zaragoza y San Marcial;
en tu suelo virginal
no arraigan extraños fueros...
porque, indómitos y fieros,
saben hacer tus vasallos
frenos para sus caballos
con los cetros extranjeros...

Y aun hubo en la tierra un hombre
que osó profanar tu manto...
¡espacio falta á mi canto
para maldecir su nombre!...

Sin que el recuerdo me asombre,
con ansia abriré la historia;
presta luz á mi memoria,
y el mundo y la patria á coro
oirán el himno sonoro
de tus recuerdos de gloria.

Aquel genio de ambición
que, en su delirio profundo,
cantando guerra hizo al mundo,
sepulcro de su nación,
hirió al ibero león
ansiando á España regir;
y no llegó á percibir,
ébrio de orgullo y poder,
que no puede esclavo ser
pueblo que sabe morir.

¡Guerra! clamó ante el altar
el sacerdote con ira;
¡guerra! repitió la lira
con indómito cantar;
¡guerra! gritó al despertar
el pueblo que al mundo aterra;
y cuando en hispana tierra
pasos extraños se oyeron,
hasta las tumbas se abrieron
gritando: ¡Venganza y guerra!

La virgen, con pátrio ardor,
ansiosa salta del lecho;
el niño bebe en el pecho
odio á muerte al invasor;
la madre mata su amor;
y cuando calmado está,
grita al hijo que se va:
«¡Pues que la patria lo quiere,
lánzate al combate y muere,
tu madre te vengará!...»

Y suenan pátrias canciones,
cantando santos deberes;
y van roncas las mujeres
empujando los cañones;
al pie de libres pendones
el grito de patria zumba,
y el rudo cañón retumba,
y el vil invasor se aterra:
y al suelo le falta tierra
para cubrir tanta tumba...

. . . . . .

Mártires de la lealtad,
que del honor al arrullo
fuísteis de la patria orgullo
y honra de la humanidad...
En la tumba descansad,
que el valiente pueblo ibero
jura con rostro altanero
que, hasta que España sucumba,
no pisará vuestra tumba
la planta del extranjero!

—

D. Antonio Gil de Zárate (1793-1861). Es uno de los hombres más distinguidos de la presente centuria, á quien mucho debe la instrucción pública, tanto como las letras, descollando como pensador profundo, como diestro gobernante, como autor dramático de gran talla, y como escritor de asuntos filosóficos, históricos y de administración. Sus obras doctrinales de *Principios é historia de la literatura* han sido tenidas por modelos de su género.—Nació en el Escorial, y recibió en Francia su primera educación. Filiado en el partido liberal, fué perseguido más de una

vez por la reacción. Andando el tiempo llegó á ser Director general de Instrucción pública, y desempeñó otros destinos de importancia. Como periodista, colaboró en varias publicaciones, y sus principales obras dramáticas son algunas tragedias, como *Doña Blanca de Borbón;* los dramas *Guzmán el Bueno, Carlos II el Hechizado, Don Alvaro de Luna, Guillermo Tell, Masaniello,* etcétera, algunos de los cuales todavía se representan con aplauso y, por último, las comedias *Cuidado con las novias* y el *Entremetido.* Algunas de esas obras, tanto por su hermosa versificación, como por el interés dramático con que sabe presentarlas, han producido verdadero entusiasmo y hasta delirio en la época en que se estrenaron. A Gil y Zárate se debe, en fin, la creación de los Institutos de segunda enseñanza.—Insertamos á continuación las primeras estrofas de su oda *A la libertad,* y el monólogo de *Guzmán el Bueno* en el acto cuarto.

¡Libertad! ¡Libertad! ¡Numen sagrado,
á cuyo santo nombre
laten los pechos que tu amor inflama!
Naciste el día que naciera el mundo;
y á par del gran lucero,
fuiste del Hacedor el don primero.
Don más grato que el sol, don más brillante,
aura pura y eterna
que aliento al alma das, ¿por qué, envidiosos,
entre sí los mortales se arrebatan,
ensangrentando el suelo
un bien que á todos repartiera el cielo?
Libres os hizo Dios, hombres injustos;
y pudiendo ser libres,
¡forjais cadenas y os hacéis esclavos;
quitais á la razón sus santos fueros,
y degradado el hombre,
es crimen pronunciar de libre el nombre!
¡Inútil afanar! Cual en su seno
la llama abrasadora
el duro pedernal oculto guarda,
brotando al golpe del bruñido acero,

tal donde esclavos vieres,
duermes ó libertad, pero no mueres.
Tal si tiranos mil, con furia insana,
aprestando cadenas,
atar intentan tus robustos brazos;
al herir de los hierros ponderosos,
con ímpetu iracundo,
brotas, muestras la faz, vengas al mundo.
Así en las rocas de Apenzel un día,
alzando el noble vuelo,
á Helvecia sombra con tus alas diste;
é hiriendo el pecho del germano altivo,
justa muerte lanzaste,
y en la flecha de Tell al fin triunfaste.
Así en las olas del antiguo Egeo,
en noche vengadora,
ardieron del infiel las altas naves:
tu soplo alimentó su vasto incendio;
y obra allí de tus manos,
renace un pueblo y mueren sus tiranos.

Sí... no hay duda... esto dice... En vano, en vano
vuelvo á leer este fatal escrito...
Palabras busco en él que lo desmientan...
y estas líneas de sangre sólo miro.
No me engañan mis ojos... ¡Desdichado!
Parricida ó traidor ser es preciso.
¿Esto á un padre propones?... ¿Esto quieres
de un noble, de un soldado, fementido?
¡Y eres tú caballero!... ¡Y de un Alfonso,
de un castellano rey, eres el hijo!
No, no lo eres... Te abortó en su furia
para baldón de España el negro abismo.
Pero no puede ser... Un vano amago
es sin duda, un ardid, con que ha creído
mi constancia vencer... ¡Ah! Le conozco,
y es de ello harto capaz su pecho inicuo.
Le matará el traidor... ¡Cielos! ¡Tan joven!
¡Tan valiente!... ¿Y habré de consentirlo?

Nadie... Perdona ¡oh Rey! perdona ¡oh patria!
En vano lo pedís, no he de cumplirlo.
Ya mi deuda os pagué. Ya en cien combates
mi sangre por vosotros he vertido,
y con ella doquier en toda España
mi lealtad y valor se hallan escritos.
¿Queréis aún más de mí?... ¿Queréis los muros
del poder musulmán bello residuo?
¿A Granada queréis?... Pues á Granada
os daré por Tarifa... Mas ¿qué digo?
¡Necia, vana ilusión!... ¡Hazañas sueño,
y á darlas voy con la traición principio!
¡Y aún espero vencer, cual si quedara
valor alguno en pecho envilecido!
No, la infamia, Guzmán, será tu suerte:
tu preclaro blasón verás marchito,
y el hecho de Julián, fatal á España,
infiel renovarás; y aborrecido
con ese hijo que salvar pretendes
te ocultarás entre ignorados riscos.
No, más vale morir... ¿Qué es él?... Tan solo
sangre mía que está en vaso distinto;
¿y de ella avaro me verán ahora
cuando tanto otras veces la prodigo?
La patria la reclama, suya sea:
no tengo yo valor para impedirlo.
¡Viviendo, á eterna infamia le condeno;
muriendo, á mejor vida le destino!

Bretón (1796-1873). El simpático dramaturgo D. Manuel Bretón de los Herreros vió la luz primera en Quel, siguiendo sus primeros estudios en los Escolapios de San Antón de Madrid. Voluntario á la invasión francesa, sirvió en el ejército hasta 1822 desempeñando un modesto empleo entonces en Játiba; y dos años más tarde, se representó su primera comedia *A la vejez viruelas*, dedicándose con ardor á traducir y arreglar para nuestra escena obras del francés. Después de lograr algunos triunfos en esta tarea, se entregó á producir obras originales en gran número, hasta el extremo de podérsele comparar con los ingenios más fecundos de nuestro teatro. Pasan de ciento sus obras originales y de se-

senta sus traducciones, debiendo añadirse á este catálogo diez refundiciones de otras obras. Bretón llegó á ser Director de la Biblioteca nacional y Secretario perpetuo de la Academia Española. Aunque cultivó todos los géneros dramáticos, en el que verdaderamente llegó á brillar fué en la comedia, entre las cuales las hay tan notables como la de *Muérete y verás*, *Marcela*, *El pelo de la dehesa*, *Mi secretario y yo*, *A Madrid me vuelvo*, *Don Frutos en Belchite*, etc. También escribió algunas poesías líricas y varias sátiras, algunas de las cuales merecen ser colocadas entre las primeras de nuestra poesía.—La originalidad de Bretón fué tanta, que creó un género en la comedia sencilla, urbana y de costumbres, luciendo su inagotable vena de chistes en todos los asuntos sociales dignos de burla ó escarnio. Pasa por ser uno de los dialoguistas más fáciles y de los versificadores más perfectos. No es nuestra misión marcar aquí el defecto capital que se le atribuye, consistente en la gran vulgaridad é insignificancia de la mayor parte de sus producciones, ya que su temperamento de un lado y de otro el género que cultivaba, lo inducían al prosaismo; y aún podría asegurarse que, intencionadamente, Bretón se inclinaba á esa trivialidad como protesta del exagerado romanticismo que en la lírica y en la escena dominaban por completo en su tiempo. Sentía, además, de esa manera y no contrariaba su manera de ser.—A continuación copiamos las primeras estrofas de su letrilla *Los ojos de mi morena*, y algunas redondillas que dice Pablo en el acto cuarto de *Muérete y verás*.

Brame el cierzo enhorabuena,
que mal pueden darme pena,
crudo invierno, tus rigores,
cuando me brindan amores
los ojos de mi morena.
Mientras el cañón atruena
las ondas del yerto Escalda,
al son de rústica avena
yo canto en la verde falda
los ojos de mi morena.
Amarre á dura cadena
el francés batallador
á la turba sarracena,
mientras me llaman señor
los ojos de mi morena.
Más que en la playa tirrena
tiemblan hombres y ganados
si el Etna abrasando truena,
tiemblo yo de ver airados
los ojos de mi morena.
Más que la del rico Sena
precio yo tu pobre arena,

Guadalquivir espumoso,
que en ella me hacen dichoso
los ojos de mi morena.
Otros con frágil entena
navegan en pos del oro
que á la virtud encadena;
yo no, que son mi tesoro
los ojos de mi morena.

No he muerto, gracias al cielo,
ni por una infiel y un loco
quiero exponerme tampoco
á dar la vida en un duelo.
Que perdone este mal rato
pido á la tertulia toda,
pues mal sienta en una boda
el funeral aparato;
pero hombre de calidad,
cuya muerte es tan sentida,
justo es que vuelva á la vida
con cierta solemnidad.
Conozco que algún menguado
en esta cómica escena
más me quisiera alma en pena
que muerto resucitado;
pero si alguno desea
ser pasto á la muerte avara,
yo no: ya he visto su cara
y me parece muy fea;
y puesto que debo tanto
al Sumo Hacedor, no es justo
que por dar á nadie gusto
me vuelva yo al campo-santo.
Mis quejas no escucharán
los amigos fementidos;
no; porque á muertos y á idos...
conocido es el refrán.
Que matan los desengaños
dice la gente.—No á mí;
que, como muerto los ví,
no han de abreviarme los años.
Nada de rencor, Matías:
querer á una dama hermosa
más que á un fiel amigo, es cosa
que se ve todos los días.
Siempre amor en tal pelea
ha de triunfar, esto es cierto;
y más si el amigo ha muerto
y la dama pestañea.
Yo la quise; tú la quieres...
Tuya debe ser la bella,
pues yo he muerto para ella,
y tú por ella te mueres.
Ni á tí, Jacinta del alma,
culparé. ¿Con qué derecho
pidiera yo á tu despecho
una tumba y una palma?
Se olvida al galán más pulcro,
vivo, lozano, fornido,
¿y no ha de echarse en olvido
al que yace en el sepulcro?
El amor en nuestros días
como el Fénix se renueva,
que ya no hay almas á prueba
de balas y pulmonía.
Yo te creía más firme;
mas si otro me reemplazó,
la culpa me tengo yo
¿quién me mandaba morirme?

Hartzenbusch (1806-1880). La obra completa de D. Juan Engenio es compleja y extensa puesto que cultivó la crítica y la poesía, la filología y la historia, el teatro y los trabajos de eru-

dición. Madrid se enorgullece con ser la patria de tan preclaro hijo. Los primeros años de Hartzenbusch estuvieron dedicados al oficio que ejerció su padre, de ebanista, y su primer cargo público fué el de taquígrafo en un puesto temporero en la *Gaceta oficial.* *Los Amantes de Teruel* fundaron sólidamente su fama, y en la sola noche del estreno alcanzó lo que á tantos otros cuesta años de constante labor. Antes de este triunfo no habia logrado éxito en sus versiones y arreglos del teatro francés, ni producido entusiasmo con sus refundiciones del teatro antiguo español, y hasta fué mal acogido en algún que otro drama original; pero á partir da 1837, fecha del estreno de *Los Amantes*, marchó constantemente de triunfo en triunfo, ingresando luego en la Academia Española, dirigiendo la Escuela normal, y la Biblioteca nacional por último.—Sus *Notas al Quijote*; los *Prefacios* en varios tomos de la *Biblioteca de autores españoles*, en sus *Cuentos y Fábulas*, y en sus *Artículos en prosa*, muestra sus variados talentos y sus cualidades preeminentes, con todo lo cual ha prestado á la literatura pátria extraordinarios é importantes servicios.—Entre sus comedias deben nombrarse la *Visionaria* y *Juan de las Viñas*, y entre sus dramas *Honoria*, la *Jura de Santa Gadea*, *Doña Mencía* y *Alfonso el Casto*.—Correctísimo y elegante ha sido llamado por un crítico moderno, y la Academia Española lo proclamó autoridad de la lengua castellana en la primera sesión que celebró la docta corporación después de la muerte de Hartzenbusch. Añádese como nota distintiva de su estilo, que ningún escritor antiguo ni moderno le aventajó en el difícil arte de decir las cosas pronto y bien, por lo que se le reputa como raro ejemplo de concisión.—Más abajo trasladamos algunas estrofas de su *Elegía* á la muerte de la Duquesa de Frías, y parte de una escena del acto cuarto de *Los Amantes*.

Tú que elevando la tranquila frente
marchas de luto y de silencio llena,
y tu estrellado velo
tiendes ¡oh noche! en majestad serena
por el fulgente cielo;
dulce concede plácida acogida

en tu regazo blando,
al que cansado de arrastrar su vida
bajo el peso fatal que su alma agobia
respira sollozando.
Todo es reposo en tí: por blandas flores
aquí el arroyo su cristal desata,
contemplando en su curso perezoso
tu carro adormecido y silencioso
coronado de sombras y de plata.
Y más allá.... ¡qué lúgubre gemido
tu hondo silencio á quebrantar se atreve!
¿Será tal vez el viento que escondido
manso susurra entre la rama leve,
depuesto ya su furibundo ceño?
¿O la tímida virgen que suspira,
ó el eco plañidor de infausto sueño?
Mas no... un sepulcro solitario miro:
el genio del dolor el himno canta
que al fuerte eleva y al feliz espanta.
¡Salud, paz del sepulcro! En tu hondo seno
sorda enmudece la profana lira,
horror no causa el espantoso trueno,
y la voz del placer helada expira.
¿Quién en su abismo cóncavo se esconde?
Al inspirado són del plectro mío
rompe el silencio del sepulcro frío.
¡Eternidad, responde!
Purpúrea faja retiñó sangrienta
la tibia luna, y su esplendor cubría
con fuego misterioso;
el rayo cruza el aire; brama el trueno;
y ella en su curso lento parecía
mancha de sangre sobre azul sereno;
con sonante fragor rómpese en tanto
la losa sepulcral, y en el momento
mi vista se hunde en su profundo asiento:
lo que entonces miré dígalo el llanto,
y el concertado son del triste canto.
Bella como entre nácares llevada
pálida reina de la noche umbrosa,

que de blandos jazmines coronada
en la trémula fuente se reposa;
ví en el cóncavo seno de la tumba
una beldad que en plácido desmayo
estar me parecía,
como la rosa que parece en Mayo
al respirar el moribundo día.
....

ISABEL ...—¡Gran Dios!
MARSILLA.— ¿No es ella?
ISABEL ...— ¡El es!
MARSILLA.— ¡Prenda adorada!
ISABEL ...—¡Marsilla!
MARSILLA.— ¡Gloria mía!
ISABEL ...— ¿Cómo ¡ay! cómo
te atreves á poner aquí la planta?
Si te han visto llegar... ¿A qué has venido?
MARSILLA.—Por Dios.., que lo olvidé. Pero ¿no basta,
para que hacia Isabel vuele Marsilla,
querer, deber, necesitar mirarla?
¡Oh! ¡Qué hermosa á mis ojos te presentas!
Nunca te ví tan bella, tan galana...
y un pesar sin embargo indefinible
me inspiran esas joyas, esas galas.
Arrójalas, mi bien; lana modesta,
cándida flor en mi jardín criada,
vuelvan á ser tu virginal adorno:
mi amor se asusta de riqueza tanta.
ISABEL ...— *(Ap.)* (¡Delira el infeliz! Sufrir no puedo
su dolorida, atónita mirada.)
¿No entiendes lo que indica el atavío?
¡que no puedes mirar sin repugnancia!
Nuestra separación.
MARSILLA.— ¡Poder del cielo!
Sí: ¡funesta verdad!
ISABEL ...— ¡Estoy casada!
MARSILLA.—Ya lo sé. Llegué tarde. Ví la dicha,
tendí las manos, y voló al tocarla.

. . . . . .

ISABEL . . .—Pero tú en mi lugar también el cuello
dócil á la coyunda sujetaras.
MARSILLA.—Yo no, Isabel, yo no. Marsilla supo
despreciar una mano soberana
y la muerte arrostrar, por quien ahora
la suya vende, y el por qué lo calla.
ISABEL . . —*(Ap.)* (¡Madre, madre!)
MARSILLA.— Responde.
ISABEL . . . - *(Ap.)* (¿Qué le digo?)
Tendré que confesar... que soy culpada.
¡Cómo no lo he de ser! Me ves ajena.
Perdóname... Castígame por falsa. *(Llora.)*
mátame si es tu gusto .. aquí me tienes
para el golpe mortal arrodillada.
MARSILLA.—Idolo mío, no; yo sí que debo
poner mis labios en tus huellas. Alza.
No es de arrepentimiento el lloro triste
que esos luceros fúlgidos empaña;
ese llanto es de amor, yo lo conozco,
de amor constante, sin doblez, sin tacha,
ferviente, abrasador, igual al mío.
¿No es verdad, Isabel? Dímelo franca.

García Gutiérrez (1812-1884). De padres artesanos, nació en Chiclana; á fuerza de privaciones de su familia cursó medicina en Cádiz; y sin terminar esta carrera, viajando sin recurso alguno, se trasladó á Madrid á pie. Grandes contrariedades y amarguras experimentó en la corte, donde no fueron estimadas sus primeras composiciones poéticas, y casi desesperado, sentó plaza en 1835. Hallábase nuestro D. Antonio de guarnición en Leganés cuando se anunció el estreno de *El Trovador*, y abandonando la guardia, se presentó en el teatro aquella noche. Desde los comienzos el público se dejó arrastrar por un verdadero f. enesí, llegando á tal extremo el delirio, que se empeñó la concurrencia en conocer personalmente al autor, y puestos en pie los espectadores no cesaron de aclamarlo, hasta que al fin, trocado el capote de soldado por la levita que le prestara Ventura de la Vega, salió á las tablas, siendo en España el primer autor que pisaba la

escena, costumbre que después se ha generalizado. Al día siguiente, Mendizábal le dió la licencia absoluta. Pasados algunos años, marchó García Gutiérrez á América, y ni antes ni después volvieron á repetirse sus éxitos con aquella vehemencia primera, y aun alguna vez fracasaron sus obras teatrales. Las que más gloria le dieron fueron, aparte de *El Trovador*, *Simón Bocanegra*, *Juan Lorenzo*, *Venganza catalana* y *Crisálida y Mariposa*. El primero de estos dramas, así como *El Trovador*, sirvieron de libretos para óperas italianas, cosa que ocurrió asímismo con el *Don Alvaro* del Duque de Rivas. También se citan algunas poesías líricas, excelentes, de él. Fué académico de la Lengua, y director hasta su muerte del Museo Arqueológico.—Su principal condición ha sido una espontaneidad prodigiosa y una inspiración purísima. Espíritu de viva y rica imaginación, ha sabido crear y manejar la fábula legendaria como pocos, y es tan española toda su manera de ser y tan genuínamente nacional su musa, que no puede tacharse de influjo extraño ninguna de sus creaciones. Versificación fácil, naturalidad asombrosa y lenguaje puro, sin arcaísmos, son finalmente las prendas de su elocución.—Trasladamos á continuación sus composiciones *Consejos* y *Amor sin celos*, y la escena tercera de *Venganza catalana*.

—Quieres casarte buen Juan,
y pides con impaciencia
consejos á mi experiencia;
¿no es así? pues allá van.
Oye: tiene mil azares
eso de tomar mujer:
por lo pronto, suelen ser
malos los preliminares.
Estos son, ansias, desvelos,
temores, citas, desvíos,
trasnochadas, desafíos
y peloteras y celos.
Amanece con el día
y vela: no hay más recurso;
yo, de novio, estudié un curso
completo, de astronomía.
Decídeste á ser esposo;
y sufres, que es *la más negra*,
de la veterana suegra
el examen codicioso.
Entra el gasto,—es cosa obvia:
y te exprimen sin piedad,
cuando no la vanidad,
los caprichos de la novia.
Llegamos al desposorio:
das el suspirado sí,
¡Gracias á Dios! hasta aquí
has pasado el purgatorio.
Mas preso en el lazo tierno
tu amoroso afán reposa.
¡Ay, Juan! ¡esto es otra cosa!
como que empieza el infierno.

REESE LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Tengo aprensiones yo como cualquiera,
y tocante á caprichos ¡no se diga!
El campo siempre verde me fatiga,
el cielo siempre azul me desespera.
Triste la luz del sol me pareciera
sin esa noche del dolor amiga,
y sin la pena que el placer mitiga,
hasta la vida misma aborreciera.
Pues esos ojos tuyos, dueño mío,
que pueden afrentar á uno y mil cielos,
causaron mi amoroso desvarío.
No hallé sombra en su luz, no hallé desvelos,
y mi ardiente pasión murió de frío:
que así muere el amor cuando no hay celos.

ROGER, NACLARA Y BERENGUER.

R. Dí Naclara.
N. Pues... hablando con respeto,
os advierto que la gente
ha días que anda impaciente,
y murmura... y no en secreto.
Todos se llaman á engaño,
y ya con cierto descoco
dicen que el provecho es poco
aquí donde es mucho el daño.
Que esta guerra es tan cruel,
señor, tras de no ser breve,
que no hay hombre que no lle-
como reliquia la piel. ve
Mas de esto, como soldados
que son, nadie se lamenta;
todos se han hecho la cuenta
de morir acuchillados;
pero es terrible pensión
la de este negro ejercicio,
y bien merece el oficio
alguna compensación.
R. ¿Y la gloria, dí?
N. La gloria
acompañará á los nombres
que han de quedar de los hom-
bres
guardados en la memoria;
mas para un pobre cualquiera
que sangre y vida aventura,
y tendrá por sepultura
lejana tierra extranjera:
que su patria desampara
por... no sé qué! — ¡Me confun-
do!
¿qué sabrá mañana el mundo
si hubo un Peric de Naclara?
R. ¿Qué pedís?
N. Necesidad
al par que orgullo nos mueve;
dénnos lo que se nos debe,
y entremos en la ciudad.
R. Sois impacientes y osados:
ya otra vez cuanto os debía
pagó Miguel.

N. ¡Sí á fe mía!
con escudos cercenados;
les falta de su valor
más de un tercio: así nos dan
tan caro el mísero pan,
y el vino, que es lo peor.
R. De mi afecto sois testigos.
¿Qué puedo hacer?
N. Yo diría
á Miguel el mejor día:
«Dejemos de ser amigos.»
R. ¿Aunque os pagara?
N. También;
y pues la puerta nos cierra
de la ciudad, haya guerra;
porque he oído no sé á quién,
pero soldado, decir
que en la escuela militar,
la muralla es para entrar,
la puerta para salir;
y pues Miguel se concierta
con esa infame canalla,
entremos por la muralla
y echémosle por la puerta.
R. ¡Y no sabes que la muerte
puede costarte el consejo!
N. Por eso en el campo dejo
tantos que envidian mi suerte.
R. De condición poco mansa
eres.
N. Tengo aborrecida
con estas cosas la vida:
¡pues! y el que muere descansa.
B. Ya lo veis. (*Aparte á Roger*).
R. ¿Cómo has venido
aquí? ¿por tu voluntad?
N. Sí, señor; mas la verdad,
los otros me han elegido.
R. Eso te valga.
N. Corriente (*Con indiferencia*).
R. Pero otra vez, sin remedio,
te descuartizo. (No hay medio
de poder con esta gente).
N. ¿Qué respondo?...
R. Les dirás
que enfrenen su orgullo loco.
N ¿No más?
R. No más.
N. Es bien poco;
pero... puesto que no hay más...
R. Y si esa audacia de nuevo
áu sar volvieren conmigo,
no quedará sin castigo.
N. Mala respuesta les llevo (*Váse*).

—

Ayala (1829 1879). Con decir que D. Adelardo López de Ayala ha sido comparado con Calderón, sin que tamaña afirmación levantase gran protesta, se dice todo lo bueno y aun puede añadirse que todo lo malo del insigne autor dramático é ilustre orador y lírico, y periodista distinguido. Es indudable que Ayala está dentro de la manera de sentir de Calderón y también de Lope; que versifica con el conceptismo de nuestros clásicos; que nadie le aventaja en el arte de hacer maravillosos sonetos, y que algunas de sus obras dramáticas, si no superiores pueden competir con muchas de las más famosas de la literatura nacional.—Guadal-

canal fué su patria; en Sevilla estudió primeramente, y completó su educación en Madrid. Pasó sucesivamente desde redactor de *El Padre Cobos* á diputado de la Unión liberal y autor del manifiesto de Cádiz en la revolución de Septiembre de 1868, siendo Ministro de Ultramar de aquel primer Gobierno provisional, y desempeñando igual cartera en el primer Gobierno de la restauración borbónica. A su muerte ocupaba la presidencia del Congreso de los Diputados.—Sus mejores obras son *El tanto por ciento*, *El tejado de vidrio* y *Consuelo*. Por la primera, fué coronado en vida, repitiéndose el caso de Quintana. Sus obras encierran profunda trascendencia, tanto por el pensamiento filosófico como por su fin moral, y en ellas las pasiones humanas se desarrollan de modo natural en el juego de los personajes, cuyos caracteres constituyen perfectos modelos. La versificación es tan admirable, que ora sea sobria (lo más frecuente), ora galana y florida, siempre expresa la idea con precisión tal, que difícilmente en prosa se diría en menos palabras. Elegancia, vigor y correeción son finalmente las cualidades de la inspiración de Ayala.—A continuación damos dos de sus más citados *sonetos* (composición en que hemos dicho fué maestro), doblemente célebre el segundo por haber sido puesto en música por su amigo el insigne compositor Arrieta; la décima sobre la música y, en fin, uno de los monólogos de su última producción *Consuelo*.

Nací soberbio en miserable cuna;
volé al combate y alcancé renombre:
mi salvaje valor y mi fortuna
me hicieron luego despreciar al hombre.
El ronco son de la batalla hirviente,
el bosque solitario con su calma,
ni un pensamiento levantó en mi mente
ni un sentimiento despertó en el alma.
Tú solamente, Elena, vida mía,
tú, como Dios que arranca con su mano
agua sin fin del pedernal que toca,
sacaste amor y sentimiento humano
de este desierto corazón de roca.

Dame, Señor, la firme voluntad
compañera y sostén de la virtud,
la que sabe en el golfo hallar quietud
y en medio de las sombras claridad;
La que trueca en tesón la veleidad
y el ocio en perennal solicitud,
y las ásperas fiebres en salud
y los torpes engaños en verdad;
Así conseguirá mi corazón
que los favores que á tu amor debí
te ofrezcan algún fruto en galardón;
Y aun tú, Señor, conseguirás así
que no llegue á romper mi confusión
la imagen tuya que pusiste en mí.

Es la música el acento
que el mundo arrobado lanza
cuando á dar forma no alcanza
á su mejor pensamiento:
de la flor del sentimiento
es el aroma lozano:
es del bien más soberano
presentimiento suáve,
y es todo lo que no cabe
dentro del lenguaje humano.

«Sola en casa de once á una
mañana...» ¿Estoy delirando?
«Ven y hablaremos, Fernando,
de nuestra varia fortuna.» (*Pausa.*)
Punzante frío penetra
mis huesos. No es sueño, no.
(Mirando el sobre y recreándose).
Es mi nombre: lo escribió
su mano letra por letra...
Brilla entre ellas cariñosa
su mirada; oigo su acento;
y... ¿quién lo creyera? ¡Siento
una angustia dolorosa!
¡Dichas que yo merecí
en cambio de amor sincero:
por tan oscuro sendero
qué tristes llegais á mí!
En la paz de la inocencia
las buscó mi tierno afan,
¿por qué, por qué se me dan
á costa de mi conciencia? *(Pausa.)*
Surge al par que mi deseo,
de la vida que me aguarda
el cuadro... ¡Y no me acobarda!...
¡Y es horrible!... ¡Sí! Ya veo
el acechar escondido;
la perdurable falsía;
el placer sin alegría;
el tormento sin gemido;
afectos que se reprimen;
conflictos que la impostura
protege; y como ventura
suprema, ¡paz en el crimen!
(Pausa corta.)
¡Cese tu latir extraño,
(Con la mano en el corazón.)

y préstame decidido,
ó virtud para el olvido,
ó infamia para el engaño!
Huir... ¡Mil veces huiría,
y el papel que ahora recibo,
como esclavo fugitivo,
á sus pies me arrastraría
mil veces! ¡Honor!... ¡Deber!...
Calle, conciencia, tu grito:
(Golpeándose el pecho con ira.)
si no impides el delito,
¿por qué turbas el placer? ..
Yo, ¿qué he jurado?... Me espera...
Yo no he jurado extinguir
mi amor. Iré. ¿No he de ir?...
¡Aunque el mundo se opusiera!
¡Abra el alma con anchura
sus poros, y éntre de lleno
el delicioso veneno
de que el mundo me satura!
(Pausa corta.)
Ni ella lo quiso ni él la ama.
Los unió la ceguedad...
Fué un sueño... ¡Sólo es verdad
que la adoro y que me llama!
¡Eh!.. ¡Valor!... Que no trascienda
el dulce y activo fuego
que ya me inunda. ¡Sosiego!...
¡Calma!... Temo que me venda
mi afán; que mi rostro mismo
mis intenciones proclame...
¡Si alguno de tanto infame
me prestara su cinismo!...
¡Oh! Yo aprenderé á encubrir
mi pasión; yo aprenderé.
¿Qué semblante miraré
que no me enseñe á mentir?
¿Él? Ya prepara su ausencia...
¿Ella?... Burló mi pasión,
y aun quiso que la traición
me pareciese inocencia.
Fulgencio... ¡Si ese ha nacido
para que el remordimiento
no exista, y viva contento
el mundo!
....

Narciso Serra (1830-1877). Nació en Madrid, y desde niño mostró tanto ingenio como indómito carácter. Curso varios años en la Academia militar sin conseguir ganar un solo curso, dedicándose entonces al teatro por entero é intentando ser actor al propio tiempo que autor. Más éxitos alcanzó desde un principio en el segundo concepto que en el primero. Por las veleidades de su temperamento abandonó las tablas durante la revolución de 1854, cuyo movimiento insurreccional le hizo oficial de coraceros. Ocho años más tarde, para evitar una sumaria, pidió la licencia absoluta, y atacado después de una parálisis, se le concedió la censura de Teatros para alivio de su suerte, ya que no podía desempeñar otro cargo. Finalmente, suprimido este puesto por la revolución de 1868, vivió en la estrechez y casi en la miseria durante los últimos años de su vida.—Publicó algunos tomos de poesías, y escribió cuarenta y tantas obras es-

cénicas, amén de las que se dice que vendía para ser firmadas por otros nombres. Están reputadas por las mejores *Don Tomás*, *El amor y la Gaceta*, *El loco de la bohardilla*, y *A la puerta del cuartel*. Serra se parece ora á D. Ramón de la Cruz, ora á Bretón de los Herreros en sus buenas cualidades; en sus defectos, no se parece á nadie, por ser de una originalidad rayana en la extravagancia. Su incorrección puede perdonarse á cambio de la gracia, de las situaciones, de la pintura de los caracteres y de la fresca versificación que, á pesar de su descuido, es de una ligereza tal en el diálogo, que acaso la superen muy pocos autores de los famosos, ya muertos, por su facilidad, y aun de los vivos.—Copiamos su propio retrato, y parte de una escena entre Tomás é Inocencia, del *Don Tomás*.

Joaquina, me desatina,
cuando me miro al espejo,
el encontrarme tan viejo,
¡pero tan viejo, Joaquina!
Llena el corazón de pena
que ya no moje la lluvia
mi lárga melena rubia,
que ni es rubia ni melena.
Y escucho á cuantos me ven:
—¡Oh! Narciso Serra, salvo
que se halla baldado, calvo
y hecho una plasta, está bien!
Y cada vez que te veo
en mi dolor siento creces:
tú cada día embelleces,
y yo cada día *enfeo*
Y comento por mil puntos
este pensamiento amargo:
—Yo soy viejo, y sin embargo,
hemos sido niños juntos.

TOMÁS É INOCENCIA.

T. ¿Ha firmado usted?
I. Aún no...
por supuesto, usted después
dirá lo que el otro día...
lo debe usted sostener...
que usted no me encuentra digna
de ser capitana... ¿Eh?...
Que renuncia por no amarme...
T. Yo no mancharé el papel
con semejante mentira;
hoy es hoy y ayer ayer;
¡lo que va de ayer á hoy!...
¿Quién me hubiera dicho que...
lo que yo pondré, señora,
es que no oso merecer
una ventura tan alta.
I. ¡Qué florido que está usted!
(Por un clavel que tiene en el ojal.)
T. Es una casualidad:
yo nunca suelo tener...
Salió tras de mí una chica
en la esquina del café,
y no me dejaba andar

metiéndose entre mis pies,
gritándome: señorito,
cómpreme usté este clavel
para su novia.—Muchacha
yo no tengo novia.—Pues
siendo usted tan rebuen mozo
no me lo hace usté creer. —
Ella, por despachar su...
porque mi figura es bien...

I. No es ridícula, es marcial...

T. *(Animándose)* Sí, marcial, marcial sí es,
y en poniéndome á caballo
valgo mucho más que pie
á tierra; si usted me viera
con el correaje y el
casco, saliendo á galope...
vamos, tengo así otro ver...
¿Quiere usted verme esta tarde
á caballo? Pasaré...
en cuanto oiga usté en el piso
ren .. peteeten... peteeten...
es que me he *puesto al piafe*.

I. ¿Y si llega usté á caer?

T. Ojalá que me rompiera
cinco costillas ó seis;
me haría el interesante:
me traerían entre tres...
me cuidaría usted mucho...
¡Qué bonita que es usted!
¿Me cuidaría usted, sí?
(Ella se levanta y coge la pluma).
Señora ¿que va usté á hacer?
Va usted á firmar... tan pronto...
no quiero verlo. *(Se vuelve.)*

I. ¡Firmé!
(Sin tocar siquiera el papel.)

T. Malhaya, amén, mi franqueza;
mal haya mi suerte, amén.
(Tira con rabia el clavel sobre una mesa. Inocencia lo recoge.)

I. ¡Mal corazón!

T. Que yo tengo
mal corazón, ¿y por qué?

I. ¿Qué le ha hecho á usté el po-

T. ¿Qué pobrecito? brecito?

I. El clavel.

T Eso es, tenga usted lástima
de esa planta, mientras que
un bípedo racional
como yo... ¡cómo ha de ser!

I. Es que yo adoro las flores;
resabios de la niñez;
son las primeras sibilas
que consulta la mujer.
Quizá su aroma es su vida,
quizá sienten... quizá ven...
Parece que hasta responden
con cariñoso vaivén
al que las cuida, moviendo
su talle así...

T. (¡San Miguel!
¡Qué tallo, digo, qué talle...
es mucho mejor que el pie...
y una sensibilidad...
siente tanto esta mujer..
.....
es la flor de mis amores;
con llanto la regaré ..
sí; la regaré... con llanto,
aquí, donde usted me ve...
me está costando un trabajo
el poderme contener...
que... si... tengo el corazón
del tamaño de una nuez;
pero me pega unos golpes
tan fuertes...

I. A ver, á ver.
(Poniéndole la mano en el corazón).

¡Y es verdad!
T. ¡Ay! ¡ay! ¡Señora!
¿Por qué me ha tocado usted?
Se han puesto todos mis nervios..
(Arrodillándose poco á poco)
No puedo tenerme en pie.
Parece que he ido á Palacio
á cumplimentar al rey...
No hay más... ¡Estoy de rodillas!
I. ¡Gracias al Dios de Israel!

D. Félix José Reinoso (1772-1841). Poeta y prosista, nació en Sevilla; estudió teología y filosofía. Ordenóse, y fué cura de Santa Cruz en dicha capital y canónigo después. Desde 1827 fué redactor primero de la *Gaceta*, ocupando más tarde un puesto en el Tribunal de la Rota. Muchas son sus obras, entre las que merecen citarse el poema épico *La inocencia perdida*, y varias tesis sustentadas en corporaciones sabias y discursos sobre diversas materias. Por su corrección y elegancia, así como por la pureza de su dicción, merece ser estudiado entre los más distinguidos escritores.— Transcribimos algunos versos de su oda *Firmeza de la virtud*, y algunas líneas de su trabajo sobre el influjo de las Bellas Letras.

Nace expirando céfiros y amores
la alegre primavera
torna al mundo la vida, y la pradera
entapiza de flores.
Mas ¡ay! ya asalta la frondosa vega
el estío sediento,
y aja su pompa y al sañudo viento
en aristas la entrega.
Templa otoño sus fuegos, y racimos
ciñe y doradas pomas,
y más pingües derrama los aromas
de sus frutos opimos.
Pero el cierzo invernal hórrido zumba
con las crugientes alas,
desnuda al año las postreras galas
y le arroja á su tumba.
¿Qué bien, oh dulce Albino, habrá durable
en la humana ventura,

si en volar así rápida natura
enseña á ser mudable?
.....
Voraz el tiempo su mortal guadaña
blandiendo en rudo encono,
sobre las gradas del volcado trono
asienta la cabaña.
Los reyes ata el triunfador de Jena
al carro de su gloria.
¡Ay! robóle infiel hado la victoria,
y á un peñón le encadena.
.....
¡Ah! sólo la virtud del tiempo fiero
triunfa y la adversa suerte.
¿Qué puede en ella, inexorable muerte,
el golpe de tu acero?

Porque no es menor el influjo de las Bellas Letras sobre la voluntad y sus hábitos, que sobre las percepciones del hombre. Verdad conocida por los mismos á quienes parece peligroso el estudio de la belleza, pues ningún daño pudiera temerse de él si no se le supusiese alguna acción sobre las costumbres.....

No os sobresalteis, severos estoicos; no tembleis, moralistas rígidos al oir el nombre, mal entendido, de placer. ¿Pretendeis privar al día de la aurora, robar al año su primavera, desnudar al campo de sus galas? ¿Osais despojar de las flores á la naturaleza, y hacerla que sólo brote espigas y racimos? He dicho mal; abrojos y espinares, pues sus frutos nos brindan un sinnúmero de delicias La naturaleza dió al placer y al dolor el imperio sobre todos los sentimientos y operaciones del hombre; en vano intentareis vosotros arrebatárselas; sus vasallos sois cuando pensais haber sacudido su yugo. La honestidad, el buen nombre, su estimación propia, la tranquilidad de su conciencia, que busca el filósofo cuando huye los deleites, lo atraen con un placer superior al que estotro le ofrecería Si la reputación de virtud es un placer peligroso y detestable para un asceta; si la complacencia de un interior puro y sin mancilla todavía le parece reprensible, ¡cuántos placeres no siente en obedecer la voluntad divina! ¡Cuántos, cuán inmensos y perdurables no espera por cada momento de privaciones! El Dios de la naturaleza y de la gracia ha formado de tal manera el cora-

zón humano, que jamás será atraído por el dolor ni repulsado por el placer. Atractivos seductores nos extravían y arrastran á los crímenes, pero el crimen nunca es bello, nunca su imagen bien trazada debe causar placer, y es una ocupación del orador y del poeta retratar su deformidad para arredrarnos, pintar la hermosura de la virtud para atraernos. Si hay una belleza en el orden moral, como lo han mostrado tantos filósofos, ¿por qué no será ella el estudio del humanista, cuya profesión es el conocimiento de la belleza bajo todas sus formas?

D. Alberto Lista (1775-1848). El ilustre sevillano, desde su niñez, procuró compartir los estudios con el oficio de tejedor de seda, trabajo que servía para mantener á sus padres. Entrando á sustituir una cátedra de matemáticas bien joven, pasó luego á la de Retórica y Poética de la Universidad de Sevilla, habiéndose ordenado poco antes de sacerdote. En 1813 se vió obligado á emigrar, y en 1817, vuelto á España, ganó la clase de Matemáticas del consulado de Bilbao. Tres años después regentó el célebre colegio de San Mateo, y al ser cerrado por el Gobierno absoluto, tornó á la emigración, residiendo en Bayona, París y Londres hasta el año 1833, en que fué nombrado Director de la *Gaceta de Madrid*. Retiróse á Sevilla en 1840, donde á los pocos años murió.—Es Lista uno de los escritores que mayor influjo y más benéfico han ejercido en la literatura patria durante la primera mitad del siglo; con él se educó casi toda la generación de los grandes publicistas y de los estadistas de nuestro tiempo. A falta de inspiración como poeta, lo castizo y perfecto de la forma suple aquella cualidad. Ya que no como vate original, como maestro para los escritores en todos los géneros, fué incomparable. En calidad de crítico, tanto por su buen gusto como por su acertado juicio, debe figurar en primera línea, concediéndosele el mérito extraordinario de haber armonizado en su enseñanza las dos escuelas literarias que luchaban á la sazón: la neoclásica, que él mismo cultivó en su juventud, y la romántica, más tarde, la cual supo moderar en sus desórdenes. Lista creó escuela tanto en Madrid como en el colegio de San Felipe Neri en Cádiz y en sus enseñanzas de Sevilla. Redactó con Hermosilla y Miñano *El Censor*, y entre sus obras más notables deben citarse sus

Ensayos críticos y la traducción verdaderamente hermosa de la *Historia Universal*, del Conde de Segur, de que damos muestra, así como algunas estrofas de su oda *El triunfo de la tolerancia*.

El Evangelio, proclamando una doctrina pura é interior, y buscando en lo más profundo de los corazones los vicios para debelarlos, estableció un nuevo elemento de sociedad; es decir, la comunicación del hombre con Dios, en la cual y por la cual adquirieron nuevo vigor las virtudes fuertes, nueva delicadeza las suaves; y el mortal cumplió los deberes de padre de familia, de ciudadano y magistrado por un motivo más sublime y activo que los de la ambición individual ó nacional, que hasta entonces fueron la única regla de su conducta. La igualdad de todos los hombres ante Dios; la sumisión á las potestades legales, salvo el imperio de la conciencia; la ruina de la esclavitud doméstica; la emancipación del bello sexo: en fin, una política más humana fueron los resultados sociales del principio cristiano.

A la verdad, estos resultados no se conocieron de una vez, ni pudieron lograrse sino paulatinamente bajo los emperadores de Roma, desde Constantino que dió la paz á la Iglesia, ni en el imperio griego. Como la autoridad imperial se componía de las diversas magistraturas de la república, siendo una de ellas la de Sumo Pontífice, los Emperadores cristianos, sucesores de Constantino, se creyeron en virtud de esa dignidad con la facultad de inspección sobre los asuntos religiosos; inspección que algunos pretendieron extender hasta el dogma, á pesar de las reclamaciones de la Iglesia, que siempre insistió en que la protección del Príncipe no destruyese la santa libertad del Evangelio. No bien deslindados los límites entre la autoridad temporal del Emperador y la espiritual de los ministros de la Iglesia, debió suceder, y efectivamente sucedió, que la intervención de los Emperadores impidiese al principio cristiano desenvolverse y producir sus efectos con la rapidez deseable, y aun que degenerase adulterado en las herejías y cismas que han afligido la Iglesia de Oriente desde Arrio hasta nuestros días. Pero la observación más importante, y que caracteriza esencialmente el cristianismo del imperio de Constantinopla, es que jamás llegó á ser en él *un principio político*. El sacerdocio estuvo sometido á los Emperadores, como ahora lo está á los Sultanes, aunque de diferente religión; y aunque en tiempo de Príncipes cristianos era respetado, nunca tuvo una influencia *legal* y pública en los negocios del Imperio. Al contrario, los Emperadores intervinieron más de lo justo en los negocios de la Iglesia. La causa de este fenómeno fué la

parte de autoridad que los Emperadores se atribuían desde la paz dada á la Iglesia por Constantino en los asuntos religiosos; y sus efectos, el gran número de herejías favorecidas y castigadas alternativamente por el Príncipe secular, y sobre todo *las penas eclesiásticas*, usadas exclusivamente contra los dogmatizantes. Las crueldades ó castigos temporales impuestos por los Emperadores eran más bien actos de arbitrariedad que consecuencias de un sistema de legislación; y la prueba es que en tiempos de Príncipes adictos á la herejía solían recaer estas persecuciones sobre los ortodoxos.

¡Ay! ¿cuándo brillarás, felice dia,
en que estreche el humano
con el humano la amorosa diestra?
¿Cuándo será el momento que destierre
á la olvidada historia
el grito funeral de guerra y gloria?
Dulce beneficencia, tú del cielo
el dón más delicioso,
del mísero mortal desconocida,
¿adónde, adónde fijarás tus aras,
cuando en tu fuego ardiente
se purifique la malvada gente?
¡Ah! desciende; tu santo trono sean
rendidos corazones,
y la virtud tu sacrificio; extiende
el cetro bienhechor, que te confía
el Hacedor del mundo,
y llena el orbe de tu ardor fecundo.
... .
¿Dónde correis, impíos? ¿qué inhumana,
qué sed devoradora
de sangre y de suplicios os enciende?
¿No veis esa víctima sin crimen,
que la impiedad condena
de la patria la mísera cadena?
Y ¡qué, grande Hacedor! ¿en nombre tuyo
siempre el mortal perverso
degollará y oprimirá? Creando
cual es su corazón un Dios de ira,
¿volará á las matanzas

invocando al Señor de las venganzas?
Mas ¡ay! ¿qué grito por la esfera umbría
desde la helada orilla
del caledonio golfo se desprende?
Hombres, hermanos sois, vivid hermanos;
y vuela al mediodía
y al piélago feliz do nace el día.
Sí; que una vez el Hacedor benigno
dijo: *Que la luz sea,*
y fué la luz. Tronó sereno el cielo,
y desde el Tajo hasta el remoto Ganges
desplómanse al abismo
las aras del sangriento fanatismo.
Salud, mundo infeliz; ya destruído
ves el imperio horrendo
que levantó el error; ya se oscurece
al celestial aspecto de la lumbre
la abominable hoguera
que un diluvio de sangre no extinguiera
....

Alcalá Galiano (1789-1865). El ilustre gaditano que nos ocupa, brilló siempre más como fogoso orador que como escritor y literato. Empezó su carrera política entre las filas más exaltadas de las agitaciones populares, y la terminó en el partido más moderado y ultraconservador de nuestro siglo. Llamósele el orador de la Fontana de Oro (por el afamado lugar donde brillaba su elocuencia), y fué diputado y ministro varias veces, habiendo tenido que pasar y repasar las fronteras en distintas ocasiones. Un crítico moderno ha dicho que nadie en España puède competir con D. Antonio desde el punto de vista de la facilidad y la espontaneidad en la improvisación, y por la gracia, elegancia y corrección de estilo y amenidad en cuanto decía; añadiendo que en pocos autores existe una identidad tan completa entre lo hablado y lo escrito como en él.—Entre sus trabajos más notables deben citarse el prólogo del *Moro expósito,* y sus estudios críticos. He aquí algunas líneas de estos últimos.

Cuando va á tratarse someramente y de paso en el artículo que sigue del estado de la crítica literaria en España y en el día presente, el intento del autor es hablar de las doctrinas dominantes, y no de las aplicaciones que de ellas suelen hacer los críticos juzgando los trabajos de sus contemporáneos. En estas últimas, por razones que no es del caso examinar ahora, está dado al olvido todo principio de justicia reduciéndose los fallos á elogios triviales y exagerados, de que por fuerza han de reirse en su interior los mismos que los pronuncian. Con suministrar tan abundantemente el manjar de la alabanza, á tal punto está excitado el apetito voraz de los autores, que al recibir dosis razonables las miran como una cantidad mezquina comparada con la que se les debe. Ni se hable de mezclar la desaprobación con el elogio, ni de dar al segundo cierta índole y formas, por donde, si bien aparece un meditado juicio, pierde gran parte de sus extremos de lisonja; porque aun esto último disuena al elogiado; y en cuanto á lo primero lo juzga nacido de negra envidia ó de enemiga personal, no concibiendo posible que puedan acompañar tachas fundadas á alabanzas justas, dándoles realce y más valor verdadero. Así, en la rara ocasión en que un crítico se arroja á dar su fallo un tanto severo, no sobre el todo sino sobre parte de una composición, aun señalando en ella perfecciones á la par que lunares, pasa por envidioso, maligno y mordaz, ó cuando menos por descontentadizo y desabrido. Algunos, con todo, arrostran los inconvenientes de esta empresa, pero pagan la faena de su atrevimiento; y sin contar al autor de estos renglones, que más de una vez he oido calificar de amarga censura juicios suyos donde no escaseaba el elogio, si bien no sin mezcla de desaprobación, podría citar algún otro contemporáneo á quien acarrea odios acerbos su loable empeño en no alabar á bulto.

. . . . . .

Vino de súbito á cambiarse esta situación. El prólogo de *El Moro expósito* del duque de Rivas, sentando una teoría nueva; el poeta mismo poniéndola en práctica; el *Don Alvaro ó la fuerza del sino* del autor acabado de citar, producción de la novel ó renovada forma oída al principio con extrañeza, y recibida al fin con justo aplauso; *El Trovador*, de García Gutiérrez, desde luego aplaudido, y otras varias composiciones que siguieron, así dramáticas como cortas, y entre estas últimas varias á las cuales no cuadra término alguno de los de la antigua nomenclatura, completaron la mudanza empezada en cierto modo por Martínez de la Rosa en su *Conjuración de Venecia*, recibida por el público con aceptación suma, obra de innovación tímida al modo de

las del francés Casimiro Delavigne, parto de la mente de un natural conciliador empeñado en hallar entre opuestos extremos un punto de justa avenencia. La crítica entonces pasó en España á aplaudir con frenesí el gusto nuevo.

D. Agustín Durán (1793-1862). Es considerado como uno de los críticos más notables de la presente centuria. Su primer título honorífico es la formación del Romancero, verdadero monumento para la historia y la literatura españolas. Madrid fué su cuna y Lista su maestro. Sus disertaciones acerca del teatro y de la poesía en general, sus trabajos eruditos sobre la poesía popular, sobre Lopé de Vega, y la Introducción á los sainetes de D. Ramón de la Cruz y tantos, han acreditado el sobrenombre que se le dió de «rey de los críticos españoles». Como poeta fué discreto, como prosista castizo.—En el siguiente párrafo discurre sobre los romances históricos.

En extremo interesante es esta serie de romances, considerándolos como origen de la poesía popular, si no es que se la posponga en prelación á las composiciones caballerescas. Los romances históricos importan mucho para el estudío de la historia particular, literaria, política y filosófica de nuestros más remotos tiempos, pues apenas en otra parte se hallan vestigios del sentimiento íntimo de la incipiente sociedad que los produjo. Hubo uno en que los romances viejos, obra del pueblo ó de los juglares por su espíritu inspirados, sirvieron de comprobantes y de texto á las crónicas, tanto que en la *general de España* atribuída á Alfonso X el Sabio, en la del Cid, en la del rey D. Rodrigo, y en otras, se hallan débilmente convertidos en prosa; y hubo otro en que las crónicas dieron el asunto y fueron el modelo para los poetas. En ambos casos, pero más en aquél, estas composiciones, ya originales ó imitadas, nos han conservado los hechos, tradiciones y creencias que germinaban, crecían y se animaban al calor de las masas populares, y que retrataban sus poetas rústicos, sí, pero saturados del espíritu que les influía. Faltos de color, de brillo, de imaginación, de facilidad en el lenguaje, de orden lógico en la expresión de las ideas y de enlace en la frase y en los pensamientos, nuestros romances de la época tradicional, que aun no siendo primitivos se acercan mucho á los originales de esta clase que les servían de pauta, ó en que sólo algunas variantes se introdujeron, tiene un carácter particular, una tendencia firme y vigorosa propia de los tiempos rudos en que nacie-

ron y el sello de una fe ciega, de una idea fija que se prosigue y continúa hasta con terquedad; que no se discute porque se cree; que se defiende hasta el martirio porque se ama; y, en fin, que más que un tesoro se conserva, porque suele ser la esperanza animadora y vivificante de todo un pueblo. Ajenos estos romances de toda pretensión literaria, rimados sólo para que mejor se imprimiesen en la memoria, ni han llegado á nosotros cuales fueron en su primitiva redacción, ni existen en ningún códice, que sepamos, anterior al siglo XVI. Los romances viejos, reformas de los primitivos, tales como los poseemos, pocos parecen anteriores á la segunda mitad del siglo XV, aunque es de presumir que muchos de ellos tienen su origen en otros de tradición oral mucho más antiguos. Sin embargo, la presunción no pasa de serlo, pues no puede documentarse, aunque el sentimiento íntimo que deja el análisis de los pensamientos, formas y estilo de estas composiciones lo puedan moralmente persuadir, y más si se atiende á las muchas locuciònes y palabras y aun fragmentos que allí se conservan de un lenguaje y de un tipo más antiguo que el que corresponde á la época en que se presume hecha la supuesta reforma. Trasmitidos á nosotros de memoria y sin escribirse, deben por lo mismo haber experimentado alteraciones propias de cuanto se confía á ella. El juglar ú hombre del pueblo, inventor ó improvisador de un romance, hoy lo cantaba de un modo, mañana lo alteraba, ó lo añadía, ó lo cortaba; y el pueblo y los otros juglares que lo oían, al repetirlo lo cambiaban á su antojo, llenando los huecos de lo que le faltaba á la memoria como Dios y su ingenio les daban á entender. Tal sucedió sin duda con esta clase de composiciones que, pasando de boca en boca, hubieron de modificarse más ó menos prontamente, según las costumbres y el idioma se alteraban. ¿Y cómo no había de ser así si, aun después de escritas é impresas, al copiarse ó reimprimirse cada copiante ó editor, á pretexto de corregirlas ó completarlas, se creía autorizado á glosarlas, ó á lo menos á modernizarlas? No igual fué la suerte de los romances sobre asuntos de las crónicas, los cuales se escribían ó imprimían desde luego. Esta moda de remedar los viejos cuando ya el pueblo, falto del espíritu vivificador que le animaba, y separado de los intereses públicos, ni los hacía para sí, ni tenía sus poetas peculiares que lo hiciesen; esta moda, decimos, nació á mediados del siglo XVI; y los autores de tales composiciones afectaban, sí, el estilo, lenguaje y ruda expresión de los romances primitivos y de los viejos de tradición oral, exageraban sus barbarismos y solecismos, pero los despojaban de la sencilla espontaneidad propia de los originales.

Donoso Cortés (1809-1853). El insigne extremeño, que después se llamó marqués de Valdegamas, siguió carrera en Salamanca y Sevilla, llegando á catedrático de literatura en Cáceres y á diputado por Cádiz en las Cortes de 1837. Mendizábal lo nombró secretario del Consejo de Ministros; pero á poco abandonó el puesto, dejando las filas liberales y declarándose moderado. Periodista distinguido, orador notabilísimo y filósofo de gran talla, debe pasar su nombre á la historia por sus méritos indiscutibles. En España, la significación de los últimos tiempos de D. Juan Donoso, es muy señalada por haber llegado á representar la jefatura del más exaltado ultramontanismo. Los hechos más importantes de su vida fueron combatir la regencia de Espartero y acompañar en su destierro á María Cristina, con la que volvió á España en 1844. Fué secretario de Doña Isabel II, y parece ser que concertó los matrimonios de la reina y de su hermana la infanta con el duque de Montpensier. Al ser nombrado embajador en Berlín (también desempeñó más tarde igual cargo en París), se le otorgó el título citado antes, además de haber sido diputado y senador; la Academia de la Historia le abrió sus puertas, y el Ateneo su cátedra. Donoso concibió la idea de reconciliar el catolicismo y la revolución, y hasta soñó con la esperanza de armonizar la democracia y la Iglesia. En otras épocas de su vida, un poco desengañado de estas aspiraciones, defendió un dominio religioso, donde imperase el Pontificado sobre todos los pueblos, y tuvo hasta sus ensueños de un vago socialismo cristiano. Alma de poeta y temperamento de artista, tampoco puede negársele el calificativo de pensador, aunque carezca de la serenidad que debe adornar al filósofo. A veces es oscuro en el concepto y apocalíptico y nebuloso en la expresión, sin que esto empañe sus cualidades verdaderamente geniales de escritor insigne y de notable orador.—He aquí un fragmento de su discurso académico sobre la Biblia:

Señores: llamado por vuestra elección á llenar el vacío que ha dejado en esta Academia un varón ilustre por su doctrina, célebre por la agudeza y fecundidad de su ingenio, y por su literatura y su ciencia merecedor de eterna y esclarecida memoria, ¿qué podrá decir que sea digno de escritor tan eminente y de esta nobilísima Asamblea, quien

como yo, es pobre de fama y escaso de ingenio? Puesto en caso tan grave, me ha parecido conveniente escoger para tema de mi discurso un asunto sabidísimo, que cautivando vuestra atención, os fuera á apartar de mí vuestros ojos y á ponerlos en su grande majestad y en su sublime alteza.

Hay un libro, tesoro de un pueblo que hoy es fábula y ludibrio de la tierra, y que fué en tiempos pasados la estrella de Oriente, adonde han ido á beber su divina inspiración todos los grandes poetas de las regiones occidentales del mundo, y en el cual han aprendido el secreto de levantar los corazones y de arrebatar las almas con sobrehumanas y misteriosas armonías. Este libro es la *Biblia*, el libro por excelencia.

En él aprendió Petrarca á modular sus gemidos; en él vió Dante sus terroríficas visiones; de aquella fragua encendida sacó el poeta de Sorrento los espléndidos resplandores de sus cantos. Sin él, Milton no hubiera sorprendido á la mujer en su primera flaqueza, al hombre en su primera culpa, á Luzbel en su primera conquista, á Dios en su primer ceño; ni hubiera podido decir á las gentes la tragedia del Paraíso, ni cantar con canto de dolor la mala ventura y triste hado del humano linaje. Y para hablar de nuestra España, ¿quién enseñó al maestro Fr. Luis de León á ser sencillamente sublime? ¿De quién aprendió Herrera su entonación alta, imperiosa y robusta? ¿Quién inspiraba á Rojas aquellas lúgubres lamentaciones, llenas de pompa y majestad, y henchidas de tristeza, que dejaba caer sobre los campos marchitos, y sobre los mustios collados, y sobre las ruinas de los imperios, como un paño de luto? ¿En cuál escuela aprendió Calderón á remontarse á las eternas moradas sobre las plumas de los vientos? ¿Quién puso delante de los ojos de nuestros grandes escritores místicos los oscuros abismos del corazón humano? ¿Quién puso en sus labios aquellas santas armonías, y aquella vigorosa elocuencia, y aquellas tremendas imprecaciones, y aquellas fatídicas amenazas, y aquellos arranques sublimes, y aquellos suavísimos acentos de encendida caridad y de castísimo amor con que unas veces ponían espanto en la conciencia de los pecadores, y otras levantaban hasta el arrobamiento las limpias almas de los justos? Suprimid la Biblia con la imaginación, y habréis suprimido la bella, la grande literatura española, ó la habréis despojado al menos de sus destellos más sublimes, de sus más espléndidos atavíos; de sus soberbias pompas y sus santas magnificencias.

Sanz del Río (1817-1869). El ilustre filósofo, catedrático de la Universidad Central, nació en Torre de Arévalo, y en **1843**

pasó á Alemania comisionado por nuestro Gobierno para estudiar el estado de la filosofía, encargo que desempeñó dos años, y con la obligación de explicar á su vuelta la cátedra de Historia de la filosofía. Unido por lazos de íntima amistad con muchas eminencias científicas de Alemania, al volver á la patria expuso las teorías de Krause; pero como quiera que se encontraban en el poder los moderados en aquel entonces, renunció D. Julián la cátedra prometida. Desde su retiro tradujo la Historia Universal de Weber, con notas y prólogo que avaloran la obra, y refundió el ideal de la humanidad para la vida, de aquel filósofo antes nombrado. Habiéndosele otorgado al cabo de algún tiempo la cátedra que se le prometió á cambio de su viaje y estudios, la desempeñó en la facultad de letras de Madrid hasta 1865, en que fué destituído por intrigas de sus enemigos. La revolución de 1868 le volvió á su puesto, así como á los demás catedráticos á quienes la reacción había procesado. — Entre sus obras debe citarse el *Análisis del pensamiento racional*, edición agotada, más en el extranjero que en España; la *Analítica* y otras muchas, inéditas, que van saliendo á luz poco á poco. — Por disposición testamentaria, creó una cátedra en la Universidad de Madrid, dotándola con rentas propias, de *Sistema de la Filosofía*. Sanz del Río es el padre de toda una generación de pensadores, escritores y profesores de nuestro tiempo. Entre sus trabajos es verdaderamente modelo su discurso inaugural de la Universidad en el curso de 1857-58, que puede citarse como verdadero modelo por «varonil y austera elocuencia», según el testimonio del Sr. Menéndez y Pelayo.—He aquí algunos de sus párrafos,

Toda nuestra vida se manifiesta de dos modos, activa de uno, pasiva de otro, aunque caminando en solidaria continuidad la acción y la pasión, la espontaneidad y la receptividad. La trama dorada de nuestros discursos nace y remata en cabos extremos, que se esconden en la eternidad, como el horizonte sensible se pierde en la inmensidad del espacio. Regimos, es verdad, y guiamos nuestros pensamientos; tejemos algunos hilos de nuestra ciencia, pero no fundamos nosotros los principios de ella, ni continuamos sino hasta un cierto límite sus consecuencias; brotan impensadamente del fondo del espíritu ideas primordiales, como ecos de armonías lejanas, que resisten á

todo análisis é indagación ulterior. Y en el mundo del sentimiento, en los movimientos del corazón que nos revelan á nosotros mismos, en las determinaciones de la voluntad que nos revelan á los demás, se levantan cada día y hora simpatías imprevistas, movimientos involuntarios, cuyo origen no sabemos explicar, cuya dirección y último estado no sabemos dominar ni prever. En vano queremos anticiparnos á estas ideas, sentimientos, movimientos primitivos, que nos salen al encuentro y nos acompañan por todo el camino de la vida; en vano estamos alerta y guardamos las puertas del espíritu para que nada entre en él, sino á nuestra vista y con nuestro pase. ¿Quién de nosotros, ó en qué hora, puede abrazar nuestro ser entero, de modo que todo en él sea causado, no concausado y condicionado, y que nuestra voluntad sea en ello pura y enteramente activa, no pasiva ni influída? Es continua y solidaria en el hombre la acción y la pasión, la libertad y la limitación, aunque sin confundirse una con otra, como los rayos encontrados penetran en el ojo sin oscurecerse, como las ondas opuestas del aire sacuden el oído sin quebrar el sonido. Y si de nuestra vida interior llevamos la vista á la vida exterior é histórica, observamos con asombro que, poco más arriba del suelo agitado de la libertad, de los intereses encontrados, de las pasiones desordenadas en pueblos y siglos, reina ley y orden invariable y progreso constante.— Nada dentro del mundo, ni entre el mundo y el hombre, si otra cosa no hubiera, puede explicar este hecho maravilloso: que sabiéndonos libres, nos sintamos en el mismo punto y con la misma voz limitados, y sin embargo, ni la libertad sea menguada por la limitación, ni ésta sea contrariada, borrada por la libertad. El mundo, sólo, no explica esta primitiva armonía de una contradicción primitiva también; si por éste sólo fuera, el individuo no sería libre; si por el individuo solo fuera, y otra cosa no hubiese, el mundo estaría á sus pies. Del mundo abajo sólo cabría la libertad sin límite, ó la servidumbre sin libertad.

. . . . . .

El hombre que contempla en Dios el principio y fin de su vida, imprime á toda su conducta la dirección inmutable del *bien por el bien*, reconociéndose, inmediatamente, en su propia libertad y en el mérito legítimo de sus acciones; supremamente, en la ley, justicia y bondad de Dios. Mira este hombre la religión como fin último, jamás como medio para fin ajeno; la profesa con obra y palabra, nunca sólo con la palabra; la confiesa como una verdad profunda que llena su corazón y penetra su espíritu, y se derrama afuera en doctrinas y obras y ejemplos de edificación; la practica como una señal de alianza, que lo une

más estrechamente á la humanidad y á todos los seres, y con ellos á Dios en vínculo de amor filial. Con esta bella armonía entre su conciencia moral y su conciencia religiosa, conoce en la ley moral la manifestación de Dios como voluntad personal infinita á nuestra voluntad personal finita; como conciencia santa y eterna á nuestra conciencia libre y limitada. Por esto hallamos la ley promulgada anticipadamente á la entrada de la vida, y promulgada con tal sanción, que ninguna autoridad humana puede desatar, ninguna circunstancia histórica excusar ni prescribir; que se impone y sobrepone á nuestra conciencia con autoridad inmutable.

D. Cándido Nocedal (1807-1885), Liberal exaltado en un principio y convertido poco á poco hasta el carlismo, pasó por varios partidos y altos cargos, incluso el de ministro en 1856. Orador de primera fuerza, hábil polemista y hablista distinguido, escribió una *Vida de Jovellanos*, entre otros trabajos que acreditan sus cualidades de prosista. De este libro es la siguiente descripción del alzamiento nacional de 1808.

Gloriosa fué á más no poder la conducta de España: invadida alevemente, ocupada por sorpresa, no tenía á quien volver los ojos: de ejércitos organizados carecía por completo; de generales prácticos en la guerra, dignos de medirse con los invictos caudillos de las armas francesas, nadie tenía noticia; los hombres de Estado, suponiendo que algunos mereciesen tal nombre, por cálculo los unos, creyendo segura la victoria, por convencimiento los otros, pensando que la dinastía de Bonaparte reinaría con gloria sobre los españoles, habíanse hecho partidarios de José Napoleón. Pero el instinto general juzgó de otra manera, y resolvió con acierto; someterse equivalía á perder la nacionalidad, derribar la línea natural del Pirineo, entregarse al coloso de Francia, uncirse al carro triunfador del héroe extranjero, borrarse del mapa de Europa como pueblo independiente, y sufrir el yugo infamante que pesa sobre las naciones envilecidas que hacen traición á la santa causa tradicional de su existencia. Quizá no se discurrió sobre nada de eso en el momento primero; pero todo se sintió con vivísimo impulso, y produjo el levantamiento más general, más espontáneo y más glorioso, por consiguiente, que en sus páginas registra la historia. Los jóvenes que se dedicaban al estudio, abandonaron las universidades, los religiosos dejaron sus conventos, los canónigos sus catedrales, los médicos se olvidaron de sus enfermos, los abogados de sus pleitos,

los labradores soltaron el arado, los fabricantes sus máquinas, y todos corrieron á combatir en confuso turbión algunas veces, con más orden después, con desgracia en muchas ocasiones, con gloria siempre, al enemigo, que alevoso y artero se había apoderado del territorio.

Se han burlado algunos, y entre ellos nuestros mismos poco desinteresados auxiliares y sus capitanes más célebres, de aquellos nuestros ejércitos improvisados, sin táctica, sin disciplina, sin conocimiento del arte de la guerra, sin oficiales experimentados ni generales famosos: en esto precisamente se cifra nuestra gloria, y por esto, además, vencieron los españoles. Que la tierra en que vimos la luz produce grandes hombres y capitanes invencibles, lo tenían ya demostrado muchas generaciones. Los más de nuestros antiguos reyes fueron eminentes caudillos: bastan los Alfonsos, los Fernandos, los Pedros y los Jaimes, de Castilla y de Aragón, para formar un catálogo tal de heroicos monarcas, que no pueda presentarle más numeroso ni de mayor valía pueblo alguno de Europa; el Gran Capitán, el Duque de Alba y Hernán Cortés han elevado su gloria y la de la patria, sin que nadie se atreva á oscurecerla; nuestra infantería en Italia, nuestros tercios en Flandes, nuestros hombres de armas en Pavía, en San Quintín, y en Otumba, no han menester que ahora nuevamente se les alabe. De lo que España cumplía dar testimonio, y patente lo dió, asombrado al orbe entero, es de que, sin soldados veteranos, sin generales expertos, sin planes estratégicos y sin plazas pertrechadas, todavía es incontrastable por el indómito valor de sus moradores. Tan gloriosa es á nuestros ojos la batalla de Bailén como la rota de Ocaña: figurará la primera en los faustos de nuestras marciales glorias; la segunda contribuye á formar esa magnífica epopeya en que vencedores ó vencidos, bien acaudillados como en Bailén ó mal dirigidos como en Ocaña, nuestros padres no economizaban su sangre, ni perdían el denuedo, ni se arredraban por los reveses, ni se cuidaban del éxito de una batalla, ni dejaban de volver á la pelea. Hambrientos casi siempre y desnudos, guiados por hombres de humilde extracción, como Mina y Morillo, ó por hijos de casas solariegas, como Castaños y Palafox; revueltos los descendientes de nobles familias, como los que después fueron duques de Frías y de Rivas, con proletarios como el Empecinado, y con modestos representantes de la clase media, como el padre del autor de estas líneas, soldado voluntario en aquellas campañas, nunca cejaron en propósito, aunque alguna vez, aunque muchas veces, fueron derrotados en encuentros infelices.

Ríos Rosas (1808-1873). No por ser el que escribe estos renglones deudo muy allegado del ilustre orador político, periodista, académico (y poeta en sus primeros tiempos), se ha de omitir en este sitio el nombre del que compartió con Tassara y Pastor Díaz los triunfos de las campañas de la prensa, con Donoso Cortés los de la política en determinada época de su vida, y con Olózaga y Rivero la gloria de la tribuna parlamentaria.—Nació en Ronda, cuyo distrito representó varias veces en Cortes; fué ministro, embajador en Roma, Presidente del Consejo de Estado, del de Instrucción pública, de la Academia de Jurisprudencia, y del Congreso de los Diputados, y en fin, académico de la Lengua y de la de Ciencias morales y políticas. Educado en el colegio de Santiago de Granada, curso en su Universidad la carrera de leyes, y de entonces datan sus primeras poesías y trabajos literarios é históricos, á los cuales de vez en cuando, aun en sus últimos años, dedicaba por recreo sus ocios. Orador incorrecto y vehementísimo, su palabra era temida en la Cámara popular por la valentía de sus conceptos y lo inquebrantable de sus convicciones. La rectitud de sus ideas y puritanismo de su conducta, le llevó constantemente á estar en disidencia con el partido moderado y el de la Unión Liberal, donde militó, constituyendo siempre dentro de los mismos una fracción.—Para honrar aquella vida inmaculada, y al saber la República que murió pobre quien ocupara tan altas posiciones, costeó el Gobierno su entierro, acudiendo la representación nacional al mismo, y publicando la *Gaceta* un extraordinario, que redactó el Ministerio de la República. Sus restos mortales reposan en Atocha. Una calle en Madrid y un sencillo monumento en su pueblo natal, recuerdan su nombre.—Sus principales obras son discursos políticos y académicos, un tomo de poesías y una cantidad extraordinaria de artículos publicados en revistas, periódicos y diarios.—Damos más abajo su conocido soneto *La opinión*, algo de su prólogo á las obras de Pastor Díaz, y menos aún de su discurso de recepción en la Academia Española.

La sien latiendo, turbia la mirada,
teñido el rostro de rubor sangriento,
la espléndida melena suelta al viento,
la vestidura al seno desgarrada;

Ella me ciñe en lúbrica lazada,
trémulo el cuerpo, el labio macilento,
con honda sed bebiéndome el aliento,
en su boca mi boca aprisionada.
¡Oh visión, que mis sueños envenenas
y en lava de volcán hinchas mis venas!
¿Quién eres, dí, mujer, deidad ó arpía?
—Soy la opinión, tu esclava y tu tirana:
hoy, transida de amor, tu barragana;
ayer, tu dama infiel con befa impía.

Igualando, sino excediendo á los más aventajados periodistas extranjeros, esto hizo durante los tres años en que de consuno con el señor García Tarrasa y conmigo, escribió sin descanso al principio en *El Español*, luego en *El Correo Nacional*, y después en *El Heraldo* y en *El Sol;* y á la par que en los dos últimos diarios, en *El Conservador,* revista política y literaria.

Comenzamos los tres la vida y la tarea de escritores públicos cuando estalló en la corte el trascendental y famoso pronunciamiento de Septiembre, y cuando huérfano de sus redactores habituales por efecto de las circunstancias el primero de aquellos diarios, acogimos gozosos la ocasión que se nos brindaba de militar en la imprenta conservadora, y ensayar nuestros juveniles bríos combatiendo cuerpo á cuerpo y brazo á brazo con los veteranos adalides del periodismo progresista. Y sucedió por cierto entonces que la Junta de Gobierno de Madrid, herida en lo vivo por nuestras duras arremetidas, mal servida por sus agentes y poco ducha en adivinar al autor por el estilo, hubo de desfogar en otros ya célebres publicistas su ira contra *El Correo*, desterrándolos á ellos inocentes, bien que á pueblos no lejanos, y sinestrépito ni aparato. Entre tanto nosotros, los verdaderos reos, ya que no podíamos redimir á las víctimas ni aun acusándonos á nosotros mismos, persistimos en acometer á la Junta más de continuo y más de recio, embozados sin designio en nuestra oscuridad como en nuestras capas, y usando de nuestro derecho...

Fruto era de estas dotes y circunstancias el estilo acaso reposado, acaso pomposo, ordinariamente rápido, á veces precipitado, siempre original, pintoresco, vario, imprevisto, con que por un doble efecto que pocos escritores han logrado, persuadía Pastor y encantaba á los hombres de letras, y arrebataba al vulgo.

Cada semana y cada día de aquella época característica, tan diver-

sa de la presente y tan distante ya de nosotros, indagaban y averiguaban los políticos del *Ateneo*, y los del *Casino*, y los de la calle de la Montera, cuándo y de qué tema (y usaban de esta frase) *predicaba* Pastor Diaz. Y al caer, en medio de la espectación aguzada, en aquella hoguera de pasiones el esperado artículo, era para nosotros una victoria y una alegría, y para el público una solemnidad y un estallido. Lo leían y releían y comentaban las gentes, y daba asunto á las conversaciones de la sociedad y pasto á las glosas y querellas de cafés y de corrillos, y se conmovía Madrid, y se presentaban erguidos y casi triunfantes los moderados, y andaban entre amoscados y mustios los progresistas, y la milicia se irritaba y el ministerio se sobrecogía. ¡Tal es en el seno de las crisis el poder de la elocuencia servida por el rápido vehículo de la imprenta, y tal la fuerza concentrada de los sentimientos colectivos!

....

Un hombre existió entonces que poseyó en alto grado el tacto de la realidad y el instinto de la situación, y que por esta cualidad sola, aunque también le adornaban otras no vulgares dotes, dominó una gran crisis y echó los fundamentos del triunfo de la buena causa. Este hombre, que sentía y practicaba, tal vez sin comprenderlo, el régimen oculto de las revoluciones, fué D. Juan Alvarez de Mendizábal.

Imputad, pues, señores, la malhadada tardanza con que acudo á recibir de vuestras manos la hermosa investidura que ilustra mi oscuridad y ennoblece mi carrera; imputadla, más que á los obstáculos que me ha opuesto y vicisitudes que me ha enviado no ha mucho la fortuna; más que á las apremiantes tareas y preocupaciones enojosas con que me ha afligido á la vez la política; más que á la notoria insuficiencia de que adolezco y que en mí reconozco, no con modestia hipócrita, sino con íntimo convencimiento; imputádsela, más que á todas esas causas, ya que tan liberalmente me la habeis perdonado, á aquel miedo y reverencial temor de que os hablaba antes, y que en este sitial y en este momento acrecienta en mi ánimo la misma novedad con que halagan y sorprenden mis sentidos el dulce ambiente, el templado movimiento, la regularidad inalterable, la serenidad majestuosa de este sosegado y pacífico recinto.

El que en otras lizas y acciones y espectáculos, donde tan fielmente se retrata la dura condición de nuestros tiempos, se ha avezado al oleaje y fragor y tumulto que levanta y embravece entre los hombres

la discordia; el que de las ásperas impresiones que allá le asedian é inflaman, y de su persuasión tenaz, y de su preocupación perenne, y de su patriotismo contristado, y de su espíritu de partido, y de su propia pasión, y de la pasión de sus amigos, y de la ardiente contradicción de sus adversarios, deduce allá la mitad de su inspiración y la mitad de su fuerza, ¡cuán helado y desconcertado no ha de hallarse aquí, donde soberanamente imperan el gusto, que es la moderación en la forma; la imparcialidad, que es la moderación en la sustancia; la sobria y austera razón, que es el criterio de la verdad, la piedra de la belleza y el contrapeso de la fantasía!

Así me disimularéis indulgentes que, esforzándome en no quedar del todo inferior á la difícil tarea que me incumbe, á la solemne ocasión en que me encuentro, á la espectación benévola de este selecto auditorio, escoja para mi desempeño un tema que, sin traspasar los límites de vuestra dilatada jurisdicción, se compadezca cuanto sea dable con el imperio de mis hábitos y con la calidad de mis estudios. Examinaré, pues, el génesis, la naturaleza, la vida *del principio de autoridad en el orden literario*, ahora que á toda influencia, á toda función, á todo órgano, á toda institución, á todo poder social demanda sus títulos con tan desusada altanería la exigente y presentuosa generación contemporánea.

El Conde de Toreno (1776-1843).—D. José María Queipo de Llano, asturiano, que combatió contra los franceses, negoció con gran habilidad un tratado entre España é Inglaterra en contra de aquella nación. Por sus ideas exaltadas en las Cortes de Cádiz, tuvo que emigrar, regresando á la patria en 1820. Habiendo modificado sus ideas, fué uno de los fundadores del partido moderado; ministro de Hacienda en 1834, llegó á la presidencia del Consejo, siendo arrojado del poder por la revolución de 1840, y emigrando por cuarta vez á consecuencia del triunfo de Espartero. Las cualidades más preeminentes del Conde de Toreno son, bajo el punto de vista de historiador eminente, las mismas que como orador parlamentario; á saber, gran lógica en la manera de discurrir, concisión y elegancia en la frase, claridad en la expresión y verdadero nervio para narrar, inculcando en el lector las ideas y convencimiento de que él se halla poseído; debe agregarse además, que es un verdadero maestro en describir, y que pinta con tanta belleza como exactitud los retratos. Los lunares que empa-

ñan estas cualidades sobresalientes, es el abuso de voces y locuciones anticuadas y la dureza de ciertos giros en su lenguaje. Bajo el punto de vista de la imparcialidad tan requerida en el historiador, no puede citarse á Toreno como ejemplo digno de imitación.

De su *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España,* tomamos los siguientes párrafos sobre la heroica conducta seguida por las tropas españolas, que al comienzo de la guerra de la Independencia en 1808, servían en el Norte á Bonaparte.

D. Pedro Caro y Sureda, marqués de la Romana, de una de las más ilustres casas de Mallorca, había nacido en Palma, capital de aquella isla. Su edad era la de cuarenta y seis años; de pequeña estatura, mas de complexión recia y enjuta; acostumbrado su cuerpo á la abstinencia y rigor. Tenía vasta lectura, no desconociendo los autores clásicos, latinos y griegos, cuyas lenguas poseía. De la marina pasó al Ejército al empezar la guerra de Francia en 1793, y sirvió en Navarra á las órdenes de su tío D. Juan Ventura Caro. Yendo de allí á Cataluña, ascendió á general, y mostróse entendido y bizarro. Obtuvo después otros cargos. Habiendo antes viajado por Francia, se le miró como hombre al caso para mandar la fuerza española que se enviaba al Norte. Faltábale la conveniente entereza, pecaba de distraído, cayendo en olvido y raras contradicciones. Juguete de aduladores, se enredaba á veces en malos é inconsiderados pasos. Por fortuna, en la ocasión actual no tuvieron cabida aviesas insinuaciones, así por la buena disposición del marqués, como también por ser casi unánime en favor de la causa nacional la decisión de los oficiales y personas de cuenta que le rodeaban.

Bien pronto, en efecto, se les ofreció ocasión de justificar los nobles sentimientos que los animaban. Desde Junio los diputados de Galicia y Asturias habían procurado, por medio de activa correspondencia, ponerse en comunicación con aquel ejercito: mas en vano; sus cartas fueron interceptadas ó se retardaron en su arribo. También el gobierno inglés envió un clérigo católico, de nombre Robertson, el que si bien consiguió abocarse con el marqués de la Romana, nada pudo entre ellos concluirse ni determinarse definitivamente. Mientras tanto, llegaron á Londres D. Juan Ruiz de Apodaca y D. Adrián Jácome, y como era urgente sacar, por decirlo así, de cautiverio á los soldados españoles de Dinamarca, concertáronse todos los diputados, y resolvieron que los de Andalucía enviasen al Báltico á su secretario el oficial de marina D. Rafael Lobo, sujeto capaz y celoso. Proporcionó

buque el gobierno inglés, y haciéndose á la vela en Julio, arribó Lobo en 4 de Agosto al gran Belt, en donde con el mismo objeto se había apostado, á las órdenes de Sir R. Keats, parte de la escuadra inglesa que cruzaba en los mares del Norte.

D. Rafael Lobo ancló delante de las islas dinamarquesas, á tiempo que en aquellas costas se había despertado el cuidado de los franceses por la presencia y proximidad de dicha escuadra. Deseoso de avisar su venida, empleó Lobo inútilmente varios medios de comunicar con tierra. Empezaba ya á desesperanzar, cuando el brioso arrojo del oficial de voluntarios de Cataluña, D. Juan Antonio Fábregues, puso término á la angustia. Había éste ido con pliegos desde Langeland á Copenhague. A su vuelta, con propósito de escaparse, en vez de regresar por el mismo paraje buscó otro apartado, en donde se embarcó mediante un ajuste con dos pescadores. En la travesía, columbrando tres navíos ingleses fondeados á cuatro leguas de la costa, arrebatado de noble inspiración tiró del sable, y ordenó á los dos pescadores, únicos que gobernaban la nave, hacer rumbo á la escuadra inglesa. Un soldado español que iba en su compañía, ignorando su intento, arredróse y dejó caer el fusil de las manos. Con presteza cogió el arma uno de los marineros, y mal lo hubiera pasado Fábregues si pronto y resuelto éste, dando al danés un sablazo en la muñeca, no le hubiese desarmado. Forzados, pues, se vieron los dos pescadores á obedecer al intrépido español. Déjase discurrir de cuánto gozo se embargarían los sentidos de Fábregues al encontrarse á bordo con Lobo, como también cuánta sería la satisfacción del último cerciorándose de que lasuerte le proporcionaba seguro conducto de tratar y corresponder con los jefes españoles.

. . . . . .

Causaron allí las nuevas que traía, profunda impresión. Crítica era en verdad y apurada la posición de su jefe. Como buen patricio anhelaba seguir el pendón nacional; mas como caudillo de un ejército pesábale la responsabilidad en que incurría si su noble intento se desgraciaba. Perplejo se hubiera quizá mantenido á no haberle estimulado con su opinión y consejo los demás oficiales. Decidióse en fin al embargo, y convino secretamente con los ingleses en el modo y forma de ejecutarle. Al principio se había pensado en que se suspendiese, hasta que noticiosas del plan acordado las tropas que había en Zelandia y Jutlandia, se moviesen todas á un tiempo antes de despertar el recelo de los franceses. Mas informados éstos de haber Fábregues comunicado con la escuadra inglesa, menester fué acelerar la operación trazada.

D. Modesto Lafuente (1806-1865). En León, Santiago y Valladolid siguió su carrera el ilustre hijo de Ravanal de los Caballeros; y muy joven, en 1830, entró á regentar la cátedra de Retórica en el colegio de Astorga, donde también fué nombrado bibliotecario, ganando á poco por oposición otras cátedras sucesivamente. Pocos años más tarde empezó á reunir los materiales para su *Historia de España*, trabajo que no suspendió á pesar de intervenir en el Parlamento como diputado y en las Academias de la Lengua y de la Historia como individuo laborioso, y en la Escuela de Diplomática como Director. En España llegó á ser popularísimo como periodista satírico, conocido por el seudónimo de *Fray Gerundio*. Y su actividad fué tanta, que su vida es una serie constante de folletos, periódicos, revistas y libros. Sus viajes por el extranjero fueron leídos con verdadera avidez por todas partes. Pero la obra más importante de su vida es la *Historia general de España*, escrita con criterio mesurado y sano. Aunque salpicada de errores según la crítica moderna, merece ser considerada como un verdadero monumento de nuestra literatura. Su estilo es dasaliñado á fuerza de natural, y no se halla tampoco exento de galicismos.—He aquí los párrafos con que comienza el capítulo III:

Hemos recorrido esta galería de ilustres príncipes; los Flavios y los Antoninos, que dieron á España, al imperio y al mundo cerca de un siglo de paz y de ventura, no interrumpida sino por el reinado de Domiciano, que fué como una mancha que cayó enmedio de aquellas púrpuras imperiales. La firmeza de Vespasiano, la dulzura de Tito, la generosidad de Nerva, la grandeza de Trajano, la ilustración de Adriano, la piedad de Antonio y la filosofía de Marco Aurelio, hicieron de aquellos insignes varones otros tantos astros benéficos que resplandecieron y alumbraron al mundo romano, y bajo su influjo, España dió grandes pasos en la carrera de las artes, de la política y de la civilización. Sólo faltaron á estos buenos príncipes dos grandes pensamientos para acabar de ser buenos: el de haber abrazado la nueva religión, y el de restituir al pueblo los derechos que sus antecesores le habían quitado.

Tócanos ahora repasar con disgusto otro catálogo de emperadores que, como aquellos para dicha, éstos para azote de la humanidad,

parece haber sido permitidos, por no atrevernos á decir enviados por la Providencia. Lo haremos rápidamente, ya porque no nos proponemos escribir la historia de los emperadores romanos, sino en la parte que de ello pudo tocar á España, ya porque no es grato ni exponer ni contemplar un cuadro de negros vicios, y ya porque por fortuna la España, colocada á alguna distancia de Roma, participaba menos que la capital del imperio del siniestro influjo de aquellos corrompidos seres, que para afrenta de la humanidad conservaron el título de emperadores.

Imposible parece que un padre tan virtuoso como Marco Aurelio engendrara un monstruo como su hijo Cómodo, y no extrañamos que, por respeto á las virtudes del padre, supongan algunos historiadores que Cómodo no fué hijo del emperador filósofo... Los hombres no pueden imaginar vicio, ni crimen, ni torpeza, ni crueldad, ni corrupción de ningún género, que no se hallase reunido en Cómodo. Sus acciones, sus gustos, menos eran ya de hombre corrompido que de bestia salvaje. Nerón, Calígula, Vitelio y Domiciano habían sido templadamente desenfrenados en comparación de Cómodo. «El cielo, dice un escritor ilustre, añadió la locura á sus crímenes á fin de no espantar demasiado á la tierra.»

D. Antonio Ferrer del Río (1814-1872). También debe ocupar un puesto en nuestra literatura el distinguido hijo de Madrid. La nota característica de su ingenio es la amenidad y brillantez, y la intuición demostrada en todos sus trabajos. Fué discípulo de Lista, y de él heredó la prudencia y sensatez para escribir la historia. Entre sus libros, el más discutido y el más importante al propio tiempo es la *Historia del reinado de Carlos III en España*, donde resplandece aquella sagacidad á que hemos aludido, y una forma literaria tan estimable por su corrección como por su elegancia. La cultura patria debe mucha gratitud al ilustre académico.—Veamos algunos conceptos del prefacio de dicha obra:

Verdaderamente la historia del reinado de Carlos III contiene fructuosísima enseñanza. A impulsos del espíritu reformador, que corrige, crea y perfecciona, no del espíritu revolucionario, que trastorna, destruye y extingue así los usos y las leyes como las creencias y las instituciones, adelantaba entonces España por las vías de la civilización y el progreso con paso triunfal y seguro. Desde la era memorable de

Isabel I y Fernando V nunca había sido teatro de animación tan ordenada ni de tan sólida grandeza; jamás se hizo al mérito personal acogida tan grata, ni tuvo mayor imperio la justicia. Ventiláronse á la sazón muy arduas cuestiones eclesiásticas y civiles, y para todas hubo intérpretes autorizados, y sostenedores perspicaces que, sin menoscabo del orden público, fuera del cual sólo veían infortunios, ni de la piedad religiosa, que encendía sus almas en vivo fuego, acertaron á sortear escollos y á guiar por buen derrotero la nave del Estado.

Una época tan fecunda en nobles esfuerzos y ópimos frutos, arguye contra los exclusivistas que derivan de las formas políticas de gobierno la ventura de las naciones; y el fiel cuadro que me propongo trazar ha de robustecer la opuesta doctrina. Entre sus más notables figuras ninguna aventaja á la de Carlos III; y no por el lugar jerárquico que ocupa, sino por el brillante papel que representa, ora tome la iniciativa, ora el consejo para efectuar las innumerables reformas que le valieron inextinguible fama Ya sé que algunos tachan á este monarca de cortedad de luces y de estrechez de miras; y que algunos otros suponen que sus ministros le engañaron ó sorprendieron para dictar ciertas providencias. Cuarenta y ocho tomos de cartas semanales y escritas de su puño desde Octubre de 1759 hasta Marzo de 1783 al marqués de Tanucci, existentes en el archivo de Simancas, por mí leídas hoja tras hoja, sacando de ellas largos apuntes, sirven á maravilla para pintarle tal como era, y penetrar hasta sus más recónditos pensamientos, y contradecir á los que le juzgaban á bulto.

. . . . . .

Sin jactancia blasono de haber procedido con absoluta independencia sobre todo aquello en que lícitamente se puede explayar el discurso; mi pluma, aunque humilde, no sabe correr sino á compás de la inspiración propia y tomando la verdad por única guía. Según la concibo, la expongo: fúndola en datos, no en conjeturas trato de probar lo que afirmo; y como ningún otro interés me anima al divulgarla con noble libertad que el de la gloria de mi patria, no quiero aplauso que no gane ni indulgencia que me contemple, sino aviso que me corrija, censura que me convenza y, en suma, todo lo que logre comunicar más luz á los hechos, mayor solidez á los juicios, y la posible perfección al conjunto de mi trabajo.

D. Fernando de Castro (1814-1874). El ilustre hijo de Sahagún, apenas ordenado sacerdote, fué profesor en el Seminario de León, y pocos años después catedrático por oposición de

Historia en el Instituto de San Isidro de Madrid. Al fundarse la Escuela normal central de Filosofía (para el profesorado de Institutos y Universidades), la dirigió en su segunda época; después, pasó por concurso á desempeñar la misma cátedra de Historia en la Facultad de Letras de la Universidad central, siendo nombrado rector de este centro á raíz de la revolución de Septiembre de 1868. A él se deben las Conferencias para la enseñanza de la mujer y la Escuela de Institutrices fundada también para la educación de la misma. Presidió la Sociedad española abolicionista de la esclavitud, y fué Académico de la Historia. La crítica venenosa se ha ensañado contra tan respetable personalidad porque en sus últimos años dejó de pertenecer al sacerdocio católico; pero todos los que desapasionadamente lo conocieron y le estudian, reconocen á la vez sus altas dotes, sus extraordinarias virtudes y su vida inmaculada. Elocuente orador, prosista correctísimo, y erudito, sereno, severo é imparcial historiador, es el eminente maestro una de las personalidades más salientes en los tiempos actuales. Sus principales obras son: una *Historia elemental* para los Institutos; la *Historia universal ampliada* para las Universidades; su discurso de recepción en la Academia «sobre los caracteres históricos de la Iglesia española», y sus conferencias y sermones.—De su célebre *Sermón* del Dos de Mayo:

Cuando un ejército numeroso defiende una plaza bien fortificada y abastecida, cumple, al hacerlo, con los deberes de la profesión de la milicia y con los del pundonor. Mas cuando unos cuantos militares, unidos á un paisanaje desarmado, se proponen defender una ciudad desmurallada y sin condiciones naturales de defensa, y se comprometen bajo juramento á «vencer ó morir,» porque dicen: el que apetece una vida deshonrada es cobarde ó malvado; y quédese para las almas bajas preferir á la muerte una esclavitud infame; y ¿cómo vivir sin honor, sin patria y sin religión?»; cuando en fuerza de estos sentimientos todas las clases compiten á porfía para trabajar de consuno, y los religiosos hacen cartuchos, y las religiosas y las seglares preparan hospitales de sangre, y los ancianos aconsejan, y los niños ayudan, y los hombres pelean; y cuando es tan fuera de lo ordinario y común el desinterés y desprendimiento, que de los ricos, unos ceden gustosos su propia casa para obras de fortificación, y otros ayudan á talar y que

mar sus olivares, sus viñedos, sus huertas y torres para el mismo objeto; y por fin, cuando reuniendo sus víveres, se resignan todos á comer pan de munición y á sufrir los rigores de un asedio: á los deberes de la profesión de la milicia y del pudonor, hay que agregar el más alto del patriotismo. Y cuando para avivarlo se apela al sentimiento religioso, y el pueblo invoca los sagrados objetos que venera, y en los cuales tiene toda su confianza, y repítese el triunfo del pueblo de Dios como en tiempo de Débora, y mujeres prodigiosas, después de implorar la protección de la Virgen, quizá, más renombrada de España, y de entonar himnos sagrados y cantos nacionales, excitan el entusiasmo en los guerreros, construyen baterías y las defienden, y arrojándose sobre los cañones arrancan la mecha aún encendida de las manos de un cadáver, y hacen fuego al enemigo: entonces hay algo de sobrehumano y sobrenatural en la defensa de sus templos y hogares. Y si el ardimiento, el tesón y la constancia rayan tan alto que á pesar de las explosiones que sepultan miles de patriotas bajo las ruinas de centenares de casas, de templos y otros edificios; si no obstante pesar ya sobre la ciudad sitiada la guerra, descargan además el hambre y la epidemia; si ésta es tan mortífera que hay días de llevarse 500 vidas; si en medio de una desolación tan universal se propone una paz honrosa, y se desecha con indignación, contestando: «guerra á cuchillo,»—«defenderemos hasta la última tapia,»—«la última piedra será nuestro parapeto,» y ni el bombardeo, ni la brecha, ni los repetidos asaltos, ni las minas, ni el hambre, ni la peste enflaquecen el ánimo de aquellos valientes, y de calle en calle, de casa en casa, de piso en piso y de habitación en habitación se defienden como leones, y es preciso «matarlos para vencerlos;» y por último, si capitulan con valentía, cuando su ilustre caudillo yace postrado en cama á causa de la epidemia; cuando la población es un montón de escombros; cuando no se pisa sino sobre cadáveres insepultos; y cuando los que viven son tan cadáveres como los que mueren: entonces la lengua humana no tiene palabras con que expresar lo heroico y sublime de la defensa. ¡Bien puede decirse que en nuestros tiempos se han renovado en tal pueblo las hazañas que se suelen colocar entre las fábulas de los tiempos homéricos!

Miñano (1779-1845). Debe considerarse al prebendado de Sevilla D. Sebastián como uno de los mejores prosistas del siglo XIX, siendo el principal nervio de sus escritos la fina sátira con que censura los vicios y ridiculeces sociales y nacionales. Sus

célebres *Cartas del pobrecito holgazán* dirigidas contra todo el régimen antiguo (inquisición, diezmos, comunidades religiosas, etcétera), llegaron á obtener extraordinario favor público, y están escritas con suma gracia, aunque impregnadas de espíritu volteriano á pesar del carácter de clérigo del autor.—Muestra de sus *Cartas:*

Amigo D. Servando.....

¡Cosa increíble parece si no lo hubiéramos visto; pero ni siquiera por descuido hubo aquel año entre los Diputados ningún exinquisidor que hubiese podido sacar la cara en favor de tan extinguido cuerpo; y ya ve usted que una exclusión tan injusta cerraba enteramente la puerta á las más remotas esperanzas. Fueme, pues, indispensable hacerme la mortecina y tirarme, como dicen, por el golpe, sin que me hiciesen salir de mi agujero, ni los desmerecidos elogios, ni las injustas recriminaciones, ni los estúpidos imitadores, ni los malhadados críticos, ni la suplantación de mi testamento, ni los fingidos sollozos y campanadas por mi muerte. Quise también hacerme sordo á los gritos de la amistad y del parentesco, pues ni siquiera me determiné á contestar á ninguna de las veinte cartas que me escribió *mi compadre*, aunque las recibí todas; tal fué el estado de abatimiento en que me dejó la inesperada reunión de Cortes.

Verdad es que, como ya le dije á usted en una de mis cartas, yo nunca había podido hincar el diente á esa decantada Constitución, ni había podido recabar de mí más que tararearla mal y de mala manera, lo cual me daba mucha desventaja para poder impugnarla según eran mis deseos. Con este santo objeto me aproveché de la voluntaria oscuridad de mi vida, no sólo para leerla, sino para estudiarla y perifrasearla de mil maneras, amplificando y sustituyendo muchas de sus palabras para poder argüir con ellas á los que en adelante se propusieran defenderla. Mas ya que con usted puedo hablar con toda confianza, no encontré en este estudio todos los auxilios que yo me había figurado, porque, en efecto, la Constitución en sí misma contiene ciertas cosas que podrían contentar, no sólo á ustedes y á mí, que la aborrecíamos sólo por el sonido, sino también á los que con más ahinco se habían propuesto contrariarla...

D. Serafín Estébanez Calderón (1799-1867). Desde los primeros estudios de filosofía y humanidades que llevó á cabo en su pueblo natal, Málaga, empezó á mostrar sus raras cualidades el que andando el tiempo habría de firmarse con el seudó-

nimo *El solitario;* y casi un niño todavía, á los veinte años regentaba una cátedra de Retórica y de griego. Novelista y escritor de costumbres, crítico afamado, no sólo formó su educación en el conocimiento de los clásicos, si que también la afirmó y amplió con los autores españoles, sin que su buen gusto le arrastrara á los defectos del culteranismo tan usuales en nuestros maestros del siglo de oro y anteriores. Sus escenas andaluzas pasan por ser de lo mejor que se ha escrito desde el punto de vista pintoresco y de fina observación y aguda gracia en lengua castellana.—De *La feria de Mairena:*

¡Ay, Mairena! ay, Mairena del Alcor! ¡Cómo recuerdo el delicioso y sereno día en que llegué desde Sevilla á tu rica y visitada feria. Un sol claro y benigno daba vida al lindo paisaje de Alcalá de Guadaira, que jamás tendrá pincel que lo retrate en toda su belleza, ni trovador que revele todos los dulces y risueños pensamientos que sugiere. A un lado y otro se extendían las simétricas selvas de olivos que se pierden á la vista, como el horizonte en el mar, y al frente, como cerrando el cuadro, se miraban coronados de rosadas neblinas los altos collados sobre que se ve fundada la antigua Carmona. Carmona, la ciudad más fiel á la causa del justiciero D. Pedro, y última depositaria de sus hijos y sus tesoros. En derredor y al lejos descollaban los oteros, las colinas, ó se abrían los valles y cañadas, teatro de las hazañas de los descendientes y rivales de los antiguos Francisco Esteban, de Nebrón, y de Cadenas, los Siete Niños de Ecija, José María, Caballero y otros ciento, reyes de los bosques y caminos de Andalucía, y al fin entre los árboles é iluminadas vagamente por una luz de púrpura y oro, se dejaban ver las moriscas almenas de tu castillo, juro hereditario de los heroicos Ponces de León, timbre después de la casa de Arcos.

. . . . . .

El refinamiento de la civilización no ejerce allí su odiosa y exclusiva tiranía; todos disfrutan los goces, la holgura, son allí el patrimonio de la muchedumbre, porque están al alcance de todos. Esto derrama una bienandanza por todo aquel inmenso concurso, que añade nuevos quilates al placer del curioso observador. Al lado de los dulces laboriosamente confeccionados y sobrecargados de esencias y perfumes, regalo sólo del rico, se encuentra el acitrón, el alajú, los turrones y otros mil azúcares todavía de raza mora, que por su módico precio procuran igual sabrosa satisfacción á la aldeana, al rústico y demás

gente menuda. Si allí el fondista muestra al gastrónomo su luciente aparador y batería, allá las gitanas cubiertas de flores, en un aduar de chozas, de singular talle y traza; ofrecen rubia como el oro, saltando entre el aceite, la masa candeal convertida en buñuelos, si apetitosa al paladar, fácil de costear para todo bolsillo. Los vinos extranjeros ceden allí al famoso y barato manzanilla; la aceituna de mil modos y siempre sabrosamente disfrazada, toma prioridad, como ama de casa, sobre la francesa y apatatada trufa, y la lima, el limón dulce y la naranja, manjar aristocrático en otros países, bailan de mano en mano entre las turbas de muchachos, y entre los corros y ruedas de los mayorales, ganaderos y otra gente, así de más alta como de más baja estofa. Acaso con sus blancas tocas y su pintado albornoz algún moro en una ancha cesta ofrece el dátil de Tafilete destilando miel á los aperadores y guardas de campo que no tienen los ojos menos negros ni las mejillas menos atezadas que él; y todos, todos disfrutan, huelgan, se solazan y recrean Allá asisten á los títeres y volatines, aquí á la chirinchina y pulchinelas; acullá tratan y contratan; por este lado dicen la buenaventura, por aquél se ajusta un caballo ó una yunta de ganado; aquí se canta, allí se baila. Este requiebra, aquel enamora; todos se agitan, todos bullen. ¡Cuánta gente, cuánto viviente! ¡Qué discurrir de hombres á caballo, de calesines que llegan, de coches que pasan, de barroches que vuelan, de pretales que suenan, de campanillas que alborotan, de zagales que gritan! Los ojos se deslumbraban y la cabeza se desvanecía.

Mesonero Romanos (1803-1882). En Madrid vió la luz primera; y la holgura de su cuna y la templanza de su carácter le mantuvieron siempre á distancia de las ambiciones políticas y de la lucha por el medro personal en los cargos públicos, permitiéndole todas esas cualidades en que nació y vivió consagrarse por completo á la literatura, en donde llegó á alcanzar popularidad y renombre como pocos, no sólo en su querido pueblo natal, sino en los más apartados rincones de las provincias. Temperamento suave el de D. Ramón, incapaz del odio y de la hiel, bondadoso y cándido como un niño, fué estimado por los hombres de todos los partidos y escuelas, y por la serenidad y nobleza con que defendía sus ideas y exponía sus juicios. Sincero patriota, ni desconocía los méritos de España, ni callaba nuestros vicios y defectos.—Las principales obras de «El curioso parlante» (que así

se firmaba), son: *Escenas matritenses, El Manual de Madrid, Recuerdos de viajes* y *Memorias de un setentón.* Su estilo es natural y sencillo, sin pecar en desaliñado; su locución siempre castiza, y su manera de discurrir llena de gracia y de ingenuidad un tanto infantil.—He aquí algunos *Requiebros del Avapiés,* y algunos párrafos «De Madrid á la luna» *(Escenas matritenses)*:

Asoma estrella del barrio
á esa ventana rasgada
y oirás cómo tu manolo
sabe expresarse cuando ama.
. . . . . .
¿No soy yo aquel temerón
cuya historia se relata
desde el *Campo de Manuela*
hasta la costa africana?
¿No soy aquel cuyas glorias
en nobles versos ensalzan
todos los ciegos al son
de destemplada guitarra?
¿No soy aquel que los hombres
supo humillar á sus plantas
dispensando á las mujeres
su protección soberana?
¡Cuántas me hicieron favor!
¡Cuántas me dieron las gracias
y aumentaron mis trofeos
con el brillo de su fama!
Mas... ¿qué digo? Tú también,
ora tan fiera y tirana,
hubo un tiempo... ¿no te acuerdas?
en que digiste me amabas.
Y aquel tiempo ya pasó...
¿mas por qué ha pasado ingrata?
¿Qué causa te pude dar
para tan fiera mudanza?
¿Culpa de un garrote fué?
Mas ¿qué son, prenda adorada,
entre dos que bien se quieren
tres palizas por semana?
Fantasías juveniles,
celos, propios de quien ama,
mi osada mano impelieron
contra tus dulces espaldas.
Ya la razón me templó,
ya no soy celoso, Paca,
ya la mano que pecó
quiere reparar sus faltas.
Seis años de *esposa* dura
la hacen desear la blanda;
hierros borraron sus yerros
y amasaron su pujanza.
Héme, que ya arrepentido
torno á humillarme á tus plantas
en demanda de aquel *sí*
que el amante pecho aguarda.
. . . . . .

Ya había un buen ratillo que andábamos, sin ocurrirnos cosa que de contar sea, cuando al pasar por bajo de los balcones de una casa principal hirió dulcemente nuestros oídos una grata armonía de instrumentos. Alzamos involuntariamente la vista; y al resplandor de la suntuosa iluminación que despedían las ventanas, vimos dibujarse en la pared de enfrente los fantásticos movimientos de mil figuras elegan-

tes, que acompañaban los acordes de la orquesta, encontrándose y separándose á compás. Varios grupos estacionarios é inamovibles, ocupando los balcones, formaban entretenidos episodios en este cuadro interesante y animado, y veíanse circular por la sala multitud de familiares, con sendas bandejas, distribuyendo refrescos y confitura; escuchábase el confuso murmullo de mil diálogos interesantes; y sentíase el aroma de cien químicas preparaciones; y todo era risa, y algazara, y movimiento, y vida, y dulzura y placer. El anchuroso portal, decorosamente reforzado con el apéndice del farolón de gala, mirábase henchido de mozos y lacayos, que mataban el tiempo cambiando la calderilla á las sublimes combinaciones de la brisca, ó durmiendo al dulce influjo del mosto bienhechor, y á la puerta, varios coches y carretelas demostraban la alta categoría de aquella magnífica concurrencia.

Cuando más embelesados estábamos en esta contemplación, un ruido penetrante que se aproximaba sucesivamente, nos hizo esperar la llegada de nuevas y magníficas carrozas, y ya los cocheros que ocupaban la calle se replegaban y abrían paso de honor á los recién venidos. El ruido, sin embargo, llegó á hacerse sospechoso por una disonancia *sui generis*, que no es fácil comparar con otra alguna; y al revolver la esquina de la calle la brillante comitiva, nuestras narices, acometidas de improviso, nos dieron á conocer la verdad del caso.

Un movimiento eléctrico hizo desaparecer á todos los grupos de los balcones, y cerrar los cristales, y huir todos, y refugiarse al medio del salón, y prestarse mútuamente pañuelos y frasquillos, y cruzarse las sonrisas y miradas burlonas de inteligencia, y esperar todos á que aquella ominosa nube pasase de largo. Mas... ¡oh desgracia! el imperturbable conductor pára y detiene su primera máquina de guerra (en que montaba) delante de la misma puerta del sarao; á su vez le imitan igualmente todos los demás funcionarios con sus respectivos instrumentos; y sin hacer alto en la consternación del concurso, ni en la incongruencia de su determinación, se preparan á ejecutar sus profundos trabajos en el pozo mismo de la casa en cuestión.

Los criados corren presurosos á avisar al amo del grave peligro que amenaza: éste, horrorizado, baja la escalera, vestido de rigurosa etiqueta, con zapato de charol y guante blanco; busca y encuentra al director de aquella escena, le suplica que dilate hasta el siguiente día su operación, otras veces le amenaza, le insulta y... todo en vano; el grave funcionario responde que no está en su mano el complacerle, y que tiene que obedecer al mandato de sus jefes. Este diálogo animado se estereotipa en la imaginación de todos los concurrentes; las damas

acuden á buscar sus chales y sombreros; los galanes toman capas y sobretodos; los lacayos corren á hacer arrimar los coches; el amo patea, y grita, y ruega á todos que no se vayan, que al fin se compondrá: nadie lo cree, y los salones van quedando desiertos, los músicos envuelven en las bayetas sus instrumentos, y toda la concurrencia, en fin, gana por asalto la calle procurando evitar los ominosos preparativos, cerrando herméticamente sus narices, y corriendo precipitados á buscar otra atmósfera no tan mefítica y angustiosa.

. . . . . .

En este mismo instante empezaba á nuestra espalda otra escena, que á juzgar por la obertura no podía menos de ser brillante y divertida. Una escogida orquesta de cencerros y esquilones, almireces y regaderas, obligada de periódicos bemoles producidos por aquel instrumento grosero hasta en el nombre, formaba un estrépito original y extravagante, que contrastaba singularmente con el silencio anterior. Semejante modo de hablar simbólico tiene esto de bueno, que expresa rápidamente, y no da lugar á dudas ni interpretaciones. Así que luego que oimos el sonido del cencerro, no dudamos que aquello podía ser una *cencerrada*, y al escuchar los fúnebres acordes de la *lira de Medellín*, luego nos figuramos que se trataba de boda ó cosa tal.

Eralo en verdad; y los malignos felicitadores dirigían aquel agasajo á un honrado tabernero, que en aquel día acababa de trocar sus doce lustros de vida y sus cuatro de viudez, con una calcetera, también viuda, también vieja, y también honrada; determinación heroica y altamente social, que en vez de ser recompensada con tiernos epitalamios y coronas de laurel, celebraban sus amigos con aquella algazara, que es ya de estilo para el que vuelve á encender segunda vez la antorcha del himeneo. . . . . .

¡Las dos y media: y... sereno.—«Gracias, amigo,» dijo á este tiempo una aguardentosa voz, escapada de una como cabeza, que asomó envuelta en un gorro como verde por el ventanillo de la tienda. Y tras esto una mano amiga pasó por el mismo conducto un vaso de Cariñena, que hizo regocijar al buen Alfonso, el defensor del orden público y de los derechos conyugales.

D. Antonio María Segovia (1808-1874). Escritor del mismo género que Estébanez y Miñano, debe figurar entre los más distinguidos de su tiempo, el que se firmó con los seudónimos de «El Estudiante» y luego «El Cócora». Como articulista de costumbres, crítico, acaso deba anteponérsele á muchos de los ya

nombrados desde el punto de vista del chiste ático y de la ligera caricatura. Menos estimable es como poeta, aunque siempre su dicción es de pureza intachable y de atractiva galanura. ¡Lástima que sus numerosísimos trabajos no hayan sido coleccionados hasta el día!—He aquí unos párrafos del boceto *Los aficionados*.

Salí, como digo, de mi casa para la de un D. Trifón Acebo de la Sierra, á quien desde Jaén me encargaban que visitase para cierto asunto. Abrió la puerta él mismo y me encontré con un hombre de cuarenta años, despeluznado y sucio, vestido sobre una camisa no muy blanca, una levitilla de cúbica no muy negra, pantalón naturalmente sostenido sobre las caderas en ausencia de los tirantes, ocultando con profusos y no muy artísticos pliegues el lugar que deberían ocupar las medias, y dejando ver unos pantuflos, que empezaron á despellejarse el mismo día en que murió *por primera vez* el Sr. D. Fernando VII.—Anuncié mi embajada y de parte de quién venía, lo cual oído por D. Trifón, con entrambas manos agarró la derecha mía, y sobándomela y estrujándomela, me hizo saltar las lágrimas, porque las tales manos más parecían forradas de lija que de cútis ó piel humana. Con este agasajo me llevó á las piezas de adentro, diciendo que quería tratarme con franqueza: yo me dejé guiar, y fuimos por una escalera camino de una buhardilla. Subíamos un escalón, y subía un grado de Reaumur la temperatura: así llegamos á los veintidós escalones, entretanto que él me iba preparando para entrar en *su taller*, «porque ha de saber usted (añadió) que el haberme hallado así en este traje, y todo lleno de virutas, serrín y manchas de cola, es á causa de que soy un tanto aficionado á trabajar de ebanistería».—¡Aficionado, dije para mí, Dios nos asista!—Llegamos al estrellado taller, y el buen Acebo de la Sierra, poniendo boca abajo un cajón viejo de cigarros, me convidó á que tomase sobre él asiento, repitiendo muchas veces que me colocase con toda holgura y comodidad é hiciese cuenta que estaba en mi propia casa; ilusión imposible para quien usa sentarse en blando y habitar en estancias menos calurosas. Quise entonces hablar de mi asunto y despachar; pero D. Trifón me interrumpió para enseñarme las primorosas obras de sus manos. «Vea usted, mi amigo (me decía), aquí estoy empleado ahora en hacer estas frioleras;» y me enseñó un gran cajón de pino blanco sin tapa, destinado á poner la provisión de salvado para las gallinas, una percha, y un mango de martillo. «No es esto solo (añadió), aquí tiene usted una jaula, que por dejarla acabada el jueves, no fuí á la oficina. ¿Qué le parece á usted?» Perfectamente

(dije yo); y sobre todo es de admirar esa prodigiosa variedad de distancias que hay entre unos y otros alambres, como también el sutil ingenio con que ha ocultado usted la portezuela por donde haya de entrar el pájaro.—¡Qué dice usted! exclamó, y acompañado este grito con una interjección muy de ebanista, «soy un borrico (añadió), que no me he acordado de ponerle puerta á la maldita jaula.»—Con todo eso (le dije yo), el mérito de la obra queda en su punto, sin que baste á menoscabarle un olvido tan natural, como lo fué el del arquitecto que dejó sin escalera la casa de Correos.

Dióle consuelo la comparación, y luego siguió enseñándome una mesa de caoba á la cual había puesto un pie de nogal pintado; un comedero de palomas en que había transformado la caja de un estuche inglés, y otras preciosidades por el mismo estilo. Ya cansado de examinar tan extraño conservatorio, pregunté dónde ó cómo había aprendido el oficio.—No le he aprendido (contestó); si es todo de pura afición.—¿Y cuáles maderas prefiere usted entre las que produce España por sus calidades?—De eso no estoy enterado (dijo), porque no me he dedicado á la farmacia.—Y de los tornos modernos, ¿cuál es el que usted usa?—El del tornero de la esquina (replicó), que es á quien le mando hacer lo que en ese ramo se me ofrece.....

D. Mariano Jose de Larra (1809-1837). En los pocos años que contó de existencia dejó sobradas muestras de su genio, desnaturalizado por un temperamento hipocondriaco y misantrópico, que exacerbó sin duda el romanticismo de su tiempo y la exaltación de las pasiones políticas corrientes á la sazón. Recibió su educación el ilustre madrileño en un colegio de Francia y la completó en la corte de España.—Las primeras muestras de sus entusiasmos literarios fueron la traducción de la *Iliada* (del francés), y la del *Mentor de la juventud*. En Valladolid y Valencia había estudiado el griego, el inglés y el italiano, las matemáticas y las leyes. Publicó el periódico *El Pobrecito hablador*, por folletos que no tenían fecha para salir, mostrando su implacable saña y su firmísima penetración, con la censura de instituciones, usos y personas. Más tarde adoptó el seudónimo de *Fígaro*, que lo ha hecho inmortal.—En esta época, los trabajos políticos, los de crítica literaria y los de índole social, lo colocaron á la cabeza de todos los escritores de su tiempo, y dentro de su género,

acaso de su siglo. Menos afortunado como autor dramático que como crítico teatral, ni en la escena ni en la novela logró laureles. Entre sus producciones didácticas se cuenta un *Diccionario de Sinónimos* que dejó sin concluir. Larra en su estilo es siempre ameno; y lo que escribió como de ocasión, resulta siempre con interés, porque en el fondo de sus escritos no es solamente un literato, sino que bajo la belleza de la forma palpita el pensamiento de un verdadero filósofo. Quizá desde Quevedo no ha vuelto á existir en la literatura española escritor semejante. El pesimismo de Larra le llevó á poner fin á su azarosa vida en un rapto de loca desesperación. — Copiaremos algo: primero de *El castellano viejo*, y segundo, de *El día de difuntos*.

...Andábame días pasados por esas calles á buscar materiales para unos artículos. Embebido en mis pensamientos, me sorprendí varias veces á mí mismo riendo como un pobre hombre de mis propias ideas, y moviendo maquinalmente los labios: algún tropezón me recordaba de cuándo en cuándo, que para andar por el empedrado de Madrid no es la mejor circunstancia la de ser poeta ni filósofo; más de una sonrisa maligna, más de un gesto de admiración de los que á mi lado pasaban, me hacía reflexionar que los soliloquios no se deben hacer en público; y no pocos encontrones que al volver las esquinas di con quien tan distraída y rápidamente como yo las doblaba, me hicieron conocer que los distraídos no entran en el número de los cuerpos elásticos, y mucho menos de los seres gloriosos é impasibles. En semejante situación de mi espíritu, ¿qué sensación no debería producirme una horrible palmada, que una gran mano pegada (á lo que por entonces entendí) á un grandísimo brazo vino á descargar sobre uno de mis hombros, que por desgracia no tienen punto alguno de semejanza con los de Atlante?

No queriendo dar á entender que desconocía este enérgico modo de anunciarse, ni despreciaba el agasajo de quien sin duda había creído hacérmelo más que mediano dejándome torcido para todo el día, traté sólo de volverme por conocer quién fuese tan mi amigo para tratarme tan mal; pero mi castellano viejo es hombre que cuando está de gracias no se ha de dejar ninguna en el tintero. ¿Cómo dirá el lector que siguió dándome pruebas de confianza y cariño? Echóme las manos á los ojos, y sujetándome por detrás, ¿quién soy? gritaba, alborozado con el buen éxito de su delicada travesura. ¿Quién soy? Un animal,

iba á responderle; pero me acordé de repente de quién podría ser, y sustituyendo cantidades iguales —*Braulio eres*, le dije. Al oirme, suelta sus manos, ríe, se aprieta los ijares, alborota la calle, y pónenos á entrambos en escena.—¡Bien, mi amigo! ¿Pues en qué me has conocido?—¿Quién pudiera sino tú? ..—¿Has venido ya de tu Vizcaya?—No, Braulio, no he venido.—Siempre el mismo genio.—¿Qué quieres? es la pregunta del español.—¡Cuánto me alegro de que estés aquí! ¿Sabes que mañana son mis días?—Te los deseo muy felices.—Déjate de cumplimientos entre nosotros; ya sabes que yo soy franco y castellano viejo; el pan, pan, y el vino, vino; por consiguiente exijo de tí que no vayas á dármelos, pero estás convidado.—¿A qué?—A comer conmigo.—No es posible—No hay remedio.—No puedo, insisto ya temblando.—¿No puedes?—Gracias.—¿Gracias? Vete á paseo, amigo; como no soy el duque de F, ni el conde de P. (¿Quién se resiste á una sorpresa de esta especie? ¿Quién quiere parecer vano?)—No es eso, sino que...—Pues si no es eso, me interrumpe, te espero á las dos; en casa se come á la española: temprano. Tengo mucha gente: tendremos al famoso X, que nos improvisará de lo lindo; T nos cantará de sobremesa una rondeña con su gracia natural; y por la noche, J cantará y tocará alguna cosilla.—Esto me consoló algún tanto, y fué preciso ceder: un día malo, dije para mí, cualquiera lo pasa; en este mundo para conservar amigos es preciso tener valor de aguantar sus obsequios.—No faltarás si no quieres que riñamos.—No faltaré, dije con voz exánime y ánimo decaído, como el zorro que se revuelve inútilmente dentro de la trampa donde se ha dejado coger.—Pues hasta mañana; y me dió un torniscón por despedida. Vile marchar, como el labrador ve alejarse la nube de su sembrado, y quedéme discurriendo cómo podían entenderse estas amistades tan hostiles y tan funestas.

Ya habrá conocido el lector, siendo tan perspicaz como yo lo imagino, que mi amigo Braulio está muy lejos de pertenecer á lo que se llama gran mundo y sociedad de buen tono; pero no es tampoco un hombre de la clase inferior, puesto que es un empleado de los de segundo orden, que reune entre su sueldo y su hacienda cuarenta mil reales de renta, que tiene una cintilla atada al ojal y una crucecita á la sombra de la solapa; que es persona, en fin, cuya clase, familia y comodidades de ninguna manera se oponen á que tuviese una educación más escogida y modales más suaves é insinuantes.....

En atención á que no tengo gran memoria, circunstancia que no deja de contribuir á esta especie de felicidad que dentro de mí mismo me he formado, no tengo muy presente en qué artículo escribí (en los tiempos en que yo escribía) que vivía en un perpetuo asombro de cuantas cosas á mi vista se presentaban. Pudiera suceder también que no hubiera escrito tal cosa en ninguna parte; cuestión en verdad que dejaremos á un lado por harto poco importante en época en que nadie parece acordarse de lo que ha dicho, ni de lo que otros han hecho. Pero suponiendo que así fuese, hoy día de difuntos de 1836, declaro que si tal dije, es como si nada hubiera dicho, porque en la actualidad maldito si me asombro de cosa alguna. He vist tanto, tanto, tanto... como dice alguien en el *Califa*. Lo que sí me sucede es no comprender claramente todo lo que veo, y así es que al amanecer un día de difuntos no me asombra precisamente que haya tantas gentes que vivan: sucédeme sí que no lo comprendo.

En esta duda estaba deliciosamente entretenido el día de los Santos, y fundado en el antiguo refrán que dice *fíate de la Virgen y no corras* (refrán cuyo origen no se concibe en un país tan eminentemente cristiano como el nuestro), encomendábame á todos ellos con tanta esperanza, que no tardó en cubrir mi frente una nube de melancolía; pero de aquellas melancolías de que solo un liberal español en estas circunstancias puede formar una idea aproximada. Quiero dar una idea de esta melancolía; un hombre que cree en la amistad y llega á verla por dentro; un inexperto que se ha enamorado de una mujer; un heredero, cuyo tío indiano muere de repente sin testar; un tenedor de bonos de Cortes; una viuda que tiene asignada pensión sobre el Tesoro español; un diputado elegido en las penúltimas elecciones; un militar que ha perdido una pierna por el Estatuto, y se ha quedado sin pierna y sin Estatuto; un grande que fué liberal por ser prócer, y que se ha quedado sólo liberal; un general constitucional que persigue á Gómez, imagen fiel del hombre corriendo siempre tras la felicidad, sin encontrarla en ninguna parte; un redactor del *Mundo* en la cárcel, en virtud de la libertad de imprenta; un ministro de España, y un rey, en fin, constitucional, son todos seres alegres y bulliciosos, comparada su melancolía con aquella que á mí me acosaba, me oprimía y me abrumaba en el momento de que voy hablando.

Volvíame y me revolvía en un sillón de estos que parecen camas, sepulcro de todas mis meditaciones, y ora me daba palmadas en la frente; ora sepultaba las manos en mis faltriqueras, á guisa de buscar mi dinero, como si mis faltriqueras fueran el pueblo español y mis

dedos otros tantos gobiernos; ora alzaba la vista al cielo como si en calidad de liberal no me quedase más esperanza que en él; ora la bajaba avergonzado, como quien ve un faccioso más, cuando un sonido lúgubre y monotono, semejante al ruído de los partes, vino á sacudir mi entorpecida existencia.

¡Día de difuntos! exclamé; y el bronce herido que anunciaba con lamentable clamor la ausencia eterna de los que han sido, parecía vibrar más lúgubre que ningún año, como si presagiase su propia muerte. Ellas también, las campanas, han alcanzado su última hora, y sus tristes acentos son el estertor del moribundo; ellas también van á morir á manos de la libertad, que todo lo vivifica, y ellas serán las únicas en España, ¡santo Dios! que morirán colgadas. ¡Y hay justicia divina!

La melancolía llegó entonces á su término; por una reacción natural, cuando se ha agotado una situación, ocurriéndome de pronto que la melancolía es la cosa más alegre del mundo para los que la ven, y la idea de servir yo entero de diversión... ¡fuera! exclamé, ¡fuera! como si estuviera viendo representar á un actor español; ¡fuera! como si oyese hablar á un orador en las Cortes, y arrojeme á la calle; pero en realidad con la misma calma y despacio como si tratase de cortar la retirada á Gómez.

Zorrilla (1818-1896). El ilustre vallisoletano se educó en Madrid, y en Toledo y Valladolid siguió estudios jurídicos por empeño de su padre, que él contrarió abandonándolos al par que la casa paterna, para ir en busca de aventuras y de laureles á la corte. —Un año entero estuvo su familia ignorando su paradero, hasta que en el entierro de Larra, con asombro del cortejo fúnebre, leyó ante la tumba del malogrado *Fígaro* una composición poética. Como dice Pastor Díaz en el prólogo á la primera colección de líricas que D. José dió á luz (1837) aquel día, perdió España un literato ilustre y nació otro que había de eclipsar á todos los poetas.—Dos libros predilectos tuvo Zorrilla en su primera época, formando su gusto y su enseñanza literaria: la *Biblia* y *El genio del Cristianismo*, de Chateaubriand. Byron también influyó mucho en su estilo, sin que nadie deba enorgullecerse de haber mermado en lo más mínimo la originalidad característica del autor de tantas y tantas producciones. Lanzado al campo de la literatura, rápidamente fué coronado por la opinión, llegando á

alcanzar la más extraordinaria popularidad que ha existido en España. No ya por miles, sino por millones, pueden contarse sus versos; y su rica vena mostróse, no sólo en la lírica, si que también en la épica, con admirables leyendas moriscas y cristianas, y en la dramática con una veintena de obras que no hay español que no haya visto representar ó que conozca de oídas, ó que por lo menos, no le sean familiares sus títulos. Desde los jóvenes que inauguran sus juegos escénicos con *El puñal del godo* (por carecer de mujeres), hasta los aficionados que tienen al *Don Juan Tenorio* como la piedra de toque en que pueden contrastarse sus aptitudes, y los actores que en la interpretación de los dramas *El Zapatero y el Rey*, *Sancho García*, *Traidor inconfeso y mártir*, prueban sus facultades, ó en las comedias *Ganar perdiendo*, y *La mejor razón la espada*, etc., etc, no hay entusiasta del teatro romántico moderno que no vea en Zorrilla la más alta representación poética de nuestra tradicional escena.—Entre sus leyendas deben nombrarse *Margarita la Tornera* y *A buen juez mejor testigo*, sin que deban omitirse los «Cantos del Trovador», publicados por primera vez en 1840, y su poema á Granada (1852).—Después de complicadas vicisitudes en su vida, y de ver cómo una sola de sus obras *(Don Juan Tenorio)* producía pingües rentas á los editores mientras que él la vendiera por poco más de nada, cansado de la lucha con la escasez, marchó á América, donde fué poeta de la corte del infortunado emperador Maximiliano, en Méjico. De esta su segunda época, é influído sin duda alguna por el gusto dominante en toda la América latina, son multitud de líricas en forma ora de baladas, ora de simbolismos más ó menos conceptuosos, pero de una riqueza de lenguaje y de una galanura tan exuberante como jamás se ha producido desde el nacimiento de la hermosa lengua castellana. Zorrilla tiene sin disputa entre sus mil méritos el de poseer el más amplio y perfecto vocabulario de la poesía española, y bien puede asegurarse que ningún escritor ha dominado el diccionario de su lengua como él, que por ser singular en todo, hasta escribió en verso su discurso de entrada en la Real Academia Española, pocos años antes de morir en Madrid. Granada le coronó en vida también en esos últimos años, y no

hubo provincia á quien no cantase y de quien no recibiera inequívocas pruebas de acendrado cariño, y la Historia le proclamará el primero y el más grande de nuestros poetas.—Citar algo selecto de Zorrilla es tarea difícil, porque todo es bueno, y al acaso trasladamos á continuación trozos de *El reloj*, *La siesta*, *El pueblo del porvenir*, *La carrera del caballo* (del poema «Alhamar el Nazarita», donde emplea *todos* los metros usados en la poesía castellata), y *La Tempestad* (de los «Cantos del Trovador»).

Cuando en la noche sombría,
con la luna cenicienta,
de un alto reloj se cuenta
la voz que dobla á compás;
Si al cruzar la extensa plaza,
se ve en su tarda carrera
rodar la mano en la esfera
dejando un signo detrás;
Se fijan allí los ojos,
y el corazón se estremece,
que según el tiempo crece
más pequeño el tiempo es;
Que va rodado la mano,
y la existencia va en ella,
y es la existencia más bella,
porque se pierde después.
Tremenda cosa es pasando
oír entre el ronco viento,
cual se despliega violento
desde un negro capitel.
El son triste y compasado
del reloj que da una hora
en la campana sonora
que está colgada sobre él.
Aquel misterioso círculo,
de una eternidad emblema,
que está como un anatema
colgado de una pared,
Rostro de un ser invisible
en una torre asomado
del gótico cincelado
envuelto en la densa red,
Parece un ángel que aguarda
la hora de romper el nudo
que ata el orbe, y cuenta mudo
las horas que ve pasar;
Y avisa al mundo dormido
con la punzante campana
las horas que habrá mañana
de menos al despertar.
....
¡Ay! que es muy duro el destino
de nuestra existencia ver
en un misterioso círculo
trazado en una pared;
Ver en números escrito
de nuestro orgulloso ser
la miseria... el polvo... nada,
lo que será, nuestro *fué!*
Es triste oír de una péndola
el compasado caer,
como se oyera el ruído
de los descarnados pies
de la muerte que viniera
nuestra existencia á romper;
oír su golpe acerado
repetido una, dos, tres,
mil veces, igual, contínuo,
como la primera vez.
.....

Son las tres de la tarde, Julio, Castilla.
El sol no alumbra, que arde; ciega, no brilla:
la luz es una llama que abrasa el cielo:
ni una brisa una rama mueve en el suelo.
Desde el hombre á la mosca todo se enerva:
la culebra se enrosca bajo la hierba;
la perdiz por la siembra suelta no corre,
y el cigüeño á la hembra deja en la torre.
Ni el topo de galbana se asoma á su hoyo,
ni el mosco pez se afana contra el arroyo,
ni hoza la comadreja por la montaña,
ni labra miel la abeja, ni hila la araña.
La agua el aire no arruga, la mies no ondea,
ni las flores la oruga torpe babea;
todo el fuego se agosta del seco estío:
duerme hasta la langosta sobre el plantío.
Sólo yo velo y gozo fresco y sereno;
sólo yo de alborozo me siento lleno,
porque mi Rosa
reclinada en mi seno
duerme y reposa.
Voraz la tierra tuesta sol del estío;
mas el bosque nos presta su toldo umbrío.
Donde Rosa se acuesta brota el rocío,
susurra la floresta, murmura el río.
¡Duerme en calma tu siesta, dulce bien mío!
¡Duerme entretanto,
que yo te velo: duerme,
que yo te canto!

Yo quiero un pueblo que alegre
con gracia y con perspicacia;
que lo que derroche en gracia
su trabajo lo reintegre.
Yo quiero un pueblo que crea
en Dios y que á Dios adore;
mas que trabaje é implore,
sin cesar en su tarea.
Yo quiero un pueblo que cante
y que alegre sus talleres;
yendo allí con sus mujeres
y sus hijos por delante.
Quiero un pueblo noble y bravo
que trabaje porque debe;
no que en el trabajo lleve
el yugo vil del esclavo.
Quiero un pueblo que enamore
cantando, mas que se instruya;
que fabrique, que construya,
que maniobre y que labore.

Quiero un pueblo que trabaje
y en su casa no se aburra;
que investigue, que discurra,
que lea y hasta que viaje.
Quiero un pueblo con labranza,
con industria y con caminos
por donde anden sus vecinos
con holgura y con holganza.
Quiero un pueblo con ciudades
donde tengan por recreos
Institutos y Museos,
Sociedad y Sociedades.
Quiero un pueblo de aptitudes
capaces de iniciativas
cristianas, serias y activas,
y de cívicas virtudes.
Pueblo, en fin, con las ventajas
de las prácticas modernas;
con más granjas que tabernas,
con más virtudes que alhajas;
sin viles pasiones bajas;
sin resabios ni secuelas;
con más libros que barajas,
más aperos que vihuelas;
con muchísimas escuelas
y poquísimas navajas.

Lanzóse el fiero bruto con ímpetu salvaje
ganando á saltos locos la tierra desigual,
salvando de los brezos el áspero ramaje
á riesgo de la vida de su jinete real.
....
y matas y peñas, vallados y troncos
en rápida, loca, confusa ilusión
del viento á los silbos, ya agudos, ya roncos,
pasaban al lado del suelto bridón.
....
Pasaban y Al-hamar las percibía
pasar, sin concebir su rapidez,
en más vertiginosa fantasía,
en más confusa y tumultuosa orgía
más juntas, más veloces cada vez.
....
Y en su faz estrellándose el viento,
la ponía en nerviosa tensión,
y cortaba el camino al aliento,
y prensaba el cansado pulmón;
....

Y vió que un alba serena
con blanquísimos reflejos
amanecía á lo lejos
en esta nueva región;
y el alma exenta de pena
cruzando el éter tranquilo
volaba á un eterno asilo
en otra inmortal mansión.
.....
Vió islas encantadas

flotando en los espacios
con templos de palacios
y muros de marfil;
y casas fabricadas
de nácar, cuyas puertas
de ébano, dan abiertas
sobre jardines mil.
.....

Vió luego estos ríos
crecer sin vallares
perdiéndose en mares
de leche y de miel
y en ellos navíos
dó van los amores
meciéndose en flores
de uno á otro bajel.

.....

Avanza y niebla
pálida ve
que el aire puebla,
según pie á pie
ganando va
aquel extenso
espacio inmenso
dó errando está;
y le parece
que se ennegrece
mar, niebla y viento
en torno de él
y que se acrece
cada momento
el movimiento
de su corcel.
Anochece
y oscurece
más aprisa
cada vez
el ambiente,
que se espera

con creciente
lobreguez.
.....
Israfel
allí está
para ver
el que va
sin caer,
y pasar
no dejar
al infiel;
y he aquí
que por él
va á pasar
el corcel
de Al-hamar.
.....
Ya toca
la opuesta
ribera:
ya poca
carrera
le cuesta.

.....

¡Valor!
ya llega;
le ciega
el pavor.
Oh ¡dadle
favor!
Salvadle
Señor!
Saltó.
Pasó
con bién
y allá
cayó
de pie.
Salvo
fué.
¡Oh!
ya
¿quién
ve
dó
va?

¿Qué quieren esas nubes que con furor se agrupan
del aire trasparente por la región azul?
¿Qué quieren cuando el paso de su vacío ocupan
del Zénit suspendiendo su tenebroso tul?
¡Cuál rápidas se agolpan! ¡Cuál ruedan y se ensanchan
y al firmamento trepan en lóbrego montón,
y el puro azul alegre del firmamento manchan
sus misteriosos grupos en torva confusión!

Resbalan lentamcnte por cima de los montes,
avanzan en silencio sobre el rugiente mar;
los huecos oscurecen de entrambos horizontes;
el orbe y las tinieblas bajo ellas va á quedar.

La luna huyó al mirarlas: huyeron las estrellas:
su claridad escasa la inmensidad sorbió;
ya reinan solamente por los espacios ellas;
do quier se ven tinieblas, mas firmamento no.

En vano nuestros ojos se afanan por hallarle
del tenebroso velo que le embozó detrás,
que cuanto más los ojos se empeñan en buscarle,
se esconde el firmamento de nuestros ojos más.

¡Las nubes solamente! ¡Las nubes se acrecientan
sobre el dormido mundo! ¡Las nubes por doquier!
á cada instante que huye la lobreguez aumentan,
y se las ve en montones sin límites crecer.

Ya montes gigantescos semejan sus contornos
al brillo de un relámpago que aumenta la ilusión,
ya de volcanes ciento los inflamados hornos,
ya de movibles mónstruos alígero escuadrón.

Ya imitan apiñadas de los espesos pinos
las desiguales copas, y el campo desigual,
ya informes pelotones de objetos peregrinos
que mudan de colores, de forma y de local.

¿Qué brazo las impele? ¿Qué espíritu las guía?
¿quién habla dentro de ellas con tan gigante vòz
cuando retumba el trueno y cuando va bravía
rugiendo por su vientre la tempestad veloz?.....

¡Señor, yo te conozco! La noche azul serena
me dice desde lejos: «tu Dios se esconde allí,»
pero la noche oscura, la de nublados llena,
me dice más pujante: «tu Dios se acerca á tí.»

Te acercas, sí; conozco las orlas de tu manto
en esa ardiente nube con que ceñido estás;
el resplandor conozco de tu semblante santo
cuando, al cruzar el éter, relampagueando vas.

Conozco de tus pasos las invisibles huellas
del repentino trueno en el crujiente són,
las chispas de tu carro conozco en las centellas,
tu aliento en el rugido del rápido Aquilón.

¿Quién ante ti parece? ¿Quién es en tu presencia
más que una arista seca que el aire va á romper?
Tus ojos son el día: tu soplo la existencia:
tu alfombra el firmamento: la eternidad tu ser...
Tu espíritu infinito resbala ante mis ojos,
aunque mi vista impura tu aparición no ve,
mi alma se estremece, y ante tu faz de hinojos
te adora en esas nubes mi solitaria fe.

Emilio Castelar (1832-1899). Cádiz fué la cuna de aquel que había de llegar á ser Jefe del Estado en la nación española.—A los veinte años, y cuando seguía sus estudios en la Escuela normal central de Filosofía para dedicarse al profesorado, y donde ganó su plaza por oposición, pronunció su primer discurso político en el teatro de la Plaza de Oriente de Madrid, causando verdadero asombro su portentosa elocuencia. De entonces data su gloria, que le ha acompañado hasta la tumba.—Catedrático de Historia crítica de España en la Universidad Central, redactor de *La Discusión*, que dirigía D. Nicolás María Rivero; redactor jefe de *La Democracia*, y colaborador después de un sinnúmero de publicaciones literarias y políticas de ambos mundos, la obra de Castelar espanta por la cantidad de trabajo que supone, pues dada su fecundidad y su laboriosidad, acaso Lope de Vega ni ningún otro de los escritores más fáciles le hayan podido, no ya superar, sino igualarle siquiera. En sus primeros años escribió una novela titulada *Ernesto*, que cuando adquirió su gran notoriedad, fué publicada por la casa editorial de Gaspar y Roig, de Madrid, y más tarde también intentó de nuevo continuar en ese género con *La hermana de la Caridad*, y alguna que otra obra más. Tampoco pudo la musa lírica hacerle brillar, quedando reducido su papel á la oratoria. De tal modo absorbió este género su pensamiento y vida, que escribía en forma de discurso desde sus correspondencias hasta sus artículos de fondo; y desde sus lecciones á sus libros de historia, que varios editores le compraron, siempre resaltaba el estilo declamatorio, que le era característico.—Su maravillosa imaginación y su memoria prodigiosísima eran las dos facultades principales de que se servía su elocuencia. Tanto sus entusiastas

partidarios cuanto sus acérrimos enemigos, reconocen que los discursos tribunicios ó parlamentarios, de su primera como de su última época, pueden figurar al lado de los de Demóstenes, Cicerón, Mirabeau ú otro genio, sin que en ninguna de las clases de oratoria pueda citarse un solo modelo superior á nuestro insigne académico.—En su cátedra, educando con sus tempestuosos discursos á la juventud, acasó despertó vehementísimas pasiones, pero en cambio animó con su consejo para el progreso y el cambio radical de nuestra patria. La época verdaderamente excepcional en que fué Gobierno, tanto como Ministro de Estado en el presidido por D. Estanislao Figueras, como siendo él mismo Presidente de la República, pudo hacer muy poco por la civilización española, y su energía, perdida enteramente en la política, no ha impulsado la cultura nacional tanto como hubiera sido de desear, dadas sus dotes singularísimas.—Castelar murió pobre, y católico después de haber dejado de serlo.—A continuación damos un trozo del último artículo que escribió el día antes de su muerte, y un párrafo de su famoso trabajo titulado, El cementerio de Pisa, de los *Recuerdos de Italia*.

(«La descomposición del protestantismo en Inglaterra»).— Quien asistiera el día 11 de este mes (Mayo) en Londres á la sesión de los Comunes, imaginara encontrarse, no en la ciudad del cálculo y del cambio, sino en una ciudad teológica, semejante á la Constantinopla de los siglos medios. No se hablaba ni del Transvaal ni de China; la Economía de puertas abiertas, callaba; se interrumpía el eterno contradictorio coloquio entre liberales y conservadores; tratábase únicamente de ritos, de cánones, de ceremonias eclesiásticas, del Papa y su infalibilidad, del culto y sus grandezas, de Roma y sus recuerdos, de la Iglesia nacional y su arraigo, así en la sociedad como en el Estado. Pues entre la dilucidación de todos estos asuntos, y entre la remembranza de todos estos recuerdos, resaltaba una triste nota de recelo agudo por la suerte del anglicanismo religioso en la Gran Bretaña, considerado por muchos allí como la base y la cúpula de aquella sociedad complicada é intrincadísima.

. . . . . .

Ninguna religión, ninguna entre las religiones cristianas pertenece al Estado como la religión británica. Intereses políticos, voluntarie-

dades regias, pasiones varias, y hasta misterios de alcoba, cambiaron la religión católica en religión denominada con propiedad anglicana, por su carácter exclusivamente insular y británico. Enrique VIII produjo lo que llamaban nuestros clásicos la cisma de Inglaterra, para poner la primacía de su majestad sobre la tiara del Papa y sobre la corona de todos los cleros heterodoxos y ortodoxos. En virtud de tal pretensión, condenó á la última pena dos católicos y dos protestantes, que negaron la supremacía eclesiástica de su regia persona: sólo que ahorcó á los protestantes y quemó á los católicos. Tan política resultaba la Iglesia de Inglaterra, que seguía las mismas excitaciones del Estado. Reinó Enrique VIII, y la Iglesia fué anglicana; reinó Eduardo VI, y la Iglesia fué protestante; reinó Maria Tudor, y la Iglesia volvió á la ortodoxia católica; reinó la hija de Ana Bolena, y la Iglesia recayó de modo inapelable y definitivo en la ortodoxa luterana.

Jamás creí que hubiera en el mundo una ciudad tan muerta como Toledo. Pero no había visto á Pisa. La diferencia entre estas dos magníficas poblaciones, sin embargo es grande. En Toledo, junto á edificios maravillosamente conservados como la Catedral, hay edificios casi destruídos como San Juan de los Reyes y el palacio de Carlos V. Las ruinas en su desolación, justifican la soledad. Pero en Pisa todos los monumentos se hallan de pie; todos cuidadosamente conservados; algunos enlucidos y resucitados por restauraciones modernas; los más pintados de vivísimos colores. Diríais que aquellos palacios aguardan sus habitantes, y se hallan preparados á recibirlos; pero que los habitantes no vienen. Yo me paré el día mismo de mi llegada, por el mes de Mayo, en el puente central de Lungarno, á las dos de la tarde; y puedo asegurar que estaba solo, completamente solo, casi tentado á creer la inmensa ciudad destinada únicamente á mi persona. Magnífico sitio para un egoísta. Era triste, tristísimo ver aquellas dos largas hileras de edificios preciosos, de casas elegantísimas; aquellos varios puentes, aquellas magníficas aceras, aquella limpieza exquisita; el río en el fondo, el cielo sonriente; por uno de los extremos, copudos árboles mecidos al soplo de las frescas brisas marinas; y nadie, absolutamente nadie más que yo, en aquella hora y en aquel delicioso sitio para contemplar tanta hermosura.

. . . . . .

No sé por qué este Cementerio me parece por todas partes el Cementerio de la Edad Media. Un discípulo de Fray Angélico, de aquel místico en cuya retina se pintaban los ángeles y los querubines, de

cuyas manos jamás una Virgen ni un Cristo salió sino entre oraciones y lágrimas; un discípulo de ese fraile sublime, que pintaba de rodillas, ha dejado una graciosa figura en los inmensos frescos arrojados por su mano sobre casi toda la galería occidental del Cementerio: una figura que sólo podría nacer en tiempos más sensuales, y que representa la curiosidad infinita por los secretos de la naturaleza.....

Fray Angélico hubiera maldecido á su discípulo Gozzolli. Pero esa es la nueva edad, la edad del renacimiento, de la naturaleza maldecida hasta entonces; la edad del despertar de los sentidos hasta entonces embotados; la edad en que el fauno va á hollar de nuevo con su pie hendido los campos, y á coronarse de nuevo con guirnaldas de hiedra los cuernos . . . . . .

...La Edad Media, al morir, en todas las literaturas, reproduce la «Danza de los Muertos». Ese tétrico poema no podía faltar en el Cementerio de Pisa y en el cielo inmortal de sus pinturas del siglo décimocuarto y el siglo décimoquinto. Orcagna, el grande Orcagna lo ha pintado ahí. Miradlo y acordáos de los otros monumentos que acabais de ver, y encontraréis toda la geología del arte. La tumba donde reposa la princesa Beatriz, casi es la cuna del pensamiento nuevo. En ella ha estudiado Nicolás de Pisa. En las obras de Nicolás de Pisa ha estudiado su hijo Juan de Pisa, arquitecto y escultor del Cementerio. En las obras de Juan ha estudiado Andrés de Pisa; en las obras de Andrés ha estudiado Orcagna. En pos de Orcagna vendrá Ghiberti, que esculpirá las puertas del baptisterio de Florencia, las puertas triunfales del Renacimiento, llamadas por Miguel Angel las puertas del Paraíso... Allí me quedé apoyado en una tumba, reposando la frente agobiada sobre el mármol de una ojiva, los ojos fijos en el cuadro de la muerte y en los vestiglos del Juicio universal, iluminados por los últimos resplandores del crepúsculo, aguardando las tristezas mayores que debía traerme la oscuridad de la noche. Pero no: fresca brisa vino como á despertarme de mis sombríos ensueños; las flores de Mayo levantaron sus corolas antes agobiadas por el calor del día; un aroma penetrante, embriagador, lleno de vida, se esparció por los aires: las luciérnagas voladoras comenzaron á discurrir entre las sombras del claustro y las líneas de las tumbas como estrellas errantes, mientras la luna llena salía por el horizonte nadando majestuosa en el éter, cubriendo con sus gasas la frente de las estatuas funerarias; y un ruiseñor, oculto en el espeso ramaje de los altos cipreses, entonaba su canción de amor, como una serenata á los muertos y una plegaria á los cielos.

Doña Concepción Arenal (1820-1893). Cerramos el presente siglo con la insigne personalidad de la mujer ilustre, que en opinión de propios y extraños merece uno de los puestos principales en la criminología moderna. Dijo de ella Cos-Gayón que para señalarle el sitio que le corresponde en las ciencias filosóficas y políticas, hay que remontarse, tratándose de su sexo, á Santa Teresa y á Doña Oliva Sabuco de Nantes. Cánovas la colóca entre los seres excepcionales que han honrado la historia nacional, y hombres de todos los partidos y de todas las ideas de dentro y fuera del país, proclaman unánimes á nuestra insigne compatriota como una de las figuras más grandes de este siglo.—Tres Congresos penitenciarios internacionales la declararon autoridad incontrovertible; siendo saludado su nombre con respeto, entusiasmo y cariño á la par; tres veces nuestras Academias y Corporaciones sabias premiaron sus trabajos; por miles se cuentan sus artículos, esparcidos en diarios y revistas; sus veintitantas obras pasan como modelo de concisión de estilo, de originalidad de pensamiento, de elevación en los ideales, de profundidad en los conceptos y de atrevidas lucubraciones acerca de la reforma radical y completa del estado social, no sólo en España sino en el mundo entero. Pensador de primer orden, su filosofía es sin embargo clara y accesible á todas las inteligencias, y á pesar de la riqueza de doctrina y la exuberancia de ideas, siempre se entiende lo que quiere decir con rara habilidad expuesto en un lenguaje llano, pero cuyo nervio y cuya poesía acaso no encuentren rival en nuestra historia literaria.—La modestia de sus hábitos y la vida consagrada siempre á la intimidad del hogar, han dificultado que se pueda escribir su biografía, recogiendo las peripecias de una existencia tan interesante como la suya; y únicamente, á grandes rasgos, ha sido posible desentrañar lo que ella procuraba tener oculto, y conocer algún que otro pormenor.—Hija de militar, fué también madre de militar andando el tiempo. Liberal é inteligente su padre, abandonó estudios para seguir las legiones que habían de defender nuestra independencia; y se pagaron sus obras escritas sobre asuntos del ejército y el ejercicio de la honrosa profesión del soldado, como á tantos otros, con una prisión en

la ominosa reacción de 1823. A consecuencia de estas persecuciones y de la enfermedad que contrajo en la cárcel, murió, dejando en triste orfandad á sus hijos. Heredó Doña Concepción de varón tan estimable, el talento y la energía; el verdadero patriotismo y la sinceridad.—La precocidad de la autora se mostró casi desde la niñez, aunque de sus primeros años nada se conserva, porque destruía cuanto producía su peregrino ingenio.—En 1847 casó con D. Fernando García Carrasco, abogado y escritor liberal, y de entonces datan los estudios jurídicos de Doña Concepción, que siguió toda la carrera de Derecho, profundizando especialmente en las materias de carácter sociológico y penal. —En unión de su marido, colaboró en *La Iberia*, periódico importantísimo, hasta 1855, en que murió el Sr. García Carrasco, dejándola madre de tres hijos, de los cuales sólo uno (ingeniero) sobrevive actualmente.—No es solamente la vida del sabio la de nuestra eminente gallega, sino que á la par es también la vida de la santa. Toda la obra llevada á cabo en estos últimos años dentro y fuera de España por multitud de Sociedades benéficas, ha sido más ó menos debida en parte ó en todo á esta excepcional mujer.—Bajo el punto de vista literario, versos y prosa, poesía delicada y sana filosofía, estudios serios sociológicos y cuadros de costumbres, todos los géneros los cultivó.—A continuación transcribimos algunas líneas del capítulo titulado «¿Qué es el dolor?», de *El visitador del pobre:* sobre el problema de la «incompatibilidad entre el cultivo de la inteligencia y los quehaceres domésticos», de *La mujer del porvenir;* el principio de la Epístola V de *Cartas á los delincuentes*, y algo de «el derecho de la guerra, de sus célebres *Cuadros.*

El dolor es el gran maestro de la humanidad. ¡Qué lección tan sublime encierra á veces una lágrima que vertemos ó que enjugamos! El dolor espiritualiza al hombre más grosero, torna grave al más pueril, le aleja de las cosas de la tierra, y parece que le hace menos indigno de comunicar con Dios.—Levanta al caído, abate al fuerte, confunde al sabio, inspira al ignorante, y establece un lazo de amor entre los que se aborrecían.—El dolor purifica lo que está manchado, santifica lo que es bueno y diviniza lo que es santo. Acostumbrémonos,

pues, á mirarle como á un poderoso auxiliar que Dios nos envía, para la perfección del hombre: como el solo cauterio que puede poner coto á la gangrena de la corrupción humana...

Mirad aquellos dos hombres atribulados por el dolor físico ó por el dolor moral: los dos han sido maltratados por la fortuna ó probados por la Providencia. Al uno, desde niño, se le trató con dureza; nunca tuvo una mano que enjugase su llanto, un corazón que fuese el eco de sus penas, una inteligencia que despertase la suya y la elevara á Dios. Todas sus facultades amantes se han embotado por falta de ejercicio; todos sus perversos instintos han adquirido una actividad febril; ha empezado por aborrecer á los que eran duros con él, y ha concluído por aborrecernos á todos. La dureza de los otros le ha petrificado, no hay en él ni gratitud ni compasión. Si queréis hacerle bien, os insulta; si hablarle de Dios, blasfema.—El otro tuvo quien le compadeciera y le exhortara á sufrir con paciencia por amor de Jesús, que tanto sufrió por él. Su dolor, siempre consolado, ha hecho nacer en él una resignación dulcísima. Sin apego á las cosas de la tierra, donde tanto padece, parece no estar en ella sino para dar su sublime ejemplo; y fija la vista en el cielo, bendice sus sufrimientos y ama con amor y gratitud infinita al que le lleva consuelo.—Estas dos criaturas tan diferentes habían nacido iguales: el dolor abandonado hizo del uno un monstruo, el dolor compadecido hizo un angel del otro.

Creemos que en todas las clases se podía y se debía dar alimento al espíritu; creemos que en todas se podía y se debía hallar tiempo para pulir los gustos groseros, elevar los sentimientos, rectificar los errores, enseñar las verdades necesarias y elevar el alma del trabajador redimiéndola de la esclavitud en que ahora gime. Grave cuestión es ésta que no puede tratarse incidentalmente, y sólo hablaremos de aquellas clases que *tienen hoy tiempo* para educarse.

....

Así despilfarra la joven los primeros y mejores años de su vida sin hacer nada útil ni tratar de nada formal, ni pensar en nada grave... así, no pudiendo ser para ella la vida una *ocupación*, quiere convertirla en un *entretenimiento*.

...Las grandes señoras y las señoras ricas no gobiernan su casa, ni aun suelen dirigirla. Semejante ocupación es para las mujeres de la clase media y las pobres; estas trabajan muchas horas del día y de la

noche, y les quedan pocas para el gobierno de la casa.—La costura llevaba antes mucho tiempo malgastando en ellas no poco las mujeres hacendosas; no era, ni es raro, ver cómo se gastan muchas horas y muchos días en coser una pieza de ropa vieja que se rompe á la primera lavadura...—El cuidado de la despensa y la vigilancia de la cocina no exigen tampoco tanto tiempo, que á una mujer que madruga y sabe aprovecharlo, no le queden algunas horas ó muchas, según las circunstancias de la familia, para dedicarse á trabajos útiles, mentales ó materiales, según su disposición ó su gusto... Salvo cuando tenga muchos hijos pequeños y nadie que le ayude.. La mujer tiene tiempo para instruirse y utilizar su instrucción en provecho propio y de su familia...—El modo de emplearlo bien es una de las primeras cosas que deberían aprender. La educación de las mujeres hasta aquí podría llamarse sin mucha violencia *arte de perder el tiempo*.

Hermanos míos: Al recordar mis cartas anteriores, siente mi corazón una secreta pena; hay en ellas algunas frases severas, que dirigiéndose á desgraciados, podrían parecer dureza si no fuera necesidad. La blandura, bien lo sabéis, suele tomarse entre vosotros por debilidad que excita desdén, y yo sería objeto del vuestro si con mis palabras os diera á entender la creencia de que todos estábais dispuestos á escucharlas y seguir mis consejos y á penetraros de mis razones... Este es el motivo de bajar con el pensamiento á los abismos de la iniquidad, y decir *sé lo que en ellos pasa*...—¡Respeto y admiración! Extrañeza ó risa os causarán tal vez estas palabras, aplicadas á los que arrastran en la prisión sus cadenas y su ignominia. Sí, admiración y respeto, que no hay hombre caído tan abajo que no pueda levantarse; ninguno tan humillado, que no pueda ennoblecerse; ninguno tan culpable, á quien si de veras se arrepiente y se enmienda no digan Dios y los hombres: *yo te perdono*.

Han pasado más siglos, y todavía se juran y se bendicen las banderas; todavía se llevan ensangrentadas á los altares, y se entona el *Te Deum* para celebrar la carnicería que dió la victoria, y se llama al Padre Celestial el *¡Dios de los ejércitos!* Perdonadnos, Señor, que no sabemos lo que decimos...—Poner algunos *límites* á la crueldad, esto es, lo que se llama *derecho* de la guerra.—...Esconderse para matar á mansalva, se llama *parapetarse* y *hacer trincheras*; talar y destruir, se

llama *privar de recursos al enemigo;* cogerle traidoramente de improviso, se llama *sorpresa;* matar, hiriendo por la espalda á los que huyen, se llama *perseguir á los fugitivos;* y asesinar ancianos, mujeres y niños desde muy lejos, sin riesgo alguno, *bombardear una plaza...*— ¡Qué se tengan y sean tenidos por hombres de honor esos que de lejos, traidoramente, sin peligro, destruyen los monumentos del arte, los archivos de la ciencia, los almacenes del comercio, las máquinas de la industria, los productos del trabajo!... ¡Asombro causará algún día, que ese villano é indigno proceder se tenga por honrado!

Siguiendo lo anteriormente hecho al terminar los otros siglos, concluiremos el presente con algunos ligeros apuntes dedicados á otros literatos, pensadores, oradores, escritores, etc., de quienes dejamos de copiar modelos de sus obras; é inútil creemos añadir que tan sólo consignamos en este sitio y en la lista de autores que sigue al final de este volumen, los fallecidos.

Tomás Lapeña. Entre los filósofos del presente siglo debe figurar este doctor y canónigo de Burgos, que escribió su *Ensayo sobre la historia de la filosofía desde el principio del mundo hasta nuestros días.*

P. Fr. José Jesús Muñoz, agustino, publicó en 1839 su obra la *Florida,* en que estudia la sensación como única fuente de conocimiento, tratando de armonizar esta teoría con el dogma católico de la espiritualidad del alma y la fe sobrenatural.

Tomás García Luna, autor de las *Lecciones de Filosofía ecléctica,* publicadas en 1843, donde procura conceder con amplio espíritu de tolerancia á cada sistema filosófico la gloria que le compete, aunque sin criterio fijo para la investigación de la verdad.

Nicomedes Martín Mateos. En 1851 publicó sus *Cartas al Marqués de Valdegamas,* rechazando la acusación hecha contra los partidos liberales de falta de conocimientos teológicos. Además de esta obra de polémica, imprimió en 1861 un curso de filosofía titulado *El espiritualismo,* en las tendencias platónicas, que pueden llevar las teorías cristiano-filosóficas á evoluciones panteistas, siguiendo un psicologismo cartesiano.

D. Pedro Mata, catedrático de Medicina y filósofo materialista. *Tratado de la razón humana,* (1860). La dirección de su escuela ha sido casi individual en nuestros tiempos.

D. Patricio de Azcárate, ilustre y laborioso pensador, también es acreedor á lugar preferente en la somera enumeración de filósofos que hacemos en este lugar. En las varias obras del señor Azcárate, tanto originales como traducidas, siempre se advierte un pensamiento crítico razonador, que pudiera acaso clasificarse entre las tendencias de la escuela empírico escocesa y del racionalismo alemán.—Su obra más importante es la *Exposición histórico-crítica de los sistemas filósóficos modernos, y verdaderos principios de la ciencia,* publicada en 1861.

Eduardo Chao. El insigne hijo de Vigo, que en las luchas de la política, figurando siempre á la cabeza del partido democrático, llegó á ser Ministro de Fomento en la República española de 1873, se distinguió desde su juventud como periodista y literato, y sobre todo como historiador; á él se debe la terminación de la «Historia de España» de Mariana, hasta nuestros días, monumento escrito por parte del autor que nos ocupa con la serena imparcialidad del crítico, la firme observación del filósofo, y una corrección de estilo que hace no desmerecer su trabajo de los tomos y páginas que no le pertenecen. La instrucción pública le debió en su rápido paso por el poder la preparación de un plan de estudios, que es tenido por lo mejor pensado en los tiempos modernos, estimándolo así tanto sus amigos como sus más encarnizados adversarios. No llegó, sin embargo, á ponerse en vigor este vasto plan de enseñanza, que alcanzaba la segunda y la facultativa de ciencias y de letras, á causa del vértigo de aquella administración que devoraba cuantos proyectos se presentaban por el Gobierno ó por las Cortes.

Manuel Fernández y González. Nació en Granada y pertenece á una generación de verdaderas eminencias, educadas en la ciu lad de la Alhambra. No citaremos sino á algunos de los escritores muertos que constituían esa pléyade, y entre los que figuraron Moreno Nieto, Alarcón, Castro y Serrano. Bastan esos tres nombres para demostrar la verdad de nuestro aser-

to. Aunque lírico muy inspirado y autor dramático de extraordinario vigor, si bien de poco acierto, ha pasado Fernández y González á la historia, más que nada por sus novelas, representando entre nosotros lo que Alejandro Dumas (padre) entre los franceses. La fecundidad de su ingenio llegó á tal extremo, que componía á la vez dos ó tres obras distintas, y aun las producía dictándolas, para satisfacer la ansiedad del público y la avaricia de los editores. En muchas de sus novelas históricas, los sucesos reales se encuentran desnaturalizados, y los ficticios envueltos en laberínticas combinaciones de estupendas peripecias; pero bajo el punto de vista del interés en las fábulas, quizá ningún escritor ha aventajado al insigne autor de *Martín Gil* y *Men Rodríguez de Sanabria*. La pintura de lugares, la descripción de personajes y la viveza en el manejo del diálogo, han sido tres cualidades excepcionales en el fecundo granadino, que llenaba á diario las columnas de los folletines y las prensas de las casas editoriales. Su vida misma fué siempre una verdadera novela, en la que no faltaron accidentes desgraciados, estrecheces y miserias.

García Blanco. La facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central llegó á ser en la revolución de 1868 acaso el cuerpo docente más importante de Europa. Filósofos como Sanz del Río, historiadores como Castro, helenistas como Bardón, orientalistas como Gayangos, oradores como Castelar, profesores como Amador de los Ríos y Canalejas, y, por último, hebraizantes como D. Antonio, hallábanse encargados de las aulas. La mayor parte de estos eminentes catedráticos estuvieron separados de sus puestos por la reacción de los últimos años del reinado de Doña Isabel II, y todos volvieron á ellos en los comienzos del curso académico del 68 al 69.—Los trabajos del insigne profesor sobre la Biblia han sido estimados dentro y fuera de la nación como verdaderamente originales y de inmenso mérito. También, como Bardón, había sido sacerdote, y dejó de serlo.

D. Pascual de Gayangos. La reputación de que ha gozado siempre en Inglaterra y Alemania, aparte del renombre y consi-

deración que logró en su patria, nos ahorran de escribir su elogio en pocas líneas como venimos haciendo de tantos otros. Gracias al eminente catedrático de árabe, la historia nacional ha sido rehecha en muchos puntos, y merced á la intervención del notable académico se han podido poner en claro multitud de nubes de las narraciones y tradiciones españolas. Redactó muchas de sus obras en inglés y pocas en nuestra lengua por falta de público para trabajos de la índole de los que cultivaba, demasiado serios para el común de los lectores. Deja á su muerte una gran labor inédita que para bien de la ciencia y de la historia, irá, sin duda, dándose á lúz.

D. José Amador de los Ríos. Entre los hombres más eminentes bajo el punto de vista de historiadores de la Literatura española, debè también nombrarse al sabio Catedrático de la Universidad Central, autor de una obra que será monumento imperecedero en esta materia.

D. Francisco de P. Canalejas, profesor asimismo de la Universidad, que sustituyó á Sanz del Río en la clase de Historia de la Filosofía, fué un comentarista del krausismo, al mismo tiempo que un escritor de crítica literaria; y si la política y el bufete no hubiesen absorbido tanto sus extraordinarias facultades, habría llegado á figurar en primera línea entre nuestros pensadores del presente siglo.

Tamayo y Baus (1829-1898). El que andando el tiempo se firmó con el seudónimo de Joaquín Estébanez (nombre y segundo apellido de su madre), es sin disputa el primer autor dramático español del siglo XIX, y en nuestra humilde opinión merece figurar D. Manuel al lado de los más renombrados genios del teatro de todos los países y de todos los tiempos. Bajo el punto de vista de contextura de las obras no tiene ni ha tenido jamás rival; y por el interés siempre palpitante, el estudio de los caracteres, constantemente tomados del natural y de finísima observación psicológica; por la poesía de los sentimientos, la belleza de las descripciones; la naturalidad del diálogo; la verdad teatral; el efecto escénico; el modo de ensalzar las virtudes, por todo, en fin, cuanto debe ser cualidad preeminente en las tablas

es Tamayo el autor modelo, admirable y perfecto.—A él se debe la renovación de nuestro gusto y las nuevas y distintas corrientes que ora en sus primeras, ora en sus últimas obras, se han dibujado en el arte dramático. Los buenos y los malos autores fueron á beber inspiración en el incomparable dramaturgo. Un solo lunar empaña su arte: el empeño, á veces pueril, de llevar la política á la escena, y que fué causa de que su sentido ultramontano le hiciera equivocarse provocando las iras del público. Y no son sus mejores obras aquellas en que aparece dicha tendencia.—Nació Tamayo en Madrid, hijo de los actores D. José y Doña Joaquina, y á los ocho años (tal fué su precocidad provocada por el espectáculo constante del teatro) traducía y arreglaba obras que representaban sus padres en provincias. Y contando diez de edad, salió por primera vez á las tablas de la mano de aquellos, premiando el público en el niño el talento con que supo traer á nuestra escena *Genoveva de Brabante*. Su pariente Gil de Zárate lo empleó á los diez y nueve años en un puesto de la Administración pública, é inmediatamente se casó con una sobrina del famoso actor Maiquez.—Los mejores intérpretes que en el tablado tuvo Tamayo, fueron el célebre actor D. Joaquín Arjona, y el hermano mismo del autor, Victorino. No es esto decir que los Romea y otros artistas no representaran fielmente sus personajes. Entre las actrices figuró Teodora Lamadrid como la que mejor supo dar vida á sus creaciones.—La primera obra original de Tamayo lleva por título *El cinco de Agosto* (1848), á las que siguieron: *Angela*, la tragedia *Virginia*, *La rica hembra*, escrita en colaboración con D. Aureliano Fernández Guerra; *Locura de amor* (Doña Juana la Loca); la comedia arreglada del francés *Lo positivo*, *La bola de nieve*, *No hay mal que por bien no venga*, *Los hombres de bien*, *Un drama nuevo*, y otras.—Este último ha sido juzgado por la crítica como la obra magistral de Tamayo, que se empeñó en no darle su nombre oficial y públicamente, por más que sea notoria su paternidad.—Dicen los que quieren encontrar un algo que empañe las brillantes cualidades del más insigne de los dramaturgos, que era la soberbia cualidad característica del genial autor, y que juró después de haber devorado al-

gunos sinsabores que la crítica y el público (con razón ó sin ella) le procuraran, no volver á dar su verdadero nombre á sus producciones, como aconteció desde *Lo Positivo*.—Aunque Tamayo es versificador correcto, no brilla en la escena sino por su prosa verdaderamente inimitable, que llegó á cincelar como pocos.

D. Juan Alvarez Lorenzana, vizconde de Barrantes, es acaso, entre los periodistas del último tercio de este siglo, el más notable desde el punto de vista de la intención y de la pureza de la forma. Temperamento nervioso y enfermizo, luchó con tesón, figurando dentro del partido de Unión Liberal; y cada uno de sus artículos en los últimos años del reinado de Doña Isabel, producía extraordinaria sensación y grande efecto en las huestes de las agrupaciones medias y revolucionarias. Lorenzana fué el primer Ministro de Estado de la revolución de 1868, y autor del manifiesto á las naciones europeas y memorandum que remitió aquel Gobierno provisional.

Moreno Nieto. Hemos nombrado anteriormente á este distinguido catedrático de la Universidad Central, que empezando por ser profesor de Lengua árabe, terminó por serlo de Derecho. Filósofo entre racionalista y cristiano, quería amalgamar en sus vastas concepciones el método de la moderna filosofía alemana y el espíritu católico de la escolástica. Como otros tantos talentos de nuestra patria, apenas escribió, y toda la obra de don José se ha perdido en sus hermosos discursos y lecciones. Pasaba en el Parlamento por ser el orador á quien más difícilmente seguían los taquígrafos: ¡tal era la afluencia de aquella incomparable palabra! Ocupó algunos altos cargos en la Administración, sin que el último partido en que se encontraba filiado desde la Restauración premiase sus méritos extraordinarios con una cartera de Ministro. Era, por último, Moreno Nieto uno de los pocos sábios enciclopedistas de este siglo, y con dificultad podría citarse á nadie que tuviese lectura tan vasta y variada como la del insigne presidente del Ateneo.

Gonzalo Morón. Periodista, crítico, filósofo, ha sido el primero entre nosotros que aplicó la filosofía á la historia en estudios profundos sobre las instituciones nacionales, especialmente

de la corona de Aragón. La política, persiguiendo cruelmente á D. Fermín, influyó para que adquiriese la enfermedad mental, que dejándolo á intervalos lúcido, abrevió su existencia, evitando que produjera mayor número de obras que las que dejó escritas. En el antiguo Ateneo pasaba la vida dedicado al estudio, siendo amenísima su conversación.

Los Revilla. En realidad debieran aquí estudiarse juntos á D. Manuel de la Revilla y á su padre D. José, académico este último, y á quien se debió gran número de reformas en la instrucción pública, colaborando con el ilustre Gil y Zárate.—Desde muy niño brillaba D. Manuel entre los estudiantes por la facilidad de su palabra, por la agudeza de su ingenio y su gracia proverbial. A raíz de la Revolución de 1868, fué nombrado profesor interino del Instituto del Noviciado de Madrid, y durante la República de 1873 desempeñó el cargo de Oficial mayor del Ministerio de Fomento, el cual dimitió el 3 de Enero, no queriendo servir á la administración del golpe de Estado. En 1876 ganó por oposición la cátedra de Literatura general y española de la Universidad de Madrid, y á consecuencia de un exceso de trabajo cerebral y de otras causas tal vez, perdió la razón temporalmente en un período de demencia aguda. Curado de la terrible enfermedad, volvió á la cátedra, aunque sin recobrar la brillantez de sus cualidades características, y muriendo el año 1881 víctima de otra enfermedad que la nerviosa de que acabamos de hablar.—Revilla era ante todo crítico y polemista, acreditándose de lo primero en los diarios de Madrid, y de lo segundo en sus discusiones del Ateneo. Sus poesías no llegaron sino á la categoría de ensayos, y los trabajos que le han dado más nombre son sus *Elementos de Ética*, su *Estudio sobre el discurso del método en Filosofía*, y el *Naturalismo en el arte*, y sus *Bocetos literarios*.—Su *Manual de Literatura*, escrito en colaboración, no reviste grande originalidad, puesto que obedece á un programa publicado y conocido muchos años antes de la aparición de esta obra, aunque sí debe reconocérsele en cambio que si no en el plan y contextura, en el desarrollo es acreedor á todo género de aplausos.

Cánovas del Castillo. El ilustre malagueño D. Antonio, vino a la vida pública bajo la protección de Estébanez Calderón y de Ríos Rosas. Después de grandes vicisitudes en su vida y alternativas frecuentes en sus ideas dentro de la tendencia conservadora, acabó por representar á toda la opinión pública monárquica, constitucional de la derecha.—La importancia que en la política llegó á alcanzar en los últimos años de su vida, desde la restauración borbónica, aumentó de modo extraordinario su prestigio literario y científico. Pretendió cultivar desde su juventud todos los géneros, pero en la poesía fué muy desdichado y aun en su derivada la novela tampoco conquistó grandes laureles. Erudito en la primera mitad de su vida, cultivó la Historia, siendo muy estimables sus trabajos en este orden, los cuales le llevaron á ocupar las poltronas de varias Academias; y en la segunda mitad de su azarosa existencia política, se dedicó por completo á los estudios de carácter sociológico, aunque no llegara á producir otras obras de verdadero mérito que sus discursos.—En la oratoria es sin duda donde rayó á grande altura, por lo que pasará sin duda á la posteridad.—Fué presidente del Ateneo de Madrid é individuo de muchas corporaciones nacionales y extranjeras, llegando á ocupar en la gobernación del Estado, después de la restauración, repetidas veces el cargo de Presidente del Consejo de Ministros.—Si la pasión no hubiese oscurecido á intervalos su clarísimo talento, habría podido legar al futuro, tanto en la administración pública cuanto en el progreso de las ciencias y de las artes, hechos insignes que hubiesen concedido inmortalidad á su nombre; pero absorbido en la lucha constante del ardor vertiginoso de la política española en los últimos años del presente siglo, ni tuvo reposo suficiente para producir obras literarias ni para dar vigoroso impulso á la cultura nacional.

LISTA de otros varios autores hasta fines del siglo XVIII, con indicación de alguna de sus obras.

A

Alvarez Gato (Juan).—Trovador. (Siglo XV). Versos.

Acosta (Antonio de).—(Fines del XVI.) Científico naturalista. «Loores de mujeres».

Aldama (Cosme de).—(Fines del XVI.) «La Asneida».

Ayora (Gonzalo de).—(Fines del XVI.) «Cartas militares.»

Agreda (Diego de).—(XVII.) «Doce novelas morales.»

Alcalá Yáñez (Dr. Jerónimo).—(XVII.) «El donado hablador», 1.ª y 2.ª parte, novela.

Altamira (Pedro de). — (Principios del XVII.) «La aparición de Jesús.» Auto.

Abarca y Bolea (Martín).—(XVI). «Orlando determinado», poema

Acevedo (Alfonso de). — (XVI). —«La creación del mundo», poema.

Alarcón (Arcángel de).—(XVII). Poeta místico. «Vergel de plantas divinas »

Alonso (Agustín).—«Hazañas de Bernardo del Carpio», poema.

Alonso de Córdoba (Martín).—Predicador. «Vergel de nobles doncellas.»

Avila y Zúñiga (Luís de).—(XVI) «Comentario de la guerra de Alemania »

Alburquerque (José de Silvestre, Duque de). - (XVIII). «El robo de Proserpina.» Poema burlesco.

B

Benavente (Fray Jacobo de). — (Predicador, siglo XIV).

Baena (Alfonso de).—(XV). Colector de «cancioneros».

Burgos (Diego de). — Trovador. (XV). «El triunfo del Marqués de Santillana», en verso.

Bárrios (Alonso de).—(Mediados del XVI.) «Filosofía cortesana moralizada», en verso.

Barco Centenera (Martín).—(Fines del XVI. «La Argentina», poema.

Bravo (Fray Nicolás).—Poeta místico de fines del XVI. «La universal redención.»

Barahona de Soto (Luis de).—Poeta. (XVII). «Las lágrimas de Angélica.»

Bances Cándamo (Francisco). — (Fines del XVII). «El esclavo en grillos de oro.»

Ballester (Francisco). — Poeta. «Sacro plantel de flores divinas»

Bazans. – Poeta. «Sagradas flores del Parnaso.»

Bermúdez de Alfaro (Juan).—«Narciso», poema.

Bocamo (Manuel). — Filósofo. «Sistema contra Aristóteles.»

Bonilla (Alonso de). – Poeta. «Nuevo jardín de flores divinas.»

Botello (Francisco). — «Alfonso ó la fundación de Portugal», poema (XVIII).

Brutón y Mujica (P. José Anto-

nio).—Poeta. «Armónica vida de Santa Teresa de Jesús.—(XVIII.)

C

Cartagena (Diego de).—Mediados del siglo XV. Traductor del Asno de oro, de Apuleyo.

Casas (Fray Bartolomé de las).—(XV). «Brevísima relación de la destrucción de Indias.»

Caro Mallén (Doña Ana). — «La musa sevillana». poetisa y autora dramática del XVI.

Castellanos (Juan). — (Fines del XVI.) «Elegías de varones ilustres de Indias» y «Neapolina».

Cervantes de Salazar (Francisco). —Moralista (XVI). «De la Fama» (continuación del Diálogo de la dignidad del hombre, de Pérez Oliva).

Coloma (Juan de). — (Fines del XVI.) «Década de la pasión de Cristo.»

Cairasco Figueroa (Bartolomé).—(XVI). Poeta. «Templo Militante».

Cabello de Aragón (Alvaro).—(XVII.) «El genízaro de España y rayo de Andalucía», comedia.

Castillo (Andrés del). — (XVII.) «La mojiganga del gusto», colección de seis novelas cortas.

Castillo Zolórzano (Alonso). — (XVII.) «La garduña de Sevilla.»

Cañizares (José). — (Fines del XVII.) «El Dómine Lucas», comedia.

Céspedes (Gonzalo).—«El español Gerardo.»

Colodredo y Villalobos (Miguel de).— «Divinos versos ó Cármenes sagrados.»

Castrillo (Marqués de).—(XVIII). «Las glorias de Salamanca», poema.

D

Díaz de Gámez (Gutierre).—(Prosista de mediados del siglo XV) «Victorial de Caballeros.»

Díaz de Toledo (Pedro).—(Prosista, mediados del XV.) «Diálogo ó razonamiento sobre la muerte del Marqués de Santillana.»

Dueña (Fray Juan).—(Idem del XV.) «Espejo de consolación de tristes.»

Diamante (Juan Bautista). — (Siglo XVII.) «La judía de Toledo», comedia.

Díaz Callecerrada (Marcelo). — (Principios del XVII.) «Endimión», poema.

Díaz (Duarte). — «Conquista de Granada», poema.

E

Enríquez del Castillo (Diego).—(Cronista de mediados del siglo XV.) «Crónica de D. Enrique IV».

Estella (Fray Diego de).—(Mediados del XVI.) Prosista. «De la vanidad del mundo.»

Enríquez de Guzmán (Doña Feliciana).—Poetista y autora dramática del XVII.

Enciso de Monzón (Juan Francisco).—«La Cristiada», poema.

Escoiquíz (Juan de). — (XVIII). Traductor del «Paraíso perdido» de Milton.

Enríquez (Gonzalo). — (XVIII.) «A la infancia del hombre».

F

Fernández (Fray Lope).—(Predicador de mediados del XV.) «Espejo del alma.»

Fernández de Valera (Johan).—

(Jurista de mediados del XV.) «Oración retórica.»

Fernández de Velasco (Pero).—(Jurista de mediados del XV.) «Seguro de Tordesillas.»

Fernández Heredia (Juan).—(Poeta de fines del XV.) «Maldición que face á ssi mesmo.»

Fernández de Oviedo y Valdés (fines del XVI) «Historia general y Natural de Indias.»

Florez (Juan de). — (Novelista de principios del XVI.) «Historiade Aurelio é Isabela.»

Ferreira de la Cerda (Bernardo). —(Fines del XVI.) «España libertada», poema.

Fox Morcillo (Sebastián).—(Filósofo del XVI.) «Sobre Platón y Aristóteles»

Fernández de Aragón (Doña Cristobalina). — (Poetisa de Antequera del XVII.)

Fernández de Navarrete (Pedro)—(Didáctico del XVII.) «Cartas.»

Fernández Pinilla (Juan). — (XVII.) «Para sí», colección de novelas.

Fuentes (Alonso de).—(Fines del XVII.) «Romances», imitación de los antiguos.

Fernández Marmanillo (Francisco).—(XVIII.) «San Pedro Arbués», poema.— También escribió en latín el mismo asunto.

G

Gómez (Pero).—(Fines del siglo XIII.) «Proverbios en rimo del Sabio Salomón»

Gómez de Albornoz (Pedro).—(XIV). «Libro de la Justicia de la vida espiritual et perfección de la Eglesia militante.»

González de Mendoza (Pero).—(Mediados del XIV.) «Cántiga de Serrana» y «Cantareses escénicos»

González de Clavijo (Ruy.)—(Mediados del XV) «Crónica de viajes.» «Vida del Gran Tamerlán.»

Giménez (Fray Francisco).—Fines del XV). «Libro de las mujeres ilustres».

Guillén (Diego).—(Poeta fines del XV.) «Panegírico de Doña Isabel.»

Guillén de Segovia (Pero).—(Trovador del XV.) «Dezires al día del Juicio.»

Girón (Diego).—(Poeta de mediados del XVI.) Traductor de Horacio.

Gutiérrez (Juan Rufo). — (Poeta de mediados del XVI). «La Austriada», poema.

Gallegos (Manuel). — (Fines del XVI.) «Gigantomaquia», poema burlesco.

García Oriolano (Gaspar).—(Fines del XVI.) «Murgetana ó conquista de Murcia, por don Jaime I», poema.

Giménez de Ayllón (Diego).—(Fines del XVI). «Famosos hechos del Cid», poema.

Giménez Patón. — (Fines del XVI.) «Arte de la Elocuencia española.»

Guzmán (Juan).—(Fines del XVI) «Retórica.»

Garay (Doctor). — (Siglo XVII). «Epístola á Fabio», en verso.

García (Marcos).—(XVII) «Flema de Pedro Hernández», novela.

Garibay (Esteban de).—«Los cuarenta libros del compendio historial de las crónicas y universal historia de todos los reinos de España.»

Garcilaso de la Vega. (El Inca.)

Gómez Manrique.— Poeta «Coplas al mal gobierno de Toledo.»

Gallardo de Villaroel (Isidoro F. Ortiz).—(XVIII). «Las noches alegres».

H

Herrera (Hernando). — Filósofo (siglo XVI). «Las ocho levadas con Aristóteles y sus secuaces.»

Huete (Jaime de). — (Fines del XVI.) «Tesorina», comedia prohibida por la Inquisición.

Herrera (Antonio de.) — (XVII.) «Historia de los sucesos de Inglaterra y Escocia» (María Estuardo.)

Hinojosa y Carvajal (Alvaro de). — (XVII.) «Vida y milagros de Santa Inés», poema.

Hoz Mota (Juan de la). — (XVII.) «Castigo de la miseria.»

Huarte (Cayetano M.) (XVIII). «La Dulciada», poema burlesco.

I

Illescas (Gonzalo de). — «Historia pontificial y católica.»

Infante (D. Carlos, el), (hijo de Felipe III). Versos.

L

López de Toledo (Diego). — (Mediados del siglo XV.) Traducción de los «Comentarios de César.»

López (Fray Juan). — (Mediados del XV.) «Libro de la Casta Niña».

López de Mendoza (Fray Iñigo). — (XV.) Franciscano, poeta y escritor. «El Dechado», dedicado á Isabel la Católica.

Lucena (Juan de). — (Mediados del XV.) «Vita beata.»

López de Gomara (Francisco). — (XVI). «Historia general de Indias y crónica de la conquista de Nueva España.»

López de Zárate (Francisco). — (fines XVI). «La invención de la cruz.»

La Puente (Padre Luís de). — Jesuíta (fines XVI). «Meditaciones espirituales.»

Laso de la Vega (Gabriel). — (Fines del XVI.) «Cortés valeroso», poema.

Ledesma (Alonso de). — (Fines del XVI). «Conceptos espirituales.»

Leiva Ramírez de Arellano (Francisco de.) — Mediados del XVII). «Príncipe tonto», comedia.

Lara (Fray Francisco de). — Poeta. «Sol máximo de la Iglesia.» San Jerómino (XVIII).

López (Alfonso), el Pinciano. — «El Pelayo», poema.

M

Martín (Maestro Pedro). — (Mediados del siglo XV.) Predicador. «Sermones.»

Martínez de Burgos (Fernán). — (XV.) Colector de «Cancionero.»

Martínez de Toledo (Alfonso). — mediados del XV). «Corbacho.»

Megía (Luis). — (Primera mitad del XVI.) «Apólogo entre la ociosidad y el trabajo.»

Medrano (Francisco de). — (Mediados del XVI.) «Profecía del Tajo» y «Sonetos.»

Morales (Ambrosio de). — (Siglo XVI). «Crónicas.»

Márquez (Maestro Fray Juan). — (Fines XVI.) «Gobernador cristiano.»

Mata (Fray Gabriel). — (Fines del XVI.) «El caballero Asisio.»

Martínez (Esteban). — (Principios del XVII.) «San Juan», auto.

Mesa (Cristóbal de). — (XVII). — «El Patrón de España», poema.

Mármol y Carvajal (Luís del). — «Historia de la rebelión y casti-

go de los moriscos de Granada.»
Martín Braones (Alonso).—Poeta. «Los triunfos de Jesús.»
Martínez Guindal (José).—«Cristo paciente», poema.
Megía (Pedro). - Cronista de Carlos V. «Historia imperial y cesárea.»
Méndez de Vasconcellos (Juan).—«Liga deshecha por la expulsión de los moriscos», poema.
Mendoza (Bernardino de). —«Comentarios de lo sucedido en los Paises-Bajos.»
Mínguez Camargo (Hernando).—Poeta. «San Ignacio de Loyola.»
Miranda (Fray Andrés de).—Predicador «Tratado de la Herejía.»
Mosquera y Barrionuevo (Francisco de).—Poeta. «La Numantina», poema.
Murillo (Fray Diego).—Idem. «Divina, dulce y provechosa poesía.»
Montiel (Fr. Antonio).—(XVIII). «El Eustaquio», poema.

N

Nájera (Esteban de).—(Siglo XV). —Colector de «Romances».
Núñez de Toledo (Alonso). Mediados del XV).—«Renacimiento del mundo».
Núñez de Reinosa (Alonso). —(Principios del XVI). — «Los amores de Clareo y Florisea», novela.
Navarra (Pedro de).—(Fines del XVI.) «Diálogos morales».
Nieto de Molina (Francisco). —(Fines del XVII.) «La Perromaquia».
Nieremberg (P. Juan Eusebio).—Místico Jesuíta principios XVII «Manual de Señores y Príncipes.»
Navas (Francisco de las).—«Tidea», comedia prohibida por la Inquisición.
Niebla (conde). —«Las glorias de S. Juan Franco Regis.» (XVIII)

O

Ortiz (Alonso). — (Mediados del siglo XV.) «Felicitación á los Reyes Católicos.»
Orozco (Fray Alonso de).—(Mediados del XVI.) Predicador. «Libro de confesiones.»
Ocampo (Florián de). — Cronista de Carlos V. «Crónica general de España.»
Ortí (José). — (XVIII). «Cosmografía.»

P

Palencia (Alfonso de).—(Mediados del siglo XV). Traductor de Plutarco. «Crónica de don Alfonso.»
Prexame (Ximénez de).—(Mediados del XV). «Lucero de la vida christiana»
Pérez de Oliva (Maestro Fernán). — (XVI) Filósofo. «Diálogo de la dignidad del hombre.»
Paravicino de Arteaga (Fray Félix Hortensio). - (XVII). «Romances.»
Pastor (Juan). — Principios del XVII.) «La castidad de Lucrecia», tragedia; «Nacimiento de Jesucristo», auto.
Pacheco (Francisco) . — (XVII.) «Arte de la Pintura, su antigüedad y grandeza.»
Parra y Quiroga (Sor Gregoria).—Poetisa mística sevillana, carmelita (XVII.)
Pinedo (Sor Valentina).—Poetisa mística sevillana, carmelita. (XVII).
Pérez de Herrera (Cristóbal).—(Fines del XVII). Médico y

poeta. «Proverbios morales.»
Peralta Barnuevo (Pedro).—«Lima fundada ó Conquista del Perú», poema. (XVIII).
Pérez Camino (Manuel N.)—«La opinión», poema. (XVIII.)
Pérez de Hita (Gómez).—«Novela de las guerras civiles de Granada.»
Polo de Medina (Salvador Jacinto). — (XVII.) Poeta festivo. «Buen humor de las Musas.»
Pérez de León (Andrés). —Domi nico. (Fines del siglo XVI.) (Francisco López de Ubeda.) «La pícara Justina», novela, imitación de «Guzmán de Alfarache».

Q

Quintanilla (Alonso de).—Mediados del siglo XV). «Discurso de «Las Hermandades »
Quirós (Pedro de).—(XVII). «Sonetos» y «Madrigales».
Quincoces (Dr.), poeta (XVIII).

R

Rodríguez de Almela (Diego).—(Mediados del XV.) «Valerio de las Historias.»
Rodríguez de la Cámara (Juan).—(Siglo XV). «Trunpho de las Donas.»
Rodríguez de Luna (Pero).—(Mediados del XV). «Crónica del Paso Honroso.»
Rivera (Hernando de). — (Fines del XV.) «Historia de Granada», en verso.
Rhua (Bachiller Pedro de).—(Primera mitad del XVI). Cartas.
Reyes (Matías de los).—(XVII.) «Para algunos.» Colección de novelas.
Rojas (Agustín de)—«Viaje entretenido», poema.
Ruíz (Sor Beatriz Agustina). — «Poema de la historia de la Pasión del Señor (XVIII).
Ruíz de León.—«La Hernandía», poema (XVIII).

S

Stúñiga (Lope de)—(XV). Colector de «Cancionero.»
Sánchez (Ruy). — (Mediados del XV.) «Suma de la política.»
Santa María (Pablo de).— Mediados del XV.) «Suma de Crónicas.»
San Cristóbal (Fray Alonso de).—Predicador (XV.) «Vigecio Spiritual.»
Sánchez (Francisco), el Brocense. —(XVI.) «Gramática.»
Sedeño (Juan de). — (Principios del XVI). «Diálogos sobre las Bienaventuranzas.»
Saavedra Guzmán (Antonio de).—(Fines del XVI). «El peregrino indiano ó conquista de Méjico, por Cortés», poema.
Salazar y Torres (Agustín).—(Poeta de mediados del XVII.) «Las estaciones del día.»
Salas Barbadillo. — (XVII.) «La ingeniosa Elena», novela
Sánchez (Miguel), el Divino .— XVII.) «La guarda cuidadosa», comedia.
Santos (Francisco). — (Fines del XVII.) Novelas cortas. «Día y noche de Madrid.
Soto de Rojas (Pedro).—«Desengaños del amor», en verso.(XVII.)
San Juan (conde de). — (XVIII). «Prometeo», poema alegórico.
Silvestre (Pedro).—(XVIII). «Proserpina», poema.
Saldueña (conde de). — (XVIII). «Fábula de Júpiter y Europa», poema.
Sallent (Sor Mariana).—(XXIII.) «Santa Clara», poema.

Sandoval (Fray Prudencio de).—Historiador.
San Felices (Marqués de). —«Atalante é Hipomenes», poema.
San Pedro (Diego de).—«La Cárcel del Amor.»
Silva (Feliciano de). —«La segunda Celestina», poema.
Salas (Francisco). (XVIII). «Observatorio rústico», poema pastoril.

T

Talavera (Fray Hernando de).—(Mediados del siglo XV.) «Tratado del vestir, del calzar y del comer» (contra la incontinencia).
Torre (Fernando de la).—Mediados del XV.) «Carta á la muerte de D. Alonso de Cartagena.»
Torquemada (Antonio). — (Fines del XVI). «Jardín de flores».
Therán (Francisco). —«Laurel del Sol español», poema narrativo (XVIII).

U

Ubeda (Beneficiado de). - (Fines del siglo XIII.) «Sancto Ildefonso.»
Urrea (los hermanos, condes de Aranda). — (Fines del XV.) Versos.
Ulloa y Pereira (Luis de).—(Principios del XVII.) «Raquel», poema.
Ulloa (Alonso de).— «El proceso de cartas de amores que entre dos amantes pasaron», novela.
Uciel (Jacobo).—«David», poema.
Ureña (marqués de).—(XVIII), poeta.

V

Valera (Mossen Diego de).—(Mediados del siglo XV.) «Breviloquio de virtudes.»
Villegas (Antonio de).—Mediados del XVI.) «Historia del Abencerraje y de la hermosa Josefa.»
Venegas (Maestro Alejo). (Siglo XVI.) «Agonía del tránsito de la muerte.»
Villalobos (Francisco).—(Mediados del XVI.) Moralista y traductor de Plauto. «Problemas».
Valdivielso (Maestro José de).—Principios del XVII.) «Romance espiritual del Santísimo Sacramento »
Velez de Guevara, hijo (Juan).—(XVI). «El mancebo de los Palacios», comedia.
Valenzuela (Fernando). Consejero de Carlos II. «Endechas.»
Vega Tassis (Juan). — (XVII.) «Fábulas mitológicas.»
Villarroel (José).—(XVIII) Poeta.

Y

Yepes (P. Fray Diego de). — (Siglo XVII). «Vida de Santa Teresa de Jesús» é «Historia de la orden de San Benito.»

Z

Zapata (Luis). — (Mediados del XVI.) «Carlo famoso», poema.
Zurita (Jerónimo). — Cronista. (XVI). «Anales de la Corona de Aragón», y «Cartas».
Zárate (Fray Fernando de. — (Principios del siglo XVII.) — «Discursos de la paciencia cristiana.»
Zayas (Doña María de).—(La sibila de Madrid.) Poetisa y autora dramática del XVII.
Zamora (Antonio).—(Fines del XVII.) «El hechizado por fuerza.»

Algunos otros autores del siglo XIX.

A

Alarcón (Pedro A.). Novelista.
Alvarez Espino (Romualdo). Filósofo y literato.
Arjona y Laynez (Joaquín). Autor dramático.
Arnao (Antonio). Poeta lírico.
Alonso (J. Bautista). Periodista.
Alfonso (Luis). Crítico de arte y periodista.
Aparisi Guijarro (Antonio). Orador.

B

Baralt (Rafael María). Filósofo é historiador.
Biedma (Patrocinio de). Poetisa.
Burgos (Francisco Javier de). Literato y periodista.
Barcia (Roque). Escritor y orador.

C

Caballero (Fernán). Novelista.
Caballero (Fermín). Publicista.
Calderón (Laureano). Químico y orador.
Calvo Asensio (Pedro y Gonzalo). Periodistas.
Camprodón (Francisco). Dramaturgo.
Cañete (Manuel). Crítico.
Castro (Adolfo de). Literato cervantista.
Castro y Serrano (José de). Literato.
Catalina (Severo). Literato y orientalista.
Corradi (Fernando). Periodista.
Carvajal (José). Orador.

CH

Chíes (Ramón). Orador y periodista.

D

Díaz de Benjumea (Nicolás). Cervantista.
Díaz Lamarque (los esposos). Poesías.

E

Eguílaz (Luís). Autor dramático.
Escosura (Patricio de la). Polígrafo y orador.
Espejo Valverde (Carmen). Poetisa.

F

Frías (duque de). Poeta.
Fernández de los Ríos (Angel). Periodista.
Fernández Espino (J.). Literato.
Fernández Guerra (los hermanos). Polígrafos.
Flores (Antonio). Escritor de costumbres.
Flores Arenas (Francisco). Literato.
Flórez Estrada (Alvaro). Economista.
Franquelo (Ramón). Periodista.
Figueras (Estanislao). Orador.
Fuentes (José de). Periodista y autor dramático.

G

G. Balmaseda (Joaquina). Poetisa y novelista.

Gallardo (Bartolomé José). Literato.
García Cadena (Peregrín). Crítico dramático.
García de Quevedo (José Heriberto). Poeta.
García Santisteban (Rafael). Autor dramático.
Gil (Isidoro). Dramaturgo,
Giner de los Ríos (Jose Luís). Periodista y economista.
Gisbert (Lope). Literato y economista.
Gómez Hermosilla (José). Humanista.
Gorostiza (Manuel Eduardo). Autor dramático.
Grimaldi (Juan de). Autor dramático.
Gutiérrez de Alba (José María). Poeta.
Gálvez (María Rosa). Poetisa.
González (P. Ceferino). Filósofo.

H

Hurtado (Antonio). Autor dramático.

I

Ibo Alfaro (Manuel). Novelista.
Inza (Eduardo). Poeta.
Iza (José). Crítico y periodista.

J

Janer (Florencio). Historiador y erudito.
Justiniano (Juan). Poeta.
Jiménez de la Espada (Marcos). Geógrafo é historiador.

L

Lasso de la Vega (Angel). Poeta.
Laverde (Gumersindo). Filósoto é historiador.
Lozano de Vilches (Enriqueta). Poetisa.
López (Joaquín María) Orador.

M

Macpherson (Guillermo). Poeta.
Madrazo (Pedro). Historiador y crítico de arte.
Marco (José de). Autor dramático.
Martínez Villergas (Juan). Poeta.
Martín (Melitón). Filósofo.
Martínez Monroy (José). Poeta.
Mora (José Joaquín de). Poeta y crítico.
Molins (marqués de). Poeta é historiador.
Massanés (Josefa de). Poetisa
Monlau (Pedro Felipe) Filósofo y literato.
Montesino. Pedagogo.
Martos (Cristino). Orador.

N

Navarrete (Ramón de), *Asmodeo*. Periodista y autor dramático.
Navarro Villoslada (Francisco de). Polígrafo.
Nougués (Pablo). Publicista.
Núñez Arenas (Isaac). Filósofo y literato.

O

Ochoa (Eugenio de). Crítico, erudito y literato.
Olona (Luís). Autor dramático.
Ortega y Frías (Ramón). Novelista.
Olózaga (Salustiano de). Orador y escritor.

P

Pacheco (Joaquín Francisco). Orador y jurisconsulto.
Parreño (Florencio Luís). Novelista.
Peña y Goñi (Antonio). Crítico musical.

Pérez Echevarría (Francisco) Autor dramático.
Perier (Carlos M.). Periodista.
Picón (José). Autor dramático.
Pidal (Pedro José, marqués de). Orador y polígrafo.
Pina (Francisco, padre é hijo). Autores dramáticos.
Príncipe (Miguel Agustín). Poeta.
Puente Apecechea (Fermín de la). Literato
Puente y Brañas (José de). Autor dramático y periodista.
Pérez Escrich. Novelista.

Q

Quiroga (Francisco). Naturalista.
Quirós de los Ríos (Juan). Humanista.

R

Reus y Vahamonde (Emilio). Polígrafo y orador.
Rodríguez Correa (Ramón). Poeta y periodista.
Rodríguez Rubí (Tomás). Autor dramático.
Romea (Julián). Actor y poeta.
Ros de Olano (Antonio). Poeta, novelista y orador.
Rivera (Luís). Periodista y poeta.
Rivero (Nicolás María). Orador y periodista.
Rosa González (Juan de la). Periodista.
Robert (Roberto). Periodista y literato.
Rosell (Cayetano). Crítico y literato.
Rubio (Carlos) Poeta y periodista.
Ruíz de Quevedo (Manuel). Pedagogo.

S

Sáez de Melgar (Faustina). Novelista.
Salas Quiroga (Jacinto). Poeta y crítico.
Sánchez Barbero (Francisco). Humanista.
Sánchez de Castro (Francisco). Autor dramático.
Sánchez Ruano (Félix). Filósofo y periodista.
Santos Alvarez (Miguel de los). Poeta.
Silvela (Manuel). Novelista y literato.
Sinués (María del Pilar). Novelista.
San Miguel (Evaristo de). Historiador y poeta.
Sama y Vinagre (Joaquín). Pedagogo.
Sanz (Eulogio Florentino). Poeta.

T

Tárrago y Mateos (Torcuato). Novelista.
Tapia (Eugenio de). Publicista.
Tapia (Tomás). Filósofo.
Tejado (Gabino). Periodista.
Tubino (Francisco María). Publicista y literato.
Trueba y Cosio (Telesforo). Literato y novelista.

U

Utrilla (Juan). Novelista, periodista y autor dramático.

V

Valladares (Luís y Ramón). Literatos.
Vallejo (Juan) Periodista y poeta.
Vidart (Luís). Polígrafo y filósofo.

Z

Zea (Francisco). Prosista y poeta.

ÍNDICE

de los autores que se citan en este volumen.

Siglo XIII

	Páginas.
Alfonso el Sabio	8
Berceo (Gonzalo de)	6
Sancho el Bravo	13
Segura de Astorga (Juan Lorenzo)	6

Siglo XIV

Carrillo de Albornoz (D. Gil)	18
Don Juan Manuel (Infante)	14
Ferrus (Pedro)	17
Imperial (Francisco)	17
López de Ayala (Pero)	16
Ruíz (Juan)	15
Sánchez de Tovar (Juan)	18

Siglo XV

Bernáldez (Andrés)	37
Cartagena (Alonso de)	19
Cota (Rodrigo de)	28
Don Juan II	19
Encina (Juan de la)	27
Fernández (Lucas)	28
Gómez de Ciudad-Real	33
Luna (D. Alvaro de)	19
Madrigal (Alfonso de)	23
Manrique (Jorge)	25

Páginas.

Mena (Juan de)..... 24
Padilla (Juan de)..... 26
Pérez de Cuzmán (Fernán)..... 35
Pérez del Pulgar (Hernán)..... 37
Pulgar (Fernando del)..... 36
Rojas (Fernando de) 30
Sabuco de Nantes (Doña Oliva)..... 50
Santillana (Marqués de)..... 21
Sepúlveda (Ginés de)..... 50
Torre (Alfonso de la)..... 34
Villena (Marqués de)..... 20

Siglo XVI

Alcázar (Baltasar de)..... 72
Alemán (Mateo)..... 70
Argensola (Lupercio y Bartolomé)..... 82
Avila (Juan de)..... 127
Arguijo (D. Juan de)..... 77
Bermúdez (Jerónimo)..... 103
Boscan (Juan) 51
Castillejo (Cristóbal)..... 59
Cervantes (Miguel de)..... 113
Céspedes (Pablo de)..... 100
Cetina (Gutiérrez de)..... 55
Coloma (D. Carlos) 132
Cueva (Juan de la)..... 111
Ercilla (D. Alonso de)..... 92
Espinel (Vicente)..... 68
Espinosa (Pedro de)..... 67
Figueroa (Francisco de) 66
Gómez Pereira (Jorge)..... 143
Góngora (D. Luís de)..... 78
Granada (Fray Luís de)..... 128
Guevara (Fray Antonio de)..... 138
Herrera (Fernando de)..... 74
Hojeda (Fray Diego de)..... 96
Huarte (Juan). 143
Hurtado de Mendoza (D. Diego)..... 55
Juan de la Cruz (San)..... 87

Páginas.

León (Fray Luís de)..... 62
López de Palacios (D. Francisco)..... 131
Mal-Lara (Juan de)..... 74
Malón de Chaide (Fray Pedro)..... 88
Mariana (P. Juan de)..... 133
Moncada (Francisco de)..... 131
Pérez (Antonio)..... 140
Rivadeneira (P. Pedro de)..... 130
Rueda (Lope de)..... 106
Servet (Miguel)..... 143
Sigüenza (P. Fray José de)..... 90
Suárez (Francisco)..... 143
Teresa de Jesús (Santa)..... 85
Torre (Francisco de la)..... 60
Torres Naharro (Bartolomé)..... 104
Valbuena (D. Bernardo de)..... 94
Vega (Garcilaso de la)..... 52
Villaviciosa (D. José de)..... 99
Virués (Cristóbal de)..... 97
Vives (Juan Luís)..... 142

Siglo XVII

Alarcón (D. Juan Ruíz de)..... 194
Antonio (D. Nicolás)..... 222
Calderón (D. Pedro)..... 209
Caramuel (Juan)..... 222
Caro (Rodrigo)..... 149
Esquilache (Príncipe de)..... 146
Felipe IV..... 157
Fernández de Andrade (Andrés)..... 148
Gracián (Baltasar)..... 147
Guillén de Castro..... 159
Jáuregui (D. Juan de)..... 145
Lope de Vega..... 177
Mirademescua (D. Antonio)..... 153
Moreto (D. Agustín)..... 198
Pérez de Montalbán (D. Juan)..... 162
Quevedo (D. Francisco de)..... 168
Rioja (Francisco)..... 148

Páginas.

Rojas (Francisco de)..... 205
Saavedra Fajardo (D. Diego de)..... 167
Solís (D. Antonio)..... 164
Tirso de Molina..... 188
Valdés (Juan)..... 222
Vélez de Guevara (D. Luís)..... 155
Villegas (Esteban Manuel de)..... 144
Zabaleta (D. Juan de)..... 156

Siglo XVIII

Alvarado (R. P. M. Francisco)..... 273
Cabarrús (Conde de)..... 274
Cadahalso (José)..... 245
Campomanes (Conde de)..... 273
Ceballos (P. F. Fernando)..... 271
Cienfuegos (Nicasio Alvarez)..... 248
Cruz (Ramón de la)..... 260
Eximeno (P. Antonio)..... 274
Feijóo (P. F. Benito)..... 266
Forner (Juan P.)..... 269
Fernández Valcárcel (Vicente)..... 274
Florez (P. F. Enrique)..... 273
Hervás (José Gerardo)..... 225
González (Fray Diego)..... 252
Hervás (Lorenzo)..... 274
Huerta (Vicente García de la)..... 249
Iglesias (José)..... 251
Iriarte (Tomás)..... 255
Isla (el P.)..... 264
Jovellanos (Gaspar)..... 238
Luzán (Ignacio de)..... 224
Mayans (Gregorio)..... 270
Meléndez (Juan)..... 244
Moratín (Nicolás y Leandro)..... 227
Masdeu (Juan Francisco)..... 273
Montiano (Agustín)..... 273
Noroña (conde de)..... 246
Olavide (Pablo)..... 272
Pérez López (Antonio Javier)..... 274

Páginas.

Piquer (Andrés) 274
Rodríguez (P. José) 274
Samaniego (D. Félix) 268
Santa Cruz (Andrés) 271

Siglo XIX

Alcalá Galiano (Antonio) 335
Alvarez Lorenzana (Juan) 387
Amador de los Ríos 385
Arenal (Concepción) 378
Arriaza (Juan B.) 275
Azcárate (Patricio de) 383
Becquer (Gustavo A.) 308
Bretón de los Herreros (Manuel) 315
Canalejas (Francisco de P.) 385
Cánovas del Castillo (Antonio) 389
Castelar (Emilio) 374
Castro (Fernando) 353
Chao (Eduardo) 383
Donoso Cortés (Juan) 339
Durán (Agustín) 337
Espronceda (José de) 289
Estébanez Calderón (Serafín) 356
Fernández y González (Manuel) 383
Ferrer del Río (Antonio) 352
Gallego (Juan Nicasio) 279
García Blanco (Antonio) 384
García Gutiérrez (Antonio) 321
García Tassara (Gabriel) 298
García Luna (Tomás) 382
Gayangos (Pascual de) 384
Gil y Carrasco (Enrique) 296
Gil de Zárate (Antonio) 312
Hartzenbusch (Juan Eugenio) 317
Lafuente (Modesto) 351
Lapeña (Tomás) 382
Larra (Mariano José de) 363
Lista (Alberto) 332
López de Ayala (Adelardo) 324

Páginas.

López García (Bernardo)..... 310
Mata (Pedro)..... 383
Mateos (Nicomedes Martín)..... 382
Martínez de la Rosa (Francisco)..... 281
Mesoneros Romanos (Ramón)..... 358
Miñano (Sebastián)..... 355
Moreno Nieto (José)..... 387
Morón (Fermín Gonzalo)..... 387
Muñoz (P. Fr. José)..... 382
Nocedal (Cándido)..... 343
Pastor Díaz (Nicomedes)..... 293
Quintana (Manuel José)..... 276
Reinoso (Félix José)..... 330
Revilla (Manuel y José)..... 388
Rios Rosas..... 345
Rivas (duque de)..... 284
Ruíz Aguilera (Ventura)..... 303
Sanz del Río (Julián)..... 340
Segovia (Antonio María)..... 361
Selgas (José de)..... 307
Serra (Narciso)..... 327
Tamayo y Baus (Manuel)..... 385
Toreno (conde de)..... 348
Trueba (Antonio)..... 301
Zorrilla (José)..... 367

REESE LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA

DEL MISMO AUTOR

(Véase el catálogo al final de este volumen.)

Principios de Literatura para texto de los alumnos de «Preceptiva literaria» en los Institutos generales y técnicos.—2.ª edición corregida, propiedad de la Viuda de Hernando y Compañía.—Madrid, 1892.—Obra informada favorablemente por el Real Consejo de Instrucción pública y declarada de mérito para los ascensos en la carrera del autor.—Un volumen de 258 páginas en 4.° menor (con su programa correspondiente), encuadernado, 7 pesetas.

Programa de dicha obra.—Un folleto de 48 páginas en 4.° menor.—Madrid, 1892.—Una peseta.

VALBUENA.—(MIGUEL DE ESCALADA.)

RIPIOS ULTRAMARINOS

MONTÓN 4.°—Con el retrato del autor, 3 pesetas.

OBRAS DEL MISMO

	Pesetas.
RIPIOS ARISTOCRÁTICOS (sexta edición), un tomo en 8.°.....	3
RIPIOS ACADÉMICOS (tercera edición), un tomo en 8.°.....	3
RIPIOS VULGARES (segunda edición), un tomo en 8.°.....	3
RIPIOS ULTRAMARINOS (primero, segundo y tercer montón, segunda edición; el cuarto montón nuevo), cuatro tomos en 8.°..... (Se venden separados.)	12
FE DE ERRATAS DEL DICCIONARIO DE LA ACADEMIA (tercera edición), cuatro tomos en 8.°..... (Se venden separados.)	12
DES-TROZOS LITERARIOS, un tomo en 8.°.....	3
AGUA TURBIA (novela), un tomo en 8.°.....	3
LA CONDESA DE PALENZUELA (novela).—¡A BUEN TIEMPO! (íd.)—INCONSECUENCIA. (íd.)—LA PRUEBA DE INDICIOS (íd.)—METAMÓRFOSIS (íd.)—Estas cinco novelas en un solo volumen con el título de NOVELAS MENORES.....	3
CAPULLOS DE NOVELA (segunda edición), un tomo en 8.°.....	3
AGRIDULCES POLÍTICOS Y LITERARIOS, dos tomos en 8.°..... (Se venden separados.)	6
REBOJOS (zurrón de cuentos humorísticos), un tomo en 8.°.....	3
HISTORIA DEL CORAZÓN (idilio), tercera edición, agotada	
DON JOSÉ ZORRILLA (biografía crítica).....	1
PEDRO BLOT (traducción de Paul Feval).....	2
LA IGLESIA Y EL ESTADO (traducción de Liberatore), agotada.	
CUENTOS DE AFEITAR (en colaboración), edición ilustrada.....	2
SOBRE EL ORIGEN DEL RÍO ESLA (con un mapa).....	2

Los pedidos á D. Victoriano Suárez.

THIS BOOK IS DUE ON THE LAST DATE STAMPED BELOW

AN INITIAL FINE OF 25 CENTS
WILL BE ASSESSED FOR FAILURE TO RETURN THIS BOOK ON THE DATE DUE. THE PENALTY WILL INCREASE TO 50 CENTS ON THE FOURTH DAY AND TO $1.00 ON THE SEVENTH DAY OVERDUE.

AUG 6 1937

Mar 16 '50 P

INTER-LIBRARY LOAN

JAN 15 2002

APR 3 1953 LU

LD 21-5m-6,'37

U.C. BERKELEY LIBRARIES
C024199027
YC 55590